



3

LA VOLUNTAD

**Una historia de la militancia
revolucionaria en la Argentina**

Tomo 3 / 1973 - 1974

EDUARDO ANGUITA
MARTÍN CAPARRÓS



Lectulandia

La Voluntad III, recorre el período que va desde el 25 de mayo de 1973 — asunción de Héctor Cámpora— hasta la muerte de Juan D. Perón en julio de 1974. Durante esa etapa, miles de personas tuvieron un sueño al alcance de la mano: Héctor Cámpora asumía la presidencia y el país se encaminaba hacia el cumplimiento de los ideales revolucionarios. Pero el 20 de junio, Perón regresa desde Madrid y lo que debía ser una fiesta de bienvenida se convierte en una emboscada y en un tendal de cadáveres. El 13 de Julio Cámpora renuncia y se convoca a nuevas elecciones. El 23 de septiembre, Perón obtiene un triunfo abrumador en las urnas. Dos días más tarde los Montoneros matan a José I. Rucci. En un poco más de tres meses, la Argentina había cambiado y vuelto a cambiar, y más que nunca, el vértigo y lo impredecible pautaban la vida. Eduardo Anguita y Martín Caparrós han hecho una crónica de esos días decisivos y todavía oscuros: un retrato dramático y vital de la clausura de una época que estaba llamada a ser historia.

Lectulandia

Eduardo Anguita & Martín Caparrós

**La voluntad 3. La patria
socialista**

La Voluntad 3

ePub r1.0

Colophonius 04.06.2019

Título original: *La voluntad 3. La patria socialista*
Eduardo Anguita & Martín Caparrós, 1998

Editor digital: Colophonius
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Biografía

Eduardo Anguita nació en Buenos Aires en 1953. Por su militancia en el ERP, estuvo preso entre 1973 y 1984. Licenciado en Comunicación Social, es docente universitario y periodista en medios gráficos, radiales y televisivos. *La Voluntad* es su primer libro.

Martín Caparrós nació en Buenos Aires en 1957. Empezó a trabajar en el diario *Noticias* en 1973. Entre 1976 y 1983 se exilió en París (donde se licenció en Historia) y Madrid. Ha hecho periodismo deportivo, cultural, taurino, gastronómico, político y policial en prensa gráfica, radio y televisión. Fue docente universitario, dirigió varias revistas, y sus artículos aparecen en diversos medios de América y Europa. Publicó novelas, libros de viajes y ensayos.

Eduardo Anguita
Martín Caparrós

La Voluntad

*Una historia de la militancia
revolucionaria en la Argentina*

Tomo 3 / 1973-1974
La patria socialista

A MATILDE VARA,
DESAPARECIDA EL 24 DE JULIO DE 1978:
EN SU MEMORIA

A TODOS LOS QUE QUISIERON ESCRIBIR OTRA HISTORIA

Sumario

Uno

25 de mayo de 1973. Asunción de Cámpora. Liberación de los presos políticos en Devoto. En La Plata. La prensa internacional. En Rawson. La amnistía en el Parlamento. Alejandro Ferreyra: la clandestinidad. Envar El Kadri: festejos. Racing vs. Boca. Sergio Karakachoff: sin festejos. Julio César Urien: su liberación. Situación internacional. Agustín Tosco: acto en Córdoba. Luis Venencio: toma de Astarsa.

Dos

Mayo/junio de 1973. El Kadri: cambios en la militancia. La revista *Crisis*. Horacio González: la universidad camporista. Urien: con Jauretche. Borges. El Kadri: participar del gobierno popular. Venencio: fábrica tomada. El Pacto Social. Nicolás Casullo: el Ministerio de Educación. Elvio Vitali: la militancia universitaria. Movimiento de Liberación Femenina. Alberto Elizalde: el nuevo puesto. El Kadri: la policía camporista. Tensión en Chile. Venencio: triunfo de la toma. Mercedes Depino: a un barrio, con Sergio Berlín. Menem en los Llanos.

Tres

Junio de 1973. Tomas y «vacío de poder». 19 y 20 de junio: Ezeiza, la vuelta de Perón. Su discurso del 21. Repercusiones. Un entierro.

Cuatro

Julio de 1973. Ferreyra: el PRT y el trabajo fabril. Monzón y Menotti. Urien: nuevo puesto. González: una clase. Consumo cultural. La renuncia de Cámpora. Elizalde: buscando trabajo. El Frente de Liberación Homosexual. Depino: teoría del cerco, marcha a Olivos. El Kadri: con López Rega. Discursos de Perón.

Cinco

Julio/agosto de 1973. Daniel de Santis: Propulsora Siderúrgica. De Santis: presentación. La labor parlamentaria. Venencio: organizar el triunfo. Emiliano Costa: la JTP. E. Costa: presentación. Artesanos peronistas. Tosco: una candidatura. Elizalde: mitin fabril. *Estado de Sitio*. Miguel Bonasso:

preparar un diario. Ferreyra: convocatoria. Eduardo Sigal: X Congreso del Partido Comunista.

Seis

Agosto/septiembre de 1973. El Kadri: un acto de masas. González: rebelión de basureros. Darío Fò y el teatro. 31 de agosto: acto en la CGT. Acto en Atlanta. T.E. Martínez: *La pasión según Trelew*. El Kadri: FAP, FAR y Montoneros. Susana Sanz: la Agrupación Evita. Conferencia de Ejércitos Americanos. Ferreyra y Elizalde: la toma del Comando de Sanidad.

Siete

Septiembre de 1973. Diario *El Mundo*. Microondas, natalidad y prode. González: un misterio. El Kadri: Perón y la Juventud. González: la sanata de Firmenich. ERP-22 y *Clarín*. Golpe en Chile. Cartas de Perón al general Prats. Casullo: la campaña por Perón-Perón. La revista *Satiricón*. Perón presidente. Muerte de José Ignacio Rucci. Reacciones.

Ocho

Octubre/noviembre de 1973. Costa: acto de la JTP. *Último tango en París*. Casullo: cantata montonera. Asunción de Perón. Fusión FAR-Montoneros. Guerra de Yom Kippur. Urien: operativo Dorrego. Graciela Daleo: vuelta a la militancia. González: los exiliados chilenos. Konrad Lorenz, premio Nobel. El Kadri: secuestros y guarderías. Casullo: la tarea cultural. Best-sellers de 1973. De Santis: elecciones en Propulsora. Costa: la autodefensa de masas.

Nueve

Noviembre/diciembre de 1973. Sanz: visita de Firmenich. González: la Lealtad. Bonasso: aparece el diario *Noticias*. Debatir la TV. Vitali: enfrentamientos y elecciones. Karakachoff: las FUA. Manuel Gaggero: director de *El Mundo*. Gaggero: presentación. Muerte de Carrero Blanco. Venencio: la pelea fabril. Gaggero: con Gelbard.

Diez

Enero de 1974. Toma del Regimiento 10 de Azul. Discurso de Perón. El cine Lorraine y José María Muñoz. La reforma al Código Penal. Casullo: toma de *El Descamisado*. *El archipiélago Gulag*. Tosco: un ataque a Luz y Fuerza.

Once

Febrero de 1974. Antonia Nievas: el ERP prepara su guerrilla rural. Nievas: presentación. La crisis del petróleo. Perón y la prensa. Bonasso: amenazas. El desnudo masculino. El Kadri: una conspiración. Depino: la militancia barrial. El Kadri: liberación de Quieto y Caride.

Doce

Febrero/abril de 1974. Daleo: heridas leves. Costa: elecciones metalúrgicas. Kissinger y el Tercer Mundo. Tosco: el Navarrazo. Fabricar ídolos. La JP en Atlanta. Villa Constitución. Gaggero: cierres de *El Mundo*. Costa: alianzas y separaciones. Argentina potencia nuclear. Nievas: alimentar a la Compañía de Monte. Vitali: nueva ley universitaria. Perón y los anticonceptivos. Sanz: Panamá, Torrijos. Karakachoff: internas perdidas. Portugal y la revolución de los claveles. Costa: las dudas.

Trece

Abril/junio de 1974. González: la Juventud con Perón. 1.º de mayo de 1974: enfrentamiento Perón-Montoneros. Onetti detenido. Elecciones en SMATA. Daleo: muerte del padre Mugica. Casullo: la moral. *La Patagonia rebelde*. De Santis: toma de Propulsora. Daleo: la lucha por el cartel. Giscard presidente de Francia. De Santis: sigue la pelea. Nievas: aparece la Compañía de Monte. Bonasso: dificultades. La economía. De Santis: levantar la huelga.

Catorce

12 de junio de 1974: último discurso de Perón. La tercera guerra mundial. Tosco: el Movimiento Sindical Combativo. Karakachoff: un diario. Urien: instrucción militar. Mundial 1974. Casullo: en Cuba. Costa: preparar la muerte de Perón.

Quince

Julio de 1974. La muerte de Perón.

Índice onomástico

Uno

—¡Compañeros y compañeras: debo decirles que hoy, 25 de mayo, el país inicia una nueva era, que tendrá la característica de que el pueblo argentino será quien va a gobernar!

Dijo, desde el balcón de la Casa Rosada, el nuevo presidente de la Nación, Héctor José Cámpora, y, desde abajo, cientos de miles de personas gritaron Perón, Perón. En el balcón, el presidente se tomó un respiro y levantó una mano para pedir que lo escucharan:

—El pueblo argentino, inspirándose en el líder de la nacionalidad, el general Juan Perón, me dio este mandato. Este mandato yo se lo transfiero al pueblo, tal cual lo hubiera hecho el general Perón. Tal cual lo ha querido el líder indiscutible de la inmensa mayoría de los argentinos, iniciamos hoy el reencuentro de todos. Haremos la unidad nacional, conseguiremos la reconstrucción del país y tendremos en pocos años la Argentina liberada...

—¡Perón,/ Evita,/ la patria socialista!

Gritaron muchos miles, y muchos menos contestaron:

—¡Perón,/ Evita,/ la patria peronista!

No hacía una hora que el nuevo presidente había recibido la banda de manos del general Alejandro Agustín Lanusse, y en la plaza el júbilo aumentaba. Las pancartas de los sindicatos quedaban chicas al lado de los enormes carteles de FAR, Montoneros y Juventud Peronista. Nadie sabía cuánta gente había, pero muchos hablaban de cientos de miles; un cuarentón emprendedor contaba que varios cientos de vendedores llevaban colocados más de 150.000 gorritos con las caras de Perón y Cámpora a 3 pesos cada uno, y 4000 cafeteros habían despachado unos 500.000 vasitos a un peso la unidad, por un total de 50.000 dólares. Aquí y allá había desmayos, soponcios, heridas menores: 30 puestos sanitarios organizados por la JP trataban de solucionarlos.

—¡Qué lindo, qué lindo,/ qué lindo que va a ser,/ el Tío en el gobierno,/ Perón en el poder!

Cerca de la Rosada, tres bombistas se trezaban en un duelo de redobles sin cuartel: al cabo de cuarenta minutos un canalla rosarino, el Tula, resultó el ganador. En todos los rincones la gente se abrazaba, se felicitaba, se

emocionaba, festejaba sin terminar de creer lo que estaba viviendo. Horacio González, Nicolás Casullo, Elvio Vitali, Graciela Daleo, Luis Venencio, Mercedes Depino, Emiliano Costa, Miguel Bonasso estaban entre ellos. Y había un grito que empezaba a imponerse a los demás:

—¡El Tío presidente,/ libertad a los combatientes!

En el balcón, Cámpora terminaba su discurso:

—No olviden aquello que nuestro líder indiscutido repetía todos los días en que se encontraba con su pueblo después de ver los festejos populares, en los días de fiesta como este doble 25 de mayo. Doble porque, como dije, hoy empieza la patria libre del general Perón. Quiero decirles que, después de presenciar las fiestas populares, recuerden esta frase del líder: «de casa al trabajo y del trabajo a casa».

Terminó Cámpora, y el grito se hizo más y más fuerte:

—¡El Tío presidente,/ libertad a los combatientes!

Eran las cinco de la tarde y, en la Plaza de Mayo, muchos miles se preparaban para marchar hasta el penal de Villa Devoto para forzar la liberación de los presos políticos.

—Hoy no hay ni un cana en la calle, es fiesta... Dale, Norma, dejamos a la Aleidita con los compañeros y vamos.

—Sí, pero ponete los anteojos y peinate con gomina.

Aunque todavía estaba clandestino, Alejandro Ferreyra no quería perderse la liberación de los presos de Devoto: sería un triunfo verlos salir a todos por la puerta grande. Agarró la campera de gamuza, la radio a transistores y una pistola 9 milímetros y, junto con Norma Barreiro, su mujer, se fueron a la parada del colectivo. Cuando llegaron a dos cuadras del penal ya se estaba juntando mucha gente, pero Alejandro y Norma se quedaron un poco retirados:

—Mejor que no nos reconozcan ni los compañeros.

Todos estaban seguros de que la liberación de los presos era cosa de un rato. Alejandro recordaba imágenes de otras libertades: la de la Sayo Santucho y Clarisa Lea Place cuando las sacaron, con Mario Santucho y el Pepe Polti, a punta de pistola, de la cárcel del Buen Pastor en Córdoba. Se acordó de la fuga de Rawson. Y de cuando se enteraron de que sus dos compañeras habían sido fusiladas en Trelew. Después lo invadió la imagen de Polti, su gran amigo, y miró a su mujer. Ella también tenía los ojos rojos.

—Mierda, me emocio como una criatura...

—Y sí, qué querés. Mirá, allá está el Hippie, vení.

—No.

—Bueno, esperame un momentito.

Alejandro prefirió quedarse a un costado. Pero enseguida Alejandro Álvarez, el Hippie, se le acercó y lo abrazó fuerte.

—Recién estuve con Galimba y organizamos dos cordones para la salida, pero los nuestros no tienen ni brazaletes...

Alejandro Álvarez conocía a Galimberti de la época en que estudiaban juntos Ciencias Económicas.

—Che, Lucas, si no los largan en un rato vos les organizás una fuga, dale...

A Alejandro Ferreyra hacía tiempo que nadie lo llamaba Lucas, y le gustó que alguien reconociera, ese día, que él también había sido una parte de esa historia. Los dos Alejandros se sumaron a los gritos:

—¡A la lata,/ al latero,/ libertad a los compañeros!

Cada vez había más gente. Mercedes Depino había llegado marchando desde el centro con sus compañeros de la facultad de Sociología; Horacio González, trepado en un camión viejo con un cartel que decía JP en operaciones; Nicolás Casullo en un taxi con dos colegas de *La Opinión*; Graciela Daleo en el coche de los padres del Flaco Jorge, su ex novio; Miguel Bonasso en otro coche junto con Rodolfo Walsh y Lilia Ferreira, Emiliano Costa con una columna del Bloque de Prensa Peronista y muchos más, de todas las maneras posibles.

Decenas de miles circulaban alrededor de la cárcel, gritando, encontrándose, imaginando formas de sacar a sus presos. En las puertas de las casas muchos vecinos los saludaban y aplaudían. A las ocho de la noche ya había treinta o cuarenta mil manifestantes, y empezaban a impacientarse:

—¡Abran,/ carajo,/ o la tiramo' abajo!

Frente a la puerta principal de la cárcel se estaba agolpando más y más gente, y no parecían dispuestos a seguir esperando. Las columnas se habían deshecho pero quedaban grupos y grupitos, gente circulando, más encuentros, abrazos, discusiones. Un cartel llamaba a «Liberar a los presos y tomar el Poder». Un grupito de policías intentó una carga sin ningún éxito; hubo algunas corridas y Graciela Daleo se asustó:

—Vamos, Flaco, me muero de miedo.

—No, Graciela. Esperé muchos años para esto, ahora no me voy a ir así nomás.

Graciela se sorprendió: hacía mucho que el Flaco ya no militaba. Pero visiblemente conservaba cierta vieja pasión. Las miles de voces insistían:

—¡Primera ley vigente,/ libertad a los combatientes!

Adentro del penal los presos habían tomado sus pabellones. A las seis de la tarde, tres grupos operativos formados en cada pabellón se encargaron de que no les cerraran las puertas después del recreo, de inmovilizar a los guardias e impedirles dar la alarma y de conseguir todas las llaves posibles. Poco después, de cada ventana colgaban grandes carteles con los nombres de las organizaciones guerrilleras; también había colchones y sábanas en llamas. Los fuegos que salían de las ventanas enrejadas clareaban la noche extrañamente. Adentro, los pasillos estaban cubiertos de pintadas: Territorio liberado, Viva el Che Guevara, FAR y Montoneros. Los presos peronistas andaban con brazaletes con un PV en la manga; los del ERP, con boinas negras. En la dirección, el secretario general del Movimiento Justicialista, Juan Manuel Abal Medina, su segundo, el diputado Julio Mera Figueroa, y varios diputados más escuchaban los temores del prefecto Romualdo Díaz, director de la unidad:

—Si no llega la orden de libertad enseguida, estamos perdidos. De esta noche no pasamos.

Abal Medina llamó al ministro del Interior, Esteban Righi, y le pidió que actuaran rápido. Pero el presidente Cámpora estaba recibiendo a las delegaciones extranjeras y, además, el gobierno quería que la liberación de los presos políticos estuviera avalada por una ley del Parlamento.

—Si no los largan ya vamos a tener que salir a reprimir, y no es la mejor manera de inaugurar el gobierno...

Dijo Abal, y Righi estuvo de acuerdo. Otro problema era que tenían que ver bien a quién soltaban. Desde temprano, varios presos comunes estaban tratando de incorporarse a la lista, colándose o convenciendo a los guerrilleros presos de que ellos también habían participado en la resistencia peronista o en alguna vieja huelga. De la ventana de uno de sus pabellones colgaba un cartel esperanzado: «Políticos, comunes, Perón nos une». El prefecto había ordenado a sus hombres que dejaran sus armas, para evitar problemas. Sólo quedaban guardias armados sobre los murallones. Los gritos de la calle se hacían más fuertes, más amenazadores:

—¡Abran,/ carajo,/ o la tiramo' abajo!

Horacio González se cruzó cerca de la puerta principal con un grupito del ERP: los vio tan compactos, tan organizados, y se preguntó por qué los de la izquierda siempre parecían más serios. Entre la gente y los presos se levantaban portones y el murallón con guardia reforzada: cada tanto se asomaban cascos, alguna metralleta.

—¡Milico hijo de puta!

—¡Botón,/ verdugo,/ a vos te va a pasar/ lo que le pasó a Aramburu!

Ya se hacían las nueve, y la gente hervía. Al lado de Alejandro, uno estaba indignado:

—Ya hace como diez horas que asumió Cámpora. ¿Qué esperan, viejo?

—¡Los vamo' a reventar,/ los vamo' a reventar!

Desde adentro, un altoparlante pidió silencio:

—Compañeros, va a dirigirles la palabra el compañero Juan Manuel Abal Medina, hermano del heroico jefe montonero...

—¡Abal/ Medina,/ la sangre de tu hermano/ es fusil en la Argentina!

Gritaban desde abajo mientras el secretario del Consejo Nacional Justicialista y enviado de Cámpora, de traje y gomina, movía los brazos desde un techo, con un megáfono en la mano derecha:

—Acabo de hablar con el compañero ministro del Interior: el presidente del gobierno popular está por firmar el indulto, compañeros... El doctor Righi habló con cada una de las organizaciones y dio garantías. ¡Compañeros, evitemos desbordes y tengamos en paz este día de júbilo popular!

Después habló Fred Ernst, un montonero cordobés preso:

—Ésta es una fiesta popular y tras 18 años de lucha el peronismo es nuevamente gobierno, compañeros, avancemos hacia el poder...

El siguiente fue Pedro Cazes Camarero, del PRT: confirmó la promesa de Righi y dijo que le había pedido un anuncio inmediato por radio y televisión y que el ministro había aceptado. Cazes no contó que había hablado con él porque los presos tenían interceptado el teléfono por el cual el ministro trató de llamar a sus hombres en el penal. Después les pidió a los manifestantes que se quedaran:

—¡Ustedes son la garantía de nuestra libertad! Sólo el pueblo movilizado podrá arrancar las conquistas a un gobierno parlamentarista burgués...

—¿Qué hacemos?

Le gritaban desde abajo.

—¡Compañeros, mantengamos la movilización! ¡Hagamos una trincheras de lucha!

—¡Si a las diez no los largan, entramos nosotros...!

Fred Ernst tampoco quería que la gente se replegara, ni dejarle al ERP el monopolio del discurso combativo:

—Nosotros estamos de acuerdo, compañeros, el protagonista de esta jornada es el pueblo movilizado, compañeros... ¡El pueblo peronista movilizado, compañeros!

—¡Que los larguen! ¡Que los larguen!

A esa altura ya había unas cincuenta mil personas y cada vez gritaban más:

—¡Abran,/ carajo,/ o la tiramo' abajo!

Mercedes Depino gritaba cerca del portón de la calle Bermúdez cuando la sorprendió el abrazo de un desconocido. Primero le devolvió el abrazo: esa noche no era cosa de ponerse durita. Pero enseguida le dijo que debía haberse equivocado de persona. El otro soltó tremenda carcajada, volvió a abrazarla y le acercó los labios a su oído:

—¿Ya no reconocés a tu primo, boluda?

Entonces sí, Mercedes lo abrazó como si no lo fuera a soltar nunca. Carlos Goldenberg estaba muy distinto de la última vez que su prima lo había visto, casi un año atrás, antes de que empezara a preparar la operación de fuga de Rawson. Esos meses de tensión y un bigotito lo hacían parecer, a primera vista, un poco mayor. Pero enseguida reaparecía debajo su cara de nene pícaro. Después de todo, pese a tantas historias, Carlos tenía veinte años. Había estado clandestino desde su vuelta a la Argentina en marzo: todavía tenía procesos pendientes por la fuga, que prescribirían esa misma noche si el gobierno declaraba la amnistía para todas las causas políticas.

—¡Primera ley vigente,/ libertad a los combatientes!

Veinte minutos después los ministros de Justicia y de Interior anunciaron a los periodistas de Casa de Gobierno que Cámpora estaba en su despacho, preparando el decreto. Por las radios se escuchaba a Righi: la libertad era algo inmediato. A las 11 confirmaron que Cámpora ya había firmado el indulto y que en el Congreso los legisladores se apurarían a sancionar por unanimidad la ley de amnistía. Todo estaba dispuesto para que empezaran a soltar a los presos.

Horacio González vio salir a los primeros, tres o cuatro con el puño en alto, cantando la Internacional. Lo impresionó la imagen: una sensación tan fuerte de seguridad, de falta de dudas. Los primeros presos se disolvieron en un mar de gritos y de abrazos. Y los siguieron más: cada uno se encontraba con parientes, amigos, compañeros y redoblaban los saludos. Los bombos no dejaban de sonar las consignas. Elvio Vitali pensó que aunque sólo fuera por esto había valido la pena el sacrificio de esos años. Pero esto, se dijo, no es más que el principio y ahora viene más, mucho más. Nicolás Casullo saltaba y saltaba y, en algún momento de quietud se le dio por pensar esto no existe, no puede ser real.

—¡A avenida La Plata! ¡Vamos todos para avenida La Plata!

Los presos peronistas iban subiendo a varios colectivos y un camión que unos militantes de las FAR habían desviado un rato antes: se iban a la sede del partido Justicialista en avenida La Plata, a reunirse y seguir el festejo.

—¡Silencio!

Nadie hacía ruido, pero el guardia de la Unidad 9 de La Plata igual pegó el grito. El grito significaba, además, que estaba por apagar la luz. Cacho El Kadri no lo podía creer: afuera, en la calle, debía haber miles y miles de peronistas festejando la asunción de Cámpora, y ellos tenían que irse a dormir a las 9, como todos los días. O peor: esas últimas horas habían corrido entre los presos los rumores: que si había amnistía los guardiacárceles no los iban a entregar, que seguro que intentarían algo, que los iban a matar a todos. Cacho trataba de dormirse: daba vueltas y más vueltas sobre la colchoneta de lana apelmazada. Le parecía que nunca le había resultado tan duro estar en cana. No había pasado media hora cuando escuchó los golpes en la celda de al lado:

—¡Caride, a la dirección!

Cacho pensó que les había llegado la hora. No tenía ningún sentido que los llevaran a la dirección a las 10 de la noche. Cuando pasó por delante de la celda de Cacho, Carlos Caride le gritó a través de la puerta:

—Bueno, hermano, nos tocó perder.

Cacho se quedó sentado en el colchón, tratando de escuchar qué estaba pasando. Cinco minutos después, los guardias volvieron:

—¡El Kadri! ¡A la dirección!

Cacho pensó que era una ironía muy cruel que lo fueran a reventar justo el día en que, después de tantos años, asumía de nuevo un gobierno peronista.

—Bueno, muchachos, me tocó a mí...

Los dos guardias que se lo llevaron lo agarraban despacio, como con respeto. Caminaron por metros de pasillos, abrieron varias puertas; al final se pararon en el locutorio de las visitas y se sentaron a esperar. Sobre una mesa estaba el televisor que les habían mandado, meses antes, los padres de Sergio Berlín. Cacho lo prendió:

—... en estos momentos, decenas de miles de manifestantes rodean la cárcel de Villa Devoto, exigiendo del nuevo gobierno la liberación de los presos políticos...

Uno de los guardias se levantó y apagó el aparato. Cacho lo volvió a prender:

—Ahora mandamos nosotros. ¿No se enteró de lo que está pasando en este país?

—Sí, pero no me comprometa, no me comprometa, baje el volumen.

Para llegar a la dirección tuvieron que pasar por un ventanal que daba a la calle: del otro lado se veían dos filas de policías con armas largas y, más atrás, unos cientos de manifestantes. El clima parecía muy tenso. Cuando entraron en la dirección, Cacho respiró aliviado: junto al director de la cárcel estaban Carlos Caride, Julio Troxler y un tipo que él no reconoció:

—Salimos todos, dicen que salimos todos.

Dijo Caride. Troxler lo abrazó y el otro se presentó como Ricardo Mariátegui, ministro de Gobierno del nuevo gobierno provincial.

—Y yo soy el comandante El Kadri de las Fuerzas Armadas Peronistas.

El ministro también le dio un abrazo. Cacho pidió que trajeran a los demás presos: sabía que se habían quedado preocupados y que debían pensar que, a esa altura, él y Carlos ya eran boleta. Uno de los vidrios de la dirección saltó en pedazos.

—¡Yo me hago cargo!

Dijo Troxler, y salió a hablar con los manifestantes para pedirles calma. El director insistía en que no podía liberar a nadie sin una orden del juez.

—Si usted no nos libera yo le sublevo la cárcel.

Lo apuró Cacho.

—Si usted subleva la cárcel esto va a ser una masacre.

—Yo ya tengo todo preparado con los otros presos.

—Los otros presos no tienen nada que ver, son presos comunes.

—¡Comunes serán para usted! Para nosotros son todos compañeros peronistas, y vamos...

El director no quería tomar ninguna iniciativa y esperaba órdenes. Sin una papeleta, él no largaba a nadie, dijo. Entonces volvió Troxler y copó la parada:

—Yo soy el jefe de policía, me hago cargo de los presos y lo libero de cualquier responsabilidad.

Era, por lo menos, un apresuramiento: en ese momento, Julio Troxler no tenía ningún cargo. Dos días después, Bidegain lo nombraría subjefe de la policía de la provincia. Pero el director quería deshacerse del problema y aceptó la prepotada.

Media hora después, Cacho El Kadri, Carlos Caride, Néstor Verdinelli, Samuel Slutzky, David Ramos y Edgardo Olivera, entre otros, salían del penal entre los gritos y los bombos de un millar de militantes. Todos los saludaban, los palmeaban, trataban de abrazarlos. Cacho, por un momento, se sintió muy perdido y pensó que tendría que volver a aprender tantas cosas.

—¡Viva Perón!

Gritó alguien desde una sombra con todos sus pulmones. Los presos habían ido saliendo de la cárcel de Devoto en grupos chicos, recibidos por miles de militantes apenas salían a la vereda pero, poco antes de la una de la madrugada, todavía quedaban adentro unos setenta. El diputado Santiago Díaz Ortiz se había acercado a la entrada para decir que ya estaban por salir; entonces, una columna de varios cientos cargó sobre la puerta:

—¡Ya van a ver,/ ya van a ver,/ cuando vengamos/ los muertos de Trelew!

Desde adentro sonaron ráfagas de metralletas, y los manifestantes se desbandaron corriendo. Nicolás Casullo trató de refugiarse en un zaguán.

—¡Y llora, llora/ la puta oligarquía/ porque se viene la tercera tiranía!

Desde la otra esquina avanzaba un grupo de policías tirando gases lacrimógenos. Volaron piedras, palos, más disparos; algunos se tiraban cuerpo a tierra, otros hacían fogatas para disolver los gases. En el medio de la calle, un militante del ERP con una bandera roja les gritaba:

—¡Lucha, lucha armada,/ viva el Che Guevara!

Desde la esquina, un oficial con megáfono se impacientaba:

—¡Retrocedan! ¡Es una orden! ¡Retrocedan!

—¡Asesino, andá a la concha de tu hermana!

Nicolás vio pasar a Daniel Hopen, su viejo responsable del PRT, que ahora era uno de los jefes del ERP-22 de Agosto, y lo llamó. Hopen se cubría la cara con un pañuelo para evitar los gases:

—Agarremos por la lateral, vení, vení, acá hay muchos peronachos en curda.

—¿Ah, sí? ¿Y tu boludo de la bandera qué, tenía la Biblia en la mano?

—¡Rajemos de acá, dale!

Alejandro Ferreyra no supo quién tiró primero. De pronto vio a uno que disparaba una 22 desde la rama de un paraíso y oyó ráfagas de ametralladoras.

—Rajemos, Norma, vamos.

Le pareció estúpido hacer picar balas contra un paredón de medio metro de ancho. Y dos pibes habían caído cerca. Alejandro protegió a su compañera con el cuerpo y se dijo que ese día no. No iba a sacar la pistola salvo que fueran a agarrarlo. La gente corría de un lado a otro. Alejandro y Norma caminaron por Bermúdez, y al rato se cruzaron con Alejandro Álvarez que llevaba a alguien colgado de un hombro. Estaba nervioso pero no pudo evitar una risa:

—Le metieron un balazo en el culo. Acá, en el cachete, pero la bala venía sin fuerza. ¿Están con auto?

—No, a pata.

Alejandro y Norma llegaron hasta la avenida San Martín y se subieron a un colectivo para volver a San Justo. A una cuadra del penal, Horacio González corría junto a varios de sus compañeros de Floresta: también buscaban un refugio. Horacio se tiró por encima de un seto al jardincito de una casa baja; entre las sombras vio a varios más, acurrucados cuerpo a tierra. Pasaron unos minutos: el ruido se fue aminorando. Entonces salió el dueño de casa:

—Che, muchachos, ¿qué hacen acá? ¿Así que ahora tienen miedo?

El tipo les tomó suavemente el pelo, pero enseguida les dijo que era colectivero, que tenía el colectivo estacionado a la vuelta y que, si querían, los podía acercar hasta la estación Liniers. Eran casi las tres de la mañana.

En la sede justicialista de avenida La Plata el clima estaba agitado. Los presos seguían llegando, reencontrándose con amigos, parientes, compañeros. Y también llegaban noticias de los enfrentamientos en las calles de Devoto.

—Miguel, ¿no tenés algún médico amigo?

Le dijo Rodolfo Galimberti, y Miguel Bonasso se dio vuelta.

—Acá hay un compañero de la organización que está herido. ¿No podés encargarte de llevarlo a un hospital?

El tipo tenía un tiro de 9 milímetros en la nalga izquierda. La herida no era grave, pero Miguel tuvo que cargarlo en un coche y salir a buscar una guardia. Mientras, Mercedes Depino esperaba a su primo Carlos, que no aparecía. Poco después de las tres de la mañana les llegó la noticia de que estaba detenido en la comisaría de Devoto.

—Y la Gorda Mini también cayó con él.

Mini era su compañera, Adelaida Viñas.

—¡Pero la puta que lo parió, nunca va a parar de meterse en kilombos!

El comisario estaba más preocupado que él. No tenía ninguna intención de complicarse la vida y, en cuanto Carlos se identificó, quiso dejarlo en libertad. Pero antes de que lo consiguiera intervino un juez: Carlos y Mini andaban con documentos falsos, y el comisario no tuvo más remedio que guardarlos hasta las primeras horas de la mañana. Visto lo visto, el Pelado Marcos Osatinsky, el jefe de los militantes de las FAR en Devoto, decidió que no irían a avenida La Plata. Hilda y León Berlín, los padres de Sergio, habían preparado comida y camas en su quinta de Castelar: su hijo, junto con varios de sus compañeros liberados, se fueron para allá a ver si, después de tantas emociones,

conseguían dormirse un rato. A esas horas, los noticieros de las radios confirmaban que el indulto alcanzaba a 371 presos políticos —más 76 que estaban sin causa judicial a disposición del Poder Ejecutivo— y que la orden de libertad ya había llegado a las cárceles de Rawson, Caseros, La Plata, Tucumán, Córdoba. E informaban que esa noche, en Devoto, habían muerto Carlos Sfeir, de 17 años, de Vanguardia Comunista, y Oscar Lisak, de 16, de Juventud Peronista.

Mayo de 1973. «Las palabras de Cámpora y el trato dado a los diplomáticos visitantes sugieren una posición más izquierdista que la esperada», decía, el sábado 26, el artículo del *Washington Post* sobre el cambio de gobierno en la Argentina. *Le Monde* matizaba a la francesa: «El peronismo no es una doctrina sino un estado de ánimo, una forma de protesta, el rechazo apasionado de la mano de hierro que los militares impusieron a la Argentina. Pero tiene matices, desde la derecha sindicalista y burocrática hasta los militantes armados —y dispuestos a seguir estándolo— de las formaciones especiales».

El *National Zeitung* de Berlín Oriental daba su propia versión: «Las perspectivas progresistas, promovidas por una coalición de izquierda por la que también votaron en las elecciones los comunistas, figuran en el programa del gobierno. Ellas son: nacionalización de la banca y del comercio exterior, liberación de los presos políticos, abolición de las leyes antidemocráticas, limitación de la influencia extranjera en el país y nacionalización de las empresas monopólicas». El *Times* de Londres no lo veía tan claro: «El discurso inaugural de Cámpora apeló a una mezcla de emociones nacionalistas y de izquierda con una pequeña dosis de democracia para celebrar la terminación del gobierno militar. Pero la violencia que rodeó la inauguración del gobierno de Cámpora fue suficiente para demostrar que la libertad de expresión no es la única medicina que reclaman las enfermedades del país, por más bienvenida que pueda ser». Y el *Daily Telegraph* decía que, pese a su escaso entusiasmo por hacerlo, Perón podría verse obligado a volver a ocupar la presidencia, puesto que la situación del país podía deteriorarse en manos de un presidente sin la experiencia necesaria: «El primer gobierno civil que administrará el país en siete años será arrollado por la agricultura ineficiente, las guerrillas urbanas, una administración que cruje y la potente máquina militar de Lanusse».

En el hall del hotel Provincial de La Plata, los tipos estaban a punto de pasar de las palabras a los hechos. No eran muchos, pero hacía un rato que se estaban puteando. Eran militantes universitarios: los de la Federación Universitaria para la Revolución Nacional —FURN— gritaban a favor de Montoneros, y los del Frente de Agrupaciones Eva Perón —FAEP— cantaban por las FAR. La pelea debía tener algún trasfondo personal: en general, las agrupaciones que respondían a FAR o a Montoneros estaban trabajando en buena armonía. Cuando volaron las primeras piñas, Carlos Caride y Cacho El Kadri se subieron a una mesa y empezaron a gritarles que se calmaran, compañeros, unidad, no vamos a pelearnos entre peronistas carajo. Era increíble que pasaran tales cosas en momentos como ése. Hubo un minuto de calma, y Cacho enganchó con un discurso:

—Compañeros, para un peronista no hay nada mejor que otro peronista. La revolución no se hace peleándose entre compañeros para ver quién tiene el cartel más grande o quién ocupa la primera fila... Si tenemos enfrente a un enemigo tan poderoso como las fuerzas armadas, la oligarquía y el imperialismo, ¿cómo vamos a andar pegándonos entre nosotros? ¿O acaso alguno de ustedes cree que si no somos capaces de mantenernos unidos más allá de diferencias circunstanciales, vamos a vencer al enemigo común?

Ya eran como las dos de la mañana: hacía un par de horas que Cacho no paraba de abrazarse. En el hotel se había abrazado con su madre, que le contó que a las once, cansada de esperar frente a la cárcel que salieran los presos se fue con el abogado José Kapeluznik y otros parientes hacia la residencia del gobernador Oscar Bidegain. Cuando llegó, vio cómo salían algunos diputados electos y dirigentes provinciales, y empezó a los gritos:

—¡Claro, ustedes ya brindaron con champán y se van satisfechos, pero mientras tanto mi hijo y sus compañeros siguen en la cárcel! ¡¿No les da vergüenza?!

Alguno, entonces, se volvió para adentro y convenció a Bidegain de que recibiera a los familiares de los presos. Después de escucharlos durante diez minutos, el gobernador llamó a su ministro de gobierno y le ordenó que fuera a sacarlos de la cárcel.

—Pero señor, necesito algún papel firmado.

—Tiene mi orden, eso es más que suficiente.

A la mañana siguiente Bidegain diría que su primera acción de gobierno había sido cumplir su promesa de «sacar de su ridículo encierro a los compañeros que hicieron posible la salida electoral». Pero esa madrugada, en el hall del hotel, el relato de la señora era interrumpido todo el tiempo por

más saludos, más felicitaciones, más abrazos. Hasta que se armó la batahola, y después el discurso:

—... pero las enseñanzas de esas derrotas fueron las que nos permitieron ir construyendo entre todos la teoría revolucionaria que nos llevará a lograr esa patria sin explotadores ni explotados: ¡la patria socialista, que hará el pueblo peronista!

Aplausos, más gritos. Todos cantaron Perón, Evita, la patria socialista, y después habló Carlos Caride. Cacho los miraba desde encima de su mesa y pensaba que habían pasado tanto tiempo y tantas cosas en esos cinco años: el mundo debía ser tan diferente y tan igual. Era muy tarde y los manifestantes fueron yéndose de a poco. A eso de las 4 de la mañana sólo quedaban los presos liberados, sus familiares y algunos viejos amigos: estaban cansados pero nadie tenía ganas de dormir. No querían perderse ni un momento de ese día extraordinario. Entonces se fueron a la cocina de la secretaría de la gobernación, a una cuadra del hotel: todos querían hablar al mismo tiempo. Alguien trajo facturas; alguien consiguió un mate y empezó a cebar. Después de tantos mates solitarios, encerrado, Cacho pensó que estos primeros mates libres tenían un gusto tan distinto.

—Pero si ya le llegó el radiograma con la orden de indulto...

—Está bien, pero tenemos que chequear la lista.

—Déjense de verduguearnos y lárguennos de una vez. Ustedes ya no son más gobierno.

Eran las dos de la mañana del 26 y los 166 presos políticos de la cárcel de Rawson ocupaban sus ocho pabellones. Todos tenían los monos preparados: se habían juntado alrededor de las estufas a gas, que echaban fuego por las cremalleras, y gritaban y puteaban por su libertad. El comandante de Gendarmería Octavio Zirone, a cargo del penal, trataba de estirar al máximo la salida:

—Además, muchos comunes se mezclaron entre ustedes y ahora dicen que son políticos. Sólo van a salir los que vienen en la lista del Ejecutivo...

—Le vamos a hacer una denuncia por privación ilegítima de la libertad.

—¡Te vamos a hacer boleta, torturador hijo de puta!

—¡Disciplina, compañeros! ¡Que hablen sólo los delegados!

Alberto Elizalde tenía un pulóver azul de cuello volcado y combatía la ansiedad escuchando la radio que tenía pegada a la oreja. El trámite se estiró hasta las 6 de la mañana. Los familiares y abogados habían pasado la noche reunidos en el hotel Provincial y el local de la comisión de solidaridad, y los

fueron a esperar a la puerta. Se sucedían los abrazos, llantos, gritos, carcajadas.

—Bueno, che, compañeros, ¿y ahora qué hacemos?

—No nos vamos a quedar acá todo el día, ¿no?

Nadie tenía mucha idea. El abogado Mario Hernández y el dirigente peronista César McCarthy les propusieron un gran desayuno de reparación y festejo en un bar cercano:

—Pidan lo que quieran: ¡paga el FREJULI, compañeros!

Estaba clareando. Después de desayunar, los presos liberados se desperdigaron por la ciudad: iban a las unidades básicas, los colegios, la legislatura, los diarios provinciales y las radios. A media mañana volvieron a juntarse para un acto en la plaza central, frente a una placa con el nombre de los caídos en Trelew. El gobierno había dispuesto que Aerolíneas Argentinas y Austral prestaran tres aviones para trasladar a todos a Buenos Aires: el primer vuelo salió a mediodía. A las cinco y cuarto, Alberto recorrió los cien metros desde el hall del aeropuerto hasta la escalerilla flanqueado por la gente de Rawson. Llevaba el mono colgado en el hombro y una bandera del ERP en la mano. Cuando iba a subir al avión, una nena que no parecía más de trece le dijo:

—Señor, me la da... La bandera, dejeméla.

Desde la ventanilla, Elizalde miraba impresionado cómo una criatura agitaba esa bandera con la estrella de cinco puntas como quien hace flamear un barrilete o un globo. Por los altoparlantes del avión el comandante dio la bienvenida, en nombre de la compañía, «a los combatientes populares liberados por el gobierno del pueblo». Las azafatas empezaron a servir bebidas, y alguien fue hasta la cabina a preguntar por qué todas llevaban puesto el sobretodo.

—Bueno, por respeto, por si acaso. No queremos provocarlos, sabe. Como muchos de ustedes se han pasado tanto tiempo sin ver una mujer...

—Pero por favor. Usted nos ofende.

El negociador consiguió el retiro de los sobretodos, que fue recibido por el pasaje con aplausos y una ovación cerrada. En Ezeiza, la recepción fue calurosa: varios cientos de personas cantaban consignas y flameaban estandartes y carteles. Muchos presos se reencontraban con sus familiares.

—¡Beto! ¡Beto!

Perla Diez, una amiga y compañera de La Plata, se le tiró encima y le dijo que su madre y sus hermanos estaban en el centro.

—Esto es todo un kilombo. Todos se abrazan con todos, por la calle todos tocan la bocina, hacen la V. Allá está mi compañero... No vas a poder creer quién es. ¡Flaco, vení!

El flaco se sacó el pasamontañas y se bajó el cuello del pulóver que le llevaba hasta la nariz para que no lo identificaran. El flaco llevaba una bandera del ERP.

—¡Jorge!

Gritó Alberto y recordó cuando, unos años antes, se había cruzado con Jorge Mouras, que iba a su entrenamiento de rugby y le había dicho lapidariamente que eso de la política era una cosa de mersas, que no se metiera.

—Alberto, ahora somos compañeros. Siempre te tenía presente, ya hace un año que estoy en el partido.

Las emociones no paraban. Cada tanto dos o tres ex presos se volvían a juntar y la joda era recurrente:

—Dale chango, apurate, que termina el recreo y hay que volver a las celdas...

—¡Bueno, prepararse para el recuento!

El festejo seguía cuando subieron a los micros para ir hacia la sede justicialista de avenida La Plata, donde se quedaron los presos peronistas. Los otros se cruzaron hasta el local de la comisión de familiares de los no peronistas en la calle Río de Janeiro. Todos hacían pequeños discursos. Los ex presos se iban acoplando con sus familias, compañeros de militancia y amigos y se iban separando. Elizalde supo que su madre, su novia y sus hermanos habían estado desde el día anterior en Buenos Aires pero un rato antes habían vuelto a La Plata. Ya era tarde y decidió quedarse porque necesitaba un contacto con el PRT.

—Quedate esta noche en Buenos Aires y mañana te van a pasar una cita.

Le dijo una de las abogadas del frente legal y esa noche se desplomó en un departamento en el centro donde también durmieron un cordobés y un tucumano. Supuestamente, ahí le iba a llegar el contacto: el buró político resolvía a qué regional mandaba a cada uno. Como el primer día no llegaba nadie, Elizalde se fue a La Plata.

—¡Cristina!

—Ay, cómo te extrañaba, qué ganas de verte, de tocarte...

Hacía seis meses que no se veían, cuando a él lo llevaron desde Resistencia a Rawson. Al rato, los dejaron solos: desde noviembre de 1971

que no hacían el amor. Después, para Alberto, todo empezó a ser menos urgente.

Mayo de 1973. «Ésta no es la ley del vencedor sobre ningún vencido: será la ley que eche un velo de olvido sobre el desencuentro argentino, sobre el dolor pasado, para que sea posible la obra liberadora de esta nueva etapa», dijo Fernando de la Rúa, senador radical por la Capital. En la plaza Congreso, unas 10.000 personas cantaban consignas a favor de la amnistía y del nuevo gobierno.

—Por eso lo importante es olvidar; lo sabio es perdonar. Nosotros hemos querido acompañar siempre el olvido y el perdón cada vez que ha sido necesario para contribuir a la paz.

Dijo de la Rúa. El sábado 26, el Senado debatía la ley de Amnistía, que debía ser la primera que sancionara el nuevo parlamento. Y todos estaban de acuerdo en promulgarla.

—¡Cómo no hemos de comprender las justas rebeldías frente a las injusticias y la violencia frente a la violencia! Existe el derecho legítimo de resistir frente a la opresión. Existe el acto de legítima defensa frente al absolutismo, la tiranía, la dictadura y también ante los graves flagelos de la injusticia social, la desnutrición, la mala vivienda, la desocupación y la falta de educación. Igual sabemos que con la violencia nada duradero podrá construirse.

Dijo su compañero por Entre Ríos, Carlos Perette, y después:

—Queremos que la Constitución respete a la espada y a la cruz, pero la cruz y la espada tienen que respetar a la Constitución, y tienen que respetar el destino de un pueblo que nació para emanciparse y no para caer en la esclavitud económica o en el vasallaje con ningún otro poder de la tierra.

Y, poco después, el senador radical por Chubut, Hipólito Solari Yrigoyen:

—La violencia no se da aislada en la Argentina, sino en el contexto de una realidad mucho más amplia en la que se enfrentan opresores y oprimidos en un clima que rompe evidentemente la convivencia humana. Sería un desatino afirmar que el fenómeno de la violencia irrumpe como algo desconocido en la vida moderna. Pero no lo es, en cambio, señalar que en este siglo la violencia se enseorea por doquier. No bastó extender por todo el orbe en dos ocasiones la vieja violencia admitida por los hombres, que es la que las naciones ejercitan entre sí por medio de la guerra. La fuerza violenta se practica también en el seno de los países para reprimir y oprimir al servicio de sistemas económico-sociales marcadamente injustos. Aspiramos todos, señor

presidente, a que ayer, 25 de mayo de 1973, se haya cerrado definitivamente en la República un período histórico signado por la intervención de las fuerzas armadas en la vida política de la Nación, como viene sucediendo desde aquel nefasto 6 de septiembre de 1930, y cuyo último capítulo, con caracteres que a poco de andar se teñirían de sangre, se empezó a escribir cuando el 28 de junio de 1966...

El senador Vicente Saadi, peronista por Catamarca, retomó la actualidad:

—Nadie ignora que anoche se produjo en Devoto un copamiento que significa en términos claros y concisos una segunda toma de la Bastilla, que ha sido interpretado con urgencia y obligó al Poder Ejecutivo a tomar una medida de circunstancias. El Parlamento tiene la obligación de recoger el sentimiento del pueblo argentino, y transformarlo en convención, como se hizo en la toma de la Bastilla...

Ya salía el sol cuando los senadores aprobaron por unanimidad una amnistía amplia para todos los delitos cometidos «con móviles políticos, sociales, gremiales o estudiantiles, cualquiera sea su modo de comisión; la participación en asociaciones ilícitas o hechos cometidos como miembros de ellas o con motivo de manifestaciones de protesta, ocupaciones de fábricas o medidas de fuerza». Y disponía el cese de los funcionarios de la Cámara Penal Federal, el Camarón. La Cámara de Diputados la aprobó horas más tarde.

El sábado 26 era laborable: Alejandro Ferreyra entraba a CinterMetal en el turno de las seis, y en esos días le tenían que tomar el examen para ascenderlo de operario a medio oficial tornero. Seis meses antes lo habían mandado a la zona oeste del gran Buenos Aires con la consigna de abrir trabajo fabril. Era una política general para los militantes pero en el caso de él era, además, un correctivo: tras la fuga de Rawson, sus compañeros lo definieron como un «militarista», uno que confiaba más en el aparato que en las masas y lo pasaron de cuadro militar con responsabilidades a militante solitario. Su compañera, Norma Barreiro, estaba en una célula de tareas logísticas, de los que se ocupaban de documentación, autos, escondites, y trabajaba como devanadora en un taller textil, también con documento falso. No podía usar el suyo: aunque no la buscaran, era una pista para llegar a Alejandro.

Esa tarde, en su casa, Alejandro y Norma escuchaban las noticias en la radio: la amnistía votada por el Congreso incluía todas las causas penales iniciadas contra militantes guerrilleros bajo el Fuero Especial de la Cámara

Federal en lo Penal o en otros juzgados hasta el momento de la promulgación. Cualquiera que estuviera proscrito, perseguido o ilegalizado, a partir de ese momento, volvía a ser legal, decía el periodista por la radio.

—Sí, pero yo tengo que seguir clandestino...

Norma puso cara de resignación y le alcanzó el primer mate.

—Me comí lo de Alemán y esa acción no entra en la amnistía.

A principios de abril, el comando Julio Provenzano del ERP había secuestrado al contralmirante Francisco Alemán, y dijeron que no lo soltarían hasta que saliera el último preso. Alemán dirigía la empresa estatal naviera ELMA y estaba cerca del general Lanusse y el almirante Gnavi. A fines de abril, el ERP secuestró al comandante de Gendarmería Jacobo Nassif para aumentar la presión. Como Alemán y Nassif seguían secuestrados, la causa penal seguía su curso. La foto de Alejandro Ferreyra había salido en los diarios, acusado del secuestro de Alemán. Pero en eso no tenía nada que ver. Todo fue una mala casualidad: a principios de ese año, tras su vuelta clandestina desde Cuba, Alejandro estaba sentado en un banco de la Plaza Once y se acercó un tipo a saludarlo: Alejandro lo reconoció vagamente como un rival de unos años antes en una cancha de rugby. Oscar Ciarlotti sabía que Alejandro estaba buscado desde la fuga de Rawson, y le contó que él también era del ERP. Ferreyra le dijo que estaba medio desconectado de los suyos y terminó durmiendo en el departamento de la familia Ciarlotti. Era simplemente un amigo de paso. Pero el 4 de abril, la foto de Ciarlotti salió en los diarios: Alemán era su tío y la policía lo acusaba de participar en su secuestro. Los servicios de inteligencia fueron a la casa de los Ciarlotti y le mostraron decenas de fotos a la mucama paraguaya. Ella se detuvo en la de Alejandro Ferreyra y dijo que había estado allí. Para los servicios fue suficiente.

Antes de liberar a Alemán, el ERP filmó al almirante con barba de varios días y una voz en off que detallaba las acusaciones por las que había sido secuestrado: «1. Corresponsabilidad en la decisión de ejecutar fríamente a los Héroes de Trelew por haber participado en el Consejo de Almirantes donde se tomó la decisión. 2. Gestor, junto al almirante Pedro Gnavi, de la privatización de ELMA. 3. Sustracción directa y por medio de negociados de varios miles de millones de pesos, propiedad del Estado, valiéndose de su amistad con el presidente Alejandro Lanusse. 4. Bárbara persecución a la clase obrera en su carácter de colaborador del capitán de navío Patrón Laplacette durante la intervención a la CGT. 5. Poseer una agencia de investigaciones privadas dedicada a reprimir actividades fabriles». La voz en

off anunciaba que un tribunal revolucionario iba a juzgar al almirante. Sin embargo, el 5 de junio, como Cámpora había cumplido con su slogan de «ni un solo día de gobierno popular con presos políticos», el ERP liberó a Alemán y a Nassif. Pero la causa penal sobrepasó en diez días a la ley de amnistía y Alejandro tuvo que seguir clandestino.

—¡... entre nosotros, el legendario Envar El Kadri...!

Cacho tuvo que aguantar, después, tantas cargadas por eso de que fuera legendario, pero en ese momento ni lo pensó. En realidad, todo sonaba en la misma sintonía: eran las 10 de la mañana del sábado 26 y, sin dormir, Cacho El Kadri, Carlos Caride y los demás habían marchado desde la cocina de la secretaría de Gobierno hasta la Casa de Gobierno de La Plata. En el camino había miles de personas que los felicitaban, los abrazaban, los besaban. Cacho estaba exultante: el día anterior era un delincuente preso, sin el menor derecho, y ahora lo trataban como a una especie de héroe popular. Estaba feliz y trataba de aprovechar cada minuto, ávido, casi desesperado: no podía imaginar otro mejor, una felicidad más grande. Y, ahora, en la escalera de la Casa de Gobierno, el propio gobernador les hacía el discurso de bienvenida:

—... el legendario Envar El Kadri, uno de esos viejos luchadores que han dado todo por la causa de la liberación nacional y social...

Hubo más discursos, más festejos, encuentros, emociones. La cámara de diputados estaba reunida y Cacho y Carlos fueron invitados a presentarse ante ellos, que querían saludarlos. Victorio Calabro, vicegobernador de la provincia, los recibió con énfasis:

—Todos los peronistas ganamos y lo trajimos a Perón, pero ustedes son los verdaderos héroes, porque pusieron los huevos y lucharon de verdad...

Cacho pensó que era bueno que incluso los burócratas y los reformistas los reconocieran como parte importante del Movimiento. Agradeció el homenaje con unas pocas palabras, e insistió en la idea de la unidad de los peronistas contra «sus enemigos de siempre, la oligarquía y el imperialismo». Calabro les preguntó si necesitaban algo, que pidieran lo que quisieran. Carlos Caride dijo que un puesto para seguir luchando, y el vicegobernador dijo que por supuesto, por supuesto, que el lunes ya verían.

Después de comer, alguien vino a decirles que había un micro preparado para llevarlos a la capital, a la sede del partido Justicialista en avenida La Plata, y se lo tomaron. Desde ese ómnibus cargado de bombos y canciones, los presos liberados iban mirando por las ventanillas el paisaje de una ciudad que no habían visto en años y que, ahora, estaba revestida de carteles,

pintadas y banderas. En cada esquina había grupitos de gente que charlaba, cantaba, armaba bailes: todo parecía lleno de una alegría desatada.

En la sede de avenida La Plata la animación era todavía mayor. Acababan de llegar los liberados del penal de Rawson y había más encuentros, más abrazos. Afuera, miles de personas no paraban de cantar y festejar. Cacho se encontró, entre otros, con el Pelado Marcos Osatinsky, que usaba todavía, como recuerdo de la clandestinidad en que había vivido hasta el viernes, una peluca rubia que le quedaba horrible. Juntos salieron al balcón y Cacho volvió a decir un discurso. Todavía no se había cambiado su uniforme azul de preso:

—Compañeros, hace cinco años, un puñado de integrantes de la Juventud Peronista, de una Juventud Peronista nacida al calor de las luchas contra las dictaduras se levantó con las armas en la mano para luchar contra la opresión, por el retorno del general Perón a la patria y al poder. Hoy nuestra alegría no tiene límites, porque el triunfo del pueblo nos ha dado la razón. La presencia de todos ustedes, de los jóvenes y de los viejos, de la resistencia y de la juventud, de los que siguen peleando y de los que ya no están porque cayeron luchando por nuestros ideales, desde Felipe Vallese hasta Gerardo Ferrari, Liliana Gelín, Sabino Navarro, Abal Medina o los mártires de Trelew, nos hacen renovar el juramento de que, como quería nuestra querida compañera. Evita, ¡caiga quien caiga y cueste lo que cueste, venceremos!

Cuando terminó, Osatinsky le dio un abrazo y le dijo al oído que había estado tan bien:

—Cacho, ahora ya tenemos el orador para las masas.

Cacho insistía en que tenían que ir a la quinta de Olivos a saludar al presidente Cámpora, a agradecerle que los hubiera liberado.

—Aprovechemos los ómnibus que nos trajeron de La Plata.

—No, mirá, está muy ocupado, ahora se va con Dorticós a Córdoba. Mejor lo organizamos bien...

Desde avenida La Plata, Cacho se fue con el Águila Olivera y Cristina Bidegain, la hija del gobernador, a caminar por la zona de la facultad de Derecho. Cacho iba recuperando sus viejos lugares: entraron a tomar un café en la confitería de las Artes y empezaron a hacer planes para ese futuro sonriente que los esperaba, cuando Cristina les hizo una pregunta ingenua:

—¿Y de qué van a trabajar?

—¿Cómo, tenemos que trabajar?

Preguntó el Águila con una carcajada.

—La verdad, ni lo pensamos...

—Si quieren hablo con papá.

—No, dejá, los compañeros deben haber pensado algo.

Ya amanecía cuando los dos liberados fueron a tomarse un taxi para irse a dormir a la casa de los padres de Cacho, en la calle Pedernera. Tuvieron que aceptar unos pesos para el taxi: tampoco habían pensado en eso.

La vieja casa que él conocía ya no estaba: la habían tirado para construir una con un local abajo y una terraza en el segundo piso. Por un momento pensó que era una especie de metáfora de lo que estaba pasando en el país. Se despertaron tarde: habían pasado casi sesenta horas sin dormir. En la tarde del domingo 27 siguieron las visitas: llegaron Dardo Cabo y María Cristina Verrier, y después José Luis Nell con su compañera Lucía Cullen: los encuentros eran emotivos. Tenían tantas cosas para contarse. En un momento, Cacho quiso ser un buen anfitrión y les preguntó qué querían tomar.

—Cocacola, nomás, si tenés.

—Bueno, voy a ver.

Cacho se fue para la cocina. Pasaron unos minutos, y no volvía. José Luis lo fue a buscar:

—Che, ¿qué pasa? ¿No encontrás la coca?

—No, lo que no encuentro es el destapador.

José Luis soltó la carcajada:

—Sos un preso, salame, seguís siendo un preso. ¿No sabés que ahora vienen a rosca?

Mayo de 1973. El domingo 27 Racing y Boca se enfrentaban en Avellaneda. El nuevo presidente llegó a la cancha cuando ya iban treinta minutos del primer tiempo. Lo acompañaban Salvador Allende y Osvaldo Dorticós, y los ministros del Interior, Exteriores y Bienestar Social; los custodiaban unas cuarenta personas: muchos de ellos, militantes de la Juventud Peronista. Los 50.000 asistentes los recibieron gritando «Chile, Cuba, el pueblo te saluda» y, en el entretiempo, la cancha se transformó en una manifestación. Por la Voz del estadio se escuchó, por primera vez en muchos años, la marcha peronista: un dirigente de Racing explicó que el cuidador de la cancha había escondido el disco en 1955 y, desde entonces, estaba esperando la ocasión de volver a pasarlo. Cuando Boca hizo su primer gol, a los 35 minutos del segundo tiempo, las dos hinchadas gritaron «El tío está contento, lará, lará, lará». Cámpora se reía y saludaba desde el palco con los dedos en V.

—Dejame de joder, Colorado, yo no voy a salir a festejar. Yo te lo digo siempre: el ridículo es el único lugar del que nunca se vuelve...

—Eh, pero no es para tanto, si nosotros salimos no es por peronistas sino porque cayó la dictadura, Ruso.

—Sí, y cuando estos cantan la marcha peronista, nosotros nos quedamos mudos, con la sonrisa pintada... ¿No viste que ahora al que no canta lo miran fijo y se la gritan al oído? No, Colorado, hagamos nuestro trabajo de hormiga, ahora tenemos de nuevo *En Lucha*, y sobre todo trabajemos hacia adentro, porque si nos desinflamos, el Chino Balbín se hace un picnic.

El 25 se habían quedado encerrados, pero dos días después Sergio Karakachoff, el Ruso, y Luis Menucci, el Colorado, retomaron sus actividades. El domingo 27 se encontraron en la casa de Sergio y compartieron el salamín y el queso que quedaba en la heladera y una sopa que preparó Marimé, la mujer de Sergio. Ella no estaba tan abatida: era de izquierda y había votado a Cámpora.

—Miren, yo en Perón no confío pero el proceso de liberación de alguna manera pasa por el peronismo, al menos por el hecho de que tiene pueblo, tiene historia de lucha. Lo que sigo sin entender es cómo ustedes lo votaron a Balbín. Perdón, muchachos, pero ¿ese tipo qué aportó para el proceso de transformación? ¿Eh?

Mientras Sergio buscaba argumentos, Luis pensaba en ciertas paradojas: Marimé Arias Noriega venía de una de las familias elegantes de La Plata; su familia materna tenía casi la mitad de las acciones de *El Día*, su padre era un médico prestigioso, y ella enseñaba en la facultad de Humanidades, leía marxismo, simpatizaba con el Peronismo de Base. Aunque los acompañaba en su militancia y, de vez en cuando, los corría un poco por izquierda.

Pese a todo, Sergio y Luis estaban recuperando terreno: días atrás habían vuelto a sacar el periódico *En Lucha*, suspendido tras la derrota del Movimiento de Renovación y Cambio en las internas partidarias de noviembre de 1972. El editorial prometía mucha lucha, al menos interna: «Estos cuatro meses, nuestro periódico no salió porque preferimos callar la crítica y optar por el silencio. Pero hoy rompemos de nuevo el silencio». Y pedían la renuncia de la conducción de la UCR. Su argumento era directo: si el 80 por ciento del electorado había votado programas de liberación nacional, no había espacio para una conducción conservadora.

—Colorado, la plataforma partidaria y el programa se lo impusimos nosotros en la convención nacional, más o menos es el mismo programa del

FREJULI o de la APR. Y Balbín no es justamente el que va a defender ese programa...

Lo habían debatido ampliamente el fin de semana anterior, en el plenario de la Junta Coordinadora Nacional en la sede del radicalismo platense, en la calle 48. Ahí estuvieron los cuatro grupos que confluían en la Coordinadora: sus dirigentes más reconocidos eran Changui Cáceres y Marcelo Stubrin de Santa Fe, Karakachoff, Menucci y Fredi Storani de La Plata, Leopoldo Moreau de Capital y Carlos Becerra de Córdoba. Los coordinadores adoptaron una actitud de apoyo crítico: en el documento final saludaban la llegada de la democracia y llamaban a sus correligionarios a movilizarse junto al pueblo en la lucha por la liberación nacional y social. Eso explicaba su participación en las Juventudes Políticas Argentinas, donde mandaron como delegado titular a Moreau y a Menucci de suplente.

Sergio Karakachoff, a sus 34 años, no era un protagonista de primera línea en la Juventud Radical. Más bien era maestro y consejero de Luis, de Fredi Storani y del resto de la Coordinadora platense. Los coordinadores aceptaban a unos pocos dirigentes de Renovación y Cambio: Mario Amaya, Hipólito Solari Yrigoyen, Ricardo Barrios Arrechea y, más arriba en la jerarquía, Aldo Tessio y Conrado Storani. Raúl Alfonsín les despertaba sentimientos encontrados: Sergio solía elogiar su oratoria, su llegada a la gente, su capacidad de llegar a acuerdos internos, pero siempre marcaba su costado ramplón:

—Mirá, Colorado, vos sabés que yo voy todas las semanas a Chascomús, ahí tengo de clientes desde peones y dirigentes gremiales hasta ganaderos, y cada vez me convenzo más que Raúl es un producto de los pueblos de esta provincia ricachona, de esa clase media agropecuaria hecha de la ventajita y las lealtades personales. Todos hacen la parada de compadrito y saben cuentos picantes pero, en esta etapa, necesitamos otra clase de dirigentes...

—Sí, Ruso, ¿pero en qué país vivimos? ¿O me vas a decir que Cámpora, que es un dentista de Giles, tiene algo más que Alfonsín?

—No, si a Raúl yo también lo sigo, Colorado... Pero mirá sus pollos, mirá lo que es el comité provincia.

Sergio enumeró a los que acompañaban a Alfonsín desde la ruptura con Balbín, apenas un año atrás: Balbino Zubiri, Juan Manuel Casella, Rubén Di Cio, Juan Carlos Azzarri, Julio Ginzio.

—Todos abogados del interior de la provincia; la mayoría, un año atrás, ni se animaba a romper con el Chino. Tipos que les hablás de la nacionalización de la banca y de la reforma agraria y te miran como si fueras de otro planeta.

Y ese Casella, que lo presentan como la joven promesa, si no hubiera sido por Garaicochea se quedaba con el Chino. Dejame de joder, Colorado, saben juntar fichas, entienden de punteros y candidaturas y, a la hora de las internas, ven a quién siguen: no les hables de programas, y si les mencionás la palabra ideología te acusan de bolche. ¡Qué partido que tenemos, Colorado!

—Pase por acá, diputado Fernández Valoni.

—Dígame teniente no más, alférez.

—Acá lo esperan los guardiamarinas Urien y Galli, mi teniente.

José Luis Fernández Valoni, un teniente que el Ejército había dado de baja dos años antes por peronista, llegaba ahora como diputado al penal militar de Magdalena. En el portafolio llevaba las órdenes de libertad de los 22 marinos detenidos cuando intentaron sublevar la Escuela de Mecánica de la Armada, el 17 de noviembre de 1972. El alférez de Gendarmería lo llevó hasta el despacho del director. Mientras tanto, otros gendarmes fueron hasta los pabellones de oficiales y suboficiales.

—Por favor, guardiamarinas Julio Urien y Mario Galli, empaquen sus cosas.

Cuando salieron al patio de la prisión, Julio y Mario se encontraron con los 20 suboficiales, trasladados un par de semanas antes desde la prisión naval de Puerto Nuevo. Los presos se abrazaban, hacían la V con la mano derecha y empezaron a cantar la marcha peronista. Fernández Valoni, todavía ronco de los festejos, salió al encuentro.

—¡Muchachos, ya está! ¡Por fin!

Entusiasmado, se disculpaba porque su inclusión en la ley de amnistía se había demorado cuatro días. Nadie dio explicaciones, pero Fernández Valoni sospechaba que la Armada no quería soltar a los sublevados de la ESMA, y los abogados tuvieron que insistir. Un micro de la Marina los llevó hasta el edificio Libertad. En las escalinatas los esperaban los otros cinco oficiales, que habían quedado detenidos en el casino de oficiales de la ESMA.

—¡Napo, querido!

Julio se abrazó con Aníbal Acosta, Napo.

—¡Caballo viejo y peludo!

Después, Julio siguió abrazando a sus compañeros: Mendoza, Grand, Actis y Metz. Napo llamó a filas:

—Promoción cien de la Armada... ¡Atención!

Los siete oficiales liberados habían cursado juntos en la Escuela Naval y tenían entre 22 y 23 años. Los suboficiales tenían más o menos la misma

edad. Juan Domingo Tejerina, el cabo segundo que había tomado el mando del levantamiento cuando detuvieron a Urien, conservaba la vincha argentina que se habían puesto ese día:

—Julio, mirá lo que tengo.

Mientras tanto, otros empezaron a cantar la canción que los identificaba:

—Eran se, eran sesenta valientes,/ los sese, los sesenta granaderos.../
Quiero elevar mi canto,/ como un lamento de tradición,/ Para los granaderos/
que defendieron nuestra Nación./ Pido para esos hombres que los bendiga
nuestro señor...

Después buscaron teléfonos públicos para llamar a sus casas. Y discutían qué harían de ahí en más: Julio estaba convencido de que tenían que pedir la reincorporación:

—Miren, está claro que la amnistía borra cualquier delito posible. Ahora, si la Armada quiere sustanciar un proceso, en este momento, se las va a tener que ver con un país distinto. Nosotros tenemos que pedir la reincorporación, que nos den destino y pelearla desde adentro.

—Yo creo que los mandos no nos van a dejar volver, ni en pedo, pero estoy de acuerdo con vos que tenemos que hacer el intento.

Dijo Aníbal Acosta, que ya había decidido que iba a anotarse en la facultad de Sociología y empezar otra vida. Julio confiaba poco en los mandos navales pero se decía que él era un militar patriota y que tenía que actuar en consecuencia:

—Ahora no es momento para hablar, pero yo voy a pedir destino.

—Sí, sí, la seguimos en otro momento...

Algunos se fueron a sus provincias. Aníbal Acosta se fue a Bella Vista, a la casa de sus padres; Mario Galli a Coronel Díaz y Santa Fe, al departamento de su madre. Julio a San Isidro, a la casa familiar.

—Che, Mario, veámonos a la noche, a ver si hacemos algo. Después de tanto encierro necesitamos un poco de joda, viejo.

Esa noche, Julio se bañó, se vistió, consiguió un auto prestado y pasó a buscar a Mario. Dieron vueltas y vueltas, miraron a todas las chicas de Buenos Aires, piropearon y siguieron a algunas, pero no era su noche de suerte.

Mayo de 1973. Habían pasado cuatro meses desde que el presidente Richard Nixon se comprometiera a retirar las tropas americanas de Vietnam; lo que había hecho, en cambio, fue cambiar de estrategia: ahora, Estados Unidos pregonaba la «vietnamización de la guerra», un eufemismo para

extender el conflicto hacia Laos y Camboya y, a su vez, explotar las contradicciones entre China y la URSS en el sudeste asiático. Y, al mismo tiempo, seguía proveyendo armas y asesores al gobierno de Vietnam del Sur.

Mientras, en Camboya, las guerrillas opositoras al régimen proamericano del general Lon Nol, avanzaban sobre Pnom Pen, la capital del país. Camboya era uno de los países más pobres del mundo y su ejército —curtido en las masacres de campesinos— contaba con el apoyo de la aviación norteamericana, que bombardeaba las bases guerrilleras. La oposición a Lon Nol tenía dos vertientes: los nacionalistas del Khmer Rojo —liderados por el príncipe Norodom Sihanuk y apoyados por el presidente chino Mao Tse Tung— y los comunistas, aliados de Vietnam del Norte y respaldados por la URSS.

En esos días la Casa Blanca se preparaba para recibir al secretario general del PCUS, Leonid Brezhnev. El ruso viajaba para firmar los más importantes acuerdos comerciales de la historia de las dos superpotencias. La prensa norteamericana decía que Nixon le había pedido que fuera unos días antes de lo previsto para tapar el escándalo de espionaje y malversación de fondos conocido como Watergate. Cada vez aparecían más detalles que implicaban a Nixon, al que algunos empezaban a llamar Tricky Dicky (Ricardito el tramposo).

En medio de esa moderada euforia comercial, el Chase Manhattan Bank abría su primera sucursal en Moscú, frente a la plaza Carlos Marx. David Rockefeller, su presidente, lo inauguró una mañana casi templada: «Una sociedad tiene que cambiar ante los nuevos desafíos. Sin flexibilidad no hay supervivencia». Rockefeller confiaba en «un aumento importante del intercambio comercial entre la URSS y Estados Unidos», y los soviéticos le dieron el trato protocolar de un representante de Estado y el diario *Pravda* lo trataba de «eminente banquero y personalidad norteamericana».

Mientras, una delegación del gobierno yugoslavo visitaba Cuba: era la primera en catorce años. El último encuentro oficial había sido la visita del presidente del Banco de Cuba, Ernesto Guevara, a Belgrado en 1959. Así se reanudaban las relaciones entre los dos países, frías por las peleas entre comunistas yugoslavos y soviéticos, y el acercamiento de Castro a Moscú.

En China ya habían pasado ocho años desde la ruptura con la URSS, tres desde el fin de la revolución cultural y más de uno desde la visita de Richard Nixon, y el corresponsal de *France Presse* en Pekín presagiaba, en un despacho el jueves 24 de mayo que «si bien la presencia de algunos extranjeros más en suelo chino no tiene consecuencia alguna para un país que

ha conservado imperturbablemente su identidad a través de las ocupaciones mongola, manchú, europea y japonesa; los transistores, las computadoras y la televisión por satélite habrán de provocar cambios de comportamiento sin paralelo en sus tres milenios de historia».

En Londres, lord Jellicoe, conservador y jefe de la Cámara de los Lores, elevaba su renuncia al primer ministro también conservador, Edward Heath. La nota del renunciante era breve: «Cuando usted me dijo ayer que mi nombre había sido relacionado con acusaciones acerca de una red de prostitutas, pensé que lo mejor era decirle que, desgraciadamente, esto era justificado y que he tenido algunas relaciones casuales que, de recibir publicidad, serían motivo de críticas». En Irlanda del Norte las patrullas británicas allanaban casas y construían trincheras para enfrentar la escalada del IRA, que ese mismo jueves 24 había puesto una bomba en una taberna, que mató a dos soldados ingleses. Las negociaciones por la paz no prosperaban: hacia fines de marzo, los ingleses habían llamado a la población de Irlanda del Norte a votar en un plebiscito para ratificar su inclusión en el Reino Unido: mientras los protestantes votaban a favor, los católicos, convocados por el IRA, se abstendían. El IRA seguía recurriendo a la lucha armada para lograr la reunificación y la independencia de Irlanda.

El viernes 25 los técnicos de la NASA en Cabo Kennedy respiraron tranquilos: los tres astronautas que tripulaban la nave espacial Apolo llegaron hasta el Skylab I, un gran satélite que ya había pasado dos semanas girando en órbita terrestre. Tras el acople, Conrad, Weitz y Kervin revisaron unos desperfectos de las máquinas del laboratorio, salieron a hacer una caminata espacial y, enseguida, Conrad, el jefe de la misión, dijo lo que todos esperaban: «Creemos que los daños pueden subsanarse. Vamos a intentarlo». El Skylab, de 36 metros de longitud, tenía la forma de un molino de viento y estaba provisto de poderosas cámaras de televisión destinadas a la exploración de recursos terrestres. Era un hito en la carrera del espacio: los tres astronautas norteamericanos se quedarían casi un mes más en órbita y después, ya sin tripulación, el laboratorio seguiría mandando información durante otros ocho meses.

En Colombia la guerrilla seguía activa: comandos de las FARC, que solían actuar en el campo, realizaron varios operativos urbanos, y el presidente conservador Misael Pastrana Borrero felicitaba a cuatro policías heridos en la toma de una comisaría «por el coraje que identifica a nuestras fuerzas militares, contra la cobardía e impotencia de los grupos bandoleros que sólo tienen éxitos reducidos en la alevosía de la sorpresa». En Caracas no

se podía circular de noche: las patrullas militares llevaban dos semanas de represión intensa, que había empezado cuando los estudiantes tomaron seis colegios secundarios, y que se generalizó cuando la policía mató a dos en una manifestación. En Chile, el gobierno de la Unidad Popular denunciaba una nueva conspiración para derrocar a Salvador Allende y anunciaba la nacionalización de las compañías extranjeras de telecomunicaciones (incluyendo a la ITT, que trabajaba para derrocarlo). Los trabajadores de El Teniente, la mayor mina de cobre del país, ya llevaban cuarenta días de huelga: las pérdidas se calculaban en 30 millones de dólares, y el gobierno de Allende mandó al Ejército para obligarlos a volver a sus puestos. El comité político de la Unidad Popular declaró que usaría toda su fuerza «para impedir la guerra civil» y «aplantar definitivamente a los que la promueven». El diario derechista *El Mercurio* había dicho, unos días antes, en un editorial, que «clausuradas las posibilidades de debate público, negada la expresión pacífica de las propias convicciones, parece inevitable la guerra civil o, al menos, el enfrentamiento».

En Uruguay, el Frente Amplio pedía amnistía para los presos políticos: desde febrero, cuando los militares decretaron el «estado de guerra» y la suspensión de garantías individuales, se calculaba que varios miles de personas habían sido encarceladas. En Brasil, la justicia militar del gobierno del general Garrastazú Médici seguía procesando a militares coimeros: por esos días quince altos oficiales tenían que responder a cargos por compras sobrevaluadas. Y en Bolivia el general Hugo Banzer Suárez obligaba al general Joaquín Zenteno Anaya a abandonar la jefatura del Ejército, y el lunes 28 sumó a su condición de presidente de facto el cargo de comandante en jefe. Banzer desconfiaba de Zenteno Anaya que, como todo general boliviano, quería llegar a presidente. Algunos se alegraron de verlo caer: recordaban que, en 1967, había sido el jefe militar de la región de Santa Cruz y responsable directo de la muerte de Ernesto Guevara.

—¿Flaco? ¡Por fin te encuentro!

—¿Qué pasa, Gringo?

—¡Urgente! Tenés que ir a sacar a unos compañeros que agarraron saliendo del sindicato. ¡Los cazaron en la puerta, hermano, fue una cama!

La voz de Agustín Tosco, el Gringo, sonaba imperativa y Arnaldo Murúa, el Flaco, contuvo una puteada suave: ni siquiera a cuatro días de la asunción de Cámpora tenían un respiro. Pero Murúa estaba al lado de Tosco desde hacía casi veinte años, cuando él también trabajaba en la Empresa Provincial

de Energía de Córdoba y trataba de terminar la carrera de abogado, alentado por el Gringo. Ahora faltaba apenas media hora para el acto y Arnaldo Murúa llegó a la sede gremial en medio de una gran agitación: ese martes 29 se cumplía el cuarto aniversario del Cordobazo, y por primera vez se lo conmemoraba oficialmente. Las centrales sindicales y estudiantiles habían llamado a un paro general para permitir que sus afiliados se manifestaran.

Murúa subió apurado la escalinata del sindicato: no quería perderse el acto. Tosco lo esperaba en su oficina, bien afeitado, con el pelo brillante y unos papeles en la mano. Era la base de su discurso.

—Flaco, tenés que sacar a los compañeros. Tiene que ser hoy, sí o sí.

—Pero Gringo, vamos a llamarlo a Atilio o al Obregón. ¿Cómo van a meter presos a militantes gremiales? ¡Estamos todos locos!

—No, Flaco, éstos cayeron medio pesados.

Eran dos de la seguridad de Luz y Fuerza que iban a custodiar el acto: en vez de salir desde el garaje en una camioneta del gremio, como habían convenido, salieron a pie, con bolsos en la mano. La policía los paró cerquita y les encontró las armas que llevaban. Eso ponía en apuros al sindicato, al gobernador Ricardo Obregón Cano y al vicegobernador Atilio López.

—No quiero tener que pedirles el favor, Flaco. Andá y sacalos, ingeniatelás.

Murúa se molestó un poco: como Tosco no pedía favores, él tenía que resolver todo. Entonces, de la misma manera que lo apremiaron a él, llamó a Lucio Garzón Maceda con tono urgente:

—¿Tuerto? Pará, no salgás para el acto, esperame que tenemos laburo. Hay que sacar a unos que cayeron medio pesados. Voy para tu estudio.

A pocas cuadras del estudio de Garzón Maceda, en el boulevard San Juan y Arturo Bas, ya se habían juntado más de treinta mil manifestantes. El acto estaba previsto para las 11 de la mañana, pero desde las 10 ya había apretones y algún forcejeo suave para posicionar los carteles: SMATA, Luz y Fuerza, CGT-regional Córdoba, JP, FAR, Montoneros, FAP, PC, PCR, Juventud Radical, PRT, ERP. En Córdoba, la izquierda peronista y la marxista se entendían mejor que en el resto del país. El acto se fue demorando: el avión que llevaba al presidente cubano Osvaldo Dorticós desde Buenos Aires no llegaba. Recién a la una Dorticós entró a la plaza en andas y cuando el locutor lo anunció, la gente explotó:

—¡Cuba,/ Cuba,/ el pueblo te saluda!

Lo subieron al palco. De un lado tenía a Obregón Cano y a López, del otro a Tosco y Salamanca, el líder del SMATA cordobés. Dorticós, con los brazos

extendidos al cielo fue el primero en hablar:

—¡Compañeros, compañeros! ¡Quiero decirles que... Cuba va del brazo de vuestro Cordobazo! ¡Con ese vigoroso gesto heroico del pueblo de Córdoba!

Dorticós dijo que ahora que el pueblo argentino había derrotado a la dictadura había que mirar al futuro:

—... ahora tenemos que avanzar en los lazos que unen a los pueblos argentino y cubano...

Los de la JP saltaban:

—¡Cuba,/ Perón,/ un solo corazón!

—... esos lazos que se iniciaron con el mismo José Martí y que en este siglo se expresaron a través de la personalidad del ciudadano argentino y cubano Ernesto Che Guevara...

—¡Se siente,/ se siente,/ el Che está presente!

El palco se movía, todo se movía. Nadie recordaba un acto tan grande en Córdoba. Atilio López tenía que hablar después y estaba exultante. Antes de empezar, lo abrazó a Tosco:

—Che, Gringo, ¡esto se ha puesto repicante!

La lista de oradores había sido rigurosamente negociada. Hablaron liberados de Montoneros, FAR, FAP y ERP. Después, René Salamanca. Para qué se alternaran un sindicalista de izquierda con uno peronista, le tocó el turno a Héctor Dreyzik, de las 62 Organizaciones Legalistas, el sector disidente de Lorenzo Miguel en Córdoba. Pero bastó que el orador mencionara a las 62 Organizaciones para que un sector de los manifestantes enfureciera.

—¡Paredón, paredón,/ a todos los traidores/ que vendieron la Nación!

—¡Rucci,/ traidor,/ a vos te va a pasar/ lo mismo que a Vandor!

Al final le tocó el turno a Tosco, que le hizo un guiño al gobierno de Cámpora:

—Compañeros, esta victoria popular pone al pueblo argentino en el camino de la liberación nacional que ya han iniciado otros pueblos latinoamericanos como Cuba, Chile, Perú y Panamá...

Todo terminó en orden: los obreros y empleados se volvieron encolumnados a sus fábricas y oficinas, los estudiantes a sus universidades y colegios. Los políticos se fueron a seguir con los homenajes: era el turno de la Legislatura provincial.

Mientras tanto, el Flaco Murúa y el Tuerto Garzón Maceda seguían tratando de sacar a los detenidos. Habían llegado a la jefatura policial y los

recibió un oficial de segundo orden con su mejor perfil de sumariante:

—Los detenidos están incomunicados, bajo jurisdicción de la Justicia Federal.

—¡Esto es una barbaridad! ¿Ustedes no saben que en la Argentina se derogó la legislación represiva?

—Doctor, nosotros nos limitamos a hacer las actuaciones del caso... Van a tener que dirigir sus reclamos al doctor Adolfo Zamboni Ledesma.

El Flaco y el Tuerto se dieron vuelta:

—Tuerto, estamos fritos. Este Zamboni es un empleado del Tercer Cuerpo. Jamás nos recibió. Ir a dejarle un escrito es tirar la escupidera, y el Gringo Tosco me dijo que hay que sacarlos hoy...

—Mirá, pidamos hablar con el nuevo jefe, es un milico retirado. Hay que probar qué tal es el guaso.

Murúa se quedó impresionado cuando vio que Garzón Maceda sacaba una tarjeta del bolsillo chico del saco:

—Dígale al general Landa que queremos hablar con él.

Mientras iban con el mensaje, Murúa quería sacarse la curiosidad:

—¿Desde cuando tenés tarjetas?

—Me las regaló un cliente, Flaco.

Al cabo de unos minutos llegó un joven sin uniforme que se identificó como secretario del general. Les dijo que el general estaba muy interesado en atenderlos pero que en ese momento no podía; que le dejaran sus teléfonos y cuando se desocupara, los llamaba.

No muy convencido, Murúa se fue a descansar un rato a su casa. Su hermana mayor lo despertó de mala manera:

—¿En qué andás, Loco? ¿Qué es eso de que te llama un general?

Murúa fue corriendo al teléfono.

—¿Cómo está, general?

—¿Cómo está usted, doctor? Sí, quisiera recibirlos lo antes posible. ¿Está bien a las seis?

El general se presentó como retirado y peronista. Ya tenía la foto de Cámpora con la banda en el despacho. Todo estaba demasiado aceitado. Estaba anocheciendo.

—Pero hay un temita, general: están estos dos muchachos del sindicato, a ver si me los puede liberar...

—Ah, sí. Vea, vaya a verlo a Zamboni y le dice de parte mía... No, directamente véalo, yo le voy a hablar.

Zamboni Ledesma nunca los había recibido, pero los dos abogados fueron al juzgado federal. Ni siquiera tuvieron que hacer antesala. El secretario los esperaba y los acompañó al despacho. El juez estaba muy distendido y en tema.

—Pero, muchachos, lo que pasa es que ya están los servicios de inteligencia en esto. La ametralladora que tenían es de origen soviético...

Murúa estuvo a punto de perder el libreto.

—Doctor, usted se puede imaginar que el sindicato no tiene nada que ver con una cosa así, y Tosco menos que menos. Éstos son chicos que hacen la guardia...

—Pero ya le dije al general Landa que nadie va a llevar un arma de esas para autodefensa; imagínese si empieza a tirar ráfagas en medio de una manifestación, doctor.

La ironía de Zamboni Ledesma los desarmaba. Murúa pensó que tenía que presionar.

—Mire, yo no sé, lo único que sé es que yo los tengo que sacar hoy.

—Esto me sobrepasa, yo no puedo expedirme de inmediato.

—Vea, si usted va a firmar la orden de libertad, me gustaría llevarla personalmente.

Zamboni les pidió unos minutos y los abogados lo esperaron afuera. El juez salió y con un tono casi confidencial les dijo que ya había mandado la orden a la jefatura:

—Doctores, acá tienen una copia del radiograma. Buenas tardes.

Hacía frío. Cuando salieron a la calle, la ciudad estaba quieta. Compraron el vespertino *Córdoba*, que desbordaba de fotos y crónicas del acto. De los dos detenidos, ahora liberados, ni noticia.

—Che, Lucio, ¿de dónde salió el Landa este? ¿Es del Obregón Cano?

—Me han dicho que de mucho más arriba, Flaco.

—Macho, pero si largamos la toma podemos llegar a quedarnos colgados de la brocha. ¿Quién te dice que no nos mandamos al frente con todo y después cuando queremos mirar para atrás resulta que no nos siguió nadie? Yo soy de la opinión que una decisión así hay que pensarla mucho.

Dijo Luis Venencio, y Hugo Rivas lo apuró:

—Y claro que la pensamos, Jaimito, pero acá se nos acabó el tiempo. O nos mandamos ahora o no nos mandamos más, no hay tiempo para seguir discutiendo. El compañero se está muriendo, la gente está más cabrera que la

puta que lo parió. Yo creo que es al revés: si no largamos la toma en una de esas perdemos toda la legitimidad.

—La verdad que es así: si no aprovechamos ésta, no la aprovechamos más. Pero igual hay que ver qué pasa mañana en la asamblea.

Todo había empezado dos días antes, el miércoles 30 de mayo, cuando José María Alessio soldaba con su soplete el doble fondo de un barco en el astillero Astarsa, a quince cuadras de la estación Tigre. Alessio tenía 23 años y trabajaba en una celdilla de un metro cuadrado: se le acumuló gas, saltó una chispa y, en un minuto, su cuerpo fue una antorcha. Según las reglas, los soldadores tenían que ir de a dos, para ayudarse, pero ese mediodía Alessio estaba solo: sus compañeros escucharon la explosión y los gritos y corrieron a sofocar el fuego. El matafuegos reglamentario no funcionó. Cuando pudieron sacarlo, uno de ellos se le tiró encima para apagarle las llamas del cuerpo: Alessio tenía quemaduras terribles. Se lo llevaron hasta la puerta del astillero acostado en un tablón, porque la camilla reglamentaria tampoco estaba.

—¿Qué le parece, doctor, se va a salvar?

—La verdad que sería un milagro.

—Y estos hijos de mil putas. Si seguimos así nos van a matar a todos, carajo.

A la noche siguiente, mientras Alessio agonizaba en el Instituto del Quemado, varios militantes de la Agrupación Naval de Astarsa se reunían en una casa de Rincón de Milberg. Después del accidente habían parado la fábrica y ahora querían organizar cómo seguirían. Luis Venencio, Jaime, no estaba muy al tanto de la situación: militaba con ellos, pero en esos días estaba trabajando con el Chango Sosa en la pequeña cooperativa de reparación de barcos que habían formado cuando los echaron de Astarsa, a fines de 1972, después de que les robaron las elecciones del sindicato.

—La cosa está clarísima: la empresa no pone las medidas de seguridad que les marca la ley y un compañero sufre un accidente gravísimo y no hay ni cómo atenderlo. Yo creo que de cualquier forma hay que armarles kilombo, pero si Alessio se muere, con más razón. La gente lo va a entender mucho más fácil.

—Bueno, por eso, hay que largar la toma.

La madrugada estaba fría y neblinosa. En la puerta de Astarsa varios cientos de obreros se frotaban las manos y escuchaban a Carola, uno de los dirigentes sindicales colaboracionistas, que decía que tenían que levantar el paro e ir a conciliación:

—La mejora de los equipos de Higiene y Sanidad es una reivindicación justa, compañeros. Pero no la vamos a alcanzar por medio de una pelea contra la patronal, provocando, patoteando. Lo que tenemos que hacer es bajar un poco la soberbia, no ponernos compadritos, y trabajar todos juntos, obreros y empresarios, para conseguir nuestros objetivos. ¡Así se hace la reconstrucción nacional, compañeros!

Lo aplaudieron sus amigos y unos pocos más. Carola tenía muchos años de experiencia en asambleas, y vio que la cosa no iba bien. Ya era el segundo muerto en unos meses: los obreros de Astarsa desbordaban de bronca.

—Yo creo que nuestra preocupación es legítima, compañeros, pero hay que darle el mejor curso posible. Además, para tranquilizarlos, quería decirles que el compañero Alessio está mejorando, que los médicos dicen que se va a salvar. Así que habría que levantar el paro, compañeros, entrar ahora a trabajar y poner todo el tesón nuestro en las negociaciones con la empresa para garantizar que...

Un poco más allá, los dirigentes de la Agrupación lo escuchaban con un resto de sorpresa: les impresionaba que el tipo fuera tan consecuente como para pedirle a una asamblea enojada, dispuesta a casi todo, que levantara un paro. El Tano Martín Mastinú, del cuerpo de delegados, empezó a pensar la primera frase de su discurso cuando le llegó la noticia, susurrada al oído:

—Tano, acaban de llamar del Instituto del Quemado, la hermana de Alessio. Dice que el pobre...

Carola estaba terminando su llamado a la conciliación cuando lo interrumpió el vozarrón de Mastinú:

—¡Compañeros, acá los sindicalistas vendidos, una vez más, quieren meternos el perro! ¡Pero esto ya es demasiado: Carola nos está pidiendo que entremos mientras recibimos la noticia de que, desgraciadamente, el compañero Alessio acaba de fallecer! ¡Quieren levantar el paro y el compañero está muerto, compañeros!

Ahí empezó el tumulto: docenas de obreros trataron de agarrar a Carola y a sus compañeros del sindicato, con la firme intención de romperles la cara. Carola y los suyos se escaparon por los pelos, corriendo sin mayor dignidad. Los despidieron burlas, gritos y alguna pedrada. Al Tano le faltó tiempo para proponer que ocuparan ahí mismo el astillero y sus compañeros, por aclamación, decidieron que sí. Desde detrás de la alambrada los guardias los miraban con recelo.

Los delegados y varios militantes de la Agrupación tenían armas —un revólver 32 o 38, una pistola 22— pero no las necesitaron para reducir a los

guardias de la entrada, que no se resistieron. Después, unos 300 obreros avanzaron hacia el edificio principal: iban en silencio, graves, como si los impresionara la decisión que acababan de tomar. En el edificio había medio centenar de ejecutivos y empleados: los obreros los reunieron en una oficina grande del primer piso, y Mastinú les dijo que la fábrica había sido ocupada y que por el momento se quedaran ahí, tranquilos, hasta que decidieran qué iban a hacer con ellos. El jefe de Seguridad, muy odiado por los obreros, intentó una protesta.

—Vos, sobre todo vos, callate, porque acá hay muchos que te andan buscando.

Le dijo Mastinú mientras se abría la campera para que se viera, en su cintura, la culata de un revólver pavonado. No quería darse mucha manija, pero era un placer darle órdenes a un tipo como ese, que los había tenido cagando durante años.

—Bueno, que acá se queden de guardia cuatro compañeros, por si los señores precisan cualquier cosita...

No era fácil organizar la toma. Nadie tenía la menor experiencia, y los problemas surgían desde todos lados. Alguien se preguntaba si había que poner guardias en el descampado frente al río, otro quería saber cómo harían para comer, otro quiénes se quedarían a dormir y dónde dormirían, alguno decía que lo importante era reunirse para empezar a discutir los términos en que iban a negociar con los patrones.

Los militantes de la Agrupación se pasaron el día intentando dar respuestas. Casi toda la mañana se les fue en la asamblea donde se pusieron de acuerdo sobre las reivindicaciones principales: la expulsión del cuerpo de Higiene y Seguridad de la empresa, la creación de una Comisión Obrera de Higiene y Seguridad, la reincorporación de todos los despedidos por causas políticas y gremiales, el pago de los salarios caídos. Al mediodía se fueron para el comedor a ver si el concesionario les preparaba algo, pero el hombre había desaparecido.

—Bueno, ya morfaremos después.

Dijo Mastinú, y se armó una comisión para organizar un gran guiso gran para la noche. Hacia las cuatro dejaron ir a los empleados y personal jerárquico, pero retuvieron al vicepresidente de la empresa, el jefe de seguridad, el jefe de personal y tres o cuatro ingenieros que podían resultar necesarios si decidían retomar la producción. Y, cuando empezó a oscurecer, distribuyeron los puestos de guardia. El astillero era muy grande, difícil de controlar: el puesto más importante era el de la puerta, para manejar todas las

entradas y salidas, y había varios más del lado del monte, por si llegaba la Policía, y frente al río, por si la Gendarmería intentaba el desembarco. En cada puesto había cinco o seis obreros: dos o tres dormían y el resto se instalaba al lado de un fueguito con cartas, una guitarra o sólo un mate. Luis no podía creer todo lo que estaba pasando, y lo que más lo sorprendía era el murmullo: parecía, en ese atardecer, como si todos los obreros de Astarsa estuvieran hablando, charlando, discutiendo entre ellos.

—Che, y si vienen a reventarnos esta noche, ¿qué hacemos?

—No, quedate tranquilo, no van a venir.

—Andá a saber.

—No, no pueden venir. Hay un gobierno peronista, hermano, acaba de subir, no pueden reprimir a los obreros.

—Andá a saber.

Más tarde, en un rincón del comedor, los militantes de la Agrupación trataban de hacer un balance de ese primer día de toma y su líder natural, el Chango Sosa, vio que era el momento de lanzarse:

—Bueno, acá va a tener que haber una apoyatura política, ¿no? Nos vamos a tener que meter en la JTP, porque solos esto no lo vamos a poder bancar...

El Chango venía de un grupo independiente que se llamaba Los Obreros pero ya hacía unos meses que se había enganchado con los Montoneros y, ahora, militaba en un ámbito de la Juventud Trabajadora Peronista. Varios de sus compañeros de la Agrupación Naval de Astarsa lo siguieron desde el principio. No era una pertenencia orgánica y, antes de empezar la toma, había muchos miembros de la Agrupación que no tenían nada que ver con la JTP. Luis era uno de ellos. No estaba en contra, pero nunca había sido peronista y no pensaba empezar a serlo. Pero ahora, en medio de algo tan pesado como una toma parecía definitorio contar con el apoyo de la JTP y los Montoneros: el Chango les explicaba que tenían gente en el ministerio de Trabajo que les facilitaría las negociaciones, diputados que plantearían el tema en el Congreso, jueces laborales que lo moverían, periodistas que lo difundirían, infraestructura para darles apoyo.

—Bueno, eso habría que charlarlo mejor, con más calma, ¿no?

—Hermano, me parece que éste no es el momento de la charla sino de la acción. Hay que tomar decisiones, enseguida, no estamos como para la sanata.

Casi todos estuvieron de acuerdo. Meterse en la JTP suponía pertenecer a un movimiento mucho mayor, poderoso, que los amparaba. Y, además, el prestigio personal del Chango respaldaba la propuesta. Luis pensó que era

curioso, que quizás si lo hubiera dicho otro no se habrían metido. Esa noche, casi sin discusión, la Agrupación Naval de Astarsa se integró a la JTP.

A la mañana siguiente, la noticia de la toma de Astarsa salió en todos los diarios y dos o tres comentaristas políticos de radio se preguntaron si no sería el principio de los soviets argentinos. Se los oía muy nerviosos.

Dos

Cacho ya lo sabía, pero no era lo mismo saberlo que chocarse con la evidencia a cada rato: la situación interna de su organización era muy complicada. Hacía unos meses que las Fuerzas Armadas Peronistas se habían dividido en dos: las FAP a secas apoyaban con reparos al gobierno de Cámpora y habían decidido suspender toda operación armada; las FAP-Comando Nacional eran mucho más críticas con el «gobierno democrático-burgués» y planteaban que seguirían operando. Cacho El Kadri era uno de los referentes de las FAP a secas, pero ahí también había discusiones y desavenencias. Ese sábado, sus compañeros lo habían invitado a un asado en el recreo de un sindicato.

—¡No! ¡Pero qué bueno, vos acá! ¡Qué grande, Negro, qué grande!

Cacho no paraba de encontrar y abrazar viejos compañeros. Había como cien: a la mayoría no los había visto desde 1968, cuando salió para el monte tucumano y la prisión. Se emocionaban, se felicitaban por la suerte de estar vivos y seguir adelante, recordaban viejas historias comunes.

—Che, a que no te acordás ese día que se escapó el tiro en...

—Sí, claro, en la esquina del sindicato de aceiteros, cómo no me voy a acordar si el Cholo casi me mata, después.

—Sí, pero vos no sabés lo que me dijo después a mí...

Cacho estaba feliz: nada le gustaba más que estar así, en medio de sus compañeros, unidos por las ganas de seguir haciendo cosas juntos. Pero el encuentro no era sólo para eso: la conducción de las FAP había previsto una especie de plenario para limar diferencias entre los diversos grupos y había pensado que los liberados, con el ascendiente que les daba su historia, podían ayudar en ese sentido. La idea era que discutieran hasta la hora de comer; entonces pararían un rato, para el asado, y después otras cuatro horas de debate. Los viejos, en general, no tenían muchas ganas de encerrarse a discutir:

—Vamos, compañeros, entremos a la sala que ya tiene que empezar la reunión. Vamos, muchachos, por favor, que se nos va a hacer tardísimo.

Después de varias llamadas, Cacho se resignó. El plenario ya había empezado:

—... porque no, compañero, lo que vos decís es cierto, pero tenés que tener en cuenta que, como ya hemos dicho muchas veces, no alcanza con poner nuestra confianza en nuestro líder, sino que hay que convertir esa confianza y conciencia de clase explotada en organización y fuerza capaz de enfrentar al enemigo...

Cacho miró por la ventana. El día estaba soleado; treinta metros más allá, chicos jugaban a la pelota con profusión de gritos.

—Las diferencias entre las FAP y las FAP-Comando Nacional no deberían ser irreconciliables, y ahí es dónde los compañeros que salen de la cárcel, los liberados, podrían tener un papel importante. Como ellos no tuvieron participación en los conflictos que llevaron a la ruptura, quizás podrían ser el puente que reunificara nuestros proyectos dentro de un marco de...

Había desacuerdos graves; los militantes se sacaban chispas en sus intervenciones, pero a Cacho le parecía como si no se tuvieran confianza para decirse las cosas: todo era permitime, yo entiendo tu postura pero, habría que matizar lo que decís. Muchos de ellos hablaban como un volante, pensaba Cacho. En sus tiempos, las discusiones eran más brutas y más francas: pero dejate de joder, boludo, cómo se te ocurre semejante cosa.

—... porque si no participamos y apoyamos el accionar de nuestro gobierno...

—Disculpá, compañero, eso de nuestro gobierno habría que verlo. Aunque sea un gobierno votado por la amplia mayoría popular, integrado por algunos compañeros que van a tratar de impulsar medidas revolucionarias, eso no nos garantiza que tengamos activa participación en las decisiones y que se respeten nuestros intereses de clase frente a...

Después del asado, Cacho se quedó afuera, saludando compañeros, intercambiando más recuerdos.

—¿Y a mí, que mi vieja me tenía cagando? No, la vieja era una tana calentona. Yo tenía el fierro en la cintura, era un boludo grande, y cada vez que llegaba tarde la tana me corría a los coscorriones, me fajaba, me gritaba ¿má dónde estuviste, per qué llegó tan tarde a casa? Era terrible la tana...

Al final, Cacho se fue a dormir debajo de un árbol. Le costaba acostumbrarse a estas reuniones: le parecían larguísimas e intrincadas, llenas de modismos pretenciosos y enfrentamientos subterráneos. Extrañaba los tiempos en que las discusiones políticas podían despacharse en diez minutos y quedaba tiempo para planear lo que harían, recordar viejas historias y reírse con los compañeros. Algo había cambiado mucho durante sus años de cárcel,

y Cacho no terminaba de adaptarse. Aunque estuviera viviendo, de todas formas, días de gloria. Mucha gente lo reconocía, lo saludaba con afecto, le pedía que les contara su historia. Y algunos de los cambios de esos años le resultaban de lo más agradables: por ejemplo, en el terreno de las relaciones entre hombres y mujeres. En prisión, Cacho había leído algún libro de Wilhelm Reich sobre el poder del orgasmo, y un compañero suyo marxista le había dicho que Lenin decía que hacer el amor debía ser tan natural como tomarse un vaso de agua; sin embargo, no pensó que iba a encontrarse situaciones tan distintas de las que había conocido. Ahora ya no era necesario noviar con una chica para proponerle una noche de amor. Y, además, Cacho tenía una ventaja particular: el atractivo de los viejos militantes con prestigio, «los bronces». Así que sus días y sus noches estaban llenos de atracciones. Cacho se decía que no era sólo el deseo sexual sino el deseo de vivir, en todos sus aspectos: volver a hacer tantas cosas que no había hecho durante tanto tiempo.

También había momentos difíciles: en esos días, Cacho fue a visitar a los parientes de varios compañeros suyos que habían caído en los últimos años. La hermana de Bruno Cambareri, la familia de Gerardo Ferrari, la viuda de Carlos Bianchini. Cacho se decía que el pueblo había ganado pero ellos habían perdido a su hermano, a su hijo, a su esposo. ¿Ellos también sentirían que habían ganado algo? Era más fácil decirlo en los discursos, hablando en general, que ante quienes se habían quedado sin la persona que querían. A veces, frente a esas mujeres doloridas, Cacho El Kadri se quedaba sin palabras.

Junio de 1973. A principio del mes salió el número 2 de *Ideas, letras, artes en la Crisis*. El primero había aparecido en mayo, después de una larga gestación. Todo había empezado a fines de los sesenta, cuando un empresario exitoso y gran coleccionista de libros y cuadros, Federico Vogelius, cayó preso por causas confusas: adulterio o falsificación de Figaris, dijeron. Vogelius se pasó una temporada en Devoto, y algunos amigos lo defendieron: entre ellos, Ernesto Sabato. Cuando salió, Vogelius lo fue a visitar para agradecerle su apoyo y proponerle una idea que había rumiado en su calabozo: que publicaran juntos una revista. Las reuniones preliminares duraron años: en la quinta de Vogelius en San Miguel solía juntarse el grupo original, con Ernesto Epstein, Jorge Romero Brest, Víctor Massuh, Roger Plá, Julia Constenla y Sabato, que propuso el nombre *Crisis*.

A principios de 1973 el proyecto estaba muy avanzado, pero faltaba decisión y un director. Había tres candidatos posibles: Juan Gelman, Tomás Eloy Martínez y el uruguayo Eduardo Galeano, que acababa de publicar, con gran repercusión, *Las venas abiertas de América Latina*. Gelman y Martínez tenían buenos empleos en *La Opinión*; el elegido fue Galeano. Sabato nunca estuvo muy de acuerdo con las posiciones del uruguayo: le parecían demasiado izquierdistas, y terminó por abandonar el proyecto. El número 1 vendió en pocos días los 10.000 ejemplares que había tirado. El número 2 tenía una tapa negra; su primera nota era la reproducción del *Diálogo Psicoanalítico* de Sartre; después venía una entrevista de Alberto Carbone a Cortázar —«Mi ametralladora es la literatura»—, poemas de Urondo, Gelman, Fernández Retamar y Roque Dalton; un fragmento de la *Balada de Santiago*, de Skármeta; varios inéditos de Onetti, un guión de Miguel Littin; la historia del golpe militar brasileño del 64 por Helio Silva; y la nota de coyuntura por Rogelio García Lupo. El autor de *Las venas abiertas de América Latina* había convocado autores de Argentina, Brasil, Uruguay, El Salvador, Chile y Cuba. El rumbo de *Crisis* estaba claro.

En la página 8, un retrato de Sábato ilustraba un poema que Paco Urondo había escrito en abril y en la cárcel de Villa Devoto:

«Del otro lado de la reja, está la realidad, de
este lado de la reja, también está
la realidad; la única irreal
es la reja; la libertad es real aunque no se sabe bien
si pertenece al mundo de los vivos, al
mundo de los muertos, al mundo de las
fantasías o al mundo de la vigilia, al de la explotación o de la producción.
Los sueños, sueños son; los recuerdos, aquel
cuerpo, ese vaso de vino, el amor y
las flaquezas del amor, por supuesto, forman
parte de la realidad; un disparo en
la noche, en la frente de estos hermanos, de estos hijos, aquellos
gritos irreales de dolor real de los torturados en
el ángelus eterno y siniestro en una brigada de policía
cualquiera
son parte de la memoria, no suponen necesariamente el presente pero
pertenecen a la realidad. La única aparente
es la reja cuadriculando el cielo, el canto
perdido de un preso, ladrón o combatiente, la voz

fusilada, resucitada al tercer día en un vuelo inmenso cubriendo la Patagonia

porque las
masacres, las redenciones, pertenecen a la realidad como
la esperanza rescatada de la pólvora, de la inocencia
estival: son la realidad, como el coraje y la convalecencia
del miedo, ese aire que se resiste a volver después del peligro
como los designios de todo un pueblo que marcha hacia la victoria
o hacia la muerte, que tropieza, que aprende a defenderse, a rescatar lo
suyo, su
realidad.

Aunque parezca a veces una mentira, la única
mentira, no es siquiera la traición, es
simplemente una reja que no pertenece a la realidad».

Y, dos páginas más allá, Julio Cortázar contestaba a las críticas que le habían hecho en el primer número el padre Mugica, Liliana Heker, Raimundo Ongaro y Osvaldo Bayer: «Bueno, mirá, realmente me importa un carajo cualquiera de esas críticas. Sé que es el precio que tengo que pagar por haber hecho algo que, de acuerdo con algunos datos, es justificado. Yo creo que las cosas que no llegan por ciertas vías pueden llegar por otras. Pienso modestamente que este libro (*El Libro de Manuel*) puede tener alguna utilidad para la causa de los presos políticos de toda América Latina no solamente de Argentina. No me hago ilusiones sobre la eficacia de la literatura, pero tampoco creo que sea inútil. Creo que los que escribieron una enciclopedia en Francia ayudaron a desatar la Revolución Francesa, así como creo que la poesía de Mao Tse Tung es parte de la revolución china. Eso no se puede olvidar. En este tiempo hay quien dice que lo único que cuenta es el lenguaje de las ametralladoras. Yo te voy a repetir lo que le dije a Collazos en nuestra polémica: cada uno tiene sus ametralladoras específicas. La mía, por el momento, es la literatura».

—... porque la contradicción principal siempre ha sido la lucha entre la liberación y la dependencia. Más allá de quiénes hayan sido los actores que en cada momento de nuestra historia...

Horacio González estaba subido a una tarima precaria, armada para la ocasión; más abajo, a su alrededor, 10.000 alumnos trataban de escuchar su voz en los altoparlantes. Los estudiantes se apretujaban en el estacionamiento de la facultad de Ciencias Económicas: era el único lugar donde cabían todos

los asistentes a la clase inaugural de la gran materia introductoria de la carrera. En los programas se llamaba Introducción al conocimiento del Estado y la Sociedad, pero Horacio la había rebautizado como Historia Nacional y Popular: más directo, más explícito, más peronista.

La Universidad era uno de los pocos terrenos que los Montoneros habían ocupado sin discusión cuando se repartieron los espacios de influencia en el Estado. También tenían alianzas más o menos estrechas con varios gobernadores provinciales —Obregón Cano en Córdoba, Bidegain en Buenos Aires, Martínez Baca en Mendoza, Cepernic en Santa Cruz, Ragone en Salta—, buenas relaciones con el ministro del Interior, Esteban Righi, el de Relaciones Exteriores, Juan Carlos Puig —los dos ministros más camporistas—, y con el de Educación, Jorge Taiana; gente en esos tres ministerios, y no mucho más, pero la Universidad fue para ellos, y se convirtió en uno de sus bastiones. El rector era Rodolfo Puiggrós, un historiador respetado que había militado en el Partido Comunista hasta mediados de los cuarenta, cuando se pasó al incipiente peronismo y empezó a hacer una historia que unía el revisionismo nacionalista con cierto método marxista. Y los decanos de cada facultad también respondían a los Montoneros. En Filosofía y Letras el puesto fue para el cura Justino O'Farrell, uno de los fundadores de las Cátedras Nacionales: Horacio había trabajado con él en ese proyecto y se rumoreó que podía ser el director de la carrera de Sociología pero, en esos días, estaba más interesado por la militancia barrial y desdeñaba un poco la facultad: el barrio era un espacio mucho más popular, donde se dirimían las verdaderas cuestiones. Pablo Franco fue el director de la carrera; en Historia nombraron a Rodolfo Ortega Peña y en Letras a Paco Urondo.

Sin embargo, pocos días después, cuando el decano de Ciencias Económicas, Oscar Sbarra Mitre, le ofreció esa gran materia introductoria, Horacio se sintió tentado. Sbarra Mitre había abierto su administración con un gesto grandilocuente: remató los viejos muebles suntuosos de la facultad y, con ese dinero, compró sillas y mesas de fórmica y pudo becar a una cantidad de alumnos pobres. Horacio pensó que en ese espacio tenía algo que hacer y decidió aceptar su oferta.

—... es, como les decía, la contradicción entre liberación y dependencia la que estructura la historia misma de nuestro país. Aunque los conflictos anteriores hayan recibido otras denominaciones, hayan tenido otras identidades culturales o partidarias, de todos modos son antecedentes de ese conflicto mayor que se revela con absoluta nitidez en el momento histórico que hoy estamos viviendo...

Decía Horacio, y 20.000 orejas trataban de captar sus palabras. En esos días, Horacio seguía con su militancia en Floresta, donde cada vez más gente se acercaba a las unidades básicas, y formaba parte de la Unidad Básica de Resistencia —UBR, el ámbito de menor nivel de la organización Montoneros— de esa zona. También participaba en el consejo de redacción de la revista *Envido*, que había perdido la pulseada por convertirse en la revista teórica de los Montoneros frente a *Pasado y Presente*, editada por un grupo de intelectuales de origen gramsciano, con mayor prestigio académico: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, que se adaptaron mejor y publicarían, dos meses después, un artículo de Aricó que decía que «la unión de FAR y Montoneros es el acontecimiento más importante de esta época». *Envido* aparecía como más peronista, con una visión más populista de la historia, sin un encuadramiento montonero demasiado claro. Uno de los miembros de su consejo de redacción, Jorge Luis Bernetti, que había sido secretario de prensa del FREJULI, vio en esos días a Firmenich y hablaron de *Envido*. El jefe montonero no parecía saber que Bernetti estaba en esa revista:

—No, a esa gente hay que sacarle la financiación.

Le dijo a Bernetti, que intentó explicarle que *Envido* nunca había recibido dinero de su organización. De hecho, la revista no duró mucho más.

—... podríamos hablar de Felipe Varela, un precursor, alguien que fusionó un caudillismo democrático con una idea amplia de alianzas americanas. Quizás deberíamos decir que Felipe Varela ha liderado el primer americanismo que se planteó una base de movilización popular real...

Seguía Horacio. La cátedra de Historia Nacional y Popular era absolutamente atípica: sus clases eran momentos de agitación basados en un método teatral. Poco antes, Horacio había conocido a Augusto Boal, un director de teatro brasileño exiliado en la Argentina, y habían hablado de la posibilidad de utilizar técnicas dramáticas para la enseñanza. Pero cuando Horacio aceptó la cátedra, Boal se tenía que ir de Buenos Aires y le presentó a un dramaturgo joven, Mauricio Kartún, para que se integrara al proyecto. En esos días, Kartún estaba presentando en Buenos Aires una obra que recorría con humor la historia argentina, desde el punto de vista revisionista: *¿Civilización... o barbarie?* Horacio la fue a ver y, después de la función, contrató a todo el elenco como docentes, para enseñar su materia. Cada representación trataría un tema de la historia argentina y Horacio, como profesor, comentaría lo que la escena mostrara: por ejemplo, unos mazorqueros tan espantosamente crueles y un Rosas tan tirano que todos notaban que era una exageración.

—... estos mazorqueros, como ustedes pueden ver, este tirano, no son sino los sueños de un unitario enfebrecido, las pesadillas de un liberal. Son, a todas luces, desmedidos, irreales. Y sin embargo, como ese unitario perteneció a la fracción oligárquica que se impuso a las tentativas populistas de la Federación rosista, ésta es la versión de la historia que ha prevalecido y que se seguía estudiando en la Argentina hasta que...

—... seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque en verdad os digo que no acabareis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre. El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor...

El cura Jorge Adur leía al apóstol Mateo; cuando levantó la vista le llamó la atención ese feligrés alto y musculoso que había llegado a mitad de la misa. Cuando reconoció a Julio Urien, bajó los Evangelios y se persignó:

—Hermanos, permítanme que interrumpa la palabra sagrada, pero acaba de llegar un compañero, un verdadero cristiano al que quiero darle la bienvenida después de haber estado preso en las cárceles de la dictadura...

El tono seguía siendo de sermón y Julio trató de no ponerse colorado. Los fieles de la capilla de Martínez vieron algo que no solía pasar en una iglesia: el sacerdote se bajó del altar, caminó por la nave hasta el fondo y abrazó a ese muchacho sonrojado. A Julio el abrazo le pareció eterno. Era su primer domingo en libertad y volvía a la parroquia del cura Adur, donde había ido un año y medio antes para buscar un contacto con los Montoneros. Aquella vez, el cura se había asustado de que un oficial de la Armada quisiera ser, como él mismo, miembro de esa organización.

—Julio, me haría muy feliz que comulgues hoy, en esta misa.

—Pero no me confesé, padre.

—En este acto, y en nombre de Dios, yo te absuelvo de tus pecados, hermano.

Julio sentía que recuperaba sus raíces. Después de la misa comió un asado con su familia y varios amigos del barrio. Se enteró de que la primera del CASI estaba haciendo una buena campaña y pensó que algún día, cuando el país anduviera bien, quizás volvería a ponerse la camiseta, o por lo menos entrenaría a una división juvenil. La Armada todavía no había contestado a su pedido de reincorporación, y Julio estaba un poco perdido.

—Che, Chimpa, préstame unos mangos.

—Claro, Julio. ¿Cuánto necesitás?

—Qué sé yo, ya me desacostumbré de andar con guita; dame algo hasta la semana próxima, que seguro voy a cobrar.

Chimpa era su hermano Facundo, un año menor. Había llegado el día anterior de Azul, con licencia. Facundo era teniente del Ejército y estaba en el Regimiento 10 de Caballería Blindada; el permiso se lo debía a su tío, el teniente coronel Ernesto Trotz, segundo jefe del regimiento.

El martes 5 de junio Julio sacó del placard el uniforme de guardiamarina. Estaba bien planchado, con un poco de olor a naftalina y, se lo puso frente al espejo. Se sentía un poco raro y cuando se probó la gorra se preguntó si, con todo lo que había vivido y conocido en esos meses de prisión, estaría o no en condiciones de retomar su carrera militar. Sabía que la mayoría de la oficialidad naval lo respetaba, incluso los que no le perdonaban la sublevación. Sus calificaciones habían sido óptimas y en los informes de sus jefes se destacaba su aptitud para los ejercicios de combate. Esa mañana tenía que ir con su compañero Mario Galli al edificio Libertad para cobrar su sueldo y presentar sus pedidos de reincorporación: Julio solicitaba su nuevo destino como oficial de la infantería de marina y Mario como oficial de la flota naval. En la calle el cielo estaba plomizo y hacía frío, pero Julio estaba todo transpirado.

—Mierda, Mario, ¿qué te parece que harán éstos?

—¡Qué sé yo! Vos sabés que yo no les tengo ninguna confianza. Lo que me llama la atención es que Carlos es optimista.

Carlos Lebrón era un teniente de navío tres años mayor que ellos. Además de la carrera naval, había estudiado Ingeniería en la Universidad de Buenos Aires y se había conectado con Montoneros. Aunque no había participado de la sublevación de la ESMA, la inteligencia naval también lo metió preso. Lebrón había salido poco antes y estaba militando de lleno en Montoneros. Pero compartía con sus camaradas la idea de volver a la Armada y activar desde adentro.

—Sí, incluso Carlos va al polígono del centro a hacer tiro. No tiene ningún complejo... Yo creo que además tiene más confianza en que el gobierno va a hacer las cosas bien y que nos van a apoyar. Y yo tengo muchas dudas, sabés.

—Bueno, Julio, pero ahora se abre una etapa distinta, y constitucionalmente la Armada depende del poder político, y los que ganamos las elecciones somos nosotros.

—Una etapa distinta para muchas cosas, ¿pero vos te pensás que la Armada va a dejar que Cámpora les diga lo que tienen que hacer? ¿Vos creés

que Perón los va a enfrentar? Mirá, Mario, aunque mi familia es nacionalista, y siempre lo apoyamos al Viejo, yo no creo.

Julio le contó la historia de cuando Perón llamó a su padre porque era un joven abogado nacionalista y peronista en una época en que la mayoría de los abogados jóvenes eran liberales y antiperonistas.

—Y Perón le dijo a mi viejo: «Bueno, ¿qué le gustaría, Urien?». Era la manera de ofrecerle un cargo. ¿Y sabés qué le dijo mi viejo? «Yo quiero que haga un buen gobierno, que haga la revolución nacional».

—¡A la pipeta! Corajudo, tu viejo.

—Bueno, Mario, yo lo que creo es que no hay términos medios: o se hace la revolución o perdemos. Ahora no se puede esperar: si la oligarquía y el imperialismo se reagrupan, cagamos. Perón tiene que jugarse como no se jugó en el 45. Por eso, yo creo que si no presionan para que volvamos a la Armada es que no quieren ir a fondo...

La discusión siguió, y seguiría. En esos días el padre de Julio le dijo que le iba a presentar a alguien, que era una sorpresa.

—Un viejo amigo, un gran escritor y nacionalista en serio.

Llegaron a su casa y una señora los acompañó hasta una habitación. Julio reconoció el ceño fruncido y los bigotes espesos de Arturo Jauretche detrás de los libros y papeles desparramados sobre el escritorio, y murmuró que se sentía muy honrado.

—Era yo el que quería conocerte, hijo. Militares como vos es lo que necesita el país, y no estos cipayos que han convertido a las Fuerzas Armadas en una vergüenza nacional...

Jauretche se levantó con dificultad y lo palmeó. Julio estaba emocionado y le dijo que había leído varios libros suyos, incluso en su viaje de egresados en el crucero *La Argentina*.

—En el camarote tenía dos libros suyos, don Arturo: *El medio pelo en la sociedad porteña*, que me divirtió mucho, y *Política nacional y revisionismo histórico*, que me lo había regalado mi padre.

Jauretche le sonrió y siguió explicándole por qué tenía que seguir haciendo lo que hacía:

—La oligarquía quiere que las armas sirvan para defender sus campos y sus cuentas bancarias, para defender a sus socios. Pero nosotros tenemos que recuperar una idea básica: ahora que triunfó el pueblo en las urnas, nuestros soldados tienen que servir para defender el patrimonio nacional y la soberanía popular... No creo que resulte fácil, hijo, los imperios se valen de todas las armas. Los cipayos no tienen moral ni principios, les gusta la vida fácil, se

corrompen en un santiamén... Además, m'hijo, ellos tienen estos falsificadores de la historia que les justifican cualquier cosa y que se ocupan de la colonización pedagógica, que sólo es posible con la proscripción de las mayorías, el miedo de muchos y la desmemoria de algunos.

Jauretche estaba viejo, y se cansaba. Para terminar con la entrevista agarró un ejemplar de *Ejército y Política* y se lo dedicó «a este joven oficial que con su valentía ha honrado la bandera de la Patria...».

—Vea, éste es un libro viejo. Lo publiqué en 1957, y ahí usted va a ver que yo planteo ya entonces que si las Fuerzas Armadas no fortalecen una visión nacional y latinoamericana, van a triunfar los que quieren un ejército gendarme, represivo.

Jauretche lo despidió con un abrazo y, cuando salieron, Julio le agradeció a su padre por ese momento. El juez lo miró grave:

—Julio, hijo, no se confíen. Los militares con los que hablo me dicen que los milicos gorilas, que todavía tienen mucho poder en el Ejército, han dado un paso atrás, pero están agazapados, esperando que ustedes salgan a la superficie, que los están marcando a todos. Ellos van a tratar de dividir al peronismo, primero, y después van a tratar de liquidarlos a ustedes, a toda la juventud revolucionaria.

Junio de 1973. En un reportaje del diario mexicano *Excelsior*, Jorge Luis Borges hablaba sobre la situación de su país: «La crisis política argentina se inició en 1910, cuando se instituyó el voto obligatorio. Es absurdo que voten todos». Y, después: «Es sabido que Cámpora ganó las elecciones porque la mayoría de los argentinos son tontos».

En la entrevista, Borges contó que su madre le había dicho por quién votar el 11 de marzo: «Me entregó un sobre con la papeleta adentro, que yo deposité en la urna. Era por Nueva Fuerza, el partido de Álvaro Alsogaray. Claro que ahora estoy arrepentido, pero no por razones ideológicas sino porque fue un voto perdido: ese partido no llegó ni siquiera al tres por ciento de los votos. Me hubiera gustado darle mi voto a los radicales, para aumentar el dique de contención al peronismo».

Finalmente, Borges dijo que «Perón ganó las elecciones por el voto masivo de los jóvenes, que no saben nada de esa época oprobiosa, de sus crímenes, persecuciones y robos. Súmele a eso la exaltación de un hombre y la carencia absoluta de doctrina. Son todos snobs», concluyó.

—Cacho, tenemos una reunión en la Municipalidad, con el Alambre...

—¿Con quién?

El Alambre Juan Carlos Brid era un viejo militante de la resistencia al que Cacho se había encontrado en la cárcel de La Plata. Y ahora estaba como director de Inspección Municipal, y quería hablar con ellos: Cacho El Kadri, el Pocho Rearte y Héctor Spina.

—Miren, compañeros, acá está lleno de funcionarios corruptos, y la idea es que los compañeros más probados se hagan cargo de la inspección general, para terminar con la corrupción y demostrar que, esta vez, los cambios van en serio...

—No, pero nosotros no vamos a ocupar ningún cargo ni nada. Nosotros no luchamos para tener un puesto, ni estamos de acuerdo con este tipo de reparto de prebendas que...

—¿Pero qué prebendas? Es un puesto para laburar, para contribuir a la reconstrucción nacional. Acá hay que traer gente de fierro que no meta la mano en la lata, y la única garantía es que sean compañeros revolucionarios, porque si no...

—¿Y cuántos habría que poner?

—Sesenta, ochenta...

—Yo puedo traer diez.

Dijo Rearte.

—Yo ocho.

Dijo Spina.

—Yo voy a hablar con los compañeros y voy a preguntar. Creo que hay mucho más que eso.

Dijo Cacho. Pero cuando salieron de la Municipalidad seguían discutiendo si tenían que meterse o no:

—Bueno, es una oficina municipal, meterse ahí viene a ser como convalidar al gobierno.

—¿Y cómo no lo vamos a convalidar si es el gobierno peronista, el gobierno que el pueblo votó?

—No, pero nosotros tenemos que mantenernos alejados de cualquier tentación burocrática, compañeros. Cuando te metes en una de esas sabés dónde empezás pero nunca sabés adónde vas a terminar...

—Dejémonos de joder, saquémonos la telaraña de la azotea, acá hay que ocupar todos los espacios posibles. Cacho tiene razón. ¿Quiénes son los que

necesitan laburo? ¿De qué vamos a vivir? ¿Vamos a afanar un banco de nuevo?

Decidieron que presentarían una lista con unos 50 nombres. Para eso, muchos de los militantes tenían que romper su clandestinidad: era un peligro. También decidieron que cada uno de ellos pondría una parte de su sueldo para el funcionamiento de la organización: pocos días después, los 50 estaban reunidos en un gran salón de la Intendencia y Juan Carlos Brid les soltaba un discurso:

—Estamos aquí para apoyar todas las iniciativas del gobierno popular en la ciudad de Buenos Aires, para aportar nuestra experiencia militante para cambiar la forma de funcionamiento corrupta y acomodaticia del aparato estatal...

En un rincón, el intendente Leopoldo Frenkel escuchaba con resquemor disimulado. En realidad no era intendente porque tenía sólo 26 años: su cargo era «delegado personal del presidente en la Municipalidad», y era su recompensa por haber creado un Comando de Planificación destinado a competir con los Equipos Político-Técnicos de los Montoneros. Frenkel estaba apoyando, desde su puesto, las tomas del Teatro Municipal San Martín, el radio Municipal y la Dirección de Vialidad Nacional, llevadas adelante por la Alianza Libertadora.

—... y, sobre todo, tenemos que mantener la conducta más estricta. Está de más decir que la honestidad es la primera regla que tenemos que respetar. Está muy claro: al primero que sea sorprendido coimeando lo fusilamos nosotros, sin más trámite.

Cacho también escuchaba desde el fondo del salón. Había convencido a los otros de que aceptaran pero no había querido agarrar un trabajo, porque temía que los demás pudieran creer que se estaba aprovechando de su posición; tampoco quería ningún puesto jerárquico en las FAP, para que nadie pensara que se estaba aprovechando de su prestigio. Se había guardado su traje azul de preso y se prometió que de tanto en tanto se lo iba a poner: para acordarse, para seguir siendo ése.

—Che, Cacho, ¿pero qué vas a hacer? ¿De qué vas a vivir?

Mario Kestelboim había sido uno de sus abogados. Era un simpatizante de las FAP, de unos 35 años, y acababan de nombrarlo decano de la facultad de Derecho.

—Porque todo muy lindo, piripipí, la pureza, las bases, pero ¿de qué vas a vivir? ¿Vas a trabajar de obrero metalúrgico?

—No, no sé.

—Yo tengo tres puestos de asesores, te quería nombrar a vos, a Ignacio Vélez, de los montos, y a Florencio Tancoff, de las FAR. Para mí sería un honor que ustedes aceptaran...

—Pero Mario, ¿cómo voy a ser asesor tuyo? ¿Asesor de qué?

Cacho lo consultó con un par de compañeros de las FAP y terminó por aceptar, aunque, para tranquilizarse, entregaba parte de su sueldo a su organización. Era un símbolo fuerte: tres guerrilleros notorios de las tres organizaciones armadas peronistas asesoraban al decano de la vieja y tradicional facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.

Al principio fueron unos trescientos, pero cada día se les iban sumando otros compañeros y, al cabo de una semana, quinientos de los setecientos obreros navales de Astarsa participaban de la toma.

—Bueno, disculpenme, muchachos, que no vine de movida. Ustedes saben que yo siempre pensé que en estas cosas es mejor no meterse. Pero la verdad que la gorda me convenció. Todo el tiempo me estaba diciendo que cómo podía ser, que mis compañeros estaban peleando y yo ahí tranquilo en mi casa; a la final, de tanto escorchar, me convenció. Ustedes diganme nomás en qué les puedo colaborar, y yo le meto.

A esa altura ya habían llegado a un acuerdo con el concesionario del comedor: los de la Agrupación le aseguraron que iban a conseguir que la empresa le pagara y el hombre cocinaba para los huelguistas y para los rehenes. No era fácil garantizar la comida para tanta gente. Pero además había que organizar las guardias, atender a los periodistas, negociar con el ministerio de Trabajo, ocuparse de cientos de problemas. Luis Venencio, Hugo Rivas, el Chango Sosa, el Tano Mastinú y los demás no daban abasto.

—Che, hermano, si hubiera sabido que la toma era tanto laburo... La verdad que era más fácil trabajar doce horas para los patrones.

—No digás boludeces, Chango.

Se reían. Estaban orgullosos. Por los diarios, por militantes que venían a verlos, se enteraban de que cada vez había más tomas, y les daba la satisfacción del precursor. Cantidad de reparticiones públicas habían sido ocupadas para asegurar que las autoridades nombradas por los militares dejaran su lugar a las nuevas: «no son actitudes contrarias al gobierno del compañero Héctor Cámpora, sino actos de presión para que los personeros del continuismo abandonen los cargos logrados ilegítimamente», decía por ejemplo un comunicado de la UPCN.

La lista de hospitales, escuelas, correos, oficinas municipales, cementerios, ministerios, bancos estatales, bolsas de comercio, direcciones de Entel, Ferrocarriles. Energía Atómica, Puertos, Aduana, Astrofísica, Obras Públicas o Subterráneos ocupados era interminable. Y empezaban, también, muchas tomas de empresas privadas: la fábrica de pinturas Alba, el Automóvil Club. Molinos Río de la Plata o el Alvear Palace Hotel, por ejemplo. En cada ocupación se producían cambios inverosímiles: de pronto, un hospital pasaba a ser manejado por una junta de médicos, pacientes y enfermeros; en una municipalidad un jefe negrero se veía sometido a un «tribunal popular» que lo condenaba a cavar las zanjas que había ordenado durante tantos años; en una fábrica los obreros retomaban la producción fijando sus propias cuotas y formas de trabajo; una oficina de control de precios convocaba a las amas de casa de los barrios de su jurisdicción para que ayudaran a fiscalizar. En esos días la ciudad parecía llena de gente, agitación, encuentros, discusiones, peleas, coincidencias. Se veía muy poca policía, habían desaparecido los falcon verdes y hubo muy pocos hechos de violencia.

Las tomas intentaban conseguir mejoras y, también, ocupar espacios. Y había, en muchos casos, enfrentamientos entre distintos grupos que querían tomar lo mismo. En Mar del Plata, por ejemplo, militantes de la JP ocuparon el hospital Regional y lo rebautizaron «Caídos de Trelew» antes de ser atacados por un comando del CNU que trató de desalojarlos. El CNU estaba respaldado por el dirigente local de la CGT, Marcelino Mansilla. En la misma ciudad estaban ocupados la dirección de Teléfonos, un teatro municipal, el Hogar de Tránsito, Télam, la colonia turística de Chapadmalal, la universidad —donde la JUP propuso como rector al sociólogo Julio Aurelio— y LU-6 Radio Atlántica que, tomada por el CdeO y la Alianza Libertadora Nacionalista, pasó a llamarse Juan José Valle.

Los grupos de derecha tomaron sobre todo medios de comunicación: en Rosario, los ocupantes de LT2, LT3 y LT8 prohibieron los discos de Horacio Guarany, Osvaldo Pugliese y Mercedes Sosa, «por bolches». En Buenos Aires, los mismos grupos ocuparon las radios Mitre, Antártida, El Mundo, Belgrano y Argentina. En Córdoba, los ocupantes de radio La Voz del Pueblo lanzaron amenazas de muerte contra «el zurdito Tosco».

—Chango, ¿te parece que vamos a poder aguantar?

—Bueno, ahora por primera vez ellos están más preocupados que nosotros. Si no les ganamos ahora no les ganamos más.

Ya era la una de la mañana y hacía frío. Luis y el Chango caminaban por el barro entre fogatas. Unos metros más allá sonaba el rumor del río rompiendo. Habían controlado los puestos de guardia de ese lado, se habían tomado un par de ginebras y no tenían ganas de irse a dormir.

—Dale, Jaimito, hay que apoliyar.

—¿Pero en serio creés que la vamos a poder ganar?

—Mañana tenemos que hacer una asamblea.

—¿Más asambleas? No seas trosko, Chango. La gente está hinchada las pelotas de tanta asamblea.

—¿A mí me vas a tratar de trosko, Jaimito?

—No, en serio, si algo aprendí con los troskos es a no hacer lo que ellos hacen. No hay que hincharle las bolas a la gente con asambleas y reuniones y discursos. Los muchachos están mal dormidos, mal comidos, sin coger, andan malhumorados porque no ven a la familia. Más que asambleas lo que hay que hacer es organizar fogones, guitarreadas, joda. No hay que romperles las bolas, che, en serio. Si igual están embalados, se juegan todo por esto.

—Tenés razón, pero igual tenemos que hacer una, corta, rápida, antes de que se vayan los delegados para el Ministerio. Desde ayer que no nos reunimos todos para informar cómo van las negociaciones.

Le contestó el Chango que, de líder natural de la Agrupación, había pasado a ser el responsable de un grupo de la JTP. Cada día, a eso de las nueve, los delegados, encabezados por el Tano Mastinú, se iban al centro a seguir negociando en el ministerio de Trabajo. Y cada tarde, a eso de las cinco, volvían y contaban las novedades del día.

—¿Y qué vas a informar si entre ayer y hoy no pasó nada?

—No, nada, que la empresa está estudiando las propuestas y que en la reunión del Ministerio se pueden llegar a resolver un par de cosas. Que no dé la impresión de que nos vamos quedando, che, si no, la gente se va a empezar a desinflar.

A la mañana siguiente Luis tuvo que encargarse de la guardia de la puerta principal. Poco después de las siete empezaron a rondar cuatro patrulleros con las sirenas prendidas; Luis sabía que era para hinchar las pelotas, sólo porque no podían con su genio: Julio Troxler, el subjefe de la policía provincial, les había dado la orden de que «no se metieran con los muchachos de Astarsa». Entre las ocho y las diez llegaron cuatro delegaciones de comisiones internas de fábricas de la zona norte: la más grande fue la de Ford, de Pacheco. Y a las diez empezaron a caer los periodistas: una cámara de canal 7, el coche de *Crónica*, la periodista de *La Prensa* que no faltaba ningún día. Poco después

Guillermo Greco, dirigente de la JTP, fue a dar un discurso. Varios cientos de obreros lo escuchaban:

—La lucha que ustedes llevan adelante, compañeros, es parte de la movilización general con que defenderemos y controlaremos a nuestro gobierno. Y el control obrero de las medidas de seguridad, que ustedes legítimamente reclaman, será un primer paso hacia la estatización de Astarsa.

A las once llegó el diputado Roberto Bustos a expresar su solidaridad con la toma: quería entrar y hablar a los obreros, pero Luis le dijo que era mejor que no, que podía resultar una provocación si empezaban a meter a gente ajena al astillero. Un rato después cayó una delegación del Partido Socialista de los Trabajadores para manifestar su apoyo: venían con un par de banderas y les sacaron fotos. La tarde anterior había habido unos cincuenta militantes del ERP cantando consignas. A veces, Luis pensaba que era como vivir en un mundo distinto, donde pasaban cosas que un mes antes habrían parecido imposibles. Aunque se mezclaran restos de aquel mundo anterior:

—Che, Jaimito, cada vez que nos sentamos a comer, el Tarugo se morfa cuatro platos. Nosotros le decimos que tiene que comer su parte pero no quiere dar bola, dice que si no puede comer todo lo que quiere para qué carajo estamos haciendo todo esto. ¿Vos no podrías explicarle cómo es el asunto?

Al mediodía llegó un juez, en su coche oficial: se presentó y presentó al señor que tenía al lado. Era un médico, y venían a «controlar el estado físico y psíquico de los rehenes». Luis les pidió que esperaran un momento y mandó a un compañero adentro, para que avisara. Cuando salieron, dos horas después, el juez le dijo a la periodista de *La Prensa* que «el estado de los rehenes era plenamente satisfactorio» y que «no habían manifestado más quejas que las habituales en un caso como el que nos ocupa». A Luis le hizo gracia que el juez fuera tan cauto: finalmente, el caso que los ocupaba era algo parecido a un secuestro, una «privación ilegítima de la libertad».

Al rato empezaron a llegar mujeres e hijos de los ocupantes. Habían hecho un sistema de turnos: cada uno se iba a su casa cada tres días, y cuando no salían sus parientes podían ir un rato a visitarlos. Había abrazos, comentarios, juegos, peleas conyugales. Las mujeres traían fruta, chocolates, alguna botella de vino o de grapa para calentarse a la noche.

—¡Gorda, qué grande! Sos fenómeno, Gorda.

—Vos no te hagas el vivo, Cholo, que acá todavía les queda mucho por aguantar.

—Vamos a aguantar, Gorda, ya vas a ver.

—Mejor, porque si no te voy a echar a patadas por mantequita.

Luis quería ir a almorzar al comedor, con los demás, pero era un día complicado y le trajeron el plato de guiso al puesto de la puerta. Cuando terminó se quedó dormido, sentado, cinco minutos: lo despertó un compañero suyo que le avisó que habían llegado unos periodistas del canal 13, que si podía atenderlos. Luis les contestó un par de preguntas:

—No, acá estamos firmes. La medida de fuerza se va a continuar hasta que consigamos la satisfacción de todos nuestros reclamos y reivindicaciones.

Poco antes de las cinco, doscientos o trescientos obreros daban vueltas cerca del puesto de entrada: estaban por llegar los delegados que volvían del ministerio. Era el momento más esperado del día. Los delegados se bajaron de una pickup vieja:

—¡Compañeros, acá, por favor, compañeros, hay novedades!

Gritó el Tano Mastinú, tremendo vozarrón, y en un minuto todos lo rodeaban:

—Muchachos, parece que algunos están empezando a ponerse nerviosos. Dentro de un rato nos va a visitar el mismísimo señor ministro, que dice que él va a terminar de arreglar todo esto. ¿No es un honor, muchachos?

Hubo gritos y algunas carcajadas.

—Así que habrá que escucharlo, compañeros, y ver qué tiene para decirnos.

Ricardo Otero, secretario de la UOM Capital y vandomista de siempre, era el nuevo ministro de Trabajo y llegó media hora después en un falcón custodiado por otros dos. Se bajó rodeado por cuatro guardaespaldas tamaño familiar, acompañado por su asesor Hugo Anzorreguy, y caminó hacia el comedor con paso ganador. Ahí lo esperaban quinientos hombres con pulóveres gruesos y caras serias. El ministro se subió al estrado que habían armado para las asambleas, se desabrochó el sobretodo de piel de camello y se aclaró la garganta. Había estado cientos de veces en situaciones semejantes y sabía cómo manejarlas:

—¡Compañeros! Para mí, como ministro del gobierno popular, es un honor y una alegría venir acá, al astillero, a conversar con ustedes. Nosotros, los trabajadores, somos los que luchamos durante años para conseguir el regreso del General, la justicia social, una patria para todos y no para unos pocos. ¡Una patria para los trabajadores, compañeros!

Hubo algunos aplausos sueltos, desperdigados. Otero echó una mirada a su auditorio. No los veía muy convencidos.

—Compañeros: tienen que tener confianza en el gobierno popular, en nuestro gobierno. Ustedes saben que si pueden llevar adelante medidas como

ésta es porque hay un gobierno peronista, que no va a reprimir a sus trabajadores. Por eso mismo les propongo, compañeros, que confíen en nosotros. Les propongo que, como muestra de buena voluntad, a partir de ahora levanten la medida de fuerza. ¡Y les prometo que en unos pocos días tendrán plena satisfacción de todas sus justas reivindicaciones, compañeros!

Quinientos obreros lo miraban callados, y Otero se dio cuenta de que si no hablaba enseguida se le vendrían encima.

—¡Compañeros, nosotros conocemos bien esas reivindicaciones y estamos totalmente de acuerdo! Por eso vengo a ofrecerles todo nuestro poder para apoyarlas...

Primero sonaron dos o tres chiflidos aislados pero enseguida se convirtieron en silbatina seria: Se había vuelto muy difícil escuchar las palabras del ministro. El Tano pegó un grito para pedir a sus compañeros que se callaran:

—Compañeros, acá el compañero ministro nos está haciendo una propuesta muy generosa pero lamentablemente no podemos aceptarla. Por nuestra experiencia sabemos que los patrones del astillero son chupasangres multinacionales: ¡estos tipos no entienden razones, compañeros! La única razón que entienden es ésta, la acción, las medidas de fuerza. A todos nosotros nos gustaría mucho más estar tranquilos en nuestras casas, calentitos, con nuestras mujeres y nuestros hijos. Pero ya sabemos que así no conseguimos nada. Por eso, compañeros, compañero ministro, no podemos levantar la toma hasta que la patronal no firme la reincorporación de todos los despedidos, los aumentos salariales, el final de las doce horas y el control obrero de la seguridad e higiene.

Los aplausos y los gritos fueron atronadores, y Otero entendió su derrota. Se bajó del estrado y se fue sin saludar. A su espalda arreciaban las puteadas.

Junio de 1973. El miércoles 6, el presidente Héctor Cámpora y el ministro de Economía, José Ber Gelbard, anunciaron que se había firmado el «Compromiso para la reconstrucción nacional, la liberación nacional y la justicia social». Todos lo llamaron «Pacto Social» y era la columna vertebral del Plan Gelbard que, a su vez, cumplía con el objetivo básico de Perón: la alianza de clases, la suspensión de los enfrentamientos entre obreros y empresarios. El acuerdo auspiciado por el gobierno fue firmado también por las cúpulas de la CGT —cuatro millones de afiliados— y la CGE —un millón—. El texto se dividía en dos grandes capítulos: precios y salarios.

Los jubilados recibirían un aumento del 18 por ciento y los pensionados del 23 por ciento. Todos los sueldos aumentarían 200 pesos y las asignaciones familiares se incrementarían en un 40 por ciento. El salario mínimo pasaba a ser de 1000 pesos: eran 100 dólares de entonces. Las convenciones colectivas de trabajo quedarían suspendidas por dos años para discusiones salariales pero quedarían facultadas para discutir condiciones de trabajo y para velar por el mantenimiento del poder adquisitivo de los trabajadores. En el acuerdo, dirigentes patronales y sindicalistas coincidieron en que se trataba «de una nueva política económica tendiente a que los trabajadores alcancen a percibir el 47 por ciento de la renta nacional. Actualmente esa participación es del orden del 36 por ciento». Esta meta debía cumplirse tras cinco años de vigencia del Pacto, en junio de 1978. Una de las palancas para reactivar la economía y combatir la desocupación fue el lanzamiento de un plan nacional de viviendas, con financiamiento a largo plazo y bajas tasas de interés.

El capítulo referido a los precios partía de una única premisa: inflación cero. En enero el aumento de los precios al consumidor había sido del 4,6 por ciento, en febrero del 7,6, en marzo del 8,6, en abril del 4,5 y en mayo del 3,5. El instrumento para conseguirlo sería el congelamiento de precios a los valores del 1.º de junio. Pero podría haber aumentos de las tarifas de luz, gas, teléfono y agua.

Las partes acordaron la creación de una Comisión de Precios y Salarios, que funcionaría en el ministerio de Economía, para velar por el cumplimiento de las medidas, con cientos de inspectores que recorrieran permanentemente calles, ferias, comercios y empresas.

El miércoles 13 de junio, el Ministerio de Comercio publicó una solicitada en todos los diarios para anunciar los nuevos precios máximos y la disminución del costo de vida que significarían para los consumidores. Por ejemplo, una botella de vino común de mesa pasaba a costar 4,50 (rebaja del 9,1 por ciento); un sifón de litro 0,50 (4,0 por ciento menos); una gaseosa de litro 1,70 (20 por ciento menos); un kilo de azúcar \$4,30 (8,5 por ciento menos); el kilo de pan francés 1,60 (igual que antes); un litro de leche pasteurizada en botella \$1,40 (rebaja del 3,5 por ciento); un paquete de Criollitas 0,85 (11 por ciento menos); un kilo de queso mar del plata 14,50 (14,2 por ciento menos); un kilo de asado 7,90 (33,6 por ciento menos); un kilo de falda 4,90 (31,5 por ciento menos); un kilo de carnaza 8,10 (27,6 por ciento menos). En esos días de otoño, cualquier empleado que saliera al mediodía a comerse un patty o un pancho en un quiosco callejero volvía a ver el asado, generalmente arrebatado, de los albañiles.

El lunes 18 de junio, dos días antes de la llegada de Perón al país, el presidente Cámpora añadió al plan económico un paquete de 20 proyectos de ley destinados a «transformar la estructura económica del país». El de inversiones extranjeras era para «integrarlas al proceso de reconstrucción». Una vez aprobado el proyecto «las radicaciones entrarán por contrato y cuando se trate de la constitución de una empresa cuyo capital sea mayoritariamente extranjero, deberá ser aprobado por el Congreso». La remesa de utilidades «estará limitada al 12,5 por ciento del capital invertido». El proyecto de impuesto a la renta potencial de la tierra «se aplicará en tres etapas: este año se aplicará a las tierras aptas, el próximo habrá un impuesto de emergencia a las tierras libres de mejoras y una vez cumplido el relevamiento catastral se implementará el impuesto a la renta potencial». El proyecto de ley de nacionalización y garantías de depósitos bancarios establecía la transferencia al Banco Central de los depósitos de todas las entidades financieras que, en lo sucesivo, «actuarán en calidad de representantes y mandatarias del Banco Central, quien los retribuirá mediante comisiones». Los otros proyectos del Poder Ejecutivo estaban referidos al incremento de la participación estatal en la comercialización de granos y carnes, a la creación de una corporación de empresas nacionales y de otra para el desarrollo de la pequeña y mediana empresa, a la promoción industrial, al fomento agrario, a la suspensión de los desalojos rurales.

La prueba de fuego del funcionamiento del plan económico llegó en los primeros días de julio, cuando se conocieron las cifras del INDEC. Los precios al consumidor habían bajado 2,9 por ciento y el poder adquisitivo del salario había crecido el 19,6 por ciento. Desde 1945 sólo cuatro veces había aumentado tanto. Y las cuatro se escalonaban entre mayo de 1947 y mayo de 1952, bajo gobierno peronista.

—La idea es que el Departamento de Cultura y Comunicación crezca progresiva y armónicamente. El proyecto es que para dentro de dos años, mayo de 1975, el área se separe de Educación y dé pie a la creación de un Ministerio de Cultura y Comunicación. Ésa es la intención del ministro.

Hacía tres días que Andrés Zabala se había hecho cargo de la secretaría de Prensa del ministerio de Educación: el ministro, Jorge Taiana, tenía buenas relaciones con los Montoneros y bajo su órbita estaban algunos de los espacios de poder más importantes que había conseguido esa organización, como la Universidad. Dentro del ministerio también habían quedado en manos montoneras áreas muy significativas. El Departamento de Cultura y

Comunicación de Masas, por ejemplo, que dependía de la secretaría de Prensa y estaba encabezado por Nicolás Casullo.

Según habían acordado en reuniones previas con los responsables montoneros, el Departamento tenía que desarrollar tres líneas de trabajo: la recuperación de la memoria cultural y política del país desde el siglo XIX, rearmando la historia argentina a través de hechos, figuras, pensadores, políticas. La información de las realizaciones que tendrían lugar de ahí en más, restableciendo la vieja relación peronista entre el Estado y el pueblo. Y la coordinación de docentes, artistas, periodistas y escritores para elaborar un vasto programa federal extracurricular como acompañamiento a la escuela.

—Por lo tanto, lo que se haga en ese Departamento de ahora en más es uno de los puntos estratégicos nuestros. Podemos decir que junto con la prensa propia y la Universidad, ésta es la tercera pata clave de la batalla político-cultural del gobierno de liberación en el cual participamos.

Dijo, levemente engolado, Andrés. El ministerio funcionaba en un edificio de Puerto Nuevo que había pertenecido a la Marina de Guerra. Nicolás tenía, de pronto, un gran despacho en el sexto piso, secretaria, infraestructura y una cantidad de ideas y posibilidades. Y, sobre todo, el entusiasmo de esos días en que todo parecía posible. Una generación que había sido sistemáticamente apartada de la política y la cultura oficiales llegaba a puestos donde podía diseñar políticas y contaba con los medios para llevarlas adelante.

Nicolás pensaba que era el momento de poner en acción todas esas ideas que hasta entonces habían circulado por carriles alternativos, y que se imponían en los círculos culturales de todo el mundo: ideas que iban desde la Revolución Cubana hasta la Nouvelle Vague francesa pasando por el nuevo cine inglés, Peter Weiss, Solanas y Getino, Glauber Rocha, el teatro de protesta en la calle, el teatro independiente, las propuestas del Di Tella, la literatura de denuncia, las disputas entre realismo y vanguardia. Seguía funcionando la idea de una relación estrecha, aunque conflictiva, entre vanguardia estética y vanguardia política, y había llegado la hora de probarla en la práctica.

El sexto piso del ministerio se pobló con un equipo de unas 60 personas, de todos los sectores de la cultura. Había, por supuesto, mayoría de peronistas y montoneros, pero también participaban intransigentes, nacionalistas, radicales, socialistas, cristianos, marxistas: la idea era armar una alianza amplia, frentista, también en el ministerio. Estaban, entre otros, Oscar Traversa, Oscar Steimberg, el Oso Smoje, Jorge Lotito, Carlos Bartolomé, Enrique Masllorens, Carlos Ulanovsky, Martha Dujovne, Alicia Camilión,

María Elena García, Lía Levit. Y, como subdirector del Departamento, el Cabezón Carlos Oves.

Los proyectos abundaban, en las áreas más variadas, y las urgencias: desde ver cómo llevaban 500 discos sobre la lucha contra la vinchuca hechos en el Ministerio y presentados por Antonio Carrizo y Pinky a una escuela santiagueña, hasta preparar una serie de radioteatros sobre figuras latinoamericanas —Chacho Peñaloza, Tupac Amaru, Hipólito Yrigoyen, Getulio Vargas, el Che Guevara, Camilo Torres—, que protagonizarían Jorge Salcedo, Ana María Picchio, Víctor Laplace, o gente del grupo de teatro Octubre que trabajaba con Norman Briski.

También proyectaban filmar una película de 30 minutos sobre la batalla de Obligado para empezar a rever episodios de la historia argentina, una serie de 12 teleteatros sobre la resistencia peronista con asesoría de Rodolfo Walsh, otra serie de documentales de una hora para televisión dirigidos por Lautaro Murúa sobre Cooke, Jauretche, Scalabrini Ortiz, Martínez Estrada, Ugarte, Hernández Arregui, Marechal, Puiggrós, Ingenieros, Palacios, Manzi, Discépolo y otros. Y una colección de discos grabados por conjuntos rockeros sobre temas vinculados con las «tareas de liberación», libros baratos de bolsillo sobre los procesos revolucionarios en el Tercer Mundo —Cuba, China, Argelia, Perú, Congo— y la edición del «Diario de los Chicos» —a cargo de Carlos Ulanovsky y Martha Dujovne—, que tiraba un millón de ejemplares por número y llegaba hasta las más remotas escuelas del país. Y festivales nacionales y latinoamericanos de Cine y Teatro, y congresos de Filosofía en Mendoza, Historia en Córdoba y Literatura en Tucumán.

En radio Belgrano, Carlos Ulanovsky y Mario Mactas conducían el programa del ministerio, y Enrique Masllorens se ocupaba de la grabación de discos con canciones que orientarían a la gente sobre qué hacer con la vinchuca, por ejemplo, o la alfabetización. Masllorens era el autor de *El extraño del pelo largo*, uno de los primeros éxitos del «rock nacional», y el cantor de varios de los temas fue Roque Narvaja. La actividad prometía ser incesante.

Muchas noches, las jornadas de trabajo terminaban en una fonda de Leandro Alem y Viamonte, donde Nicolás, Andrés y Carlos Oves cenaban con otros compañeros suyos del ministerio y del Bloque de Prensa Peronista, en charlas que duraban horas y horas y que podían terminar con un café en Corrientes o una escapada al boliche de Tania para escuchar tangos hasta las 4 de la mañana. Aunque al día siguiente tuvieran que llegar temprano a la

oficina: en esos días el tiempo no alcanzaba, y se creían capaces de todo. Incluso, de ocuparse de cuestiones que parecían nimias:

—Hay que cambiar ese esquema, doctor, porque muchas secretarias están puestas para una tarea de contrainteligencia. Hay que redistribuirlas a todas.

Le dijo, una mañana, Andrés Zabala al ministro Taiana en su despacho; Nicolás asentía. En el ministerio había una dotación importante de secretarias nombradas por el gobierno militar y, por la infidencia de una de ellas, se habían enterado de que muchas habían recibido, en los últimos meses del lanussismo, una somera instrucción de los servicios: habían participado en cursos impartidos por la SIDE donde las preparaban para conseguir y transmitir información sobre las actividades de los nuevos ocupantes del ministerio.

—¿A ustedes les parece que es pertinente esa modificación, Zabala?

—Sí doctor, imprescindible.

Era una verdad a medias: además de las prevenciones antiespionaje, los cambios tenían otra intención: muchas de esas chicas eran auténticas bellezas y, con la redistribución, los recién llegados querían asegurarse la cercanía de las más apetecibles. La operación se llevó a cabo con paciencia y prolijidad y, en un par de semanas, las mejores veinte estaban en el área de la secretaría de Prensa.

La mezcla entre militantes agrandados y jóvenes bellezas del barrio Norte resultó explosiva y amenazaba desbordarse. Poco después, el ministro volvió a tratar la cuestión con Andrés:

—Mire, Zabala, yo reconozco que ustedes son jóvenes y sanos, pero pongamos un poco de juicio. Es cierto que hay que hacer el amor y no la guerra, como dicen los estudiantes franceses. Pero hay mucho que trabajar, remitámonos un poco más a lo específico, y perseveremos en eso.

En esos días, el rumor sobre el descontrol en el ministerio llegó también hasta los ámbitos montoneros, y de ahí les bajó la orden de controlar el relajo. Hubo reuniones, y los militantes del ministerio recibieron la consigna de no mirar, ni pactar, ni aventurarse.

—Acá en los pasillos no se habla con ninguna presencia femenina, no se dice nada, no se insinúa la mínima cosa, no se mira a nadie, no se delira con nadie, es orden del doctor Taiana y de los compañeros.

—¿Y qué pasa si ellas nos miran y nos acosan?

Preguntó el Carucha, un tipo muy atractivo, uno de los más entusiastas.

—¿Cómo si te acosan?

Le dijo impaciente Carlos Oves, mirándolo fijo.

—Sí, pregunto.

—A ver, sentate, explicámelo mejor.

—Digo, si alguna me acosa, me sigue por la calle, me pide el teléfono en la primera esquina oscura.

Le explicó el Carucha.

—Andate, y cerrá la puerta, chantún.

A los pocos días del recorte llegó al ministerio Ana Amado. Ana era una santiagueña veinteañera del Bloque de Prensa Peronista, licenciada en Ciencias Políticas, que estaba trabajando en el noticiero de canal 7: iba a charlar sobre la posibilidad de un programa de radio que conduciría, poco después, junto con Briski. Ana era muy bonita y apareció con una camisa hindú bordada, un jean más que ajustado y zapatos de plataforma, pero nadie se atrevió a dar vuelta la cara para mirar sus pasos. Vacío absoluto: el sexto piso era un convento a la hora de los rezos. Los escritorios y pasillos estaban poblados de muñecos de yeso. Nicolás la atendió y charlaron un rato. Cuando se fue, el Carucha se asomó desde su despacho para mirar la estela que dejaba. Nicolás lo descubrió in fraganti:

—¿Qué habíamos hablado, Carucha?

—Viejo, yo estoy acá, la que pasó fue ella.

Nicolás le soltó una puteada, pero no estaba seguro de que no fuera por celos, o algo así. Aunque no terminara de aceptarlo, la periodista santiagueña lo había impactado en serio.

—Usted fue juez del Camarón, fue un colaborador de la dictadura represora. Una persona como usted no puede seguir siendo profesor en la universidad nacional y popular, donde se va a enseñar que el derecho es el derecho de los pueblos y no de los opresores...

Dijo Elvio Vitali, frente a doscientos alumnos que llenaban el aula: la mayoría lo respaldaba y muchos de ellos habían participado en la asamblea que había decidido promover la expulsión de los profesores comprometidos con el gobierno militar. Hacía una semana que Mario Kestelboim, un abogado de presos políticos cercano al Peronismo de Base, había asumido como decano de la facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. En los últimos días de mayo, los militantes de la JUP y otros grupos universitarios habían ocupado la mayoría de las facultades «para impedir que las autoridades salientes retiren documentación comprometedoras y, a la vez, realizar una experiencia provisoria de gobierno estudiantil, docente y no docente de las universidades». Mientras, iban asumiendo los nuevos decanos

nombrados por el rectorado de Puiggrós: casi todos habían sido propuestos, o al menos avalados, por los militantes de cada facultad, y tenían el respaldo de Montoneros.

Los militantes de la Juventud Universitaria Peronista estaban eufóricos. En los dos meses que habían pasado desde su fundación, la JUP —donde se reunieron todos los grupos universitarios que apoyaban el proyecto de FAR y Montoneros— se había transformado en la agrupación universitaria más numerosa, con mayor poder de convocatoria y movilización: las autoridades de la universidad también respondían a los Montoneros pero, sobre todo, el país entero parecía estar cambiando cada día. Elvio y sus compañeros no paraban un minuto, y estaban convencidos de que estaban torciendo el rumbo de la historia. En esos días, mucha gente estaba convencida de que estaba torciendo el rumbo de la historia.

Ahora, con el gobierno peronista, iban a conseguir que todos tuvieran tierra para cultivar, trabajos bien pagados, hospitales, educación, protección social. Y dentro de un plazo más o menos breve, cuando alcanzaran el poder, se socializarían los medios de producción, se eliminarían de una buena vez las diferencias de clase, los abusos de poder, las injusticias y desigualdades, y el mundo sería un lugar donde realmente valdría la pena vivir. Aunque ya lo estaba siendo: Elvio nunca había sido tan feliz, nunca se había sentido tan lleno de fuerza, tan contento de estar vivo.

—Che, mañana nos encontramos a las tres en el aula 108.

—¿Qué hay, reunión de ámbito?

—No, ésa es pasado a las cinco. No, hay que hablar con los menches y los radichetas para ir viendo lo de la normalización del centro.

—Bueno, a las tres.

—O mejor venite un rato antes así armamos bien la rosca, ¿te parece?

Después de la reunión de las tres, Elvio tenía que pasar por la mesa de la JUP en el hall central, a ver cómo estaba la cosa. Un par de compañeros suyos estaban discutiendo una conferencia de prensa de Roberto Quieto, jefe de las FAR, y Mario Firmenich, de los Montoneros, que decía que el gobierno constituía un «frente, una alianza de clases para enfrentar al imperialismo y a sus aliados» y que para que se cumplieran sus objetivos tenía que ser conducido por el Movimiento Peronista, «un Movimiento de Liberación Nacional y Social cuya fuerza principal es la clase obrera; además, forman parte de él la gran mayoría de los asalariados urbanos y rurales, los marginados sociales, parte de los pequeños y medianos productores urbanos y rurales, e importantes sectores del estudiantado, la intelectualidad y otros

sectores de la vida nacional, como los sacerdotes tercermundistas y los elementos más lúcidos de la oficialidad joven de las Fuerzas Armadas».

—Pero, de todos modos, no debemos confundirnos con el gobierno que se ha iniciado el 25 de mayo. Sus tareas, las tareas del Frente, apuntan en esta etapa a la Reconstrucción y Liberación nacional, con objetivos antiimperialistas, antimonopólicos y antioligárquicos, para crear las condiciones que posibiliten la construcción del socialismo de acuerdo a las particularidades y características de nuestra Patria.

—¿Cómo se controlarían eventuales desviaciones en cualquiera de los niveles del gobierno?

—De distintas formas: por el pueblo organizado y con plena participación en cada una de las decisiones a tomar en este proceso de liberación; a través de los representantes del pueblo en las distintas esferas del gobierno; a través de las distintas estructuras del Movimiento Peronista; y por medio de nosotros mismos como organizaciones político-militares. Quienes incurran en desviaciones o traiciones serán pasibles de las medidas punitivas que establezca la justicia popular.

Había dicho Firmenich, y un periodista preguntó si «sus organizaciones se subordinaban a la conducción del general Perón o constituían un liderazgo paralelo e independiente».

—Nuestras organizaciones constituyen parte del Movimiento Nacional Justicialista, cuyo conductor es el general Perón. En consecuencia, nosotros enmarcamos nuestro accionar en la estrategia que señala el general Perón, que hasta la fecha se viene demostrando como absolutamente correcta.

Elvio era un cuadro medio, con responsabilidad sobre un ámbito, o sea que tenía las reuniones del ámbito al que pertenecía y del ámbito del que era responsable, además de otras muchas que iban surgiendo con militantes de la JUP o de otras fuerzas políticas, y los actos y asambleas que se convocaban a la menor provocación. La JUP se había «sumado al proceso de Reconstrucción Nacional» lanzado por Perón con las Mesas Universitarias para la Reconstrucción Nacional, y las proponía como el espacio donde se podía debatir cómo sería la nueva facultad que estaban armando. Sus militantes iban por los cursos discutiendo la nueva orientación que le darían a las materias, las nuevas formas de organización del poder en la facultad, las maneras de participación de los estudiantes.

—Che, cualquiera diría que el camino de la revolución está empedrada de buenas reuniones...

—No te quejés, Tano, no rompas más las bolas.

Algunos, a veces, hablaban del «reunionismo», esa deformación consistente en reunirse a la menor provocación, con cualquier excusa, y la criticaban, pero tampoco era algo grave. Hablaban mucho, era cierto, pero también había marchas, actos, asambleas, y cada noche era una fiesta.

—Che, Tano, ¿no sabés a qué hora termina la reunión del Tala y Pancho?

—No, no sé, a eso de las nueve, diez.

—Podríamos decirles que cuando terminen se vengán para Pippo, ¿no? Nosotros vamos con Julián, el Negro, Susana, Silvia...

Después siempre resultaban muchos más. Se movían en grupos grandes, y Pippo o Bachín solían convertirse en territorio propicio para grandes batallas de migas y cantitos entre mesas de militantes de distintas áreas, que se reconocían y armaban la batahola. La ciudad era un espacio que les pertenecía. Y, para completarla, ese martes los diarios habían anunciado que el general Perón estaría definitivamente de vuelta en la Argentina dos semanas después.

Algunas noches, Elvio terminaba en algún telo con una compañera. Otras se quedaba charlando y tomando cafés y ginebras hasta la madrugada, esperando con ansiedad los diarios de la mañana y tragándose unas medialunas antes de volver a la facultad. El tiempo no alcanzaba para todo lo que había por hacer.

Junio de 1973. En esos días el Movimiento de Liberación Femenina de la Argentina, dirigido por María Elena Oddone, publicaba en varios medios un comunicado:

«La nómina de las autoridades electas y las nombradas por el nuevo gobierno, que hoy tiene la responsabilidad del destino del país, se caracteriza por la ausencia de mujeres. La profusa propaganda preelectoral trató de atraer con cantos de sirena al electorado femenino. Se prometieron derechos, liberación y participación en el futuro nacional. Hoy podemos comprobar que todas fueron palabras. Las mujeres no han sido llamadas a ocupar cargos en el gobierno, han sido ignoradas y defraudadas por los que a cambio del voto hacían promesas de liberación. La discriminación contra la mujer que han hecho los hombres que hoy detentan el poder, es un agravio a la mitad femenina del país que participó con entusiasmo en el proceso electoral, con la esperanza de un futuro mejor y que hoy no se ve representada en el gobierno.

»Las razones se podrían encontrar en los niveles más profundos de la cultura patriarcal y sexista de nuestra sociedad, pero eso no llega a justificar que en la Argentina de 1973, hombres que prometieron la liberación del

pueblo sean sostenedores de una estructura social machista que margina políticamente a las mujeres que somos parte de ese pueblo. La escasa representación femenina en el Congreso, la ausencia total de mujeres en el gobierno nacional y en los provinciales, es una evidencia que el hombre no quiere la colaboración de la mujer en los problemas políticos. Por eso las mujeres debemos asumir solas el esfuerzo de la lucha por nuestra liberación, imponiendo nuestras demandas y denunciando las injusticias que se nos hacen sólo por ser mujeres.

»No debemos dejarnos engañar más por los slogans, que como el de “liberación nacional”, disfrazan la realidad de nuestra propia opresión y discriminación. Liberación es poder y los hombres votados por las mujeres no comparten el poder con ellas, por eso tenemos razones para pensar que no puede haber justicia social si hay discriminación por sexo, que no puede haber liberación si las mujeres no tienen iguales oportunidades para acceder al poder y que no puede haber cambio verdadero si no cambia la mentalidad masculina con respecto a la mujer. Y eso no será posible sin una profunda revolución social y cultural.

»Nuestros esfuerzos deberán dirigirse a este fin. No nos conformamos con la obtención de derechos que suponen una igualdad formal. La liberación de la mujer requiere sacudir hábitos mentales profundamente arraigados y para luchar contra ellos rechazamos toda pasividad y silencio. Haremos oír nuestra voz cuantas veces sea necesario, no para pedir sino para exigir justicia».

Alberto Elizalde tuvo su primera cita con el PRT diez días después de salir de la cárcel. Le parecía que había pasado un siglo. Hasta ese momento no sabía adónde lo iban a mandar, hasta que una tarde le dijeron que fuera a la estación Carupá. Dedujo que tendría qué militar por allá y se imaginó vagamente un encuentro con algún viejo cuadro de origen trotskista. Cuando preguntó qué señas tenía que llevar para que lo identificaran, le dijeron que el otro lo reconocería. Eso lo hacía más misterioso. Ramón Gómez, el Chaqueño, lo estaba esperando en el andén, con un piloto larguísimo que le llegaba hasta los tobillos y le tapaba las manos.

—Me lo regaló un compañero. Yo no tenía ni pilchas.

Alberto y Ramón se fueron a tomar un café y a charlar. Les hacía gracia la situación: se conocían de la cárcel, pero nunca se habían visto al aire libre. Ramón le contó que el buró lo había designado responsable político de la regional Buenos Aires. Seguramente habían tenido en cuenta que, en el Chaco, Ramón era obrero textil. Ramón era petiso y menudo y solía andar de

buen humor, pero se quejaba de que los porteños hablaban mucho y eran muy vuelteros. Sus órdenes estaban claras: tenían que implantar el PRT en las fábricas y todos los militantes tenían que proletarizarse lo antes posible.

—Como vos pediste hacer una experiencia de masas, vas a tener que abrir puntas en las fábricas de Pacheco, Tigre, toda la zona fabril de la Panamericana.

El PRT lo llamaba el sector Norte-Norte: ahí todo estaba por hacerse. Ramón le dijo a Alberto que al otro día le iba a presentar a sus compañeros de célula: una pareja de militantes que venían de Capital y ya habían conseguido trabajo de obreros. Los dos venían de la universidad, pero como él era un morocho de rulos no desentonaba en la casilla donde vivían, en el Tigre. La casilla era muy humilde, construida entre los pilotes de la base de una casa verdadera. El dueño la alquilaba barata pero no se hacía responsable de las inundaciones. En esa casa también vivía Pancho, el responsable político de la zona. Se llamaba Francisco Provenzano: un castaño de ojos muy claros, cuello de toro y mucha voluntad para el trabajo político con la gente. Como no tenía pinta de obrero andaba con ropa sencilla y usaba gorra: se lo distinguía de lejos. Pancho abrazó a Alberto y funcionó de anfitrión:

—¿Te gusta la casa?

A Alberto le pareció francamente espantosa y pensó que por las ventanas se podía meter cualquiera. Pero pudo más su sentido de la austeridad y acomodó sus pocas cosas en una habitación con dos colchones sobre el piso, ningún cuadro, ni un espejo. Pancho le contó que tenían varios compañeros en Eaton, una fábrica de embragues, algunos contactos en la Ford de Pacheco y una lista larga de fábricas a las que querían entrar. El plan era sencillo: madrugar, ponerse el brazalete del ERP y subirse a los colectivos a vender periódicos.

—Primero el *Estrella Roja* porque la gente identifica al ejército y no al partido, y con los que muestren interés, les vamos abriendo la línea partidaria y nos metemos en el tema sindical.

Pancho venía del frente estudiantil y, en rigor, nunca había trabajado, pero su estilo de conducción era poner las manos en la masa, así que cuando terminaron con las formalidades le sugirió que al día siguiente salieran juntos.

—Vamos a empezar con la Ford.

Alberto ya tenía un techo y, sobre todo, muchas tareas para hacer. Pensaba que el próximo paso sería resolver su situación de pareja: Cristina Constantini era simpatizante del PRT y trabajaba de médica en un hospital platense. Ella se había bancado el año y medio de cárcel de Alberto y querían vivir juntos.

Pero para eso tenía que arreglar que los compañeros de la regional Sur le dieran el pase a la regional Norte Norte. Era un tema que pensaba arreglar con Pancho muy pronto. Apenas se acostumbrara un poco más a la vida en libertad.

—Está Caride. Está el hijo de puta de Caride.

Los policías andaban alborotados, y se los escuchaba pasarse la noticia por los walkie-talkies. Carlos Caride, uno de sus enemigos más odiados, estaba recorriendo los pasillos del Departamento Central de Policía. Cacho El Kadri también iba con él: cuando vio, en una pared muy destacada, el retrato del oficial que Caride había matado cuatro años antes, se dio cuenta de que la situación era más grave de lo que habían creído:

—Che, me parece que tendríamos que rajar. Qué locura hicimos en venir acá.

—No, ahora ya está. Nosotros somos gobierno, Cacho, ahora no nos pueden hacer nada.

Tres días antes el ministro del Interior, Esteban Righi, había hablado en el Departamento ante cientos de oficiales:

—Es habitual llamar a los policías guardianes del orden. Así seguirá siendo. Pero lo que ha cambiado profundamente es el orden que guardan. Y en consecuencia, la forma de hacerlo. Un orden injusto, un poder arbitrario impuesto por la violencia, se guarda con la misma violencia que lo originó. Un orden justo, respaldado por la voluntad masiva de la ciudadanía, se guarda con moderación y prudencia, con respeto y sensibilidad humana.

Les dijo, para empezar, y los policías se sobresaltaron:

—Existen todavía hábitos, reflejos que inducen a actuar como si nada hubiera cambiado. Formas de comportamiento que se consideran normales simplemente porque hace muchos años que no se conocen otras. Dentro de la estructura de sometimiento que el pueblo padeció en los últimos años, las fuerzas policiales fueron puestas en un difícil papel. Esta realidad la conocen bien los hombres de la Policía, que han corrido todos los riesgos, que han debido hacer todos los sacrificios, en la primera línea de fuego, como brazo armado de un régimen cruel e inhumano. Encerrados dentro de las comisarías y rodeados de vallas fueron alejados del pueblo, sin desearlo ni buscarlo. También ellos serán beneficiados con el fin de la dependencia y el comienzo de la liberación. Tendrán nuevas obligaciones que deberán cumplir ineludiblemente. Pero tendrán también los derechos que en estos años habían perdido.

Los policías se calmaron mientras el ministro les ofrecía mejores viviendas, salarios, condiciones de trabajo. Después les dijo que era lógico que los necesitaran:

—La sociedad argentina ha padecido muchos agravios en estos años terribles que acaban de concluir. Todos hemos perdido mucho. Todos hemos sufrido. El país que recibimos carece de cosas imprescindibles. Faltan escuelas. Faltan viviendas. Faltan hospitales. Es natural y comprensible que la presión tan duramente contenida se escape ahora con ímpetu. Que se manifiesten pedidos y demandas sectoriales. El gobierno del pueblo lo juzga legítimo. Afirmamos lo que dijeron sus candidatos durante la campaña electoral. Nuestra terapéutica es reconstruir. No reprimir.

El ministro se tomó un respiro, como para subrayar sus últimas palabras.

—Hay tensiones acumuladas y habrá conflictos. Lo sabemos y no nos asusta. Es imposible restaurar en pocos días todo lo destrozado en tantos años. La función policial no será combatir esas manifestaciones. Sólo encauzarlas, ponerles razonables límites, impedir desbordes. Los hombres de la policía pueden sentirse aliviados. Ahora nadie pretende que de sus armas deba salir la solución a los conflictos. Los grandes movimientos de la sociedad y los cambios revolucionarios que en ella se irán produciendo, apaciguarán esas pasiones. Conseguirán canalizar todas las energías hacia la ardua tarea de construir una Argentina justa, libre y soberana. ¡Cómo vamos a ordenar reprimir al pueblo, si suyo es este Gobierno y en su nombre y por su voluntad actuamos!

El ministro acababa de suprimir el Departamento de Informaciones Policiales Antidemocráticas, la repartición que se ocupaba de la represión política. Y había ordenado la quema de sus archivos, incluyendo todas las fichas e informes de militantes, compilados durante décadas.

—Las reglas del juego han cambiado. Ningún otro atropello será consentido. Ninguna vejación a un ser humano quedará sin castigo. El pueblo ya no es el enemigo, sino el gran protagonista. Ésa es nuestra convicción y nuestra mejor garantía. Seamos dignos de ella.

Dijo, y los aplausos tardaron en empezar, y aparecieron tibios. El nuevo jefe de la policía, general Heraclio Ferrazzano, había nombrado al frente de la Superintendencia de Seguridad a un coronel González, que Cacho conocía de los tiempos de la resistencia: ni él ni Carlos Caride tenían documentos, así que, pocos días después, lo llamaron y el coronel les dijo que lo fueran a ver, que él les arreglaba todo en dos patadas:

—¡Coronel, qué gusto verlo! ¿Cómo le va, cómo encontró todo esto?

El coronel les hizo señas de que no dijeran nada, que los estaban grabando. Se lo veía nervioso.

—Bueno, muy bien. ¿Qué problema tienen?

—No tenemos documentos.

—Ya de inmediato se los hago.

El coronel tocó un timbre y entró un oficial que los iba a acompañar a hacer el trámite. Los llevaron a llenar los formularios, sacarles las fotos, poner los dedos. Por todos lados despertaban murmullos. Hasta que llegaron a la oficina del funcionario que tenía que firmarles las cédulas. El tipo estaba detrás de una mampara: Cacho y Carlos no lo veían pero podían oírlo:

—¿Pero cómo carajo te creés que le voy a firmar los documentos a esos asesinos hijos de puta?

—Los mandó el coronel González, señor.

—¡Pero que los mande mingo! ¡Yo no se los firmo!

El oficial que los había llevado salió con cara compungida:

—Miren, hay un pequeño problema, tengo que ir a consultar.

—No, no, dejeló, venimos otro día.

Era el viernes 8 de junio. Cinco días después, el miércoles 13, Cacho y otros 40 ex presos peronistas se presentaron en la Casa Rosada. La mayoría venían de las FAP, pero había algunos de FAR y Montoneros. Cacho había insistido con esa entrevista desde el día en que salió de la cárcel, pero las dos o tres veces que se encontró con cuadros de FAR y Montoneros le contestaban lo mismo:

—Sí, hay que hacerla, pero todavía no es el momento oportuno...

—¿Y cuándo va a ser ese momento?

—Bueno, hay que consultarlo con la conducción.

Se veía que no tenían ningún apuro. Finalmente, Cacho y un par de compañeros suyos hablaron con Mario Kestelboim, que llamó a Esteban Righi, el ministro del Interior, para que gestionara el encuentro. Esa mañana, un edecán militar los recibió en la puerta de la Casa Rosada:

—Bueno, acá adentro tienen que cumplir con ciertas normas. No pueden fumar, no pueden dirigirse al presidente sin que él los interrogue primero. Deben guardar silencio y compostura en todo momento.

—Ehh, ya se acabó la dictadura...

Le dijo alguno de los visitantes. El edecán ni lo miró, y los condujo por pasillos y más pasillos hasta el salón Blanco. Cacho observaba ávido; no conocía el lugar, pero lo miraba con una rara sensación de legitimidad: todo

eso les pertenecía también a ellos, ése era su gobierno, ellos habían peleado, junto con muchos otros, para conseguirlo.

Esperaron unos minutos hasta que entró el presidente flanqueado por otros dos edecanes. Detrás lo seguía el ministro Righi y varios más. Cámpora recorrió la fila de ex presos: los iba saludando uno por uno.

—Cómo le va, lo felicito, mucho gusto, es un honor conocerlo...

Cacho estaba en la otra punta: se había comprado un saco jaspeado, bastante entallado, especialmente para la ocasión. Cuando Cámpora llegó hasta él, lo paró con un gesto:

—¿Me permite, compañero presidente?

—Cómo no.

—Queríamos decirle que hemos venido expresamente para saludarlo, para expresarle nuestro agradecimiento por sus palabras de cuando asumió, y para decirle que para nosotros, que nos consideraban delincuentes, asesinos, terroristas, sus palabras realmente nos llegaron de orgullo, de emoción, y queremos que sepa que vamos a poner todas nuestras fuerzas al servicio de la reconstrucción y de la liberación...

Cámpora asentía con la cabeza. Después le contestó que no:

—No, no, el que les tiene que agradecer soy yo. Porque sin el esfuerzo y el sacrificio de todos ustedes, y de tantos como ustedes, no habría sido posible...

Muchos de los ex presos dejaron escapar alguna lagrimita.

—... porque, como dijo él general Perón, ustedes son los que en los momentos de ignominia representaron a la patria, a esta Argentina que no se rinde ante las injusticias y las humillaciones...

Los edecanes militares escuchaban con caras circunspectas. Cuando Cámpora terminó de hablar, otro ex preso le hizo una petición:

—También querríamos pedirle un favor muy especial, compañero presidente: si es posible que alguno de nosotros estuviera en el avión cuando vuelva el general Perón.

—Bueno, bueno, para eso hay una comisión. Le voy a transmitir a la comisión su pedido. Y díganme, ¿qué necesitan? ¿Necesitan algo?

Nadie le pidió nada. Después, los ex presos rompieron filas y se arremolinaron a su alrededor; la charla siguió unos minutos más. Alguien le preguntó si podían hacer pública la reunión, y Cámpora dijo que por supuesto. Entonces varios de ellos fueron a la sala de periodistas para dar declaraciones de apoyo al gobierno, y Cacho terminó entrevistado en canal 7 por el nuevo interventor, Julio Bortnik, un viejo compañero suyo de la primera época de la

JP. Pocos días después, Cacho se encontró con la Chancha Machalski, un ex preso de las FAR, que había estado en la Rosada y le contó que había tenido problemas:

—Cacho, me hiciste meter la pata.

Su responsable le había dicho que al ir a la Casa Rosada «se había prestado a una maniobra de las FAP, que buscaba posicionarse, porque como había perdido protagonismo, ahora querían retomar la iniciativa por medio de algún jetón como El Kadri». Cacho no lo podía creer.

Junio de 1973. El clima en Chile se hacía más y más tenso, y el diario *La Opinión* lo comentaba en un artículo que empezaba diciendo que «el deterioro de la situación social en Chile, que lleva a que otra vez se esté hablando del peligro de una guerra civil, parece consecuencia de varios factores que han coincidido en un invierno que ya se vaticinaba como crítico desde hace muchos meses.

»La concesión del presidente Allende, ayer, de negociar con los mineros huelguistas del cobre, es un nuevo síntoma de la precariedad por la que atraviesa este proceso.

»Según los observadores, el nudo del asunto radica en la habilidad con que el partido Demócrata Cristiano (PDC) ahora totalmente controlado por el ex presidente Eduardo Frei, está especulando sobre la aguda crisis económica que azuela a Chile, que es consecuencia de errores de administraciones pasadas y también de la presente.

»El PDC, principal fuerza opositora, propicia una acción medida de deterioro del régimen actual, a fin de forzar a la renuncia del presidente Allende y la convocatoria a nuevas elecciones, o al oscurecimiento total de la imagen de la Unidad Popular para las próximas elecciones presidenciales, en 1976.

»La estrategia del PDC, calificada por ellos mismos como “la de los generales rusos” —por el trabajo lento que además aprovecha el invierno, época en que más se hace sentir la crisis— se ha venido acentuando después de las elecciones parlamentarias de marzo, momento en que la Unidad Popular vio fortificada su posición al aumentar su porcentaje de votos del 36 al 44 por ciento en un hecho sin precedentes en la historia de los gobiernos chilenos de las dos últimas décadas.

»Frente a este avance netamente político, el PDC buscó el apoyo de sus bases sindicales y emprendió la persistente acción entorpecedora de la producción. Para ello contó con el mecanismo clave que son los sindicatos de

las minas de cobre, calificados por Allende como una verdadera aristocracia de los trabajadores por los salarios que perciben y sus ventajas sociales en comparación con el nivel medio de los otros trabajadores chilenos.

»El PDC consiguió paralizar la mina El Teniente, ex propiedad de la Kennecott Corporation, que fue nacionalizada a fines de 1971. Después de casi dos meses de huelga por demandas salariales que el gobierno consideró exageradas, la exportación del “metal rojo” chileno a países europeos está prácticamente detenida, con pérdidas netas hasta el momento superiores a los 50 millones de dólares.

»Sucede entonces que la curiosa estrategia de los generales rusos, que proyectó para Frei el ideólogo y periodista Claudio Orrego se está convirtiendo en el mejor aliado del principal enemigo gobierno chileno, que es precisamente la Kennecott Corp. Esta empresa, desde sus oficinas en Nueva York, organizó en los últimos meses una campaña a nivel mundial para entorpecer las ventas del cobre chileno en Europa Occidental, que es donde va la mayor parte de la producción. (...)

»Pero ninguna acción de la Kennecott ha resultado tan efectiva para perjudicar el proceso chileno como la de los sindicatos mineros dominados por la democracia cristiana, como se puede ver por los resultados. A esto se agrega el control que el partido de Frei ejerce sobre las federaciones de estudiantes secundarios, que son los que salen a la calle a promover desórdenes.

»El resultado es que el PDC, y con él la oposición, está consiguiendo dividir a la clase trabajadora, de forma tan profunda que existe un clima de animadversión de obrero contra obrero y de habitante marginal contra su vecino. Para los teóricos marxistas de la Unidad Popular, se trata de una situación mucho más grave, puesto que modifica el sentido de la lucha de clases, promovida con tomas y acción de masas en estos primeros años. El PDC, en suma, está embarcado en un peligroso juego, que lo opone al cambio, lo aproxima a la Kennecott y lo conduce a la acción violenta».

El análisis era interesante, y poco después se mostraría certero. No aparecía, en cambio, la analogía con el caso argentino que, por momentos, parecía evidente.

Salieron del astillero en manifestación, con autos, camionetas, caminando. A la cabeza de la marcha, un grupo de navales custodiaba a los ingenieros y gerentes que habían tenido como rehenes durante toda la toma y que, ahora, se disponían a entregar. Eran unos mil y en cada cuadra se les

seguía sumando gente: la marcha iba por Cazón, la avenida principal del Tigre. La tarde, pese al frío, estaba soleada, y todos parecían felices. Luis Venencio también. Iba cantando, festejando con sus compañeros de la Agrupación. Aunque, un par de veces, se preguntó si eso era ganar:

—Sí, ganamos, los hicimos mierda. Pero no te olvides, Tano, de que también perdimos a un compañero, se nos murió un compañero. Ya sé que ganamos, pero esperemos que todos los triunfos no sean así de caros, ¿no?

Después de dos semanas de toma, la empresa había cedido en casi todo lo que pedían sus trabajadores. No le había quedado otro remedio: la toma parecía fuerte y, sobre todo, el clima general la favorecía mucho. En esos días, muchos lugares de estudio y de trabajo estaban tomados, y parecía claro que las autoridades no pensaban interferir en el desarrollo de los conflictos.

Dos o tres días antes del triunfo, Luis y sus compañeros llegaron a pensar que estaban a punto de perderlo todo: muchos obreros del astillero estaban desanimados, cansados de una medida que ya llevaba más de diez días. Se quejaban de que casi no podían ver a sus familias, que sus hijos más chicos ni los reconocían cuando pasaban de visita por sus casas, que al final la patronal, como siempre, los iba a cagar. En esos últimos días la tarea más laboriosa de los militantes de la Agrupación había sido mantener la moral de sus compañeros: los reunían un par de veces por día para contarles cómo avanzaban las negociaciones, organizaban asados y guitarreadas, se ocupaban de charlar personalmente con los que parecían estar flaqueando.

Hasta que, esa mañana, el Tano Mastinú y el resto de los negociadores llegaron a los gritos de su cita diaria en el ministerio de Trabajo:

—¡Ganamos, muchachos, ganamos! ¡Aceptaron todo, ganamos! ¡Llamen a asamblea, ya mismo!

Habían conseguido la destitución del jefe de seguridad, el control obrero de seguridad e higiene, la reincorporación de todos los trabajadores despedidos por razones políticas en los últimos veinte años, un buen aumento salarial y la reducción del horario de trabajo. Y en menos de una hora, tras una asamblea breve y jubilosa, armaron la manifestación que salió a recorrer en triunfo las calles del Tigre. Nunca se había visto tanta gente en esas calles. Luis iba feliz y, por momentos, llegó a cantar con ganas la marcha peronista.

—¿Viste, Jaimito, cómo Valía la pena?

—Sí, Chango, tenías razón. Los reventamos. Y recién estamos empezando. Ahora quién nos para, Chango, quién carajo nos para.

Durante varios días durmieron en el mismo living: ella en el sofá y él en un colchón en el piso. Sergio Paz Berlín había ido a pasar esos días a la casa de la hermana de Mercedes Depino, en Billinghamurst y Melo, porque cuando salió de la cárcel no encontró otro lugar y su amigo Carlos Goldenberg le propuso ése: la casa de su prima. Y Mercedes dormía casi siempre ahí, para no tener que dar explicaciones en su casa.

Mercedes seguía trabajando de secretaria de su tío Mauricio Goldenberg en el servicio de psiquiatría del hospital Italiano, y salía con Daniel Callejas, un médico del servicio que militaba en la APR, pero las dos últimas semanas había pasado mucho más tiempo con Sergio y Carlos. La víspera, 9 de junio, había ido con ellos a un acto ahí nomás, en la plaza de la penitenciaría: había un homenaje a los fusilados del levantamiento peronista del 9 de junio de 1956, un acto que iba a ser uno más entre los cientos de actos que se hacían, en todas partes, todo el tiempo, esos días, pero terminó mal. Lo presidía el gobernador de Buenos Aires, Oscar Bidegain, acompañado por su subjefe de policía, Julio Troxler, uno de los sobrevivientes de los fusilamientos. La mayoría de los cinco mil manifestantes pertenecían a la Juventud Peronista y todo transcurría en paz, hasta que un grupo de la Juventud Sindical Peronista, que respondía a Rucci y Miguel, apoyado por matones de la UOM, atacó a un grupito de la JP a cadenas y trompadas. Sonaron unos tiros y empezó el desbande. En la escaramuza hubo cinco heridos y un muerto, el dirigente textil Aldo Romano. Era el primer muerto de la primavera camporista.

—Estos burócratas van a tratar de ensuciar la cancha todo lo que puedan, Merce. Los tipos ven que en la calle, movilizándolo, pierden, y van a hacer todo lo posible para obligarnos a que nos retiremos, para impedirnos que sigamos movilizándolo. Va a haber que tener mucho cuidado...

Esa noche Mercedes y Sergio se quedaron charlando hasta tarde. Hablaron de política, pero también de muchas otras cosas. Hubo miradas, gestos, insinuaciones, pero nada más. Después se durmieron; a la mañana, cuando los primeros rayos del sol del invierno se empezaban a filtrar por la persiana, Mercedes se estaba por levantar para ir a su trabajo y Sergio la miró cómo quien no le cree:

—¿En serio te vas a ir a laburar?

Le dijo, con la sonrisa picara, y Mercedes se quedó. Horas después, cuando se levantaron de la cama, se fueron a la quinta de los padres de Sergio, en Castelar, y se olvidaron del mundo un par de días.

Sergio tenía 20 años y ya había pasado más de uno en la cárcel: tenía mucho para contar y la aureola que, en esos días, adornaba a los presos

liberados. Carlos también tenía 20, y había participado en la acción más espectacular de la guerrilla argentina: la fuga del penal de Rawson. Y después había convivido en Santiago de Chile y La Habana con Quieto, Osatinsky, Vaca Narvaja, Santucho, Gorriarán: en su organización, las FAR, lo consideraban como uno de los cuadros político-militares más prometedores. A su vuelta de Cuba, las FAR lo habían mandado a ocuparse de un sector del partido de General Sarmiento, en el noroeste del gran Buenos Aires, sobre la línea del ferrocarril Mitre: José C. Paz, Grand Bourg, San Miguel. En ese momento, la prioridad de las organizaciones armadas peronistas estaba puesta en el trabajo político en los barrios, las universidades, las fábricas y talleres y, además, se suponía que la unión entre FAR y Montoneros se haría más o menos pronto y los dos querían ocupar la mayor cantidad de espacios para ponerlos en la mesa de negociaciones. Aunque, en ese plano, los Montoneros tenían mucha ventaja. Ellos habían empezado antes con la política de los «frentes de masas» y los tenían más desarrollados; las FAR pasaban por ser una organización más sólida, con cuadros mejor preparados y menos trabajo masivo.

Carlos había convencido a su amigo Sergio y a su prima Mercedes de que militaran con él en General Sarmiento. Sergio, recién salido de la cárcel, no tenía destino todavía, y aceptó enseguida. Mercedes estaba militando en la facultad, pero no le costó nada cambiarla por el barrio: en esos días, la militancia universitaria estaba desprestigiada, era un «frente pequeñoburgués» y muchos creían que para militar en serio había que irse «al territorio o al frente sindical».

—Dale, petisa, no rompas más las bolas con la facultad. Vos lo que tenés que hacer es venirte con nosotros al Norte. Te incorporamos a la orga y te vas a abrir un barrio nuevo que tenemos ahí esperando, en José C. Paz. Hay algunas puntas, pero todavía no hay nadie que lo labure. Vamos, che, no vas a seguir jugando a la pavada en la facultad.

El barrio estaba sobre la ruta 197, a diez minutos de José C. Paz: unas 40 manzanas de casitas muy modestas, a medio hacer, entre calles de tierra. Como no había industrias cerca, los hombres se iban a trabajar a San Martín: durante el día, todo eran mujeres. Mercedes —que empezó a llamarse Patricia— y otro militante, Hernán Páez, el Gordo Alfredo, se contactaron con la Yoli, la punta que tenían allí. La Yoli era medio curandera: sabía tirar el cuerito o contrarrestar un mal de ojo y todos los vecinos la conocían y la respetaban, así que era una buena manera de entrar en el lugar. Y, en esos

días, cuando Mercedes o Hernán decían que eran de la JP, la recepción solía ser entusiasta:

—Ah, los muchachos que lo trajeron al General. Pero sí, cómo no, pasen, pasen.

Mercedes empezó a conocer a muchos vecinos: cada día iba a dos o tres casas y se quedaba un rato charlando con un mate de por medio. A veces hablaban de los desagües que se tapaban o de la electricidad que se cortaba demasiado a menudo; otras, de la guardería que querían hacer para que los chicos tuvieran dónde quedarse mientras los padres se iban a trabajar; con algunos, incluso, charlaban sobre la situación política. Empezaron a hacer reuniones en la casa de la Yoli, y la gente iba; sobre todo las mujeres.

Cuando terminaba, muchas veces, Mercedes se encontraba con Carlos y Sergio en la unidad básica Facundo Quiroga, frente a la estación de José C. Paz, o en algún bar de por ahí, y se volvían juntos para la Capital para comer, ir al cine o pasear: la pasaban muy bien, se divertían mucho juntos.

Junio de 1973. El sábado 9, en San Antonio, el pueblo natal de Juan Facundo Quiroga en los llanos riojanos, Carlos Saúl Menem asumió simbólicamente la gobernación. Ya llevaba dos semanas en funciones pero quiso hacer ese acto como homenaje a su inspirador. Y eligió el día «en recordación del bárbaro crimen del general Valle, del coronel Cogorno y de los obreros masacrados en los basurales de José León Suárez, consumado por los esbirros al servicio del colonialismo y el coloniaje».

El gobernador más joven del país ya tenía 42 años. Usaba bluyín, una polera oscura y sus mejores patillas de Quiroga; junto a él, en el palco, el vicepresidente Vicente Solano Lima y el obispo de la Rioja, Enrique Angelelli, que dijo, en su sermón, que había que «liberar al pueblo de las actuales estructuras, devolverle lo que se le ha robado desde la función de gobierno». El obispo ofició misa con chaya, bandoneón y guitarra: la mayoría de los asistentes paseaba, charlaba, compraba la comida que ofrecía una parva de vendedores ambulantes. Unos pocos seguían los discursos oficiales.

—Hoy nos sentimos protagonistas de la historia, pues estamos cumpliendo con un compromiso irrenunciable: instaurar las bases en esta querida tierra riojana de una sociedad más justa, sin privilegios ni diferencias de clase.

Dijo el gobernador, y más gente se acercó a escucharlo.

—El peronismo ha ganado las elecciones para que nunca más haya un pueblo hambriento y miserable, para que nunca más se encarcele, se torture y

se mate a mansalva a quienes tengan el coraje de proclamar a cara descubierta sus ansias de libertad y su protesta, para que nunca más el destino de la patria se halle en manos del imperialismo, para que nunca más...

El gobernador se sacaba el pelo de la cara, agitado por el viento, y terminaba su discurso prometiendo al pueblo riojano «un gran destino que nos aguarda».

—¡Que nadie se considere menos que nadie! ¡Otra vez, desde los llanos legendarios, surgirá para la patria la gran voz de nuestra redención!

Poco después los enviados de *El Descamisado* le preguntaron qué pensaba de la frase de Perón que definía a «la juventud como reaseguro del proceso». Carlos Menem contestó que estaba de acuerdo:

—Comparto plenamente lo que piensa Perón. La revolución del 25 de mayo tiene su sentido más profundo en la defensa que harán de ella la Juventud, las FAR y los Montoneros. Hay aún muchos conservadores metidos en el Movimiento y en el gobierno nacional, y ésta es una lucha a muerte.

Tres

Los diarios empezaron a hablar de «vacío de poder» y «pérdida de control» por parte del gobierno. El 14 de junio unas 180 empresas y reparticiones estaban tomadas. *La Opinión* del viernes 15 decía que «la ola de ocupaciones que se generalizó en reparticiones públicas, empresas del Estado, hospitales y medios de difusión resulta tan confusa como inaceptable: es difícil asumir el sentido de tales actos, cuando el gobierno —que los ocupantes dicen defender— controla perfectamente el aparato del Estado y ninguna amenaza visible parece cernirse sobre ningún centro vital. Por el contrario, son precisamente tales ocupaciones las que pueden proporcionar un clima de caos, vacío de poder y provocar graves enfrentamientos».

Las ocupaciones de organismos públicos desequilibraban la disputa de los espacios de poder en el Estado; las de empresas privadas iban, sin enunciarlo, contra las bases del Pacto Social. FAR y Montoneros, en un comunicado, decían que «se están produciendo acontecimientos de contenido revolucionario: el pueblo participa activamente en las tareas de reconstrucción y transformación. Éste es el sentido profundo de las “ocupaciones” que se producen en numerosos ámbitos. No puede haber reconstrucción y transformación sin participación popular, sin que sean desalojados de sus posiciones los representantes del continuismo de la dictadura militar, sin que todas las instituciones y organismos del Estado sean puestos al servicio exclusivo del Pueblo».

Y las 62 Organizaciones contestaban que de ahí en más cualquier medida debía ser tomada «de forma orgánica, para que los aventureros de turno, los sectores trotskistas y los embozados de nuestro movimiento no encuentren aliento para sus propósitos ideológicos de ocupar el poder».

El 15, el ministro de Economía salió a protestar: el día anterior, un grupo de la derecha peronista había entrado al despacho del nuevo secretario de Obras y Servicios Públicos, Horacio Zubiri, le puso una pistola en la cabeza y lo obligó a firmar su renuncia. Querían poner en su lugar a un seguidor del coronel Jorge Osinde. Esa tarde, el secretario general del Movimiento Peronista, Juan Manuel Abal Medina, dijo por la cadena nacional que «entre los cambios de más neto contenido revolucionario producidos en el país se

cuenta la participación activa del pueblo en las tareas de la reconstrucción y de la transformación. Éste es el significado que el Movimiento Peronista atribuye a las ocupaciones que se suceden en estos días. (...) Pero no vamos a dejar que nos intimiden grupos minúsculos que aspiran a presentar como un crimen de lesa patria cualquier intento serio de transformación» porque sus gestos «ofrecen cobertura a la provocación que busca el régimen y sus aliados, a través de la prensa oligárquica, para formar un clima de inquietud a cuyo amparo se nutre la reacción continuista».

Esa noche el ministro del Interior Esteban Righi dijo que había recibido el apoyo de todos los sectores peronistas —CGT, 62, partido Peronista, JP— para encauzar y frenar las ocupaciones. Cada sector, después lo justificó y explicó de maneras distintas. En esos días Mario Firmenich contestó una pregunta sobre la oposición entre «patria peronista» y «patria socialista»:

—Entendemos que es una falsa oposición que da lugar a controversias inútiles dentro de nuestras propias filas, porque no existe ninguna diferencia entre la Patria Peronista y la Patria Socialista, ya que el Movimiento Peronista conducido por el general Perón sirve a los intereses de los trabajadores y justamente por eso se plantea la construcción del Socialismo Nacional. Eso implica un proceso de construcción del poder popular o sea de construcción de la patria peronista que es la patria socialista.

La mayoría de las empresas y reparticiones públicas fueron desocupadas. La idea del gobierno era que Perón no volviera a un país aparentemente fuera de control. Después de varias idas y vueltas y conflictos diversos entre los distintos sectores del gobierno y el Movimiento Peronista, la Comisión Organizadora para el Regreso Definitivo del General Perón quedó integrada por cinco miembros: Norma Kennedy, Lorenzo Miguel, José Ignacio Rucci, Juan Manuel Abal Medina y Jorge Osinde, que la dirigía de hecho. Jorge Osinde era un teniente coronel de inteligencia que se había hecho cierta fama de torturador durante el primer gobierno de Perón. Retirado por los golpistas del 55, militó en grupos peronistas de pelaje variado y, en 1972, fue enviado por Lanusse a Madrid para tratar de convencer a Perón de que aceptara el Gran Acuerdo Nacional. No tuvo éxito. Cuando Perón se instaló en su casa de Gaspar Campos, Osinde fue su jefe de seguridad. Y el 25 de mayo su amigo López Rega lo nombró secretario de Deportes y Turismo del ministerio de Bienestar Social.

Para muchos, la Comisión fue una sorpresa: la Juventud Peronista, que se disponía a movilizar a un buen porcentaje de los asistentes al acto, no tenía un representante en ella. Lo más cercano a eso, sin serlo, era Abal Medina, que

ya había sido reemplazado como secretario general del Movimiento y era, más bien, un «aliado táctico» de la JP.

El tema central de la Comisión era la seguridad del acto, que se haría en el puente 12 sobre la autopista General Riccheri, poco antes de llegar a Ezeiza. Allí se levantaría el palco desde donde Juan Domingo Perón, poco después de aterrizar, hablaría a la multitud reunida para recibirlo. En el palco habría, entre otras cosas, una cabina blindada para proteger a Perón. Una semana antes de la fecha fijada para el retorno, la Policía Federal presentó a la Comisión un informe que explicaba cómo podría custodiar el acto con un operativo bien preparado que movilizaría a unos 1500 policías. Pero Osinde lo rechazó, con un argumento que ningún peronista habría desmentido: «No podemos dejar que ahora nos cuiden los que hasta hace un mes nos perseguían». Y decidió, con la potestad que le otorgaba su cargo más o menos oficial, que la policía se quedaría «lejos de la vista del público», a un kilómetro y medio del palco, que sería controlado por un primer cordón de varias decenas de miles de militantes sindicales y un segundo cordón, interno, de dos o tres mil hombres armados, que reclutaría entre los pesados de los sindicatos, la derecha peronista y ex integrantes de las fuerzas armadas y policiales.

Los Montoneros, entre tanto, se preocupaban por la dirección que estaban tomando las cosas, pero no demasiado.

—Che, la Comisión esta está armando todo como para dejarnos afuera.

—Sí, pero no les va a servir para nada. Ya vas a ver cuando les pongamos un millón de tipos abajo del palco, con nuestras banderas y nuestras consignas. Ahí se les acaban todos los truquitos.

—Claro. Ahí el General se va a dar cuenta de cómo están las cosas en el Movimiento, quiénes son los que movilizan y quiénes son los que no tienen más que la transa y el aparato. Y ahí va a entender del todo que si quiere llevar adelante su proyecto revolucionario, los únicos que lo pueden acompañar en serio somos nosotros.

Dijo Sergio Berlín, y Mercedes Depino asintió. Esa noche, viernes 15 de junio, Mercedes y Sergio iban hacia un playón de Puerto Nuevo para custodiar una docena de micros que el ministerio de Bienestar Social le había dado a la JP para llevar a su gente a Ezeiza. Eran muy pocos, casi un gesto simbólico, pero les interesaba conservarlos, así que organizaron guardias: ellos tenían que participar del turno de las 12 de la noche hasta las 6 de la mañana. En el playón los esperaban los cuatro del turno anterior y los otros dos del suyo:

—No, acá no pasa nada, no hay problemas. De todas formas, acá tienen los fierros.

A Mercedes le tocó un 32 corto, un poco viejo, y lo miró con cierto recelo: era la primera vez que tenía un arma en la mano. Sergio le hizo una demostración somera del manejo, y los cuatro se instalaron en el playón, seguros de que todo sería una formalidad. Lo fue, y también al día siguiente, y al otro día. El lunes 18, poco antes de la medianoche, se presentaron unos veinte muchachos de la pesada sindical y se llevaron los micros sin que los cuatro que estaban de guardia pudieran hacer nada.

Esa tarde, en Bahía Blanca, el comandante de la Aviación Naval, contralmirante Horacio Mayorga, entregaba su cargo a su sucesor, el capitán de navío Cesáreo Goñi, en presencia del comandante de operaciones navales, contralmirante Eduardo Massera. Mayorga se iba protestando: «No hay que dar ni un paso atrás. Aunque cueste. Hay que tomar el lema del enemigo, aunque nos lleve a las desastrosas consecuencias de un enfrentamiento entre hermanos: no negociaremos la sangre de nuestros mártires. Porque los ojos del cabo Contreras, del almirante Berisso y del almirante Quijada están fijos en nosotros. Únicamente nuestra cobardía puede condenar a estos muertos a morir de veras».

Esa noche, un ford falcon atropelló a Juan Manuel Abal Medina en Las Heras y Bustamante, y salió huyendo: Abal cayó desvanecido y su acompañante, Julio Mera Figueroa, sólo pudo llamar a una ambulancia. Abal Medina se despertó al mediodía siguiente con un par de costillas rotas y la pierna izquierda fracturada: era el único integrante de la Comisión Organizadora que no respondía a José López Rega, y ahora estaba fuera de juego.

Junio de 1973. En la primera página de su edición del martes 19, *La Opinión* editorializaba —sin firma— sobre la llegada de Perón, y se preguntaba qué país encontraría: «La Argentina que dejó Perón cuando debió zarpar hacia Asunción en 1955 tiene poco que ver con la que empezará a descubrir desde hoy. Había dieciocho millones y medio de habitantes y la participación obrera en la riqueza superaba el 49 por ciento. Las Fuerzas Armadas no habían sido aún divididas y comprometidas en las frustraciones a que las empujó el ejercicio del Poder. La Iglesia estaba aliada a los poderosos y no tenía cabida en ella la formidable cuña de los Sacerdotes del Tercer Mundo.

»El mayor, el excluyente protagonista del peronismo en 1955, era la clase obrera. Fue el propio Perón quien acercó la nueva hornada de jóvenes universitarios que lo asumían como bandera. En 1955, los universitarios respondían al mandato elitista de la izquierda internacional inspirada por los grandes partidos comunistas de Europa. O eran indiferentes. Coincidían, pues, en el antiperonismo. Entre 1966 y 1973, las filas universitarias tributaron el mayor número de mártires en la cruzada que culminó, por fin, el 25 de mayo.

»Demasiadas cosas perdió la Argentina en los últimos 18 años como para que puedan olvidarse: sólo ganó en población, aunque la mayor parte de ella está empobrecida. Los argentinos son 25 millones trescientos mil habitantes en este 20 de junio, pero la clase obrera logra para sí sólo el 36 por ciento del ingreso.

»Si hoy muchos esperan que Perón repare esa historia, los jóvenes prefieren que construya una nueva, con ellos. Posiblemente la síntesis que haga Perón de ambas aspiraciones será la clave de la Argentina soñada».

Y, más allá: «Pero mientras la Argentina se prepara para asistir al espectáculo de la recepción popular a su líder natural, y escuchar las formulaciones básicas de Perón sobre el proyecto de país que se propone construir, todos los sectores políticos —internos, aliados y adversarios— deben comprender que la sucesión política del ex presidente aún no se encuentra abierta, y que los herederos que ahora insisten en presentarse prematuramente serán seguramente sepultados por el alud de los acontecimientos. Antes de entonces, el proceso revolucionario trazado por Perón deberá estar plenamente en marcha. Para lanzarlo es que Juan Domingo Perón desembarcará mañana en Ezeiza, y porque viene a lanzar ese proceso revolucionario es que lo espera una multitud nunca vista antes en la historia argentina».

Esa tarde, en todos los rincones del país, la gente se preparaba para ir a Ezeiza a recibir al general Juan Domingo Perón. La prensa y los organizadores suponían que los manifestantes serían millones. En una casa de Florencio Varela, Cacho El Kadri y otros cuadros de las FAP estaban reunidos ultimando detalles de organización, cuando llegó su compañero Carlos Caride.

—Che, están todos como locos. Poco más y se cagan a tiros, estos pelotudos...

—¿Quién, Carlitos, qué pasa?

—¿Cómo quién? Los montos con los de Norma Kennedy, ¿quién va a ser?

Carlos Caride había ido por las FAP a una reunión en la secretaría de Gobierno de La Plata, donde distintos sectores del peronismo trataban de coordinar el acto del día siguiente. Esteban Maisonave representando al gobernador Bidegain, Julio Troxler por la policía, sindicalistas, montoneros, y Norma Kennedy por la Comisión Organizadora. La discusión sobre accesos y ubicaciones se estaba haciendo áspera, hasta que Norma Kennedy empezó a decir que el grupo tenía que tomar medidas inmediatas porque había un complot para asesinar a Perón. En los últimos días distintos grupos de la derecha peronista habían hecho circular ese rumor pero, hasta entonces, nadie lo había dicho en una reunión oficial.

—Compañeros, el General corre peligro. Si no actuamos con toda firmeza, los grupos de infiltrados que están tratando de apoderarse del Movimiento van a intentar matarlo. Y eso sí que no podemos permitirlo de ninguna manera.

Dijo Norma Kennedy, y empezaron las puteadas: parecía que no había cómo pararlos y Caride, alarmado, fue hasta Florencio Varela a buscar al resto de sus compañeros. Que marcharon de inmediato hacia La Plata con la intención de mediar en el conflicto.

—Sí, los montos van a ir a apretar, quieren llegar lo más cerca que puedan del palco. Antes de la reunión uno de ellos me dijo que tenían todo planificado para pasar adelante de todo. Y yo les dije que tuvieran cuidado, que los de la UOM no son ningunos mocosos y que en el pianito que nos dieron los que están en la parte de adelante son ellos.

—¿Y él qué te dijo?

—No, me dijo no, ya vas a ver, los vamos a pasar por encima.

—¿Qué, te parece que van a entrarles muy pesado?

—Más o menos, nada grave, pero seguro que alguna pelea va a haber. Se van a recagar a trompadas.

Cuando llegaron a La Plata, Caride, El Kadri y sus compañeros se encontraron con que los representantes montoneros ya se habían ido.

—Sí, Cacho, se rajaron porque nosotros los desenmascaramos que había un plan para matar a Perón, y eso no les gustó nada. Yo no digo que sean ellos, no quiero decir eso, pero...

—Pero Norma, dejate de joder. ¿Quién va a querer matar a Perón, a quién se le puede ocurrir semejante cosa?

—No, en serio. Éstos lo quieren matar, porque creen que si lo matan después se van a poder quedar con el Movimiento. Nosotros tenemos que

hacer algo, tomar alguna medida. No nos podemos quedar sentados mirando cómo unos infiltrados atacan al General, compañeros.

Norma Kennedy no recogió demasiadas adhesiones. La reunión se disolvía sin llegar a nada; antes de salir, Kennedy lanzó una advertencia con voz patética:

—Espero equivocarme, por el bien del país, pero yo sé que estos tipos lo quieren matar al General. Ya van a ver.

Repitió, y se fue. Los demás se quedaron perplejos. Cacho no creía que eso pudiera ser cierto, pero si había grupos que sí lo creían, o simulaban creerlo, y se estaban preparando para impedirlo —o simular impedirlo—, la fiesta del retorno podía convertirse en tragedia.

En la puerta de la unidad básica Facundo Quiroga, frente a la estación José C. Paz, un equipo de sonido improvisado con un winco y parlantes de ocasión pasaba sin parar la marcha peronista. Era un disco viejo, muy usado, que generaba los ruidos más diversos.

—¿Te parece que si la escuchamos 4839 veces nos vamos a hacer peronistas de verdad?

—Eso con vos sería medio imposible, Petisa. Aunque la escucharas 44.839 veces.

—Dale, no me chicaníes. En un día como hoy el que no se siente peronista es que no tiene alma.

Dijo Mercedes Depino y su compañero, Sergio Berlín, le contestó con un beso. Era más de medianoche pero nadie pensaba en dormir. Militantes y vecinos entraban y salían todo el tiempo; al fondo, alrededor de una fogata, alguien tocaba una canción de Viglietti en la guitarra, y dos docenas de voces desafinadas la coreaban. En uno de los cuartos de la UB, Carlos Goldenberg discutía con una mujer joven, de pelo negro largo y lacio, sobre los preparativos:

—O sea que lo que tenemos por ahora son diez colectivos y ocho camiones. Con eso supongo que podemos llevar... Sí, unas seiscientas personas, que será lo que juntemos de acá a cuatro o cinco horas.

—Mirá, para ir de acá a San Fernando más o menos estamos bien, alcanza. Pero después allá calculamos que va a haber varios miles de tipos, no sabemos cuántos, así que habrá que salir a buscar. Con lo que tenemos por ahora no garantizamos el transporte para todos.

La UB de José C. Paz era su punto de reunión para el partido de General Sarmiento; de ahí, a la madrugada, los manifestantes irían hasta San

Fernando, el punto de encuentro de toda la columna de la JP de la zona Norte. Mercedes y Sergio entraron en el cuarto:

—Petisa, te presento a Soledad, una compañera de cárcel. Aunque adentro nunca estuvimos juntos, lamentablemente. En cuanto la veas caminar vas a entender por qué le decimos la Pantera Rosa.

Soledad, Laura Mugica, la saludó, y los cuatro salieron a la puerta. Ahí también circulaba gente, un centenar de personas: algunos preparaban carteles y banderas, otros cebaban mate, otros charlaban.

—Esto va a ser un despelote, che, qué convocatoria. Si seguimos así, vamos a reventar Ezeiza.

Dijo Laura y se ajustó el bluyín. Un revólver pavonado se le cayó al suelo con un breve brillo. La miraron varios, pero nadie dijo nada.

—Che, no seas fatosa. Cuidate un poco.

Laura volvió a guardarse el revólver en la cintura. La organización Montoneros había decidido que buena parte de sus cuadros irían armados, pero que sólo llevarían armas cortas: no preveían grandes enfrentamientos. Sí, seguramente, peleas menores con las columnas sindicales por la posición en los alrededores del palco: para eso les alcanzaría con palos, cadenas y esos revólveres.

—... en este momento en que el jefe del Movimiento, a la cabeza de su pueblo, se apresta a profundizar la construcción del poder popular que será la única garantía para lograr el socialismo nacional. En esta hora de los pueblos, el estudiantado argentino tiene la posibilidad de convertirse en sujeto histórico, sumándose al resto de los sectores populares para protagonizar en conjunto el ascenso del pueblo al poder. ¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria!

Terminó de leer Elvio Vitali, con gestos y ademanes, y tres o cuatro lo aplaudieron y otro compañero suyo le pidió qué le pasara el volante de la Juventud Universitaria Peronista para leerlo más tranquilo. A su alrededor, en el parque de la facultad de Agronomía, decenas de fogatas calentaban la noche: varios miles de estudiantes se habían reunido y esperaban cantando, charlando, besándose o durmiendo el momento de salir hacia Ezeiza. Elvio los miraba, maravillado por el cambio: dos años antes, cuando él empezó, los peronistas eran una pequeña minoría en la política universitaria, y ahora eran capaces de movilizar a toda esa gente. Después, sin siquiera ir tan lejos, recordó esa otra ida a Ezeiza, sólo seis meses antes: habían tenido que salir clandestinamente, sabiendo que chocarían contra el Ejército desplegado para impedirles el avance y ahora, en cambio, podrían caminar tranquilos, cientos de miles, millones respaldados por un gobierno favorable, casi propio. En tan

poco tiempo. Era increíble. Y, si tenían un poco de suerte, mucha habilidad y gran capacidad de esfuerzo, el poder ya no estaba tan lejos.

En un rincón apartado, bajo un farol que alargaba las sombras, un grupo de cincuenta militantes practicaba con palos de unos setenta centímetros de largo; algunos también tenían cadenas. Su responsable les había dicho que los llevaran por si acaso, para usarlos si se producía algún choque con los sindicales. Juan Pablo Ventura, el Tala, el delegado de la JUP-Regional 1 — Buenos Aires—, pasó a ver cómo iba la práctica.

—No, Ruso, así no. Lo estás usando como si fuera una batuta. Un palo es un palo, y si hay que pegar hay que pegar en serio. Si no, ni lo lloves. Es una cuestión política: no los vamos a llevar de adorno, los llevamos para defendernos de los ataques de los burócratas, para llegar lo más adelante que podamos y demostrarle al General quiénes son los verdaderos peronistas.

El Tala Ventura tenía un distintivo sobre el bolsillo izquierdo de la campera: un cuadrado de plástico negro con una P sobre una V formada por un fusil y una tacuara —el logotipo de los Montoneros—. Era el distintivo de los responsables de frente y otros cuadros superiores; los medio altos tenían un brazalete con el mismo diseño, y los cuadros intermedios usaban el mismo brazalete con los colores invertidos: diseño negro sobre fondo rojo. Los distintivos les servirían para que, en medio de la marcha, los encolumnados supieran que tenían que seguir sus indicaciones: había, en todos los frentes dependientes de los Montoneros, unos 10.000 militantes que los llevaban. Su conducción calculaba que serían suficientes para dirigir a los cientos de miles de personas que esperaban llevar a Ezeiza en cuanto saliera el sol. Varios militantes repartían unos volantes firmados Montoneros que decían, solamente: «Para que nadie pueda instrumentar nuestro júbilo en favor de otros intereses, recomendamos a cada compañero que encuadre su presencia dentro de las directivas que serán impartidas por los compañeros de la Juventud de Trabajadores Peronistas, Juventud Peronista o Juventud Universitaria Peronista. Perón o Muerte. Viva la Patria».

—¿Che, por qué no te venís conmigo a recibir al General?

Dijo Nicolás Casullo, y su amiga le contestó que de ninguna manera:

—Ni loca, me entendés, ni loca.

Viviana era una fotógrafa absolutamente marxista, una vieja amiga que Nicolás había reencontrado días antes, y habían quedado en verse esa noche de vísperas en un bar de Corrientes. La avenida estaba llena de jóvenes que pasaban gritando, tocando bombos, preparándose. Nicolás canturreó una consigna y Viviana le preguntó por qué se lo veía tan dinámico y entusiasta.

—Imaginate, hoy viene el hombre que nos llevará al socialismo en dieciocho meses sin intereses. ¿No estarías también contenta si pensaras como yo?

—Qué pelotudo.

—¿Pelotudo? No, preciosa. Soldado de Perón.

—No te soporto. Sí, no pongas esa cara de infeliz, no te soporto. Hace tres años me hablabas de las vanguardias, de Trotsky y de Bretón, del París de los años 20. Ahora resulta que salgo con un soldado, y encima contento de ir a ver al general. Haceme el favor, soldado...

—A todos nos toca la colimba. No sé si me entendés, tenemos que ir caminando hasta Ezeiza, 250 kilómetros. Dale, vení, va a ser una fiesta única.

No había caso, y Nicolás abandonó. Decididamente, pensó, estos izquierdistas ortodoxos podían negarse a cualquier contacto con la realidad.

—¡Borombombom,/ borombombom/, ya lo trajimos/ a Juan Perón!

Escuchó, esa misma noche, a las dos y media, Cacho El Kadri, y pensó que estaba soñando. Después terminó de despertarse y vio que no: los gritos venían de ahí mismo, de la calle, bajo su ventana. Cacho se puso un pantalón y una camisa, a las apuradas, y salió al balcón. Abajo, a modo de rara serenata, un grupo de cuarenta con un bombo lo saludaban con canciones:

—¡FAP, FAR y Montoneros/ son nuestros compañeros!

El canto ya no reflejaba una realidad política: era, más bien, un homenaje al viejo militante —de 32 años— que le rendían los peronistas de la unidad básica de su zona antes de salir hacia Ezeiza. Entre ellos, junto con varios amigos de Cacho, estaba uno de los responsables de la JP de ese barrio, Floresta, que no lo conocía personalmente pero que, como todos, había escuchado hablar de él: Horacio González.

Cacho bajó hasta la calle y se abrazó con varios: estaba emocionado pero un poco confuso, no sabía bien qué hacer. Tras diez minutos de cantos y consignas consiguió volverse a su cama: quería dormir un buen rato, le parecía que, al día siguiente, necesitaría estar bien descansado.

—¡Compañeros, el avión que trae desde Madrid al general Perón, líder de los argentinos, de regreso a la Patria y el poder, está por salir de Madrid!

Dijo, por los altoparlantes instalados alrededor del palco del puente 12, un locutor invisible. Hubo gritos, aplausos, redoblar de bombos y, finalmente, la marcha peronista. Entonces se armó un remolino: varios agarraban a un correntino a punto de trompearse y trataban de hablarle. Después él se reía de sí mismo:

—Mirá si seré bruto, chamigo, que yo cuando cantaba eso de combatiendo al capital empecé a buscar algún porteño para pelearme. Pero acá los compañeros me explicaron que no era eso, carajo, mirá si seré animal, yo...

En Madrid, en ese momento, el general Perón se abrazaba con el generalísimo Franco, que había ido a despedirlo al aeropuerto, y lloraba de emoción. Dos días antes, Franco le había dicho que «el programa justicialista coincide con el que los españoles hemos tratado de cumplir durante las últimas décadas». Después, Perón se subiría al avión junto con su señora, López Rega, Cárpora, Rucci, Miguel, varios peronistas más y setenta valijas. En Buenos Aires, en los alrededores del palco, había carpones, grandes fogatas, camiones que repartían pan y mate cocido, miles de personas durmiendo, charlando, cantando. Bajo un poste de alumbrado, un grupo de collas bailaba al son de un par de queñas. Entrevistada por un periodista de canal 7, una tucumana de veintipico con poncho decía que había llegado desde Lules para ver al General:

—Yo no lo conozco pero es como si lo conociera desde siempre. Nosotros somos pobres, sabe, pero lo poco que tenemos nos lo dio él. Ojalá que viva doscientos años.

Puestos vendían choripanes, gaseosas, café; en alguno se podía conseguir una damajuana de tinto, hasta que las patrullas con brazaletes verdes de la Juventud Sindical Peronista lo descubrían y se lo requisaban. Sobre la autopista, un grupo puteaba a dos policías en moto:

—¡Policía Federal,/ la vergüenza nacional! ¡Policía Federal,/ la vergüenza...!

Hasta que, de pronto, los dos motoristas soltaron los manubrios, empezaron a hacer eses con las motos y levantaron las manos con los dedos en V: los mismos que los insultaban los aplaudieron al grito de Perón, Perón. Poco antes habían sonado varios disparos: el episodio fue confuso, pero los tiros venían desde el palco e hirieron en la cabeza a un militante de la JP. Nunca se supo quién era, ni qué fue de él.

En el palco y sus aledaños, los guardias de la Comisión Organizadora de Osinde y Norma Kennedy se paseaban impacientes. Eran alrededor de mil, entre matones sindicales, militantes del CdeO y el CNU, integrantes de la Alianza Libertadora, militares y policías retirados y la élite: docenas de mercenarios franceses, ex combatientes en Argelia, contratados por Ciro Ahumada, un ex capitán del Ejército que había participado de la resistencia peronista y en algún momento empezó a trabajar para los servicios de inteligencia del Estado. Los guardias iban armados con escopetas de caza,

fusiles fal, subametralladoras uzi e ingram y metralletas halcón. Algunas de ellas se las había entregado Leopoldo Frenkel, el semi-intendente, que las tenía en un depósito municipal.

No habían conseguido montar el «cordón de decenas de miles de militantes sindicales» prometido, pero tenían otros 500 custodios que estaban distribuidos por los accesos al puente 12 con la misión de evitar que «el zurdaje entrara con fierros». Y un grupo del CdeO de Alberto Brito Lima había ocupado el Hogar Escuela Santa Teresa, a 600 metros al sur del palco, para usarlo como retaguardia y base de operaciones. El general retirado Miguel Ángel Iñíguez estaba a cargo de las comunicaciones de todo el operativo: para eso contaba con las grúas del Automóvil Club, provistas de motorolas, que irían avisando al palco sobre la llegada de las columnas de la JP. Los jefes, Kennedy y Osinde, dirigían las acciones por walkie-talkie desde un piso del Hotel Internacional de Ezeiza. Sus puertas y pasillos estaban custodiados por hombres muy armados.

En el puente 12, la calma volvió pronto tras los tiros: la mezcla de fiesta y tensa espera. Hacía frío, esa noche, en Ezeiza, pero ya había más de cincuenta mil personas ocupando lugares para esperar a su líder. La mayoría de ellos eran peronistas sueltos, sin organización, que habían viajado desde todas las provincias del país en micros y trenes gratuitos. Los grupos organizados llegarían a la mañana, marchando encolumnados desde miles de puntos de concentración.

Sergio, Mercedes y Laura se subieron a un colectivo casi vacío que paró respondiendo a sus señales, y le dijeron al chofer que eran militantes de la JP, que estaban yendo a Ezeiza y que, a partir de ese momento, su colectivo pasaba al servicio del pueblo. Sergio tenía una mano en la cintura, como quien quiere mostrar, sin mostrarlo, que lleva un arma.

—Perfecto, che, no te calentés. Así yo también puedo ir. El hijo de puta del trompa nos amenazó, nos dijo que si no laburábamos nos rajaba, y como nosotros estamos contratados... Pero así no hay problemas, le digo que me secuestraron el bondi y listo. ¿Adónde tengo que ponerme, compañeros?

Amanecía. La columna de la zona Norte de la JP, reunida en las calles que rodeaban la unidad básica de San Fernando, era imponente: miles y miles de personas con carteles, bombos, un entusiasmo desbordante.

—Compañero, ¿podemos entrar?

—¿Y ustedes de dónde son?

—Tabacaleros de Salta, llegamos a las cinco de la mañana a Retiro, los andábamos buscando.

—¿Y el responsable de ustedes?

—Responsable...

El viejo pensó unos segundos, pero la palabra no le sonaba a nada. Nicolás Casullo le dijo que claro, que entrara. La columna de la JTP había salido un par de horas antes de la cancha de Vélez y ya estaba marchando por la Riccheri en buena formación. Al frente marchaba una batería de bombos y estandartes; detrás, quince o veinte mil personas que iban aumentando todo el tiempo. Desde el costado, gente los saludaba, y ellos redoblaban sus consignas:

—¡J-T-P,/ la nueva CGT! ¡J-T-P,/ la nueva CGT!

Para evitar complicaciones, cada columna iba encabezada por su responsable y cerrada a los costados por un cordón de militantes con palos. Nicolás caminaba con sus compañeros del Bloque de Prensa y comentaba con el Yaya Azcone ese flujo incesante de gente y grupitos que se les sumaban por el camino: viñateros de Mendoza, municipales entrerrianos, metalúrgicos de Liniers, chaqueños con mates y termos, cincuenta riojanos, dos o tres grupos de cañeros tucumanos, y tantos más. Muchos de ellos no tenían ningún contacto orgánico con la JTP, pero la habían escuchado nombrar y querían ver la posibilidad de integrarse. Allí mismo, mientras caminaban, algún militante se les acercaba para ir armando los contactos.

—No, al que tendrían que ver es a Salinas, en la sede de la regional de JP, ahí en Tucumán. Yo después les paso los datos. O si no dejenme alguna seña ustedes y ellos los van a buscar.

De tanto en tanto se cruzaban con algún grupo sindical y se lanzaban gritos y miradas torvas:

—¡Perón,/ Evita,/ la patria peronista!

—¡Vamos a hacer/ la patria peronista,/ vamos a hacerla/ montonera y socialista!

Pero la cosa no pasaba a mayores.

—Che, esto es impresionante. ¿Alguna vez viste tanta gente junta?

—Ni junta ni separada, Yaya. Esto es un delirio, el sueño imposible de cualquier revolucionario.

—Lo que no se ve es un cana, ni pintado.

—No, a esos ya les ganamos. Ahora el problema es con los nuestros.

Dijo Nicolás, mientras prendía el decimoctavo cigarrillo de la mañana y resoplaba de tanta caminata. Luis Venencio, a esa hora, se estaba levantando

de la cama y su hermana le preparaba los primeros mates. Pese a su militancia en la Agrupación JTP de Astarsa había decidido no ir a Ezeiza. Su peronismo era muy relativo y, pese al atractivo de semejante movilización, le molestaba que la gran razón de todo eso fuera ir a recibir a una persona. Eran las nueve de la mañana. Antes de salir para Ezeiza, Miguel Bonasso se cruzó en la Casa Rosada, donde trabajaba en la secretaría de Prensa, con Oscar García Rey, un funcionario cercano a López Rega:

—Ni te calentés en ir a Ezeiza. Perón no va a bajar ahí. Al menor amago de kilombo se lo llevan a la base de Morón.

Miguel no le hizo caso, pero se quedó preocupado. Poco después, en la plaza de armas del regimiento 1 de Patricios, varios ministros escuchaban el discurso del Día de la Bandera del comandante del Primer Cuerpo, general Jorge Rafael Videla —que, en el diario *Clarín* del día siguiente, aparecería como «Jorge Raúl»—:

—... el Ejército como institución está por encima de los hombres y se confunde con la noción de Patria. Ese Ejército que, juntamente con las otras fuerzas armadas, constituye el legítimo brazo armado de la Patria y es el símbolo de la permanente vigilia en salvaguarda de los más altos intereses de la Nación...

En la autopista, a esa hora, había sol y los manifestantes marchaban jubilosos. Graciela Daleo, aún sin militar en ningún grupo, había decidido que no podía perderse una cosa así y desechó sus miedos: le habían dicho que podía haber kilombo pero igual fue con una columna de la JP de la Capital; todavía le faltaba mucho para llegar al puente 12.

—¡Atención, atención,/ atención, atención,/ se viene un montonero/ que se llama Juan Perón!

Más madrugadora, la JUP fue una de las primeras columnas montoneras en llegar hasta el lugar del acto. Se ubicaron bastante cerca del palco, satisfechos por haber cumplido con su consigna de acercarse lo más posible.

—Che, sacate el brazalete y vamos a dar una vuelta por ahí, a ver cómo está la cosa.

Le dijo el Tala Ventura, y Elvio lo acompañó. Con ellos iban cuatro militantes más: caminaban sin problemas entre mares de gente, y llegaron hasta el palco. Para su sorpresa, nadie los paró cuando intentaron subir.

—Putá, mirá lo que es esto.

El panorama era impresionante: hasta donde alcanzaba la vista todo estaba cubierto de banderas, columnas, movimiento.

—Sí, ¿pero vieron lo que hay ahí atrás?

Preguntó Elvio, casi en un susurro.

—¡A la mierda!

En el fondo del palco, junto a los instrumentos de la orquesta sinfónica que debía tocar el Himno y la marcha peronista, había muchas más armas que las que cualquiera de ellos había visto en toda su vida.

—Che, si es cierto que somos como tres millones seríamos más del diez por ciento del país. ¿Te das cuenta, uno de cada diez argentinos estamos acá? ¡Qué grande, hermano, qué grande!

Nunca se sabrá cuánta gente se juntó, ese miércoles, en los alrededores de Ezeiza. Los diarios del día siguiente hablarían de tres millones de personas; los Montoneros solían calcular cuatro millones. Años después la cifra fue revisada a la baja, pero hasta los cálculos más conservadores siguieron hablando de un millón: fue, sin duda, la mayor reunión de la historia argentina.

Cacho El Kadri llegó al puente 12, con una columna del Peronismo de Base de Mar del Plata, poco antes del mediodía. Otras columnas del PB habían llegado bien temprano y estaban a unos cien metros del palco, a la derecha. Se habían instalado ahí, sin más pretensiones: prefirieron no pelear por las primeras filas. Serían, en total, unos dos mil: muy pocos comparados con las columnas montoneras pero bastantes para una organización que atravesaba crisis y divisiones. La conducción de la columna se instaló junto a un árbol que les daba sombra y reparo; al cabo de un rato, Cacho y Carlos Caride fueron a dar una vuelta. A un centenar de metros se encontraron con un ómnibus cubierto de banderas de FAR y Montoneros: era su puesto de comando. Carlos y Cacho saludaron a Roberto Quieto y Marcos Osatinsky, que los invitaron a subir.

—Che, ¿y el Pepe no está?

Quieto les dijo que Firmenich se había ido a ver unas cosas pero que volvería enseguida. En el ómnibus había una veintena de militantes y varios de ellos dormitaban en sus asientos. Cacho vio algunos revólveres y pistolas, que no lo sorprendieron. Él mismo llevaba su 38, por si acaso. Pero no vio armas largas.

—¿Trajeron muchos fierros?

—Algo trajimos, pero no vamos a intervenir, es nada más que por las dudas, por si nos llegan a agredir.

—Pero dejensé de joder, no se les va a ocurrir tirar acá. Mirá la cantidad de gente que hay.

—Vos estás loco, cómo vamos a tirar. Quédense tranquilos. Che, tendríamos que mantenernos en contacto. ¿Ustedes tienen walkie-talkies?

—No, no tenemos. Pero cualquier cosa nos avisan, nosotros estamos en aquel arbolito. ¿Lo ves?

Ya era casi la una. No hacía calor pero el sol pegaba fuerte.

—¡Compañeros, vamos a ensayar el recibimiento que le vamos a dar al general Perón cuando llegue a este palco!

Dijo, por los altoparlantes, Leonardo Favio, y tantos miles empezaron a cantar la marcha peronista. Favio había sido nombrado «encargado de Ornamentación» del acto y, junto con el locutor Edgardo Suárez, manejaba los micrófonos.

—¡Compañeros, acá ya hay más de dos millones y medio de personas! ¡Esto es inenarrable, compañeros!

Dijo Edgardo Suárez cuando terminó la marcha, y la ovación fue tumultuosa.

—Yo te daré,/ te daré, patria hermosa,/ te daré una cosa,/ una cosa que empieza con pe:/ ¡Perón!

En el enorme espacio semicircular frente al palco, columnas organizadas convivían con familias y grupos de amigos comiendo sándwiches de milanesa, y algo especial electrizaba el aire: seguramente, casi todos ellos tenían la sensación de estar viviendo un día irrepetible. Uno de esos días que figurarán en los libros de historia: el día de la Gran Victoria.

—¡Los peronistas,/ joda joda joda,/ y los gorilas,/ llora llora llora!

En los alrededores del palco no había sólo banderas de los gremios y la JSP, como había previsto la Comisión Organizadora; al contrario, la mayoría eran de la JTP, la JUP, la JP, FAR y Montoneros. La derecha peronista estaba perdiendo la hegemonía sobre el espacio que Perón vería, esa hegemonía que habían intentado conservar con tanto cuidado, y todavía faltaban llegar muchas columnas montoneras.

—¡Abran,/ carajo,/ que vamos con retraso!

Cantaba la columna de JTP, con redoble de bombos, y alguna columna sindical poco nutrida se apartaba para dejarlos pasar: avanzaban a paso vivo, entusiasmados, conscientes de su fuerza. Eran las dos de la tarde cuando vieron, a lo lejos, la estructura metálica del palco, con las grandes fotos de Perón y Evita; la columna se detuvo mientras un par de dirigentes se adelantaba para ver por dónde podían entrar. Los manifestantes aprovecharon para sentarse un momento en el suelo o buscar algo de comer o beber. Por los altoparlantes, Favio sonaba exaltado:

—¡Jamás, en la historia de la humanidad, alguien recibió un homenaje así, compañeros!

Fue entonces cuando empezaron a oír detonaciones:

—¡No se preocupen, son cohetes, fuegos artificiales!

—¡Qué fuegos artificiales ni qué carajo! Eso son tiros, hermano, alguien se está cagando a balazos.

Allá adelante los tiros se hacían más y más nutridos, y empezaron a sonar sirenas de ambulancias.

—¡Tranquilos, compañeros, no pasa nada, son escaramuzas aisladas!

Gritó Cacho a los que estaban a su lado, pero los tiros seguían y tuvieron que tirarse al suelo, por si acaso. Los tiros sonaban del otro lado, a la izquierda del palco: un militante de las FAP que se había subido al árbol bajó a contarles que estaban tirando desde el palco con ferretería pesada.

—¡No sabés, hay una cantidad de monos tirando contra el bosquecito de aquel lado!

Unos minutos antes, la columna de la JP, JTP, UES y JUP de la zona Sur del gran Buenos Aires y La Plata, formada por unas 60.000 personas, había intentado rodear el grueso de la concentración para entrar hasta la base del palco por la izquierda. Iban cantando, jubilosos, conscientes de su fuerza:

—¡La Plata, La Plata,/ ciudad Eva Perón,/ ciudad de montoneros/ para la liberación!

A la cabeza de la columna Sur, en un jeep con altoparlantes, iba José Luis Nell, el viejo amigo de Cacho El Kadri que había participado del asalto al Policlínico Bancario en 1963, se había escapado a China y vuelto al Uruguay para integrarse a los Tupamaros, había caído preso, huido de la cárcel de Punta Carretas y retornado a la Argentina para incorporarse a los Montoneros. A sus 35 años, Nell era uno de los más veteranos, y formaba parte de la conducción de la columna. Junto con él en el jeep iba Horacio Simona, el Beto, un militante de 20 años, y dos muchachos más. Desde el palco les gritaron con megáfonos que se detuvieran; no lo hicieron y empezó el fuego a discreción. Los montoneros que llevaban pistolas y revólveres se tiraron cuerpo a tierra y trataron de responder para cubrir la retirada de sus compañeros. Que se desbandaron hacia el bosquecito que tenían detrás; ahí, entre los árboles, los militantes del CdeO que venían del Hogar Escuela los agarraron en un fuego cruzado. El tiroteo duró varios minutos, y hubo heridos.

Del otro lado del palco, junto a su árbol, Cacho vio cómo uno de sus compañeros sacaba un revólver y apuntaba hacia el palco.

—¡No, qué vas a hacer, animal!

Entre dos o tres consiguieron pararlo.

—¡Pero no ves que si vos tirás, acá los tipos contestan, con toda esta gente alrededor! Tranquilos, che, quedémonos tranquilos.

Tras unos minutos de confusión volvió la calma, tensa, muy mezclada. Millones de personas, inquietas, deseaban que los incidentes no se repitieran: lo único que querían era que todo transcurriera normalmente, que nada les impidiera ver y escuchar a su líder.

A cuatro o cinco kilómetros del palco, en la autopista Riccheri, la columna de zona Norte iba muy atrasada. Mientras caminaban tratando de abrirse paso entre cantidad de gente, Mercedes Depino oyó los primeros tiroteos, y poco después empezaron a pasar, por el otro carril, ambulancias a toda velocidad, gente suelta que se volvía. Alguien consiguió comunicarse por walkie-talkie con el ómnibus de la conducción y le dijeron que no había problema, que había sido un tiroteo aislado pero ya se había terminado, que siguieran adelante. A las cuatro y cuarto estaban a punto de entrar en la zona del palco, cuando oyeron los gritos de Favio por los altoparlantes:

—¡Por favor, compañeros, quedensé todos en sus lugares! ¡Cada peronista debe permanecer en su lugar! ¡Por favor, somos cuatro millones de peronistas contra cinco dementes!

Era muy difícil ver qué estaba pasando. Favio estaba descontrolado:

—¡Que se bajen todos de los árboles, repito: que se bajen de los árboles! ¡A partir de ahora, los que queden en los árboles son considerados traidores! ¡Los enemigos ya han sido visualizados!

Dijo, y una voz que se coló por los altoparlantes agregó muy bien, mátenlos, mátenlos. Y otra voz, marcial: la de Ciro Ahumada:

—Ordeno que el personal se baje inmediatamente de los árboles; les doy cinco minutos para hacerlo. Están en la óptica de nuestros fusiles. Si no bajan los ejecutamos. Es una orden.

Dijo, y millones de personas lo abuchearon al unísono. Todo parecía a punto de arruinarse. Nunca se supo bien quiénes estaban en los árboles. Sí que, en ese momento, la columna de la Unión de Estudiantes Secundarios de Capital, junto con parte de la columna Sur de la JP, intentaba llegar hasta el palco por la izquierda, por el espacio vacío que había dejado el tiroteo anterior. Iban gritando sus consignas:

—¡La UES,/ presente,/ Perón, Perón o muerte!

Entonces empezaron, otra vez, los tiros. Millones de personas se tiraron al suelo; la gritería era estremecedora. Un rato antes, Miguel Bonasso se había sentado en el pasto, entre la autopista y el bosquecito y su mujer, Silvia, dormía en su regazo. Cuando escuchó los tiros, su mujer se despertó sobresaltada:

—¿Qué pasa, llegó el Viejo?

—¡No, nos están cagando a tiros!

Le dijo, y los dos corrieron, junto con otros muchos, a refugiarse detrás de los árboles más cercanos. Los tiros no paraban. Un militante de la UES, Hugo Lanvers, cayó muerto de un balazo en la cara. Una docena de tipos rodaban por unas gradas que había junto al palco, escaleras abajo y, a cada giro, disparaban sus ametralladoras, gritando en francés: eran los mercenarios de Ahumada, soldados muy expertos. En su jeep, en medio del bosquecito, Nell, Simona y otros dos militantes trataban de recuperar el contacto con su columna cuando se cruzaron con un grupo de ocho hombres del coronel Osinde armados con ametralladoras y dirigidos por el capitán Chavarri:

—¿Ustedes quiénes son, qué quieren?

—Peronistas somos. ¿Y ustedes?

—Peronistas no. Ustedes son unos zurdos hijos de puta.

El capitán del Ejército Roberto Chavarri apuntó su pistola 11,25 contra Nell y lo miró fijo, como gozándolo; estaba a punto de disparar, pero Simona tiró primero y lo mató. Sus acompañantes corrieron hacia el palco; Nell y Simona se escaparon hacia los árboles. Pero allí se toparon con otro grupo de Ahumada, que los acribilló. Más tarde, cuando pudieron volver a buscarlos, sus compañeros se encontraron a Simona rematado a cadenas; Nell también parecía muerto pero todavía respiraba.

Mientras, en los alrededores del palco, la confusión era total. Millones de personas seguían gritando, cuerpo a tierra, puteando, tratando de entender o simplemente de evitar los balazos. Cientos de palomas de la paz revoloteaban espantadas. Los dueños del palco tiraban desde arriba y algunos empezaron a bajar para tomar prisioneros o disparar mejor. Uno de ellos, un morocho grandote con un brazalete del CdeO, corría entre la gente que estaba junto al palco disparando una pistola 11,25. Cuando se le acabaron las balas se metió la mano en el bolsillo para sacar otro cargador; en ese momento, dos docenas de personas que estaban cerca, gente suelta, sin organización, peronistas coléricos porque les estaban arruinando la gran fiesta, se le echaron encima. Lo tiraron al suelo, le sacaron el arma, le pegaron; alguien agarró un tronco y, con un grito muy fuerte, le partió la cabeza.

En el palco, los prisioneros eran izados por los pelos, golpeados, tajeados. Por todas partes, gente huía como podía, en bruto desorden. Los responsables de las columnas organizadas trataban de recuperar a los suyos: cualquier militante suelto corría el peligro de que lo interceptaran las bandas armadas que recorrían la zona buscando nuevas víctimas. El caos era completo.

El tiroteo fue decreciendo de a poco, dejando lugar al estupor, a la bronca, al espanto. Había cientos de heridos: los sindicalistas y militantes del ministerio de Bienestar Social que controlaban las ambulancias elegían a quién atender y a quién no. Algunos heridos de la JP se desangraban por falta de cuidados médicos; otros fueron apresados al irse a curar.

A esa misma hora, desde Ezeiza, el vicepresidente en ejercicio de la presidencia, Vicente Solano Lima, llamó al presidente Cámpora al avión de Aerolíneas Argentinas que ya atravesaba el espacio aéreo uruguayo. Solano le dijo que había incidentes graves en la concentración y que no se podía garantizar la seguridad de Perón en Ezeiza, así que tendrían que desviarse a la base aeronáutica de Morón. Todo parecía consecuencia de los enfrentamientos. Pero la base ya había sido preparada dos horas antes, y algunos periodistas fueron invitados a desplazarse allí cuando los incidentes todavía no eran importantes. El avión de Perón aterrizó a las 16.49 en la base militar de Morón, donde lo esperaban los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas.

—Fue un viaje muy lindo, y por fin lo trajimos.

Dijo, al bajarse del avión, José Ignacio Rucci.

En la habitación 108 del hotel Internacional de Ezeiza, mientras tanto, media docena de matones sindicales conducidos por el Negro Corea, jefe de la custodia de Rucci, estaban torturando a ocho de sus prisioneros a golpes y descargas eléctricas. El hotel estaba tomado por la gente del coronel Osinde y Norma Kennedy. La mayoría de los torturados eran peronistas sin militancia orgánica; uno era, incluso, un suboficial de la policía mendocina. Leonardo Favio se enteró de lo que estaba pasando y fue para allá. Durante el acto, Favio había jugado el juego de la Comisión Organizadora, y se ganó el odio de la JP pero la visión de las torturas terminó de desquiciarlo. Una semana después, en una entrevista con *El Descamisado*, contó lo que había visto:

«—Yo subo y me quiere parar un tipo al que le dije: “A mí no me parés porque empiezo a los alaridos”. Golpeo la puerta y aviso quién soy; entonces me abren y me piden que me tranquilice diciéndome que ahí no pasaba nada pero al ver el espectáculo me puse a llorar de rodillas. Será de cagón, ¡qué

querés! Pero iba a salvar ocho vidas. La única arma que tenía era gritar. Y después ustedes dicen que yo me propuse olvidarme de esos rostros de los torturadores.

»—Eso es lo que vos dijiste en la nota: “Yo hice un pacto con los torturadores, que yo me olvidaba de sus rostros si se dejaban de golpear”.

»—Lo que ocurre es que la letra es muy fría y vos no expresaste realmente cómo fue la cosa. Cuando yo vi cómo era la cosa me dije: “me los matan a éstos con tal de que no los denuncien”. Entonces les dije: “Señores, yo estoy dispuesto a olvidar todo, yo no me voy a acordar de nada, garantícenme estas vidas” (...)

»—Volviendo al primer tiroteo, vos decías que desde el palco tiraron a rolete. ¿Hacia dónde?

»—Para todos lados, hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia el costado. Si incluso mataron a una señora embarazada. Tiraban para todos lados y en un momento dado me quisieron hacer decir por los parlantes que detuvieran un coche y otro agarró el micrófono y dio la orden. ¡Gracias a Dios que yo no lo dije, porque al tipo me parece que lo mataron y creo que ése era uno que ni la comía ni la bebía! (...)

—Che, ¿será cierto lo que dicen de que hay como doscientos muertos?

—Y yo qué sé. Cómo carajo voy a saber. Pero acá puede haber pasado cualquier cosa.

Poco antes, los manifestantes se habían enterado por las radios que llevaban que Perón ya estaba en la Argentina, y que no iría a la concentración del puente 12. A lo largo de la autopista General Riccheri millones de personas caminaban cabizbajas, rumiando su bronca. Los peronistas inorgánicos que habían llegado desde todo el país, porque les habían arruinado su gran fiesta. Los militantes y simpatizantes de la JP y otros grupos cercanos a los Montoneros, porque habían perdido su gran oportunidad de mostrarle al líder su poder de movilización, su fuerza política. Nadie tenía una idea clara de lo que había pasado: circulaban rumores, suposiciones, maneras del enojo y del miedo. Estaba empezando a oscurecer.

—Y la reputa madre que lo parió. Cómo nos cagaron, hermano, cómo nos cagaron.

Decía el Tala Ventura, y Elvio lo escuchaba en silencio. No se le ocurría nada para decir: estaba hundido en una tristeza pegajosa. Por las portátiles se enteraron de que Cámpora estaba por hablar al país. Detuvieron su marcha y se juntaron a escucharlo. Eran las 17 y 50:

—Compañeros y compañeras: el general Perón ha pisado nuevamente el suelo de la patria. Está perfectamente bien. Contento y satisfecho de este viaje que ha realizado con toda normalidad, pero desde el aeropuerto de Ezeiza nos fue informado de que elementos que están en contra del país pretendieron distorsionar el acto en el cual se había congregado una muchedumbre nunca vista en el país de más de seis millones de compañeras y compañeros para recibir jubilosamente a quien es el conductor y el líder de la inmensa mayoría de la ciudadanía argentina.

—¡Seis millones! ¿Escucharon, dijo seis millones?

—¿Y para qué mierda nos sirvió? Para que mil hijos de puta enfierrados hasta las bolas nos sacaran corriendo...

—Shh, dejen escuchar.

—... por eso les pido que aquella frase del general Perón se haga nuevamente cierta en esta oportunidad: de casa al trabajo y del trabajo a casa...

—¿Y eso es todo lo que vas a decir, compañero presidente? ¿Que elementos que están en contra del país patatín y patatán? ¿No vas a decir que fueron los hijos de puta del Brujo y sus muchachos? Y encima que hay que ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. ¡Pero por qué no se va a un poco a la...!

—Che, tranquilo... En un momento como este, ¿qué más querés que diga? Ahora lo que hay que esperar es el discurso del Viejo, el que anunciaron para mañana. Ahí sí que se van a poner las cosas en su lugar.

—¿Te parece, Tala?

Unos kilómetros más adelante, los militantes de la JTP también marchaban tristes. Hacía frío. Había caído la noche y el camino estaba lleno de sombras amenazadoras. Algunos intentaron encender antorchas, pero no duraban. Llevaban las banderas plegadas y muchos habían abandonado sus pancartas en la huida. Los costados de la autopista estaban llenos de gente que descansaba, trataba de pensar qué hacer o esperaba a los suyos. Algunos lloraban con la cabeza entre las manos. Muchos de ellos venían del interior y, esa noche, no tenían adónde volver. Los responsables de los distintos sectores recorrían las filas muy mezcladas tratando de chequear si tenían muertos, heridos, perdidos. Sirenas de ambulancias lanzadas a toda mecha interrumpían el silencio. Y cada tanto, se escuchaba una puteada o un grito que prometía que la sangre derramada no sería negociada, pero sus ecos se apagaban enseguida. Nicolás Casullo se encontró con Carlos Aznárez, un compañero suyo del Bloque de Prensa.

—¿Sabés qué es lo peor? Tengo la sensación de que esto es mucho más que un acto que no se pudo hacer, por más que sea el mayor acto de la historia argentina. Lo peor es esto de que un grupo de bandoleros pueda torcer así la voluntad de tanta gente...

Una chata que pasó con dos docenas de militantes en la parte de atrás interrumpió sus palabras:

—¡Hay cientos de muertos, compañeros, nos asesinaron a mansalva!

El camioncito iba despacio porque la gente le impedía el paso. Los números de la matanza eran inciertos: pasarían días hasta que las versiones oficiales se estabilizaran en 13 muertos y 365 heridos.

—¡A Bienestar Social, compañeros, todos! ¡Tenemos que quemarlo esta noche, esta noche!

—¡Paren la mano, che, no sean animales!

—¡Esta noche, vamos!

Eran sobresaltos que se disolvían en la oscuridad.

—¡A Olivos, a Olivos, vamos a rescatar al Viejo!

Gritó alguien desde la banquina. Nicolás estaba agotado: ya ni sentía las piernas, no sabía cómo seguía caminando. Era como un automatismo que no tenía nada que ver con él: una pierna, otra pierna, una vez, otra vez. Y la cabeza llena del eco de los estampidos, los gritos, la desesperación de tanta gente. Pero no tenía más remedio que seguir caminando.

—No, pero cómo nos vamos a ir a meter a Ciudad Evita, que Brito Lima la tiene controlada...

Los militantes que seguían en la columna del PB y las FAP caminaron hasta Ciudad Evita, donde tenían una unidad básica y buenos apoyos. Los ómnibus que los habían traído estaban demasiado lejos como para ir a buscarlos en medio de la noche.

—No, no se preocupen. No va a haber problemas. Y además, los ómnibus, a esta altura, vaya a saber dónde estarán.

En Ciudad Evita armaron un gran fogón: alrededor, más de quinientas personas trataban de calentarse el cuerpo y el espíritu. Cacho El Kadri y tres compañeros suyos se presentaron en un almacén y le compraron toda la mortadela y los panes que tenía:

—Pero acá no tenemos plata, jefe.

El almacenero se puso blanco.

—No, no se preocupe. Yo le garantizo que mañana mismo se lo pagamos. Deme un papel, si quiere, y se lo firmo.

Cacho estaba realmente deprimido: preso, no había podido estar en Ezeiza el 17 de noviembre; ese 20 de junio era algo que él había esperado tanto tiempo, y no podía soportar que hubiera terminado así. Después, junto al fuego, trataron de pensar en lo que había pasado.

—Mirá, para mí la culpa es de los montos.

—No, hermano, a los montos los agredieron.

—Sí, pero ellos rompieron el compromiso de no enfrentamiento.

—Los atacaron, che, qué querías que hicieran. ¿Qué se dejaron morfar por los leones como los cristianuchis?

—Bueno, no será para tanto. Tampoco son unos niños de pecho, ellos, ¿no?

—Fue Brito Lima, ya la noche anterior eran los de Brito los que tirotearon a la gente.

—Pero Brito es un peón; los jefes son el Brujo, Lorenzo, Rucci, toda la burocracia.

Esa misma noche, Juan Manuel Abal Medina intentó reconciliar a los Montoneros y los metalúrgicos: en su departamento de la avenida Callao, Fernando Vaca Narvaja y otros dos jefes montoneros se encontraron con Lorenzo Miguel y José Ignacio Rucci. El arreglo era imposible: los Montoneros no querían negociar nada y los sindicalistas no tenían para qué negociar, porque habían ganado. Pese a todo, Lorenzo Miguel les aseguró que lo que había pasado superaba sus intenciones:

—Pero, muchachos, nosotros no fuimos. Nosotros no queríamos armar kilombo: si fuimos con cortas, como para una reunión de amigos.

—¡Qué viejo hijo de puta!

Dijo Sergio Berlín, entre abatido y cabreado, y Carlos Goldenberg lo apoyó:

—¿Será posible que ahora que ya hicimos todo lo que él necesitaba para volver nos mande a guardar? Cuando había que movilizarse contra Lanusse y los milicos bien que éramos la juventud maravillosa, y ahora da la impresión de que se va a quedar con todo lo peor del Movimiento...

—Y, sí. Ya cuando nombró a López Rega en el ministerio tendríamos que haber empezado a pensarlo. Y encima con la Comisión que pusieron para el recibimiento.

—Bueno, los tipos tenían que hacer algo. Sabían que el poder de movilización es nuestro y que si no nos paraban como nos pararon, le íbamos

a poner a Perón un millón de compañeros ahí adelante y el Viejo iba a tener que reconocer nuestro lugar en el Movimiento.

—No, sí, pero a ellos el que los puso ahí fue Perón, ¿no?

Terció Mercedes Depino con una sonrisa ingenua que nadie se creyó. Estaban en la casa de los padres de Sergio y acababan de ver por televisión el discurso de Perón sobre los hechos del día anterior. El discurso había empezado a las nueve en punto: Perón estaba sentado entre Isabel y Cámpora; a sus espaldas, de pie, lo custodiaban José López Rega y su yerno Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados.

Perón leía, y empezó diciendo que llegaba «casi desencarnado, sin rencores ni pasiones»; después pintó un cuadro preocupante de la situación argentina: «una deuda externa que pasa los seis mil millones de dólares y un déficit cercano a los tres billones de pesos acumulados en estos años, no han de cubrirse en meses sino en años». Y aseguró que no quería excluir a nadie de esa «revolución que tenemos que realizar, pero para que ella sea válida ha de ser una reconstrucción pacífica y sin que cueste la vida de un solo argentino». Tardó varios minutos en llegar al meollo de la cuestión:

«—Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Los que crean lo contrario se equivocan. Estamos viviendo las consecuencias de una posguerra civil que, aunque desarrollada embozadamente, no por eso ha dejado de existir, a lo que se suman las perversas intenciones de los factores ocultos que desde las sombras trabajan sin cesar tras designios no por inconfesables menos reales. Nadie puede pretender que todo esto cese de la noche a la mañana. Pero todos tenemos el deber ineludible de enfrentar activamente a esos enemigos si no queremos perecer en el infortunio de nuestra desaprensión e incapacidad culposa.

»Pero el Movimiento Peronista, que tiene una trayectoria y una tradición, no permanecerá inactivo frente a tales intentos. (...) Es preciso llegar así, y cuanto antes, a una sola clase de argentinos: los que luchan por la salvación de la Patria, gravemente comprometida por los enemigos de afuera y de adentro.

»Los peronistas tenemos qué retornar a la conducción de nuestro Movimiento, ponerlo en marcha y neutralizar a los que pretenden deformarlo desde abajo y desde arriba. Nosotros somos justicialistas, levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. No creo que haya un solo argentino que no sepa lo que ello significa. No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología.

»Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen. No es gritando la vida por Perón que se hace patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias».

Perón tenía un gesto muy serio, sin las sonrisas habituales. Hablaba como un padre severo que trata de contener su cólera:

«—Los que pretextan lo inconfesable aunque lo cubran con gritos engañosos o se empeñen en peleas descabelladas no pueden engañar a nadie. Los que no comparten nuestras premisas, si se subordinan al veredicto de las urnas, tienen un camino honesto que seguir en la lucha que ha de ser para el bien y la grandeza de la patria, y no para su desgracia. Los que ingenuamente piensan que así pueden copar nuestro Movimiento o tomar el poder que el pueblo ha conquistado se equivocan. Ninguna simulación o encubrimiento, por ingeniosos que sean, podrán engañar a un pueblo que ha sufrido lo que el nuestro, y que está animado por la firme voluntad de vencer.

»Por eso deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales que por ese camino van mal. Así les aconsejo a todos ellos tomar el único camino genuinamente nacional: cumplir con nuestro deber de argentinos sin dobleces ni designios inconfesables. Nadie puede ya escapar a la tremenda experiencia que los años, el dolor y el sacrificio han grabado a fuego en nuestras almas y para siempre.

»Tenemos un país que, a pesar de todo, no han podido destruir, rico en hombres y rico en bienes. Vamos a ordenar el Estado y todo lo que de él depende que pueda haber sufrido depredaciones u olvido. Ésa será la principal tarea del gobierno. El resto lo hará el pueblo...».

—Putá madre. Me parece que el Viejo nos está queriendo decir algo.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Bueno, por un lado está claro que nos rajó un par de puteadas, pero por otro nos llama «nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias». Nuestros muchachos, nos llama. Yo diría que está enculado con nosotros porque el Brujo y la Isabel y Rucci le calentaron la cabeza y entonces nos mandó las puteadas, pero que no quiere una ruptura ni mucho menos, y por eso nos hace el guiño de llamarnos nuestros muchachos.

—Sí, puede ser, pero el Viejo no hizo el menor esfuerzo por conectarse con nosotros, por ver qué pensamos sobre todo esto. La verdad, a veces me pregunto si no habrá elegido a estos...

—No, cómo va a elegir. Lo que pasa es que lo tienen medio aislado, rodeado. Andá a saber qué tipo de información le llega, cómo se la filtran, qué

le dejan pasar y qué no. Yo creo que si el Viejo dijo lo que dijo rodeado como está por esta manga de hijos de puta, es un signo claro de que sigue contando con nosotros y que le parece importante que sigamos adelante con la lucha.

Elvio Vitali escuchaba a sus compañeros discutiendo sobre el discurso, y no sabía qué posición tomar. Unos veinte militantes de la conducción de la JUP se habían encontrado en el viejo hospital de Clínicas para verlo todos juntos y tratar de evaluarlo. Fuera del aula el edificio estaba silencioso, sombrío.

—¡Che, aguanten, que esto sigue!

—... a los enemigos embozados, encubiertos o disimulados les aconsejo que cesen en sus intentos, porque cuando los pueblos agotan su paciencia suelen hacer tronar el escarmiento. Dios nos ayude, si somos capaces de ayudar a Dios. La oportunidad suele pasar muy quedo. Guay de los que carecen de sensibilidad e imaginación para percibirla. Un grande y cariñoso abrazo para todos mis compañeros, y un saludo afectuoso y lleno de respeto para el resto de los argentinos.

Una marcha cerró el discurso del General Perón. La discusión de los militantes de la JUP siguió adelante:

—Putá, esto de tronar el escarmiento sonó pesado, ¿no?

—Sí, y está bien. Tiene razón. Así ver si los traidores se acuerdan de que no hay nada peor que la cólera del pueblo cuando se da cuenta de que los están traicionando...

—¿Vos pensás que lo dijo para ellos?

—¿Y para quién va a ser, si no?

—Pará, no nos dispersemos. También hay que tomar en cuenta el movimiento pendular que tiene que hacer el líder de un movimiento como el peronista, ¿no? Él tiene que conjugar los distintos sectores, así que hoy nos cayeron un par de puteadas, pero ya van a ver cómo dentro de poco les van a caer a ellos. El General tiene que conducir para el conjunto del Movimiento, para ir llevándolo de a poco a posiciones cada vez más revolucionarias.

—Puede ser, loco, puede ser, pero ¿por qué justo ahora nos tiene que pegar a nosotros, justo cuando ellos armaron todo este zafarrancho? ¿No habría sido más lógico que en este momento saliera a descalificar a los que no lo dejaron encontrarse con su pueblo?

—Pero andá a saber qué le dijeron, en serio, qué carajo le han contado sobre lo que pasó ayer. Ahora la orga va a tener que ir a verlo para explicarle bien cómo fue la cosa, y ahí se va a dar cuenta, ya van a ver.

—Seguro. Ahora hay que seguir movilizándolo, ocupar la calle, mostrarnos, para que el Viejo vea que si quiere hacer política en la Argentina tiene que tomarnos en cuenta, apoyarse en nosotros. Y que se dé cuenta de que si se queda con el entorno está jodido. Que el verdadero peronismo, el que lleva adelante los potenciales revolucionarios del movimiento, es el que va a poder hacer con nosotros, no con estos burócratas hijos de puta...

La discusión duró un rato largo. Era encendida, entusiasta, aunque la sobrevolara cierto aire de decepción, de tristeza que no terminaba de borrarse.

—¿Saben qué? A mí me intriga pensar qué habría pasado si al Viejo lo dejaban llegar a Ezeiza, y nos hubiera visto y todo eso. ¿Qué habría dicho si no se hubiera armado el kilombo que hubo?

—Ésa es una buena pregunta, pero capaz que nunca vamos a saber la respuesta. La verdad, me parece que ése va a ser uno de los grandes misterios de la historia argentina.

Al día siguiente, *La Opinión* publicó un editorial en su primera página que decía que «las palabras del ex presidente demostraron que, en el ocaso de su vida, el caudillo popular retorna a las fuentes en las que originariamente bebió el movimiento que lidera: él mismo lo dijo con todas las letras. “Somos justicialistas”, afirmó, para después subrayar que la línea ideológica del peronismo está contenida en las 20 verdades del Justicialismo. De ese modo, el líder del peronismo produjo una definición que muchos suponían no se produciría: más bien suponían que sólo las insinuaciones de una nueva línea se irían perfilando a lo largo de decisiones concretas. No fue así. Anoche Juan Domingo Perón rechazó claramente y en más de una oportunidad la línea izquierdizante dentro de su movimiento. Y lo hizo con todas las letras. Todo pareció indicar un expreso apoyo a quienes en el último tiempo se habían cobijado bajo el lema de “La Patria Peronista”».

El Descamisado, en cambio, lo leía de otra manera: «La masacre de compañeros y la ausencia del General Perón en el acto multitudinario del miércoles en Ezeiza reclamaban casi con angustia la palabra del Líder. Perón fue claro. Preciso. Y sereno. En primer término reafirmó su papel de conductor. Y esto tiene su importancia ya que distintos sectores de dirigentes intermedios pretendieron siempre disputarle ese poder, aprovechándose de la imposibilidad del General para comunicarse directamente con la masa. Esa intermediación entre Perón y el pueblo era la que les permitía aumentar su poder. Son estos sectores, precisamente, los que vuelven a impedir, el 20, el contacto Líder-masas.

»El General convocó, además, a todos los argentinos para la tarea de la reconstrucción nacional. Y esto tiene un significado muy preciso. La destrucción nacional fue realizada por el imperialismo con auxilio de todos los aliados vernáculos. La reconstrucción, entonces, pasa por afirmar la Liberación y romper la Dependencia. Cada argentino, cada peronista sabe perfectamente quiénes representan una cosa y quiénes representan la otra.

»Perón recordó también que la doctrina justicialista estaba compuesta por las veinte verdades del Movimiento y que esto lo sabían bien los viejos peronistas y los muchachos que levantan banderas revolucionarias.

»Los que no lo saben, o que pretenden deformarlas, son los mismos que permanentemente han traicionado al Pueblo y a Perón. Aquellos que se negaron a apoyar la candidatura de Cámpora ordenada por el General. Aquellos que el miércoles 20 ocuparon el aeropuerto para que no pudiera aterrizar el avión del General y que balearon al pueblo para que Perón no pudiera concurrir al acto».

Y la revista *Gente*, en un editorial titulado «Gente frente al momento», comentó el discurso de Perón diciendo que «difícilmente pueda expresarse con mayor claridad lo que el pueblo argentino siente y quiere en estos momentos: trabajar en paz y en orden, respetar los inalienables derechos del ciudadano, reivindicar la vigencia de la ley y de la Constitución como garantía de la libertad, la seguridad y la justicia, y condenar a quien altere el principio de la convivencia, porque nada puede hacerse en la anarquía y el desorden. Principios básicos para que el país alcance el más alto nivel de desarrollo y para que sus habitantes puedan gozar de los beneficios que hoy destacan a las naciones que marchan a la vanguardia del mundo». Y, más adelante, decía que «el país tiene muchos enemigos, afuera y adentro. Lo son quienes ambicionan el control de sus riquezas a través del control de su economía y de los puntos clave del poder, y lo son también quienes ingenua o desaprensivamente intentan cambiar nuestras instituciones y nuestro modo de vivir, inspirados en modelos que sólo han conducido a la esclavitud de los pueblos y al predominio de ideologías ajenas a nuestra realidad. El mundo evoluciona con rapidez, tanto en el campo de la ciencia y de la técnica como en el orden social, y el país no puede ni debe quedar rezagado. Por eso es inútil apearse en estos tiempos a los principios del individualismo liberal capitalista, porque el incontenible avance de los pueblos arrasará a cuantos se aferren a una concepción tan perimida...».

En medio de todo eso, el mismo 21, Jorge Vázquez, el joven subsecretario de Relaciones Exteriores, definía en una reunión de la OEA en Lima la nueva

política continental de su gobierno, que debía tender a «un pluralismo revolucionario para alcanzar cohesión y unidad respecto a temas que específicamente afectan a nuestros países» y propuso, entre otras cosas «la abolición definitiva de todo tipo de instrumento que excluya a Cuba de la hermandad latinoamericana». Vázquez dijo que «es y ha sido falso el supuesto de que existe una solidaridad de intereses entre los Estados Unidos y América Latina. No puede existir asociación madura cuando existen intereses distintos y no pocas veces contrapuestos y pueblos sojuzgados por el régimen tradicional de dominación colonial o fórmulas heterodoxas de vasallaje o de cesiones disfrazadas. Es hora de que sepamos renunciar al sueño ingenuo de una asociación que hasta ahora sólo nos ha producido amarguras y frustraciones», dijo Vázquez.

—No, sigue muy grave. Los médicos no saben cómo va a quedar.

La tarde del viernes 22 Cacho El Kadri fue al policlínico de Lanús a ver a su amigo José Luis Nell: lo encontró en la sala de terapia intensiva, con la cabeza vendada, todavía inconsciente. Un médico lo puso al tanto de la situación:

—Sigue en estado crítico, sabe. Estamos haciendo todo lo posible, pero es un cuadro muy complicado. En el mejor de los casos, si se salva, va a quedar cuadripléjico.

Dijo, y Cacho tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la puteada, o el llanto.

—¡Estamos con bronca porque llevamos 18 años sin ver a Perón junto a su pueblo, bronca por nuestros militantes, soldados del pueblo que han sido fusilados por los mercenarios a sueldo del señor Osinde! ¡Bronca por la impotencia de no haber podido cubrir tu caída, Beto!

Decía, esa misma tarde, subido a una tarima en la sede del partido Justicialista de la avenida La Plata, Jorge Obeid, el responsable de la Regional-2, Santa Fe, de la Juventud Peronista. A su lado, un cajón guardaba el cuerpo de Horacio Simona, el Beto. En la cabecera una gran corona de flores llevaba una banda celeste y blanca que decía «General Juan Perón». Graciela Daleo había ido con un par de compañeros de la facultad: estaba triste y emocionada por ese chico de veinte años a quien nunca había conocido. En otros lugares del país había entierros semejantes. A su alrededor, cinco mil militantes con gestos compungidos o rabiosos seguían escuchando a Jorge Obeid:

—Pero toda esta bronca no alcanzará a nublar nuestras mentes y desubicarnos del momento que vivimos, en el que se está jugando el destino de la revolución. Esa revolución por la que vos, compañero Simona, entregaste generosamente tu vida. Por eso, compañero, ahora te decimos que la sangre derramada no será negociada. ¡Compañero Beto Simona, presente!

Dijo Obeid, y todos gritaron presente y empezaron a cantar la marcha peronista.

Cuatro

—Ale, hay que estar atento porque en cualquier momento aparece el Robi...

Con una mano, Norma Barreiro cambiaba el inmenso selector del televisor Zenith del 11 al 13, y con la otra movía la antena portátil para tratar de borrar el fantasma. Los dos canales anunciaban la conferencia de prensa de Mario Santucho. El día anterior habían corrido rumores sobre la salud de Perón: «una simple gripe», declaró López Rega. Pero el ministro Jorge Taiana, uno de sus médicos, informó a los Montoneros a través de su hijo Jorge que el General había tenido un pequeño infarto de miocardio. Ese mismo día, en Uruguay, el presidente José María Bordaberry, con el apoyo y la presión de los militares, disolvió el Parlamento y dictó orden de captura para militantes tupamaros y políticos del Frente Amplio. Y, en Chile, tanques rebeldes rodearon el Palacio de la Moneda. Salvador Allende pudo derrotarlos, pero su situación se deterioraba cada vez más.

Ese miércoles 27 de junio era el primer día después de la matanza de Ezeiza en que Alejandro Ferreyra había vuelto temprano a su casa. Los días anteriores, los grupos sindicales antiburocráticos de San Justo y la Matanza habían estado en asamblea permanente y el enfrentamiento con los de la CGT prometía pasar a mayores: los de Rucci no sólo no apoyaban los conflictos; también se decía que varios de la UOM Matanza habían estado en el palco de donde salieron los tiros una semana antes.

—Ahora, Ale, vení.

El 11 la pasó primero: a las 7 y 20 apareció el jefe del ERP con una campera de lona oscura y camisa blanca, anunciando que la tregua estaba por terminar. Con voz suave, flanqueado por Benito Urteaga y el ex dirigente cañero tucumano Antonio del Carmen Fernández, Santucho leía un papel:

—... el gobierno del doctor Cámpora se coloca cada vez más claramente del lado de los explotadores y de los opresores, junto a los enemigos del pueblo y de la nación argentina y se apresta a reprimir; más aún, ya ha comenzado a organizar la represión sangrienta contra el pueblo...

—¡Vamos, carajo!

Alejandro se agarraba fuerte de la silla. De tanto estar con Santucho le había quedado el reflejo: se ponía en tensión como si estuviera a su lado, cuidándolo, haciéndole de chofer. Alejandro seguía sancionado. Había quedado resentido, le parecía una injusticia, pero igual ponía pasión por su nuevo destino. Y las palabras de Santucho le parecían perfectas:

—El ministerio de Bienestar Social se ha convertido en cuartel general de la CIA. Allí el gobierno organiza bandas fascistas para reprimir a las fuerzas revolucionarias, con la presencia del torturador Osinde y otros notorios agentes del imperialismo. Este gobierno, mientras arma hasta los dientes a los fascistas, se atreve a intentar desarmar a los revolucionarios.

Era una respuesta a una instrucción reciente del ministerio del Interior a la Policía Federal para que hiciera cumplir la prohibición de tener armas y explosivos.

—Mientras favorece sin rubores al gran capital, intenta mantener a la clase obrera en la explotación, en la consigna contrarrevolucionaria «de casa al trabajo y del trabajo a casa» para impedir la participación del pueblo en la política nacional. Mientras se abraza con los militares contrarrevolucionarios, se prepara para atacar, junto con ellos, a la guerrilla y al pueblo. Las bandas fascistas ya han comenzado su contraofensiva antipopular y antiguerrillera, pero estos intentos se estrellarán contra nuestro heroico y valiente pueblo que actuará con mayor fuerza y eficacia que contra la dictadura militar. No le hemos temido a la dictadura, no le tememos a las bandas fascistas, no tememos al ejército contrarrevolucionario, ni tememos a los políticos traidores y farsantes que se ocultaron en el momento de la lucha y hoy quieren engañar, dividir y destruir las fuerzas revolucionarias del pueblo...

—¿Qué te parece, Ale?

—Esperá, dejame escuchar, pero Robi no jode; seguro que el partido va a hacer algo...

Cuando Santucho terminó de leer el documento, vinieron las preguntas. Un periodista le preguntó cómo caracterizaba la situación interna del peronismo:

—Hay tres sectores: uno conservador, que es el mayoritario, otro intermedio, que consideramos patriótico, y por último los sectores de la guerrilla, que son los de vanguardia...

—¿Y Perón?

—Es un líder popular de un movimiento heterogéneo.

Ya habían pasado como diez minutos. Sobre el final, Santucho insistió:

—No atacaremos al gobierno si éste no ataca a la guerrilla. Seguiremos operando contra las empresas imperialistas y contra el ejército contrarrevolucionario...

Después vinieron los datos del tiempo: nublado, con algunas lluvias y mejorando para el viernes.

—¿Y, Ale?

—Seguro que están preparando algo.

Dos días después el Comité Federal de Radiodifusión sancionó a los canales 11 y 13 por violar el artículo de la ley de Radio y Televisión que decía que «no se cursará telecomunicación alguna que pueda afectar a la seguridad nacional, las relaciones institucionales, la vida normal de la sociedad y sus instituciones, la moral y las buenas costumbres». Esa tarde, Alejandro fue a una fábrica papelera de la zona, Schcolnik. El delegado de la JTP en la papelera se llamaba Tino; Alejandro había hablado con él un par de veces, y se había identificado como militante del PRT. Tino no sabía que Alejandro había estado meses antes en otra conferencia de prensa de Santucho en Cuba, pero le parecía mucha coincidencia que el líder del PRT hubiera hecho su encuentro con los periodistas en el club Urquiza de Caseros, tan cerca de donde ellos trabajaban y militaban. Tino lo miró cómplice:

—Che, vos estuviste, ¿no?

Alejandro puso cara de eso no se cuenta. Entonces Tino le dijo que no habría estado porque eso lo harían los que andaban en temas militares y que él andaría en temas sindicales. A Tino, que era un dirigente gremial y barrial, la vida interna del ERP le resultaba misteriosa:

—Ustedes tienen compañeros especializados en cada área...

—Tenemos células, y las células están en frentes: sindical, militar, pero eso es en teoría...

Alejandro no iba a decirle a Tino que él había sido un cuadro militar ni que ahora estaba medio sancionado y no tenía célula. Tino le dijo que quería hablar con él, y que en vez de ir a un café lo acompañara en colectivo hasta la casa, pasando el Riachuelo. El ruido y el secreto hacían que tuvieran que hablarse casi al oído mientras se agarraban del pasamanos:

—Mirá, hay un grupo de compañeros que están con ustedes y te los vamos a presentar. A mí no me gusta comer de plato ajeno... Los que son peronistas con nosotros, los que no que estén con ustedes, que también son compañeros...

Al cabo de un rato quedaron en que el viernes, en la sede de ATE, donde se reunían la Coordinadora de Agrupaciones Combativas y la JTP, harían las

presentaciones. Después Tino le dijo que tenían que hacer un poco de preparación, de autodefensa contra el matonaje y las patotas, y quedaron en que iban a organizar una excursión a Chascomús para que los más comprometidos aprendieran a tirar.

Durante el viaje de vuelta Alejandro se dijo que todo iba bien: pensaba que gracias a la conferencia de prensa de Santucho él estaba cosechando en el movimiento obrero y que, en definitiva, eso de no tener estructura le permitía construir sus propios equipos: ya tenía cinco o seis compañeros que estaban para ingresar como militantes y varios más que leían artículos de *El Combatiente* o pasajes de los libros del Che y que salían a hacer pintadas.

A veces, Alejandro se enteraba de algunas cosas de su partido por Norma. Ella le contaba algunas cosas, aunque su responsable de célula siempre le recordaba que Alejandro estaba sancionado y que tenía que tabicarle todo. A Alejandro le agarraba una mezcla de bronca y soledad:

—¿Qué sabe ése? Si se cocina en su propia salsa. Lo único que hace es leer los BI...

Los BI eran los boletines internos, donde se publicaban decisiones políticas, sanciones, eventualmente algún documento en disidencia y muchas recomendaciones de seguridad. El único contacto fijo que tenía esos días Alejandro con la estructura del PRT era el flaco de rulos que cada dos semanas le llevaba la propaganda. Alejandro lo citaba al lado de la estación Morón, donde siempre dejaban mercadería para los negocios. El flaco tenía una camioneta llena de artículos de limpieza y un doble fondo con libros marxistas y revistas del PRT. El flaco era prolijo y tenía una libreta negra con los pedidos, y además cumplía con las indicaciones de su responsable.

—¿Cuántos te dejo, diez mil?

—No, con cien está bien.

Estaban parados en la vereda, al lado de un almacén.

—Pero son mariposas, es un paquete chico. Se las das a los simpas para que los volanteen desde una moto, que los dejen en puertas de fábrica, en las estaciones de tren...

—No, los changos que están conmigo los entregan en mano y los discuten con los compañeros, dejame cien.

El flaco no entendía cómo podía ser que cada semana le encargara más periódicos y menos volantes. Alejandro le contestaba que era una cuestión de método: que eso de tirar por la calle los volantes no servía. Y le contó que días antes, en la sede de ATE de San Justo, decidieron sacar un volante

anunciando la fundación de la Coordinadora de Agrupaciones y que tomaban nota de cuántos repartían cada uno.

—Los changos se llevan de a cinco, de a diez, reparten en la sección, en el comedor o el vestuario y después los hablan...

El flaco lo miraba y Alejandro quería convencerlo.

—Si vos ves que el piso está lleno de volantes y la gente pasa y los pisa ¿por qué es...?

La escena parecía típica: un comerciante regateándole a un proveedor.

—... es porque no le estás dando bola a la gente. Hay que dárselo y decirle compañero, me gustaría conocer su opinión de esto, de esto otro...

El flaco le dio los cien volantes y le tomó el nuevo pedido:

—Traeme treinta y cinco combas y veinte estrellas...

—¿Más combas que estrellas?

Una vez más, no podía entender que repartiera más *El Combatiente* que el *Estrella Roja*, cuando el *Comba* era la revista del Partido, más teórica, y el *Estrella* era el periódico del ERP, más amplio. Alejandro le dijo que él trabajaba para incorporar obreros al partido y no para propagandizar la guerrilla y el flaco se fue refunfuñando que antes los militantes se quejaban de que les llegaban pocos materiales y ahora todo estaba al revés.

—Ale, me pidieron que te pasara una cita para el lunes próximo.

Le dijo Norma: su cuarentena se estaba terminando; Alejandro, por un momento, se sintió casi decepcionado. Justo había leído una historia de Le Duan, un revolucionario vietnamita que contaba cómo había fundado Ho Chi Minh el Partido de los Trabajadores: a algunos cuadros los mandaban a una ciudad a armar una base revolucionaria sin contactos durante un año y tenían que ingeniárselas. Él llevaba apenas seis meses construyendo su propia base en San Justo y estaba preparado para otros seis. Pero Rubén Suárez, Aníbal, no le cayó mal: tendría unos 25, un par más que él, y sabía escuchar. Le preguntó sobre la fábrica metalúrgica donde trabajaba, le sonreía con franqueza. Rubén era uno de los liberados del 25 de mayo y la dirección lo había puesto en la regional Buenos Aires como un cuadro obrero con capacidad militar: era metalúrgico y tenía cortadas las últimas falanges de los dedos índice y mediano de la mano derecha.

—Fue en el taller. La máquina me llevó las puntas porque mi compañero la cortó, si no me chupa la mano...

Ya habían tomado un par de cervezas y Rubén le contó que para atajar se ponía un pañuelo; Alejandro pensó que con lo que le quedaba del índice debía llegar perfectamente al gatillo. Después, Rubén le dijo que en Luz y Fuerza de

Córdoba se hacía el encuentro del Movimiento Sindical de Base y que sería bueno que invitara a la gente que estaba con él, de la Coordinadora de la zona oeste. Días después, Alejandro le dijo que iban a llenar dos micros.

Era una prueba de fuego: cuando llegó a Córdoba, entre obreros de Chrysler, Santa Rosa y la Cantábrica, sabía que se iba a topar con el Negro Mauro, el responsable sindical nacional, con quien tenía pica desde siempre: Mauro siempre lo hacía sentir un pequeño burgués romántico. Pero esta vez lo llamó por su viejo nombre de guerra y lo abrazó cordialmente:

—Lucas, yo sabía que lo ibas a lograr...

—¿Qué?

—Traer tantos compañeros.

Alejandro odiaba el estilo picante de los cordobeses, pero lo conocía desde la cuna y simuló una carcajada:

—Che, culeao... ¿Y si lo sabías por qué impulsaste que me sancionen?

Empezaba el congreso, y la pelea menor quedó de lado.

Junio de 1973. Después de 15 rounds contra el americano Emile Griffith, en el estadio Louis II de Montecarlo, Carlos Monzón había quedado exhausto. Sin embargo, apenas terminada la pelea, aceptó el cruce radial con el presidente Cámpora. Monzón había ganado por puntos y sin grandes brillos:

—Compañero Monzón, quiero hacerle llegar, en nombre de todos los que represento, la mejor de mis felicitaciones, el sentimiento del pueblo argentino y del gobierno popular. Es usted, compañero Monzón, uno de los embajadores que lleva en alto la bandera argentina...

La voz del campeón de los medianos sonaba entrecortada, agitada:

—Muchas gracias, señor presidente. Este triunfo se lo dedico a todos los argentinos. Estoy muy contento de volver con el título para todos ellos. Pienso que no rendí todo lo que tenía que rendir, pero estoy contento igual, como lo estoy por su triunfo.

—Gracias, Monzón. Le mando un fuerte abrazo y aspiro, como presidente argentino, a darle un abrazo personalmente cuando regrese a la patria. Hasta siempre, compañero Monzón.

Amílcar Brusa, el manager, no estaba muy conforme con el rendimiento de su pupilo: decía que se había ahogado en el noveno round, que a lo mejor no había tenido el suficiente entrenamiento. Algunos murmuraban que sus éxitos en el jet set europeo le restaban concentración.

Una semana después otro técnico exigente, el de Huracán, César Luis Menotti, se quejaba por el empate 2-2, de local, en el clásico contra San

Lorenzo:

—Huracán decayó después del empate. Empezó a hacer lo que no sabe ni puede: jugar al pelotazo.

—¡Hijos nuestros! ¡Hijos nuestros!

Gritaba la hinchada de San Lorenzo, que festejaba como si hubiera ganado. Juan Carlos Lorenzo, su técnico, se confundía en un abrazo con el grandote Scotta, que había metido un golazo en el primer tiempo. Del otro lado, una cabeza más arriba, Menotti amparaba al chiquito Houseman, que no había metido ninguno. Babington sí y Huracán, de todas formas, seguía primero en el campeonato Metropolitano, con dos puntos de ventaja sobre River, cuatro sobre Independiente y seis sobre Boca.

En esos días el ajedrez era muy popular, y *Clarín* conseguía que, a los 64 años, Miguel Najdorf se convirtiera en periodista de una columna semanal. En la primera, el gran maestro internacional decía que en la Argentina había entre tres y cuatro millones de aficionados al ajedrez. Najdorf había integrado el equipo de Polonia, su país natal, hasta 1939, cuando eligió la Argentina para refugiarse del nazismo. Su primera nota estaba dedicada a la enseñanza, y terminaba describiendo «el enfrentamiento de dos niños. Mueven las piezas y meditan. Acostumbrados a recibir ayuda externa, se hallan por primera vez librados a sus propias decisiones, a su propio esfuerzo, para triunfar. Si uno es nervioso o impaciente y hace una mala jugada, recibirá su castigo. Y así, poco a poco, aprenderá a dominarse. Simplemente jugando. A la vez, comprenderá que el premio de la victoria surge como resultado de un trabajo bien realizado. Y sin saberlo se irá moldeando. ¿No es maravilloso?».

Ese mismo día, algunos deportistas y ex deportistas decidieron plegarse a la tendencia general. Con consignas como «devolver al pueblo la casa del deporte Eva Perón» y «organizar el recibimiento de los deportistas al líder máximo, el general Perón», ocuparon las instalaciones de la Confederación Argentina de Deportes. Muchos vincularon esta ocupación con las de escuelas, hospitales y fábricas, pero sus promotores —Félix Galimi, Antonio Abertondo, Delfo Cabrera y Alfredo Pianta— se ocuparon de aclarar que sólo iba a prolongarse hasta el regreso de Perón, pocos días después, y que la toma estaba respaldada «por el gobierno nacional y por el secretario de Deportes, teniente coronel Jorge Osinde».

—Bueno... ¿Y qué te gustaría hacer?

—Lo que la organización disponga.

—Pero, bueno, ¿te gustaría ser jetón?

Julio César Urien estaba sentado en un bar de la avenida Santa Fe frente a Chicho, un cuadro montonero con quien tenía que definir su nuevo encuadramiento. La palabra jetón no le decía nada, pero le daba vergüenza admitirlo.

—Mirá, lo que sea. Yo quiero ser útil, qué sé yo, lo que sé hacer es... Bueno, yo recibí entrenamiento en la Armada, instrucción. De eso conozco, pero no conozco muy bien cómo se maneja la organización.

—Claro, yo te decía lo de ser jetón porque es un momento bueno para ganar espacios y como vos sos visto como un compañero que se jugó en la primera vuelta del Viejo, yo creo que tendríamos que explotarlo más, que jetoneés más con que sos un militar patriota.

Julio no conocía muchos militantes montoneros: los admiraba y lo intrigaban al mismo tiempo. Chicho tenía un lenguaje suelto, ropa desaliñada, el pelo más bien largo, bigotes que seguían por debajo de los labios. Julio suponía que todos serían bastante diferentes a él, por su origen social, por su condición de militar, prolijo, de pelo corto: estaba inquieto. Pero empezó a tranquilizarse cuando Chicho le contó lo que le esperaba como militante montonero:

—Bueno, entonces por un lado, vas a empezar con una militancia barrial, dentro del MIP...

Le dijo, y le explicó que el MIP era el Movimiento de Inquilinos Peronistas y que peleaban por una nueva ley de alquileres. Él lo acompañaría a una unidad básica de Combate de los Pozos y México, donde Julio sería un militante más.

—Ahí no tenés que deschavar que sos militar, ni tampoco que sos de la orga.

—Claro, claro...

—Bueno, por otro lado, lo que me dijeron los compañeros de la conducción es que vas a depender del área federal y que te van a asignar a algunas tareas de la secretaría militar.

Julio se sintió cómodo en el local de Combate de los Pozos: mucho alboroto, todo muy mezclado. Desde cincuentonas gordas que se habían pasado la vida en un inquilinato hasta universitarias voluntariosas de poncho y pantalones acampanados, pasando por los pelilargos del barrio que trataban de levantárselas, los militantes llegados desde lugares ignotos, el puntero peronista de la zona. Esa primera vez discutieron el documento que acababa de sacar la JP sobre los hechos de Ezeiza, que decía que López Rega y los burócratas «quisieron evitar el reencuentro porque así conservan el cerco que

han tendido alrededor de nuestro líder y pueden seguir siendo intermediarios, mintiéndole a Perón sobre lo que dice y piensa el pueblo, y mintiéndole al pueblo sobre lo que dice y piensa Perón». En esos días todos empezaban a hablar del cerco todo el tiempo.

Las tareas se fueron sumando y Julio alquiló una habitación en una pensión de la calle Saavedra: cuando se le hacía tarde, se quedaba a dormir ahí. Un par de semanas después, le pasaron una cita para su otro ámbito: se alegró de ver que su responsable era Carlos Lebrón, y que Mario Galli también estaría con ellos.

Carlos les explicó cuál sería su papel:

—Lo que tenemos que hacer es darles elementos a los de la conducción para la política frente a las Fuerzas Armadas. Bueno, ellos tienen expectativas con los nuevos mandos del Ejército y además quieren que desarrollemos la política para las agrupaciones que se están armando en las Fuerzas, por el prestigio que nos quedó y los contactos que tenemos...

La JP de la Armada sacaba algunos volantes, especialmente dirigidos a los suboficiales. En el Ejército, además de una agrupación de la JP formada por suboficiales —la Juventud Peronista Revolucionaria del Ejército—, varios oficiales se habían acercado a los Montoneros. Y el propio comandante en jefe, el general Jorge Carcagno, ya se había contactado, a través de emisarios, con la conducción montonera.

—La política, en esta etapa, no es de confrontación sino de acercamiento y de medidas concretas para romper el aislamiento de los cuarteles. Están muy interesados en que el sector de oficiales con un pensamiento nacional de las Fuerzas Armadas se sume a nuestro proyecto, y por supuesto que logremos la adhesión de la suboficialidad.

Julio se estaba transformando en un militante a tiempo completo: iba a la unidad básica, salía a repartir volantes, hacía pintadas, elaboraba informes sobre cómo diseñar una política para las Fuerzas Armadas y, cuando le quedaba un rato, se encontraba con Mariana, otra militante de su unidad básica. Mariana tenía un cuerpo sensacional, cara de muñeca y modales de chica de barrio norte. Con los días se enteró de que era hija de un dentista judío y tuvo un pequeño sobresalto: estaba por romper con un tabú más. Tampoco le preocupaba mucho que Mariana fuera un poco chica, porque se decía que la militancia borraba, también, esas barreras y cuando terminaban con las tareas, se pasaban horas en la pieza del inquilinato de la calle Saavedra.

Las actividades de la secretaría militar empezaron a multiplicarse. La matanza de Ezeiza había cambiado ciertas ideas, y Carlos les transmitió el orden de que tenían que dedicarse intensivamente a dar instrucción militar:

—Lo más urgente es homogeneizar criterios para la autodefensa de las columnas en las movilizaciones y actos, en los locales y también vamos a desarrollar un plan a más largo plazo para dar instrucción militar a los cuadros de la organización. Ahí va a estar lo más fuerte de nuestro laburo, muchachos.

—Compañeros, antes de que empiece la clase del compañero González, queríamos avisarles que los que quieran anotarse para las Mesas para la Reconstrucción Nacional que estamos organizando para ir a hacer trabajo voluntario a Ezpeleta, que pueden dirigirse al local...

La facultad estaba en plena agitación y, tras su clase inaugural, Horacio González tuvo que enfrentar otros problemas. Era muy difícil ubicar a 10.000 alumnos, y Horacio intentó alquilar la Federación de Box: el asunto no funcionó, y decidieron dividir el curso en tres comisiones de 3000 alumnos cada una. Así reducido, el estudiantado cabría en el aula magna de Medicina, y allí empezaron los teóricos.

—... del hall de la facultad. Las Mesas para la Reconstrucción Nacional, compañeros, son una de las formas en que el estudiantado participa, en esta etapa, del proceso político que...

Primero había discusiones, un estado asambleario: representantes de las diversas agrupaciones que funcionaban en la facultad aprovechaban esa aglomeración de varios miles para difundir sus asuntos. Después, el grupo de teatro representaba su cuadro histórico del día; después, Horacio lo glosaba y seguía con su clase.

Había, también, textos de lectura recomendada —Hernández Arregui, Cooke, Ortega Peña, Milcíades Peña— y trabajos prácticos: la materia tenía un centenar de comisiones, otros tantos ayudantes y dos docenas de adjuntos. Horacio la pensaba como un aparato de movilización que fusionara la pedagogía y la política. Al mismo tiempo, los estudiantes tenían que organizar sus propios grupos de estudio en los barrios donde vivían, y reunirse cada fin de semana, autocordinándose: era la estructura de una organización política celular. La cátedra insistía mucho en que «la historia es maestra y señora de la actualidad», y trataba de insertar sus actividades en el momento político. Más de una vez convocó a sus alumnos a ir juntos, como cátedra, a alguna de las movilizaciones tan frecuentes en esos días. Y los alumnos iban, en grandes cantidades.

Pero quedaban otros problemas, resabios del sistema académico que estaban tratando de dejar atrás: era necesario encontrar formas de evaluar y calificar a los alumnos. Horacio quería eliminar las notas, armar otro contrato pedagógico en que los alumnos tuvieran que producir trabajos colectivos, pero muchos miembros de su cátedra no estaban de acuerdo. La cuestión fue largamente discutida y el titular tuvo que negociar. Poco después, cuando llegó el momento de los primeros exámenes, Horacio invitó a algunos militantes de su barrio a sentarse a la mesa examinadora. Se suponía que representaban esa cultura popular que las instituciones académicas burguesas solían despreciar. Alguien le había contado que, en la asunción del nuevo ministro de Relaciones Exteriores, un dirigente de la JP, Leonardo Bettanín, había empezado a saltar y cantar el que no salta es un gorilón, y que cantidad de adustos diplomáticos no habían tenido más remedio que saltar, horrorizados. A Horacio le gustó esa manera de hacer saltar al Estado, y le pareció un modelo posible.

El Beto, uno de los muchachos del barrio, se entusiasmó: el Beto era muy joven y lanzado y empezó a hacer preguntas enrevesadas, confusas, que los estudiantes tenían que contestar como podían.

—... por eso, en función de la coyuntura de la época, si tomamos en cuenta las contradicciones principales y secundarias, ¿se puede decir que la Revolución de Mayo fue una revolución, o no?

Horacio pensó que el Beto estaba demasiado contento con esa autoridad que había conseguido por un rato y que, si hubiese podido, habría empezado a poner notas y a aplazar alumnos: había estructuras mentales que no desaparecerían de un día para el otro.

Los adjuntos y ayudantes también discutieron mucho la propuesta del titular de socializar su sueldo. Era una suma interesante: algunos estaban dispuestos a repartirla y otros no. Horacio les pasaba parte de ese dinero a unos militantes de su barrio que lo ayudaban con la organización y los equipos de sonido en las clases del aula magna de Medicina.

—Ah, tus guardaespaldas.

Le dijo alguien, en esos días, y Horacio volvió a pensar en las dificultades de cambiar ciertas pautas. Una mañana lo saludó un alumno que él recordaba vagamente:

—Disculpe, profesor, ¿usted no alquilaba la casa de la calle Quito, hace unos años?

—Sí, yo vivía ahí.

—Claro, ya me parecía. Yo soy Miguel, el hijo del almacenero que se la alquilaba, ¿se acuerda?

—Sí, claro, cómo no me voy a acordar. Bueno, ¿y qué tal te está yendo con la materia?

El muchacho se quedó callado, incómodo, y después farfulló unas palabras de compromiso. Horacio se dio cuenta de que había llegado a la facultad con la expectativa de encontrar un espacio normativizado y organizado que le permitiera transformarse en contador público nacional: que representaba las esperanzas de una familia de clase media baja que quería que el chico tuviera estudios, y que el choque con ese estado de movilización y cuestionamiento permanentes lo tenía preocupado. Horacio se preguntó qué derecho tenía él de torcer esas determinaciones personales, de no darle a esa gente lo que ellos esperaban de una facultad.

Pese a esos momentos de duda, lo seguía intentando de todas las maneras: para una de las clases convocó a Leónidas Lamborghini, que había publicado un poema muy extenso llamado *Eva Perón en la hoguera*. Lamborghini trabajaba de asesor de prensa de un sindicato y se extrañó ante el llamado, pero el día señalado se presentó con un long-play en el que una actriz, Norma Bacaicoa, recitaba su poema sobre música de Dino Saluzzi:

—... contra todo privilegio: mis obras. allí yo pongo.
contra toda oligarquía. allí. mis obras nacen. una gota. un océano:
lo mejor es que vengan. lo que mejor es que vean. mis obras:
una gota cayendo. sobre. contra. cien años de: la injusticia.
de un siglo. océano. un. la raza explotadora. contra.
allí mis obras: a mí me ha tocado.
a mí: destruir con mis obras. contra toda. mis obras nacen...

El texto era una desintegración salvaje de ciertas estructuras del idioma, pero los 3000 reaccionaron con gritos y alaridos cuando la voz en el tocadiscos dijo caiga quien caiga y cueste lo que cueste, venceremos. Era una de las pocas frases que quedaban intactas: cuando se iban, Lamborghini se quejaba, muy decepcionado:

—Viste cómo es esto. La gente aplaude lo obvio.

Como cuando, en otra clase, un ordenanza, enfervorizado por el discurso del titular sobre el colonialismo, se subió al estrado lleno de banderas, agarró la norteamericana, la revoleó y la tiró lo más lejos que pudo: hubo ovaciones, gritos y cantitos. En esos días, *La Opinión* publicó un artículo que decía que «el cientificismo de los años sesenta fue criticado por su propensión tecnocrática de estudiar al servicio de la NASA qué pasaba a diez mil metros

de altura. (...) Y el populismo de los años setenta hace bailar el pericón en las playas de estacionamiento de la facultad». Ya entonces había dos demonios.

Julio de 1973. En los cines de la calle Corrientes se podía ver *Adiós hermano cruel*, *Adiós cigüeña adiós*, *Cabaret*, *La otra cara del amor*, *La fiesta inolvidable*, *La clase obrera va al paraíso*, *¿Qué estoy haciendo en medio de una revolución?*, *Juan Moreira* o *Los siete locos*, de Torre Nilsson, que acababa de recibir el Oso de Plata del Festival de Berlín. En la sección no oficial «fue recibida con grandes aplausos del público la película argentina *Los traidores* de Raymundo Gleyzer, que refleja 17 años de evolución política tomando como ejemplo al líder sindical Augusto Vandor, que fue asesinado por cooperar con el gobierno militar del general Onganía. La cronología de los hechos se va sucediendo en el film con una creciente y dramática tensión». Luis Puenzo, mientras tanto, estrenaba su primera película: *Luces de mis zapatos*, con Pipo Pescador «contándoles a los chicos cómo se hace cine. Según anticipa Puenzo, la visión satírica que propone *Luces de mis zapatos* no se apoya en una cómoda confrontación de buenos y malos. El malo, en todo caso, es siempre el sistema que hace posible la injusticia o la torpeza».

El ciclo de Artes y Ciencias, en el teatro Metro, anunciaba a Juliette Greco, Isabel Parra, Inti Illimani y *Las mil y una Nachas*; en el Coliseo cantaban Julia E. Dávalos, Jaime Dávalos y tocaba Jaime Torres, y en el Lasalle, Les Luthiers; en el teatro Santa María del Buen Ayre se presentaba *Canto popular urbano*, con Miguel y Eugenio, Poni Micharvegas y León Gieco; *Tres mujeres para el show*, con Amelita Baltar, Susana Rinaldi y Marikena Monti estaba en La Bola Loca; Roberto Goyeneche, Atilio Stampone, Héctor Stamponi y el Sexteto Tango en Caño 14; Aníbal Troilo, Edmundo Rivero y Federico Berlingieri en El Viejo Almacén; *Historias recogidas* de Enrique Pinti, en La Gallina Embarazada; *Y se nos fue red repente* de Niní Marshall, en El Gallo Cojo; y *La mandarina a pedal* de Carlos Perciavalle y Antonio Gasalla, en Edipo Café Concert.

El teatro intentaba contener la ofensiva del café concert rebajando sus precios. No era su única respuesta ante la deserción del público: «Para algunos se trata de encarar temas populares, expresar los problemas que preocupan a las mayorías; otros sostienen que sólo suntuosos espectáculos, resplandecientes de figuras destacadas, pueden salvar al teatro de la catástrofe. Otros más, apoyados en propuestas ideológicas, reniegan de esas posiciones y proponen una solución radical: si el pueblo no viene al teatro, el teatro debe ir hacia el pueblo. Deciden, entonces, dejar las salas del centro y

encaminarse hacia los barrios, para encontrar refugio en sociedades de fomento, clubes subterráneos o sindicatos», decía *La Opinión*.

En el teatro Colón, el abono nocturno ofrecía una puesta de *Rigoletto* de Verdi en medio de un clima tempestuoso: ese sábado, los habitués silbaron e insultaron durante varios minutos, antes del inicio del cuarto acto, al nuevo director del teatro, Bruno Jacovella. «¿Cómo interpretar que se haya nombrado director general del Teatro Colón a un especialista en folklore? Nada más indicado para destruir un objeto de cultura que colocarlo en manos de quien no lo ama. Los resultados se produjeron con una rapidez fulminante: el Colón ha rescindido los contratos de algunos artistas extranjeros que debían actuar...», decía un indignado columnista, el matemático Jorge Bosch, en *La Opinión*, y seguía: «Una grave amenaza se cierne sobre la cultura argentina: en nombre de lo popular se puede cerrar al pueblo el acceso a los más altos bienes de la cultura; en nombre de lo nacional se puede vulnerar nuestra capacidad de decisión en los aspectos más profundos de la elección de pautas y valores; en nombre de la descolonización se pueden implantar en nuestro país las formas más voraces de la sociedad de consumo; y en nombre de la liberación se puede arrojar a nuestro pueblo a la más vil de las explotaciones. (...) Los seudorrevolucionarios dejan de lado la tarea de promover al pueblo a niveles cada vez más elevados de sensibilidad y entendimiento. Se empeñan en relegarlo al triste papel de rumiante de un producto comercial premasticado, con lo cual le cierran el acceso a los valores menos rutinarios y más luminosos de la sensibilidad y el pensamiento. Hacer cultura popular es también dar al pueblo la oportunidad de llegar hasta Shakespeare y Beethoven. Mantener estos valores bajo candado es tan antipopular como vedar a los humildes el acceso a mejores condiciones de vida».

Ese mismo sábado, en el ciclo *Rock Centro* en el teatro Olimpia, el violinista Jorge Pinchevsky interpretaba Johann Sebastian Bach. «Quiero mostrarle a la gente de mi edad, a la gente del rock, a Bach como lo que era: un autor progresivo, en el sentido de que es progresiva cualquier idea, creación o situación que genera irremediamente una situación revolucionaria. Y Bach fue eso, un compositor revolucionario».

La televisión no había cambiado mucho. Salvo el canal 7, donde su director, Juan Carlos Gené, seguía en problemas: la Asociación de Periodistas de Buenos Aires amenazaba con una huelga porque el canal había retirado de la pantalla a cuatro de sus periodistas y locutores: Juan Montesana, Nelly Trenti, Verónica Hollander y Magdalena Ruiz Guiñazú. «Fuentes cercanas al noticiero oficial fundamentaron las actitudes de los directivos de la emisora:

“No puede admitirse —dicen— que los rostros y las voces que el público identifica con la gestión de Lanusse sean las mismas que ahora enuncien la política del gobierno popular”. El conflicto parece encuadrarse en dos posiciones: una que podría denominarse “profesionalista”, y otra “ideológica”. La primera sostiene la neutralidad del servicio periodístico y supone que un profesional que hace pocos meses asumió las posiciones del pasado gobierno está en condiciones de representar de manera convincente los postulados de la gestión de otro diferente. La actitud “ideológica”, en cambio, invoca el derecho que asiste a las fuentes de información gubernamentales de elegir la imagen de los periodistas que las representarán ante el público».

—¡Queremos a Perón,/ queremos a Perón!

La columna era chica y venía poco organizada. Mayoría de estudiantes y empleados: una manifestación improvisada en una tarde de viernes con frío, en pleno centro.

—¡Avancen, sigan avanzando!

Les gritó Leonardo Bettanín. A su lado se desgañitaban tres bombos: la columna siguió por la diagonal Norte y entró en la Plaza de Mayo casi vacía. Policías, nada más.

—¡Juventud presente,/ Perón Perón o muerte!

—¿Hasta dónde avanzamos, compañero?

—¡Hasta la Rosada, dale, vamos!

—Mirá la cana allá delante, los carros.

—¡Que sigan, vamos! ¡Pero sin armar quilombo ni entrar en provocaciones!

—¡Lastiri, Lastiri, Lastiri gorilón,/ el pueblo te saluda/ la puta que te parió!

La tensión y los rumores sobre el cambio de presidente venían de varios días atrás. En realidad, la renuncia de Héctor Cámpora se había decidido el miércoles 4 de julio en una reunión de gabinete en la Casa Rosada. Perón participó las dos primeras horas; cuando se retiró, cansado, los demás ultimaron los detalles: Cámpora renunciaría el sábado 14 de julio y, según el acuerdo, quedaría bien claro que era un gesto voluntario, su reconocimiento del liderazgo de su jefe histórico.

Dos días después, en la cena anual de camaradería de las Fuerzas Armadas, en presencia de Carcagno, Harguindeguy, Camps, Menéndez,

Galtieri, Viola, Videla y Massera, el presidente hizo uno de sus últimos discursos:

—Las Fuerzas Armadas están al servicio de la Nación y de su pueblo, cuya representación ejerce, por mandato constitucional expreso, el gobierno de la República. No son un movimiento o partido político, no están al servicio de ellos o de hombres o de sectores. Compete por lo tanto al Gobierno la conducción política del poder militar como mejor convenga a los intereses nacionales.

Después dijo que en los últimos años, «a medida que la Argentina ha ido retrocediendo en el mundo», había aparecido «un hecho nuevo entre nosotros, el surgimiento de la violencia»:

—Hay una forma de la violencia que buscó simplemente restituir la soberanía popular. Hay una forma de la violencia que expresó la protesta contra una política económico-social regresiva. Hay una violencia que procuró restituir para los argentinos la vigencia de la justicia social y la solidaridad entre todos los hijos de esta tierra. Hay una violencia que busca la sustitución de nuestras instituciones por otras; es una violencia que necesita de la disgregación nacional para imponer sus banderas. Pero la violencia, en todas sus formas, toma sus posibilidades de supervivencia de un orden social injusto. En una sociedad realizada, donde los distintos estamentos encuentran su confluencia y su solidaridad en el concepto de Nación, la violencia no es posible. Por el contrario, en una sociedad donde no hay proyecto compartido, donde una clase se realiza brutalmente a expensas de otra, esta violencia es posible y cobra auge.

Dijo Cámpora, y los militares se miraban nerviosos. Y más cuando les explicó que «la defensa nacional es el ascenso popular hacia formas más perfeccionadas de vida y cultura» y que los militares, por su «conocimiento del panorama social de nuestra patria», sabían que «la defensa de nuestra forma de vida, democrática y republicana, depende de la realización plena de la soberanía popular, de la erradicación de la injusticia social y de la edificación de todas las potencialidades económicas del país»:

—El método de la represión ha sido largamente empleado entre nosotros. Es fácil convenir en que sus resultados objetivos fueron el progresivo ensanchamiento de la espiral de la violencia.

A principios de la semana siguiente, el secreto de Estado se había convertido en un rumor insistente. El general Jorge Carcagno, comandante en jefe del Ejército, había dado su acuerdo. Dos días antes había anunciado que

Perón recuperaría su grado de teniente general del Ejército argentino. Poco después, Mariano Grondona lo comentaba en un editorial de *La Opinión*:

«La devolución del grado lo preanunció: el teniente general Juan Domingo Perón volvía a la cima del poder político a través de la reconciliación con el poder militar. (...) Se produjo, pues, el reencuentro entre Perón y los militares. Pero se produjo según un método inverso al imaginado por el general Lanusse: con Perón ya en el poder y con los militares en el ejercicio de su papel constitucional. Y en el marco de una CGT que proclama la ortodoxia justicialista contra las desviaciones ideológicas y de un radicalismo que, ahora, se asocia a esta nueva etapa de la vida política argentina.

»Perón, por su parte, no tiene la misma imagen de 1945. Este nuevo 17 de octubre no lo es, ya, “contra” radicales y militares, sino “con” ellos y, en principio, contra nadie: sólo, en todo caso, contra quienes decidan por su parte oponerse a la nueva conjunción de fuerzas. ¿Es que, entonces, Perón ha renunciado a su antigua combatividad con el objeto de aplacar a sus rivales de ayer? No exactamente. Perón, fiel al carácter ambivalente de su trayectoria, militar y popular a la vez, actúa en forma diferente porque se halla en un país y en un mundo diferentes: en un país que acepta e incorpora las consignas sociales que suscitaron en su momento tantas luchas y en un mundo que se distancia de la Argentina guiado por la estabilidad y el orden político del que carecemos precisamente desde el momento en que el poder presidencial se disolvió en 1955 entre las Fuerzas Armadas por una parte y las fuerzas cívico-partidarias por la otra.

»De un modo cargado de significación, Perón “es”, otra vez, el militar al lado del político. Y puede ejercer otra vez con plenitud la vocación particular que siempre lo caracterizó: hacer el cambio y asegurar, a la vez, el orden. Ser al mismo tiempo Danton y Bonaparte. No “sólo” uno u otro, como sus críticos de derecha e izquierda supusieron más de una vez. Movilizar las masas como el caudillo más populista y enmarcarlas como el jefe más decidido. General y caudillo, Perón pertenece a la raza de esos pocos soldados-políticos a los que debemos nuestros paréntesis de progreso dentro del orden: los Rosas y los Urquiza, los Mitre, los Roca y los Justo. La orientación ideológica podrá cambiar con los tiempos, pero siempre está en el suelo de la realidad política argentina la necesidad absoluta de combinar en un hombre la autoridad militar y el arrastre civil cuando las horas de crisis reclaman que, desde la cumbre, se convoque a una tarea común».

Todos los políticos y periodistas porteños comentaban la inminencia de la renuncia. Pero el miércoles 11 la historia cambió de signo. En un viaje a la provincia de Corrientes, el vicegovernador de Buenos Aires y sindicalista de la UOM Victorio Calabró dijo que «estando el general Perón en el país nadie puede ser presidente de los argentinos más que él. Creo que tanto Cámpora como cualquier otro argentino puede agradecer la suerte de haber llegado a ocupar el lugar que merecidamente debe ocupar Perón y debe estar muy satisfecho con haber estado del 25 de mayo hasta ahora y brindarle al general Perón lo que le corresponde». Y Hugo Barrionuevo, secretario de prensa de la CGT, salió a decir que «nadie discute que el único que puede poner orden en el país es Perón. Los que tienen la torta quieren que Perón garantice que no habrá desborde por izquierda y el pueblo trabajador, que es peronista, piensa que nadie puede conducir el proceso mejor que Perón».

De pronto, el gesto de Cámpora empezaba a transformarse, para la opinión pública, en el producto de un apriete de los sindicalistas y los loperreguistas. El jueves a la tarde el secretario general de la CGT, José Rucci, llamó a sus afiliados a movilizarse frente a Gaspar Campos: la concurrencia no superó las mil personas.

«Entonces, esto que tendría que haber sido algo limpio, claro y feliz: Cámpora renunciando, llamando a elecciones y el pueblo entero pidiendo a Perón como presidente, se arruinó por la ambición de cuatro imbéciles. Porque ese día del renunciamiento de Cámpora debió ser un día feliz donde todos juntos habríamos estado junto al Jefe. No es la primera vez que se juega la herencia. Ni tampoco la primera vez que se especula con la desaparición del General. Hubo otros apurados que se dieron contra la pared. Porque la sucesión es el motor de todo esto, lo intuimos todos. Porque en la ambición loca de estos tipos se nota la fiebre de los aspirantes a la herencia. Pero todos estos intentos, como ha dicho el General, generan los anticuerpos que terminan por expulsarlos del organismo del Movimiento. Nosotros tenemos ese papel: de una manera o de otra serán arrollados por los soldados anónimos de Perón. El General ha dicho que pondrá su vida a disposición de la Patria para cumplir este servicio. Ellos están merodeando a su lado y son ante nosotros responsables por su vida. Perón es de todos nosotros y en nosotros y en la causa que él conduce, es inmortal», escribiría poco después Dardo Cabo en el editorial de *El Descamisado*.

El jueves a la noche, Cámpora salió de una reunión con el ministro de Defensa, Ángel Robledo, y anunció que al día siguiente presentaría su renuncia a la presidencia. El vice, Vicente Solano Lima, también renunciaría.

Y el siguiente en la línea de sucesión, el presidente provisional del Senado, el senador peronista Alejandro Díaz Bialek, había sido eliminado mandándolo como «enviado plenipotenciario para fijar la posición argentina en la Cumbre del Movimiento de No Alineados», que se realizaría en Argelia tres meses después. La excusa era burda, pero servía para ungir como presidente interino a Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados y yerno de José López Rega.

El viernes 13 a las ocho y media de la mañana, Cámpora se presentó en la residencia de Gaspar Campos a saludar a Perón. Antes de entrar comunicó a los periodistas que ya había renunciado. Las elecciones serían convocadas en un plazo de cuarenta días. Aunque Perón no había hecho ninguna declaración oficial, estaba claro que aceptaría la candidatura; todos especulaban sobre el nombre del candidato a vicepresidente. La cuestión no era menor: casi nadie esperaba que Perón viviera cuatro años más. Algunos sindicalistas empezaban a hablar de Isabel Perón; otros, de José López Rega. La Juventud Peronista buscaba la manera de proponer a Cámpora; el establishment sostenía la opción de Ricardo Balbín. Raúl Alfonsín no estaba de acuerdo: «La colaboración del partido debe operarse desde el llano», dijo esa mañana en la Casa Radical, y calificó el reemplazo presidencial como «una suerte de golpe de derecha para afirmar el continuismo, orquestado por la burocracia sindical, la misma que avaló con su presencia la asunción y posterior gestión de la dictadura militar de Onganía». En la Casa Rosada, Cámpora ultimaba su renuncia:

—Siempre hemos pensado que teníamos que hacer cierto aquel slogan que en nuestra campaña proselitista sacara la juventud y que decía Cámpora al gobierno, Perón al poder.

Dijo, ante un grupo de diputados. Y, a la una de la tarde, habló por la cadena nacional de radio y televisión:

—... quiero, con mi actitud y con mi conducta, permitir el cumplimiento de ese auténtico deseo del pueblo argentino, al que sumaré mi voto de simple ciudadano: que el general Perón presida los destinos de esta Argentina que desde el 25 de mayo avanza, bajo su ilustre conducción, por la senda de la reconstrucción nacional.

A las seis de la tarde el desconcierto se imponía en la sede de la Juventud Peronista, en Chile 1481. El local era un caserón de principio de siglo, dos pisos que precisaban una mano de pintura. Mucha gente esperaba en las veredas. Era una gimnasia establecida: en cuanto pasaba algo, los

militantes trataban de reunirse donde pudieran —las unidades básicas, las facultades, los lugares de trabajo— para ver cómo reaccionar, por si había que salir a la calle. Nicolás Casullo estaba adentro, charlando con Leonardo Bettanín y otro periodista cuando llegó Juan Pablo Ventura, el Tala, responsable de la JUP de Derecho:

—Vienen columnas de Derecho, Económicas y Filosofía. Ya salieron.

—Qué desbole político, esto está cada vez más oscuro.

Dijo Bettanín.

—Cada vez más clarito, ése es el desbole.

Le contestó el Tala, y los dos fueron a reunirse con Juan Carlos Dante Gullo, el responsable de la Regional 1 de la JP y todavía asesor de la Presidencia para asuntos juveniles, en una habitación del primer piso. Volvieron al cabo de un rato, y Gullo se asomó al balconcito que daba a la calle con un megáfono. Los militantes ya ocupaban toda la cuadra:

—Compañeros, como ustedes saben, la situación no está clara. Por eso es importante que nos movilizemos, para expresar nuestro apoyo al compañero presidente Cámpora y, sobre todo, al general Perón, compañeros. ¡Por eso ahora vamos a marchar todos a la Plaza de Mayo, pero sin responder a ninguna provocación, compañeros!

Una hora después, la columna de la JP estaba a 20 metros de las puertas de la casa de Gobierno, custodiada por un abanico de guardias de Infantería armados con palos y pistolas lanzagases. Todas las luces de la Rosada estaban prendidas. Los militantes seguían gritando que querían a Perón hasta que se abrió la puerta de uno de los balcones y se asomó, sonriente, José López Rega.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta!

El ministro de Bienestar Social palideció, como si no hubiera esperado ese saludo. Detrás apareció, por un momento, la cara de Raúl Lastiri, que acaba de jurar su cargo. Mantenía la mayor parte de su gabinete, salvo dos ministros: Juan Carlos Puig, de Relaciones Exteriores, y Esteban Righi, de Interior, los más identificados con el ex presidente.

—¡Lastiri, Lastiri, Lastiri gorilón,/ el pueblo te saluda:/ la puta que te parió!

Le gritaban. El presidente se volvió para adentro y, abajo, la policía empezó a repartir los primeros palazos. Les contestaron con piedras y puteadas:

—¡Asesinos, asesinos!

—¡Far y Montoneros,/ son nuestros compañeros!

La escaramuza se fue deshilachando, y Nicolás agarró por San Martín para el lado de Corrientes. En El Pulpito, el bar de Tucumán y Reconquista que frecuentaban los periodistas de *La Opinión*, se encontró con algunos compañeros suyos del Bloque de Prensa Peronista y ahí mismo fueron armando una reunión para un par de horas más tarde, en la UB Juan José Valle, a pocos metros. A las nueve, Perón había hablado por la cadena nacional: su discurso no había tenido sorpresas. Elogió mucho a Cámpora e, implícitamente, aceptó la candidatura presidencial.

—... si Dios me da salud y si Dios me lo permite, he de gastar hasta el último esfuerzo de mi vida para cumplir la misión que puede corresponderme...

Entre los que fueron llegando estaban Jorge Bernetti, Emiliano Costa, Rodolfo Walsh, Carlos Aznárez, Lía Levit, el Yaya Azcone, Jarito Walker, Pepe Eliashev, Lilia Ferreyra, Andrés Zabala, Silvia Rudni, Quito Burgos. Había gestos preocupados, caras crispadas: se armaban grupitos que se contaban infinitos chismes y trataban de entender lo que estaba pasando:

—Las cosas se vienen haciendo mal. Cuando se entra a perder terreno, y en esas estamos, lo mejor es parar la pelota y preocuparse por cómo lo recibe la gente, no la militancia, que sin duda está cabrera. Digo: ver qué piensa la gente, cómo lo siente, y desde ahí tomar posiciones inteligentes.

Decía Quito Burgos mirando el suelo.

—Esto es un golpe de Estado y un cambio de rumbo definitivo, hay que entenderlo así, no nos engañemos. ¿Qué más hace falta para que nos digamos la verdad?

Dijo Lía Levit.

—Perón presidente es nuestra reivindicación: por eso murieron tantos compañeros peronistas. Yo no soy pesimista, ahora las cosas se aclaran, es la versión final y más justa. Lo que me preocupa es otra cosa: que frente a esto tengamos estas caras habla de que algo anda mal en nuestra política.

Le contestó Jarito Walker. Poco después empezó la reunión, todos parados en la habitación más grande de la vieja casa. La abrió Jorge Bernetti diciendo que hacía falta una reflexión colectiva en un momento donde abundaban tantas interpretaciones diferentes. Emiliano Costa dijo que si bien no había salido publicada todavía una posición oficial de las organizaciones, era importante discutir lo sucedido, y que cada compañero expusiese lo más brevemente que pudiera su opinión política. Siempre era así: las reuniones se abrían con un speech de Bernetti y, enseguida, uno de Costa, o viceversa: Bernetti era el representante oficioso de los Montoneros en el frente, y Costa

el de las FAR, y ninguno de los dos estaba dispuesto a dejar que el otro agarrase la manija completa.

—No nos apuremos —empezó Rodolfo Walsh—. La información indica que todo viene barajado muy confusamente, como suelen ser las cosas en el Movimiento. Pero nosotros quedamos como espectadores. No tuvimos política para este traspaso natural; por el contrario, lo veíamos venir y no se nos ocurría nada. Nos faltó imaginación política, capacidad de renuncia, posiciones de grandeza y nos sobró politiquería, reuniones en altas esferas, gansadas palaciegas, elitismo. Entonces el gran acontecimiento nacional de este siglo, Perón de nuevo presidente, vino de manos de la burocracia sindical y de los astrólogos. Pensemos en términos históricos, no en cuotas fugaces de poder. Y desde aquí discutamos.

—El pueblo peronista está de acuerdo, y me imagino que contento. ¿Alguien se imagina lo contrario? El Tío renuncia para que el caudillo proscrito llegue al puesto que la dictadura le prohibió durante dos décadas. Yo coincido con Rodolfo: me pregunto por qué no pudimos intervenir como lo estuvimos haciendo con la primera vuelta de Perón, la campaña, la salida de los presos. Ésta tenía que ser la celebración mayor, y sin embargo la vivimos como si no fuera nuestra fiesta. Convidados de piedra. Lisa y llanamente, más allá de todas las variables que nos acosan, venimos fallando nosotros. No nos quedemos en el dato de este día, el apriete, la maniobra, los personajes, los entretelones...

Dijo Nicolás, mientras iban llegando más militantes, y alguien dijo que FAR y Montoneros sacarían al otro día una solicitada para fijar su posición. Silvia Rudni dijo que estaba de acuerdo con Nicolás y quería agregar algo:

—Además, hoy enterramos al camporismo, vivimos el duelo del camporismo, de ese Tío que hace diez meses nos parecía impresentable y que después fue la lealtad, el coraje y el símbolo electoral de un pueblo en lucha. Pero también el camporismo nos desfiguró peligrosamente muchas perspectivas. También fue el peronismo de «los 11 de marzo», fue el gran atajo donde de un día para el otro pasamos de reunirnos en casas de barrio a los círculos del poder. El camporismo es también eso, una gran distorsión donde muchos, y sobre todo en nuestro campo, pasamos en un abrir y cerrar de ojos a las altas esferas, a los puestos, a los famosos espacios de poder, al sueño de la liberación desde los escritorios, y a creernos que eso era Perón. A ver si resulta que somos mucho más camporismo que 18 años de lucha.

Terminó Silvia y, por los murmullos que se oyeron, pareció que había metido el dedo en alguna llaga. Un par de militantes coincidieron con ella, y

otros trataron de rebajar la dureza de sus palabras. Después, el Yaya Azcone propuso retomar el tema central:

—La cuestión, compañeros, es que ahora estamos en una coyuntura complicada, que va a haber que enfrentar. Sin duda desde el 20 de junio sólo recibimos sopapos, pero aquí hay un dato fuerte: el que nos pega duro, otra vez, es Perón. Podría haber llamado a la Plaza para el renunciamiento del Tío y para su paso al frente como líder histórico y futuro presidente, podría haber llamado a las ramas genuinas del Movimiento y entonces nosotros podíamos participar como Juventud ahí. Pero no. Entonces este modelo entre gallos y medianoches se inscribe en la embestida contra la Tendencia, y esa embestida tiene cada vez más al Viejo comandando o aceptando en total conciencia.

Alguien abrió las ventanas para que se dispersara el humo y entrara un poco de aire fresco. Los de la UB se acercaron con el mate y la pava. Alguien sostuvo que el problema no era Perón sino los que lo rodeaban: que, sin duda, estaba cercado por el entorno y no tenía una visión clara de la situación. Rodolfo Walsh volvió a intervenir:

—A ver si vamos a empezar a creer en los reyes magos, che... Desde el discurso del 21 de junio Perón elige ilegítimarnos. Hay que ver por qué, cómo se puede revertir esto, si es que se puede. Pero la cuestión central no es esperar que Perón se vuelva otra vez bueno con nosotros, sino qué política pensamos para la etapa que no nos distancie del pueblo peronista con Perón presidente. Mantener las banderas de la liberación no es cuidar un aparato cerrado a los acontecimientos grandes donde el pueblo se siente profundamente involucrado. Discutir hoy el golpe de Perón contra nosotros es una secuela más del ombliguismo que nos agarró desde el 11 de marzo. Hacer del Tío la posibilidad revolucionaria perdida es mirar las cosas de manera bastante extraña.

—Yo te entiendo, Rodolfo, y coincido, pero no quiero sacarme la bronca y la indignación, porque con está bronca y con esta indignación también uno a veces está en la política, y hace política. Hablamos, pensamos, pero también lo que sentimos adentro es cierto, son verdades. Habremos cometido equivocaciones, pero no es precisamente nuestra cuota de errores la que provocó hoy esta farsa. Aquí hay una política económica antipopular, aquí hay una campaña contra la infiltración, la palabrita de moda, es decir contra nosotros, que ni nosotros ni los miles de compañeros merecemos. Y esta payasada de tres micros de la CGT y el raje de Cámpora tiene que ver con un proyecto que cada vez nos va a pertenecer menos. Estamos confundidos, no sabemos en el fondo qué es lo que pasa. Pero lo cierto es que hoy el pueblo

está en la casa escuchando el noticiero, y Perón actuando con una manga de hijos de puta.

Dijo Carlos Aznárez. El clima era tenso: por primera vez, muchos se animaban a decir en una reunión orgánica lo que venían comentando desde el 21 de junio y, por momentos, se asustaban de su propio atrevimiento. Al otro día, *La Gaceta* de La Plata reproducía unas declaraciones de López Rega: «La renuncia de Cámpora fue un trabajo nuestro. Afirmó López Rega que a Perón no se lo consultó para esta decisión».

Alberto Elizalde militaba todo el día, horario corrido, y a la noche, en la casa que compartía con Pancho Provenzano, se comían algún guiso que no tenía nada que envidiarle a los de la cárcel. En un alarde de audacia, ese domingo improvisaron una parrilla con ladrillos en la parte de abajo de la casa. Alberto se relamía ante la visión del vacío humeante.

—Che, ¿a ustedes les parece que la gente está conforme con las medidas económicas?

—¿A qué nivel?

Le preguntó Pancho.

—Del bolsillo, del estómago.

—Mirá, nosotros sabemos que Cámpora bajó los precios por demagogia. Pero eso lo sabemos nosotros, los que estamos en política. La gente lo que siente es que come mejor. Eso es así. Si le preguntás al carnicero, te dice que ahora vende kilos y kilos de asado. Y eso en la gente de pueblo pesa. Nosotros mismos no nos dábamos estos lujos.

Pancho hizo honor a sus palabras. Alberto se quedó impresionado por cómo comía. Después del asado fueron a visitar a varios obreros a los que les vendían revistas de un barrio de Pacheco, cerca de la Ford. Charlaban un rato y también les preguntaban por otros vecinos que podían estar interesados. Entonces iban a «timbrear» a esas nuevas direcciones. Aunque la mayoría de las casas no tenían timbres: apenas se paraban y palmeaban se oían ladridos por todos lados. Todo consistía en decir «buenas tardes, somos del ERP, ¿quiere conocer nuestro periódico?» y las respuestas eran, por lo menos, respetuosas. Pancho le contó a Alberto que los del frente militar, en general, iban armados aun para hacer propaganda: no por la policía sino por los del Comando de Organización, que tenían bastante gente en la zona. Días antes, Brito Lima había participado de una reunión con los de la comisión interna de la fábrica Eaton. Era un grupo muy combativo y uno de sus líderes, el Flaco Panizza, era un cuadro del PRT que aparecía como independiente.

—Brito Lima le dio una tarjeta y le anotó el nombre de su hombre de confianza en Pacheco. Le dijo: cualquier problema con los zurdos lo ves a éste que te lo soluciona. Después de lo de Ezeiza con estos tipos vamos a tener que andar con cuidado.

El nombre del pesado del CdeO fue a parar al frente militar. En esos días vino la primera inundación: Alberto y la pareja con la que vivía se pasaron dos días sin poder volver a la casilla de pilotes, tapada por el agua. Se las arreglaron: el problema era que las armas y los volantes que guardaban en la planta baja debían estar arruinados. Cuando por fin llegaron, el dueño los esperaba con su cara más amable:

—Che, muchachos, no se preocupen por las cosas que tenían guardadas. Ya las saqué, están bien, no pasó nada. Si necesitan se las puedo guardar unos días.

El agua no bajaba: Alberto se mudó al chalecito de José C. Paz donde vivían Pancho y Claudia Lareu, su compañera. Estaban muy ocupados: en la zona había varios conflictos sindicales contra el congelamiento de los salarios, y ellos trataban de presentarse en todos. Aunque esa dinámica de poner el acento en el trabajo político no era acompañada por los equipos militares de la zona. Los del frente militar empezaron a tildar a Alberto y a Pancho de sindicaleros y ellos, a su vez, de fierreros a los responsables militares. Pancho, por jerarquía, participaba de más reuniones que Alberto y, a veces, volvía cabreado:

—Son aparatistas, dicen que hay que cuidar la seguridad, que si todos salimos a la superficie nos perdemos en el corto plazo y cosas así; no tienen idea de lo que es el auge político de masas. Además, cuando tienen reuniones de comité militar con el Chaqueño, tiran mierda diciendo que nos pasamos haciendo propaganda y no cumplimos con la proletarización.

Ramón Gómez, el Chaqueño, insistía en que no alcanzaba con hacer trabajo con los obreros, sino que había que ser obrero. Y como los enconos con los del frente militar seguían, a Pancho y Alberto los empezaron a llamar los pequebús: decían que además les gustaba vestirse bien y hablaban en difícil. Era cierto que no habían hecho grandes esfuerzos por conseguir trabajo: una vez se presentaron en un frigorífico de Bancalari y el capataz los miró con ligero desprecio:

—Esto es para laburantes, muchachos. Para ustedes no hay nada.

Esa mañana habían quedado en salir a buscar. Mientras tomaban unos mates, Pancho le contaba a Alberto lo que les había dicho Benito Urteaga, la noche anterior, en una reunión de la dirección regional:

—Dice que en el próximo editorial del *Comba* Santucho plantea que la salida de Cámpora es un autogolpe, que está encabezado por la burocracia sindical y que los cambios de ministros profundizan el giro a la derecha.

Urteaga le había dicho a Pancho que se terminaba cualquier apoyo crítico y que seguramente el PRT iba a empezar a cumplir con la consigna de que no había tregua para el ejército y las empresas imperialistas porque eran los que estaban digitando esos cambios.

Amanecía, y el frío los hacía tiritar. Tenían un jeep carrozado: iban despacio por la ruta 197. Alberto vio un cartel pintado a mano en la puerta de una cartonería: Se busca mano de obra. Dejaron el jeep un par de cuadras más adelante y aplaudieron frente a la puerta. Al cabo de unos minutos vieron salir a un gordo inmenso con un delantal lleno de cola que olía a rayos:

—¿Qué precisan, muchachos?

Pancho y Alberto se miraron; el primero en balbucear fue Alberto:

—Nada, estamos buscando a un amigo.

—Fue una confusión, disculpe.

Subieron al jeep y al rato pararon de nuevo. Esta vez frente a un kiosco para comprar alfajores Jorgito. Pancho los comía de un par de bocados y se lamentaba de lo difícil que resultaba encontrar un trabajo.

—Menos mal que existen los jorgitos, Beto. Bueno, no me mirés así. Ésta es una de las pocas debilidades que puedo permitirme.

Julio de 1973. «Los homosexuales somos subversivos, sí: amamos la vida, desarrollamos la imaginación, detestamos el autoritarismo, creemos en la solidaridad humana, deseamos un sistema fundado en la libertad», decía un editorial de la revista *Somos*, órgano oficial del Frente de Liberación Homosexual —FLH— que, aunque llevaba un par de años de existencia, se había hecho muy público en las manifestaciones del 25 de mayo y el 20 de junio. En esos días, un periodista de la revista *Así* entrevistó a Néstor Perlongher y a otros dos militantes del FLH. El periodista decía que el Frente tenía 5000 miembros y que había, en la Argentina, medio millón de homosexuales:

«—¿Cómo está organizado el Frente de Liberación Homosexual de la Argentina?

»—La organización se da en grupos celulares autónomos con una coordinadora. El Frente no tiene dirección porque consideramos que la organización verticalista y autoritaria es propia del machismo y entra en contradicción con todos nuestros planteos. La experiencia nos demostró que

todos aquellos casos que pretenden centralizarse excesivamente corren el peligro de caer en sectarismos y en slogans. En cambio, nuestra manera de organización, más espontánea y más libre, nos permite tener un frente en el cual cada grupo organiza, crea y se ingenia para realizar cosas que siempre son útiles para el movimiento. Eso no quiere decir que en determinados momentos, en que se requiere coordinar las acciones para lograr un objetivo dado, no funcione espontáneamente una especie de coordinadora.

»—¿Cómo probaron la eficacia de la organización celular?

»—La existencia de la organización celular del Frente, en una etapa política de Argentina de gran represión popular, nos garantizó el funcionamiento de la organización. Pero nuestra aspiración es actuar de una manera no clandestina, de una manera libre, abierta, donde podamos abrir nuestros locales a la calle, donde se acerque aquel que quiera conocernos, porque nosotros queremos conocer a todos.

»—¿Qué opinión tiene el Frente de nuestra organización social?

»—Nuestra sociedad, básicamente, no sólo está estructurada en base a un sistema de relaciones de producción dado, sino también a un sistema de moral y cultura que consideramos reaccionario. Este sistema sirve para perpetuar en sus puestos de privilegio a sus principales detentadores. La moral del sistema tiene sus orígenes en raíces religiosas que ya han cumplido su objetivo. El niño al nacer está sometido a la presión de una determinada serie de pautas morales que le son impuestas de antemano. Y que no son casuales. Están en relación con el sistema social al que pertenecen. Así aprende el niño un determinado modelo de relaciones sociales, que son las que tiene su familia, donde se da fundamentalmente el poder del padre. Incluso el padre también es víctima porque a él le enseñaron lo que tiene que transmitir. Así el hijo de obrero va a ser educado, desde la familia y luego desde la escuela, que le corresponde ser obrero y el hijo de familia bien será educado desde la cuna y por los sistemas educativos para mandar.

»A una sociedad de dominación como la nuestra esos papeles le son indispensables. Por eso no se tolera la homosexualidad en tanto significa una violación de esos papeles. De ahí que la raíz última de la persecución al homosexual es política; se da porque la libertad sexual no le conviene a la clase dirigente y a la sociedad autoritaria. Y para ello recurre a todas las pautas tradicionales de moral, sustentadas en última instancia por la religión y mantenidas por la legislación represiva. No es simplemente una cuestión de moral porque cuando el individuo viola esas normas ético-religiosas es perseguido por la policía. Hay todo un sistema moral y jurídico en defensa del

sistema. Lo importante es que todo el sistema social está en crisis. No es que el homosexual ponga en crisis el sistema. En una sociedad distinta y libre las pautas sexuales también deben ser libres. Por eso mismo nos denominamos Frente de Liberación; porque entendemos que formamos parte de todo ese sector del pueblo que está luchando por cambiar las pautas económicas, sociales, jurídicas y morales que sustenta al régimen y que Perón denominó de dominación. O sea de dependencia del imperialismo. (...)

»—En un documento ustedes subrayan “el orgullo de ser homosexual”. ¿Cómo debe interpretarse?

»—Usando como una de nuestras banderas de lucha la consigna “orgullo homosexual”, intentamos alentar a los hermanos de lucha y destruir el complejo de culpa y vergüenza que desde nuestra infancia y durante los años de existencia arrastramos como producto de la educación represiva y antihumana del sistema. Al decir orgullo homosexual no pretendemos crear diferenciaciones ni convertirnos en sectarios sexuales. Esta bandera puede ser levantada por cualquier individuo que sienta y crea que la lucha por la liberación humana lleva como derrotero imprescindible la lucha por la liberación sexual plena.

»Nosotros creemos que, abolida la moral sexual autoritaria, los individuos van a poder elegir y realizar el impulso sexual tal cual se lo dicte su deseo y su conciencia, sin tener que estar pendientes de lo que la sociedad “permita” o “prohíba”: la elección será producto de su propio análisis crítico y no de lo que le indiquen los demás.

»—El 25 de mayo y el 20 de junio la República asistió a dos históricas movilizaciones populares. En ambas participaron miembros del Frente de Liberación Homosexual, portando carteles identificatorios...

»—Sí, nosotros consideramos que la lucha por la libertad sexual no se libra aisladamente sino que se da en el marco de la lucha por la liberación nacional y social. Así es como desde nuestro inicio nos hemos identificado con las reivindicaciones de los sectores populares, denunciando y combatiendo a la dictadura y participando en las movilizaciones del 25 de mayo y el 20 de junio.

»El objetivo del Frente en este punto de vista sería tanto romper el mito que identifica homosexualidad como una práctica reaccionaria, como incorporar al conjunto de la comunidad homosexual al proceso de liberación en marcha, del cual se halla también marginado. El hecho de que nosotros propongamos una liberación integral del ser humano nos hace dar esa lucha en la práctica. Sólo en la medida en que el pueblo nos identifique como un

sector más del pueblo que sufre una marginación y una opresión específica es posible la aceptación sexual de la homosexualidad como una variante del amor. De ahí que la consigna central levantada tanto el 25 de mayo como el 20 de junio haya sido “para que reine en el pueblo el amor y la igualdad”, un párrafo de la “Marcha Peronista” que para nosotros no es una frase vacía. Significa que a pesar de las contradicciones y los prejuicios machistas que todavía subsisten en la población, la revolución popular debe cuestionar también las pautas morales de la clase dominante. O sea que la revolución es un acto de amor. Nosotros tenemos presente las palabras de Eva Perón cuando decía “a los que resisten la evidencia de un proceso o calumnian lo que no comprenden o prefieren callar”; “...son los que no recorren sino caminos conocidos; los inventores de la palabra prudencia; los que nunca quieren comprometerse; los cobardes, que nunca se juegan por una causa ni por nadie; los que no aman porque para ellos el amor es una exageración y una ridiculez...” (...)

»—¿Tienen conocimiento de “razzias” antihomosexuales realizadas durante el nuevo gobierno?

»—Sí, el 23 de junio, personal de la Policía Federal perteneciente a la seccional 21.^a realizó una “razzia” en un bar de esta capital, con el objetivo de intimidar y atemorizar a la comunidad homosexual. Fueron detenidos nueve ciudadanos, a quienes ni siquiera se les permitió el uso del teléfono. Sucesos como el registrado eran habituales bajo la dictadura. El hecho de que se repitan delata la permanencia de actitudes y elementos continuistas reaccionarios que sabotean desde adentro al gobierno popular. No casualmente la represión contra la comunidad homosexual parece reanudarse en un momento en que se agudiza el enfrentamiento entre quienes bregan por efectivizar la liberación y aquellos que pretenden detenerla tirando contra el pueblo. Las coincidencias no son meramente teóricas. Así, Osinde —uno de los principales responsables de la masacre de Ezeiza— que antes del 25 de mayo desde las páginas de la revista *Mercado* prometió “terminar con homosexuales, hippies y drogadictos”, ha desnudado ahora su intención.

»El Frente caracteriza que el mantenimiento de las pautas morales burguesas y sus consiguientes disposiciones represivas constituye una contradicción en el proceso de liberación, en la medida en que no pueden cambiarse las estructuras sin cambiar también al hombre mismo, sin liberarlo también de la internalización opresiva de tabúes y prejuicios propios del sistema de dominación».

No era tan fácil. Néstor Perlongher contaría, años después, que cuando, poco antes del 25 de mayo, se entrevistaron con abogados peronistas revolucionarios para pedirles ayuda para derogar las disposiciones antihomosexuales, les contestaron que no se preocuparan, «que cuando tomaran el poder iba a haber establecimientos especiales para nuestra reeducación». Pero la ruptura llegaría unos días más tarde, tras la manifestación del 21 de julio.

—Sí, pero la teoría del cerco sigue siendo una locura.

Mercedes lo había esperado hasta la una, pero después se quedó dormida. Hacía poco que Sergio Berlín se había mudado a un departamento que le habían comprado sus padres en Viamonte y San Martín, y Mercedes Depino dormía ahí casi siempre. Esa noche, Sergio llegó como a las tres de la mañana y la despertó con besos: le dijo que después de la reunión se habían ido a comer una pizza con Carlos Goldenberg, Graciela Iturraspe y un par más, y que se habían quedado discutiendo. Sergio se sentó al costado de la cama; venía con ganas de contarle lo que había pasado:

—La discusión fue de lo más interesante, pero la posición de la conducción falla por varios lados.

—¿Y en serio fue el Negro Quieto a defenderla?

—A defenderla más o menos. En la charla pública la defendió. Después, al mediodía, cuando paramos para comer, como Inés lo había atacado mucho se la llevó a un rincón y le dijo que él estaba de acuerdo con ella pero que eso no se podía decir en público. Inés se calentó más todavía, imagínate. Lo único que falta es que nos empecemos a mentir entre nosotros...

Inés era Graciela. Sergio, Carlos Goldenberg y otros treinta militantes, los cuadros de conducción de las FAR de la zona Norte del Gran Buenos Aires, se habían pasado todo el día reunidos discutiendo la posición de su organización frente a los últimos acontecimientos. Había habido críticas y diferencias y la conducción había llamado a esa reunión para tratar de unificar posiciones: por momentos, el debate se hizo áspero. Mercedes no tenía el nivel necesario para estar ahí, pero participaba por interpósita persona:

—Bueno, pero el Negro no puede defender la teoría del cerco. Si la erre siempre caracterizó a Perón como un líder burgués...

La «erre» era la FAR: Poco antes, el sábado 21 de julio, la Juventud Peronista había organizado una gran movilización a la quinta presidencial «para romper el cerco». La JP había empezado a llamar «teoría del cerco» a la idea de que Perón estaba rodeado por su entorno y que, sometido al marcaje

de Isabel y López Rega, no tenía datos reales sobre lo que estaba pasando en el país. El cerco, según esta hipótesis, había empezado cuando no lo dejaron bajar en Ezeiza el 20 de junio.

Por eso, la conducción montonera suponía que tenía que hablar directamente con él y, para eso, organizó una marcha que salió del puente Saavedra y tomó la avenida Maipú hacia Vicente López. El día anterior, López Rega había dicho que la Juventud Peronista era una cueva de homosexuales y drogadictos y que «llevaban armas largas bajo los ponchos federales». Esa tarde había cantitos nuevos:

—¡No somos putos,/ no somos faloperos,/ somos soldados de FAR y Montoneros!

Un grupo del FLH que participaba de la marcha intentó parar la consigna, pero nadie les hizo caso. A su alrededor había diez o quince metros de vacío y, más allá, ochenta mil personas. Que atacaban al ministro de Bienestar Social:

—¡Perón, Perón,/ el pueblo te lo ruega:/ queremos la cabeza/ de Osinde y López Rega!

—¡Si Evita/ viviera,/ mataría a López Rega!

—¡El Brujo nos decía/ que a Perón lo engualichó./ Y Perón le contestaba:/ la puta que te parió!

Y así sucesivamente. Aunque, para bajar el tono, muchos cantos recordaban la candidatura presidencial de Perón:

—¡Perón presidente,/ los yanquis que revienten!

Llovía, y hacía mucho frío. La marcha fue hacia la casa de Perón en Gaspar Campos: cuando llegó, les dijeron que el General se había ido a la quinta presidencial. La marcha lo siguió, y lo alcanzó en la quinta. Después de larga espera, Perón decidió recibir a una delegación de responsables de la JP: Juan Carlos Dante Gullo, Juan Carlos Añón, Beto Ahumada y Miguel Lizaso. Los dirigentes le dijeron que representaban a gran parte del activismo peronista y que querían tener más diálogo con él: le pidieron «un contacto permanente, sin intermediarios, para recibir las directivas y explicar la realidad política de los objetivos de reconstrucción nacional». López Rega estaba presente y trataba de interferir en el diálogo, pero se calló ante las palabras de su jefe:

—Me parece muy buena esta demanda de ustedes. De manera que Juan Esquer, el jefe de mi custodia, será el encargado de cumplimentar el momento en que me quieran ver. Es de suma importancia que yo tenga un contacto permanente con la Juventud Peronista cuando me quieran ver.

Contestó Perón, y los dirigentes de la JP se fueron, eufóricos, a comunicar a las columnas el resultado de su gestión: habían roto el cerco del Brujo, dijeron.

—¡Compañeros, otra vez Perón está en comunicación directa con su pueblo! ¡Otra vez la movilización popular consiguió derrotar las maniobras de los enemigos de adentro y de afuera!

Pero unas horas después la secretaría de Prensa de la Presidencia sacó un comunicado diciendo que «el señor López Rega ha sido designado delegado personal del teniente general Perón ante las distintas organizaciones que conforman la Juventud Peronista». Y qué, para verlo, tenían que pedir cita a Julio Yessi, su secretario y jefe de la Juventud Peronista de la República Argentina —JP de la RA, o JotaPerra—, un sello para tratar de contrarrestar a la JP en la pelea partidaria.

—Y encima si decís que está cercado lo estás tratando de boludo: eso querría decir que los que tiene alrededor lo manejan como a un pelele. Y si hay algo que el Viejo no es, es boludo, ¿no?

Le decía, días más tarde, Mercedes a Sergio.

—No, más que un boludo es un viejo crápula: la tiene muy clara, sabe adónde quiere ir y cómo ir, y no hace nada por casualidad.

—Claro, y si López Rega está donde está es porque él lo nombró, y si él quisiera se lo sacaba de encima... Si nos engañamos con historias como esta del cerco vamos a estar jodidos.

—Bueno, el tema es que la eme van todos como soldaditos detrás de la teoría del cerco, y como son ellos los que están hegemonizando la discusión...

—Che, ¿y hablaron algo de las elecciones?

—No, casi nada.

—¿Vos lo pensás votar, al Viejo?

—Y, sí, qué vas a hacer, Petisa, es Perón.

—Yo creo que no lo voto. No soporto votar a la yegua, con el Brujo y toda la corte. La verdad, no creo que lo vote.

—Amor... Bueno, no lo digas mucho, eh.

En esos días, Mercedes era miembro de una Unidad Básica de Resistencia —UBR—, el primer escalón de pertenencia a las FAR. Carlos y Sergio, en cambio, estaban en una Unidad Básica de Combate —UBC—: sus miembros eran combatientes de la organización.

Las UBR solían estar formadas por los militantes que funcionaban como conducción de las «agrupaciones de superficie» —la JP, la JTP, el MVP, el

MIP, la JUP, la UES, la Agrupación Evita— y su responsable era un miembro de una UBC. En la UBR de Mercedes estaba también el gordo Alfredo, un matrimonio de San Miguel, Chuna y Roberto, un poco mayores, y dos responsables del frente sindical de la zona, Pacho y Miguel. Se reunían una vez por semana para coordinar las acciones en la zona, discutir política, tratar las cuestiones personales de cada uno.

—¿Pero cómo, no era que la orga había decidido no hacer ningún tipo de opereta en el gobierno popular?

—Bueno, no es tan así. Lo que se decidió es no hacer operaciones públicas, no firmar, y tener mucho cuidado de no matar a nadie, pero las acciones de pertrechamiento siguen. Si no, ¿cómo vamos a conseguir fierros y guita?

Los miembros de la UBR ya habían ido dos o tres veces a hacer entrenamiento militar en un campo de la provincia que alguien les prestaba. Se pasaban tres días haciendo cursos de supervivencia, tiro, lanzamiento de granadas y discusión política. Carlos era uno de los instructores, y se le notaba que sabía mucho. Había tenido buenos maestros en su estadía cubana.

—Hay que hacer un cana, ya lo tenemos chequeado. El tipo se toma todos los días el mismo colectivo en la 197 y Panamericana, a las 6 de la mañana. No va a haber ningún problema.

Ajustaron detalles, y el día señalado, poco antes de las 6, Mercedes, Carlos y Pacho se pararon al lado del policía. Mercedes quedó detrás; Carlos y Pacho, a los costados. Carlos era el responsable del operativo, y tenía una 9 milímetros tapada por un diario. Se la clavó al policía en los riñones y le habló muy bajito:

—Dame el fierro, somos guerrilleros peronistas. Y no hagás ningún lío que perdés.

El policía entregó el arma sin chistar. En la cola, alrededor, había una docena de personas que no se dieron cuenta de nada. Carlos, Pacho y Mercedes salieron caminando, tranquilos; a media cuadra los esperaba un cuarto militante en un coche en marcha, y se fueron sin ningún problema. Mercedes se había pasado dos días muy nerviosa, esperando el momento. Se decía que yendo con Carlos no iba a pasar nada, que él sabía lo que hacía, pero igual tenía miedo. Cuando se fueron, no podía creer que todo hubiera sido tan fácil.

—Cacho, el que te quiere ver es López Rega.

El Gordo Ramírez consiguió sorprenderlo. Ramírez era un compañero suyo de muchos años, viejo militante de la resistencia peronista con un par de dedos perdidos en la explosión de un caño: Cacho El Kadri le tenía mucho afecto, pero la invitación le sonó extraña y se quedó callado.

—No seas boludo, tenés que venir. Hay una reunión con López Rega porque se va a crear la Secretaría de la Juventud. Vos vas a ser el secretario de la Juventud: yo le dije que el único que tiene ideas...

—Dejate de joder, Gordo, qué carajo voy a hacer yo con estos tipos...

Norberto Ramírez era asesor de López Rega en el ministerio de Bienestar Social, y le insistió un rato largo. Al final, Cacho le dijo que lo iba a consultar con sus compañeros. Por un lado pensaba que no tenía que ir; por otro, ya había aceptado participar en la administración pública con su empleo en Derecho y, además lo halagaba que lo llamaran, que contaran con él. La discusión siempre volvía al mismo punto: si tenían que apoyar al gobierno, si era su gobierno, si participar en él no era traicionar a las bases o aburguesarse. También pesó otro argumento: en esos días, el cura Carlos Mugica había entrado a la Comisión de Vivienda del ministerio de Bienestar Social.

—Bueno, lo mejor sería que vayas a escuchar de qué se trata. Para ver, nomás. Total después ya decidiremos...

—Sí, andá, pero cualquier cosa que te ofrezca, no aceptés todavía. Primero te lo tiene que ofrecer Perón, después tenés que consultar.

La cita era el lunes 23 de julio. Antes de salir de su casa Cacho se acordó de dejar la 9 milímetros que solía llevar en la cintura. Eso de andar sin un arma lo hacía sentir medio desnudo. Un mes antes, Cacho y otros cuatro liberados habían tenido que devolver los 38 que les había conseguido Troxler en la policía de la provincia: un fierro oficial, con papeles, que les había dado so pretexto de que iban a custodiar a la señora de Bidegain.

En la antesala del ministro, Cacho El Kadri se encontró con Julio Yessi, el jefe de la Juventud Peronista de la República Argentina. Se conocían porque Yessi también era hijo de árabes:

—Qué tal, El Kadri, cómo andás.

—No tan bien como vos... Se ve que te fuiste para arriba.

Le dijo Cacho, mirando la *boisserie* del despacho. Sobre el escritorio había un 38 corto.

—No jodas, estoy acá como un soldado más.

—Qué cosa, cuando necesitamos soldados, a vos no se te vio.

—Cada uno hizo lo que pudo.

El ambiente se estaba poniendo espeso cuando lo cortó una voz en el intercomunicador:

—Que pase El Kadri.

López Rega le tendió la mano y la sonrisa en cuanto entró en su despacho. Era una oficina enorme, con grandes ventanas y un gran escritorio al fondo. López era bajito y tenía la piel casi traslúcida. Le dijo varias veces cuánto placer le daba verlo, y lo llevó hasta unos silloncitos dispuestos alrededor de una mesa ratona:

—Tome asiento, por favor, compañero. ¿Qué va a tomar? ¿Café, whisky?

—No, mate cocido.

—Bueno, qué alegría verlo por acá. Ahora es cuando los verdaderos peronistas tenemos que juntarnos más que nunca. ¿Usted vio lo que pasó anteayer? Cómo llevaron a esa juventud, de las narices. La llevaron con el cuento de verlo al General y terminaron insultándome a mí.

López Rega se sonreía con sus labios tan finos; Cacho pensó que su voz le recordaba mucho a Chirolita. Lo miró un momento a la cara antes de hablar:

—Mire, señor, quiero que le quede claro que yo estuve en esa manifestación y comparto plenamente todo lo que se dijo.

López se sobresaltó por un segundo. Fue un movimiento muy breve, casi imperceptible. Después recuperó el control y simuló una risita:

—Bueno, yo también cuando tuve sus años era como usted. Porque usted no sabe quién soy yo. Yo he quemado tranvías en la época de la Corporación de Transporte. Yo ahora circunstancialmente soy ministro, pero antes que nada soy un militante peronista.

La llegada del mate cocido descomprimió la situación. El ministro dijo dos o tres banalidades sobre el azúcar y los problemas de su abuso. Después volvió a su asunto:

—Yo conozco muy bien sus antecedentes, sé todo lo que ha hecho por el país. Hombres como usted son un ejemplo de patriotismo, y el general Perón me ha pedido que le encomiende una misión muy importante...

—No sabe cuánto le agradezco. Yo lo único que le pido, antes de seguir conversando, es hablar con el general Perón.

—¿Cómo? Si yo le estoy transmitiendo lo que me dijo el General en persona.

La escena parecía confirmar la teoría del cerco: López Rega se arrogaba la representación de Perón para intentar atraerlo con un ofrecimiento tentador.

—No, no. Es inconcebible que los peronistas no podamos hablar con el general Perón. Lo único que quiero es hablar con él. ¿Qué problema hay?

López Rega se tomó su tiempo y cambió el tono. Ahora era casi amenazador:

—Usted se está perdiendo una posibilidad muy importante.

Cacho estaba levantando presión y quiso calmarse con un sorbo de mate cocido: el líquido estaba hirviendo y tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le notara la quemazón:

—Mire, le aclaro, nosotros hemos estado en todas las resistencias, en todas las cárceles, en todas las torturas. No queremos ni puestos, ni ministerios, lo único que queremos es verlo a Perón.

—¿Pero cómo, usted no confía en mi palabra?

—No.

—Entonces no tenemos nada más que hablar.

López Rega y El Kadri se levantaron al mismo tiempo. El ministro se fue hacia su escritorio, y Cacho hacia la puerta. En la antesala lo esperaba su amigo, el Gordo Ramírez:

—¿Cómo te fue?

—No sé para qué carajo me hiciste venir para hablar con este hijo de puta. Yo con el único que quiero hablar es con Perón.

Ramírez empezó a transpirar y le dijo que lo esperara abajo. Cacho salió, muy digno, pero enseguida se dio cuenta de que se había perdido. Estuvo como diez minutos deambulando por pasillos todos iguales, que no iban a ninguna parte. Miraba todo el tiempo para atrás, pensaba que quizás lo iban a apretar en algún rincón del ministerio. Cuando por fin consiguió llegar al hall de entrada, Ramírez lo esperaba hecho una furia:

—Cacho, ¿qué me hiciste?

—Nada.

—¿Cómo nada? Arruinaste tu carrera. Así no vas a ir a ningún lado.

—¡Pero dónde mierda querés que vaya con estos traidores, carajo!

—¿Sabés todos los que hay haciendo cola para ocupar tu lugar, la secretaría de la Juventud?

—¡Ma que se la metan en el culo!

Después, se iba a arrepentir muchas veces de lo que hizo ese día. En realidad, de lo que no hizo: no le hubiera resultado tan difícil entrar con un revólver y pegarle un tiro a López Rega. Cacho sabía que lo habrían matado ahí nomás, pero seguramente habría evitado tantos males. Su omisión le remordía la conciencia.

Julio de 1973. El lunes 29 Perón fue a dar un discurso al local de la CGT, ante toda la dirigencia sindical: «Aquellos que se sienten revolucionarios y que quieren pelear sin necesidad, es porque se sienten malos en vez de sentirse inteligentes». Y poco después habló por primera vez de lo que había pasado en Ezeiza:

—Tenemos que educar a un pueblo que está mal encaminado, y debemos encaminar a una juventud que está, por lo menos, cuestionada en algunos graves sectores. Lo que ocurrió en Ezeiza es como para cuestionar ya a la juventud que actuó en ese momento. Esa juventud está cuestionada. Tenemos una juventud maravillosa, pero ¡cuidado con que pueda tomar un camino equivocado! Y ésa es la obligación nuestra, ésa es la tarea.

Esa tarde, Perón dijo por primera vez una frase que haría fortuna:

—Seamos capaces de realizarlo todo en su medida y armoniosamente. Tenemos un ejemplo en nuestro propio proceder. En los dos gobiernos justicialistas anteriores nos apresuramos un poco y creamos una oposición, justificada o no, pero oposición que al final dio por tierra con nosotros. (...) En el futuro, lo que tenemos que hacer es terminar en el país tanto con los apresurados como con los retardatarios.

«Todo en su medida y armoniosamente» se convirtió en un slogan que algunos tomaban muy en serio y otros medio en chiste. Y los «apresurados y retardatarios» se convirtieron en personajes habituales. Después, Perón dijo que «nosotros somos un movimiento de izquierda, pero la izquierda que propugnamos es una izquierda justicialista: no es una izquierda comunista ni anárquica. Las desviaciones ideológicas y el florecimiento de la ultraizquierda ya no se toleran ni en la ultraizquierda».

«—No admitimos la guerrilla, porque yo conozco perfectamente el origen de esa guerrilla. Los partidos comunistas que en otros países han visto que dentro de la ley iban a su destrucción, han querido salirse de esa ley para defenderse mejor. Eso no es posible dentro de un país donde la ley ha de imponerse. Eso es un asunto que la ley no tolera, y que en consecuencia nosotros no podemos tolerar. Nosotros no le ponemos ningún inconveniente si ese partido político —se llame comunista, se llame ERP o se llame Mongo Aurelio— quiere funcionar dentro de la ley como funcionamos nosotros».

La expresión se difundió mucho: desde ese día, muchos llamaron a los Montoneros Mongo Aurelio. Tres días antes, la JP había movilizado unas 90.000 personas al parque Saavedra para conmemorar la muerte de Eva Perón. Allí se escuchó, por primera vez, una consigna que sonaría muchas veces:

—¡No rompan más las bolas;/ Evita hay una sola!

Mientras tanto, en la Catedral, Juan Domingo Perón y Estela Martínez de Perón encabezaron un «solemne funeral» por Eva Perón. Afuera, en la plaza, unas 10.000 personas vitoreaban al General.

—Venimos a recordar a la pobre Eva, que trabajó tanto y a la que pagaron tan mal.

Dijo Perón, emocionado. Pocos días después, el 4 de agosto, el General anunciaba que se presentaría a las elecciones llevando a su tercera esposa como compañera de fórmula.

Cinco

—Daniel, entró este torino para arenar... Hacelo bien que el dueño es...

—¿Quéee? ¡Hable más fuerte, no le entiendo nada!

—¡Sacate la escafandra!

Daniel De Santis paró la pulidora y se destapó la cabeza. Cada vez que se sacaba el protector metálico sentía que salía del fondo del mar. Estaba todo enfundado para que no le saltaran los ácidos cuando le sacaba la pintura a las heladeras. El dueño del taller se le acercó medio cómplice y le señaló el torino 380 dorado muy caído.

—Te decía que el dueño del toro es jefe de la sección Despacho de Propulsora. Yo te di una mano; le dije: el pulidor tiene la solicitud presentada en Propulsora...

—¿Ah sí?

—Sí, me dijo bueno, vamos a ver cómo me deja el auto y después vemos si le damos una mano.

—Grande, trompa.

Daniel se sentía un poco falso. Agradecerle al patrón no le parecía muy de acuerdo con sus principios. La semana anterior le había contado a su primo que el dueño del taller lo invitó con una corvina a las brasas. El primo se le rió: «El que come en la casa del patrón tiene cola de ratón». Pero Daniel tenía un objetivo: entrar a Propulsora Siderúrgica era ir con el proletariado de vanguardia. Precisamente lo que proponía el PRT para sus militantes. El taller de pulido de piezas de fundición de Ensenada era un paso: le servía para tener el carnet de la UOM pero nada más. Hacía un par de meses que tenía turno partido y estaba todo el día con el patrón y su hermano, festejando los goles de Gimnasia y los chistes del Gordo Porcel. Ya le habían contado tres veces que le habían visto las tetas a Zulma Faiad en El Nacional y Daniel se tenía que reír como si la vedette fuera un chiste irresistible. Estaba hartó. Encima no le daba el tiempo para las tareas. Así, la proletarización era un fracaso.

El torino quedó impecable, listo para ir a pintura. El jefe de Despacho de Propulsora miró a Daniel con atención, como a una mercadería a punto de

embalaje. Daniel quería parecer un metalúrgico de años y dejaba la mirada en el vacío.

—¿Dejaste tus datos en Personal?

—Sí señor, lo dejé el mes pasado...

Si me como alguna ese, mejor, pensó Daniel. Propulsora Siderúrgica era una fábrica de laminados planos con una tecnología muy moderna: propiedad del grupo Techint, perteneciente a la familia Rocca, se había instalado a principios del 60. La planta y las oficinas estaban en el camino Almirante Brown, la costanera que unía Ensenada con Punta Lara. Eran varias hectáreas con puerto propio, taller y un galpón de tres cuadras de largo por una de ancho, además del área comercial y de administración. Cuando Daniel fue por primera vez a la planta vio que la mayoría de los obreros eran técnicos de escuelas industriales de menos de 30 años, y que algunos iban en fiat 600, en citroën o en motos. Se acordó de algunos artículos de Marx que hablaban de la aristocracia obrera y de otro que decía que los proletarios de las industrias más concentradas eran la vanguardia. Daniel era perito mercantil y sabía que, de cajón, lo iban a querer mandar a administración. Después de llenar otra planilla, tuvo una entrevista de admisión con una psicóloga. Daniel puso cara de vaca y las manos sobre el escritorio, tenía las uñas bastante negras.

—¿Por qué quiere ir a producción?

—Me gustan las cosas grandes, y ahí en la planta se mueven las cosas grandes.

La psicóloga se sacó los anteojos y lo miró como para interpretarlo. Se suponía que nunca podía quedar desconcertada.

—¿Qué es lo grande?

—Bueno, el acero... las máquinas. Yo estoy trabajando con herramientas antiguas y a mí me gustaría manejar las máquinas modernas.

—Pero usted es perito mercantil...

—Ah, pero yo prefiero los fierros a los números, señorita.

Cuando terminó la frase pensó que el inconsciente lo había traicionado de verdad: cómo iba a decir los fierros.

—Usted me entiende, doctora, yo me paso el día en el taller y manejo todos los equipos, las herramientas, ¿no?

Después pasó por los exámenes médicos y volvió a administración un par de veces. A la tercera, el empleado lo recibió con una sonrisa:

—Lo tuyo está... Tenés que presentarte el primer día de agosto a las seis en sección Despacho. Es lo normal, sabés, por ahí empiezan todos.

Ese miércoles Daniel se levantó a las cuatro. Su esposa, Silvia Kreilis, protestó un poco y después lo ayudó a preparar el bolso. En la casa operativa de Berisso también vivían Susana Gaggero y su hijo Enrique, Carlota Marambio, que era maestra jardinera, y Pablo, un estudiante de periodismo de 19 años. Susana era la responsable de la célula y se levantó a prepararle el café con leche con pan y manteca.

—Es por esta vez, que no se te haga costumbre.

En el playón de entrada hacía frío. Cuando oyó la sirena, Daniel sintió una ola de calor por todo el cuerpo y siguió la marea que iba para los vestuarios. Antes pasó por el pañol: le dieron un pantalón y una camisa verde y una orden para retirar otro juego de ropa.

Las primeras dos semanas se pasó ocho horas diarias empaquetando bobinas y planchas de acero. Tenían refrigerio, buenos baños, médico y un delegado que adoctrinaba a los nuevos. Ante cualquier problema tenían que recurrir al cuerpo de delegados, les decía, que reportaba a la UOM La Plata y se renovaba por elecciones donde votaban unos 1300 afiliados. El cuerpo de delegados había surgido de una lista única heterogénea, hegemonizada por gente de la Azul, oficialistas. El delegado que le tocó a Daniel se llamaba Julián y era uno de éstos. De entrada les dijo que el sindicato era la lista Azul Rosendo García, y que en la fábrica la Azul era Murmullo Gómez. Murmullo era de la sección Transportes, hablaba gangoso y le gustaba verle la cara a los nuevos. Julián, después de presentarles a Murmullo, les dio algunas recomendaciones:

—Vean, acá hay gente que le gusta el lío, que les van a decir que si les faltan guantes hay que parar la fábrica. Pero, ¿saben qué? Ésos, a la hora del quilombo, los mandan a ustedes al frente y se borran, así que acá, muchachos, ustedes van a aprender para qué sirve el sindicato.

El delegado fumaba todo el tiempo y a Daniel se le ocurrió preguntarle a otro más viejo de la sección si Julián trabajaba.

—No, tiene licencia gremial, qué te creés.

Daniel le dijo que él no iba con eso, que le parecía que los buenos delegados tenían que trabajar como todo el mundo. El tipo lo miró como diciendo qué carajo me importa. Daniel se dijo que tenía que ir más lento, que se tenía que dejar llevar por la corriente y, para cambiar de tema, le preguntó cuándo cobraban la quincena.

—El 2. Después salimos y nos vamos a morfar algo y al cabarute, a tomar algo con las locas. No te la podés perder, pibe.

Daniel habló con Silvia, su esposa, y le contó que la salida con los compañeros de sección incluía una pasada por los piringundines de La Plata, unas copas y a lo sumo un par de boleros de Manzanero. Silvia Kreilis era alta y tenía los ojos muy verdes y el pelo muy rubio. Sus padres se habían escapado de Letonia cuando Stalin integró ese país a la URSS, y eran bastante anticomunistas. Silvia, en cambio, era de izquierda y poco antes había entrado al PRT como simpatizante. Una de los primeros documentos internos que le dieron a leer fue *Moral y Proletarización*, una minuta que habían escrito los presos en 1972, muy estricto en cuanto a la vida cotidiana de los militantes: decía por ejemplo que mantener relaciones sexuales fuera de la pareja era una característica de la moral burguesa que los militantes debían rechazar. Era la idea, aunque no todos la cumplieran. De todas formas, a Silvia no le preocupaba mucho que Daniel se fuera a pagar copas a unas mujeres que se dejaban tocar las tetas. Sobre todo si formaba parte de su proletarización.

El jueves 2 Daniel hizo el turno de dos de la tarde a diez de la noche. Se fue bien vestido, con el gabán azul cruzado de solapa ancha y el pantalón de corderoy de mucha botamanga que le tapaba el taco de los mocasines. Antes de tomar el colectivo pasó por el quiosco. Pidió el diario *El Día* y el *Estrella Roja*. Y se puso en la fila del colectivo con la revista bien visible. Se imaginó que las miradas iban a ir todas derecho a la estrella de cinco puntas y que alguno le iba a preguntar de dónde había sacado esa revista. Entonces él iba a poner cara de nada: no, se vende en los quioscos, señor, cómprela. Pero el colectivo no llegaba y la gente puteaba porque se le hacía tarde. Daniel se puso a leer.

«Desde el número 22 el *Estrella Roja* ha comenzado a distribuirse legalmente y así se continuará haciendo en la medida que esto sea posible. Anteriormente, nuestro periódico se veía limitado a la distribución clandestina. Él mismo era piqueteado por nuestros compañeros en las fábricas, barrios, facultades, donde tuvo siempre muy buena acogida y donde el periódico pasaba de mano en mano. Esta forma de distribución que tuvo que adquirir la prensa revolucionaria significó muchas veces la persecución, la cárcel y hasta la muerte de muchos compañeros. La distribución que ahora encaramos tiene por objetivo llegar a una mayor cantidad de lectores y hacerles conocer así qué es el Ejército Revolucionario del Pueblo, qué piensa, cómo vive y por qué lucha. Este número está dedicado especialmente a los 16 compañeros revolucionarios fusilados en Trelew al cumplirse el primer aniversario de su muerte».

Durante el refrigerio fue a cobrar su primera quincena: 1500 pesos, más de lo que ganaba en el taller en todo el mes, tres sueldos mínimos. Calculó que, sacando el diez por ciento de cotización para el partido más los gastos que le tocaban de la casa operativa, a fin de mes podría comprarse la zanella 175 que le gustaba. A lo sumo pediría unos pesos prestados. Con la plata en el bolsillo entendió por qué la mayoría de los obreros se vestían mejor que sus compañeros de militancia. Al rato estaba embalando chapa, haciendo los paquetes con papel grueso y zunchos y empujándolos sobre una larga mesada de rodillos. Era duro y el agotamiento le hizo dejar de lado sus especulaciones.

—Mierda, que cansa el acarreo ¿no?

Le dijo Juan, el flaco que manejaba la pequeña grúa y que estaba afiliado al Partido Comunista. Daniel le había hecho algún comentario, como para que supiera que andaban en lo mismo. Todo era tan distinto a las asambleas de Ingeniería. Ahí, en la fábrica, no se iban a acusar de reformistas o guerrilleros.

—Che, De Santis, antes de ir a la cantina quiero presentarte al Pampa.

El Pampa era Salvador Delaturi, un tipo con diez años en el PC. Había empezado su militancia siendo ferroviario en Gral Pico, en las huelgas contra el desmantelamiento de los ferrocarriles que intentó el gobierno de Frondizi. Lo primero que se le ocurrió al verlo fue que si hubiera muchos más marxistas con esa pinta todo sería más fácil. Un tano con olor a fábrica, no como esos chicos desgarrados de dedos flacos que abundaban en las facultades. El Pampa le apretó la mano y lo miró a los ojos:

—Bueno, compañero, hay que prepararse para las elecciones, así que usted nos va a venir bien, hay que concientizar a los compañeros, les tenemos que dar una lección al Murmullo y a toda esta burocracia metalúrgica.

Daniel pensó que, por lo menos al principio, iba a tener que quedar bajo el ala del PC. Cruzaron unas palabras, quedaron en volver a verse. Daniel sabía que para tener todo el mapa de la militancia tenía que hablar con otros dos: Omar Cherry, el Turco, de la JTP, y Luis Rave, el Pato, del PB.

Al final del turno Daniel se fue a la fonda de la vuelta con los compañeros de sección. Los días de cobro había que llegar enseguida porque se llenaba. Se devoraron las milanesas napolitanas y los pingüinos de tinto les sirvieron para entonarse. Con el flan con crema, Daniel se repetía que la visita a los piringundines era una tarea política. Sólo había ido una vez a uno, de chico, en Chivilcoy. Le intrigaba un poco saber si serían como lo que había visto aquella vez. Las plantas de plástico, el te amaré de los boleros y los escotes

generosos al principio no lo impresionaron. Pero lo mató la calidez de la petisa que le agradeció la primera copa. Ella le contó que a veces trabajaba en el Swift y él le aconsejó que no perdiera su identidad de clase. Cuando la petisa hizo un movimiento de hombros y codos para exagerar sus pechos y le pidió la segunda copa, Daniel se sintió un poco ridículo. Al rato, los más experimentados juntaban al resto para ir a otro piringundín. Y después a otro. La gira duró hasta las cinco de la mañana: habían entrado a siete cabarets y en dos habían visto números de strip tease. Daniel tomó abundante Cubana sello rojo, cubalibre y vodka, y en su reunión de célula lo contó como una humorada.

—... bebidas del campo socialista...

Pero no cayó bien. Para colmo era una célula con mayoría femenina. Susana y Carlota lo criticaron, por más que Daniel insistió en que era parte del trabajo político, que era la manera de compartir la vida cotidiana de sus compañeros que eran nada menos que proletarios de vanguardia. Susana trató de ser didáctica:

—Vos tenés conciencia revolucionaria, o al menos deberías tenerla. Esos obreros, por más que sean de vanguardia, están influidos por la moral dominante, la moral burguesa...

Carlota fue más terminante:

—Me parece una lumpeneada.

La cosa quedó ahí hasta que, unos días después, Daniel fue a una reunión de militantes sindicales donde también estaba Fermín. Fermín era de la dirección regional, no llegaba a los 25 años y se había destacado como militante del frente legal, abriendo comités de base y vendiendo *Nuevo Hombre*. Hacia afuera era carismático, entrador: podría haber sido un buen vendedor y nunca había trabajado de obrero. Hacia adentro, era riguroso. Fermín sacó el tema, hizo una pausa, y mientras se tiraba de los bigotitos, le dijo a Daniel que ni se le ocurriera volver a un cabaret en su vida.

Daniel De Santis había nacido en 1948 en Chivilcoy, una ciudad de 50.000 habitantes en la provincia de Buenos Aires. Era el tercero de los cuatro varones de un matrimonio radical: Betty, nieta de gallegos, maestra y puntera del barrio, y Luciano De Santis, Pildorita, un farmacéutico hijo de inmigrantes calabreses llegados con el fin de siglo. El año en que nació Daniel, Pildorita fue elegido concejal, y tres años después estuvo a punto de ser diputado. Fue en 1951, cuando las mujeres votaron por primera vez. Esa noche, Pildorita volvió a su casa indignado y no quiso ni hablar con su

esposa, convencido de que el peronismo le había ganado por culpa del voto femenino.

En julio de 1952, cuando murió Evita, una columna de manifestantes con antorchas y retratos apareció delante de la casa de los De Santis, que a duras penas salvaron los vidrios del negocio. En 1955, la familia escuchó por la radio a Perón lleno de cólera prometiendo venganza por los bombardeos de la marina en Plaza de Mayo: la promesa de que por cada peronista caído caerían cinco enemigos impulsó a Pildorita a buscar un escondite para su familia. Al rato el remisero Rodríguez estaba cargando a los tres chicos, a la madre y la tía en su chevrolet negro. Rodríguez era peronista: Daniel tenía 7 años y pensó que en una de éstas se le daba por cumplir con lo que había dicho su jefe y estrellaba el auto contra un paredón. Así morían cinco por uno: Rodríguez, el peronista, y cinco gorilas, los De Santis. Daniel temblaba de miedo, pero diez minutos después llegaron a la casa de la tía, sanos y salvos: Daniel estaba casi decepcionado.

Los hermanos De Santis participaron en la agrupación de niños católicos de San Luis Gonzaga, y después en la Acción Católica. Daniel era un buen cristiano: nunca faltaba a misa, se dedicaba mucho a sus actividades parroquiales y el cura Latapie lo tenía a la buena. Cuando cumplió quince años lo designó para que se ocupara de calificar las películas que se proyectaban en los tres cines de la ciudad: Daniel tenía que verlas y poner, en la cartelera del atrio, la opinión que la iglesia tenía de cada una. Era una responsabilidad importante, y Daniel se la tomaba muy en serio. Hasta que estrenaron *Lujuria Tropical* de Armando Bo, con Isabel Sarli; Daniel puso en su cartelera que la iglesia no recomendaba en absoluto la película, pero no podía evitar la fascinación que le producía pensar que la Sarli estaría en Chivilcoy para el estreno y que la podría ver ahí, en carne y hueso. Se quedó a unos diez metros y el escote de la diva fue demasiado para su moral religiosa, así que bajó la vista. Al otro día, un grupo de la Acción Católica fue al cine con bombas de alquitrán para inutilizar la pantalla pecadora. A Daniel no le gustaban esos métodos: le parecía que así no se llegaba a nada.

La Acción Católica también era muy activa en la lucha contra el comunismo, y Daniel participaba. Aunque se intrigó un poco cuando salió a pegar un cartel que decía que «El comunismo y el cristianismo quieren lo mismo...», pero que los métodos del cristianismo eran buenos y los del comunismo horribles. Mientras pegaba pasaban vecinos que lo felicitaban, pero Daniel se quedó con ciertas dudas. En esos días, el cura lo invitó a unos cursos de la Acción Católica, donde aprendió qué era el revisionismo

histórico: criticaban a Moreno, alababan a Saavedra y eran muy peronistas y antijudíos. Después, el cura le dio un libro titulado *Año 10* de Hugo Wast; Daniel sólo leyó el prólogo y el primer capítulo y no le gustó. En realidad, no le gustó casi nada de lo que decía esa gente: él era morenista y ellos saavedristas; él radical y ellos peronistas; él cristiano y ellos antisemitas.

Inmediatamente, su conflicto se trasladó al amor: cuando el cura le decía que se arrepintiera de sus lujurias —los besos a Liliana—, Daniel decidió dejar la Acción Católica y el debate teológico. A Liliana, los muchachos la llamaban la Emiliozzi —«la mejor máquina de la temporada»—; a Daniel le parecía la mujer más linda del mundo y se sentía el galán de los galanes. Eran los tiempos en que Dante Emiliozzi ganaba una carrera tras otra con su ford y Daniel era fanático de ford: le sacaba a su padre el falcon cada vez que podía. Para ese entonces era secretario del club colegial y logró una buena performance con el equipo de básquet. Estaba alto y fuerte y sabía trompear con habilidad y pocos escrúpulos: la vida era agradable y acotada. Hasta que se acabó el secundario y le llegó la hora de seguir una carrera universitaria. Lo que más le gustaba era la historia pero su madre no estaba de acuerdo: le dijo que, igual que ella, era brillante para las matemáticas, y debía estudiar ingeniería. Daniel aceptó, se mudó a La Plata en enero de 1966 y alquiló un departamento con Oscar, otro de Chivilcoy que estudiaba bioquímica y militaba en una agrupación de independientes de izquierda que respondía al Partido Comunista. Él le prestó su primer libro de política: los *Pasajes de la Guerra Revolucionaria* de Ernesto Guevara. La lectura se le mezclaba con las primeras escaramuzas reales. En abril fue a su primera asamblea universitaria. Aprendió que a los de izquierda también les decían gorilas y, cuando salían a la calle, la policía montada cargaba contra ellos a planazos. Ese día alguien lanzó la consigna de tomar el rectorado. Primero intentaron forzar la puerta del edificio; después uno se coló por la ventana, y atrás pasó el resto. La policía no se atrevió a entrar para sacarlos: la autonomía universitaria era algo muy serio en esos días. Tiraban, desde afuera, gases lacrimógenos al patio, y los estudiantes los devolvían, como podían, a la calle.

El 28 de junio de 1966, cuando los militares voltearon a Illia, Oscar salió de su departamento para ir a la facultad y volvió al rato, indignado porque estaba rodeada por carros de asalto. Hasta entonces Daniel era sobre todo radical y católico. A fin de ese año, por primera vez, se acostó una noche sin rezar. A veces se metía en la cama y daba vueltas y más vueltas sin conciliar el sueño, como si le faltara algo: cuando se daba cuenta de que era el rezo se dormía tranquilo. Poco a poco se iba alejando de sus primeras ideas. Aunque

todavía no las había reemplazado por nada muy definido. En octubre de 1967 recibió con dolor la noticia de la muerte de Guevara. Ese día, mientras escuchaba con avidez noticieros de diversas radios, una vecina mendocina y muy atractiva, Lila, le tocó el timbre para pedirle una taza de azúcar. Ella se lamentó de la muerte del Che porque era muy churro. Daniel casi le cerró la puerta en la cara: no podía creer que Lila fuera «tan pequeñoburguesa». Pequeñoburgués era una expresión que hasta ese momento le parecía ajena, pero ese día empezó a sentirla propia. Daniel seguía las noticias de la guerra en Vietnam y pensaba que los vietcongs tenían razón porque era una guerra anticolonial, pero se alegraba cuando ganaban los americanos. Tenía muchos años de películas del oeste y series donde el muchachito yanqui era el garante de la bondad universal. Hasta que llegó la ofensiva del Tet en enero de 1968 y, por alguna razón desconocida, un día le pareció que su convicción y su afecto se juntaban en los vietcongs. Daniel sintió, casi de golpe, una gran tranquilidad y pensó que se había convertido en un revolucionario. Tenía veinte años y la foto del Che en la cabecera de la cama, pero le faltaba encontrar su lugar.

Así llegó a las primeras reuniones del MALENA. Su nombre oficial era Movimiento de Liberación Nacional —MLN—: un grupo que se había formado a partir de un desprendimiento del Partido Socialista y se reivindicaba nacionalista, revolucionario y socialista. Entre sus figuras más destacadas estaban Ismael y David Viñas, Paco Urondo y Celia de la Serna, la madre de Ernesto Guevara. Daniel empezó a militar en Ingeniería de La Plata y participó de otra toma del rectorado que le costó dormir una noche en una comisaría. Sintió que era un hito en su vida. En el 69 hizo la conscripción y cuando salió se encontró con la desagradable sorpresa de que el MALENA se había disuelto.

Un año después, mientras leía sin entusiasmo *La Razón* en el comedor universitario, una nota le resultó atractiva: un asalto del ERP a una armería, firmado por el comando Felipe Vallese del Ejército Revolucionario del Pueblo. La noticia describía la acción como algo cuidadoso, bien organizado; a Daniel no le gustaba la improvisación. Otro punto a favor era que el ERP era marxista y reivindicaba a Vallese, un muerto peronista. Tomó contacto con Eduardo Merbilhaá y empezó en la TAR: la Tendencia Antiimperialista Revolucionaria era la agrupación de superficie del PRT. Tiempo después le ofrecieron integrarse al partido: su primera responsable fue Susana Gaggero de Pujals. Empezó en tareas barriales, vendiendo *Nuevo Hombre*, participando en acciones militares menores y, en 1972, consiguió su primer

trabajo como albañil. Daniel había sido un deportista vigoroso pero el hormigón lo hizo sentir un alfeñique. A principios de 1973 tuvo su segundo intento de proletarización, en el taller metalúrgico de Ensenada. Hasta que, por fin, pudo dar el gran salto e intentar ganarse un lugar entre los obreros de vanguardia de Propulsora Siderúrgica.

Julio de 1973. Zelmar Michelini había sido legislador y ministro de Educación de su país, el Uruguay, antes de tener que exiliarse por el golpe militar de febrero. En la Argentina se ganaba la vida como periodista del diario *La Opinión*, y siguió tratando de explicar para qué servían sus colegas: «No hay institución más desconocida, más discutida, más mal negada que el parlamento. Asombra primero y asusta después la ignorancia popular respecto a las Cámaras: su trabajo, su papel en la marcha de una nación. Y el descrédito que recae sobre su labor como cuerpo es muchas veces —¿o siempre?— la referencia que se hace al todo por la responsabilidad de alguno de sus miembros.

»La creencia de que no se trabaja, de que se pierde el tiempo, de que sus integrantes son haraganes, analfabetos cuando no corruptos y, sobre todo, la versión de su ineficacia, son algunas de las críticas que se formulan continuamente. Frente a esto, que recoge una opinión popular infundada, muy poco hace el parlamento para destruir la leyenda malsana. No hay una conducta parlamentaria —del propio cuerpo como tal y no de los bloques o de sus integrantes— para trasladar a la opinión las características del trabajo que se realiza, la dedicación de sus integrantes, la aplicación responsable a los temas a estudio. (...)

»No queremos comparar funciones diferentes, pues la atención pública es naturalmente distinta en cuanto personaliza el Ejecutivo con su único representante, el Presidente, y en cambio no tiene imagen posible, concreta, respecto a cuerpos numerosos, como el Senado, por ejemplo. Pero el hecho es más grave si se considera que hay un desconocimiento total, no sólo de la labor sino de la función, de tal modo que la gente se hace la idea de que es un elemento prescindente, casi decorativo, tan sólo un consuelo político para los partidos que intervienen en la lucha electoral...».

Luis Venencio se había entusiasmado tanto con los resultados de la toma que, durante un par de meses, estuvo dándole vueltas a la idea de irse al ERP. Seguía en la Agrupación JTP del astillero, pero dudaba: a veces pensaba

que los Montoneros, por sus compromisos con Perón, por su ideología, no estaban preparados para ir lo bastante lejos; y que una experiencia como la de Astarsa le confirmaba que estaban dadas las condiciones para doblar la apuesta.

El triunfo de la toma fue casi completo y había euforia: estaban consiguiendo cosas que habían buscado durante años. Renovaron con elecciones el cuerpo de delegados y los doce elegidos pertenecían a la Agrupación. Todos los despedidos por razones políticas o gremiales fueron reincorporados: entre ellos el propio Luis, el Chango Sosa e, incluso, dos delegados echados quince años antes. Les aumentaron los sueldos y, sobre todo, consiguieron grandes cambios en las condiciones de trabajo. La empresa los trataba con guantes de seda. La comisión convenció a la patronal de que los obreros rendían menos después de comer, porque estaban pesados, cansados. Entonces propusieron un horario corrido de 6 a 15, nueve horas, pero como el trabajo fue declarado insalubre tenían que hacer dos horas menos: trabajaban de 6 a 13 con media hora de descanso a las 10 para comer las medialunas que les pagaba la empresa. Y lo más curioso era que, en esas seis horas y media producían lo mismo que en el régimen anterior de doce horas diarias. Era una gran victoria: habían recuperado la mitad de su tiempo.

Y, sobre todo, consiguieron destituir al jefe de seguridad y formar la Comisión de Control Obrero de la Seguridad e Higiene.

—Jaime, vos te vas a encargar de la comisión de higiene y seguridad.

Le dijo, en una reunión de la Agrupación, el Chango Sosa, y Luis se encontró frente a un mundo casi desconocido. Ninguno de ellos sabía nada del tema pero enseguida empezaron a verle grandes posibilidades. Y ciertas preocupaciones:

—También tenemos que encontrar la manera de no usar lo de la comisión para dejar de laburar, para burocratizarnos. Si nos empezamos a rajar y a tomar atribuciones, vamos a terminar siendo iguales que los burócratas.

—Vos siempre el mismo trosko, Jaimito.

—No, en serio lo digo.

—Sí, seguro. No, yo también lo digo en serio. Acá tenemos que mostrarle a todos los compañeros que se puede ser delegado y no ser un hijo de puta aprovechador. Ya nos andan cargando, alguno que se acerca y te dice bueno, así que ahora van a pelear, eh, no se olviden de los pobres, boludeces así. Acá tenemos que pasarnos en la fábrica más horas que nadie, tenemos que estar siempre ahí, tiene que estar claro que nosotros no sacamos ninguna

ventaja personal de esto. Más bien al revés: que nosotros nos pelamos el culo más que cualquiera, que somos los que más laburamos.

—Che, y hay que llegar a la hora de entrada como todo el mundo, reunirse con los compañeros de cada sector, andar siempre preguntándoles si tienen algún problema.

—Sí, aunque sea personal también. ¿Viste que a veces Carola vos le ibas a decir que tenías un problema con tu mujer que la tenías que internar y el tipo te sacaba cagando, que eso no tenía nada que ver con el laburo, con él? Bueno, hay que mostrarle a los compañeros que vamos a tratar de interesarnos por todo, que no los vamos a dejar en banda...

—Y hay que laburar, también, no hay que dejar de laburar. Aunque sea un rato pero hay que ir todos los días y cazar el martillo y darle, aunque sea un rato.

La comisión de Seguridad e Higiene estaría integrada por seis trabajadores, y le hicieron un reglamento que decía que nadie podía estar más de un año en esas funciones. Y las funciones parecían infinitas. Luis pensó que no podía irse al ERP justo entonces, cuando tenía todo ese trabajo por delante.

—Hugo, lo mejor es que de últimas les estamos controlando la producción. Y estamos demostrándoles que nadie mejor que los laburantes para manejar los ritmos, para gestionar su propio laburo. Trabajamos más cómodos y producimos más. Es joda.

Cada día la comisión de SyH controlaba los trabajos en curso para estipular las medidas de seguridad que había que tomar en cada caso y, con eso, manejaba los ritmos de la producción.

—Sí, hermano, ya nos tienen que pedir permiso para cada laburo que quieren hacer. Parece que se van dando cuenta de lo que es el poder de los laburantes.

Los miembros de la comisión se pasaban el día recorriendo el astillero para controlar que se cumplieran todas las condiciones de salubridad. Que había que poner una baranda, mejorar un andamio, no entrar solo en una celdilla. A veces, la empresa trataba de meterles el perro. No era fácil controlar un astillero con 700 trabajadores y tareas dispersas en un área muy amplia, pero lo intentaban. La empresa y los jefes estaban apichonados y en principio les aceptaban casi todo y los trataban con grandes miramientos. Pero a veces no, y ahí entraba a tallar la «comisión de apriete»: cinco o seis militantes que esperaban que el capataz retobón se fuera a un rincón apartado o se metiera en el compartimiento de un barco para entrar a pegar unas

patadas en la pared y recomendarle que no se hiciera el loco. En general, les hacían caso.

—Che, Tano, ¿no te parece a veces que estamos haciendo un puro laburo reivindicativo, de mejorar las condiciones para que nos sigan explotando?

—Lo primero es vivir, y vivir dignamente. Esto que estamos haciendo sirve para que sigamos vivos. ¿Te parece poco? Después viene todo el resto. Y así nos vamos preparando, vamos abonando el terreno, mostrando que podemos.

Hacían mediciones de polvo, de humo, de toxicidad en general, y organizaron una ronda de exámenes serios para todos los trabajadores, donde descubrieron que estaban mucho más enfermos que lo que creían, y empezaron tratamientos. También manejaban el comedor, así que los menús mejoraron mucho, y consiguieron que pusieran agua potable para los baños, calefón, calefacción en los vestuarios.

Luis estaba entusiasmado y preocupado. Solía ser tímido, cauteloso y, por momentos, tenía la sensación de que el tema lo sobrepasaba. Había tantas cosas que no sabía: tenía la clara sensación de que no estaba preparado para lo que tenía que hacer. Pero le daba vergüenza plantearlo en su ámbito: lo tomarían por cobardía, por falta de entusiasmo o de interés. Tenía que prepararse ponerse a la altura de lo que se esperaba de él.

Poco después llegó al ámbito de la JTP la información de que los de la JUP los invitaban a un Instituto de Medicina del Trabajo que se había abierto en la facultad, dirigido por Ricardo Saieg, y Luis empezó a viajar al centro para asistir a los cursos de capacitación. Le hacía gracia: había llegado a esas aulas universitarias por un camino totalmente imprevisto, a través de una huelga y como delegado de una comisión obrera. Decididamente, eran tiempos extraños y excitantes.

Luis tenía semanas de cansancio atrasado. Cada día se levantaba a las cinco en la casa de su hermana, donde estaba viviendo, en San Fernando, y se cebaba unos mates antes de ir a trabajar. Se quedaba en el astillero hasta las dos o tres de la tarde: casi no trabajaba en su puesto de soldador pero se pasaba el día recorriendo, controlando, discutiendo la seguridad. Después se iba a la facultad, se quedaba en esas clases hasta las siete u ocho y recién entonces se tomaba el colectivo de vuelta para San Fernando. O se quedaba en el centro y se encontraba con su novia, Graciela, para charlar un rato o ir al cine. A Luis le daba más o menos igual la película que fueran a ver: sabía que de todas formas estaba tan cansado que casi siempre se quedaba dormido. Y

así recuperaba un poco de fuerzas para después, cuando iban al telo. Ahí sí que podía resistir el sueño.

—Amor, yo ahora tengo vacaciones en la facultad. ¿No nos podríamos ir un fin de semana a alguna parte, tranquilos?

—No, ahora no. ¿No ves que ahora no puedo? ¿Cómo querés que haga para irme con todo este kilombo?

Graciela se mufaba unos minutos pero después se le pasaba. Graciela estudiaba psicología y no militaba, pero estaba dispuesta a bancarse lo que fuera: era la elección de Luis y ella estaba de acuerdo.

—Compañeros, acá estos dos compañeros son de la agrupación de Terrabussi, de acá de Pacheco, vienen a pedirnos que los ayudemos.

Dijo, en la reunión de ámbito, el Chango Sosa, y uno de los de Terrabussi les contó que tenían un largo conflicto con la patronal de su fábrica por aumentos de sueldo y por despidos indiscriminados y que a esta altura les parecía que la mejor manera de solucionarlo era con una toma.

—Por eso los vinimos a ver, como ustedes ya tienen la experiencia...

Empezaron a discutir la estrategia posible. Los de Terrabussi habían pensado convocar a una asamblea para decidir la toma y, ahí nomás, empezarla. Hugo Rivas no estaba de acuerdo:

—No, che, si hacen la asamblea se va a armar kilombo, porque le van a dar tiempo a la patronal para que se prepare. Lo mejor es agarrarlos por sorpresa, cuando no se lo esperen.

La táctica sería otra. La comisión interna de Terrabussi, con mayoría JTP, lanzaría un paro de 24 horas, que la mayoría de los obreros cumplirían. La noche del paro, con la fábrica medio desierta y la guardia relajada, un grupo de militantes la tomaría y la abriría al resto de los trabajadores que irían a ocuparla.

—En una de éstas lo que sería piola es que nosotros les hagamos el apoyo. Si hay que reducir a los gorutas de la guardia, mejor que vayamos nosotros, así no junan quiénes son los compañeros de ahí adentro que andan enfierrados apretándolos. Va a ser mejor para después, ¿no les parece?

Dijo el Chango. Una semana después, Luis, Hugo, el Chango y un par más se presentaron en la puerta de la fábrica Terrabussi. Era de noche y hacía un frío de perros. Iban con las armas que habían podido conseguir: un revólver 38, un 32, una pistola 7,62: nada muy serio. Luis iba preocupado: nunca había sido ducho con los fierros. Pero los tipos de la entrada no tenían la menor vocación heroica:

—No, muchachos, tranquilos, no se calienten. Acá no pasa nada, muchachos, acá somos todos laburantes.

Al cabo de un rato, la fábrica estaba ocupada por sus obreros. Tras dos días de toma, los trabajadores de Terrabussi consiguieron la mayor parte de sus reivindicaciones. Después hubo conflictos semejantes en Matarazzo, Ford y otras industrias vecinas. Astarsa era una especie de vanguardia de la zona. Pero el resto del gremio naval estaba en una situación muy despareja: para que todos pudieran disfrutar de las mismas conquistas, los de la Agrupación pensaban que necesitaban ganar el sindicato. El ejemplo de lo que habían hecho los ayudaba y les daba prestigio, pero no alcanzaba. Sin el sindicato no podrían seguir adelante. Y la conducción regional de la JTP se entusiasmó con la idea: la posibilidad de controlar el sindicato naval era muy atractiva.

—Che, Fernando, cuando termine la reunión tenemos que hablar aparte. Haceme acordar.

—Bueno, Gallego, pero terminemos primero con el tema de la seguridad de los locales, y de la línea que estamos bajando, porque las cosas se pusieron espesas y la gente está caliente. Después de lo de Ezeiza cada vez hay más compañeros que no quieren que los agarren mal parados.

—Sí, justamente, ahora cambiamos la línea: tenemos que adecuar la instrucción de los combatientes a la autodefensa de masas, un nivel de preparación mayor pero centrado en la lucha de masas, ¿entendés?

—Más o menos...

El Gallego era José, jefe de la Unidad Básica de Combate del frente sindical de la columna Capital de Montoneros. Fernando —por Abal Medina— era Emiliano Costa, uno de los dos subjefes. De ellos dependían las UBR y, de éstas, los aspirantes. Algunos, como José, tenían una militancia semiclandestina, otros, como Emiliano, un funcionamiento muy público: era miembro de la mesa nacional de la JTP. Además, José procedía de Montoneros, Fernando de las FAR, y recién estaban poniendo a punto la fusión entre las dos organizaciones.

Esa tarde estaban reunidos con otros militantes: José traía nuevas directivas de la conducción montonera. Después de Ezeiza y de la caída de Cámpora tenían que prepararse para los combates de masas y para eso iban a contar con un grupo de instructores especializados en autodefensa, seguridad de locales, lucha de masas. Algunos eran ex suboficiales de la infantería de Marina, de los sublevados de la ESMA. Empezarían a llevar a los militantes de las agrupaciones a un par de campitos cerca de Buenos Aires para darles

instrucción militar y que se sintieran seguros en una guardia en la unidad básica o un tiroteo con grupos de matones. La reunión terminó tarde: Emiliano ni se acordaba que José quería hablarle aparte.

—No te vayas, vení, vamos al otro cuarto.

Cuando se sentaron, José cerró la puerta, prendió un cigarrillo y bajó la voz:

—Mirá, lo que hablamos es el nivel defensivo, pero la orga, además, va a dar una respuesta ofensiva: se ha hecho la lista de todos los responsables de Ezeiza y se va a operar contra ellos. ¿Qué te parece?

—Bueno, una cosa así no se puede dejar sin respuesta. Está muy bien.

—Por ahora vamos a chequear los blancos, a ver si el mes que viene empezamos a hacerlos. Vos vas a integrarte a uno de los grupos operativos y se les van a asignar dos posibles objetivos.

—Bueno.

—Pero eso sí, Fernando, la conducción sólo va a hacer participar a los cuadros de más nivel. Esto es totalmente secreto, no se nos tiene que escapar nada, porque probablemente la orga no los firme.

—¿Por qué?

—Y, porque la conducción evalúa que no es momento para entrar de lleno en la lucha militar. Esto sería una advertencia al vandorismo y al lopezrreguismo: si quieren guerra, van a tener guerra; si paran la mano y no nos atacan, nosotros tampoco. Si los firmamos se va a armar mucho quilombo con el Viejo.

—Está bien.

—Bueno, hermanito, levantemos por hoy. Cuando tenga más precisiones, te aviso. ¿El sábado vas a Córdoba?

—Ah, sí, salgo el viernes a la noche.

Emiliano se fue caminando unas cuadras hasta el subte. Estaba agotado, un poco de aire le venía bien. Después del 20 de junio tenía, como muchos, ganas de revancha. Le había quedado la bronca de que les tiraran a mansalva. Le parecía que habían sido ingenuos, que por ir mal armados y en son de paz habían terminado en el matadero. Ahora quería hacerles sentir a Osinde, López Rega y compañía que no se la iban a llevar de arriba. Sabía que su situación era complicada. Soy un tipo público, pensó estoy en la conducción de la JTP, no es muy prolijo entrar en acciones armadas. Pero no quería dudar: el cuadro integral, en esta etapa, pensó, debe asumir esos roles distintos. Tampoco lo convencía hacer acciones que no se firmaran, pero era un momento complicado: José tenía razón cuando decía que no tenían que

irritar al Viejo. El vagón estaba casi vacío y el vaivén lo relajaba. Estaba cansado del cúmulo de tareas, del funcionamiento cruzado. Demasiadas cosas: los ajustes de la nueva organización que resultaría de la fusión de FAR y Montoneros, las agrupaciones sindicales y además, ahora, los viajes a Córdoba para informar a la conducción nacional. Emiliano se iba amodorrando. Las imágenes se le cruzaban en el borde del sueño, y eran placenteras: estaban construyendo un poder propio, habían conseguido representatividad, dirección de masas.

De hecho, la mayor parte de sus actividades tenían que ver con su militancia sindical. Entre otras cosas, Emiliano tenía que respaldar los movimientos de las agrupaciones JTP: cuando estaban por lanzar un conflicto en una fábrica o taller o servicio él iba, se reunía con los militantes de la agrupación y les ofrecía todo el apoyo que la estructura podía darles: dinero para las ollas populares, imprentas para hacer los volantes, abogados laboristas, la presencia de un diputado JP, la cobertura de *El Descamisado* y de los periodistas cercanos en los diarios grandes. Pero les aclaraba muy especialmente que los que tenían que conducir el conflicto eran ellos: se cuidaba mucho de no ocupar el espacio de los dirigentes de base que allí, en esas situaciones, podían foguarse y aumentar su nivel de participación y compromiso.

El subte seguía con su ronrón nocturno. Emiliano empezó a cabecear, pero consiguió despertarse en su estación. Caminó bajo el frío y entró a su departamento. Cuando se sacó la campera verde oliva, Emiliano apareció flaco como era y besó a su compañera. Vivían sencillo: su organización le pagaba el alquiler del departamento y le daba una asignación de 100 pesos al mes; era bastante menos de lo que ganaba cuando trabajaba en *El Cronista*, pero le alcanzaba para sus gastos. Al menos, Vicki ganaba un sueldo completo como periodista de *La Opinión*.

—Hola, amor. ¿Ya comiste?

—Te esperé hasta las once, pensé que no llegabas. En la cocina quedó algo.

Vicki Walsh no levantó la vista del suplemento especial de *La Opinión* dedicado a Evita por el veintiún aniversario de su muerte. Emiliano despegó el queso de la caja y engulló la pizza fría. Estuvieron unos minutos sin hablar. Ella también militaba en el Bloque de Prensa y en un ámbito, pero tenía un ritmo menor. No ocultaba su molestia: siempre terminaba ocupándose de las cuestiones domésticas y protestaba porque cada vez se veían menos.

—¿Te gustaría ir al cine el viernes? Una compañera me decía que va a ir a ver *La cabalgata del circo*...

—¿Cuál?

—Es una en la que trabajó Evita, en el 45, dirigida por Mario Soffici. La dan en un ciclo. Yo sé que es interesante, que es historia, pero tendría que hacer un esfuerzo para verla, debe ser lenta, sobreactuada, es un cine que no me atrae...

—Sí, vayamos a ver alguna de cowboys. Yo me quedé con ganas de ver *Butch Cassidy*... Pero el viernes no puedo, tengo que viajar. Vayamos el domingo, creo que voy a estar de vuelta...

—«Creo»... Ufa, Emiliano. Esto va más allá de la película...

Emiliano no podía decirle que tenía una cita con la conducción montonera.

—Bueno, pero vos sabés que estoy desbordado de tareas. ¿Sabés cómo me siento? Como esos malabaristas que ponen a girar un plato sobre un palito, y otro plato, y otro más, entonces van y le dan impulso a cada uno para que todos estén en movimiento...

—Yo no te reprocho las responsabilidades, para nada, pero hay que ser más considerado. Te estás volviendo como muchos otros compañeros: de las cosas de todos los días, que se ocupen las compañeras. Yo veo cada vez más machismo, a medida que se crece, veo más machismo.

Emiliano la agarró de la cintura. Primero ella lo miró con un dejo de sorna, como si le fuera a decir no es manera de terminar una discusión, pero enseguida le pareció que podía serlo.

El lunes, a su vuelta de Córdoba, Emiliano volvió a encontrarse con José, su responsable.

—El grupo en que estás vos se va a ocupar de Iñíguez.

—Iñíguez...

Todos conocían la participación del general Miguel Ángel Iñíguez y su grupo, el COR, en los hechos de Ezeiza. Pero también tenía una historia de resistencia peronista. Emiliano pensó que la lucha por el poder iba a ser difícil: que, en un punto, era mucho más fácil y más claro cuando peleaban contra la dictadura. Pero que, ahora, tenían muchas posibilidades de ganar en serio.

Miguel Emiliano Costa había nacido en Buenos Aires en el otoño de 1947, segundo hijo de una familia de clase media de Chivilcoy: tercera

generación de argentinos. Como era el primer varón, lo llamaron Miguel, como el padre, y siempre le dijeron Emiliano.

A los cuatro años, Emiliano tuvo el primer sobresalto: su padre, el capitán Miguel Costa, de la aviación militar, se plegó al fracasado complot del general Luciano Menéndez contra Perón. Blanca, su señora, estaba con sus hijos Blanca y Emiliano en su departamento de Callao y, como todos, seguía los acontecimientos por la radio. No sabía nada de la participación de su marido, y se sobresaltó cuando el locutor lo mencionó entre los oficiales complotados. Al día siguiente la policía se instaló a esperarlo en el departamento. Emiliano miraba con aprensión a esos señores serios que revisaban los papeles del escritorio de su padre o se sentaban en los sillones del living sin pedir permiso. Pero al otro día, cuando se enteraron de que el capitán Costa había piloteado un avión militar hasta Montevideo, los policías se fueron.

Miguel se quedó exiliado y, al año siguiente, clandestinamente, unos amigos de Arturo Frondizi fueron a buscar a Blanca y los chicos y los subieron a un auto. Emiliano quedó muy impresionado cuando cruzaron el río Uruguay en bote y, al llegar a Montevideo, vio que su padre tenía un camión inmenso en la puerta de su casa. El capitán Costa trabajaba de camionero, y sus hijos hicieron los primeros grados de la escuela con moña y guardapolvo blanco. El exilio duró tres años: en septiembre de 1955 volvieron a la Argentina en el crucero *9 de Julio*, con fanfarria, junto a radicales, socialistas y oficiales de todas las armas. Reincorporado y ascendido, Costa fue agregado aeronáutico en Madrid por dos años. A la vuelta, Emiliano empezó el secundario en el colegio San Pablo, que quedaba cerca de su casa, por Las Heras y Pueyrredón. El vicecomodoro Costa no era católico practicante y no le daba importancia a lo que repetía el padre Echeverry Boneo, entonces director del colegio: «De estas aulas saldrán los dirigentes del mañana». Emiliano, después de tantos cambios en su infancia, pudo hacerse amigos en el colegio: Eduardo Amadeo, Rafael Perrota, Eduardo Harilaos. Eran cajetillas, se peinaban con gomina, usaban mocasines de Guido y cinturones de cuero crudo, tomaban licuados en La Biela y los domingos a las 11 iban a la iglesia del Pilar.

Emiliano era tímido, flaco, pintón, introvertido. A los 17 viró hacia la bohemia: melodías de blues y jazz, canciones de George Brassens y Edith Piaf y la impresión de descubrir *Les Fleurs du Mal* de Charles Baudelaire. En esos días, su hermana menor, Florencia, murió en un accidente de auto:

Emiliano supuso que Dios, si existía, no hubiese permitido semejante cosa, y dejó de creer.

En 1965, cuando terminó el colegio, se anotó en la carrera de Medicina en El Salvador. También iba a ALPI para asistir a los enfermos de poliomielitis: ahí conoció a Monique, que se había quedado cuadripléjica y vivía conectada a un pulmotor. Monique tenía una cara angelical y Emiliano le leía poesía. A fines de ese año decidió cambiar de vida: se mudó a Filosofía y Letras en la UBA. No usó más gomina, se dejó crecer el pelo y empezó a pelearse mucho con su padre. Un sábado, Emiliano le dijo a Monique que estaba indignado por el golpe de Onganía, la intervención universitaria y la suspensión de las clases en su facultad. Ella le contestó con dificultad: cuando a uno le faltaba la libertad exterior, debe aprender a vivir de la libertad interior. Y nadie podía obligar a nadie a vivir indignamente. Monique lo miraba con las pupilas dilatadas y cada rato se aliviaba con una bocanada de oxígeno. Emiliano soñaba que alguna vez se iba a terminar ese calvario y que caminarían juntos por plaza Francia, Poco después, otro voluntario de ALPI le contó que, como Monique no podía suicidarse, su madre le desconectó el respirador y después se mató. Esas muertes lo marcaron fuerte.

A fines de 1966, un amigo de su padre, el brigadier Eduardo Mac Loughlin, le ofreció ser su asistente personal: acababan de nombrarlo embajador en Londres. Gran Bretaña lo alivió. Conoció pubs, escuchó a los Beatles y a los Stones, compró camisas de colores y pantalones de corderoy con botamanga ancha. Y, gracias a un periodista inglés que frecuentaba la embajada, descubrió al Che Guevara. El periodista le decía que ese latinoamericano había hecho lo que no hicieron tantos jóvenes idealistas europeos: darles un cachetazo a los imperios decadentes que habían esclavizado al mundo.

Guevara murió poco después. A fines de octubre de 1967, Emiliano se volvió a Buenos Aires. En cuanto llegó un pariente le consiguió un trabajo: Bernardo Neustadt lo tomó como cronista de la revista *Extra*. Su primera nota fue averiguar qué pensaban los obreros del Che: Emiliano tomó varios colectivos a Avellaneda y a Wilde, y constató que los obreros sabían poco de Guevara. El mes siguiente, Neustadt lo incluyó en una mesa redonda de jóvenes a los que preguntaba si estaban dispuestos a seguir el camino de Guevara. Emiliano dijo que se trataba de una cuestión de motivación. Pero Neustadt quería saber si él lo haría. «Si estuviera motivado, lo haría», dijo. Su trabajo en *Extra* se acabó pronto: le habían cortado las notas y, cuando quiso cobrarlas, Neustadt le explicó que todavía no le iba a pagar, que recién estaba

aprendiendo. Para complacer a su padre, Emiliano se anotó en Derecho; también se hizo vegetariano y trabajó como fotógrafo. En el verano de 1970 se largó a dedo por América con un amigo: encuentros, fogones, canciones de protesta, largos trenes, charlas de socialismo, amantes alemanas, militares nacionalistas.

En 1971 se cambió a Antropología y el director de *El Cronista Comercial*, Cacho Perrota, padre de un amigo suyo, lo tomó para su redacción: cubría las noticias universitarias. Así empezó a conocer el ambiente de la militancia estudiantil. Poco después era delegado de curso; solía ir a las reuniones del Frente de Estudiantes Nacionales, donde se discutía sobre la lucha armada. Le resultaba un tema ríspido, hasta que un día, tras una manifestación en Lanús, una estanciera policial se empeñó en seguir al grupo de cuatro o cinco que iban con él. Se escurrieron por una callecita de tierra que no tenía salida. Cuando la estanciera estaba a veinte metros, Emiliano le sacudió una piedra con toda su fuerza. La estanciera frenó en seco y ellos consiguieron escapar. No son tan fuertes, pensó. Pero lo más importante para él era el acto interno, su determinación de enfrentarlos. En esos días volvió a comer carne: ser vegetariano estaba bien, pero volvería a eso, si acaso, cuando el mundo anduviera mejor.

Poco después hizo su primer contacto con las FAR. Un militante de la facultad le hizo llegar un cuestionario preparado por Carlos Olmedo, que entre otras cosas le preguntaba por qué se quería incorporar a las FAR y si estaba dispuesto a ser un combatiente. Le costó decidirse, pero cuando escribió que sí, sintió que había asumido un compromiso. Empezó yendo los fines de semana a Florencio Varela; después dejó el trabajo barrial y pasó a organizar la comisión interna de *El Cronista*. Fue uno de los fundadores de la Agrupación de Prensa 26 de enero. En el invierno de 1972, las asambleas del gremio le permitieron acercarse a una chica delgada, de pelo lacio, que trabajaba en *La Opinión* y militaba en la Agrupación de Prensa 26 de julio, que también era peronista: Victoria Walsh era enérgica y tan cáustica como su padre, Rodolfo.

En esos primeros meses, el problema central fue que ella estaba en las FAP y él en las FAR: las organizaciones no apreciaban que sus militantes tuvieran relaciones fuera de ellas, y tuvieron que ocultarlo y ocultarse información entre ellos. Pero se las arreglaron. En junio Emiliano le contó que quizás tuviera que pasar a la clandestinidad: incluso había tenido que romper todas sus fotos para que la policía no tuviera cómo reproducir su cara en los diarios. La conducción de las FAR lo había asignado a una acción

importante: en esos días, cada noche de amor parecía la última. En agosto, cuando la fuga de Rawson, las FAR desactivaron la acción en que tenía que participar Emiliano. En noviembre, Vicki y Emiliano fueron juntos a Ezeiza y a la puerta de la casa de Gaspar Campos. En esos días, Vicki se pasó a las FAR, y todo les resultó más simple. Vivían con pasión y se peleaban bastante: Vicki criticaba la perspectiva de una alianza entre las FAR y los Montoneros; a él le parecía que ella no entendía la etapa y era rígida con Perón.

Eran tiempos de integración, y los frentes gremiales empezaban a simplificar siglas. En prensa, la 26 de enero y la 26 de julio se unieron en el Bloque de Trabajadores de Prensa. Las conducciones de FAR y Montoneros decidían quiénes serían los responsables de las agrupaciones; después, esas decisiones se presentaban en las asambleas como propuestas, y los militantes solían avalarlas. En el Bloque de Prensa, arreglaron que el delegado a la mesa de la JTP de Capital sería un montonero. Dardo Cabo dirigía la reunión y propuso al delegado convenido. Pero algunos militantes que no estaban encuadrados en ninguna de las organizaciones propusieron a Emiliano. Discutieron y, como no hubo acuerdo, alguien pidió una votación. Ganó Emiliano y aceptó el puesto, aunque sabía que, por disciplina, debía haberlo rechazado.

El lanzamiento de la JTP convocó a muchos miles y Lorenzo Miguel, líder de la rama sindical del Movimiento Justicialista y de las 62 Organizaciones, quiso reunirse con los muchachos para coordinar esfuerzos. Emiliano esperó junto a varios de sus compañeros el resultado del encuentro. Enrique Juárez por la JTP, Juan Carlos Dante Gullo por la JP y Horacio Mendizábal por Montoneros volvieron de la reunión con caras largas. Lorenzo, muy amable, les había propuesto un arreglo: ellos organizaban a los estudiantes y hacían un poco de trabajo territorial, pero le dejaban a él y a los suyos los gremios, que eran un mundo ingrato, que había que conocer muy bien.

—Hay que repartirse bien los lugares. Es la mejor manera de que los peronistas no nos pisemos la manguera entre nosotros.

Les dijo Miguel, antes de despedirlos, y le dio una palmada en el hombro a Mendizábal. Emiliano pensó que la propuesta era más bien una declaración de guerra, y que la pelea gremial iba a resultar un buen desafío.

Agosto de 1973. La lucha de clases también llegaba a los artesanos. Ese mes, la Asociación Gremial de Artesanos y la Agrupación Peronista de Artesanos estrenaron una feria artesanal en la plaza San Martín, frente a

Retiro. Era una feria peronista, «nacional y popular», enfrentada a la feria «seudohippie» de plaza Francia, y sus artesanos, en su documento fundacional, decían:

«En nuestro país, y especialmente en el último lustro, la artesanía urbana surge por una crisis política, social y económica del sistema. Tenemos en claro que el sistema de desgobierno y represión, vendido y asociado al imperialismo capitalista (hace ya 18 años) introdujo formas de cultura extrañas a nuestro ser nacional. Una de estas formas es el movimiento seudohippie que desde hace aproximadamente diez años promociona la artesanía urbana distorsionando la imagen real del artesano. El sistema institucionalizó la artesanía con un criterio elitista y excluyente (plaza Francia) apoyando y reglamentando la producción de objetos para el consumo de la clase dominante (explotadora), determinando así una falsa conciencia artesanal que aleja diametralmente al artesano de los intereses y necesidades del pueblo trabajador. El único medio de integrar al artesanado urbano al proceso de reconstrucción nacional en que se hallan empeñadas las grandes mayorías es rescatando las auténticas pautas culturales nacionales y populares con las que, como parte del pueblo trabajador, nos identificamos», decían los artesanos peronistas.

Entre los objetos más vendidos en su feria había espejos con las caras de Perón y Evita, collares y pulseras con el signo del pevé —Perón Vuelve— y calcomanías que decían «Sonríe, Perón te ama».

—Que quede claro: nosotros no calentamos sillones en las antecámaras, y menos que menos en los despachos. Nosotros hacemos nuestro propio análisis y tomamos nuestras propias decisiones, a veces para coincidir con las iniciativas de otros, a veces para llevar adelante nuestra propia lucha, pero siempre para defender nuestra independencia.

Agustín Tosco decía siempre «nosotros»: la mesa del consejo directivo del sindicato de Luz y Fuerza tenía veintitantos integrantes. Todos tosquistas. Algunos con simpatías por el PC, algún radical, alguno vinculado con el PRT o el PCR, y la mayoría tenía —al menos por su origen— alguna relación con el peronismo. Los dirigentes tenían una gimnasia sindical de años de asambleas por sección o en la sede gremial, reuniones de cuerpo de delegados, permisos gremiales muy restringidos y rotativos para que siguieran trabajando en sus puestos y no se burocratizaran. El consejo directivo era el órgano donde se tomaban las decisiones delicadas y se renovaba en elecciones

cada dos años. Hacía más de diez años que la Azul y Blanca de Agustín Tosco las ganaba.

En las reuniones de consejo discutían durante horas: desde la situación internacional hasta los contratos de la EPEC, la empresa cordobesa de electricidad. Votaban y, una vez que el consejo decidía, Tosco decía nosotros:

—Además tenemos que ver la situación de los compañeros Obregón Cano y López, que no han podido hacer nada desde la gobernación contra las provocaciones de las bandas fascistas, que justamente empezaron apenas a cuatro días del desplazamiento de Cámpora.

Tosco hablaba de los ataques del lunes 16 de julio: tres grupos sin identificar habían tiroteado al mismo tiempo los tres sindicatos que formaban la base de la CGT provincial: los lucifuercistas de Tosco, los mecánicos clasistas de René Salamanca y los tranviarios dirigidos por los peronistas combativos de Atilio López y Roberto Tapia. Todos ellos acusaban de los atentados a grupos de las 62 Organizaciones ortodoxas, manejadas por Mauricio Labat y Alejo Simó, amigos de los jefes policiales de Córdoba. Todos empezaron a reforzar las guardias, a pedir apoyo a los grupos políticos con más infraestructura.

Y en los días siguientes hubo más atentados con bombas y ametrallamiento de locales. Dos semanas después, la policía mató al primer militante desde la asunción del gobierno democrático: Eduardo Giménez, de 20 años, estaba pegando carteles del ERP, una organización legal, en avenida Colón al 5000. La policía se lo llevó en un patrullero y su cadáver apareció horas más tarde en Alta Córdoba, a seis kilómetros del lugar. La dirigencia política y gremial combativa dijo que era una provocación a Obregón Cano y a López. En el velorio de Giménez, el clima se hacía denso. Un morocho de pelo largo, parado al lado del cajón, se largó contra el gobierno provincial:

—Cuando hacían campaña, decían que, cuando subieran, los carros de asalto iban a servir de transporte escolar. ¿Y? ¿Quién lleva a los chicos en carro de asalto? ¿El conde Drácula?

A la mañana siguiente un grupo de militantes cargó el cajón a pulso. Los de Luz y Fuerza habían mandado una delegación importante. Tosco sostenía una de las manijas. A su lado caminaba otro lucifuercista, Norberto Burni. Desde Ferreyra hasta el cementerio tenían un trecho largo y los dos compañeros iban conversando:

—Mirá, Gringo, si te ponés a analizar, es lo que pasa en Chile: como el Chicho Allende no le puede tocar el culo a la oligarquía chilena, se está

desgastando. Desabastecimiento, mercado negro, paros empresarios, provocaciones militares, y ahora esa huelga de camioneros pagada por la CIA.

—No se puede comparar el socialismo chileno con el peronismo cordobés; me extraña, hermano. Además, el Chicho tuvo que avanzar de a poco.

—Pero Gringo, ya están diciendo que le van a dar el golpe; el Ejército está acuartelado.

—Sí, pero hay un sector legalista, fíjate que un sector importante de los milicos chilenos acata el poder político.

—No, Gringo, lo van a hacer cagar al Chicho, lo están ahogando y lo van a hacer cagar.

Mientras tanto, la procesión se indignaba:

—¡Cinco/ por uno,/ no va a quedar ninguno!

Recién empezaba agosto y el anuncio de las elecciones de septiembre había puesto en marcha el juego de las posibles candidaturas opositoras. A fines de 1972, cuando la Alianza Popular Revolucionaria le ofreció ir de segundo en la fórmula con Oscar Alende, Tosco lo rechazó de inmediato. Pero esta vez le proponían que fuera el número uno. Tosco pidió unos días para decidir. Y lo primero que hizo, el miércoles 8 de agosto, fue reunir a su consejo directivo:

—Esto tiene que ser discutido entre los compañeros, tenemos que hacer consultas con todos los sectores. Por ahora, lo único que vamos a hacer público es que nos han ofrecido la candidatura a presidente.

El consejo aprobó y Tosco difundió la noticia en reportajes que dio a un canal provincial y a la agencia UPI. La idea estaba impulsada por el Partido Comunista, pero Alende salió enseguida a decir que ponía las estructuras de la Alianza Popular Revolucionaria a su disposición. Juan Carlos Coral, del Partido Socialista de los Trabajadores, que tenía una estructura magra, también se sumó a su candidatura. El Frente Antiimperialista y por el Socialismo, una estructura legal que respondía al PRT, lo había invitado al acto que hacía el sábado 18 en el estadio de box de Villa Luján, Tucumán. Le quedaba una semana por delante y Tosco la aprovechó para poner en marcha su otro mecanismo de consulta: las charlas personales. Y a sus compañeros de siempre, como Felipe Alberti o Tomás Di Toffino, les pidió que tantearan a otra gente.

Norberto Burni era delegado del área administrativa: los administrativos solían ser gente de saco, corbata y modales tranquilos. Pero Burni era

impetuoso. Lo llamaban el presidente de la agrupación de los loquitos, porque de vez en cuando se animaba a discutirle a Tosco.

—Mirá, Burni, me han ofrecido esta candidatura para presidente... ¿Vos qué pensás? ¿Le ganamos a Perón?...

Burni se quedó tieso. Tosco dio marcha atrás:

—Bueno, ¿te parece que podemos hacer una buena elección?

—Mirá, me parece que no es lo mismo hacer política como secretario general del sindicato que como candidato a presidente. En el gremio todos te votan, pero para presidente yo creo que el 90 por ciento de los afiliados votan a Perón.

Al otro día, Burni se encontró con el Gringo Copertari, un hombre grande que había seguido a Perón en el 45 y a Tosco desde el 54, cuando lo eligieron secretario general. Un obrero especializado, de voz cascada:

—Che, Copertari, ¿así que el Gringo te llamó para pedirte la opinión?

—Sí. Yo le dije Gringo, dejate de joder, vos a Perón no le ganás ni loco, te van a hacer bosta si te presentás, dejate de joder.

El jueves 16 de agosto salió el comunicado de prensa. Era largo y aclaraba que la propuesta resultaba «un honor proletario, popular y argentino que no olvidaré jamás». Explicaba que «en las relaciones y contactos sostenidos con amplios y representativos sectores ligados a concepciones progresistas y revolucionarias», no habían existido «objeciones al proyecto político con perspectiva histórica, sino que las apreciaciones diferenciadas se centraron en la oportunidad de materializar tal conjunción de fuerzas». Casi sobre el final, Tosco decía que «estamos construyendo el futuro, y el mismo debe hacerse por sobre todas las cosas con unidad, combatividad e inteligencia. En eso estamos y estaremos. Nada detendrá a nuestra clase obrera y a nuestro pueblo en el camino que se ha trazado. Más allá de esta coyuntura electoral, en la que declino toda candidatura, continuaremos la lucha por los derechos de la clase trabajadora y el pueblo».

Dos días después Tosco estaba en Tucumán con una pequeña delegación sindical. Para el PRT y sus aliados, las 7000 personas que colmaban el estadio de Villa Luján era una cifra importante. Sobre todo porque era el primer acto público que hacían, con la participación de aliados importantes. Las consignas eran esperanzadas:

—¡Se siente,/ se siente,/ aquí se forma el frente!

Cuando se subió al estrado, Tosco tomó distancia de Perón:

—... Perón no es más que un reformista... Fue reformista en su primer gobierno y su mérito fue haber reivindicado a una clase social, a los

trabajadores. Pero nada más que eso, compañeros. Ahora, tenemos que recuperar las palancas fundamentales de nuestra economía para despojarnos de la dependencia...

—¡Tosco, Tosco, Tosco,/ Tosco corazón,/ el pueblo te reclama/ para la revolución!

Entonces Tosco insistió en su posición gremial:

—Muchos se preguntan por qué estamos en contra del Pacto Social: se nos prometió una participación popular en la vida económico-social, pero ese acuerdo lo firmó un grupo de burócratas. Ellos no quieren llamar a paritarias, no quieren que las bases discutan sus derechos, porque en esa discusión se forman los dirigentes honestos y democráticos. Ellos prefieren negociar con la patronal a espaldas de las bases y cuando surgen los líderes de base, entonces van como alcahuetes a contarles a los patrones quiénes son. Por eso ellos quieren este pacto... y nosotros los estamos desenmascarando con la lucha diaria, compañeros.

Los participantes se entusiasmaban:

—¡Obreros,/ campesinos,/ éste es el camino!

—¿Y por qué estamos en contra del proyecto oficial de asociaciones profesionales? Porque pese a las promesas de democratización sindical, ellos quieren un control absoluto del aparato con el matonaje y no aceptan siquiera la participación de las listas que obtengan la minoría, porque en cualquier gremio que le dejen a los dirigentes honestos acceder a la minoría, les van a hacer saltar sus chanchullos, sus negociados. Por eso levantamos la bandera de la democracia sindical y la alianza con los compañeros del peronismo combativo y revolucionario que militan con honestidad...

—¡Vea, vea, vea,/ qué cosa más bonita,/ peronistas y marxistas/ por la patria socialista!

—Pero, compañeros, debemos ser conscientes que la fórmula no va. No va porque no se logró la unidad, porque amplios sectores del peronismo revolucionario insisten en reivindicar a Perón...

Entonces, la barra del FAS, acomodó la consigna:

—¡No es hora de votar/ es hora de luchar!

El Cabito tenía el pelo rebelde, pantalones acampanados y mocasines con tacos. Era uno de los obreros de Eaton que se habían enganchado con el PRT: Alberto Elizalde lo atendía, y le hacía gracia tanto despliegue indumentario. Al Cabito no le gustaba comer un sándwich a las apuradas, y ese mediodía se metieron en una fonda en el Tigre. Pidieron un pingüino de

tinto y el plato del día: buseca. Alberto le decía que, aunque la posibilidad de barrer con la burocracia parecía muy lejana, y más en el gremio metalúrgico, el momento era propicio para fortalecer la agrupación clasista:

—En este período de auge por ahí se puede ganar alguna seccional, por eso la línea del partido de hacer agrupaciones amplias, con los dirigentes honestos, sin necesidad de identificarse con la lucha armada ni con el socialismo.

Y le explicaba que era remota la posibilidad de que el Congreso modificara la ley de Asociaciones Profesionales y que esa cuestión del sindicato único sin representación de la minoría le calzaba como un guante a la burocracia de Miguel y Rucci.

El Cabito conocía un poco del manejo sindical y de hecho en la fábrica la agrupación de base que dirigía el Flaco Panizza trabajaba con los de la JTP y otros más. Pero ese día tenía otras preocupaciones:

—Che, ¿no era que estábamos en tregua?

Preguntó el Cabito, y le mostró el *Clarín* de esa mañana, que informaba que el ERP había matado en San Miguel de Tucumán al comisario inspector Hugo Tamagnini: el diario decía que dos meses antes el gobierno lo había dejado cesante por torturador.

—Bueno, la tregua con el gobierno de Cámpora incluye a la policía pero no a los torturadores y asesinos.

Le contestó Alberto, y le dijo que el mes anterior el ERP había secuestrado por unos días al ex policía Jorge Colombo para obtener información sobre la desaparición en Rosario de Ángel Brandazza.

—A ese Colombo, como no se le comprobó participación, los compañeros lo liberaron, pero Tamagnini era un torturador, un tipo que le pasó personalmente la picana a compañeras como la Sayo Santucho y Clarisa Lea Place detenidas en 1971. Un cobarde, son tipos cebados, para los que no hay diálogo ni tregua posible.

Alberto le contó que Tamagnini era un enemigo declarado desde las huelgas azucareras de 1967, que además había torturado a los de la guerrilla de Taco Ralo en el 68 y que Cacho El Kadri le había contado que era un salvaje, un tipo deleznable. El Cabito mantenía la expresión tensa:

—Me dijo el Flaco que este domingo vamos a hacer instrucción...

Un par de semanas antes había empezado a caldearse el clima en la fábrica Eaton: en una asamblea, uno de la UOM de Tigre acusó a Panizza de zurdo. Después lo patotearon los del CdeO y los muchachos de la agrupación pidieron a los militantes que les enseñaran autodefensa.

—Sí, pero antes, este jueves, vamos a ir a la puerta de la fábrica. Eso va a ayudar a que los fachos se la piensen dos veces antes de hacer cagadas.

—Sí, pero nosotros también tenemos que estar preparados.

Alberto se quedó pensando: el PRT se preocupaba por tener una línea amplia para incorporar obreros y el Cabito y otros obreros les reclamaban más acciones armadas. Se decía que quizás como no habían vivido la militancia de la dictadura querían todo urgente, de un saque. O que a lo mejor la vanguardia obrera estaba más esclarecida de lo que ellos creían. Para Alberto, después de su experiencia foquista en el GEL y su año y medio de cárcel, todo eran novedades.

—¿Y cómo es lo del jueves?

—Vamos a tomar la guardia de la fábrica.

—¿Cómo?

El Cabito se había entusiasmado.

—Ya está todo preparado. Un compañero va a hacer una arenga, otros reparten volantes, pintan con aerosol...

—¿Y si llega la cana?

—Se deja un grupo de apoyo y también se cortan las líneas telefónicas.

Alberto pensaba que con ese tipo de operativos se iban a ir zanjando las disputas entre fierreros y sindicaleros: los de los equipos militares tenían que tomar la guardia, hacer la contención de las salidas y los del frente sindical entraban con brazaletes, volantes y periódicos. Un militante que había estado en las asambleas de Filosofía y Letras era el encargado de la arenga. Todos tenían un rol y la propaganda armada servía para imponer respeto.

Ese jueves llegaron muy temprano, en varios autos, pero como estaba oscuro y entraban muchos trabajadores, nadie les prestó atención. Cuatro guerrilleros se acercaron a la casilla de al lado del portón de entrada, donde estaban los empleados de seguridad. Había dos. Uno de los guerrilleros les preguntó:

—¿Acá hay que dejar las solicitudes?

Antes de poder contestar, vio cuatro pistolas:

—Quietitos, viejo. Ni un soplido, somos del ERP.

Alberto estaba a un costado. Todo bien: nada llamaba la atención. Ahora venía su parte, hablar con los obreros que entraban:

—Buen día, muchachos. Somos del ERP y queremos decirles algunas cosas...

—¿Qué?

—Bueno, estamos tomando la fábrica...

Pancho, que estaba al lado, tenía una boina y la voz más enérgica:

—Compañeros, antes de ir a cambiarse vengan que les queremos decir algo: somos del ERP y queremos dirigirles un mensaje revolucionario.

—¡Somos del ERP, compañeros!

Repetía otra que llevaba la pila de periódicos. Los obreros fueron caminando despacio hasta la sección Tochos, al fondo, donde solían hacer las asambleas. Los de Tochos eran como doscientos: la sección más combativa. El Cabito vio a Alberto y se lo señaló a otro que estaba con él pero Alberto se hizo el oso. Mientras colgaban una bandera, Lito empezó a hablar:

—El ERP no dejará de combatir contra las empresas imperialistas que se llevan al exterior la plusvalía de los trabajadores...

Tenía que ser breve. Después de arengar contra la burocracia, Lito pidió un homenaje:

—La semana próxima se cumple el aniversario del asesinato de los heroicos combatientes que regaron con su sangre la lucha contra la dictadura. ¡Vivan los héroes de Trelew!

Pancho y Alberto apoyaron desde el costado:

—¡Vivan los héroes de Trelew!

—¡Vivan!

Todo había salido mejor de lo esperado. A los dos días, el Cabito le contó entusiasmado a Alberto que, cuando se fue el comando, varios se pintaron una estrella en el casco de trabajo y que aparecían pintadas por el ERP en los baños.

—Che ¿y qué le dijiste al compañero que estaba con vos cuando me señalaste?

—Que eras mi responsable...

—¡No seas liberal, Cabito!

Agosto de 1973. El miércoles 15 se estrenó en Buenos Aires *Estado de Sitio*, del griego exiliado en París Constantin Costa-Gavras. La película recreaba el secuestro y la muerte de Dan Mitrione a manos de los Tupamaros en agosto de 1970. Dan Mitrione era un funcionario norteamericano que asesoraba al gobierno uruguayo en materia de represión y torturas. Desde entonces, los tupamaros habían sufrido varios reveses. Y el golpe de junio, cuando las Fuerzas Armadas dejaron como fachada civil al presidente constitucional José María Bordaberry pero clausuraron el Congreso y prohibieron partidos políticos y sindicatos, tenía entre otros objetivos su

derrota definitiva. Al día siguiente del estreno de *Estado de Sitio*, Roberto Cossa comentaba la película en la contratapa de *La Opinión*:

«El cine de las grandes metrópolis se ocupó algunas veces de los problemas políticos latinoamericanos. Casi nunca lo hizo bien. Y no hace falta referirse, por supuesto, a aquellas caricaturescas películas de Hollywood donde las revoluciones terminaban con el pueblo bailando cha-cha-cha en las calles de una ciudad tropical. Tampoco lo hicieron bien cuando se dieron cuenta que nuestro continente existía, cuando empezaron a comprender que América Latina sufría y luchaba. Nunca pudieron superar el esquematismo que les impone su propio mercado al cual están, finalmente, dirigidas sus películas. Pocas veces lograron eludir el folklorismo, elevarse por encima del sentimiento piadoso que impone una sociedad desgarrada y explotada, vista desde la seguridad de la sociedad de consumo. América Latina fue para ellos un continente todo gris, sin mayores contrastes, sumiso y resignado.

»La Revolución Cubana, primero, y las luchas populares que se fueron generando —sumado al propio cine testimonial que produjo el continente— fueron torciendo esa imagen, haciendo emerger los contornos vitales de sus pueblos, dispuestos a enfrentar a sus enemigos internos y externos.

»De esas luchas, justamente, trata *Estado de sitio*. El propio director, Costa-Gavras, lo dijo: los tupamaros son sólo un pretexto, un elemento, para referirse a las luchas de los pueblos del Tercer Mundo contra la intromisión de Estados Unidos.

»El ejemplo es perfecto. El secuestro y ejecución del asesor policial norteamericano Dan Mitrione —escudado detrás de un organismo de “ayuda técnica”— revela claramente los dos términos de la ecuación: la penetración y la lucha; la explotación y la rebeldía.

»Esta visión política más amplia que la que seguramente le proponía la guerrilla uruguaya, le permitió a Costa-Gavras y a su guionista, Franco Solina, eludir toda discusión sobre los métodos de lucha y centralizar el problema en sus términos unificadores: el imperialismo norteamericano, sus agentes nativos y las vanguardias populares.

»Quizás de esta generalización surge la escasa participación popular en el proceso político uruguayo de agosto de 1970, cuando se produjo el caso Mitrione. Apenas el comentario de un chofer cuyo vehículo es robado por los guerrilleros, o la resistencia en la Universidad de Montevideo, indiquen —por contraste por contrapartida— el aislamiento de la guerrilla. El film no formula augurios sobre el futuro de los tupamaros, pero la historia posterior certifica ese aislamiento.

»De cualquier manera, *Estado de sitio* es un documento de una gran lucidez política. Quienes conozcan el proceso uruguayo en agosto de 1970, quienes hayan seguido la historia de los tupamaros, quienes, en fin, hayan vivido en la capital uruguaya en esa época, se encontrarán con un documento formidable, con una reconstrucción perfecta. Pero con una reconstrucción política que es, seguramente, el mayor mérito de ese film. Esa lucidez política es, justamente, la que genera la fidelidad formal, la que determina una recomposición que a veces llega a lo increíble. Pero, afortunadamente, *Estado de sitio* no es un documental. Es un film caliente en el cual Costa-Gavras toma partido. Quizás su propio origen griego y la realidad actual de su país, en el cual vivió hasta los 18 años, le hayan dado la perspectiva necesaria para comprender la lucha de los guerrilleros uruguayos, para potenciarla en esa reconstrucción del caso Mitrione, un pretexto —como él mismo lo dijo— para denunciar la penetración imperialista y sus métodos salvajes. Pocas veces el cine pudo convertir esto, que de tanto decirlo parece un cliché, en un testimonio inapelable».

—Y ahora se hace más necesario que nunca, porque también va a ser una manera de revertir un poco la situación. No puede ser que en esta coyuntura no tengamos un medio importante, de circulación amplia, que nos permita...

Iba diciendo Paco Urondo. Juan Gelman prendió el quinto parisienne en media hora, y Miguel Bonasso se apuró a tragar los tallarines. No era la primera vez que escuchaba hablar de eso, pero esta vez parecía que iba en serio.

—... así que habría que pensar en un diario, un verdadero diario. Guita hay, periodistas también, lo único que falta es definir cómo, cuándo, quién lo dirige. Boludeces, Miguel, el chiquitaje.

Hacía tiempo que las organizaciones armadas peronistas le daban vueltas a la idea, pero el impulso final apareció cuando la ofensiva de la derecha peronista se hizo evidente y eficaz: las conducciones de FAR y Montoneros pensaron que sería un buen instrumento para contraatacar.

—Y seguramente ya sabés que la conducción pensó en la posibilidad de que seas vos el que lo dirija.

Miguel ya lo sabía: se lo había dicho su amigo Dardo Cabo, director de *El Descamisado* y miembro de la conducción montonera en la Capital. Como jefe de la campaña presidencial, Miguel tenía cierta presencia pública. Sabía que aparecía como el candidato más «peronista», levantado sobre todo por los

Montoneros, y que los de las FAR no se oponían. De hecho, el que le estaba haciendo el ofrecimiento era un farol.

—¿A vos te interesaría?

Tres meses antes, poco después de la asunción de Cámpora, Miguel había recibido un llamado de Mario Cámpora, el sobrino, que le proponía que fuera asesor de su tío:

—Como tenés que tener alguna inserción orgánica, te vamos a meter en la secretaría de prensa, con Castiñeira.

Miguel empezó a ir todos los días a la casa de Gobierno. Allí, desde el principio, le impresionó ver cómo la antigua estructura seguía casi intacta: los jefes de la burocracia, los servicios de informaciones, hasta los periodistas de la sala de prensa eran los mismos que habían confraternizado con los regímenes militares. Y toda esa gente, que manejaba muchos resortes de poder, era absolutamente hostil al gobierno camporista y a la Tendencia Revolucionaria del peronismo.

—Desde afuera no se ve tanto, parece otra cosa. Pero cuando estás ahí adentro te das cuenta de que estos fulanos nunca pararon de conspirar y que, en cuanto puedan, nos van a romper la cabeza.

En esos días, Horacio Verbitsky, que trabajaba con los asesores del ministro Righi, le pasó una carpeta con información sobre un empleado de la Rosada que estaba en el servicio de informaciones de la Marina, para que se la llevara a Cámpora.

—¿Pero usted está seguro de lo que me dice de este hombre? Porque ésta es una acusación muy grave.

Le dijo Cámpora, y Miguel no podía dejar de pensar en todos los micrófonos que, sin dudas, estarían captando ese diálogo. La situación era curiosa: el despacho del presidente de la Nación no les ofrecía ninguna seguridad. El poder de ese hombre era casi una ficción, un títere que colgaba de demasiados hilos.

Poco después, cuando Cámpora fue reemplazado por Lastiri, Miguel dejó sus funciones de asesor y se reincorporó a *La Opinión*. Y, a los pocos días, Paco Urondo y Juan Gelman lo invitaron a cenar en ese bodegón del bajo. Urondo llevaba el hilo de la conversación:

—¿Y, qué te parece, Cogote?

—No, sí, por supuesto. Pero me gustaría saber un poco más.

—Bueno, no serías un director en el sentido convencional y burgués de la palabra. Como te imaginarás, acá no se trata de una dirección unipersonal, así que en principio vos figurarías como director pero serías miembro de una

especie de consejo de dirección que sería el que conduciría la propuesta. De hecho, sería como el ámbito de conducción del diario, ¿entendés?

Una semana después, el ámbito empezó a reunirse, generalmente en la casa de Miguel, en la calle Moldes. El responsable era Julio Roqué, Lino, un miembro de la conducción montonera que había salido en libertad el 25 de mayo, aunque Firmenich fue a varias de esas primeras reuniones. Y también estaba Paco Urondo, Juan Gelman, Rodolfo Walsh y Horacio Verbitsky. Más tarde se agregaría Silvia Rudni, en representación del Bloque de Prensa Peronista de la redacción, y Gregorio Levenson, el administrador. Lo primero era empezar a pensar qué diario querían hacer, y eso requería bastante discusión.

—Lo más importante, en mi opinión, es que armemos un diario frentista. Si lo que queremos es hacer un órgano de prensa de la orga vamos muertos. Acá lo que puede tener sentido es un espacio que nos sirva para convocar a los distintos sectores que puedan coincidir con la propuesta, y entonces el diario se va a convertir en un verdadero instrumento político para hacer alianzas, para ensanchar los espacios.

Decía Miguel y, en principio, los demás estuvieron de acuerdo, aunque no le ahorraban ciertos chistes.

—Uy Dios, otra vez habló Populevich, el populista reformista ruso-peronista...

Solía decir Rodolfo Walsh, con una sonrisa. Empezaron a ofrecer acuerdos y puestos en el directorio del futuro diario a empresarios nacionales cercanos a José Ber Gelbard, sindicalistas como el fideero Miguel Gazzera, militares nacionalistas como el general Jorge Leal, políticos próximos a Cámpora como el ex vicecanciller Jorge Vázquez. Uno de esos días, el ámbito del futuro diario se reunió en la casa de la calle Moldes con dos invitados importantes: Mario Cámpora y Mario Eduardo Firmenich. El jefe montonero y el operador del ex presidente estuvieron de acuerdo en que tenían que confluir en el espacio creado por el diario: era una forma de defender sus posiciones frente al avance cada vez más arrasador de José López Rega y sus muchachos.

Alejandro Ferreyra estaba convencido de algo que solía repetir Santucho: había que tomar muy en cuenta lo que decían los obreros, especialmente los de las grandes fábricas. Ésa era la vanguardia del proletariado.

—Che, compañeros, ¿ustedes qué piensan de hacer una acción contra los militares en este momento?

—No, es una locura.

—Mire, compañero, a Perón lo ya a terminar colgando la gente en la plaza, pero por ahora hay que quedarse tranquilos, en el molde.

Alejandro tenía un buen grupo de simpatizantes de Siam, Schcolnik y Santa Rosa. Esa tarde estaba reunido con los de más confianza, por eso se atrevió a la pregunta pero, por supuesto, no se extendió en detalles.

—Así que ustedes piensan que no...

—No, sería una locura.

Alejandro miraba el vacío y ponía del otro lado de la balanza que 150 fusiles fal no eran nada despreciables. Los muchachos decían que eran todos unos hijos de puta, que algún día había que quemarles Campo de Mayo y, al rato estaban puteando a Rucci. Roberto era delegado en la papelera Schcolnik y estaba impresionado con la aceptación masiva que había tenido la JTP:

—En la asamblea eramos como seiscientos, había dos turnos casi completos, y entonces el de la JTP se los metió en el bolsillo. Dijo «sí, compañeros, la clase obrera somos peronistas, pero qué clase de peronistas, porque si estamos contra los Rucci y los Miguel tenemos que tener nuestra propia identidad», y entonces votamos en asamblea el apoyo a la JTP...

Pablo, que era de la metalúrgica Santa Rosa, no estaba muy de acuerdo:

—¿Pero te hiciste peronista...?

—No, nosotros le planteamos que había que apoyar la Coordinadora de Agrupaciones Clasistas, pero lo mismo los de la JTP están en la Coordinadora y son los que manejan la nueva comisión interna.

Alejandro tenía la sensación de que aprendía mucho. Por momentos, se dejaba llevar por cierta satisfacción: la mayoría de los militantes del PRT se pasaban la vida en reuniones, se preocupaban tanto por las formas organizativas, por la vida interna, mientras que él estaba haciendo funcionar el partido sin ninguna clase de aparato.

Después de la reunión, Alejandro se encontró con Rubén Suárez, Aníbal, y fueron en un Peugeot hasta Combate de los Pozos y 14 de Noviembre, a chequear otra vez los accesos, la retirada. El cuartel del Comando de Sanidad del Ejército estaba en la ochava y ocupaba menos de un cuarto de manzana. Era una casona de estilo francés con jardín. Por Combate de los Pozos la rodeaba una verja con una puerta de dos hojas y un camino corto que llevaba a la guardia central. Sobre 14 de Noviembre había un muro alto y un portón grande para entrada de ambulancias y camiones, que daba a unos barracones.

Ahí todo era tranquilo y había un solo guardia. Si conseguían entrar por esa puerta sin hacer ruido y reducir al guardia, lo demás parecía simple. Un dragoneante les facilitaría la entrada y una vez adentro irían tomando uno a uno los puestos de guardia hasta llegar a la guardia central, donde había un retén de no más de seis hombres. Entrarían camuflados con ropa militar, diciendo que eran de la inteligencia de Ejército y que estaban probando la seguridad del cuartel. La cosa parecía simple. El problema era la ubicación: cerca del Departamento Central de la Policía Federal, a cuatro cuadras de la comisaría de Entre Ríos y a dos de la cárcel de Caseros. No era un lugar para hacer bambolla: cualquier movimiento raro y se llenaba de patrulleros.

—Acá hay que operar con la menor cantidad de gente posible.

Alejandro tenía la experiencia suficiente como para opinar del asunto. Rubén le pidió que al día siguiente empezaran a hacer un plan.

—Lucas, vos vas a ser el segundo jefe de la acción. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, pero después quiero volver al trabajo de fábrica.

—Yo veo que el partido hizo un gran esfuerzo todos estos meses para llegar al congreso, que hicimos un buen papel en las elecciones, que la línea es correcta, pero ¿cómo puede ser que, a nivel de masas, los de la JP hayan tenido un crecimiento tan grande?

Eduardo Sigal salió de la reunión con una sensación contradictoria y se la contaba a su compañero Mauricio mientras caminaban hacia la estación de Adrogué. Ese viernes 17 de agosto habían participado de una de las últimas reuniones preparatorias del XIV Congreso del Partido Comunista. Los dos integraban el comité de la provincia de Buenos Aires de la Federación Juvenil Comunista: hacía meses que estaban preparando ese congreso. Les parecía mentira que, finalmente, el lunes empezara.

—A nivel de juventud, Eduardo. No es lo mismo que a nivel de masas, vos sabés que en la clase no tienen inserción... A mí también me da un poco de envidia, pero ellos crecen acompañando una ideología burguesa. Nacionalista, pero burguesa, y nuestra misión es consolidar el punto de vista de la clase obrera.

—No es envidia, Mauricio. Hay cosas que tenemos que escuchar: cuando los de la JP te dicen «hemos logrado sintetizar quince años de resistencia popular», yo pienso que se trató de una resistencia subterránea, con valores puros, con ideas de lucha, que a lo mejor nosotros no supimos escuchar y por eso se nos pasó de largo... Estos meses leí a Hernández Arregui, a Puiggrós, a Jauretche, y creo que...

—Son autores nacionalistas burgueses, Eduardo, no tienen la herramienta científica del materialismo histórico.

—Ya lo sé, yo también tengo diez años en la Fede, Mauricio, definiendo el enfoque histórico del partido, pero ellos interpretan a un sector mucho más dinámico y combativo de lo que nosotros planteábamos. Lo que digo es que son un dato de la realidad, que antes no le asignábamos peso y ahora nos están ganando los centros de estudiantes y abren locales por todos lados. No seamos mecanicistas en los análisis, hay un cambio dentro del peronismo. También aparecen grupos que hasta hace poco eran elitistas y hoy captan dirigentes naturales y no sólo gente marginal.

—Bueno, yo creo que en parte el partido está dando un giro histórico, de gran audacia, y por eso el Comité Central decidió el apoyo a Perón en las próximas elecciones y no nos dejamos seducir por la idea de algunos ultras de formar una fórmula con Tosco. Además, te digo una cosa: yo creo que hemos dado un paso fundamental dentro del gobierno, la presencia de Gelbard en el gabinete es muy importante. Fijate que la semana pasada les dio un crédito grande a los cubanos. Eso es inédito. Y otras cosas en las que el partido tiene incidencia: en Diputados se aprobó el impuesto a la renta potencial de la tierra, por ejemplo. Son avances históricos, Eduardo...

El ministro José Gelbard era mencionado por algunos como afiliado al PC; otros decían que pertenecía directamente al PCUS y no faltaban quienes lo señalaban como agente de la KGB. Lo cierto es que diez días antes había aprobado créditos oficiales por 200 millones de dólares para el gobierno de Fidel Castro. Y la Cámara de Diputados le había dado media sanción a un proyecto impositivo temido por los grandes terratenientes: gravar la productividad potencial de la tierra y transferir así recursos a los sectores industriales. El proyecto, escrito por Horacio Giberti, un viejo compañero de ruta del PC, había sido lanzado por los diputados de la tendencia revolucionaria del peronismo y apoyado por los diputados comunistas Mira y Comínguez.

La noche estaba fría y el tren del Roca, como siempre, se demoraba. Pero Mauricio se sentía templado:

—Estamos en un momento crucial, de muchos cambios, que requiere flexibilidad y yo creo que los aciertos del partido se deben a una cuestión histórica... ¿Sacaste la cuenta, Eduardo? El partido cumplió 55 años y lleva catorce congresos, el promedio da menos de cuatro años por congreso.

Casi un año antes, el Comité Central había aprobado un documento de discusión para preparar el Congreso, que giró a cada organismo de base —

círculo en la FJC, célula en el PC— para que eligieran los delegados al comité de escuela o de empresa —el escalón inmediato superior— que realizaron sus respectivas conferencias. De esas conferencias surgieron los delegados a los comités de sector —universitario, barrial, sindical—: después hacían lo mismo a escala local, provincial y nacional y se elegían los congresales nacionales. Un viejo cuadro del PC solía decir que la democracia indirecta del partido era fácil de entender para quien conocía las babushkas, esas muñecas rusas de madera que pueden abrirse a la altura del torso y adentro hay otra más pequeña, y otra, y otra más, cada cual más chiquita.

Eduardo había visto sacar una babushka tras otra hasta llegar a la conferencia nacional de la Fede, donde fue elegido delegado al congreso partidario. Eduardo era un veterano en la Fede: había recibido el carné diez años antes, a los 13, y ahora era el responsable de la política universitaria comunista en la provincia de Buenos Aires. Y, frente al avance de la JUP, la Fede seguía dirigiendo el centro de Estudiantes de Medicina en la Universidad de La Plata, su facultad. Y conseguían movilizar a mucha gente: en esos días, unas «jornadas de medicina solidaria» habían llevado más de mil estudiantes de Medicina a los barrios periféricos de La Plata para revisar, diagnosticar, vacunar a los vecinos.

Eduardo se pasaba horas y horas en las reuniones de círculos de la Juventud en todas las localidades de la provincia, en las peñas en los actos, en las proyecciones de películas rusas. Eduardo conocía a casi todos los militantes de su provincia y vivía de su asignación partidaria: la plata que le daban le alcanzaba para pagar sus gastos y el alquiler de la casa donde vivía con su mujer, Mabel Resines, y su primera hija, Paola, que estaba por cumplir dos meses. El criterio del PC era que la renta de los militantes profesionalizados surgiera de los aportes de sus frentes, de la venta de periódicos, las rifas y la campaña financiera.

El lunes 20, cuando ocupó un lugar entre los 510 delegados al congreso, Eduardo sintió que tomaba el cielo por asalto. El marco era solemne y las primeras palabras de Rodolfo Ghioldi recordaron al alma mater del Partido Comunista argentino:

—Camaradas, en este momento de gloria, honremos la memoria del camarada Vittorio Codovilla.

Todos se pusieron de pie, incluidos los delegados de la URSS, Cuba, Chile, Vietnam y otros veinte países. Después, Ghioldi propuso a los delegados la presidencia honoraria del encuentro:

—Los camaradas Leonid Brezhnev, Le Duan, Le Duc To, Fidel Castro y Luis Corvalán...

Los parlantes propagaron la banda musical de la Internacional. Los delegados cantaban de pie, con los puños en alto:

—Arriba los pobres del mundo,/ en pie los esclavos sin pan./ Y gritemos todos unidos:/ ¡Viva la Internacional!

Ese lunes el plato fuerte fue el informe de Arnedo Álvarez, sucesor de Codovilla en la secretaría general del PC. Álvarez parecía emocionado: era la primera vez, desde 1946, que el PC podía reunir un congreso legalmente.

—El imperialismo yanqui y sus aliados en el interior del país desencadenaron contra nuestro partido una persecución pertinaz, cuya finalidad principal era separar al partido de las masas y destruirlo. ¿Y cuál fue su resultado? Apenas emergido a la vida legal el partido se presenta ante el pueblo de la Nación más fuerte que ayer, más cohesionado que nunca, sus cuadros han soportado con honor las más severas pruebas, sus filas se agrandaron, su influencia creció, el nivel político de sus militantes se ha elevado satisfactoriamente. El Partido Comunista se ha convertido en factor importante de la vida nacional. Su concepción sobre el partido proletario, su programa y métodos de acción, inspirados en la inmortal doctrina de Marx, Engels y Lenin, se ha verificado una vez más como justa y necesaria para la causa de la emancipación nacional y social de los pueblos...

En medio del silencio del auditorio, Álvarez levantó la vista para referirse al tema que todos esperaban:

—No se puede abordar al movimiento peronista, heterogéneo y contradictorio, viendo unos aspectos del mismo y dejando otros en el cono de sombra; no se puede solamente examinar la parte que viene del pasado y que no tiene porvenir, y dejar de ver lo nuevo, que es lo que en enconada lucha predominará en definitiva; no se puede hacer una valoración objetiva y seria del movimiento peronista ignorando su base de masas, su influencia notoria en vastas capas de la clase obrera, la evolución positiva en la conciencia política de las bases, el notable despertar de su juventud que ha crecido políticamente y está adquiriendo conciencia de su papel en este proceso.

Después, Álvarez diferenció sectores y destacó a «la combativa juventud peronista que interpreta a las bases populares del movimiento y cuenta con importante respaldo de masas en las fábricas y las universidades». Aunque advirtió sobre el método:

—Al penetrar en la intrincada maraña de agrupamientos que coexisten en el peronismo se corre el riesgo de enredarse en ella. Para evitarlo hay que ver

el contenido de clase de los mismos...

Y dijo que había un sector terrateniente burgués con expectativas en las inversiones monopólicas, que reclamaba orden y armonía, y una corriente burguesa que desde el gobierno quería hacer algunos cambios.

—La línea divisoria de estos dos sectores es imprecisa. Sin embargo no deben ser confundidos: mientras que la corriente latifundista burguesa debe ser aislada y derrotada, no debemos descartar que la reformista burguesa pueda ser incorporada al proceso de renovación, bajo la influencia de la acción de masas. Existe, finalmente, el sector de izquierda, el más nutrido, que refleja el anhelo del pueblo argentino de liberación nacional, los intereses de los trabajadores y de las capas medias radicalizadas. Como es inevitable en todo movimiento policlasista, el enfrentamiento de derecha, centro e izquierda se profundiza a medida que se ahonda la crisis general y que por consiguiente las soluciones pasan del terreno de las postulaciones al terreno de la realidad...

Sobre el final, Álvarez presagió:

—La lucha no será fácil, pero existen las condiciones objetivas y subjetivas para librarla con éxito. Sepamos basarnos en ellas para abrir una nueva y luminosa página en la historia argentina y para brindar una contribución positiva a la causa mundial de la paz, la democracia, la independencia nacional y el socialismo. Sepamos transformar nuestro Partido Comunista en un poderoso partido de masas. Sepamos unir al pueblo argentino. ¡La unidad hará la fuerza del pueblo y el pueblo salvará a la Nación! ¡Adelante en la lucha por una patria liberada, en marcha hacia el socialismo! ¡Viva la inmortal doctrina marxista leninista! ¡Viva el internacionalismo proletario!

El martes 21 el congreso giró en torno a los informes de los delegados extranjeros. El enviado cubano entregó a las autoridades locales, en nombre de Fidel, una mascarilla de níquel con la cara del Che Guevara, el representante soviético entregó una de Lenin y el delegado de los comunistas chilenos dijo que las cosas en su país estaban mal: que la CUT, la Central Única de Trabajadores, había llamado a alerta y movilización, que los camioneros apoyados por la CIA controlaban las rutas chilenas y que la derecha ponía más y más bombas.

El miércoles fue el turno de la doctrina y el expositor fue Rodolfo Ghioldi, conocido por su antiperonismo y uno de los gestores, muchos años antes, de la Unión Democrática. Esa vez, Ghioldi se refirió varias veces a Mao:

—Las concepciones maoístas ejercen una influencia negativa en diversos países y nutren el nacionalismo burgués del que el maoísmo es pariente próximo... El señor Perón ha dicho que Mao ha dividido con claridad el socialismo nacional del socialismo internacional...

Ghioldi estaba, sin duda, del lado internacional, y después se tiró contra Hernández Arregui:

—... quien repite la calumnia maoísta de que la Unión Soviética no ayuda a las luchas anticolonialistas...

—¡Vietnam,/ Cuba,/ el pueblo te saluda!

Gritaron los asistentes, que el jueves se dedicaron prolijamente a temas internos. Estaban muy satisfechos por la composición social de los congresales: el 74 por ciento eran trabajadores, el 46 por ciento obreros industriales. Según los informes, la cantidad de sus afiliados en el movimiento obrero crecía sin parar. Ese día los congresistas se enteraron de que en Chile las cosas empeoraban irremediablemente: el general Carlos Prats había renunciado al ministerio de Defensa y a la jefatura del Ejército, sin duda por las presiones internas ejercidas por el general Augusto Pinochet, que pasaba a controlar la fuerza.

El viernes 24 terminaron las sesiones a puertas cerradas y los comunistas llenaron el Luna Park. Tuvieron que poner parlantes en la vereda. Hablaron Héctor Agosti y Patricio Etchegaray, que se perfilaba como el dirigente juvenil más carismático.

—¡Aquí está la juventud,/ al partido, salud!

Repetían los militantes de la Fede. Y a Athos Fava, secretario de organización del partido y orador de cierre, lo recibieron con la consigna favorita:

—¡Yo te daré,/ te daré, patria hermosa,/ te daré una cosa,/ una cosa que empiece con pe:/ PeCé!

Fava definió en su discurso el carácter de la revolución argentina «democrática, agraria, popular y antiimperialista».

—... que necesita la dirección de la clase obrera, la clase de vanguardia de la sociedad, que podrá conducirla hacia el socialismo...

—¡Obrero peronista,/ aquí está el saludo/ del Partido Comunista!

Eduardo Sigal terminó afónico. Días después, leía con voz grave, en una reunión de responsables zonales de la Fede, las resoluciones del congreso:

—A la par, hay que asegurar el constante crecimiento numérico del partido, hasta llegar a los doscientos mil afiliados, escalón importante hacia el Partido Comunista de masas...

Una pelirroja de pecas y labios importantes, lo paró, casi decepcionada:

—¿Doscientos mil? Pero, entonces, ¿cuántos militantes tiene el partido, actualmente?

—Nuestro partido tiene en la actualidad ciento cincuenta mil afiliados, camarada.

En esos días el Comité Central del PC anunció su apoyo a la fórmula Perón-Perón. Los analistas sostenían que de los 885.000 votos obtenidos por la Alianza Popular Revolucionaria el 11 de marzo, la porción de los comunistas debía rondar los 300.000. La dirigencia del PC los hacía trepar hasta el medio millón. Ahora, con el apoyo a Perón, después de treinta años de críticas y enfrentamientos, muchos se preguntaban si ese caudal se mantendría fiel o si muchos afiliados y compañeros de ruta incumplirían la decisión de la dirección.

Seis

—Che, Cacho, sería bueno que estos días te quedes en algún lugar visible, que te muestres.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No, no pasa nada, pero como vos sos un jetón y no queremos que tengas ningún problema...

—¿Pero por qué, Chango, decime?

—No, no, nada, por las dudas.

El Chango era un viejo compañero de Cacho El Kadri, miembro de la conducción de las Fuerzas Armadas Peronistas, y lo había ido a ver al local de Alberti 38 donde Cacho pasaba casi todas las tardes recibiendo gente, charlando, organizando pintadas o volanteadas, atendiendo a militantes de fábricas o barrios que querían conectarse con el Peronismo de Base. Cacho era un referente respetado, pero no formaba parte de la conducción de las FAP ni del PB: desde su salida se había encontrado con una forma de militancia demasiado orgánica, que le parecía casi burocrática, y no se adaptaba. Cacho seguía pensando que la militancia tenía que tener más alegría y que todo eso se estaba poniendo un poco gris, que sus compañeros se tomaban demasiado en serio a sí mismos.

Su situación era poco clara: en muchos casos, lo consultaban antes de tomar decisiones, pero él se resistía a esas largas reuniones donde se aburría, se adormilaba y se permitía chistes y salidas que los demás no terminaban de aceptar. Más de una vez salía de una reunión para irse al patio a jugar con los chicos de la casa o a charlar con alguna chica, o volvía a proponerles que dejaran la revolución para otro día, che, con el sol que hay.

Sus compañeros lo respetaban pero solían decirle que era medio anarco, que tenía que aprender a funcionar más orgánicamente: algunos hablaban, en serio o en broma, de que en realidad se quería cortar solo, que estaba haciendo «cachismo». A veces se preguntaba si no era una forma de rehuir responsabilidades: si no tenía que adoptar una posición de conducción más definida. Pero no, él estaba en contra de los caudillos, siempre lo había estado: se acordaba de aquella vez, en 1963 y en Puerta de Hierro, cuando Perón lo había retado por hablar contra los caudillos y él tuvo que hacer

malabarismos para que el General no lo fulminara. Y, además, seguía teniendo con buena parte de las FAP las diferencias que habían aparecido un par de años antes, cuando estaba preso y su organización lanzó la «alternativa independiente de la clase obrera» a partir de la aplicación de métodos de análisis marxistas. Su situación era un poco incómoda.

En todo caso, Cacho se tomó en serio la advertencia del Chango. El 27 de agosto, al mediodía, estaba en su despacho de la facultad de Derecho cuando alguien llegó a decirle que se había armado:

—Acaba de salir por la radio que las FAP mataron a Mansilla, en Mar del Plata.

Marcelino Mansilla era el jefe de la UOCRA y secretario general de la CGT de Mar del Plata y estaba enjuiciado por defraudación, estafa y enriquecimiento ilícito. Poco después, Cacho recibió un llamado del departamento de Policía:

—El Kadri, le habla el capitán Palacios, el ayudante del coronel González. Dice el coronel que lo quiere ver urgente. Deje todo lo que está haciendo y vengasé para acá.

—¿Es para tanto?

—Sí, sí, vengasé ya mismo.

Cuando llegó al departamento, el coronel González lo esperaba con la *Crónica* quinta.

—El Kadri, ¿qué hicieron? Qué barbaridad, esto.

—¿Qué pasó?

El coronel le mostró la tapa del diario, con la muerte del gremialista en letras catástrofe.

—Pero nosotros no tenemos nada que ver.

—Desmiéntalo. Desmiéntalo.

—¿Qué vamos a desmentir si yo no tengo nada que ver? Estaba en la Facultad, vengo porque usted me llama tan urgente, tomo un taxi y vengo para acá.

—Pero esto hay que desmentirlo, es una provocación.

—Lo voy a hablar con los compañeros, algo vamos a hacer, quédese tranquilo.

Horas después, Cacho se reunió con sus compañeros más cercanos. La situación era complicada: su sector no tenía el peso suficiente como para desmentir o condenar la muerte de Mansilla, pero tampoco querían quedarse pegados a eso. Discutieron un rato largo, hasta que decidieron que la única solución era abrirse:

—Sí, pero nosotros no podemos rifar el nombre de la organización, no lo vamos a regalar. Ellos con esto nos primerearon. Lo que buscan es quedarse con la sigla pero nosotros no los vamos a dejar.

Dos días después convocaron a una conferencia de prensa en un local de Once para anunciar la formación de una nueva organización, las Fuerzas Armadas Peronistas-17 de Octubre. Tenían mucha gente en el sindicato de telefónicos, trabajos de base en barrios y villas, unidades básicas en Capital y gran Buenos Aires, unos 300 militantes bien preparados, algunas casas operativas, coches, armas, explosivos y un poco de plata. Sus compañeros decidieron que tenían que presentarse encapuchados, para guardar su anonimato, pero Cacho no estaba de acuerdo:

—Eso es una payasada. Si todo el mundo sabe que yo soy El Kadri, vos sos Coco, vos Carlitos. Eso no va ni para atrás ni para adelante.

Aparecieron con capuchas negras; en la pared había una bandera argentina, un retrato de Perón y otro de Evita. Uno de los tres periodistas presentes les preguntó cuál era la base de la división:

—Que nosotros participamos del proceso de reconstrucción nacional, y apoyamos plenamente la candidatura del general Perón para la presidencia de la Nación. Consideramos que, durante 17 años de lucha, ésa ha sido la reivindicación más importante del pueblo argentino, por la que hemos luchado toda nuestra vida, y ahora no vamos a negarla. La apoyamos plenamente, y levantamos la consigna de «Perón presidente para la construcción de una patria sin explotadores».

Días más tarde, las FAP-17 y el PB-17 organizaron su acto inaugural en la Federación de Box. Pagaron los 2000 pesos —200 dólares— que costaba el alquiler por cuatro horas, y trataron de que la lista de oradores fuera amplia: Cacho la cerraba. Aunque no quería tomar el lugar de un jefe, era uno de los más conocidos y respetados, y tenía que aparecer en público:

—... porque, compañeros, entiéndase bien lo que digo: las organizaciones populares no pueden ser dirigidas con métodos militares ni pueden ser sus dirigentes aquellos que tengan mejor puntería. La organización de la clase obrera no es un problema de puntería, es un problema de ideología, compañeros, de responder a la ideología de la clase obrera, de saber que esta lucha de liberación nacional, en la cual estamos empeñados junto a nuestro líder, no podría verse coronada jamás por el éxito si no somos consecuentemente anticapitalistas y luchamos también por la liberación social del pueblo argentino. Y no se vaya a decir que estamos conspirando contra la unidad de la Tendencia Revolucionaria, porque no somos nosotros los que

hemos dicho que hay que borrar de una diapositiva el nombre de una organización...

Días antes, en el acto de la JP en Atlanta, los organizadores habían proyectado diapositivas sobre una pantalla gigante. En una de ellas se veía un paredón con una vieja pintada que decía FAP, FAR y Montoneros son nuestros compañeros, y alguien había intentado tapar la parte donde decía FAP.

—... porque, compañeros, entiéndase bien lo que digo, las organizaciones populares no pueden ser dirigidas con métodos militares, ni pueden ser sus dirigentes aquellos que tengan mejor puntería. La organización de la clase obrera no es un problema de puntería, ¡es un problema de ideología, compañeros!

Lo acalló un redoble de bombos y gritos. La Federación de Box estaba repleta: más de 5000 personas la colmaban y el aire estaba cargado de humos y de olores. Entre el público, Cacho conseguía ver algunas caras muy queridas: sus padres, que lo veían hablar en público por primera vez, la madre de Carlos Ramus, el padre de José Luis Nell y, al fondo, un retrato del Gallego Víctor Fernández Palmeiro.

—... porque debemos hablar claro. ¡No es verdad lo que dicen esos carteles, de que la sangre derramada no está siendo negociada! ¡Sí, compañeros, está siendo negociada! Y está siendo negociada porque la clase obrera no tiene la batuta...

Gritó Cacho, y los 5000 contestaban en un grito:

—¡La clase obrera tiene la batuta/ para que bailen estos hijos de puta!

—Yo les propongo, compañeros, aunque parezca una boludez en esta reunión, que cuando cantemos eso de la clase obrera, no cantemos tiene, porque cuando se originó el canto no decía tiene sino quiere. La clase obrera quiere la batuta y como querer es poder, la van a tener. Ahora, cuando nosotros planteamos la necesidad de que la clase obrera tenga la batuta, sabemos que no se va a lograr ni con acuerdos por arriba ni con toques mágicos, ni nadie lo va a hacer en lugar nuestro. Lo tenemos que hacer nosotros, todos los días, en nuestros lugares de trabajo, de estudio, en nuestros barrios, villas, en nuestros inquilinatos, para que se haga realidad aquella consigna de nuestra querida compañera Evita de que ¡el peronismo será revolucionario o no será!

Cacho El Kadri estaba transportado. A su lado en el palco estaban el mayor Bernardo Alberte, Alicia Eguren, Margarita Contursi, Jorge Di Pasquale, Sebastián Borro, Mario Kestelboim, Rodolfo Ortega Peña, Carlos

Caride. Aunque había hablado muchas veces en público, era su primer discurso ante tantos miles, y le gustaba, se sentía muy cómodo. Antes había pensado si tendría que prepararse una guía, un ayuda-memoria, y decidió que mejor no, pero algunos de sus compañeros más cercanos querían participar:

—Che, Cacho, ¿y qué vas a decir?

—Qué se yo. Lo que me salga en el momento...

—No, pero tenemos que reunirnos y discutirlo. El discurso es en nombre del Peronismo de Base, tenemos que reunirnos.

—Bueno, reunámonos.

Cada uno aportaba sus ideas, sus consignas. Que tenía que insistir en eso de «Perón presidente para que gobiernen los trabajadores», que tenía que marcar las diferencias con las otras organizaciones peronistas pero sin cerrar ninguna puerta, que tenía que dejar claras las críticas al gobierno actual pero sin ponerse en la vereda de enfrente, que tenía que subrayar que el PB estaba antes que nada con la clase obrera, que eso era la alternativa independiente. Cacho se iba cargando de todo eso pero después, cuando salió al estrado, tuvo la sensación de que las palabras y las ideas se le iban encadenando una detrás de la otra, que no siempre las controlaba, que la calentura podía llevarlo por caminos imprevistos pero, al mismo tiempo, la respuesta de los 5000 ahí abajo le confirmaba que los estaban recorriendo juntos. Seguían los gritos, ondeaban las banderas, y Cacho se dejaba llevar:

—... sí, para que entre todos podamos brindarle al General esa alternativa independiente de burócratas, traidores y burgueses, que la permita al General Perón conducir nuestro país en la marcha hacia la construcción del socialismo. Del socialismo nacional, como dicen algunos, como si hubiera un socialismo que no fuera nacional.

—¡Perón,/ Evita,/ la patria socialista!

—Porque el socialismo, compañeros, no es un invento del diablo, no es el cuco para asustar a los chicos que no toman la sopa. El socialismo es la participación de los trabajadores en la conducción del Estado y en la expropiación a la oligarquía de los medios de producción...

Cuando terminó el acto, Cacho se fue a abrazar con sus padres. Estaba ansioso por saber qué les había parecido su discurso:

—Estuviste bien, pero no tendrías que decir malas palabras.

Le dijo su papá.

—Che, ¿falta mucho todavía?

—No, dentro de media hora salimos.

Eran las cinco de la mañana, noche cerrada todavía, y el mate seguía pasando de mano en mano. Habían estado toda la noche allí, charlando, esperando el momento: ese miércoles 29 de agosto, en la unidad básica Capuano Martínez de la circunscripción 5, en Páez y Argerich, cuarenta militantes se preparaban para una acción extraña:

—¿Está todo, no? ¿El volante lo tienen?

Horacio González era el jefe del grupo. En realidad, a él se le había ocurrido la idea: un par de meses antes se habían conectado con una docena de basureros que trabajaban para una empresa privada, Maipú, que tenía a su cargo la recolección de residuos en el oeste de la Capital. La empresa les pagaba poco y los trataba mal: ellos querían hacer algo, y tenían el apoyo de la mayoría de sus compañeros. En una reunión, Dardo Cabo les había propuesto que formaran un sindicato autónomo que se llamaría SURRA —Sindicato Único de Recolectores de Residuos Argentinos—. Horacio no estaba de acuerdo: pensaba que era mejor presionar para que la empresa pasara a la órbita municipal y, entonces, los 2000 basureros podrían entrar al sindicato de los municipales, dominado por la derecha peronista, y, quizás, desequilibrarlo para el lado de la JTP.

En esos días, Horacio discutió el tema con Dardo Cabo. No se pusieron de acuerdo, y Horacio desobedeció las órdenes de su organización cuando se le ocurrió organizar la protesta de ese día. Horacio habló con los basureros, coordinó con los militantes de su unidad básica, escribió los volantes:

—Bueno, ya va siendo la hora de salir.

Seis o siete militantes de la UB se calzaron revólveres en la cintura: quizás encontrarán alguna resistencia. Horacio prefirió no llevar nada, y todos salieron hacia la playa de maniobras de la empresa basurera, en el Bajo Flores. Hacía un frío de perros.

—Che, si estos tipos no vienen los matamos...

Todo estaba bastante bien preparado: al final de su ronda, los basureros, en vez de entregar los camiones, los fueron estacionando al costado del playón. Los guardias de la empresa vinieron a ver qué pasaba:

—Muchachos, los camiones hay que dejarlos adentro.

—Tomátelas, Patón. Hoy acá mandamos nosotros.

—Pero no te voy a permitir que...

Dijo el pesado, pero vio unos brillos amenazadores: media docena de armas lo apuntaban:

—¿Qué no nos vas a permitir qué?

—No, nada, nada, muchachos, tranquilos.

A las ocho de la mañana una caravana de 120 camiones avanzaba por la avenida Libertador hacia el centro, ondeando banderas argentinas y carteles de la JTP. Horacio iba sentado en la cabina del primer camión: de tanto en tanto se les cruzaba algún patrullero y el conductor lo espantaba con una acelerada. Habían armado un embotellamiento mayúsculo y tenían la sensación de que nadie los podía parar. Horacio estaba impresionado: 2000 basureros marchaban sobre el corazón de las instituciones. Por un momento pensó que casi todo era posible.

—Bueno, compañeros, vayamos estacionando.

Los camiones pararon en la 9 de Julio y Avenida de Mayo: los basureros y los militantes de la JP se bajaron y se prepararon para caminar hacia el ministerio de Trabajo.

—¡Basureros de Perón/ limpiaremos la nación!

Los basureros habían encontrado su papel. Ya llevaban un par de cuadras cuando a alguien se le ocurrió la idea:

—Che, el Bigotes. ¿Dónde está el Bigotes?

—¡Acá, está acá!

—¡Arriba, muchachos, arriba!

Dijo, y Horacio se vio, de pronto, levantado por cantidad de brazos musculosos. Antes de que pudiera entender qué pasaba estaba en los hombros de un par de basureros, a la cabeza de la columna que recorría la avenida.

—¡Borombombón,/ borombombón,/ los basureros/ de Juan Perón!

Horacio pedía a los gritos que lo bajaran: no le parecía que la acción política tuviera que incluir esos rituales semirromanos, personalistas. Pero, en un punto, estaba feliz: iba en andas de una manifestación obrera que marchaba a luchar por sus derechos. Era su momento de triunfo.

—¡Borombombón/ borombombón,/ se va a acabar/ la explotación!

Horacio exultaba: eran los más desposeídos, los relegados a las alcantarillas, subiendo a la superficie para mostrarle al mundo su conciencia de clase, su potencial revolucionario. Lo bajaron frente a la puerta del ministerio para que dijera unas palabras:

—¡Compañeros! ¡Hoy, igual que el general San Martín hace ciento sesenta años, nosotros también hemos ganado nuestra batalla de Maipú!

Después, Horacio designó a los cinco basureros que entrarían a entrevistarse con el ministro Ricardo Otero. Le insistieron para que él también entrara, pero Horacio pensó que no le correspondía. Mientras esperaban la salida de los delegados llegaron el periodista y el fotógrafo de *El Descamisado*. Los basureros desbordaban de entusiasmo; había, incluso,

media docena de negros con tumbadoras, y ahora lanzaron una consigna nueva:

—¡Perón,/ Evita,/ la patria peronista! ¡Perón,/ Evita,/ la patria peronista!

Los de *El Descamisado* se quedaron duros.

—¿Pero esto qué es, macho, adonde nos trajiste?

Horacio tampoco lo podía creer. Habían armado toda esa movilización, parecía que Montoneros la conducía por su intermedio y de golpe, pensó, la cultura popular le hacía esa zancadilla. Trató de imaginar que no era grave:

—Bueno, así son las cosas en este plano de la movilización, después, en otro momento, vendrá otra cosa...

Les dijo a los del *Desca*, pero estaba desalentado. Poco después, los delegados salieron del ministerio:

—¡Ganamos, muchachos, ganamos! Así nomás. El ministro nos dijo que está totalmente con nosotros, que nos van a dar todo lo que pedimos. Lo único que nos piden es que nos cuidemos de los infiltrados que están acá entre nosotros.

Los basureros no pensaron en él, pero Horacio sabía que si había algún «infiltrado» eran él y sus compañeros de la unidad básica. A su alrededor, los basureros festejaban, se felicitaban y lo felicitaban. Horacio seguía desconcertado. A la semana siguiente, la revista *Militancia*, dirigida por Rodolfo Ortega Peña, publicó una tapa con la foto de los basureros y un epígrafe que decía «Los muchachos peronistas por la patria socialista». Horacio sabía que la leyenda era abusiva, pero pensó que quizás la política fuera algo de eso.

Agosto de 1973. El teatro buscaba su lugar en el movimiento. Darío Fò se había separado del Partido Comunista en 1968 y era, en esos años, el director teatral más popular de Italia: la recorría con espectáculos que tenían algo de los misterios medievales, del psicodrama sociopolítico, de la tragicomedia popular y del llamado a las masas. Sus obras más conocidas eran *Los ángeles también juegan al billar eléctrico*, *Hay que matar a la dama*, *El séptimo mandamiento* e *Isabel, tres carabelas y un charlatán*. En un artículo reproducido por *La Opinión*, Fò explicaba su idea de un teatro para los proletarios:

«¿Qué quiere decir “dirigirse al proletariado”? Primero, hablarle en su propio lenguaje. Estoy preparando un espectáculo con un cantor callejero siciliano, un viejo comicastro; toda su familia ejerce ese oficio desde hace muchas generaciones. También tengo un cantor popular del norte de Italia. Y

yo cuento la historia de los obreros que llegan cada día desde el sur de Italia para trabajar en las fábricas, en las grandes aglomeraciones industriales de Milán y Turín. Esas gentes que abandonan los campos por las cadenas de montaje. Es una historia que cada uno conoce bien.

»Hablar el lenguaje del proletariado no significa emplear las mismas palabras. Contarle *La dama de las camelias* no ofrece ningún interés. Se trata de poner en claro su situación. Cuando los espectadores escuchan historias, canciones, un lenguaje que les pertenece en propiedad, encuentran situaciones, reconocen sus bienes, saben que se dirigen a ellos, a lo más profundo de ellos mismos. Pueden darse cuenta de que están colocados en una situación artificial por una cultura que les ha impuesto una manera de vivir, de distraerse, de trabajar, de hacer el amor, de pensar. Se han dejado colocar en esa situación. No voy a halagarlos, tocarles romanzas con violín, decirles: “Miren cómo son de desgraciados y cómo los patronos son malos”. Guardo una posición crítica, los pongo frente a su pasividad. Siempre a través de una forma cómica. La risa está en la base del verdadero teatro popular.

»El espectáculo no es ni una proclama ni una propaganda, ni una lección. Ante todo es una diversión, emoción. No tenemos miedo de hacer llorar. Pero las desgracias de una madre o de una novia sacrificada no nos interesan. Aceptamos hacer llorar, pero de rabia y por el dolor humano, por la injusticia.

»Queremos hacer comprender que la clase dominante quiere hacer olvidar que existe una visión del mundo diferente de la suya, quiere hacer olvidar al proletariado la fuerza que él representa, quiere hacerle olvidar que puede triunfar. Buscamos revelar, despertar una conciencia. Queremos ayudar a todos los movimientos —y no solamente a los movimientos revolucionarios— a sacar conclusiones. Cada representación es seguida por un debate. El último acto, en suma, es la parte más importante del espectáculo. Allí se habla de teatro, un poco. La gente da consejos sobre el ritmo y pide aclaraciones sobre cuestiones técnicas, pero, finalmente, la calidad no es discutida y rápidamente se pasa a hablar del tema tratado. Como el espectáculo, el debate no debe ser una conferencia didáctica. No contesto las preguntas como “¿Qué debemos hacer?”. No estoy ahí para dar una solución sino para librar un combate cultural. Para provocar un conflicto entre la cultura dominante y una cultura que se ignora. El teatro, por cierto, es el arma más inmediata para librar ese combate. El concretiza las nociones abstractas. La forma metafórica de la fábula permite al espectador seguir su propio camino para llegar al sentido preciso del tema que le es propuesto. Y una vez más, el teatro es diversión. Lo cual no quiere decir catarsis. La cuestión no queda arreglada

una vez que se termina la representación. Por el contrario, el público queda informado como nunca lo estuvo a través de los medios habituales». En Argentina, grupos como el de Norman Briski ya llevaban un par de años intentando modelos semejantes.

Hacía mucho que estaba parado, y empezaba a cansarse. Para consolarse, Luis Venencio pensó que Perón también había estado parado horas y horas; después pensó que era un consuelo medio tonto. Era el viernes 31 de agosto: esa mañana se había levantado muy temprano, como todos los días, para ir al astillero pero, a las diez, se juntó con sus compañeros de la agrupación JTP y empezaron a llamar al resto de los obreros al paro. Lo había decretado la CGT para que todos pudieran ir al desfile.

Los militantes de Astarsa marcharon hacia el centro de Tigre y se tomaron el tren hasta Retiro. Desde ahí caminaron encolumnados hasta Paseo Colón y Moreno, donde se juntaron con la columna de su sindicato. La dirección de la JTP había decidido que sus agrupaciones irían con el resto de sus gremios; los demás militantes de la Tendencia se encontrarían en Belgrano y Balcarce: a mediodía, los dirigentes de la JP, JUP, UES y compañía calculaban que debían ser más de 200.000: las columnas llegaban hasta Alsina e Hipólito Yrigoyen.

—¡Vamos a hacer/ la patria peronista,/ vamos a hacerla/ montonera y socialista!

Juan Domingo Perón los esperaba en un balcón del edificio de la CGT, sobre la calle Azopardo: era el único acto de su campaña electoral que contaría con su presencia, y era la primera vez en 18 años que los peronistas estarían tan cerca de su jefe. Pero no habría discursos ni ceremonias: sólo la marcha de los manifestantes bajo el balcón, los saludos y consignas al paso. Una semana antes, Lorenzo Miguel se había reunido con tres dirigentes montoneros para acordar un pacto de no-agresión durante la manifestación, y ahora todo parecía tranquilo. El acuerdo también suponía que la JP sólo llevara dos consignas: «Perón presidente» y «Patria sí, colonia no». Las columnas montoneras esperaban; las sindicales desfilaban cantando por la patria peronista. Luis pasó frente al balcón a las tres de la tarde: a su alrededor, todos gritaban Perón Perón, y él pensó que la consigna no decía gran cosa.

—¡Juventud presente,/ Perón, Perón o muerte!

Cuando Mercedes Depino llegó a la altura del balcón eran casi las cinco de la tarde. Perón estaba ahí, increíblemente cerca, a menos de seis metros

hacia arriba. Mercedes lo miró y estuvo a punto de emocionarse; después vio, a su lado, a Isabel y a López Rega y la emoción se le volvió cabreo.

—¡Rucci, traidor/ saludos a Vandor!

La erre de Rucci sonaba como un redoble amenazante. Mercedes buscó en el balcón la cara del secretario general de la CGT pero no la encontró: había entrado cuando empezaron a desfilar las columnas de la JP. Los altoparlantes del edificio pasaban marchas a todo volumen: no era seguro que Perón, ahí, tan cerca, pudiera oír a los que desfilaban. El General saludaba con los brazos levantados y una sonrisa leve. Los manifestantes redoblaron los gritos:

—¡No rompan más las bolas,/ Evita hay una sola!

Una semana antes, en la cancha de Atlanta, la JP había conmemorado el primer aniversario de la masacre de Trelew y el vigésimo primero del renunciamiento de Eva Perón: la cancha estaba repleta y fue la primera vez que Mario Eduardo Firmenich habló en un gran acto público. Mercedes recordaba sus palabras: «El general Perón plantea una estrategia que nosotros admitimos. Es la estrategia del frente antiimperialista, pero esa alianza de clases no tiene sentido si no está conducida por la clase trabajadora. El Pacto Social, podemos decir que es un acuerdo, o debería ser un acuerdo que formaliza la alianza de clases, pero debería estar regido y gobernado por la clase trabajadora... Pero en la actualidad el Pacto Social no refleja eso, y no lo refleja porque en la constitución de esa alianza los trabajadores no tienen representantes. Porque tienen allí, en la CGT, una burocracia con cuatro burócratas que no representan ni a su abuela. Es decir, no es que nosotros estemos en contra de la existencia de un Pacto Social, sino que creemos que éste no refleja los intereses de los trabajadores y, por lo tanto, deberá ser modificado, porque si no no hay ningún proceso de liberación posible».

Mercedes miró al General, que ya iba quedando atrás, y el edificio macizo de la Central obrera. Estaba pasando por una calle estrecha, encajonada: por un momento le pareció que era el lugar perfecto para una encerrona. Pero no, no serían capaces de algo así, pensó: aunque fueran enemigos declarados. Firmenich había sido tajante: «Hay que lograr dos millones de afiliados en el país, y cuando movilizemos a dos millones de peronistas la burocracia se borra. (...) Tenemos que volcar el máximo esfuerzo en la organización de nuestra estructura sindical: hay que fortalecer a la Juventud Trabajadora Peronista. Dentro de la estructura sindical, no marginándonos. Tenemos que fortalecer la JTP para ganar la conducción política de toda la CGT».

—¡Vamos a hacer/ la patria combatiente,/ en su medida/ y armoniosamente!

El desfile terminó a las ocho: la JP había movilizado un poco más de gente que la CGT, sólo que los sindicatos habían preparado el acto durante un mes y habían mandado cientos de micros a las puertas de las fábricas, mientras que la JP había decidido participar tres días antes. Hacía rato que era de noche; José Rucci, eufórico, hacía declaraciones a la prensa:

—Los trabajadores demostramos un alto grado de organización y disciplina, y que somos protagonistas principales en el actual proceso. En definitiva, el movimiento obrero argentino, a través de su central, supo descalificar a los pequeños grupitos de enanos que aún no han comprendido la realidad que imponen los trabajadores nucleados en su entidad madre.

—¡Juntamos más de diez mil compañeros! ¿Qué me contás?

—Bueno, en Atlanta hubo 45.000, Pancho.

—Sí, los dos suman, pero no se puede comparar el grado de compromiso de ellos con el nuestro.

Francisco Provenzano estaba entusiasmado con el grado de convocatoria al acto en memoria de los caídos en Trelew del 22 de agosto en Congreso, en el que había participado la izquierda no peronista y no PC. Alberto Elizalde venía a tanto ritmo que ya casi ni se acordaba de los días de la cárcel, tan lentos y monótonos. De pronto, Pancho se puso un poco misterioso:

—Che, el lunes a las dos de la tarde tenés una cita con el Chaqueño. En el bar La Estrella.

Pancho se lo había dicho muy formal, como si fuera algo fuera de lo común. Alberto se quedó intrigado, pero tenía cantidad de actividades y los dos días que faltaban se le pasaron volando. El lunes, cuando entró al bar y vio que Ramón Gómez, el Chaqueño, se tocaba insistentemente la punta de los bigotes, intuyó algo más. No hubo vueltas:

—Beto, el partido te asignó a una operación militar, así que ya se le informó a Pancho que vas a dejar el resto de las tareas hasta que se termine. En unos días te va a llegar la nueva cita, mientras tanto mantenete sin hacer nada que te pueda exponer al enemigo.

Alberto sabía que no tenía que hacer preguntas. Ramón estaba esperando a otros militantes, así que Alberto se fue enseguida. De vuelta en la casa de José C. Paz, Pancho no ocultaba su curiosidad:

—¿Te dijeron?

—Sí.

—Una acción militar, ¿no?

—Sí, supongo.

—¿Una acción grande?

—No sé, pero es inminente, así que yo me voy a La Plata.

—¿Contra el ejército enemigo?

—No sé, supongo... No pregunté, Pancho.

—Bueno, andá a La Plata, pero no digamos nada.

Unos días antes, unos parapoliciales mal disfrazados habían ido a la casa de su madre a preguntar por él. Por eso le habían planteado que ni pisara La Plata. Allá, además de su madre y hermanos, estaba Cristina Constantini, a la que veía tan poco como cuando estaba preso. Por suerte para Alberto, Pancho era un responsable permisivo para las cuestiones personales y casi todas las semanas podía ver a su novia. Tomaba sus recaudos: se comunicaba con otra médica amiga de ella y tenían citas prefijadas.

—Estela, soy Beto, decile a Cristina que el miércoles a las dos la busco a la salida.

Se encontraron en la puerta del hospital y Alberto le contó primero las buenas noticias, que se quedaba hasta el otro día, y las malas apenas de soslayo: que aunque no sabía qué era, esa operación parecía algo grande, que mucho no le gustaba porque lo sacaban de sopetón del trabajo de masas, que él lo entendía porque la revolución era así y que seguramente todo iba a salir bien. Cristina había ido acercándose al PRT con las tareas de solidaridad cuando él estaba preso y ahora participaba en la agrupación de médicos municipales y, cuando lo necesitaban, en las postas sanitarias para las acciones militares. Estela, además de hacerles el enlace telefónico, les prestaba el departamento, así que Cristina y Alberto se encerraron durante todo el día. Antes de la partida, Alberto quería dejar algo claro para el futuro:

—Ya hablé con Pancho para que regularicemos algo, Cris.

—Mirá, yo todavía no me quiero ir de La Plata, pero no aguanto más así, viéndote cada tanto.

—Esperá que yo empiece a trabajar, a lo mejor vos podés conseguir trabajo en el hospital de Tigre. Esperá que pase esto y lo arreglamos.

La abrazó como si fuera la última vez. Ella no se quería despegar:

—Te quiero, Alberto, cuidate. No quiero que vivamos más así, separados.

—Yo tampoco. Todo va a salir bien. Te quiero.

Alberto salió a la calle, solo: no tenía nada que hacer en la vida salvo una acción militar que desconocía, y le agarró una sensación extraña en el pecho. En el micro de vuelta pensó que era lo mismo que sentía, antes de ir preso, cada vez que tenía que salir para una operación. Ésta iba a ser su primera

acción grande en el ERP: su pase desde el GEL, a fines de 1971, había coincidido prácticamente con su caída.

Al día siguiente, el viernes 31, mientras los peronistas desfilaban bajo el balcón de la CGT, un compañero suyo lo llevó tabicado a una casa en José C. Paz. Había otros seis militantes: la mayoría no se conocía y los diálogos eran entrecortados. Los que sabían de qué se trataba no tenían que hablar, así que esperaron que lo hiciera el jefe. Rubén Suárez les dijo sin preámbulos que la dirección del PRT había decidido que el ERP entrara en operaciones contra el Ejército y que ellos conformaban un comando que iba a tomar un cuartel:

—Es una acción de recuperación de armamento, importante. Se eligió un grupo de compañeros fogueados o de mucha entereza ideológica, por eso se sacaron compañeros de distintas células y frentes. Tiene que ser una operación limpia y tenemos que evitar cualquier enfrentamiento.

Rubén explicó que la situación política no permitía que hubiera tiros a menos que no hubiera más remedio, y que además operativamente no convenía porque el lugar estaba en plena Capital. A Alberto le cayeron bien las pintas de los que estaban: hacían pocas preguntas, bien precisas. Rubén les informó que el Chaqueño, el responsable político de la regional, iba a participar como un combatiente más porque la línea del partido era que los dirigentes también se foguearan en lo militar. Y dijo, sin más explicaciones, que el segundo jefe de la acción era Lucas. Elizalde no lo conocía pero relacionaba su cara con alguna de las fotos que habían salido en los diarios y le parecía que el apellido era Ferreyra. Alberto tenía dudas sobre la conveniencia política de lo que escuchaba, pero no le pareció momento para plantear cuestiones de fondo, así que hizo una única pregunta:

—¿Por qué sacan gente del trabajo de masas para una acción militar si, hasta donde yo sé, los equipos militares están completos, sin ninguna baja?

Ramón ensayó una respuesta más bien política:

—Hay que frenar a la derecha del gobierno y la injerencia de los militares en esta escalada fascista. Por eso tenemos que sacar gente del trabajo de masas. Además, para el partido esta es una acción estratégica.

Lo estratégico, que Ramón no terminaba de definir, era que el pertrechamiento de armas largas iba a servir, entre otras cosas, para empezar a equipar a la futura guerrilla rural. En esos días, el PRT estaba mandando a sus primeros rastreadores en la zona de la precordillera tucumana, a lo largo de la ruta 38.

Después de la reunión cada cual tenía que ir a relevar la zona, conocer los accesos, las calles, ambientarse. En la reunión siguiente se sumó el soldado

que estaba haciendo el servicio militar y que iba a tener que pasar a la clandestinidad después del operativo: Hernán Invernizzi había aceptado las consecuencias de su decisión y se mostró muy dispuesto. Todo iba bien, pero Alberto tuvo un momento de duda cuando Rubén le pidió que hiciera un croquis de un fusil fal porque algunos compañeros no conocían su funcionamiento y no tenían a mano ninguno porque sólo iban a usar pistolas y un par de subametralladoras. Alberto hizo un dibujo a mano alzada y con gestos explicó cómo se ponía una bala en la recámara o cómo se cambiaba un cargador. Que Ramón no supiera ni jota sobre el fal le producía sensaciones contradictorias: por un lado le parecía bueno que un obrero textil del norte, miembro del Comité Central, no estuviera pendiente de cuestiones técnicas, pero lo alarmaba que un tipo que iba a participar en el copamiento de un cuartel fuera tan improvisado.

El plan parecía simple. Invernizzi se quedaría en el cuartel la noche del 6 de septiembre aunque no le tocara: era algo normal y no llamaría la atención. A medianoche, antes del cambio de guardia, se acercaría a la puerta y les diría a los dos centinelas que estaban llegando dos soldados amigos de visita, a comer unas empanadas. Entonces, cuando abrieran el portón, uno de los supuestos soldados le pasaría una bandeja de empanadas calientes con una 45 escondida. Entre los tres reducirían a los centinelas, les franquearían el acceso a otros siete y se separarían en tres grupos hasta reducir los demás puestos de guardia y el retén de la guardia central. Una vez que estuviera tomado todo, otro grupo que esperaría a una cuadra entraría con un camión ford 350 con caja carrozada donde cargarían las armas. Al final el camión saldría primero y detrás todos los demás.

—En total tenemos que tardar alrededor de una hora.

Explicó Rubén y les dijo que en los dormitorios de los oficiales podía estar el capitán Bilbao, un tipo muy anticomunista que decía que había estado en algún operativo paramilitar, como la quema del teatro Argentino a principios de mayo, para impedir el estreno de *Jesucristo Superstar*.

—La caracterización que tenemos es que el tipo puede resistirse, así que una vez que traspasamos la puerta un compañero va a instalarse a la entrada del dormitorio donde puede estar Bilbao y lo controla, sea como sea.

El otro grupo, que tenía que cargar y sacar los fusiles, se estaba reuniendo en otro lugar, sin contacto con el que haría la toma del cuartel. El jefe del operativo coordinaba los dos grupos. Los de carga eran siete, que estudiaron el plano del cuartel y cada uno de los pasos de la acción: lo más importante era que trabajasen muy rápido. Para acelerar, armaron un par de camillas de

lona para llevar los fusiles desde la sala de armas hasta el camión. Cuatro llevarían las camillas y otros dos cargarían cajas de pistolas y de municiones. El otro acomodaría todo en la caja del camión. Una vez cargado, Lito y Cacho se irían en la cabina del camión y los otros cinco se subirían en dos autos que debían estacionar previamente sobre Combate de los Pozos y lo seguirían para custodiarlo. A partir de un punto convenido, el camión seguiría sin custodia y entraría en el garaje de una casa donde habría unos tambores de plástico llenos de grasa para meter las armas. Después los cerrarían herméticamente y los enterrarían en un jardincito al fondo.

Ya estaba todo listo. Tres días antes de la acción, el grupo de copamiento se reunió con Rubén Suárez y Enrique Gorriarán Merlo, el jefe militar del ERP, que fue a supervisar el plan. El jefe escuchó todo con atención: opinó que todo estaba bien pensado pero le pareció que tenía que haber un grupo de contención afuera.

—Para no quedar tan aislados.

Rubén no estaba muy seguro y otro militante planteó que el lugar estaba muy patrullado, que cuantos más guerrilleros participaran mayor era el riesgo de que llamaran la atención. Gorriarán hizo un gesto de que no estaba convencido y aclaró que no quería meterse en los detalles operativos:

—Pero eso se puede hacer con un grupo chico, dos o tres compañeros. Puede haber una pareja en la plaza, como si estuvieran rascando, y cualquier cosa avisan con un walkie talkie.

Rubén le dijo que no le parecía necesario: desde el puesto de guardia de la esquina se podían ver los movimientos tan bien como desde la plaza. Y que un grupo de gente en la plaza, a esa hora, iba a llamar mucho la atención.

Septiembre de 1973. En esos días la cultura letrada desconfiaba de sus propios circuitos e intentaba volcarse hacia otros, más masivos y politizados. Por eso, seguramente, Tomás Eloy Martínez presentó su libro *La Pasión según Trelew* en una unidad básica. *La Opinión* lo contaba en un artículo sin firma:

«Un acto de movilización popular se realizó el jueves último a las 21 horas en la Unidad Básica “17 de Noviembre” que rodea la villa del Bajo Belgrano. Se hicieron presentes, además de diversos dirigentes juveniles, el doctor Rodolfo Ortega Peña, el escritor Tomás Eloy Martínez, el ex obispo de Avellaneda Jerónimo Podestá, el señor Manfredo Sabelli y un representante de la Juventud Peronista de Trelew. Con banderas argentinas y carteles

partidarios, rodearon la tarima integrantes de la organización villera local y del Frente de Lisiados Peronistas.

»El motivo del acto fue realizar un homenaje a los muertos en la base aeronaval Almirante Zar el 22 de agosto de 1972, y a todos los caídos en las diversas jornadas de lucha de estos últimos años. En sus diversas intervenciones, los oradores vincularon la recordación a la actual coyuntura política. En este sentido, Ortega Peña trazó la continuidad de una misma línea de lucha y sacrificio desde los fusilamientos de José León Suárez hasta los acontecimientos de Ezeiza del 20 de junio último.

»Gustavo Peralta, de la Juventud Peronista de Trelew, recordó la figura de Mariano Pujadas “como ejemplo y síntesis de la voluntad de lucha popular y cuya ausencia sólo puede ser llenada con la presencia misma del pueblo movilizado”. A continuación, Tomás Eloy Martínez volcó su propia experiencia y relató la transformación que produjeron en su vida de escritor y periodista “no sólo los fusilamientos del 22 de agosto, sino también la pueblada que protagonizaron los habitantes de Trelew cuando la represión golpeó en sus puertas y recluyó en la cárcel a diversos integrantes de la comunidad”. Finalmente, agregó Tomás Eloy Martínez: “A partir de ese instante, mi máquina de escribir dejó de ser una simple herramienta de trabajo para convertirse también en un arma de combate. Mi obligación de escritor era devolverle al pueblo la imagen veraz de todos los sufrimientos y combates que él mismo vive cotidianamente”. Por último, Jerónimo Podestá reafirmó el deseo popular de alcanzar “una sociedad sin explotadores y sin explotados. Al fin y al cabo, ése es el mensaje de los mártires de Trelew”.

»Al finalizar el acto se distribuyeron entre los asistentes, fundamentalmente entre los habitantes de la villa, ejemplares del libro *La pasión según Trelew*, de Tomás Eloy Martínez, recientemente publicado por Granica Editor. De esta manera se concretó un deseo que el autor manifiesta en el prólogo de la obra: “En un país donde los idealistas son mártires y los réprobos viven sin castigos, la memoria del pueblo siempre será más larga que las astucias del represor. Y si las páginas de este libro no contribuyen a derrotar la pesadilla, por lo menos ayudarán a pelear contra ella”.

»*La pasión según Trelew* constituye un mosaico de valiosos testimonios reproducidos textualmente y de la crónica del alzamiento popular con que la ciudad de Trelew respondió a la detención de 16 ciudadanos y al allanamiento de un centenar de casas de la región, frutos del operativo militar y policial de que fue objeto en octubre de 1972. Por boca de sus protagonistas directos y también de los héroes anónimos que siempre impulsan la historia, la obra de

Tomás Eloy Martínez registra los pormenores de la fuga del penal de Rawson, la rendición en el aeropuerto de quienes no logran escapar, su posterior traslado hasta la Base almirante Zar, los fusilamientos y las vicisitudes de los sobrevivientes de la masacre. (...)

»En el acto realizado en la villa del Bajo Belgrano, Manfredo Sabelli, padre de María Angélica Sabelli, asesinada en Trelew, expresó ante la concurrencia el deseo personal y colectivo de que se cumpla la promesa electoral de investigar los acontecimientos del 22 de agosto de 1972 y todos los hechos provocados por la represión. *La pasión según Trelew* se convierte en un aporte importante para el cumplimiento de dicha voluntad.

»Entre las canciones recogidas por el libro, algunas reflejan abierta combatividad, otras, en cambio, rezuman la tradicional ironía que sólo es capaz de volcar la vena popular. Con música de *La cucaracha* se destaca entre estas últimas la siguiente letra: “La dictadura, la dictadura/ ya no puede gobernar,/ porque le falta porque no tiene/ el apoyo popular./ Los milicos inventaron,/ viendo cerca su final,/ una trampa que llamaron/ gran acuerdo nacional”.

»Otra, con música de *La marcha de Boca Juniors* afirma: “No nos asustan esos matones/ que son tan machos con una PAM/ porque aprendimos a moretones/ y a cicatrices que no nos paran más”. Textos de volantes y consignas pintadas en las paredes de Trelew se suman a esta antología. De esta manera, *La pasión según Trelew* cubre la intención expresada por su autor de transformar a la máquina de escribir en algo más que una herramienta de trabajo».

—Sí, pero lo que no les puedo perdonar es que ustedes no nos avisaron nada cuando estaban preparando la fuga de Rawson, nos ningunearon, nos dejaron pagando. Me parece que la solidaridad entre las organizaciones revolucionarias daba como para que...

—Bueno, puede ser. En una de esas tendríamos que autocriticarnos por esa decisión. Pero en ese momento nosotros evaluamos que decirlo podía ser un riesgo que preferíamos no correr.

Cacho El Kadri se había encontrado con Roberto Quieto en la facultad de Derecho y le reprochaba su actitud del año anterior, cuando compartían la cárcel de Resistencia y el jefe de las FAR consiguió que lo trasladaran a Rawson para sumarse a la fuga y no les avisó nada de lo que se venía. Quieto trataba de contemporizar: en realidad, le interesaba más hacerle una propuesta para el futuro y lo invitó a tomar algo. Llovía, y se metieron en la confitería

de las Artes, del otro lado de la avenida Figueroa Alcorta. La tarde estaba más que melancólica.

—Bueno, ustedes saben que ya están muy avanzadas las conversaciones nuestras con los montos para la fusión, ¿no? Ha sido un proceso largo, con muchos roces, pero estamos convencidos de que es lo mejor para el avance del proceso revolucionario, y ya estamos muy cerca de llegar al acuerdo definitivo. Por eso me parece que si ustedes también...

Con muchas más palabras, con mayor cuidado, Quieto venía a decirle que si las FAP también se integraban a los Montoneros, el «polo de izquierda» iba a verse reforzado dentro de la nueva organización. Que entre los Montoneros pesaba más una ideología de origen cristiano, menos marxista, pero que si las FAP se integraban podían desequilibrar las cosas en favor de las posturas más socialistas de las FAR.

—Ustedes tienen cuadros muy preparados, que pueden aportar mucho para radicalizar las propuestas de la orga...

En ese momento, los cuadros de las FAP-17 debatían si su organización tenía que seguir siendo un grupo armado o no. En esos días, los militantes de un barrio habían detectado un depósito clandestino de azúcar, donde un acaparador la escondía para hacer subir el precio. Decidieron expropiarla y entregarla a los vecinos. Mientras planificaban el operativo, alguien preguntó qué pasaba si en medio del apriete caía la policía:

—¿Cómo que qué hacemos?

—Y sí, ¿tiramos o no tiramos?

—¿Y qué querés hacer, entregarte?

—No, pero tampoco nos vamos a agarrar a tiros con la policía de un gobierno peronista. Estaríamos haciendo lo mismo que el ERP.

—No tiene nada que ver, es otro nivel de violencia. Una cosa es asaltar un cuartel y otra es colaborar para terminar con el desabastecimiento de azúcar...

—Ah, entonces vas a salir a decirle a la cana pido gancho, estamos repartiendo el azúcar del pueblo, ya me voy...

—Bueno, compañeros, no se calienten, no vale la pena discutir así. De todas formas no va a pasar nada, no va a caer la cana, está todo bien preparado, no va a haber problema.

Esa vez no hubo, pero la discusión sobre qué hacer con las armas siguió. El Kadri y Quieto también charlaron un rato más y quedaron en volver a verse e invitar al resto de sus compañeros, para ver si podían avanzar. Al otro día, en la facultad, Cacho se cruzó con un viejo compañero peronista que estaba militando en la derecha universitaria:

—Ayer te vi rosqueando con Quieto, Cacho. ¿Cómo podés estar con ese tipo, que era reformista, era PC, cuando a nosotros los peronistas nos cagaban a palos y nos rompían los actos esos tipos?

—La gente cambia, ahora es peronista.

—¡Qué va a ser peronista! Es un zurdo infiltrado.

—Dejate de joder, me conocés a mí, cómo pensás eso.

La reunión de los representantes de las organizaciones armadas peronistas tuvo lugar poco después, en un departamento de Santa Fe y Montevideo. A Cacho le parecía un chiste que fuera justo ahí, a media cuadra del lugar donde los Montoneros habían empezado sus acciones con el secuestro de Aramburu:

—Che, Mario, ¿no te trae recuerdos este lugar?

Los asistentes eran siete: Mario Firmenich, Horacio Mendizábal —de los Montoneros—, Roberto Quieto, Marcos Osatinsky —de las FAR—, Carlos Caride, Néstor Verdinelli y Cacho El Kadri —de las FAP. Cacho había conocido a Mendizábal en el 64, como militante muy antiperonista de la Democracia Cristiana:

—¿Así que ya te sacaste el gorila de adentro?

Mendizábal se puso colorado. Después de unos minutos de jodas y recuerdos empezó la discusión. El planteo de los Montoneros era una invitación a la unión, a juntar «la experiencia de la FAP con el poder actual de los Montoneros»; en realidad, a Cacho, Néstor y Carlos les sonaba más bien a otra cosa: les estaban diciendo que ellos se habían quedado sin espacio, entre la FAP-Comando Nacional, que planteaba una alternativa proletaria independiente —incluso de Perón— y los Montoneros, que estaban tratando de ocupar un espacio en el movimiento peronista para conducirlo tras la muerte de Perón, que no podía tardar mucho. Y que en medio del sándwich no tenían grandes posibilidades ni razones de existir y entonces les convenía integrarse, disolverse en la organización que se estaba haciendo hegemónica, los Montoneros. Cacho, Néstor y Carlos tenían la sensación de que estaban tratando de fagocitarlos de una buena vez.

La discusión fue larga. Néstor les hacía críticas ideológicas severas, y Cacho les decía que el crecimiento de los Montoneros en el último año no era sólido, que más que crecimiento era engorde, porque no se hacía desde las bases sino desde arriba y que tuvieran cuidado con los que se les sumaban más que nada por triunfalismo, arribismo o como quisieran llamarlo. La semana anterior se había encontrado con un ex compañero suyo del Bajo Belgrano que le dijo que se había ido a Montoneros porque tenían muchos recursos y le solucionaban todo:

—Son unos tiernos, Cacho, no te das una idea. Me pusieron a uno de ellos por arriba, que se cree que nos manda, pero en la villa vos sabés cómo es, hacemos lo que queremos...

Carlos Caride les dijo que creía en la necesidad de la unidad pero que había que tener claro que el que conducía era Perón, no las organizaciones, y que había que saber aprovechar el tiempo político para fortalecer una alternativa independiente pero dentro del Movimiento.

—Che, Carlitos, nos estás panfleteando.

Le dijo Osatinsky y Firmenich insistió en que la unidad tenía que darse dentro de la organización que conducía la Tendencia Revolucionaria, los Montoneros. Al final quedaron en seguir discutiendo, pero todos sabían que iba a ser difícil llegar a un acuerdo. Pocos días después, Cacho se encontró a comer una pizza con un par de viejos amigos suyos que militaban en Montoneros.

—Che, Cacho, ¿qué le pediste al Pepe?

—No, cómo, no le pedí nada.

—Vamos, dejate de joder.

Y le contaron que su dirección les había transmitido que los de las FAP se estaban haciendo los estrechos porque as piraban a conseguir cargos de dirección.

—Sí, andan diciendo que ustedes lo que quieren es acomodarse bien. Dijeron no, no, ya van a caer, pero están muy soberbios Quieren la chancha y los veinte, pero ya van a caer.

Cacho estaba indignado:

—¡Qué hijos de puta!

—No, sí, a mí me pareció raro.

—Desmentilo, es un invento total.

Después no hubo más charlas.

Cuando la destinaron a la conducción de la Agrupación Evita en la región de Cuyo, Susana Sanz tuvo la sensación de que la habían tirado al bombo. La Agrupación Evita era el último de los inventos de la conducción montonera: la estaban organizando en todo el país para disputarle a la ortodoxia peronista la conducción de la Rama Femenina del Movimiento. Y, en ese momento, para muchas militantes, pasar de la Juventud Peronista a la Agrupación era una especie de despromoción.

Desde mayo, cuando Alberto Martínez Baca se había hecho cargo de la gobernación de Mendoza, su relación con los Montoneros había ido

deteriorándose. El gobernador tenía la sensación de que los Montoneros le exigían demasiado, que lo apretaban y no respetaban sus tiempos, y los Montoneros pensaban que el gobernador no hacía lo suficiente. El responsable del «frente de gobierno» de los Montoneros en Mendoza era un militante con mucha trayectoria en la lucha clandestina, que acababa de salir de la cárcel, y Susana pensaba que no tenía gran idea de cómo moverse en una situación que exigía muñeca, negociación, sutileza. Los conflictos abundaban y, a veces, llamaban a Susana, que mantenía su buena relación con el gobernador, su ex vecino, para que intermediara. Fuera de eso, Susana había seguido organizando la JP de su ciudad, San Rafael, y atendiendo como podía su estudio de abogada laboralista y a sus dos hijas, Bernarda y Mariana.

Susana no paraba, y las cosas avanzaban. La JP, sobre todo, movía cada vez más gente. Por eso, cuando la mandaron a la Agrupación Evita tuvo la sensación de que la habían relegado a algo menor. Pero la orden era clara y, tras la primera mufa, Susana trató de pensar por qué le disgustaba tanto su nueva tarea, por qué se la tomaba como un castigo. Me parece que estoy siendo víctima de una ideología que no debiera compartir, pensó: la que supone que las mujeres somos menos importantes, que el trabajo con las mujeres no puede considerarse a la misma altura que la «verdadera política». Y yo soy mujer, respeto a las mujeres, no tengo ninguna nostalgia por no ser un hombre, y esto tiene que ser un espacio interesante, donde se pueden hacer muchas cosas, cambiar muchas cosas, mejorar tanto nuestra condición. Y aportar al proyecto común como en cualquier otro frente, pensó.

—A las mujeres nos acusan de chismosas y de querer meter las narices en todo. Bueno, transformemos estas características en algo positivo. Aprovechemos nuestra capacidad de observación, nuestro aburrimiento, nuestro tiempo libre. Eso nos va a permitir ver el movimiento del barrio, si aparece gente sospechosa, si alguien vive de manera rara, si hay gente nueva, y así controlaremos el territorio.

Decía Susana, en una de las primeras reuniones con las responsables de cada una de las tres provincias de su región, Mendoza, San Luis y San Juan.

—Es verdad, a una mujer no le podés poner un alfiler en su casa y que no se dé cuenta; en cambio los hombres pueden dormir arriba de un arsenal sin avivarse. Las casas de las compañeras pueden servir para recibir compañeros, para dar albergue, para curar algún herido.

—Hagamos cursos de primeros auxilios, de enfermería. Formemos a las compañeras, pero en serio, respetándolas.

—Que preparen actividades con los chicos, con la escuela, con la cooperadora, que incorporen a otras mujeres y charlen con ellas y discutan lo que está pasando. La mayoría son peronistas de alma y tienen claro las injusticias del enemigo y las necesidades de la gente...

Tuvieron que buscar nuevas maneras: las formas de funcionamiento típicas de la militancia no siempre servían para mujeres que tenían que ocuparse, además, de sus hijos y sus casas. Se encontraban más temprano, hacían reuniones más cortas, se pasaban menos tiempo en las unidades básicas, pero Susana veía que muchas mujeres estaban entusiasmadas: era la primera vez que una agrupación les ofrecía un espacio específico donde, además de hacer política, podían discutir sus problemas, tratar de solucionarlos.

—Yo, compañeras, antes no venía a la unidad básica porque mi marido no quería, quería que me quedara con los chicos, decía que no me metiera porque no entendía las cosas. Y eso que mi marido es militante, eh...

—¿Pero qué se cree, ése? A mí ni loca me lo podría decir.

Estaban sentadas en sillas desparejas, alrededor de un braserito. La UB del barrio Usina dejaba entrar frío por docenas de agujeros. El barrio Usina era una zona obrera en las afueras de San Rafael. Una mujer de cincuenta, rasgos aindiados, se restregaba las manos en la pollera oscura.

—Bueno, vos estás soltera, Irma. Yo a veces pienso que es mejor estar soltera, así nadie te manda ni te mandonea.

—No te creas, compañera. Es duro estar soltera. Yo me hago mucho la piola, pero hay veces que te juro que no sé lo que daría por estar casada, tener un tipo que vuelva todas las noches, todo eso. Una pareciera que sin un hombre es menos, ¿no?

El mate se estaba enfriando, y una se levantó para calentar más agua. En una bandeja de plástico circulaban tortas fritas.

—No, chicas, eso no. Eso es lo que ellos nos quieren hacer creer, pero ya les estamos mostrando que no es así. Nosotras valemos tanto como cualquiera de ellos, y muchas veces más. Lo que pasa es que a muchos les conviene que no nos demos cuenta, pero ya van a terminar por aceptar... Ahora mi marido ya aceptó que los jueves, cuando yo vengo a la reunión, él se queda con los chicos en la casa.

A veces, Susana se quedaba horas escuchándolas, fascinada con esas mujeres que, de pronto, se encontraban con un mundo, con unas posibilidades que ni sospechaban.

—Para eso, compañeras, también tenemos que tratar de participar cada vez más en las actividades de la unidad básica. No sólo en nuestras reuniones; en todas las actividades. No puede ser que en las reuniones generales, donde también vienen los hombres, sean siempre ellos los que hablan. Tenemos que participar más, compañeras, demostrarles que nosotras también podemos, que nos reconozcan nuestros valores, nuestros derechos.

—Sí, y yo lo primero que voy a hacer es no tolerarle más que mi marido venga con otra mujer a mi casa. Me lo lleva haciendo mucho tiempo y yo nunca le dije nada, pero ahora yo ya sé que no lo puede hacer, no puede...

—Sí, tenemos que apoyar a la compañera.

—Y yo, compañeras, yo quiero que se lo cite a Juan, porque no estoy dispuesta a que me grite ni a que me pegue más. Eso no es correcto y él tiene que dejar de hacerlo, ¿no? Compañera Susana, yo pido que lo cites y le digas que no lo puede hacer más.

Era un problema: Juan era el puntal de la JP en ese barrio y la charla podía ser muy difícil. La semana siguiente, Susana lo convocó para una reunión privada.

—Pero eso es una cuestión personal, compañera Susana. Yo cumplo todas mis tareas, hago todo lo que tengo que hacer. Pero lo que haga en mi casa es cosa mía, y ahí sí que no se puede meter nadie.

—No, Juan, eso no se discute. Nadie tiene derecho de pegarle a nadie. La próxima vez que lo hagas vamos a convocar a una reunión de toda la UB y se va a formar un tribunal para enjuiciar tu actitud. Mirá, está claro que no se puede permitir que un compañero militante haga una cosa así. Si no, ¿para qué vamos a seguir hablando de la revolución, Juan, si no somos capaces de empezar por cada uno de nosotros?

De a poco, en la práctica, iba apareciendo un nuevo conjunto de normas que las mujeres intentaban imponer a sus hombres. Algunos las aceptaban a regañadientes, otros contentos, otros se oponían. Pero era un cambio importante para muchas de ellas. Susana, además, solía viajar una vez por mes para las reuniones de la conducción nacional de la Agrupación: a Córdoba, a Buenos Aires, a Rosario. Esos viajes eran una paliza: a menudo Susana salía a la noche en un micro, se reunía todo el día y volvía a tomar el micro la noche siguiente hasta Mendoza, donde se encontraba con las responsables de sus provincias antes de seguir viaje a San Rafael.

La responsable nacional de la Agrupación Evita era Adriana Lesgart, pero en cada reunión había también un miembro de la conducción montonera: Roberto Quieto, Marcos Osatinsky, Roberto Perdía. Alguna vez, las mujeres

de la conducción de la Agrupación se quejaron de que no hubiera, en la conducción nacional montonera ni una sola mujer. Solían contestarles que ya iba a haber, en cuanto el desarrollo de cualquier compañera lo mereciese.

La Agrupación crecía, y Susana empezó a ponerse más exigente. Ya estaba cansada de esas chicas de la JP que, cuando las mandaban a la Agrupación Evita, se lo tomaban como un castigo:

—Yo, bueno, yo acepto venir acá a la Agrupación, pero en realidad yo creo que mi aporte puede ser mucho más importante en la JTP, porque en mi laburo yo tengo una buena inserción y en cambio con las mujeres...

Ya sabía que esas chicas no solían funcionar bien: que llegaban a las casas de las mujeres del barrio atropellando, se sentaban arriba de la mesa, sacaban el paquete de cigarrillos, se cruzaban de piernas y soltaban su discurso sin importarle si la señora la podría seguir; en vez de ir de a poco, escucharlas, permitirles plantear sus dudas, ir creando lazos que a veces se armaban con una charla intrascendente sobre los chicos o los precios de la leche. Y las mujeres se molestaban, y así habían perdido buenos contactos. Hasta que Susana se puso dura:

—Por favor, no manden a cualquier compañera. Yo solamente voy a incorporar a la Agrupación a aquellas compañeras que, primero, estén conformes con ser mujeres, y, segundo, que quieran a las mujeres. Porque si no sienten que es una injusticia la marginación de las mujeres, el lugar en que se las coloca, y no comprenden que para luchar contra eso es necesario encontrar formas particulares de trabajo y que las mujeres puedan aprender, crecer a la lucha del conjunto, es inútil, no sirve que estas compañeras se incorporen a la Agrupación.

Septiembre de 1973. «Cabe preguntarse cuál es el grado de seguridad de un país en el que en los últimos años se registran aumentos de los índices de mortalidad infantil, y donde existen sectores de población que consumen menos proteínas que las que necesitan», dijo el comandante en jefe del Ejército argentino, general Jorge Raúl Carcagno, el miércoles 5 de septiembre, y siguió: «Por mejor inspirados que puedan estar los gobiernos, sucede que no pueden satisfacer las legítimas aspiraciones populares porque se encuentran prisioneros de intereses extranacionales que condicionan y hasta conducen su gestión».

Carcagno hablaba en una tribuna muy particular: las conferencias de ejércitos americanos siempre habían sido la ocasión para que los comandantes en jefe de Latinoamérica se reunieran con un grupo de generales

norteamericanos para coordinar políticas. Pero la Décima Conferencia de Caracas no siguió la costumbre. Un grupo de comandantes, encabezado por el comandante general, ministro de Guerra y primer ministro del Perú, general Edgardo Mercado Jarrín, y el general Carcagno, propuso suprimir del reglamento de las Conferencias de Ejércitos el párrafo que decía que la principal misión de los ejércitos americanos, era «coordinar la lucha contra la agresión del comunismo». E incluir, al menos con carácter de observador, en las futuras reuniones panamericanas una delegación del Ejército Cubano. La moción fue rechazada: la apoyaron la Argentina, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y Panamá, y se opusieron Estados Unidos, Brasil, Paraguay, Bolivia, Uruguay, Nicaragua, El Salvador, Guatemala, República Dominicana y Honduras: la división de los bloques estaba más o menos clara. En declaraciones a la prensa, Carcagno y Mercado Jarrín dijeron que pretendían que, de ahí en más, las conferencias reunieran sólo a los comandantes latinoamericanos, excluyendo al de Estados Unidos.

Derrotadas sus propuestas, Carcagno decidió abstenerse de toda deliberación y voto y retirar las ponencias y estudios que iba a presentar; sólo hizo su discurso, que no se parecía en nada a los que solían sostener sus antecesores: «La imagen de los ejércitos como guardias pretorianos de un orden político, económico y social injusto es en extremo pernicioso para la salud de los pueblos, para el logro de sus aspiraciones, para la conformación del ser nacional y para su proyección continental. (...) Existe un tipo de subversión que aunque a veces artificiosamente provocada se engendra en causas reales. Cuando a los ciudadanos de un país se les niega justicia, se los persigue ideológicamente, se los vulnera en sus libertades y se los priva de lo que legítimamente les corresponde, la subversión exclusivamente interna o provocada y alentada desde el exterior puede ser la respuesta. En este caso, la guerrilla se desarrolla y actúa con el apoyo de la población que le proporciona todas las facilidades que necesita y entonces las fuerzas del orden son impotentes para destruirla, por eso sostengo que, cuando existen causas reales de la subversión, sólo se conseguirá hacerla desaparecer cuando se actúe decididamente sobre las causas en el plano político, económico y social. El empleo del poder militar no va más allá de la anulación transitoria de los efectos, que naturalmente se incrementan a medida que las causas persisten o se agravan».

Mientras el general Carcagno hablaba en Caracas, todos los integrantes de la compañía José Luis Castrogiovanni del ERP estaban

concentrados en dos casas, con el pelo corto y ropa caqui o verde. Algunos usaban Coppo y Chego, otros usaban rezagos militares comprados en la Chinche. Los siete del grupo de copamiento estaban en una casa de la calle Olavarría, en Barracas. Los siete de carga en lo de Eduardo Anguita, Cacho, en una casa chorizo de la calle Loria, en Once. Como Eduardo se había mudado poco antes, Matilde Vara, su madre, aprovechó esa tarde para ir a conocer la casa, y llevó una botella de sidra. No le llamó tanto la atención la cantidad de gente como los bolsos, la ropa y esas dos especies de camillas improvisadas que estaban tiradas en el patio. Mientras tomaban la sidra, a Eduardo le parecía una tontería tratar de disimular lo evidente:

—Bueno, tenemos una acción, mamá.

—Ya veo.

—Quédese tranquila, señora, que todo va a andar bien.

Carlos Ponce de León se presentó como Ricardo y le dijo a Matilde que él se iba a mudar ahí en esos días, que era buen cocinero y amenazó con hacer una carne a la cacerola.

—Eduardo, ¿tenés el brazo bien?

—Sí, mamá, estoy bien. ¿Ves?

Y flexionaba el brazo para todos lados mostrando que funcionaba. Eduardo tenía una herida en el brazo derecho que ya estaba cicatrizando, de una escaramuza con la policía poco antes de la asunción de Cámpora, y por eso Rubén Suárez dudaba de que pudiera ir a la acción. Él sintió que además del jefe ahora hasta su madre lo hinchaba con eso, así que le prometió que al otro día iba a ir a buscarla para almorzar y la acompañó hasta la puerta.

—Cuidate, nene.

A las 11 de la noche, el grupo de copamiento de la calle Olavarría salió para el cuartel en tres autos. Lito, su jefe, se fue hasta lo de Eduardo para avisar al grupo de carga que ya podía salir. A las 11 y 50, Rubén y Alberto, vestidos de soldados, golpearon el portón de la calle 14 de Noviembre del Comando de Sanidad. Lo único que llevaban a la vista era un paquete con una docena de empanadas y dos botellas de tinto.

—Son mis amigos.

Dijo Hernán Invernizzi, y el soldado a cargo del puesto de guardia número dos, no muy convencido de lo que hacía, abrió la puerta.

—Quietos muchachos, ni una palabra.

Dijo Alberto. El soldado quedó reducido y lo maniataron con unas esposas de sogas que llamaban tupamaras. Enseguida llegó, dividido en dos

grupos, el resto del comando. Entre los ocho iban a tomar los cuatro puestos de guardia y la guardia central.

—Hay un problema.

Hernán se mostró preocupado:

—Adelantaron el cambio de guardia y en vez de siete hombres en los puestos hay unos cuantos más. Algunos ya tomaron guardia, otros están en camino.

Rubén Suárez y Alejandro Ferreyra se miraron y no dudaron en seguir adelante con el plan. En pocos minutos, sin un solo tiro, el cuartel estaba casi controlado, desde la entrada hasta la guardia central. Faltaba sólo la sala de armas y las habitaciones de los oficiales. El único problema era que las tupamaras se habían acabado y algunos de los soldados de guardia tenían las manos atadas con sus propios cintos: no era muy seguro. Los ocupantes fueron agrupando a sus prisioneros cerca del portón de entrada y Ramón Gómez, el Chaqueño, perdió la cuenta de cuántos había. Pero eran tantos que, para imponerles respeto, movió un par de veces la corredera del fal que le habían dado: quería amedrentar con el ruido a sus prisioneros.

Ramón tenía que esperar la orden de Rubén para hacer entrar el camión, pero pensó que, por las complicaciones, era mejor adelantar el ingreso. Salió a la puerta, caminó unos pasos y volvió: era la señal para que lo viera Lito, que esperaba ansioso al volante del camión ford 350, del otro lado de la plaza.

—Vamos, carajo.

Le dijo Eduardo a Lito cuando arrancaron y enfilaron hacia el cuartel. Ramón les abrió las dos hojas del portón. Mientras entraban, dos soldados que estaban mal maniatados aprovecharon para sacarse los cinturones que tenían en las muñecas y salieron corriendo del cuartel. Nadie los vio. En cuanto entró el camión, y los del grupo de carga enfilaron para la sala de armas, un soldado apareció en la puerta de los dormitorios de oficiales. Iba en patas y sin camisa: estaba durmiendo, se despertó sobresaltado y decidió salir a enfrentar a los intrusos. El soldado tenía una pistola en la mano y salió al cruce de Alejandro Álvarez, el Hippie.

—¡Quieto!

Gritó el soldado y disparó tres tiros. Alejandro cayó al suelo con un balazo en el hígado.

—¡Pará, pará!

Gritó el guerrillero y cuando el soldado vio la metralleta Halcón, se dio vuelta y trató de salir corriendo. Pero la ráfaga lo agarró de lleno y el soldado Osvaldo Degdeg quedó herido en el piso de baldosas. Y una bala perdida

hirió en la rodilla al teniente Eduardo Reutsch. Todo pasaba al mismo tiempo: al lado, otros cargaban fusiles y cajas de balas en el camión, otros ocupaban los puestos de guardia, otros tenían prisionero al sargento ayudante Lince en la sala de guardia. Parecía que muy pronto podrían retirarse con su misión cumplida.

Pero, mientras tanto, los dos soldados escapados llegaban sin aliento a la comisaría 28, de Vélez Sarsfield y Uspallata, a cuatro cuadras del Comando.

—Urgente, con el jefe de guardia. ¡Tomaron la unidad! ¡Tomaron la unidad!

En minutos, la policía empezó a ocupar posiciones en la zona, sigilosa. El grupo de carga había llenado la caja del ford 350 con 120 fusiles, 50 pistolas y varias cajas de municiones:

—Cacho, agarrá un auto de los que están ahí y llevalo al Hippié.

Dijo Alejandro Ferreyra. Pero Lito dijo que él se ocupaba, que Eduardo Anguita se quedara a cargo del camión. Puso en marcha un fiat 128 de algún oficial y se llevó a Alejandro Álvarez a que lo atendieran en una posta sanitaria. En el momento en que estaban por llevar el camión hacia el portón de salida, Rubén Suárez llegó con las malas noticias: había patrulleros alrededor y dos camiones lecheros cortaban las esquinas.

—Estamos hasta las bolas.

Dijo Ramón Gómez. Rubén, el jefe de la operación, le pidió a Alejandro que evaluara la posibilidad de romper el cerco. Alejandro dispuso que una camioneta se preparara para salir por el portón.

—Tiramos unas bombas de humo y con el poder de fuego que tenemos garantizamos la salida.

—Va a ser una carnicería. Políticamente es inviable.

Dijo Rubén. Era el límite de la situación: aunque querían darle un golpe al Ejército, sabían que no podían mostrar grandes niveles de violencia.

—No, no se puede. Nos quedamos.

La decisión era dramática: estaban renunciando a toda posibilidad de escape. Tenían que quedarse ahí adentro a esperar que los agarraran en las mejores condiciones posibles. Si no los mataban, se enfrentaban a la seguridad de torturas y cárceles. Pero si intentaban esa salida a sangre y fuego estarían desvirtuando el objetivo de su operativo.

Rubén quiso probar un último recurso: obligarían al sargento ayudante Lince, a cargo de la guardia, a que saliera hasta el portón, acompañado por

dos guerrilleros vestidos de soldados, para decirles a los policías que todo era una maniobra del servicio de inteligencia del Ejército para controlar la seguridad del cuartel. Amenazado por los guerrilleros, Lince fue hacia la puerta y le hizo la venia al oficial de policía:

—Sargento ayudante Lince. ¿En qué puedo servirle?

—Tenemos órdenes de rodear el cuartel.

—Éste es un tema de Ejército, oficial, está todo bien.

El policía le miró la cartuchera vacía:

—¿Por qué no lleva su pistola...?

Lince puso cara de nada y se disculpó, pero el truco no funcionó. Los trece guerrilleros que quedaban se llevaron a la veintena de soldados, suboficiales y oficiales que tenían prisioneros al edificio central del cuartel, que daba sobre Combate de los Pozos, y se hicieron fuertes ahí adentro. Los guerrilleros se procuraron fusiles y municiones y ocuparon ventanas y puertas de acceso: se atrincherarían allí hasta que llegara lo inevitable. Un par de horas después los rodeaba todo el regimiento de Patricios. El coronel Juan Bautista Sasiaiñ ensayó su mejor voz de mando desde una terraza vecina para intimarlos, con un altoparlante, a la rendición incondicional inmediata.

—¿Para que nos maten cobardemente como mataron a los compañeros en Trelew?

Le contestó Rubén a los gritos desde la puerta, con un pañuelo blanco en la mano.

—¡El ejército argentino no fusila prisioneros!

—Sí, el ejército está lleno de torturadores y represores. Nosotros vamos a entregarnos cuando amanezca, a la luz del día y delante del periodismo.

—Si no se rinden vamos a proceder a la toma del cuartel por la fuerza. Tienen diez minutos ¡Rindansé!

—Tenemos un soldado y un oficial heridos. Se los vamos a entregar... Si alguno de ustedes entra al perímetro del cuartel vamos a hacer fuego.

Sasiaiñ preparó sus efectivos y al rato mandó una andanada de balas. Cada tanto volvía a pedir rendición y mandaba más tandas de balas. Desde adentro no había respuesta. La orden que había dado Rubén era precisa: se disparaba sólo ante el intento de retomar la unidad con un asalto de infantería.

Alberto Elizalde estaba parapetado al lado de una ventana del primer piso que daba a 14 de Noviembre, con dos fusiles fal y una caja de balas. Las paredes eran gruesas, imposibles de atravesar. Sabía que la modorra que lo atacaba venía de la tensión nerviosa. Cada tanto se guiñaba el ojo con Oscar Matthews, un rubio grandote que estaba en otra ventana. Alberto no tenía

ganas de volver a la cárcel. Tampoco quería morir a los 23 años. Se puso un casco para espiar a sus enemigos. En los techos de enfrente estaban montando las ametralladoras punto 30.

Alejandro estaba en una ventana que daba a la ochava. Veía a los que montaban morteros en la plaza. Sabía que si el Ejército intentaba un asalto tenía que ser a punta de bayoneta y les iba a costar muchas vidas. Además, para un asalto se necesitaban tropas de élite, y los que rondaban o se apostaban tenían pinta de soldados. Igual le agarró mucho frío. Le quedaba el último particulares: se lo fumó. Por las dudas se calzó en la cintura dos pistolas. Se dijo que si los militares asaltaban, los últimos combates iban a ser cuerpo a cuerpo y para eso los fusiles no servían.

Sasiaiñ seguía pidiendo la rendición cada tanto y ordenó que tiraran unos morteros. Al rato agregó el fuego de un cañón de 20 milímetros instalado en la plaza de enfrente. A medida que se acercaba la madrugada, Rubén preparaba las condiciones para rendirse.

—Vamos a aguantar, pero sin plan de retirada. Si vienen el periodismo y los jueces, nos vamos a tener que entregar.

Se acercaba a cada uno de los puestos a conversar, a dar aliento y a preguntar si tenían algún contacto útil para avisarle lo que estaba pasando.

—Yo lo puedo llamar a mi viejo.

Oscar dejó por un momento su puesto y agarró el teléfono negro que estaba en la guardia. Discó tan rápido como pudo.

—Papá, soy yo. Estoy en una acción y nos vamos a rendir. Tienen que avisar a la prensa, a los jueces que si no vienen esto va a ser un infierno... Un cuartel, papá. Estamos bien pero no podemos salir... Sí, te doy la dirección...

Harold Matthews, el padre de Oscar, había madrugado como todas las mañanas para recolectar miel de sus colmenas de Banfield. Pero esa mañana dejó el zumbido de las abejas y empezó a llamar a todos los que pudo. Otros guerrilleros también trataron de hablar por teléfono, pero la mayoría de los llamados a los medios provenían de los vecinos de Parque Patricios.

Poco después Sasiaiñ mandó a la guardia de infantería de la policía a llenar de gases lacrimógenos el cuartel. Mientras tanto, el teniente coronel Raúl Duarte Ardoy, segundo de Sasiaiñ, organizó un grupo comando para asaltar el edificio por atrás. Amanecía, y Rubén pidió parlamento agitando una bandera blanca.

—Nos rendimos, pero vamos a entregarnos en la calle, que no entre nadie al cuartel.

—¡Alto el fuego!

Gritó Sasiaiñ. Pero mientras tanto, Duarte Ardoy, que no estaba al tanto de la rendición, intentó saltar un muro al frente de su grupo comando vestido de civil. En ese momento recibió un balazo que lo mató en el acto. Algunos de los guerrilleros ya estaban en la calle, tirados en la vereda con las manos en la nuca y las piernas abiertas, custodiados por la policía; otros estaban abandonando sus puestos. Ni siquiera Sasiaiñ supo que su segundo jefe había muerto en el intento de recuperar el cuartel por la fuerza.

—¡Éste es nuestro! ¡Éste es el hijo de puta que nos entregó!

A Hernán Invernizzi, que fue el primero en salir, lo agarraron los del Ejército. Alberto cayó poco después:

—Éste también es nuestro... ¡A Palermo! ¡Al regimiento!

A las 8 de la mañana, cuando entraron los del juzgado a buscar pruebas, en el comando de Sanidad no quedaba ninguna evidencia de la participación de los guerrilleros: el Ejército ya había requisado las pocas armas que habían llevado los integrantes de la compañía José Luis Castrogiovanni del ERP. Que, a esa altura, ya estaban presos.

En el casino de oficiales del regimiento de Patricios, en Palermo, media docena de oficiales del Ejército estaban picaneando a Hernán y a Alberto con cables pelados de 220; el resto estaba en la comisaría 28, donde el presidente interino Raúl Lastiri llamó para decir que no los torturaran. Lito y Alejandro, que habían salido unos segundos antes de que la policía rodeara el cuartel, estaban en una improvisada sala de primeros auxilios del ERP. Esa tarde, un militante les llevó un diario y a Alejandro Álvarez se le puso la piel de gallina cuando vio la tapa en letras que le parecieron inmensas: «El ejército desbarató un golpe guerrillero». La foto mostraba a sus compañeros tirados en el suelo boca abajo.

Después de dos días en el Regimiento de Patricios, los militares entregaron a Alberto Elizalde a la Policía Federal, que se lo llevó a los calabozos del Departamento Central. Tenía la cara hinchada y le dolía todo el cuerpo, pero lo sostenía la satisfacción de no haber dicho nada que comprometiera a sus compañeros. No bien lo encerraron, escuchó la voz de Rubén Suárez, desde la celda de al lado:

—¿Quién vino?

—¡Hola, Aníbal, soy Beto!

Desde todos lados lo saludaron:

—¡Hola, cumpa!

—¡Bienvenido!

—¿Cómo estás?

—Me reventaron, pero estoy al pelo, no aflojé. ¿Acá cómo están?

—Bien, te sacan a interrogatorios, pero sin tortura. Traen comida, dejaron entrar paquetes, así que tenemos fijos, sándwiches.

Al rato, Alberto recibió un colchón y un plato de aluminio con grandes cantidades de polenta. Se aflojó, y se dijo que ya había pasado lo peor. Se recostó y pensó que se merecía una buena siesta. Pero enseguida lo invadió la imagen de Cristina Constantini, su novia, y soltó una puteada. Sólo había estado tres meses y medio en libertad, y no habían llegado siquiera a vivir unos días juntos. Se imaginó lo lindo que habría podido ser: quizás hubiéramos tenido un pibe, pensó, y se rió solo. Pensó: ya estoy cajeteando. Se acordó de la primera vez que había escuchado la palabra cajeteando. Había sido en la cárcel de Resistencia: lo había dicho un preso y él pensó que era coger, pero enseguida el preso le aclaró que no, que cajeteo decían en el norte a fantasear, a imaginar cosas. Se lo decían a las mujeres que se sentaban a mirar el horizonte, a ilusionarse, le dijo el preso. Entonces les decían: m'hija, levántese y deje de cajeteo; porque estaban sentando la cajeta. Elizalde sabía que tendría unos días más de incomunicación, así que le tocaba cajeteo tupido. Y después ya se vería. Tenía confianza en que, de una u otra manera, no iba a seguir preso mucho tiempo.

Siete

—Llámenlo a Granovsky y díganle que le meta un título fuerte. Nos pidieron que el diario salga respaldando el copamiento.

—Pero nos vamos a quedar pegados con la acción, es una locura.

—Yo ya le dije a Urteaga que no estoy de acuerdo que el diario sea la extensión legal de la guerrilla, pero yo no soy el dueño.

Luis Cerruti Costa era el director de *El Mundo* y el tiempo corría, así que no anduvo con vueltas. El jefe de redacción, Sergio Peralta, lo intentó por el lado de la ironía:

—¿Qué le vamos a poner: «Lástima que salió mal»?

—No sé, que se las ingenien. Para algo son periodistas...

El diario *El Mundo* había salido tres semanas antes: desde el primer día algunos canillitas voceaban «salió el diario de Santucho, salió...». Pero no era fácil defender el copamiento del comando de Sanidad. Cuando aceptó la dirección, Cerruti Costa sabía que, en situaciones complicadas, Benito Urteaga le iba a pedir en nombre del PRT que se mandaran como kamikazes. Esa mañana, en el segundo piso de las oficinas de Sarmiento 760, hizo llamar al secretario general de la redacción, Martín Granovsky, para que metiera algún título audaz. Eran las diez y había que mandar las películas a Cogtal para que imprimieran, porque para competir con *Crónica* tenían que estar en las playas de distribución antes de la una y media. A los quince minutos, Granovsky subió las escaleras y propuso «Los redujeron a cañonazos».

—Metele, que salga así.

La crónica de los hechos no variaba del resto, pero esa tarde *El Mundo* eludió todas las críticas que recogieron al otro día todos los matutinos: partidos políticos, legisladores, juventudes políticas hasta los Montoneros y el Peronismo de Base decían más o menos lo mismo: que lo del ERP había sido una provocación o al menos que era infantilismo. El FREJULI despotricó contra la derecha trasnochada y la izquierda cipaya. El gobierno dijo que pondría «fin a la acción disolvente de los grupos minoritarios que están sirviendo a intereses ajenos al ser nacional». Balbín aprovechó para decir que la amnistía —que su partido había votado por unanimidad en el Parlamento— «fortaleció a la guerrilla». Perón dijo que se trataba de un delito común:

—¿Qué tiene que ver el extremismo aquí, en todo esto? Éste es un delito, y le doy un ejemplo para explicarlo: si a usted lo agarran aquí en la esquina, le pegan una puñalada y le roban la cartera, ¿qué va a averiguar, si es extremista el que le hizo eso?

Y la Juventud Peronista dijo, en *El Descamisado*, que el operativo llegaba justo cuando el comandante en jefe del Ejército «fijaba una posición antiimperialista», que no era «suficiente pero sí positiva», y que la «política revolucionaria debía estar planteada en términos tales que contribuya a incrementar esa actitud. Y los operativos como el del ERP no lo logran, sino que contribuyen a reactivar a los elementos gorilas y consolidar el lanussismo y, junto a él, el embate generalizado de los enemigos del pueblo que encuentran un nuevo flanco para presionar sobre el proceso actual. ¿Se deteriora el Ejército con esto? ¿Se afecta al imperialismo? ¿A quién se lastima? El daño principal es sobre la lucha revolucionaria».

El Mundo vendía unos 50.000 ejemplares cada tarde y algunas veces rozó los 100.000: nunca un diario de la izquierda marxista había llegado a tanto. La idea se le había ocurrido a Santucho a principios de año y el encargado de ejecutarla fue Benito Urteaga, responsable del frente legal del PRT. Urteaga convocó a su futuro director, Luis Cerruti Costa, y a otros dos peronistas aliados, Manuel Gaggero y Armando Jaime, a las reuniones preliminares a principios de 1973. Cerruti era un abogado laboralista que andaba por los cincuenta y venía del peronismo católico. Durante el primer gobierno peronista había dirigido el semanario *Revolución Nacional*. En 1954, cuando Perón se enfrentó con la iglesia, *Revolución Nacional* hizo pesar su catolicismo y empezó a hostigar al presidente.

En septiembre de 1955 vino la Revolución Libertadora. Cuando el general Lonardi proclamó que no habría ni vencedores ni vencidos nombró a Cerruti ministro de Trabajo. En los primeros días de octubre, Andrés Framini, secretario de la CGT ilegalizada, llamó a un paro general; Cerruti apoyó públicamente a los huelguistas: Lonardi lo echó. Después *Revolución Nacional* se enfrentó con el presidente Aramburu y publicó las primeras notas de Rodolfo Walsh sobre los fusilamientos de José León Suárez, que se transformarían en *Operación Masacre*.

En los sesenta, Cerruti fue abogado de la Federación Gráfica Bonaerense y la CGTA. De su amistad con Luis Pujals surgió su relación con el PRT. El subdirector de *El Mundo*, Manuel Gaggero, era hermano de Susana, la viuda del dirigente del ERP Luis Pujals.

Después de las elecciones de marzo el proyecto tomó cuerpo: empezaron las tratativas con Julio Korn para comprarle el nombre y el archivo de *El Mundo*, que había dejado de salir en 1967. Se formó una sociedad anónima y el PRT puso la plata para alquilar las oficinas, comprar equipos de fotografía, autos, máquinas de escribir y contratar un equipo de periodistas. Uno de los hombres de confianza de Urteaga era Alberto Baquelas, una especie de comisario político del PRT en el diario. Para junio empezaron a buscar gente: primero le ofrecieron la jefatura de redacción a José María Pasquini Durán, que estaba en *La Opinión*. Entre Cerruti y Gaggero le tiraban nombres como para armar un equipo, pero Pasquini no estaba jugado con la propuesta, puso condiciones, vetó algunos nombres y se fue antes de que *El Mundo* apareciera.

A la hora de salir a la calle la plantilla profesional parecía buena: Sergio Peralta como jefe de redacción, Martín Granovsky como secretario general, Mondí Eichelbaum como jefe de política, Norberto Vilar como jefe de internacionales, con Isidoro Gilbert. En deportes estaba Juan José Panno, en sindical Victoria Azurduy, en interior Nora Lafont, Roberto Cossa en Cultura, Bernardo Kordon en cine y espectáculos. La convocatoria había resultado tan amplia que al PRT le costaba controlar la redacción. Granovsky venía del Partido Comunista pero a esa altura era pro PRT y en las reuniones con Baquelas le confesaba que muchas cosas se le iban de las manos: sobre todo, por la acumulación de periodistas comunistas.

—Además para muchos, esto es un segundo trabajo, algunos vienen un rato a la tarde, otros a media mañana, piden viáticos. Es un quilombo.

El estilo de las crónicas de *El Mundo* no tenía muchas vueltas: hacían énfasis en las luchas sindicales o barriales con títulos ardientes como «Se viene el argentinazo» cuando contaban la toma de una fábrica. Para las notas de opinión trataban de darle espacio a Tosco, Ortega Peña y otros dirigentes aliados. La pildorita que metía el PRT era un editorial que solía aparecer todas las semanas, firmado por Manuel Contreras. Era un secreto a voces que Manuel Contreras era en realidad Mario Santucho. Más allá de los problemas, a un mes de su salida, los editores estaban conformes con su diario.

Septiembre de 1973. El diario *La Nación* del viernes 7 anunciaba una «aparición casi milagrosa en el horizonte del ama de casa: el horno de microondas es capaz de asar una papa en tres minutos y un pavo en media hora». Pero no todo era celebratorio: la Unión de Consumidores americana se oponía a su comercialización, «porque no son completamente seguros. Bastó

que este grupo diera la voz de alarma para que las ventas descendieran en forma catastrófica, precisamente cuando los fabricantes confiaban en inundar el mercado durante el presente año con medio millón de unidades, destinadas no sólo a particulares sino a centros tales como hospitales y colegios».

Las amas de casa latinoamericanas, mientras, enfrentaban otros problemas: la presión norteamericana para descender la tasa de natalidad en el continente. «Estos programas, que promueven el uso de los anticonceptivos y el aborto, son parte de la política imperialista de los Estados Unidos hacia América Latina —declaraba Paul Marx, profesor de sociología de la universidad Saint John de Minnesota—. Para lograr que se pongan en práctica, se ejerce presión sobre los gobiernos del área a través del Banco Mundial, la Agencia Internacional de Desarrollo y el Comité Mundial de la Población y Paternidad». Marx dijo que eso se debía «al temor norteamericano de que la explosión demográfica en América Latina traiga el caos y haga que los gobiernos se debiliten y sean tomados por el comunismo».

Y la CEPAL informaba que los países con mayores tasas de natalidad en la región eran México, Paraguay y la República Dominicana. Las menores estaban en Chile, Cuba, Uruguay y la Argentina, cuatro de los países con mayor ingreso per cápita del continente.

En la Argentina, una de las soluciones más buscadas para los problemas económicos seguía siendo el juego de azar. Sobre todo el Prode, que ya llevaba más de un año en funcionamiento y seguía concitando el interés de la mayoría. Las fantasías sobre el destino de ese dinero eran variadas; Marcelo Moreno intentó, en un artículo de *La Opinión*, descubrir cómo lo gastaban los que lo ganaban:

«Uno de los territorios donde la imaginación popular se ha desarrollado más vastamente ha sido, sin duda, el de las hipótesis que de lunes a lunes, en fábricas, hogares u oficinas, se elaboran en relación a las posibilidades de ganar el concurso de Pronósticos Deportivos. De esta manera el Prode se ha convertido en un típico sueño argentino, por el cual todos los jueves miles de esperanzados depositan dudosos o iluminados, en el Chaco o en Buenos Aires, infinidad de tarjetas convencidos de que esta vez 286 futbolistas jugarán para ellos. Y durante la semana se discute, se bromea, se dice unas cuantas veces que “goles son amores” o que “en la magia del fútbol no hay lugar para las previsiones” y al mismo tiempo se fantasea sin pudor: “Si ganara el Prode me iría a París”, o “dejaría de trabajar al día siguiente”, o “me compraría un yate de 40 metros para llevar a pasear a mis amigos”.

»La realidad, sin embargo, se encarga de desmentir los sueños más exóticos y los paisajes tropicales o las noches orgiásticas con el ballet del Folies Bergère quedan en la mente de algún oscuro empleado municipal o en la de un capataz de obra próximo a jubilarse. “En general al que gana el Prode lo único que le interesa es comprarse una casa y un auto”, afirmó rotundo un jefe de departamento del Banco de la Nación, encargado de asesorar, en lo referente a operaciones bancarias, a los nuevos hijos dorados de la suerte.

»Generalmente, los ganadores del Prode dirigen sus inversiones hacia el prestigio y la antigüedad del Banco de la Nación Argentina. Es que la seguridad parece ser el requisito que despierta más atención en él o los beneficiados de cada semana. Sucede que, en una sociedad donde el dinero casi siempre se gana trabajando, el otro dinero, el llovido del cielo, parece ser más fácil de perder. Entonces los ganadores viven con la obsesión de perderlo, de ser robados o estafados. *La Opinión* pudo comprobarlo al interrogar a algunos beneficiados sobre el destino que habían dado al dinero ganado. En principio, los que percibieron cantidades que sobrepasaron los 100 mil pesos ley, en su totalidad han cambiado de domicilio, seguramente en busca de más comodidad y, de paso, el anonimato».

«“Es muy difícil convertirse en empresario de la noche a la mañana — concluyó, condescendiente, el funcionario del Banco—. Por eso mismo nosotros aconsejamos a los ganadores del Prode que realicen sus inversiones en nuestro Banco: sobre todo aquellos que provienen de las capas sociales más bajas y que casi nunca han administrado más de 200 mil pesos viejos por mes. Después de todo siempre hay tiempo para retirar el dinero”».

Decía el diario y contaba las inversiones razonables de algunos, las estafas que habían sufrido otros y, sobre todo, el caso más conocido de esos días, el de Ramón Mercedes Negrete, el paraguayo que se había ganado los odios y las envidias populares cuando, tras ganar un Prode muy jugoso, abandonó a su novia, la gorda Fabiana, que lo había bancado en la mala.

«De este modo se puede llegar a disfrutar de una vida plácida, como la que vive Mercedes Ramón Negrete, el más famoso de los ganadores del Prode (320 millones, 320.000 dólares), quien, dejando la mitad de su dinero en el Banco de la Nación, partió con el resto para instalarse en la campiña paraguaya, en una especie de rancho que ni siquiera posee paredes de material, dedicándose a una existencia apacible, sin mayores trabajos o preocupaciones, rodeado de numerosos familiares. Una vida semejante en todo, dicen, a los sueños que acarició hace cosa de un año, cuando llenó su

boleta del Prode en una casilla de una villa de emergencia del Gran Buenos Aires».

—No, durante unos días va a haber un grupo de compañeros que van a tener que cumplir ciertas tareas en la UB de ustedes. La idea es que no interfieran con lo que ellos hacen, que les faciliten las cosas todo lo posible, ¿de acuerdo?

Horacio González dijo que estaba de acuerdo y entonces su responsable le informó que el grupo se presentaría al día siguiente en la unidad básica Capuano Martínez, de la circunscripción 5, en Páez y Argerich, que estaba bajo su responsabilidad. Horacio no le dio demasiada importancia. Estaban en plena campaña electoral por la fórmula Perón-Perón y tenían mucho que hacer. La campaña era más tranquila que la del verano anterior, sin ese entusiasmo ni esas movilizaciones desbordantes, pero igual los ocupaba: actos en las esquinas, pintadas, pegatinas de afiches, timbreo puerta a puerta para repartir los boletines de voto.

Esa tarde, las calles de la ciudad se llenaron de mesas atendidas por militantes de la JP, la JUP, la UES, la JTP: celebraban el Día del Montonero, recordando el 7 de septiembre de 1971 cuando los fundadores de la organización, Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus, murieron en un tiroteo en William Morris. Sobre cada mesa había volantes que explicaban el sentido de la actividad o citaban frases de Perón sobre la mujer, la juventud, la acción política.

—Ésa es nuestra consigna: Perón presidente. Después de 18 años de dictadura militar, hemos entrado al fin en la etapa de la reconstrucción. Y el día de hoy es una buena síntesis de ese proceso. Estamos en marcha gracias a los compañeros que cayeron en la lucha, que siguieron a Perón hasta la muerte.

Decía, en una esquina de Rivadavia, una militante de la unidad básica Carlos Capuano Martínez —que ese 7 de septiembre, en William Morris, había conseguido escapar por los pelos del cerco policial, y murió un año más tarde.

Al día siguiente, *La Opinión* publicaba un artículo en primera página: «La Juventud Peronista promovió debates políticos en plena calle. Un método electoral revolucionario». La nota terminaba diciendo que «algunos de los militantes consideraron en voz alta que el estilo de las movilizaciones ha cambiado desde que “no estamos obligados a enfrentar a un régimen. Ahora son precisas otras respuestas políticas”».

»El de ayer significó, en verdad, un ensayo revolucionario de militancia —ocurre por primera vez en la historia política argentina—, una señal de que también la imaginación se acerca al poder. Desde el acto en el estadio de Atlanta, el 22 de agosto, la Juventud Peronista parece haber ido acentuando —a partir de las directivas precisas de Perón— su organización, probándose a sí misma que no es sólo una fuerza capaz de convocar a 200.000 coreadores de consignas sino a la vez un instrumento de gobierno que ayuda a preparar conciencias».

El lunes siguiente los militantes anunciados empezaron a entrar y salir del local a menudo; llevaban bolsos y paquetes y hablaban lo menos posible. Eran amables, pero se veía que no querían mezclarse mucho con sus compañeros de la unidad básica. Entre otras cosas, instalaron un equipo de radio en un cuartito del fondo, y a veces se quedaban encerrados ahí un rato largo. Mientras, adelante, seguían los movimientos habituales: los vecinos que venían a charlar, los que pedían que les dieran inyecciones o les consiguieran algún remedio, los que hacían consultas jurídicas, las que se anotaban en las clases de corte y confección, los que venían a buscar afiches de la campaña, los pibes que trataban de organizar un campeonato de fútbol. Horacio, a veces, se preguntaba qué estarían haciendo los misteriosos, pero sabía que preguntárselo era un error y pensaba en otra cosa.

Perón les dijo que cada uno se presentara con unas pocas palabras, y el que empezó fue el representante de una Comisión de Agrupaciones Peronistas, que nadie conocía: el tipo dijo que estaba dirigida por el secretario privado de Rucci, como si eso explicara todo. Después habló Firmenich:

—... no hay ninguna unidad nacional sin un movimiento justicialista que la conduzca, porque es la fuerza hegemónica, por su trayectoria, su composición social, etcétera. Esto nos remite al problema de que en el movimiento hay distintas formas de pensar, a veces las organizaciones responden a un pensamiento distinto, lo que requiere una conducción unificada...

Sentado muy cerca de él, Cacho El Kadri lo miraba; Firmenich estaba tan distinto de la primera vez que lo había visto, cinco años antes, en aquel bodegón de la avenida San Martín: tan aplomado, tan seguro de sí. Quizás demasiado aplomado, demasiado seguro: hace un rato que le estaba hablando a Perón de tácticas, estrategias y formas de conducción del Movimiento. A Perón, pensaba Cacho, y le miraba la cara, para ver qué gestos hacía el Viejo que, por ahora, se mantenía impertérrito.

La reunión de Perón con la juventud era, de alguna forma, consecuencia de la marcha «para romper el cerco» que había hecho la JP el 21 de julio. Cuando Quieto lo invitó, un día antes, en la Confitería del Molino, le dijo a Cacho que iba a ser un encuentro de las organizaciones armadas con el General, y que el propio Perón les había dicho «y la FAP también, tiene que estar la FAP, ¿eh?».

—Ah, así que nos invitan porque lo pidió el Viejo, ¿no? Si no se la morfaban solos...

—Pero no, cómo podés pensar eso, no, de ninguna manera.

Baluceó Quieto, pero entendió que había metido la pata. Cacho supuso que iban a ser unos pocos, mayoría de jetones de la Tendencia, y ahora, en el garaje lindero a la casa de Gaspar Campos, había como cincuenta dirigentes de todos los sectores. Muchos representaban sellos de goma sin nada detrás, y también estaba el Gallego Álvarez, de Guardia de Hierro, Castelvetti, de la Juventud Sindical Peronista de la CGT, y Alberto Brito Lima, del Comando de Organización, que lo paró en la puerta, antes de entrar:

—Tenemos que vernos, Cacho, tenemos que hablar. Esto que está pasando no puede ser. Se está yendo al carajo el Movimiento.

—Sí, y vos sos uno de los culpables.

—No, te aseguro que no. Son ellos.

Le dijo, mientras le señalaba a Mario Firmenich, Roberto Quieto, Juan Pablo Ventura, Juan Carlos Dante Gullo, Jorge Obeid, Guillermo Amarilla, Guillermo Greco y una docena más que representaban a los Montoneros y sus agrupaciones. Cacho había ido con Coco Murias y se sentó ostensiblemente cerca de ellos; muy ordenados, en los bancos de la derecha se juntaron los de la derecha y los de la izquierda en los bancos de la izquierda. Parecía que había izquierdas y derechas, pensó Cacho. Firmenich estaba hablando de la liberación nacional cuando Perón lo interrumpió, amable pero cortante:

—¿De qué liberación nos está hablando? El país está tan destruido que primero debemos reconstruirlo. A la generación de ustedes les va a tocar liberarlo, pero no se puede liberar un conjunto de ruinas...

Cuando terminó Firmenich hablaron varios más. Algunos trataban de congraciarse con Perón y le pedían que «contara qué había sentido en el momento de volver a la Patria», por ejemplo, y el general templaba la guitarra. Después Castelvetti, de la JSP, dijo que era posible que su grupo no se hubiera «lucido en las movilizaciones»:

—Lo que pasa es que en estos duros tiempos, movilizarse significa una pérdida de dinero para los trabajadores...

Hacia el final le tocó el turno a Cacho:

—Buenos días, mi general. Soy Envar El Kadri...

—Ah, ¿cómo le va? A usted sí que lo trataron mal.

—Como a todos, General. Fue una especie de beca que nos dieron para que completáramos nuestra formación de peronistas... Yo represento a las Fuerzas Armadas Peronistas, pero quiero aclarar que las FAP se han dividido y yo estoy acá por las FAP-17 de Octubre...

—Ah, sí, son cuestiones de nombres, de sellos, de grupos. Eso es puro grupo...

Apuntó Perón, guiñándole un ojo, y después insistió en que la Juventud Peronista tenía que organizarse, institucionalizarse:

—Las próximas autoridades serán elegidas por las bases, no por los dedos. Eso no cuadra en esta época. Podría ser posible en la lucha porque no se podían hacer elecciones mientras se estaba peleando, pero ahora ya sí. Ahora hay que ir creando la institución, que da el orden y da la permanencia.

La conclusión del encuentro fueron esos veinte minutos de charla de Perón, que iba de un tema a otro como si no hubiese tenido ningún plan. Ése solía ser su estilo.

—Los otros días me encontré con unos muchachos que me dijeron «hay que hacer esto, hay que hacer lo otro». Y entonces yo les dije «si ustedes quieren hacer igual que hace Allende en Chile, miren cómo le va a Allende en Chile». Hay que andar con calma. No se puede jugar con eso, porque la reacción interna, y apoyada desde afuera, es sumamente poderosa. Los ingredientes de una revolución siempre son dos: sangre y tiempo. Si se emplea mucha sangre, se ahorra tiempo; si se emplea mucho tiempo, se ahorra sangre. Eso es lo único que podemos decir. Pero siempre es una lucha. Que yo sepa, hemos quedado en gastar tiempo, y no sangre inútilmente.

Perón miraba, cada tanto, a su derecha: los jefes de la JP y los Montoneros trataban de no mirarse entre ellos, no hacer gestos.

—Por otra parte, el error muy grande de mucha gente, entre ellos de mi amigo Salvador Allende, es pretender cambiar los sistemas. El sistema es un conjunto de arbitrios que forman un cuerpo: eso es el sistema, y a nadie se le ocurra cambiarlo. Lo que hay que cambiar, paulatinamente, son las estructuras que conforman el sistema. Algunos quieren pasar de uno a otro sistema. El sistema no se cambia. El sistema va a resultar cambiado cuando las estructuras que lo conforman y desenvuelven lo hayan modificado. ¿Cómo se modifica eso? Dentro de esta actitud nuestra hay un solo camino, que es la legislación. No es de ninguna manera constructivo romper un sistema. La

Unión Soviética rompió un sistema y creó otro hace 56 años. Y ahora, a pesar de que los han ayudado todos y en la tecnología han ido adelante, tiene que ir Brezhnev a pedirle ayuda a los Estados Unidos...

Perón parecía en plena forma. Hablaba sin esfuerzo, con los ojitos entrecerrados que le daban a su discurso un tono pícaro, como si, por momentos, se riera de todo lo que decía y de sí mismo. Pero estaba hablando muy en serio:

—Tenemos, sí, una ideología y una doctrina, dentro de las cuales nos vamos desarrollando; algunos están a la derecha de esa ideología y otros están a la izquierda, pero están en la ideología. Los de la derecha protestan porque están los de izquierda y los de izquierda protestan porque están los de la derecha. Yo no se cuál de los dos tiene razón en la protesta, pero eso a mí no me interesa. Me interesa que existe un Movimiento que sea multifacético, que tiene todas las facetas que un Movimiento debe tener. Esto no es un partido político; en consecuencia, no puede ser ni sectario ni excluyente. En política todos tienen un poco que tragar el sapo. Pero yo no: yo acá hago de padre eterno. La misión mía es la de aglutinar el mayor número posible de gente. La política tiene esa técnica: acumular la mayor cantidad de gente proclive o pensante hacia los objetivos que nosotros perseguimos. Yo no soy juez ni estoy para dar la razón. Yo estoy aquí para llevar a todos, buenos y malos; porque si quiero llevar sólo a los buenos voy a quedarme con muy poquitos y, en política, con muy poquitos no se puede hacer mucho.

Perón terminó ordenando que los distintos grupos de la juventud se reunieran para encarar la «normalización»: que prepararan padrones y llamaran a elecciones para organizar la rama juvenil. Mientras salía, Cacho se encontró con el sargento Cruz, un campeón de paracaidismo al que conocía de la cárcel de Caseros en 1962; ahora era miembro de la custodia de Perón. Después de los abrazos, Cruz se lo llevó para adentro y lo presentó a los demás custodios:

—El compañero Cacho El Kadri, estuvo preso conmigo...

En un aparte le presentó a Juan Esquer, el jefe de la custodia, que le habló en voz baja:

—Mire, Cacho, acá hay una situación muy delicada. Deberíamos reunirnos a solas. Algunos quieren heredar a Perón antes de tiempo.

Le dijo casi en el oído.

—Pero los verdaderos peronistas no lo vamos a permitir.

Cacho se quedó un momento en silencio. No sabía si le estaban hablando de López Rega o de Firmenich, y no sabía cómo preguntarlo, hasta que

Esquer lo sacó de la duda en un susurro:

—El Brujo.

Quedaron en verse. Pocos días después, Esquer y sus hombres fueron relevados de la custodia personal de Perón. Cuando volvió a salir, Cacho vio que Brito Lima se acercaba a Firmenich:

—Ya lo escuchaste al general, tenemos que vernos...

Firmenich le decía que sí, pero parecía nervioso y no le siguió hablando. En la puerta había una buena docena de periodistas y fotógrafos. El cronista de *El Descamisado* le hizo una pregunta:

—Hasta ahora las organizaciones FAR y Montoneros se han caracterizado por expresarse militarmente a través de la guerrilla urbana. ¿Esta gestión de ustedes implica un cambio de método en el accionar político de estas organizaciones?

Firmenich tomó aire y le habló al grabador:

—La guerrilla es sólo una de las formas de desarrollar la lucha armada: es sin duda el más alto nivel de lucha política. Este método se desarrolla cuando los objetivos políticos no pueden ser alcanzados a través de las formas no armadas de la lucha política. O sea que la guerrilla no es una política en sí misma sino un método para desarrollar una política en circunstancias determinadas. Nosotros siempre hemos sostenido que esta guerra es integral, para repetir al general Perón, que se hace en todo momento, en todo lugar y de todas formas. Nos definimos por esta forma de pelear como organizaciones político-militares, aunque nuestro fin fundamental ha sido y es un objetivo político: en las actuales circunstancias en que estamos pasando de la consigna del Perón Vuelve a Perón al Poder, nos encontramos en un cambio de etapa que obliga a un cambio en los métodos.

—¿Esto quiere decir que ustedes abandonan las armas?

—De ninguna manera: el poder político brota de la boca de un fusil. Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos; si abandonáramos las armas retrocederíamos en las posiciones políticas. En la guerra hay momentos de enfrentamiento como los que hemos pasado, y momentos de tregua en los que cada fuerza se prepara para el próximo enfrentamiento. En tanto no haya sido destruido el poder del imperialismo y la oligarquía debemos prepararnos para soportar o afrontar el próximo enfrentamiento. Un elemento fundamental para garantizar este triunfo es la organización popular masiva a fin de cumplir el concepto del general Perón de nación en armas dispuesta para cualquier respuesta ante cualquier agresión imperialista.

—Y después me tocó hablar a mí y le conté una sanata a Perón.

Dijo Mario Eduardo Firmenich, y Horacio González creyó que no había oído bien. Eran las dos de la mañana del domingo 9, y Horacio estaba, junto con cinco compañeros suyos de Flores, de guardia en la sede de la JP, en la calle Chile 1481. Era una práctica común: cada día, un grupo de militantes de alguna unidad básica de la Capital colaboraba en la seguridad del local. Les daban un par de revólveres 38 y, si acaso, alguna escopeta, y tenían que pasarse toda la noche apostados en las ventanas del frente y detrás de la puerta de entrada. Los elegidos eran integrantes de la UBR de su barrio, y se ponían a las órdenes de cuatro o cinco montoneros de más nivel, que tenían armas más potentes. El local había sido ametrallado un par de veces, y esas noches solían ser una mezcla de aburrimiento e inquietud. Horacio ya se había pasado un par de horas junto a la ventana con un revólver en la mano, pensando qué haría si veía algo raro, cómo estar seguro si era un ataque, si tenía que disparar o no, cómo saber si ese momento de duda no sería un error grave. Después bajó al sótano, que tenía las paredes acribilladas por las prácticas de tiro, a descansar un rato y tomar unos mates. Entonces llegó Mario Firmenich:

—Sí, le conté una buena sanata al general.

Horacio no entendía cómo se le podían contar sanatas a Perón: con el General había que tener la relación confiada de aliados que trabajan para la misma revolución, pensaba, una relación que no incluía la sanata. La frase le llamó la atención; Firmenich les dijo que llegaba de la reunión de Gaspar Campos, y se veía que tenía ganas de charlar. Le preguntó al responsable si los compañeros tenían el nivel suficiente:

—Sí, sí, están todos encuadrados.

Le contestó: eso significaba que no sólo estaban en las «agrupaciones de superficie» sino que también pertenecían a ámbitos de la organización Montoneros. Firmenich empezó a hablarles de cómo estaba cambiando la caracterización montonera de Perón:

—En lugar de quedarse con el liderazgo continental, como había dicho, el General vuelve a ocupar la presidencia de la Nación. Esto muestra un retroceso en el proyecto estratégico: Perón tiende a acumular poder en la Argentina porque ha fracasado su proyecto latinoamericano. Y nosotros creemos que la estrategia que elabora Perón no es correcta, porque él ahora tiende a producir una acumulación de poder dentro del régimen constitucional, cosa que es imposible, y busca la negociación con los países del área para romper el cerco, y la negociación con el imperialismo yanqui.

Firmenich no paraba. Visiblemente, quería desahogarse:

—Claro, nosotros tenemos que autocriticarnos porque hemos hecho nuestro propio Perón, más allá de lo que es realmente. Hoy que Perón está acá nos damos cuenta de que Perón es Perón, y no lo que nosotros queremos. Por ejemplo, lo que Perón define como socialismo nacional no es el socialismo sino el justicialismo. Tendríamos que leer un poco más *La comunidad organizada*, que hasta ahora no le dimos bola, para encontrar su verdadero pensamiento, que tiene más que ver con la colaboración social, la alianza de clases. O sea que la ideología de Perón es contradictoria con la nuestra, porque nosotros somos socialistas, porque el socialismo es el estado que mejor representa los intereses de la clase obrera: para nosotros la Comunidad Organizada, la alianza de clases, es un proceso de transición al socialismo que, entendemos, por el análisis de la realidad, que es obligado, no hay forma de frenarlo...

Horacio lo escuchaba sorprendido y se preguntaba por qué Firmenich les soltaba ese discurso. El sótano estaba iluminado por dos lamparitas peladas y todos se habían sentado en el suelo.

—Y después está el tema de la tercera posición: Perón habla contra los dos imperialismos, pero resulta que el que tenemos acá presente es el imperialismo yanqui, entonces objetivamente su lucha es contra los yanquis, objetivamente es antiimperialista y nacionalista y se apoya en la popularidad que le da su representatividad entre los trabajadores. Perón es representante de los trabajadores, y eso, esa política, de acuerdo a la estructura del país, desembocará necesariamente en el socialismo, cosa que Perón no quiere pero que es así, es un hecho objetivo. O sea: es un hecho que no está determinado por lo que uno quiere sino por la realidad de la estructura socioeconómica...

Para Horacio eran revelaciones inesperadas. Hasta entonces, ningún jefe montonero había dicho tan claramente que la organización tenía diferencias fuertes con Perón.

—Por todo eso, posiblemente Perón nos ve a nosotros como infiltrados ideológicos, pero no lo somos. Somos el hijo legítimo del Movimiento, somos la consecuencia de la política de Perón. En todo caso podríamos ser el hijo ilegítimo de Perón, el hijo que no quiso, pero el hijo al fin. Estas contradicciones nosotros las hemos descubierto hace muy poco, y creemos que Perón también las ha descubierto hace muy poco. Antes, contra la dictadura, no aparecían: siempre es más fácil ponerse de acuerdo para destruir que para construir. Pero desde que Perón visualiza esto empieza a defender su proyecto ideológico, y por eso nos ataca. El ataque contra nosotros es

ideológico pero no solamente: también hay diferencias tácticas sobre medidas políticas, y después está su concepción de la conducción. El dice que la conducción tiene que ser unipersonal, y eso es contradictorio con un proyecto de vanguardia donde la conducción estratégica está en manos de una organización. Y también puede ser que, a partir del desarrollo de nuestro proyecto y de nuestra pretensión, quizás desmedida, de ser conducción estratégica, surjan confrontaciones por la conducción.

En el sótano se habría oído el zumbido de una mosca. Horacio trataba de procesar lo que estaba escuchando. Era un cambio radical, y no sabía cómo pensarlo. Firmenich siguió hablando un rato largo. Horacio no podía saber que eran las ideas básicas de un documento que Montoneros publicaría poco después, un documento que sus militantes terminarían llamando *La Biblia*.

Setiembre de 1973. El domingo 9, el ERP-22 de agosto, que meses antes se había separado del PRT-ERP con una postura de apoyo crítico al peronismo, secuestró al apoderado general de *Clarín*, Bernardo Sofovich. Después de 34 horas, Sofovich fue liberado a cambio de que ese diario publicara tres solicitadas en su edición del lunes 10. En la primera, el ERP 22 reiteró su apoyo al FREJULI «en la convicción de que es necesario llevar hasta sus últimas consecuencias el proceso interrumpido en 1955». Reconocía que la presencia de Isabel en la fórmula no era de su agrado, pero lo consideraba «secundario frente a la necesidad de que todo el pueblo agote una experiencia de lucha que lo acerque a una conciencia socialista». En la segunda solicitada pedía al Parlamento que investigara la masacre de Trelew y en la tercera no ahorraba críticas contra Lastiri y López Rega.

Ese mismo lunes, a las tres de la tarde, mientras Sofovich daba una conferencia de prensa en el tercer piso del diario, un grupo de unos cuarenta hombres, todos con distintivos celeste y blanco y una V en la escarapela, entró por la calle Piedras y copó el edificio: lo ametrallaron, destruyeron con granadas parte de las instalaciones, robaron la plata de las cajas y trataron de quemar con bombas incendiarias las rotativas. «Vamos a terminar con este reducto de zurdos», les gritaban a los periodistas y empleados del diario. Una decena de personas recibieron heridas de bala o quemaduras. En su retirada, los asaltantes se tirotearon con unos patrulleros que llegaban. Uno de los atacantes, Lisandro Borjas, quedó herido en las piernas. Mientras la policía se lo llevaba al hospital Rawson, les pidió a los vecinos:

—Avísenles a Rucci, Lorenzo o Rogelio que estoy vivo...

Lorenzo era Miguel, secretario general de la UOM; Rogelio era Coria, su colega en la UOCRA. Al otro día Perón dijo que «el que procede mal suele sucumbir por su propio mal procedimiento. *Clarín* tuvo un mal procedimiento y alguien que se sintió herido por ese mal procedimiento le metió otro mal procedimiento. *Clarín* fue cómplice de los secuestradores, ya que tendría que haber dado parte a la policía...». Y, un día después, las 62 Organizaciones sindicales peronistas dijeron, con respecto a las actividades de la guerrilla: «Se acabó. Ellos eligieron el terreno. Y los argentinos no sabemos arrugarnos a la hora de la verdad, aceptamos el desafío. A pesar de su disfraz de mascaritas, iremos a buscarlos uno a uno, porque los conocemos. Ni las capuchas ni los patrones que tienen podrán salvarlos. Han rebasado la copa y ahora tendrán que atenerse a las consecuencias».

Esa mañana, las teletipos de la redacción de *El Mundo* ardían. Las primeras informaciones que llegaban desde Santiago decían que, horas antes, tropas de la Infantería de Marina que estaban haciendo maniobras conjuntas con naves norteamericanas en las costas de Chile habían ocupado el puerto de Valparaíso. Y que al mismo tiempo, en la capital, un comando de infantería detenía al general Prats, ex comandante en jefe que podría haber parado el golpe.

Avisado, Salvador Allende llegó a su palacio presidencial a las siete y media; minutos más tarde, La Moneda estaba rodeada por tanques y los comandantes en jefe de las tres armas anunciaban que el gobierno había sido derrocado. Por una de las pocas radios que todavía controlaba, Allende llamó a «obreros y empleados a defender el régimen constitucionalmente votado»; su mensaje terminaba diciendo que «no saldré de La Moneda, no renunciaré a mi cargo y defenderé con mi vida la autoridad que el pueblo me entregó».

A las nueve y diez, los golpistas atacaron el palacio presidencial con ametralladoras y tanques. La defensa de la Moneda era escasa: un grupo de custodias y amigos del presidente, equipado con armas livianas. A las once, aviones militares descargaron las primeras bombas sobre el palacio.

—Carajo, cómo vamos a hacer para cubrir todo esto.

Los cables de las agencias traían informaciones confusas, contradictorias, muy parciales. Aunque la noticia del golpe no sorprendía a nadie: hacía meses que todos lo temían, y las huelgas de las últimas semanas trataban de precipitarlo. Pero la sorpresa llegó con las primeras horas de la tarde.

—¡Che, se mató Allende!

Los cables decían que, a las dos y cuarto, el presidente de Chile se había suicidado en su despacho de La Moneda junto con su amigo y consejero Augusto Olivares. Y que el palacio ya había sido ocupado por los militares rebeldes.

—Tenemos que mandar un periodista, urgente.

En la redacción de *El Mundo*, Isidoro Gilbert —que además era el corresponsal de la agencia soviética *Tass*— y Martín Granovsky estaban a cargo del tema.

—Pero acá dice que los militares cerraron las fronteras.

—Capaz que no es tan así. Bueno, que salga ya y que lo intente.

Carlos Comitini era un periodista un poco novato, pero contaba con la confianza del PRT. Aceptó la misión y se llevó unos pesos y casi ninguna instrucción:

—Conseguí información en el terreno, buscá material de primera mano y comunicate enseguida; total todo lo pasás por teléfono. Quedate tranquilo que acá te grabamos.

Mientras tanto, las novedades empezaban a desparramarse por la ciudad.

—¡Compañeros, ante las noticias que llegan desde Chile sobre el golpe de Estado imperialista contra el gobierno de Salvador Allende, queremos invitarlos a movilizarnos! Nos encontramos a las seis en la escalinata, compañeros.

Elvio Vitali recorría las aulas de la facultad de Derecho convocando a los estudiantes y, por momentos, se sorprendía de la adhesión que recogía. Muchos alumnos que él consideraba unos «burguesitos pancistas» esa tarde se indignaban y prometían su asistencia. Esa noche, unas cien mil personas recorrieron las calles de Buenos Aires: desde la embajada chilena, en Tagle y Alcorta, hasta el Congreso. Los manifestantes llevaban estandartes de los grupos de la izquierda y el peronismo revolucionario, y quemaron muchas banderas norteamericanas. El golpe en Chile era el tema central, pero también circulaban otras historias:

—Che, parece que lo balearon a Rucci.

—¿Cómo?

—Eso, que lo tirotearon.

—¿Y qué pasó?

—No sé, no sé más nada.

—¡Uy, qué bárbaro! ¿Y no sabés quién fue?

No sabía, porque no había habido tal atentado: era sólo un rumor que, ese día, circuló mucho. Incluso el propio Rucci, en un comunicado, se ocupó de

él: «Por otro lado se larga la noticia de que se atentó contra la vida de Rucci. Es decir, todo responde a una campaña indudablemente destinada a perturbar la tranquilidad. Todo dirigido a crear confusiones que alteran el proceso al cual estamos sometidos todos los argentinos bien nacidos, conducido por aquellos que se cubren bajo el manto piadoso de la mentira para servir a los intereses espurios. Y después gritan viva Perón y hacen todo lo contrario de lo que realmente expresa el general Perón».

Esa mañana, Eduardo Sigal, como la mayoría de los cuadros del PC, se pasó horas aciagas junto a la radio de onda corta, esperando que radio Moscú dijera que no, que Pinochet no pasaría. De hecho, desde la semana anterior, cuando los momios impulsaron a las señoras a golpear cacerolas vacías por las calles de Santiago, Eduardo pensaba que el desenlace parecía inminente. La voz del locutor se perdía en un mar de fritura. Mabel Resines, su esposa, trataba de calmarlo. No era tan fácil, Mabel también era militante de la Fede y estaba tan inquieta como él. Mientras, además, trataba de darle de mamar a Paula, que acababa de cumplir tres meses.

—La cuestión es que las masas se movilicen. Con el pueblo movilizado un golpe no puede triunfar, seguro que no. Además, allá, el partido está sobre aviso, deben haber tomado medidas para prevenir...

—Sí, Mabel, pero acordate lo que dijo el Chicho hace cinco días, por televisión: «en Santiago nos queda harina para tres o cuatro días más...». Y vos sabés que el descontento de sectores de masas por sus necesidades elementales es un arma de la cual se vale la derecha. Han logrado dividir al pueblo, no sé qué va a pasar...

—Sería terrible, Eduardo, si triunfa un golpe fascista sería terrible...

Mientras, en Santiago, la Junta anunció que luchaba «en defensa del pueblo de Chile, que ama la libertad y repudia al marxismo». En ese mismo comunicado, informó «a la prensa, radio y televisión que, ante cualquier información dada al público que no haya sido confirmada y debidamente evaluada por la Junta de Gobierno Militar, procederá a la destrucción de dichas empresas por las Fuerzas Armadas».

—Después de tres años de cáncer marxista, que ha llevado al derrumbe económico del país, hemos debido adoptar el triste y doloroso deber de sanear una situación de terrible gravedad. El pueblo está con nosotros. Nos apoya. Nuestra misión es extirpar el marxismo.

Dijo, esa noche, por las radios chilenas en cadena, el comandante en jefe de la Aeronáutica, Gustavo Leigh. A la mañana siguiente llegaron

informaciones diferentes: en varias ciudades chilenas, los militares peleaban contra francotiradores y obreros que ocupaban fábricas en los barrios industriales. Las noticias ya hablaban de centenares de muertos. Pero insistían en que los golpistas no tenían el control de la situación. Esa tarde, la manifestación de apoyo al socialismo chileno fue aún mayor y, por momentos, desbordaba entusiasmo.

—¡Allende, hermano,/ el pueblo te saluda/ con las armas en la mano!

La columna empezaba en Congreso y llegaba, por Callao, hasta Las Heras: unas doscientas mil personas. Subidos a un camión con altoparlantes, los dirigentes de las Juventudes Políticas Argentinas Juan Carlos Añón —JP—, Patricio Etchegaray —Federación Juvenil Comunista— y Leopoldo Moreau —Juventud Radical— se alternaron para leer un comunicado:

—¡Todo este accionar es parte del plan continental que, pisoteando la voluntad popular, intenta Estados Unidos, acompañado por su sirviente brasilero, para sojuzgar a los pueblos de Paraguay, Bolivia, Uruguay y Chile, cercando geopolíticamente a la Argentina!

Miles de gargantas puteaban a los norteamericanos.

—Che, acaban de decir que Allende no se suicidó, que lo mataron los milicos. Ahora dicen que hasta el final siguió disparando la metralleta que le había regalado Fidel y que murió con el casco puesto. Murió peleando, carajo.

La información llegaba desde Santiago vía La Habana, mandada por Jorge Timossi, un periodista argentino que trabajaba para la agencia *Prensa Latina* y que se había quedado cerca de La Moneda hasta el final.

—Sí, ya me parecía que no tenía gollete que se matara. ¡Qué hijos de mil putas!

Esa noche había muchos manifestantes no organizados, y militantes de grupos que no solían coincidir en la calle: Montoneros, FAR, JP, FAP; Partido Comunista, Juventud Radical, ERP, FUA, FAL, FAL, PCR, FJC, VC. Todos, por una vez, unidos.

—¡Allende, Allende,/ Allende no murió,/ lo mataron los yanquis,/ la puta que los parió!

Estados Unidos era el enemigo unánime. Todos sospechaban la participación en el golpe de la CIA y el Departamento de Estado. Perón también. Cuando los periodistas se lo preguntaron, en su casa de Gaspar Campos, dijo que «no lo podría demostrar, pero creo firmemente que sí, porque como conozco todo este proceso, estimo que no puede ser de otra manera. Los comentarios de ayer sostenían que hubo farra en el Departamento de Estado. Este golpe militar representa a intereses que para

nosotros son bien conocidos. Es una fatalidad y un mal ejemplo para el continente», dijo el General. Pero no creía que el golpe sirviera para mucho:

—Será como siempre pasa con las dictaduras militares. Ya le pasó al presidente Ibáñez cuando lo derrocó a Alessandri: tomó el poder y al año se tuvo que alejar. A los militares siempre les pasa lo mismo.

Las condenas al golpe eran unánimes en Europa, pero en Washington fuentes oficiales del gobierno admitieron que Richard Nixon lo sabía con 48 horas de anticipación.

—¡Vea, vea, vea/ qué cosa más bonita,/ Allende dio la vida/ por la patria socialista!

—Decime, Ruso, ¿qué necesidad tienen de andar con un fierro en la cintura? Y encima, viste que por ahí se corren el saco como al descuido para que vos lo veas y pienses ojo, que está calzado...

—Pero, Colorado, hubieras puesto cara de boludo y le decías: Che, Gullo, ¿por qué llevás un arma en la reunión de las Juventudes Políticas? ¿De quién te cuidás?

Luis Menucci volvía un poco indignado de la reunión de las Juventudes Políticas para coordinar la marcha por Chile. El encuentro había sido en el local de la calle Chile y la decena de agrupaciones aceptaron las propuestas de Gullo y Añón, los dueños de casa. Además de radicales y socialistas, había representantes juveniles de varios socialismos, cristianos populares, intransigentes, de UDELPA y conservadores populares. Moreau y Menucci sintieron que, por más que representaran a la segunda fuerza electoral del país, los de JP los trataban como si fueran los conservadores de Tinogasta.

—Ruso, éstos se sienten que son la selección y que todos somos equipos de barrio. Encima tienen manejados a todos esos sellitos que no existen, y los llevan de las narices y a la hora de votar son incondicionales de ellos. Pero, además de cada palabra de la declaración, que si le ponemos los monopolios o el imperialismo, y cosas así, nos pasamos horas discutiendo las consignas, en qué orden van las columnas...

—¿Y al final, qué resolvieron?

—No, quedó bien: primero la JP, después, nosotros, después la Fede y después no sé, el resto... Lo importante es que se haga algo, que ayudemos a la resistencia chilena. Hay que contribuir a parar ese golpe.

—Ya te dije que para mí esto es mucho más grave, que se está viviendo otro proceso reaccionario en Latinoamérica, que los yanquis están volviendo a la política del garrote. Hay un viraje, Colorado, y para verlo tenemos que

dejar por un momento de analizar con el corazón y con la bronca... Por eso yo te decía que, al final, los del MIR jugaron en contra, terminaron catalizando el proceso. Yo no voy a salir a putearlos, pero a la hora del análisis hay que tener más rigor y no dejarse llevar por políticas sin salida.

Las manifestaciones seguían: la calle parecía ocupada por la solidaridad con Chile. Eduardo Sigal marchaba a la cabeza de la columna de la Fede, cerca de Jorge Pereyra, el secretario general, y Patricio Etchegaray, José Antonio Díaz y Enrique Drackman, los delegados de la Fede ante las Juventudes Políticas Argentinas. Miraban hacia atrás, satisfechos de su convocatoria. Un militante de la secretaría de organización llegó con un informe:

—Más o menos, debemos llevar entre diez y quince mil compañeros.

Entre grandes carteles rojos, con hoces y martillos, con megáfonos y cordones de seguridad, los del PC insistían en un grito de origen chileno:

—¡El pueblo,/ unido,/ jamás será vencido!

En medio de la columna radical, Luis Menucci y Sergio Karakachoff se sentían un poco escuálidos. Apenas llegaba a una cuadra, la mayoría con las camisas bien planchadas y muy pocas pancartas. La explicación de varios dirigentes era que los militantes de Franja Morada estaban en las columnas de los centros de estudiantes, pero Luis no pudo evitar la envidia y le habló al Ruso en la oreja:

—Che, ¿viste la columna de la JP? Tienen por lo menos veinte cuadras, y los de la Fede deben haber metido como diez...

Al otro día, de nuevo miles y miles de personas recorrían el centro de la ciudad cuando *El Mundo* publicó una noticia bomba: el general Carlos Prats, ex jefe legalista del Ejército y amigo personal de Allende, avanzaba desde el sur con tropas leales a la Unidad Popular. Según el informe de Comitini, la quinta división de Ejército, con base en Punta Arenas, marchaba contra Pinochet. Lo cual, unido a la resistencia que mantenían los cordones industriales de Santiago, podría revertir la situación.

—¡Atención, atención,/ atención, atención,/ toda la cordillera/ va a servir de paredón!

Esa mañana, *Clarín* había titulado «Aplastan los focos de resistencia» pero *El Mundo*, guiado por los informes de su cronista, insistía en que se combatía duramente, y los editores decidieron ilustrar con un mapa de Chile partido al medio, al estilo de los que salían de Vietnam, con un sur a punto de liberarse.

—¡El pueblo, armado,/ jamás será explotado!

—Che, habría que empezar a pensar en armar brigadas para salir para allá. Si los compañeros chilenos consiguen establecer un territorio liberado en el sur, puede servir de base para llevarles armas, provisiones, gente... Hay que pensarlo, hay que ver...

Hasta que, poco después, las radios informaron que el general Prats se había presentado por la televisión chilena desmintiendo enfático que estuviera participando en cualquier tipo de resistencia: «Está muy lejos de mi ánimo interferir en el actual proceso nacional», dijo. En Buenos Aires, la decepción de los manifestantes fue absoluta.

—Me parece que todo esto que está pasando en Chile demuestra que con buenos modales no se puede llegar al socialismo...

Mercedes Depino también marchaba, junto con unos cincuenta vecinos de su barrio de José C. Paz. Sergio Berlín estaba con ella:

—Sí, esto de Chile es un desastre, pero si para algo sirve es justamente para mostrar eso. La vía pacífica es una ilusión: el poder no se suicida, y si vos no acumulás suficiente poder político y militar, en cuanto se sienten amenazados te pasan por encima. Si no tenés ese poder caés en estas ilusiones pequeñoburguesas de que el capitalismo se va a rendir porque le digan malo malo no te quiero más, y pasa lo que les está pasando a los chilenos, carajo.

—Seguro. Los intereses de los tipos son demasiado grandes, no se entregan. La única manera es acumular ese poder, poder de *movilización*, poder político, poder militar, todo. La guerra popular y prolongada, bah, como quien dice, y terminar tomando el poder en serio, no con la farsa esta de las elecciones y la democracia. Eso puede servir para una etapa, pero a la larga termina así, ya lo estamos viendo.

La manifestación se disolvió, pero el centro seguía lleno de grupos que caminaban, cantaban, se comían unos fideos en Pipo. Esa noche, cuando Comitini volvió a llamar a la redacción de *El Mundo*, su jefe le pegó un ladrido:

—¿Quién lo vio a Prats al frente de los tanques? ¿Dónde estuviste, pibe?

Al día siguiente, ya en Buenos Aires, el enviado especial le explicó al jefe de redacción que, ante las dificultades para cruzar a Chile, había decidido quedarse en Mendoza: allí, con un receptor de onda corta, escuchaba radio Moscú, que se esforzaba en demostrar que los chilenos defendían con las armas en la mano el camino pacífico al socialismo que pregonaba la Unión Soviética.

Esa tarde, en La Plata, un dirigente comunista del centro de Estudiantes de Medicina le hacía a Eduardo Sigal la pregunta que él mismo se estaba

haciendo en esos días, sin encontrar respuesta:

—Pero, camarada, ¿esto no pone en duda la tesis del partido del camino pacífico al socialismo? ¿Qué habría pasado si Allende hubiera armado al pueblo en defensa de la revolución?

En Chile, mientras tanto, la Junta iba acabando con los últimos focos de resistencia. El Estadio Nacional y muchos otros campos de concentración ya estaban repletos de presos: la mayoría serían fusilados. Entre ellos, el cantor Víctor Jara, preso en el estadio: primero le destrozaron las manos a culatazos y, horas después, lo acribillaron.

Durante esos primeros meses, la Junta militar chilena mató a unas 15.000 personas. En ese momento quedaban en América del Sur sólo cuatro gobiernos democráticos: Venezuela, Colombia, Guyana y Argentina. El uruguayo Bordaberry, civil bajo control militar, fue el primer presidente latinoamericano en reconocer a la Junta del general Augusto Pinochet; el brasileño Garrastazú Médici fue el segundo. Argentina, México y Venezuela declararon tres días de duelo nacional por Salvador Allende; en México, Honduras y Panamá hubo grandes manifestaciones contra su caída. En Cuba, Fidel Castro dijo que el golpe estaba «dirigido contra todo progreso en América Latina y especialmente contra el gobierno revolucionario del Perú y el gobierno popular argentino».

Los medios, además, se inquietaban por la suerte del premio Nobel chileno Pablo Neruda, que había sido embajador del gobierno de Allende en París. Varios lo dieron por muerto; el domingo 16, un periodista francés habló por teléfono con el general Pinochet, que le dijo que «Neruda no está muerto, como intencionadamente se dice en algunos lugares. Nosotros no matamos a nadie y tampoco ha muerto de muerte natural. Está en su residencia de la Isla Negra, que es una mansión muy grande. Él tiene el respeto y el afecto de todos nosotros porque es un gran valor de Chile». Pinochet también dijo que las publicaciones que hablaban de miles de muertos mentían.

Dos semanas después, en una entrevista concedida al *Giornale d'Italia*, Juan Domingo Perón decía que «nosotros somos decididamente antimarxistas. Lo sucedido a Allende demuestra que Allende cayó víctima de su sectarismo, de su política tendiente al exceso. (...) Estoy seguro de que domaremos a la guerrilla. Chile nos ha enseñado muchas cosas. O los guerrilleros dejan de perturbar la vida del país o los obligaremos a hacerlo con los medios de que disponemos, los cuales, créame, no son pocos. Las vicisitudes chilenas cerraron la única válvula de seguridad de que disponían los guerrilleros argentinos. (...) A Cuba le advierto que no haga el juego que hizo en Chile

porque en Argentina podría desencadenarse una acción bastante violenta. (...) Si la guerrilla insiste, sucederá lo que en Santiago, donde la responsabilidad no fue de los militares sino de los guerrilleros».

Sus declaraciones fueron reproducidas en la Argentina por la revista *Panorama*, del 27 de septiembre. Esa misma mañana los diarios publicaron la noticia de la muerte, el día anterior, de Pablo Neruda en su refugio de Isla Negra, cerca de Valparaíso. Muy enfermo, los militares no dejaron pasar una ambulancia que tenía que llevarlo al hospital, y Neruda murió sin atención médica. Horas después, su casa fue saqueada por los militares.

Septiembre de 1973. El general Carlos Prats, ex comandante en jefe del Ejército chileno, se había exiliado en Buenos Aires. Y, aquí, mantuvo correspondencia con el general Perón. En esos días, el argentino le escribía que «considero lo sucedido en Chile como un verdadero desastre (espero que transitorio), como un duro golpe a mis esperanzas de establecer, aunque sólo fuese en el Cono Sur, una zona libre del dominio de las compañías extranjeras, cuyos apetitos de rapiña son bien conocidos. A mi entender este revés en el proceso revolucionario chileno servirá a los Morgan, Rockefeller y Dupont para desencadenar una vasta ofensiva en América Latina, no ocultando su júbilo ante el éxito obtenido en Chile. Por todos los medios tratarán de impedir en el futuro la repetición del avance democrático chileno.

»Cada vacilación, cada día perdido, cada paso atrás en la lucha contra la penetración imperialista representa un éxito para aquellos que descaradamente siguen explotando nuestra riqueza, enriqueciéndose, como usted dice, con todo, hasta con nuestra sangre y nuestra grandeza espiritual. (...)

»Observe la rapidez con que se va extendiendo por el continente la mancha inmunda que los Estados Unidos han dado en llamar su zona de influencia o zona de sus intereses militares, industriales y financieros. A veces fingimos ignorar que a ojos vistas se apoderan de las tierras que labraron nuestros antepasados.

»Es sabido que poderosos monopolios norteamericanos se han adueñado de millones de hectáreas de las tierras más fértiles y obtienen pingües beneficios explotando el trabajo barato de los peones latinoamericanos.

»Todo esto se observa no solamente en pequeños países como Honduras, Guatemala, Costa Rica o Nicaragua, sino también en otros como la Argentina y el Brasil. Como regla general, el capital extranjero se apodera de nuestras tierras utilizando testaferros locales o a través de sociedades con rótulos

nacionales, sin preocuparse de disimular ante la opinión pública sus actividades ilícitas.

»Recuerdo que en su tiempo me dejó estupefacto la declaración al Congreso Brasileño del entonces ministro de Justicia Gama e Silva, donde afirmaba que el capital extranjero se había apoderado de un millón seiscientos mil kilómetros cuadrados de tierras, o sea una quinta parte del territorio nacional. La mayor parte de esas tierras pertenecen a corporaciones norteamericanas. Estas disponen de grandes empresas agrícolas y ganaderas en la Argentina, especialmente en las provincias de Mendoza, Buenos Aires y Santa Fe. En México las compañías norteamericanas poseen inmensas propiedades en las zonas más ricas del país. Lo mismo sucede en Venezuela, Colombia, Bolivia y el resto de los países latinoamericanos.

»Nuestro deber en la hora actual es analizar nuestros errores y desaciertos para lograr mañana vencer a aquellos que hoy se regocijan con el triunfo. Y que no duden los Estados Unidos y ante todo la ITT, CIA y sus semejantes dedicados a combatir los más lícitos y nobles anhelos de nuestros pueblos, que las cartas están echadas. Todo depende ahora de cómo las jugamos: conquistamos la libertad para siempre o seguimos humillados, sumisos y oprimidos; triunfa el pueblo o nos domina la ignominia y la traición. Nuestras dos naciones están ante el mismo reto histórico y no dudo que la última palabra la dirán los pueblos.

»Éstos son los problemas fundamentales que hoy preocupan a muchos de nosotros en el país que usted eligió como asilo transitorio. Estoy seguro que será transitorio, porque los cambios democráticos se avecinan en un proceso irreversible que ningún dictador podrá detener».

Días después, en otra carta, Perón le decía que «el presidente Allende me escribía que permanentemente sentía como un contacto físico los tentáculos del imperialismo, que día a día iban paralizando con mayor brutalidad el cuerpo ya enfermizo de la economía nacional, amenazando con asfixiarlo. Esto es corriente en América Latina.

»Usted me decía que el destino de un país, como lo confirma lo sucedido en Chile, en mucho depende de la coordinación y unidad de las diferentes organizaciones y partidos, distantes entre sí por sus idearios políticos. Nada más cierto. Desgraciadamente constatamos en América Latina, aunque parezca anacrónico, una abundancia de dirigentes empeñados en un mismo objetivo, que no atinan a ponerse de acuerdo para lograrlo, entran en conflicto entre sí, se pelean, siembran la desunión y la discordia debilitando a sus países en beneficio del imperialismo. Es una pena el que tales dirigentes no

quieran o no puedan comprender el carácter popular de la revolución y se dediquen a acciones que perjudican a la misma, provocando al pueblo a manifestaciones que acarrearán desórdenes e incidentes sangrientos. (...)

»Reconozcamos que una de las causas principales de los duros reveses sufridos por las fuerzas democráticas de América Latina reside en no apreciar debidamente el rol de los Estados Unidos, responsables de la mayoría de los golpes de Estado. Sus manos están manchadas con la sangre de miles y miles de latinoamericanos caídos en la lucha por la libertad y la independencia», decía Juan Domingo Perón en esos días.

—Che, ni se les ocurra tomar café.

—¿Qué?

—Eso, que tengan cuidado con el café que venden los cafeteros. Se corre la bola de que los de la jotaperra le metieron algo. Veneno, diuréticos, no se sabe.

La jotaperra era la Juventud Peronista de la República Argentina —JPRA—, un intento de López Rega de intervenir en la rama juvenil, y la consigna corría entre los militantes que se habían reunido, esa tarde del miércoles 19 de septiembre, en plaza Once para el acto de cierre de campaña de Perón Presidente. Eran más de 100.000, y varias docenas ya habían sido atendidos en un hospital de campaña improvisado en la plaza.

—¡López Re,/ López Re,/ López Reega,/ la puta que te parió!

Gritaban los grupos de la JP montonera mientras se retiraban. Unos muchachos bailaban alrededor de una bandera americana en llamas y puteaban a Pinochet. Se oía mucha bronca, y alguna esperanza todavía, con música de Palito Ortega:

—¡Yo tengo fe/ que el Pocho va a ganar,/ yo tengo fe/ que el Pocho va a ganar,/ con FAR y Montoneros/ en la guerra popular!

Nicolás Casullo se había encontrado con Mario, un amigo del colegio, y estaba rezagado, charlando, cuando vio a un grupo de militantes que se subieron a un toldo para pintar consignas. El toldo tembló y terminó derrumbándose: el dueño del almacén salió a los gritos y sólo pudo calmarlo un responsable de la JP que le prometió que al otro día se lo pagaría. Los militantes ya se habían ido cuando llegaron tres patrulleros a toda sirena:

—¡Quietos todos, carajo! ¡Así que fueron ustedes los que reventaron esto!

El oficial a cargo detuvo a media docena de militantes que no tenían nada que ver con el toldo. Nicolás volvió a ponerse la corbata y se le acercó,

murmurando algo sobre su cargo ministerial. En esos días, un tipo de traje todavía tenía cierto peso.

—Mire, oficial, acá estos chicos no tuvieron nada que ver. Los que lo tiraron fueron otros, pero parece que ya arreglaron.

El oficial, un cincuentón canoso, le hizo poco caso y ya estaba cargando a sus prisioneros en los coches. Entonces la cola de la columna se dio cuenta del arresto: los militantes dieron media vuelta y volvieron, amenazadores, a rescatar a los detenidos. El oficial se puso pálido. Dio una orden y sus hombres apuntaron sus Itakas.

—¡Paren, boludos!

Les gritó Nicolás a sus compañeros. Y Mario le pidió al oficial que guardaran las armas. La columna seguía avanzando y empezaba a rodear a los patrulleros:

—¡Ya van a ver,/ ya van a ver,/ cuando vengamos los muertos de Trelew!

—Pídanles ustedes que se retiren.

Les pidió el oficial. Los militantes ya estaban zarandeando los coches policiales.

—Si suelta a los muchachos, se van. Lárguelos, oficial; estos pibes venían de otro lado, no tuvieron nada que ver.

Le dijo Nicolás.

—¡Medina!, ¡Rodríguez!

Gritó el oficial. Los militantes estaban pateando los patrulleros, y los policías tenían los dedos crispados sobre sus gatillos.

—Medina, libere a los detenidos. Y usted, Rodríguez, guarde el arma.

Dijo el oficial.

—No se preocupe. Son pendejos.

Dijo Nicolás.

—¿Pendejos? El mayor mío es JP y es peor que todos estos pelotudos juntos.

La columna ya se retiraba, con sus compañeros rescatados. Mario, el amigo de Nicolás, trató de suavizar la bronca del oficial:

—¿Usted tiene un hijo peronista?

—Peronista como yo, pero fijesé que ese cretino cuando hablamos me convence siempre, que el general Valle, que Cooke, y qué voy a discutirle si yo nunca le di pelota a eso. ¿Quieren café? ¡Medina!

—Sí.

—Éste también tiene un hijo loco. ¿No es cierto, Beto? Cada dos meses pinta la unidad básica Maestre y no sé qué de un color distinto. Medina, traé el termo y algunos vasitos, están en la guantera.

Nicolás pensó que, decididamente, en esos días todo venía muy mezclado. El peronismo seguía siendo una bolsa con todos los gatos y lo peor que le podía pasar a su organización, pensaba, era armar una versión demasiado lineal, demasiado simplista de la historia. Incluso su propia militancia mezclaba muchos tantos: no siempre le resultaba fácil compatibilizar sus diversas tareas. Estaba acostumbrado al modelo clásico, donde los límites eran más claros, y no a esa rara combinación que podía llevarlo a mantener una entrevista muy formal con el secretario de Cultura a las siete de la tarde, preparar miguelitos o alguna otra cosa en un sótano negro en Puente Alsina a las ocho y media tomarse un Gancia con limón con una guionista de televisión más que insinuante a las once y hacer una guardia armada en el local de la JTP a partir de las doce de la noche.

—No, pero eso puede tener consecuencias jodidas.

—Sí, a mí me parece que hay algunos compañeros que se están lumpenizando. Hay tipos que se acostumbran demasiado fácil a lo peor: si necesitan un auto, van y lo levantan, saben que la guita les va a llegar de la orga, les gustan las jinetas y los fierros y el poder que les dan... Se están profesionalizando, ya ni se acuerdan de cómo era la vida común, la de todo el mundo.

Le decía, en una de esas noches de guardias interminables, aburridas, Emiliano Costa.

—Seguro, todos conocemos a esos personajes. Pero no hay por qué creer que seamos todos así, ni que eso sea una consecuencia inseparable de la militancia.

—No, por supuesto. Pero sería bueno poder intervenir para que el estilo no se difundiera mucho, ¿no?

Era el viernes 21 y Perón había hablado por televisión para cerrar su campaña, criticando los «procedimientos populares como las manifestaciones tumultuosas y los reclamos violentos» como forma de conseguir ciertas reivindicaciones:

—Nosotros luchamos por establecer un nuevo orden, donde la injusticia deba desaparecer. Quiero hacer llegar a todo el pueblo argentino mi pedido y exhortación más sincera para que en el futuro las reclamaciones se hagan por los conductos naturales, en la seguridad de que el gobierno es el más interesado en resolverlas en el menor tiempo.

Y explicó que «la lucha activa ha terminado y empieza otra lucha por la reconstrucción y liberación de una patria evidentemente desquiciada. Nada podríamos lograr operando con un instrumento inorgánico y anárquico, como no fuera una revolución destinada al fracaso. El FREJULI pretende neutralizar los desvaríos de las distintas fuerzas que, en lo interno y en lo externo, se esfuerzan por desviar política o ideológicamente la marcha del país». Esa noche, Nicolás estaba más preocupado que de costumbre. El día anterior, en el ministerio, Jorge Taiana, el hijo del ministro, les había contado que su padre creía que si Perón asumía la presidencia no iba a durar mucho. Su salud no daba para tanto. Meses, quizás, decía el ministro Taiana, uno de los médicos que lo atendían. Y que lo había dicho en una reunión del gabinete nacional y se había ganado los odios de López Rega y sus aliados. Y que Lopiccolo estaba cada vez más agrandado: que en esa reunión había pedido la cabeza del gobernador Obregón Cano, por zurdo, y que, en otra, le pegó cuatro gritos a Gelbard porque el ministro de Economía no terminaba de aceptar la idea de Isabelita como vice. Y que después Gelbard le contó que un par de pesados de López Rega lo apretaron en un pasillo de la Rosada. El panorama parecía cada vez más duro.

—Che, ahí pararon dos falcon.

—Sí, y ahí enfrente parece que hay alguien con una linterna. ¿Lo ven?

Nicolás estaba en una de las ventanas del edificio de la JTP de la avenida San Juan con otros dos militantes del Bloque de Prensa Peronista. Tenían una escopeta pajera y un par de revólveres 38. Quique Juárez era el responsable de la guardia:

—Atención, agarren las armas y distribúyanse por los puestos. Vos y vos, suban a la terraza. Los fierros sin seguro.

Subieron. Dos azoteas más allá había dos sombras caminando detrás de una linterna que se prendía y se apagaba.

—Apunten pero ni por puta un tiro. A menos que no haya más remedio.

Desde un techito, con más panorama, otro militante avisó que eran tres.

—Hay otro más, un poco más atrás.

Cuerpo a tierra, tensos, con los dedos crispados sobre los gatillos, los tres militantes seguían los movimientos de las sombras. La linterna volvió a prenderse, enfocando al cielo.

—Son señales, seguro que son señales.

Nicolás miró los edificios vecinos: ventanas y balcones con luces, gente sentada, una pareja comiendo, los reflejos violáceos de los televisores. De pronto, sintió un vacío en el estómago: gente, una noche común de un día de

semana, y él cuerpo a tierra apuntando, con el miedo en el cuerpo, en los ojos. Mientras, a su alrededor, los demás comían y miraban la tele. Le pareció, de pronto, que eran mundos distintos, lejanísimos. Un divorcio absoluto. Las sombras se seguían moviendo. Fueron cinco minutos de tensión espantosa. Hasta que apareció una mujer con una nena de la mano y habló con una de las sombras. La sombra le dio la linterna, la mujer la sostuvo e iluminó a un señor que subía, por una escalerita de hierro, hacia el tanque de agua y se ponía a enderezar una antena de televisión.

Septiembre de 1973. La revista *Satiricón* era mensual y había aparecido en noviembre de 1972. La dirigía Oskar Blotta, y en su equipo estaban Andrés Cascioli —como director estético—, Carlos Ulanovsky y Mario Mactas —asesores de dirección—, Alicia Gallotti, Carlos Trillo, César Bruto, Alejandro Dolina, Dante Panzeri, Carlos Abrevaya, Jorge Guinzburg, Ricardo Parrotta, Oski, Caloi, Fontanarrosa, Napoleón, Grondona White, Viuti, Crist, Izquierdo Brown, Tomás Sanz y muchos más. A mediados de 1973 *Satiricón* vendía 150.000 ejemplares: era una mezcla de humor gráfico y artículos que ironizaban sobre la actualidad y las costumbres del momento. «Se estableció un diálogo sólido entre ustedes y nosotros, demostrando que podemos entendernos a fondo —decía uno de sus editoriales— sin necesidad de imprimir páginas para estúpidos, pensando que eso es lo que el público pide».

Cada página de la revista llevaba una frase arriba a la derecha, y algunas se hicieron famosas: «¿Quién les abrió la jaula a los hare krishna? o ¿Quién le robó el piano al General en Caracas?», por ejemplo. En el número de septiembre, Mactas y Ulanovsky escribían sobre «Lo que no se usa más. Cementerio de costumbres». La frase de la página era «Si las elecciones de marzo fueron generales, las de septiembre ¿serán teniente generales?», y el artículo empezaba diciendo que «la llamada vida moderna, con su ferocidad en el terreno de lo que se usa y lo que no se usa, plantea líneas dictatoriales, ineludibles. No es —en gran medida— cuestión de gustos, desde luego. Sucede que la aceleración de los plazos, no ya entre generaciones solamente, sino también entre hombres y mujeres de una misma etapa vital, hace que gente de sólo 30 años de edad tenga derecho a su quintita de nostalgia. Una suerte de reforma agraria de la melancolía cuyos resultados son un auténtico cementerio de usos y costumbres; frente a sus lápidas se asombran (lloran) jóvenes y viejos. A veces, sin saber por qué.

»Dejando de lado el rubro de lo que se usa y lo que se deja de usar por razones de moda —porque eso está exclusivamente manejado por fuertes

intereses industriales y comerciales— hay un flujo de variantes que se originan en múltiples motivos: nuevas condiciones socioeconómicas; desarrollo científico y técnico, que llega aun a dar origen a un cambio en el biotipo de la población; inseguridad con respecto al rol social que cada uno ocupa en la vida (recuérdense las afiladas propuestas de Landrú acerca de lo que es bien y lo que es mersa, adoptadas clara u oscuramente por diversas clases); pérdidas de marcos de referencia ingenuos que correspondían a un mundo más fácil que el actual; la influencia de los medios de comunicación que penetran a millones de personas proponiéndoles modelos de vida con frecuencia inalcanzables, etc. Un ejemplo: ya no se usa instalarse en el café con los amigos para charlar de política, el deporte, el amor, lo que fuere.

»Es que en este tiempo no existen parroquianos con tiempo, ni dueños de cafés dispuestos a bancarse el ratito de ocio por la poca plata que cuesta un feca: los que viven de eso necesitan mucha gente, muchos pedidos, mucho recambio de mesa. Unos y otros —los que se sentaban a filosofar y los que ponían tazas de café en ese mundo todavía contemplativo— tienen ganada su porción de desencuentro con esta época.

»Para la indagación periodística, basta con estas reflexiones. Lo que viene son datos.

»TODO ESTO NO SE USA MÁS:

»Mandar a los chicos a estudiar piano en el conservatorio del barrio. Tener novio o novia muchos años. Tratar de levantarse con vivezas a la azafata en el avión. Mandar al chico a la primaria sin hacerlo pasar antes por el jardín de infantes. Ir a ver televisión a la casa de los vecinos. Tener televisor. Sufrir de sabañones. Las bombachas femeninas cuyo elástico llega a la cintura. Ser machista. Hacerse respunpear los trajes. Pedirle a los compañeros de colegio que firmen un álbum cuando terminan las clases. El vermouh antes de las comidas. La mayonesa casera. El pañuelito doblado en el bolsillo superior del saco. Comprar dos diarios: matutino y vespertino. Estar “preocupado” o “nervioso”. Ir a comer afuera los domingos. Ser elegante a la usanza tradicional o buen mozo clásico. Que toda la familia veranee junta. Hacer chistes acerca de las torpezas de los provincianos en Buenos Aires. Prestigiarse diciendo que uno va a sacar un libro próximamente. La discreción como estilo. Mostrar toda la casa cuando llegan invitados. Reprochar. “Controlar” al otro miembro de la pareja. Operar a los chicos de amígdalas. Llamar a las funciones del cine “matineé”, “vermouth” y “noche”. Devolver el boleto al colectivero en el momento de descender. Comprar golosinas en el cine. Hacerse socio de un club. Festejarles a las

chicas los cumpleaños de quince. Ser artesano hippie. Las galochas. Vomitar. Hacer fiestas tipo asaltos. Los animadores de televisión. Pretender que los chicos lean libros y no historietas. Preocuparse porque la hija todavía no se casó. Ser feo en la adolescencia. Ser ateo. Plastificar los pisos. Organizarse amistosamente en barritas. Cuidar los muebles. Tener ropa “de salir”. Que las mujeres vayan a la peluquería antes de una fiesta. Querer que el hijo sea profesional. No elaborar una teoría política acerca de cualquier hecho. No ir al colegio cuando llueve, o ir con capita. Hacer regalos cuando se va a un cumpleaños de adulto. Hacer silencio cuando alguien duerme. Inhibirse sexualmente durante el embarazo. Ser “calavera”. Los callos plantales y los panadizos. Bailar únicamente para franelear. Hacerse fomentos en la peluquería. Ir a la peluquería. Contar cuentos verdes. Decir refranes para ilustrar situaciones. Ponerse luto. Que los chicos judíos falten a la escuela el Día del Perdón. Los conjuntos de música beat argentinos. Economizar luz y gas, pasear por la Boca y comer en Spadavecchia. Comprar el fiambre denominado “fiambrín” y la conserva “viandada”. Formar asociaciones de amigos de la calle tal o cual. Hacer mapas a mano y colorearles el contorno. Abstenerse de cantar por no tener oído. Tener una amante fija. Alterarse cuando se choca con el auto. Los chistes tipo “Felipe...Lotas” o “Benito...Cámelas”».

Las elecciones del 23 de septiembre no prometían sorpresas. En realidad, la única duda era la cantidad de gente que votaría a la fórmula Perón-Perón. El día fue cálido y soleado y los comicios transcurrieron sin problemas. Los diarios de la mañana anunciaban el estreno oficial de *La Hora de los Hornos* que, después de años en el circuito clandestino, llegaba a los cines de Corrientes. En La Paz, Argentina le ganaba 1 a 0 a Bolivia y casi se aseguraba la clasificación para el mundial de Alemania 1974. A medianoche se supo que la fórmula Juan Domingo Perón-Isabel Perón había conseguido 7.371.249 votos, casi 1.500.000 más que Cámpora seis meses antes. Era el 61,85 por ciento de los votos: el mayor porcentaje de la historia argentina. El radicalismo, con Balbín-De la Rúa tenía 2.905.236 votos, el 24,34 por ciento; tercera quedaba la Alianza Popular Federalista de Manrique-Martínez Raymonda con 1.445.981, el 12,11 por ciento. El PST de Coral-Páez tuvo 188.227, el 1,57 por ciento y los votos en blanco no llegaban al 1 por ciento.

—¡Y llora, llora/ la puta oligarquía,/ porque se viene/ la tercera tiranía!

Esa noche hubo festejos en todas las ciudades del país: tranquilos, sin incidentes. El lunes fue resacoso y, para muchos, esperanzado: Perón sería

otra vez presidente. El martes la vida empezó a normalizarse.

—¡Último momento! Interrumpimos esta transmisión para comunicarles que, según informaciones que acaban de llegar a nuestra redacción, el secretario general de la Confederación General del Trabajo, José Ignacio Rucci, habría sido asesinado en la esquina de Nazca y Avellaneda por un comando armado. En instantes, más informaciones para este boletín. ¡Informó: el Rotativo del Aire de Radio Rivada...

—¡Y la reputa madre que lo parió!

Era casi la una del mediodía del martes 25, pero Cacho El Kadri recién se estaba vistiendo. Estaba en la casa de una amiga y se habían dormido muy tarde. En esos días, Cacho andaba con un cepillo de dientes, un peine, una maquinita de afeitar y un Noc 10, y dormía en lugares variados. En la radio, Antonio Carrizo trataba de retomar la conducción de *La vida y el canto*:

—Quien ha atado su vida a un carro sin amor, tiene una carroza fúnebre por destino.

Dijo, con su voz más baja, y aclaró que era una cita de Walt Whitman. Después, el Rotativo volvió a la carga:

—Ahora sí podemos confirmar la luctuosa noticia. El secretario general de la CGT José Ignacio Rucci cayó asesinado en el atentado que sufriera hace sólo treinta minutos, a las 12 y 25, frente al número 2953 de la calle Avellaneda de esta Capital.

Cacho terminó de vestirse a las corridas y bajó a parar un taxi para ir a la facultad de Derecho. En cuanto llegó se encontró con el decano, Mario Kestelboim:

—Hay que cerrar ya mismo la facultad, hacer algún repudio a este acto criminal.

—Sí, sí, la vamos a cerrar.

Juan Pablo Ventura, el Tala, el responsable de la Regional 1 de la JUP, pasó por el decanato; estaba de acuerdo con el cierre:

—Esto es un acto de la CIA, una provocación. Tenemos que manifestar el repudio más enérgico. Nosotros vamos a ver si preparamos un comunicado. Arriba están los compañeros reunidos, empezando a hacer algo.

Mercedes Depino y Sergio Berlín estaban en su departamento de Viamonte y San Martín, cuando llegó Carlos Goldenberg con la *Crónica Quinta*.

—¿Che, vieron lo que pasó? ¡Lo boletearon a Rucci!

—¡No! ¿Y alguien lo firmó?

—No, qué lo van a firmar. Es otra provocación de la derecha. Esto se está yendo al carajo.

El diario daba más detalles. Por seguridad, Rucci solía dormir en distintos lugares, y siempre llevaba una custodia de casi veinte personas. Esa noche la había pasado en la casa de una cuñada: a las 12 y 20, varios coches se pararon en la puerta del departamento y Rucci salió para subirse a uno de ellos, un torino rojo manejado por su chofer, Abraham Muñoz. En ese momento le dispararon, desde la vereda de enfrente, un escopetazo que le dio en el pecho. Y enseguida le tiraron desde la terraza de un colegio contiguo y de una casa en alquiler que estaba del otro lado de la calle. El fuego era cruzado y muy nutrido. Rucci quedó tirado en el pavimento y sus custodios se tirotearon varios minutos con los agresores que, al final, consiguieron escaparse. José Ignacio Rucci recibió 23 balazos y murió en el acto.

Emiliano Costa también lo escuchó por radio y se sobresaltó: quizás fueran otros, pero lo lógico era que fueran ellos: por la modalidad operativa, más que nada. Estaba por salir para el local de la JTP y pensó que el impacto podría haber sido mayor si hubiesen llevado adelante el plan inicial de matar a varios de los responsables de las muertes de Ezeiza. Algunos miembros de la organización habían llegado a hablar de un «septiembre negro» para frenar a la derecha peronista y mostrarle que la masacre del 20 de junio no iba a quedar ahí. Pero esa idea había quedado atrás: el grupo que le habían asignado a Emiliano para chequear al general Iñíguez se había desarmado y a Iñíguez no le había ido tan mal: el día anterior lo habían nombrado jefe de la Policía Federal.

Emiliano tenía que ir al local de la JTP. Se bajó del colectivo en Lima y Belgrano, unas cuadras antes, y se fue caminando hacia San Juan para escuchar a la gente, palpar un poco la calle. Muchos pasaban con la portátil pegada a la oreja, igual que los días de partido. Cuando llegó a la calle Chile, Emiliano reconoció a Mateo y apuró el paso. Mateo era de la conducción de la columna Capital, un viejo cuadro que venía de Montoneros.

—¿Qué hacés?

—Me di una vuelta por el local de la JP, para ver qué decían los compañeros... Qué quilombo que se armó...

—¿Fuimos nosotros, no?

—Sí, salió todo bien, pero ni lo comentés. Oficialmente no nos vamos a hacer cargo. Bueno, hermanito, mejor que no andemos juntos, hoy.

Emiliano apuró el paso hasta la avenida San Juan 959, donde funcionaba el local de la JTP. Cuando llegó miró el viejo caserón, los militantes en la

vereda, la gente que entraba y salía con tranquilidad y le pareció que era un blanco tan fácil si los hombres de Rucci querían seguirla. Adentro había clima de desconcierto. Unos militantes de la agrupación de bancarios le preguntaron si sabía quién había sido.

—No, no sé.

El tema era excluyente y al rato, los dirigentes de la JTP se reunieron a puertas cerradas. Además de Emiliano estaban, entre otros, Guillermo Grecco, Enrique Juárez, Andrés Castillo; las opiniones no coincidían.

—Pero, ¿qué canta la gente? ¡Rucci traidor, a vos te va a pasar...! ¿O no? Y bueno, el tipo fue uno de los máximos responsables de la masacre de Ezeiza. Nosotros no tiramos la primera piedra...

Quique Juárez era el principal referente del consejo nacional de la JTP, delegado junto a Grecco por la regional Capital. Juárez tenía 29 años, algo más que el promedio. Era del gremio de Luz y Fuerza y había trabajado años en la central de SEGBA de Costanera Norte. Era enérgico, tenía unos bigotes escasos y el pelo lacio se le movía mucho cuando discutía. Grecco, secretario general de la seccional Capital del gremio de Obras Sanitarias, parecía menos entusiasta:

—Sí, pero hace dos días que el Viejo sacó el 62 por ciento de los votos, entonces parece que nosotros le damos un cachetazo a Perón, ¿me entendés? Yo creo que es una cuestión de oportunidad; ahora, es una tocada de orto de acá a la China. El Viejo no se la va a tragar así nomás.

—Sí, viejo, puede ser, pero si nosotros no damos respuesta estos hijo de puta aterrorizan a todo el mundo, van a seguir matando a nuestros militantes sin el más mínimo escarmiento...

—Estamos, Quique, yo creo que hay que ver los pro y los contra: matarlo justo en este momento sobrepasa lo de Ezeiza...

Dijo Andrés Castillo, un dirigente de la Caja de Ahorro, rubio de ojos celestes, alto, más bien gordo y encorvado, que venía del nacionalismo de derecha. Castillo dijo que las primeras impresiones transmitidas por los militantes de agrupaciones era que la muerte de Rucci había sido bien recibida en muchos lugares. Emiliano escuchaba y quería formarse una opinión. Se daba cuenta de que las posturas diferentes tenían un hilo: Grecco representaba a los que sostenían que con Perón en el poder no había mucho margen para confrontar con él; Juárez y Castillo creían que si ellos acumulaban poder propio el General les iba a dar más espacio. Emiliano veía buenos argumentos de ambos lados, y estaba seguro de una sola cosa:

—Vean, muchachos, el problema es que esto nos lleva a un nivel de enfrentamiento para el que no estarnos preparados.

Cuando Juan Pablo Ventura volvió al local de la facultad donde lo esperaba el resto de la conducción de la JUP de Derecho, sus caras lo sorprendieron. Elvio Vitali habló bajito:

—Tala, acaba de pasar un compañero a informar que fuimos nosotros.

—¿Cómo?!

—Sí, dice que es una operación justa, que Rucci era un traidor.

—¡Pero estamos todos locos!

—Era un traidor, pero matarlo ahora... No tiene ningún sentido, es una burrada desde todo punto de vista...

Media hora más tarde, Ventura volvió a bajar al decanato a decirles al rector y sus asesores que no estaba tan de acuerdo con decretar el cierre de la facultad por duelo:

—Me parece que fue una decisión un poco apresurada, porque después de todo quién era Rucci...

En un segundo, a Cacho le cuadraron todas las fichas: claro, habían sido ellos, los Montoneros. Sacando al ERP, que no solía meterse con la burocracia sindical, era la única organización con la capacidad militar suficiente para hacer algo así, pensó, y ahora el Tala Ventura venía a decirles que no cerraran la facultad: era tan obvio. Cacho no lo podía entender y soltó una puteada. Más tarde, se reunió con sus compañeros, para ver qué harían:

—Yo voy a ir al velatorio. Es la manera de demostrar que nosotros no tenemos nada que ver, y que fue un gran error. Pese a todas las diferencias, Rucci era el secretario general de la CGT, y el que lo puso ahí fue el General, no magoya.

—Cacho, estás loco. Si llegás a ir te van a agarrar los matones sindicales y te van a reventar.

—No me importa. Hay que ir.

—No, y además Rucci de últimas representaba a lo peor de la burocracia, toda la traición del Loro Miguel, la continuidad de los vandoristas.

Cacho terminó por aceptar la opinión de sus compañeros, y no fue, pero le dolían esas diferencias cada vez mayores entre ellos. Se acordaba de alguien que había dicho que era fácil dar la vida por la revolución: que lo difícil era vivir haciendo cotidianamente la revolución. El velatorio empezó a las seis de la tarde, en la sede de la CGT, en Azopardo e Independencia: alrededor del edificio, cientos de policías y militantes sindicales controlaban a los que

querían entrar. En la vereda, un grupo con un bombo cantaba amenazas. El clima era tenso y colérico:

—¡Rucci,/ leal,/ te vamos a vengar!

Ya había llegado buena parte de las 1340 coronas que rodearían el cuerpo del secretario. A esa hora empezaba el paro general de 30 horas dispuesto por la CGT en repudio al atentado. Poco antes, voceros de la Policía Federal habían dicho a la prensa que el comando que lo mató pertenecía al ERP-22 de Agosto. Sin embargo, un rumor muy firme y reservado decía que un par de horas después del atentado, la Federal informó a Perón que habían encontrado en el lugar del tiroteo un revólver magnum que había sido robado de un sindicato meses antes, en una operación firmada por los Montoneros. Y Perón quería mucho a José Ignacio Rucci: le tenía cariño, aprecio personal.

Todos los políticos hicieron declaraciones de condena, y los miembros de la conducción del Movimiento Nacional Justicialista, reunidos con Perón en la Casa Rosada, declararon que «estos criminales que intentan reemplazar nuestra gloriosa bandera azul y blanca por un sucio trapo rojo no comprenden que son un instrumento de la sinarquía internacional que hoy busca desesperadamente interrumpir el proceso iniciado con el regreso del teniente general Juan Perón hacia la grandeza independiente de la Patria».

—Tienen que cerrar la UB y borrarse por unos días. El barrio se va a poner muy pesado.

—¿Cómo?

La pregunta le sirvió para ganar unos segundos que no necesitaba, porque su primera suposición era correcta. Por si acaso, Horacio González lo pensó una vez más, pero todo encajaba: Lito, su responsable, le decía que cerraran la unidad básica Capuano Martínez dos horas después de que alguien, todavía no se sabía quién, hubiese matado a Rucci a dos cuadras de la UB donde, durante un mes, había habido montoneros entrando y saliendo con extraños bultos.

—¿Pero cómo la vamos a cerrar? ¿Y qué hacemos con el laburo, con toda la gente que...?

—Eso ya lo vamos a ir viendo. Por ahora lo que hay que hacer es cumplir esa orden, cerrar la UB. Si no, puede ser muy peligroso.

—Pero, ¿por qué?

Lito arqueó las cejas y no dijo nada. El clima en la ciudad estaba muy pesado: había sirenas, confusión, y se esperaban venganzas. Ahora que Horacio estaba convencido de que su organización había usado la UB como base para matar a Rucci, no sabía qué pensar. Así, a primera vista, no

entendía cuál era el sentido de esa muerte. Y menos si los obligaba a cerrar un local público, donde hacían trabajo político con la gente del barrio. A la tarde, en la UB, nadie estuvo de acuerdo con el cierre.

—No, en todo caso lo que podemos hacer es cuidarnos más, organizar guardias, estar preparados.

Nadie hablaba de la razón del cierre, de la muerte de Rucci. Estaban esperando una comunicación oficial de Montoneros, pero no llegaba.

Esa tarde, en San Rafael, Mendoza, Susana Sanz recibió, preocupada, a Juan Carlos Castro, el secretario de la CGT local, sindicalista de la UOM con quien había compartido luchas durante varios años:

—Doctora, usted tiene que venir con nosotros a la televisión. Nosotros tenemos que salir repudiando y usted no nos puede dejar en ésta.

La CGT de San Rafael estaba enfrentada con la conducción provincial, que se oponía a Martínez Baca, pero no podía dejar de condenar la muerte violenta de su secretario general. Y Susana era la abogada del gremio, y era lógico que los acompañara: tuvo que ir, y se quedó callada, junto a los sindicalistas que repudiaban el atentado. Después la invitaron a que los acompañara a la misa que harían en la Catedral. Susana recorrió las unidades básicas y les planteó a los militantes de la JP que no podían dejar de ir:

—Sí, vamos a ir todos al responso y nos vamos a bancar lo que sea.

A la salida de la iglesia les gritaban traidores, hijos de puta, asesinos. Después de eso, les resultaría difícil mantener la alianza con los sindicatos locales.

Esa noche, Nicolás Casullo tenía reunión con sus compañeros de ámbito en la casa de uno de ellos: como se conocían de años de periodismo sabían sus nombres y direcciones y no necesitaban ir tabicados. Yaya Azcone, el responsable, tardaba en llegar, y el tema de Rucci era excluyente.

—Che, esta tarde el Bloque de Prensa ya redactó un comunicado de condena.

—¿Qué dice?

—Lo leí muy por arriba, pero caracteriza el asunto como un atentado al proceso de liberación.

—En el diario me pidieron una columna sobre esta locura y, bueno, semblanteé la historia burocrática de Rucci y dije que era la primera gran respuesta de los intereses oscuros, nacionales y extranjeros, contra Perón presidente.

—En el ministerio surgió la idea de acoplarse a una solicitada de denuncia de la Universidad que estaba todavía en preparación en el despacho del rector. Nos pareció una buena idea, lo conversamos, y Andrés quedó en comunicarse mañana bien temprano para chequear la redacción final.

—Yo pasé al mediodía por la calle Chile, recién llegaban las primeras noticias y comentarios por la radio. Reunión urgente de la JP, iban llegando los jetones, había una mezcla de fastidio, confusión y humor negro que espantaba.

Cuando llegó el Yaya la conversación informal siguió un rato más, pero él no intervino. Escuchó a todos, se levantó a hablar por teléfono, se acariciaba la barbilla, sonreía nervioso, aprobaba ciertos juicios, hasta que dijo que empezaran por fijar los puntos del temario:

—Hay uno solo, si te parece.

—Cierto, hay uno solo. Bueno compañeros, lo que voy a decir es muy difícil o muy fácil. El país está conmocionado. Nosotros también, no se sabe del todo qué va a pasar mañana o pasado mañana. Lo cierto es que lo de hoy, lo de Rucci, fuimos nosotros.

—No te entiendo.

Dijo el primero que consiguió articular unas palabras.

—Empezá a entenderlo. Fuimos nosotros.

—¿Nosotros? ¿Quiénes nosotros? Que yo sepa, yo laburé todo el día en el diario.

—¿Qué estás diciendo, Yaya?

—La organización ejecutó a Rucci.

Alguien intentó descomprimir:

—Mejor pasamos al segundo punto. ¿Qué hacemos con los delegados de sección que son petisos?

—Pará, pará un poco. ¿Lo estás diciendo en serio?

—Sí.

—Y además de informarnos, ¿qué pensás?

—Que es medio un disparate.

—¿Medio un disparate? ¿Nada más?

—¿De qué vale, ahora? Lo decidieron, lo ejecutaron. Fundamento: figura máxima de la burocracia sindical punta de lanza dentro del movimiento para una vasta penetración desestabilizadora del imperialismo.

—¿Sin comunicado oficial?

—Sin comunicado oficial.

—Perón o Patria, viva la muerte.

—Esperemos que lleguen los documentos internos. ¿Qué otra cosa les puedo argumentar?

Trató de cerrar el Yaya.

—Pero esperá un cachito, esperá un cachito. ¿Yo qué soy? ¿Un pibe de la JP que hace quince días entró a una unidad básica siguiendo el culo de una mina?

—Podría ser.

Nicolás estaba empezando a desesperarse:

—Hablemos en serio, no interrumpen. Ya no hay chiste en nada de esto, ni siquiera para disimular la consternación. Así que Perón gana, y matamos a Rucci. Somos JTP. ¿Ésa es nuestra nueva política sindical de liberación?

La discusión siguió durante horas. Casi todos ellos estaban de acuerdo en que la etapa debía ser de alianzas amplias, de avance político en el proceso que tanta gente había votado, y no de gimnasia armada:

—Nosotros somos peronistas, no somos como los loquitos del ERP que se meten adentro de un cuartel para profundizar las contradicciones; si caemos en esa trampa esto va a terminar muy mal, che, un desastre.

Esa noche Nicolás estaba entre indignado y descorazonado y después, en su casa, se pasó horas escribiendo un largo texto donde se preguntaba por ese «nosotros» que, de pronto, se le había hecho ajeno, sospechoso. Por primera vez, el nosotros del que formaba parte actuaba con una voluntad que él no podía entender ni compartir. El texto era confuso y complejo, descorazonado; le sirvió escribirlo, pero le pareció que no cuajaba con el momento ni con las palabras en uso ni con lo que él esperaba de sí mismo, y decidió guardarlo en un cajón de su escritorio.

—¡Ni yanquis ni marxistas,/ peronistas!

El miércoles 26 a las dos de la tarde, mientras el larguísimo cortejo con los restos de Rucci salía de la CGT hacia la Chacarita, cuatro jóvenes tocaron el portero eléctrico de un departamento de la calle Blanco Encalada al 3400, donde vivía Enrique Grinberg, militante de la JP de Belgrano. Grinberg bajó a abrirles con un chico de cinco años; en cuanto salió, lo bajaron a tiros, salieron corriendo con el chico, se metieron en un rambler azul y arrancaron chirriando las gomas. Tres cuadras más adelante se dieron cuenta de que el chico no era hijo del muerto y lo soltaron. Grinberg tenía 34 años y dos hijos. Horas después, la Juventud Peronista publicó un comunicado que decía, entre otras cosas, que «éste no es el primer caso de víctimas en el seno del pueblo que deben soportar la agresión violenta de aquellos que, obnubilados por la fuerza de intereses imperialistas y armados por mentalidades reaccionarias,

intentan resolver con métodos sangrientos su incapacidad para expresar el sentir de un pueblo y la lealtad hacia un líder».

El viernes 28, el presidente provisional Raúl Lastiri firmó un decreto ilegalizando al ERP. Es probable que el gobierno supiera que no había tenido nada que ver con la muerte de Rucci, pero el clima político era propicio para una medida semejante. A partir de ese momento, la prensa no podría llamarlo por su nombre, bajo amenaza de penas severas: el ERP pasaría a ser «la organización declarada ilegal» o, incluso, ODI. El diario *El Mundo*, que ese día intentó publicar un comunicado del ERP deslindando toda responsabilidad en el atentado contra Rucci, fue clausurado y su edición secuestrada. Tras un recurso de amparo, *El Mundo* volvió a aparecer el lunes 1.º de octubre.

Días más tarde, Nicolás Casullo tuvo que pasar por el local de la JTP de la calle San Juan para buscar unos materiales. En el local había mucha gente: el clima estaba caldeado y los militantes temían otra respuesta de la «patria metalúrgica». Nicolás se encontró con el Chango Sosa, de Astarsa, que estaba muy en desacuerdo con el atentado a Rucci. De a poco, la rueda se fue haciendo más grande:

—Hablemos francamente, en el fondo todos queríamos que lo amasijasen a Josecito. ¿O no?

—No, yo no, aclaremos los tantos.

Dijo Sosa.

—¿No? ¿No cantábamos Rucci traidor a vos te va a pasar lo mismo que a Vandor? ¿No lo cantaste vos también?

—Ésa es otra cosa, no tiene nada que ver.

—¿Cómo otra cosa?

—Y sí, una cuestión es cantar eso, una condena a la burocracia, y otra distinta barrerlo a balazos.

Dijo uno del sindicato de publicidad.

—¿Y no era eso lo que le pasó a Vandor?

—Lo que se discute es la oportunidad en que se lo cargan, el momento que se elige.

—Te doy la razón, no era la situación indicada. Pero ése es otro tema, separemos. Yo decía que todos lo queríamos ver fiambre.

Sosa estaba casi nervioso:

—No, te equivocás; a los del aparato se los combate de otra forma. No cagándolos de un tiro, ni ahora ni nunca. Te digo que en el astillero la noticia

cayó como el ojete. A los burócratas hay que echarlos, ganarles el gremio, eso dicen los laburantes. ¿Entonces?

En esos días, Sergio Berlín le dijo a Mercedes Depino que le habían comentado que la operación se había hecho sin consultar a la conducción:

—Sí, parece que los de Oeste lo venían siguiendo y vieron que lo tenían y ahí nomás actuaron, sin preguntar a nadie. Un desastre. La violencia es algo demasiado importante en un proceso revolucionario como para usarla al tuntún, indiscriminadamente, en cualquier momento y fuera de una estrategia global.

José Luis Nell pensaba algo semejante. En esos días, Cacho El Kadri se había encontrado con Lucía Cullen, Marcela, la compañera de José Luis.

—¿Che, y cómo está José? Yo quiero verlo, necesito verlo.

—No, no quiere ver a nadie. Por eso me pidió que te lo dijera.

José Luis había quedado cuadripléjico, casi totalmente inmovilizado y terriblemente deprimido.

—Que se vaya a la puta que lo parió. Que no vea a otros, todavía... ¿Pero cómo no me va a ver a mí?

Poco después, Lucía lo llevó, compartimentado, hasta el departamentito donde estaban parando. No tenían un domicilio fijo: conseguían alojamiento aquí y allá, en casas de otros militantes o simpatizantes, pero cada traslado era un parto. Esa tarde, José Luis se alegró de verlo; cuando empezaron a hablar le contó que poco antes de la operación la dirección montonera había empezado a negociar con Rucci a través de Osvaldo Agosto, un viejo peronista de la resistencia con quien ellos habían robado el sable de San Martín en 1964, para ver si llegaban a un pacto de no agresión y alianza frente a López Rega. Y le dijo que, entre un encuentro y otro, un sector de su organización, encabezado por Marcos Osatinsky, que había sido el responsable del operativo, lo mató para evitar cualquier acuerdo.

Eso decía José Luis, y que Osatinsky había dicho que «si nosotros le ponemos a Perón un cadáver arriba de la mesa, el Viejo no va a tener más remedio que negociar con nosotros». A José Luis le parecía un error gravísimo, una catástrofe, y ahí se profundizaron sus desacuerdos con los Montoneros.

—No se pueden hacer estas acciones en este momento. Es una locura total. Justo cuando el General acababa de arrasar en las elecciones, además.

Horacio González también había oído una historia así, pero no terminaba de creerla: él había visto cómo el grupo de Montoneros que la hizo la preparó durante más de un mes. Y cómo, a partir de eso, la actividad de su unidad

básica se había vuelto muy difícil. Los militantes de la Capuano Martínez redoblaron las precauciones: trataban de no andar de a uno por las calles del barrio y mantenían la UB funcionando con las puertas cerradas y dos militantes de guardia. Y los comentarios eran cada vez más críticos:

—Está bien que Rucci sea un burócrata traidor, pero hay que ver si matarlo así sirve para algo. Además es muy raro esto de que la orga no asuma la operación, ¿no?

—Sí, y sobre todo esta cuestión de que operen desde un lugar de laburo político, que decidan cerrar un espacio político para hacer una operación. Loco, me parece que la pifiaron fiero...

El lunes 2 de octubre el editorial de *El Descamisado*, escrito por Dardo Cabo, hablaba del asunto. Se titulaba «Ante la muerte de Rucci», y se presentaba como una historia de las «burocracias sindicales»:

«La cosa, ahora, es cómo parar la mano. Pero buscar las causas profundas de esta violencia es la condición. Caminos falsos nos llevarán a soluciones falsas. Alonso, Vandor, ahora Rucci. Coria condenado junto con otra lista larga de sindicalistas y políticos. Consignas que aseguran la muerte para tal o cual dirigente. La palabra es “traición”. Un gran sector del Movimiento Peronista considera a un conjunto de dirigentes como traidores y les canta la muerte en cada acto. Estos dirigentes a su vez levantan la campaña contra los infiltrados, proponen la purga interna. Arman gente, se rodean de poderosas custodias personales y practican el matonaje como algo cotidiano. Cómo es toda esta historia, cuándo comenzó la traición y cuándo comenzó la muerte.

»Los viejos peronistas recordamos a estos burócratas hoy ejecutados o condenados a muerte. Los conocimos luego de 1955, cuando ponían bombas con nosotros. Cuando los sindicatos logrados a sangre y lealtad, recuperados para Perón y el Movimiento, eran casas peronistas donde se repartían fierros y caños para la Resistencia y de donde salía la solidaridad para la militancia en combate o presa. Coria guardaba caños en Rawson 42, el local de la UOCRA; allí se armaban bombas y se preparaba la resistencia. Vandor banco la mayoría de las células más combativas del Movimiento. Eran leales, eran queridos, habían llegado a los sindicatos por elecciones y representaban a la base del gremio; más allá de que les gustaran las carreras o tuvieran un vicio menor, los muchachos los querían y en serio. Perón confiaba en ellos.

»No tenían matones a sueldo, en cambio amigos en serio los acompañaban. Si uno quería hablar con Vandor podía invitarlo a la esquina de Rioja y Caseros o caerse al mediodía en un boliche a cuadra y media del sindicato, agregarse a la mesa o apartarlo a una cercana. Las puertas de los

sindicatos estaban abiertas, siempre. A lo sumo una mesa de entradas con un par de muchachos con algún fierro, pero sin mucha bulla, más para cuidar los fierros que adentro se guardaban que para cuidar a nadie. ¿Quién iba a matar a Vandor en 1962?

»Pero de pronto las puertas se cerraron, o fueron reemplazadas por sólidos portones con sistemas electrónicos. Ya no andaban con amigos sino con “la pesada”. Su vida rodeada del secreto impenetrable. Las elecciones en los sindicatos iban precedidas por una intrincada red de fraudes, tiros, impugnaciones, expulsiones, denuncias de las listas opositoras y todo un sucio manejo que dejaba como saldo una gran bronca: delegados echados, afiliados expulsados, acusaciones de trotskos o “bichos colorados” que justificaban el arreglo con el jefe de personal para arreglar el despido.

»También las versiones: se negociaba con el enemigo, se apretaba a Perón, se guardaban sus órdenes o no se cumplían. Perón tiraba la bronca: “hay que cortarles las patas” o “los traidores generan anticuerpos”. Y la bronca se extendía. Rosendo García cayó en una bronca entre pesados. Alonso en una limpia operación comando. Los métodos se tecnificaron al mismo ritmo de la traición. A puertas electrónicas, tiros dirigidos con telescopio. Se decía siempre que era la CIA.

»Pero la bronca estaba adentro. Una historia de traiciones, negocios con el enemigo, levantamiento de paros, elecciones fraudulentas, apretadas a Perón. Uno tras otro los cargos se acumulaban. A más, los matones hacían las suyas: sacudían a los periodistas, reventaban militantes, impunes recorrían la ciudad armados, si caían presos salían enseguida. La policía empezó a protegerlos. La división se agravó, se agrava cada vez más.

»Rucci era un buen muchacho. Lo cargaban en la UOM cuando andaba (mucho antes de ser siquiera interventor en San Nicolás) con saco y corbata. Hasta trabita usaba, y el Lobo lo cargaba. Pero no era mal tipo. Tenía su historia de resistencia, de cárcel. Las había pasado duras, como cualquiera de nosotros. De pronto aparece en el campo de Anchorena prendido en una cacería del zorro. Apoyando a Anchorena para gobernador de la provincia de Buenos Aires. ¿Quién entiende esto?

»Algo debe tener de transformador eso de ser secretario general. Algo muy grande para cambiar así a la gente. Para que surjan como leales y los maten por traidores.

»Por eso no hay que disfrazar la realidad. El asunto está adentro del Movimiento. La unidad sí, pero con bases verdaderas, no recurriendo al subterfugio de las purgas o a las cruzadas contra los trotskos. No hay forma

de infiltrarse en el Movimiento. En el peronismo se vive como peronista o se es rechazado. No se puede pretender que la mitad de la gente que desfiló — por ejemplo— el 31 de agosto frente a la CGT eran infiltrados o que son locos cuando denuncian y piden la cabeza de la burocracia sindical. Por un momento, pensar si no tienen razón. Pensarlo antes de empuñar el fierro y amasijar —por ejemplo— a Grinberg. Porque así la cosa no para.

»La unidad así es un mito. Hay que revisar los procedimientos antes de llamar a la unidad, porque por ahí quedamos más divididos que ahora. Si se usó el fraude para elegir autoridades en los sindicatos, apelar a abrir la mano y pedir a los trabajadores que limpiamente elijan sus conducciones. Si se alentó a la pesada para hacer brutalidades en nombre de la doctrina justicialista, llamarla y ubicarla en donde corresponde que esté. A laburar en serio, o a hacer pinta con el fierro y pegar un cachiporrazo de vez en cuando.

»Sin estas condiciones mínimas no hay unidad que valga. Si todos los peronistas no tenemos derecho a elegir a quien nos represente, debajo de Perón, en el Movimiento Peronista, así no camina la cosa. Se va a seguir muriendo gente.

»Es cierto que también nos puede tocar a nosotros. Porque por dos veces los pesados le propusieron a Rucci —fue para la misma época en que se reventó *Clarín*— reventar a *El Descamisado*. El Petiso, como le decían ellos, los paró. Ahora es posible que se vengan a tirar los tiros que tendrían que haber tirado cuando debieron, porque para eso estaban. Como no cumplieron en la tarea para la cual estaban quieren compensar dándosela a cualquier gil. Ellos están dispuestos a erigirse con sus fierros en los dueños de la ortodoxia. Se sienten los cruzados del justicialismo, los depuradores. Porque a su juicio todos los que criticaban a José son sus asesinos. Son trotskos, todos son infiltrados.

»Nosotros, desde estas mismas páginas criticamos a José Rucci y lo hicimos duramente. Su muerte no levanta esas críticas, porque no las modifica.

»Todos los sectores del Movimiento, incluyendo a la Juventud Peronista y la Juventud Trabajadora Peronista, incluso la Juventud Universitaria Peronista, sectores desde donde provino la más dura oposición a los métodos que usó José Rucci, lamentaron esta violencia que terminó con la vida del secretario de la CGT.

»Pero acá somos todos culpables, los que estaban con Rucci y los que estábamos contra él: no busquemos fantasmas al margen de quienes se juntaron para tirar los tiros en la avenida Avellaneda, pero ojo, acá las causas

son lo que importa. Revisar qué provocó esta violencia y qué es lo que hay que cambiar para que se borre entre nosotros. Para que no se prometa la muerte a los traidores y para que la impunidad no apañe a los matones, ni el fraude infame erija dirigentes sin base.

»Si la cosa es parar la mano para conseguir la unidad, habrá que garantizar los métodos que posibiliten que los dirigentes sean representativos. Habrá que desarmar a los cazatrotos y fortalecer doctrinariamente al peronismo como la mejor forma de evitar las infiltraciones.

»No es con tiros como van a depurar el Movimiento. La única verdad la tiene el pueblo peronista. Dejemos que el pueblo se exprese».

En la UB Carlos Capuano Martínez, Horacio y sus compañeros seguían protestando: tenían que funcionar con demasiadas precauciones y el trabajo en el barrio se les hacía muy difícil. Lo comentaron en varias reuniones y, al cabo de un par de semanas, como no dejaban sus críticas, los convocaron a una reunión extraordinaria: Dardo Cabo, que además de dirigir *El Descamisado* era uno de los jefes de la columna Capital de los Montoneros, iba a «bajar» a explicarles el asunto. No era habitual: la organización debía estar preocupada por ese brote de rebeldía.

—... por eso nosotros evaluamos que en esta coyuntura no tiene sentido sacar declaraciones públicas para asumir la acción, pero ya va a llegar el momento. Y, sobre todo, los que tienen que saberlo ya lo saben.

—¿Quiénes son los que tienen que saberlo?

En la reunión había unos veinte, todos los militantes con alguna responsabilidad en la zona, y estaban en la casa de un colaborador, en Flores. Eran las once y media de la noche. Ya hacía un rato que estaban escuchándolo, y Dardo Cabo seguía con su análisis:

—Bueno, de ahora en adelante los burócratas traidores van a pensarlo mucho más antes de sentarse a negociar con los patrones, con el imperialismo. Esto establece un precedente y les enseña que el pueblo organizado tiene cómo defenderse de sus agachadas y de sus traiciones. Entonces los tipos van a andar con mucho más cuidado y esto nos va a permitir más espacio para laburar en las bases trabajadoras, en las fábricas, en los sindicatos: es la dialéctica que tenemos que armar entre las acciones armadas y el trabajo político de masas. Que cada acción militar sirva para acumular poder, que nos dé más posibilidades de trabajo político y más reconocimiento en el seno del pueblo, y que ese reconocimiento y ese trabajo

nos permitan ensanchar las bases para la construcción del ejército revolucionario.

Los demás no terminaban de convencerse. Sus críticas no eran muy directas, porque la presencia de Dardo Cabo, un tipo conocido y respetado, les infundía cierta timidez. Pero igual Horacio dijo que no le parecía que fuera el momento para salir a matar gente, que era por lo menos inoportuno en medio de las elecciones, dos días después de que el pueblo se hubiera expresado democráticamente. Y no dijo, pero pensó, que sus papeles como militantes no resultaban muy airosos: ellos estaban pegando afiches electorales mientras su organización dirimía a tiros sus enfrentamientos con otros sectores. Otro asistente le preguntó a Dardo Cabo qué iba a pasar con Perón, si no iba a reaccionar mal:

—No, Perón lo va a aceptar porque está dentro de su manejo como conductor. Como conductor, él tiene que sintetizar todas las contradicciones que se dan en el seno del Movimiento: ése es su famoso juego pendular. Él no puede quedarse con un sector del Movimiento en detrimento de otro, su obligación como conductor es integrar y sintetizar, ¿está claro? Por supuesto, esto le va a costar más que otras cosas, pero va a terminar por aceptarlo. Además, ¿él mismo no dio la orden de ejecutar a Vandor cuando se estaba bandeando demasiado?

La discusión siguió un rato largo. Los militantes de Flores no estaban conformes. La presencia de un jefe cómo Dardo Cabo era cautivante, pero sus argumentos no terminaban de convencerlos. En esos días, la ciudad estaba llena de carteles que anunciaban una nueva galletita de agua que se llamaba Traviata y tenía 23 agujeritos. El chiste apareció enseguida y era levemente siniestro:

—¿Sabés cómo le dicen a Rucci?

—No.

—Traviata, porque tiene 23 agujeritos.

Ocho

Desde abril, la Juventud Trabajadora Peronista había crecido mucho en todo el país, y ahora preparaba una jugada importante: presentar ante el Congreso su propio proyecto de ley de Asociaciones Profesionales. El proyecto oficial había sido elaborado por la CGT y presentado por Raúl Lastiri antes de las elecciones del 23 de septiembre. Estaba hecho a la medida del poder absoluto de las 62 Organizaciones: reconocía un solo sindicato por rama de producción, no contemplaba la participación de las listas minoritarias en las conducciones, recortaba el llamado a asambleas de afiliados de seccionales de cada gremio a una cada dos años y, sobre todo, facultaba a las conducciones nacionales de los gremios y de la Confederación General para intervenir las seccionales y las regionales. Este punto era fundamental: cualquier lista opositora que ganara podría ser legalmente intervenida al día siguiente. Las conducciones vanderistas estaban esperando la nueva ley para llamar a elecciones en la mayoría de los gremios.

La JTP y las corrientes clasistas pensaban en conformar listas propias, entrar en el juego sindical institucionalizado y conquistar, si acaso, algunas seccionales de gremios fuertes y tener incidencia en algunas conducciones regionales de la CGT. El caso de Córdoba era excepcional: era el único lugar donde se habían dividido las 62 Organizaciones: los gremios liderados por el dirigente colectivista y vicegobernador Atilio López eran las «62 legalistas» y los del dirigente taxista Mauricio Labat eran las «62 ortodoxas». En Córdoba la JTP también se aliaba con los dirigentes de izquierda marxista: apoyaba a Tosco en Luz y Fuerza, hacía alianzas con Salamanca en SMATA, y a principios de septiembre, una lista conducida por Custodio Ramallo —de la JTP, con participación de la izquierda— había ganado las elecciones de ATE.

El secretariado nacional de la JTP no quería perder la iniciativa. En esos días pusieron mesas de discusión en plazas, terminales de trenes y micros, puertas de fábricas: allí charlaban, repartían su proyecto de ley, criticaban el oficial. La respuesta fue buena: decidieron llamar a una gran movilización al Congreso para presentar su proyecto.

—Hay que hacerla antes de que asuma el Viejo, nos quedan menos de dos semanas para armar todo.

Trabajaron contra reloj, y el viernes 5 de octubre a la tarde micros de todo el país, repletos de militantes gremiales, llegaron al local de avenida San Juan. Ahí se armó la columna principal; otras venían de La Plata, Morón, Matanza, Tigre. Emiliano había llamado a la policía para pedir que les habilitaran el paso por 9 de Julio y Rivadavia hasta el Congreso. También mandaron varios militantes para que avisaran si veían grupos de civiles armados.

—Che, que miren bien hacia los techos de los edificios, a ver si nos meten francotiradores.

La columna iba encabezada por una docena de bombos y un gran cartel que decía Juventud Trabajadora Peronista con letras grandes; abajo, en letras más chicas, una serie de infinitivos: organizar, movilizar, controlar, custodiar, apoyar, al gobierno popular.

—¡Jota/ tepé,/ la nueva CGT!

Gritaban unas diez mil personas. Al frente iban, entre otros, Quique Juárez, Guillermo Grecco, Emiliano Costa, Tito Maglio, Pedro Gaetán y Mario Marzocca, los que entrarían a hablar con los legisladores. Avanzaron sin problemas por la 9 de Julio; cuando doblaron por la Avenida de Mayo, los manifestantes se entusiasmaron:

—¡A la lata,/ al latero,/ sindicatos peronistas,/ sindicatos montoneros!

Emiliano pensaba que no era una consigna muy amplia pero que ese día tenían que hacer una buena demostración de fuerzas. En la puerta del Congreso los esperaban tres diputados del bloque del FREJULI que impulsaban la propuesta de la JTP: Carlos Kunkel, Armando Croatto y Roberto Vidaña. Mientras los manifestantes cantaban la marcha peronista en la plaza, la delegación entró al viejo edificio. El senador Oraldo Britos los saludó calurosamente uno por uno y los invitó a un despacho grande donde se reunía la comisión de Relaciones del Trabajo de la Cámara alta. Britos era bien morocho: había empezado como obrero metalúrgico en Catamarca y nadie dudaba de que era uno de los senadores que respondían a rajatabla al proyecto oficial de la CGT. Lo acompañaban los senadores Vicente Saadi y Edgardo Murguía:

—Bueno, muchachos, ustedes son la nueva generación de peronistas, así que vamos a escuchar humildemente sus sugerencias, a ver si podemos reglamentar de una vez por todas las herramientas de los trabajadores, que son la columna vertebral del movimiento.

Juárez tenía una carpetita con el proyecto y fue muy cauto:

—Bueno, compañeros legisladores, nosotros estamos de acuerdo que no hay que atomizar los sindicatos, cosa que sólo favorecería a los que no tienen

ninguna representatividad. Pero estamos en contra de que los trabajadores sólo puedan hacer un congreso cada dos años o que la CGT nacional pueda intervenir a las regionales. Además, creemos que el proyecto de Ley de Prescindibilidad, tal como está, puede ser usado para desplazar a muchos compañeros...

En ese punto, Britos se sonrió.

—No, disculpemé, compañero, estamos en un gobierno peronista, la Ley de Prescindibilidad no va a ser usada en ningún caso para desplazar a los compañeros peronistas. Eso está claro...

Emiliano escuchó callado, pero pensó que las cosas no estaban para nada claras. Dos días antes había aparecido en *La Opinión* un «Documento Reservado para los delegados del Movimiento Nacional Justicialista, suscripto por su Consejo Superior. El documento empezaba definiendo la situación:

»1. El asesinato de nuestro compañero José Ignacio Rucci y la forma alevosa de su realización marca el punto más alto de una escalada de agresiones al Movimiento Nacional Peronista, que han venido cumpliendo los grupos marxistas terroristas y subversivos en forma sistemática y que importa una verdadera guerra desencadenada contra nuestra organización y contra nuestros dirigentes. Esta guerra se ha manifestado de diversas maneras; por ejemplo:

»a) Campaña de desprestigio de los dirigentes del Movimiento, buscando de ridiculizarlos mediante slogans, estribillos o insultos, atribuyéndoles defectos personales e imputándoles “traición” al general Perón o a la doctrina.

»b) Infiltración de esos grupos marxistas en los cuadros del Movimiento con doble objetivo: desvirtuar los principios doctrinarios del justicialismo, presentando posiciones aparentemente más radicalizadas; y llevar a la acción tumultuosa y agresiva a nuestros adherentes (especialmente sectores juveniles) colocándose así nuestros enemigos al frente del movimiento de masas que por sí solo no pueden concitar, para orientarlo según sus conveniencias.

»c) Amenazas, atentados y agresiones destinadas a crear un clima de miedo o desconfianza en nuestros cuadros, y a intimidar a la población en general.

»d) Asesinato de dirigentes peronistas.

»2. El estado de guerra así planteado se dirige en el fondo contra el país, ya que si bien aparenta afectar a nuestro Movimiento, tiende a impedir la

constitución y actuación del Gobierno que presidirá el general Perón por decisión mayoritaria del pueblo argentino.

»El crimen cometido contra el compañero Rucci, particularmente por el modo y la oportunidad en que fue consumado, indica que se trata de destrozar al Movimiento Nacional Peronista y a sus dirigentes, creando al mismo tiempo una situación de caos social que haga posible la frustración del gobierno del Pueblo.

»3. Ese estado de guerra que se nos impone no puede ser eludido, y nos obliga no solamente a asumir nuestra defensa, sino también a atacar al enemigo en todos los frentes y con la mayor decisión. En ello va la vida del Movimiento y sus posibilidades de futuro, además de que en ello va la vida de sus dirigentes».

Por eso, el Documento Reservado daba una serie de directivas:

«1. MOVILIZACIÓN: El Movimiento Nacional Justicialista entra en estado de movilización de todos sus elementos humanos y materiales, para afrontar esta guerra. Quien rehuya su colaboración para la lucha, queda separado del Movimiento.

»2. REAFIRMACIÓN DOCTRINARIA: Debe realizarse una intensa campaña para difundir y reafirmar los principios doctrinarios del Movimiento, esclareciendo sus diferencias fundamentales con el marxismo. En esta campaña no se admitirá intromisión alguna de elementos pro marxistas, con pretexto de polémica u otro similar, y se les excluirá de toda reunión y del acceso a todos los medios de difusión del Movimiento.

»3. INFORMACIÓN: Se debe hacer saber a los dirigentes de todos los niveles y a la masa peronista, la posición que toma el Movimiento con relación a los grupos marxistas, explicando las circunstancias determinantes y llevando a su convicción la necesidad de participar en forma activa en la lucha contra nuestros enemigos.

»4. DEFINICIONES: Los grupos o sectores que en cada lugar actúan invocando adhesión al peronismo y al general Perón, deberán definirse públicamente en esta situación de guerra contra los grupos marxistas y deberán participar activamente en las acciones que se planifiquen para llevar adelante esta lucha. Asimismo, deberán acatar estas directivas.

»5. UNIDAD: Para esta lucha es fundamental consolidar la unidad del Movimiento. Para ello:

»—Nadie podrá plantear cuestiones personales o disensiones de grupos o sectores, que afecten o entorpezcan la lucha contra el marxismo.

»—En cada Rama del Movimiento se actuará con estricta disciplina, para cumplir los programas o planes de acción que se elaboren por las direcciones superiores correspondientes.

»—No se admitirá comentario, estribillo, publicación o cualquier otro medio de difusión, que afecte a cualquiera de nuestros dirigentes. Quien los utilice o quien los reproduzca o tolere será considerado enemigo del Movimiento y quedará expulsado del mismo. La defensa de todos, comienza en la defensa de cada uno.

»—No se admitirá que ningún grupo utilice expresiones destinadas a menoscabar a otros grupos peronistas, o a exaltar el propio grupo en desmedro de los demás. (...)

»—Debe excluirse de los locales partidarios a todos aquellos que se manifiesten de cualquier modo vinculados al marxismo, a sus posiciones políticas, o a sus actos.

»—En las manifestaciones o actos públicos los peronistas impedirán por todos los medios que las fracciones vinculadas al marxismo tomen participación. (...)

»6. INTELIGENCIA: En todos los distritos se organizará un sistema de inteligencia, al servicio de esta lucha, el que estará vinculado con el organismo central que se creará.

»7. PROPAGANDA: Se impedirá toda propaganda de los grupos marxistas máxime cuando se presenten como si fueran peronistas, para confundir. Se impedirá la difusión por todos los medios. (...)

»8. MEDIOS DE LUCHA: Se utilizarán todos los que se consideren eficientes, en cada lugar y oportunidad. La necesidad de los medios que se propongan, será apreciada por los dirigentes de cada distrito.

»(...) 10. ACCIÓN DE GOBIERNO: La actuación de los compañeros peronistas en los gobiernos nacional o provinciales o municipales, sin perjuicio de sus funciones específicas, debe ajustarse a los propósitos y desenvolvimiento de esta lucha, ya que a ellos compete la principal responsabilidad de resguardar la paz social. (...)»

El documento terminaba ordenando que «todos deberán participar en la lucha iniciada, haciendo actuar todos los elementos de que dispone el Estado para impedir los planes del enemigo y para reprimirlo con todo rigor».

El Descamisado del 9/10 prefería suponer una maniobra: «En el recientemente peronizado diario *La Opinión* aparecía, el martes pasado, un Documento Reservado que supuestamente había sido repartido a los gobernadores provinciales en la reunión que éstos mantuvieron con el General

Perón el lunes 1.º de octubre. ¿Quiénes son los que dan instrucciones en el Movimiento Peronista? ¿Cuáles son esas instrucciones? Hasta la fecha, ninguna autoridad del Movimiento —particularmente Perón— ha dado a conocer ningún tipo de instrucciones a los gobernadores, ni delegados provinciales, ni ha anunciado la existencia de documento alguno. Ha sido en cambio el diario de Jacobo Timerman —hasta el 11 de marzo defensor militante de Lanusse y ahora fervoroso paladín del Pacto Social, de Gelbard, de los burócratas sindicales y hasta de nuestra doctrina— quien informa a los peronistas sobre cuáles son sus deberes.

»Y resulta, además, que estos deberes consisten en una modificación sustancial de la forma de operar del Movimiento, como es la de denunciar compañeros, controlar militarmente las consignas y los estandartes que el pueblo levanta en sus actos, prohibir la discusión interna en el Movimiento y otros de ese tenor. Pavada de cosa. Ahora parece que los peronistas debemos dejar de pelear por la Reconstrucción y la Liberación Nacional para dedicarnos a cazar brujas. Y que de eso no nos informa Perón, sino Jacobo Timerman. (...) Y esto no es así, aunque el documento lo hayan escrito Martiarena, Yessi o Adelino Romero. Porque aquí la falsedad es pretender que esa patraña es oficial del Movimiento o cuenta con la firma de Perón».

Octubre de 1973. Lo que todos comentaban de antemano era la escena de la manteca. Nadie tenía demasiados detalles sobre esta película de un director más o menos desconocido, el italiano Bernardo Bertolucci, pero, meses antes de su estreno, muchos contaban con deleite una escena que nadie había visto: cómo el cincuentón degradado Marlon Brando, que llevaba varios años fuera del cine grande, untaba el ojete de una tal María Schneider, una veinteañera angelical y perversita, con grasas animales para mejorar sus posibilidades amoratorias.

Último Tango en París se estrenó en Buenos Aires el miércoles 3 y auguraba tormenta. Bertolucci había dicho que el sexo era «una nueva clase de idioma que estos dos personajes tratan de inventar para comunicarse: utilizan el lenguaje sexual porque este significa la liberación del inconsciente, una apertura». Pero para muchos, *Último tango* era un escándalo. Y, aunque el Ente de Calificación Cinematográfica la había calificado «apta para mayores de 18 años», el público se apuró: en trece días la vieron 40.000 personas. Pero los que sacaron entradas para el martes 16 se toparon con la faja judicial: el fiscal Mario Soaje Pinto sostuvo que «el film incurre en

obscenidades» y el juez Edmundo Sanmartino estuvo de acuerdo, mandó secuestrar los rollos y se los guardó en el juzgado.

Todos decían que era un tiro por elevación al director del Ente, Octavio Getino, que estaba terminando el anteproyecto de una nueva ley de Cine para reemplazar a la que había promulgado Onganía, responsable, entre otras cosas, de ese Ente de Calificación. El proyecto tenía previsto disolverlo y acabar con la censura cinematográfica. El mismo Getino lo había sufrido en carne propia: *La hora de los hornos* —que había dirigido junto a Fernando Solanas— había estado prohibida varios años.

En esos días, en una entrevista en *La Opinión*, Getino explicaba que su función, en la nueva etapa, debía ser de «de calificación y no de censura: una calificación que debe ser de protección al menor e incluso puede ser, por qué no, de valoración de ciertas obras. ¿Por qué la censura debe estar siempre prohibiendo? Por ahí puede cumplir una función que destaque valores, fijando la opinión del Ente frente a ciertas obras. Todo esto se está estudiando y sólo al final de esa etapa de trabajo se podrá ver con mayor claridad el problema».

Después *La Opinión* le preguntó a Getino cómo influía en su nueva función el hecho de que, hasta poco tiempo atrás, fuera un cineasta censurado.

«Hay quien pueda pensar que esta posición involucra una revancha frente a un cine que he combatido. En este sentido, debo decir que, del mismo modo que el pueblo conquistó el poder y eso no significa una revancha sino un cambio de papeles, pienso que el hecho de haber cuestionado cierto tipo de cine —incluso nacional— no significa que desde la dirección del Ente esto se traduzca en un espíritu revanchista ni nada parecido.

»Entiendo que uno de los sectores más castigados por la vigente censura fue la industria cinematográfica, entre otras cosas. Y lo que más importa de toda ley de calificación nueva que surja es la revitalización de esa industria y la posibilidad de desarrollarse y combatir contra las fuerzas extrañas, extranjeras, que la han sometido hasta el momento. Por ejemplo, el hecho de que sólo el 7 por ciento de la producción que se exhibe en el país sea nacional es un elemento de censura impuesto por una situación cinematográfica de dependencia. El hecho de que las grandes cadenas de distribución estén en manos de empresas extranjeras significa también un motivo de dependencia. Que la producción argentina no pueda ocupar nuevos mercados a nivel latinoamericano —y que éstos a su vez estén dominados por los grandes monopolios de distribución imperialista— involucra a su vez un hecho de dependencia y de censura. El hecho, incluso, de que el gusto del público esté

golpeado y deformado durante decenas de años por un cine de colonización y represión, es también una implícita censura.

»Vale decir, que el problema de la censura no se resuelve solamente con la modificación de una ley sino con la liquidación de un hecho central que la genera: la dependencia. La eliminación de la dependencia a nivel político, económico, cultural, es lo que va a permitir la solución verdadera de la censura a nivel cinematográfico.

»La censura, como la tortura, no es el problema central de una sociedad sino el más visible: el de la violencia que han generado estas cosas. Esa violencia, si existe un sistema de dependencia, va a seguir canalizándose bajo otras formas más encubiertas, más sutiles, que a veces pasan inadvertidas. Importa no perder esto de vista, que sólo puede ser resuelto en los términos políticos que el gobierno nacional ha planteado y que están claramente expuestos en la lucha por la liberación y contra la dependencia y las fuerzas externas e internas que todavía facilitan esa situación».

Último tango quedó prohibida por decisión judicial. Pero su fama siguió vigente. En esos días, la JP solía cantar una consigna que se inspiraba en ella: «Brujo vení, vení Brujo vení,/ Brujo vení, vení Brujo vení,/ te va a quedar el culo como el tango de París».

—... paso a paso los comandos de las FAR/ van tomando posiciones y al llegar...

Naldo Labrín interrumpió la guitarra y el canto y miró a los demás:

—No me gusta «van tomando posiciones»: suena feo, duro.

—Puede ser...

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Y «con sus armas en Garín quieren entrar»?

Dijo Nicolás Casullo. Naldo probó el verso nuevo:

—No, tampoco.

—Bueno, dejameló, mañana lo veo y trato de cambiar toda esa parte.

—Pero la música te salió, me gusta.

Dijo Hebe Rossell, con sonrisa, y decidieron levantar la sesión: Hebe era la compañera del Chango Sosa, el delegado de Astarsa. Eran las 2 de la mañana, estaban cansados: hacía siete horas que se habían encerrado en ese estudio de grabación de Once, y hacía un mes que se pasaban casi todos los días ahí adentro. Cinco semanas antes, Nicolás había recibido una cita extraña:

—Mirá, tenés que estar a las cinco de la tarde en el bar de Santa Fe y Thames, con un paquete de pastillas Renomé y un diario *Crónica* doblado en cuatro sobre la mesa.

Para que lo reconociera el militante que lo pasó a buscar y lo llevó, tabicado, hasta una casa de Palermo. Cuando entró y levantó la mirada se encontró con los grandes jefes:

—Vos sos Esteban, ¿no? Mucho gusto, compañero.

Le dijo Mario Firmenich, y Roberto Quieto empezó a explicarle que lo habían recomendado «para una tarea de mucha importancia»:

—Queremos armar un disco en el que se cuente la historia de nuestras luchas contra la dictadura y todo el proceso que culminó con la vuelta de Perón. La idea es que sea un trabajo muy cuidado, con buen nivel estético, pero que al mismo tiempo nos sirva para difundir nuestra historia...

Lo tomaron de sorpresa. Ya era raro estar con los dos jefes montoneros más conocidos y que, encima, le encargaran un trabajo semejante. Nicolás preguntó si pensaban en una recopilación de todas esas canciones que andaban dando vueltas por peñas y fogones, y Quieto le dijo que no, que imaginaban algo más elaborado: componer las canciones y grabarlas con un grupo en serio, de calidad, en las mejores condiciones. En la habitación no había nadie más pero afuera, en el patio, se escuchaban las voces de un par de militantes. Debían estar haciendo guardia.

—Quizás podemos buscar alguna inspiración en las canciones anarcas italianas, que cuentan la política a través de experiencias personales...

Dijo Quieto.

—O en las canciones de la guerra civil española, que te van armando los episodios de la guerra y te llenan de entusiasmo.

Dijo Firmenich. La charla siguió un rato más; entre otras cosas, los jefes le dijeron que no valía la pena remontarse al 17 de octubre del 45: acá se trataba de armar una historia de las organizaciones armadas peronistas, así que tenían que empezar a contarla desde el secuestro de Aramburu, por ejemplo. Cuando se fue, Nicolás estaba excitado: el desafío era de lo más interesante. Era una forma novedosa y atractiva de contar la historia de esos años y, además, era una tentativa de consolidar una nueva manera, montonera, de considerar esa historia.

Poco después, Nicolás se reunió con los Huerque Mapu, un grupo de folklore que venía de la izquierda, con una formación musical sólida y algunos temas de calidad. Al principio, los Huerque tenían ciertas prevenciones: no querían que las necesidades políticas fueran en detrimento

de la estética, que las canciones resultaran duras y dogmáticas, y pidieron ciertas garantías. Nicolás les aseguró que él también estaba en esa línea y empezaron a trabajar. Se trataba de crear una unidad, un comienzo, una historia y un remate, que tuviese cierto fondo de gesta operístico, siempre respetando la índole de cada asunto. No era lo mismo el tratamiento de un combate que de una biografía personal. Y por detrás, el sonido de las masas como una música coral siempre presente. Pensaban en una obra «que abriese una nueva forma de contar y cantar la historia».

Primero decidieron qué episodios y qué personajes tenían que integrar el repertorio, y definieron que una línea musical inspirada en el folklore les aseguraba una concepción nacional, no sólo urbana, una visión federalista de la historia. Tenían que encontrar un hilo conductor que relacionara las distintas canciones, y así terminaron por pensar en una «cantata montonera». Las canciones contaban la muerte de Aramburu, operativos como el de Garín y La Calera, historias de militantes caídos:

—Y si enfrentaron la muerte/ con el arma en la mano,/ dando la vida,/ fue para abrir un camino/ con la luz de su herida.../ Vieras tu sangre aquel día, Fernando/ la usamos como bandera./ Vieras tu sangre aquel día, Gustavo,/ creció en armas montoneras...

Nicolás, con el seudónimo «H. Juárez», escribió o corrigió la mayoría de las letras; las músicas solían ser de Naldo. Se basaban en relatos de militantes, documentos, historias de vida, cartas de Perón. Algunas veces aparecía una melodía, un ritmo que los inspiraba y le iban agregando una letra. Otras veces se encontraban con una poesía terminada y le buscaban una música. Algunas canciones les salían de un tirón, como la de José Sabino Navarro; otras les costaban mucho más. La de Trelew, por ejemplo, se les resistía: les parecía que cualquier letra se quedaba por debajo de lo que había pasado, de la manera en que esa historia se había grabado en la memoria de los militantes.

—Hagamos una música solamente. Ayer se me ocurrió una melodía con cierta resonancia sacra pero muy tenue.

Dijo Naldo, y Hebe no estaba de acuerdo:

—Pero tampoco podemos quedarnos en silencio. Habría que buscar una frase, un verso únicamente, que se reiterase como motivo.

—¿Y si nombramos a los caídos, solamente eso?

Cuando tuvieron todas las canciones les agregaron la voz de un narrador que las iba enlazando y, un día, llevaron militantes de un par de unidades básicas al estudio para que grabaran coros con las consignas más representativas de la época. Hacia mediados de octubre el disco estaba casi

terminado y su responsable le pasó a Nicolás una cita para una tarde en un bar de Pueyrredón y Sarmiento: Mario Firmenich lo esperaba con una camisa blanca arremangada, un maletín de ejecutivo y un aroma de colonia inglesa. Se saludaron y fueron hacia el estudio: allí, todos los que habían participado en la Cantata esperaron ansiosos la opinión del jefe.

El último surco del disco empezaba con un largo discurso del narrador que aparecía entre canción y canción, en una síntesis de la historia que la Cantata contaba. Por detrás, las consignas daban un fondo de pelea:

—... y creció el pueblo montonero. Perón o muerte fue su consigna. Libres o muertos jamás esclavos fue esa historia de rebeliones y sangre popular. Viva la patria fue el saludo y la esperanza. La patria se hizo joven. La juventud se hizo patria. Y el general Perón volvió desde cada uno de los pechos y fusiles peronistas, para ponerse al frente de la liberación. Y con el Tío reventamos las urnas. Y Perón fue otra vez presidente de su pueblo. Y se cumplió un sueño: aquel sueño de viejos peronistas que allá por el 55 no se rindieron. El sueño de sus hijos: de Abal Medina, de Olmedo, de Sabino. De tantos compañeros que dieron la vida por su pueblo y por Perón. La lucha no ha terminado. FAR y Montoneros se unifican en una sola organización político-militar: Montoneros. Hay que organizarse, pertrecharse, consolidarse y unirse en cada fábrica, en cada barrio, en cada rincón del país para alcanzar la victoria, y que la clase trabajadora peronista conquiste el poder. Lucharemos entonces por la patria peronista, y será como la quiere el pueblo: montonera y socialista.

Se hizo silencio y todas las miradas se volvieron hacia Firmenich.

—No, compañeros, está muy bien, la verdad que supera todas mis expectativas. Quizás se podría retocar algunos detalles, pero en general estoy muy satisfecho. Los felicito, de todo corazón.

Firmenich pidió que le grabaran un cassette para llevárselo al resto de la conducción montonera y le preguntó a Nicolás cómo estaba la cuestión de la plata.

—Bueno, habíamos arreglado que los técnicos recibirían...

Firmenich abrió su maletín y empezó a repartir los billetes.

—Así que no hay más FAR.

—Bueno, no te pongas así.

—No, es en joda... Pero también es en serio. La verdad, pensar que las FAR no van a existir más me rompe soberanamente las pelotas.

—Che, no es para tanto. Es cierto que desaparece el nombre, pero la fusión es importante, es un paso adelante de la san puta. No tenía sentido que siguiéramos siendo dos orgas separadas. De últimas queremos lo mismo, tenemos los mismos objetivos, las mismas tácticas para la etapa y las mismas estrategias...

Sergio Berlín, Carlos Goldenberg y Mercedes Depino almorzaban en un parrillón de Córdoba y Gascón con varios militantes más; sobre la mesa había achuras frías y un par de pingüinos de tinto y por la calle pasaban grupos con banderas y camionetas con bombos: iban hacia la plaza de Mayo a escuchar a Perón. Dos horas antes, el General había jurado su tercera presidencia ante la Asamblea Legislativa y, poco después, volvería a hablar, después de 18 años, desde el famoso balcón de la Casa Rosada.

Era un día muy especial. Pero no sólo por la asunción del viejo líder; además, ese viernes 12 de octubre las organizaciones FAR y Montoneros anunciaban oficialmente su fusión. «1) A partir de la fecha ambas organizaciones se fusionan pasando a constituir una sola y quedando unificadas definitivamente todas sus estructuras y mandos. 2) La organización resultante de la fusión se denominará Montoneros, desapareciendo la denominación FAR a partir de la firma de la presente acta», decía el comunicado oficial, que miles de militantes repartían, desde temprano, por toda la ciudad.

—No, seguro. Pero es horrible que tu orga, donde te pasaron tantas cosas, que vos contribuiste a hacer crecer, donde están todos tus compañeros, desaparezca así, de un día para el otro.

—Pero no desaparece, boludo, es sólo una cuestión de nombres.

—Es, y no es.

En los hechos, las dos organizaciones venían tomando decisiones conjuntas desde los primeros meses de 1973. Pero el proceso de unificación les requirió mucho trabajo. Tras la decisión de las conducciones, las negociaciones habían seguido en cada zona, en cada sector: muchas veces con dificultades, con peleas. Se trataba de reorganizar todas las estructuras y repartir espacios de poder: los militantes de las FAR tenían la sensación de que, en general, los Montoneros se habían quedado con los mejores lugares, con los puestos de decisión y mando. En principio, los cuadros de las dos organizaciones tenían orígenes y formaciones distintas: se suponía que los «faroles» tenían mejor formación teórica y técnica y mayor adscripción a las ideas marxistas, y que los «montos» eran más peronistas y nacionalistas y que, por eso, habían sabido trabajar mejor en los frentes de masas.

—No, yo entiendo que está bien, lo asumo. Pero me rompe mucho las pelotas.

Carlos, Sergio y Mercedes terminaron de comer y se levantaron para ir hacia la plaza.

—Che, Petisa, ¿trajiste el aerosol?

—Sí, acá lo tengo.

—¿Vamos con la última?

Dijo Sergio, y le brillaron los ojitos. En la otra vereda de la avenida Córdoba había un gran paredón limpito, tentador: los tres cruzaron la calle y empezaron a escribir, con letras rojas en la pared blanca «Libres o muertos, jamás esclavos. FAR».

—Che, esto, comparado con el 25 de mayo, es una tristeza.

—No será para tanto.

—¿Cómo que no? Está todo lleno de canas, más controlado que no se qué. Y fíjate la gente: el entusiasmo no tiene nada que ver, es mucho menos.

—Y eso que el que está asumiendo es Perón.

—¿Y no será por eso?

Dijo Mercedes, con ojitos pícaros, y Sergio le amagó un coscorrón en la cabeza. La Plaza de Mayo estaba repleta: había cientos de miles de personas, pero el clima era mucho más sereno que cinco meses antes. Había muchas banderas argentinas y pocos carteles: así habían acordado los participantes. Que, también, se habían repartido el espacio: el costado de la Catedral sería para la Tendencia Revolucionaria, el otro para los sindicalistas. Pero el acuerdo no se cumplía del todo: las columnas montoneras eran más que las otras, y habían ocupado casi toda la cabecera de la plaza.

—Che, qué lástima que tenga que estar adentro de esa pecera, el General.

Un vidrio blindado cubría el balcón para evitar cualquier posible atentado.

—Bueno, pero lo vamos a ver igual. Por fin, hermano, por fin.

Cerca del monumento a Belgrano, Cacho El Kadri se emocionaba: tantos años esperando este momento, cuando el Viejo, en el balcón, abriera los brazos y dijera, como antes, como en el mito, «¡Compañeros!».

—¡Compañeros!

Dijo Perón, abriendo los brazos, y, por un minuto largo, cientos de miles lo ovacionaron con un canto común:

—¡Pee-rón! ¡Pee-rón!

—Compañeros: hay circunstancias en la vida de un hombre en las cuales uno se siente vecino a la providencia.

—¡Pee-rón! ¡Pee-rón!

—Para mí, estas circunstancias se presentan cuando tengo la inmensa satisfacción de contemplar al pueblo...

—¡Si éste no es el pueblo,/ el pueblo dónde está!

Cantaron, todavía unidas, todas las columnas. El discurso de Perón siguió en términos muy generales: la necesidad de la reconstrucción, de la unión, de la paz. Tenía 78 años, y su voz sonaba cansada:

—... yo y el gobierno hemos de poner todo nuestro empeño, pero necesitamos que el pueblo argentino ponga el suyo, porque nadie hoy puede gobernar el mundo sin el concurso organizado de los pueblos.

Hacía unos minutos que la plaza había vuelto a su división habitual. Las columnas montoneras cantaban «Perón, Evita, la patria socialista», y las sindicalistas les contestaban con una consigna nueva:

—¡Perón,/ Isabelita,/ la patria justicialista!

—Eso no pega ni con cola.

Dijo Julián, un militante de la JUP de Derecho.

—Ya vas a ver cómo la hacen pegar.

Le contestó Elvio Vitali con una mueca que quiso ser irónica. El día anterior, el gobierno de Raúl Lastiri había anunciado sus dos últimas medidas. La cancelación de las licencias a los canales de televisión hizo que el Estado tomara el control del 9, el 11 y el 13: tres periodistas que respondían al lopezrreguismo, entre ellos Jorge Conti —en el 11— se harían cargo de sus direcciones. Y, con el decreto 1774, Lastiri prohibió «la introducción, ya sea con carácter comercial o personal, de todo tipo de literatura impresa, manuscrita, grabada o en películas, cuya finalidad sea la difusión de ideologías, doctrinas o sistemas políticos, económicos o sociales tendientes a derogar la forma republicana y representativa de gobierno, o contrarias a los principios y garantías consagrados en la Constitución Nacional».

Perón ya estaba terminando cuando anunció un compromiso:

—Finalmente, quiero decirles que durante este gobierno que hoy se inaugura, y siguiendo la vieja costumbre peronista, los días primero de mayo de cada año he de presentarme en este mismo lugar para preguntarle al pueblo aquí reunido si está conforme con el gobierno que realizamos.

—¡Se siente,/ se siente,/ Evita está presente!

Contestó la JP: quizás recordaban la tradición de diálogo que se atribuía a Eva Perón. Y los sindicalistas respondieron con el presente:

—¡I-sa-belita! ¡I-sa-belita!

Media hora después, cuando las columnas se retiraron, la plaza quedó tapizada de los volantes que reproducían el «Acta de unidad de FAR y

Montoneros». Que empezaba diciendo que «Visto:

»Que en el día de hoy, con la recuperación de la presidencia por el General Perón, se cumple un objetivo crucial en la historia de nuestro Movimiento, alcanzado después de 18 años de lucha;

»Que este objetivo es alcanzado por el Movimiento en el marco de un agudo deterioro de nuestra economía, con un cuadro de desocupación masiva y de profundización de las condiciones que causan nuestra dependencia;

»Que el momento político se caracteriza por una creciente ofensiva del imperialismo yanqui tendiente a sofocar nuestro proceso de liberación para perpetuar la dominación y la explotación de nuestro pueblo; ofensiva que, en la salvaje represión al hermano pueblo chileno, muestra una vez más la determinación imperialista para aplicar cualquier medio de defensa de sus intereses;

»Que el enemigo imperialista no sólo está más allá de nuestras fronteras, sino que también se expresa a través de fuerzas económicas, políticas y militares internas de nuestro país, que están interesadas en el debilitamiento de las fuerzas populares y en la destrucción del Movimiento Peronista en particular;

»Que dentro de nuestro propio Movimiento hay ciertos sectores dirigentes que actúan en estrecha alianza con las fuerzas imperialistas y oligárquicas de la antipatria...».

Octubre de 1973. En Israel, el sábado 6 se festejaba el Yom Kippur — Día del Perdón— y, mientras los judíos ayunaban y meditaban para expiar sus culpas, cientos de miles de soldados árabes se preparaban para la acción. Para los musulmanes ese día era el primero del Ramadán, y sus fieles debían orar hasta la caída del sol, para conmemorar el momento en que Alá les entregó el Corán como guía. Pero el presidente egipcio Anwar El Sadat decidió romper las reglas del culto y ordenó a sus tropas que atravesaran el Canal de Suez y atacaran las defensas israelíes en el Sinaí. Al mismo tiempo, las tropas del presidente sirio Hafez El Assad debían avanzar sobre los altos del Golán.

A las dos de la tarde el desierto se convirtió en un infierno de misiles y cañones, mientras los infantes cruzaban el canal en botes de goma: los egipcios quebraron las defensas israelíes y en cuestión de horas lograron colocar 80.000 hombres en territorios que habían perdido seis años antes, cuando la guerra de los Seis Días. La aviación y los tanques israelíes intentaron, sin éxito, contrarrestar el ataque: habían perdido el Canal de Suez. Mientras tanto, al norte, una avanzada de infantería helitransportada siria

atacaba las posiciones israelíes y se hacía fuerte en el monte Hebrón. Con esa cabeza de puente, cientos de tanques sirios pudieron avanzar y ocupar puntos estratégicos.

Esa medianoche, El Sadat y El Assad supusieron que podrían reconquistar las tierras y el orgullo que los israelíes les habían quitado en 1967. Pero en Tel Aviv la primera ministro israelí Golda Meir y el ministro de Defensa, Moshe Dayan, empezaban a reponerse de la sorpresa: sus tropas intentarían una contraofensiva inmediata. En el frente del Sinaí los ataques israelíes fracasaron: el lunes y martes las defensas árabes detuvieron las oleadas de blindados y mantuvieron sus posiciones en la orilla este del Canal de Suez. En el frente sirio, los aviones israelíes bombardearon Damasco y sus blindados conseguían victorias importantes sobre los tanques sirios. Tras cuatro días de lucha, 800 tanques sirios y 200 israelíes estaban inutilizados sobre las tierras áridas del Golán. Treinta años antes, en la histórica batalla de El Alamein, ingleses y alemanes habían congregado un total de 600 tanques, y sólo la mitad quedó inutilizada.

La guerra de Yom Kippur también se desarrollaba en otro frente: el de los pozos petroleros. Cuando se iniciaron las acciones, los estados árabes y las grandes compañías estaban renegociando sus contratos. Con los primeros combates, las empresas decidieron no extraer más crudo. La réplica vino de inmediato: el lunes 8, desde Kuwait, los representantes de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (OPAEP) declararon que desconocerían los contratos firmados entre sus estados y las «Siete hermanas», las compañías que constituían el oligopolio petrolero de Occidente: Exxon, Mobil Oil, Texaco, Gulf, British Petroleum, Socal Chevron y Shell. La OPAEP estableció que, de ahí en más, las compañías deberían pagar el doble por cada barril de crudo extraído del subsuelo de sus naciones. La noticia conmocionó a todas las economías occidentales: los precios de los combustibles se irían a las nubes. Al día siguiente hubo pánico en Europa, Japón y Estados Unidos. La espiral crecía: Estados Unidos armaba un puente aéreo para abastecer al ejército de Israel y la URSS hacía lo mismo con Siria y Egipto. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas llamó a una reunión de emergencia, pero sus miembros no encontraron ninguna solución para detener el fuego. Una vez más, las contradicciones se resolverían primero en el campo de batalla. Los observadores sabían que, a ese nivel de desgaste, la guerra no iba a durar mucho.

Hacia el jueves 11 Israel había logrado sus primeros resultados: el presidente El Assad le reclamó a Egipto que saliera de las murallas del Canal

de Suez y pasara a la ofensiva, para que el ejército israelí tuviera que disminuir la presión sobre el frente sirio. Pero el domingo 14 los tanques egipcios intentaron avanzar y fueron duramente rechazados: El Sadat decidió continuar con su táctica estática, mal que les pesara a sus aliados sirios. La invasión israelí a Damasco se hacía inminente. El martes 16, desde Kuwait, la OPAEP daba otra vuelta de tuerca al pánico en los mercados occidentales al decretar el embargo sobre las compañías petroleras extranjeras y limitar la exportación de crudo: de ahí en más, el petróleo sería caro pero escaso. El miércoles 17 se produjo un vuelco en la guerra: los israelíes no sólo avanzaban en el frente sirio, sino que habían logrado filtrar una avanzada hacia la orilla oeste del Canal de Suez. Copiando una táctica utilizada por los nazis para romper el cerco en las Ardenas en 1945, los judíos utilizaron tanques y uniformes capturados a sus enemigos para pasar disfrazados. Al otro día lograron abrir un corredor y se dispusieron a una contraofensiva que amenazaba a El Cairo.

El lunes 22, soviéticos y norteamericanos hicieron una propuesta conjunta al Consejo de Seguridad de la ONU que inmediatamente votó un alto el fuego. Pero los tanques israelíes estaban lanzados y siguieron avanzando: sólo se detuvieron el miércoles 24, cuando el soviético Leonid Brezhnev le envió una carta a su colega norteamericano Richard Nixon advirtiéndole que haría todo lo que fuera necesario para frenar a los israelíes que, en seis días, habían logrado retomar el control de la margen este del Canal de Suez, ocupar la margen oeste y avanzar unos 40 kilómetros en territorio egipcio. Los observadores coincidían que el ejército de Israel, considerado uno de los mejores del mundo, no había llegado a Damasco y a El Cairo por la resistencia de los soldados sirios y egipcios pero, sobre todo, porque el alto mando israelí no quería que la URSS y el resto del mundo árabe intervinieran en una guerra de consecuencias impredecibles.

El alto el fuego entró en vigor ese miércoles. En las dos semanas de combates habían muerto 3000 soldados israelíes, unos 10.000 egipcios y alrededor de 6000 sirios. Hacia fin de año, el acero de los cañones y tanques destrozados en los combates fue retirado del desierto. Soviéticos y norteamericanos repusieron el armamento a sus aliados: el alto el fuego parecía precario. Mientras, la OPAEP siguió aumentando el precio del petróleo, que en enero había llegado a ser cuatro veces más caro que el día del inicio de la guerra, cuando, de acuerdo a sus religiones, judíos y musulmanes empezaban sus jornadas de ayuno y oración como un rito para expiar sus culpas.

—Che, Boina, ¡viento en popa! Todo salió fenómeno, anoche el Pepe y el Pelado Carlos se reunieron con Carcagno y otros tres capos y decidieron que empezáramos por una experiencia y que después se podía generalizar...

—Bueno, ahora lo importante es la fase de implementación, porque cuando vean que nuestros militantes andan con los soldados, a muchos oficiales gorilas no les va a gustar nada.

A Julio Urien empezaban a decirle Boina: hiciera lo que hiciera, siempre mantenía una actitud muy marcial, muy de militar de academia. Entonces, en medio de una instrucción, alguien dijo que parecía un paracaidista de esos que no se sacan la boina ni para dormir, y le quedó el sobrenombre. Julio estaba convencido de que, en esa etapa, lo mejor que podían hacer los Montoneros para minar la cohesión de las Fuerzas Armadas era encarar acciones cívicas conjuntas: confraternizar, para que los suboficiales y oficiales pudieran ver con sus propios ojos a los montoneros y dudar de lo que les decían sus jefes. Por eso, se alegró cuando Carlos Lebrón le dijo que Mario Firmenich, el Pepe, y Roberto Perdía, el Pelado Carlos, se habían reunido con los generales Jorge Carcagno y Luis Betti, los dos máximos jefes del Ejército, y con los coroneles Carlos Dalla Tea, jefe de Inteligencia del Estado Mayor, y Juan Jaime Cesio, secretario general del Comando en Jefe y hombre de confianza de Carcagno. El encuentro había sido en un departamento «neutral», y ni siquiera Perón estaba al tanto.

—Carcagno fue de frente. Les dijo que él vio lo que fue el Cordobazo, que estuvo ahí y que desde ese momento se había propuesto lograr que el Ejército nunca más se enfrentara con el pueblo. El tipo parece muy identificado con Perón y dijo que seguramente el Viejo iba a estar de acuerdo que hiciéramos algo juntos. ¿Qué tal?

Julio no lo veía tan claro:

—Mirá, los tipos saben que tienen que romper el aislamiento y además tienen mucho miedo de la influencia que podemos ejercer nosotros. Yo creo que a los más gorilas, esto les va a reventar el hígado...

Carlos le contó que el mismo Carcagno se había franqueado en la reunión al decirles que había preferido hacerlos con ellos y no con la CGT, que también quería hacer tareas comunitarias con el Ejército.

En los días siguientes, el acuerdo se hizo público: la Juventud Peronista y el Ejército colaborarían en un «operativo de reconstrucción nacional». Las lluvias habían inundado varios pueblos de la provincia de Buenos Aires: Pehuajó, General Alvear, Coronel Dorrego, Bolívar, Carlos Casares: el general Carcagno, el gobernador Bidegain y el delegado de la Regional I de la

JP, Juan Carlos Dante Gullo, convinieron en que el Ejército contribuiría con soldados, suboficiales y oficiales de las guarniciones de Azul y Tandil y la JP mandaría a sus muchachos. Aunque la secretaría militar de Montoneros no manejaba el asunto, les pidieron su opinión. Carlos era optimista:

—Además, el nombre está fenómeno: Operativo Dorrego. Más claro que el agua, es buscar un punto de unidad entre los que tenemos una visión nacionalista y revisionista, contra los liberales. ¿No te parece, Boina?

—Vamos a ver. Así que va a estar el Regimiento 10 de Caballería Blindada...

—¿Cuáles son éstos, los de Azul? Sí, éstos van a estar. Che, el coronel que va a estar a cargo tiene un apellido vasco, un tal Harguindeguy... ¿Lo ubicás?

—Sí, es conocido de mi familia: es de Caballería, igual que mi tío, que está en el regimiento. Y mi hermano también está ahí. Lo importante es que ése es un regimiento con historia, son los que se levantaron con Díaz Loza, y era uno de los regimientos que se iban a plegar al levantamiento nuestro, cuando vino Perón. Hay suboficiales que tienen mucho respeto por nosotros, varios están en la JP.

El coronel Florentino Díaz Loza se había sublevado contra Lanusse en octubre de 1971 y, en noviembre de 1972, cuando Julio encabezó el levantamiento de la ESMA, Facundo Urien, el hermano de Julio, y varios de sus compañeros, pensaban sublevar su guarnición.

El operativo empezó a principios de octubre: Gullo y Harguindeguy viajaban en el mismo jeep, los muchachos y las chicas de la JP, con sus vinchas y brazaletes, iban en camiones militares y trabajaban en orden levemente castrense. Y, mientras, cantaban la marcha peronista y sus consignas menos ofensivas. Los soldados y suboficiales tenían instrucciones de mantener la boca cerrada, pero muchos silbaban o cantaban bajito. Unos y otros levantaban defensas, cavaban zanjas y abrían canales junto a los vecinos. Cuando terminaba la jornada iban a campamentos separados: los de JP hacían fogón y guitarreada por un lado, y los militares silencio y guardia por el otro.

La JP aportó unos 800 militantes, el Ejército, entre oficiales, suboficiales y conscriptos, unos 2000. El Operativo Dorrego sirvió para refaccionar escuelas, restaurar tres hospitales, tres cementerios, tres salas de primeros auxilios, levantar un censo del estado médico de la población, darles asistencia odontológica, reparar 95 kilómetros de caminos, construir 29 de desagües y 1500 metros de canales, entre otras cosas.

El martes 23 de octubre, después de dos semanas de trabajos, todos festejaron el final del operativo desfilando con sus palas al hombro ante vecinos que llevaban escarapelas y banderines de JP. Al lado del palco donde hablaron Bidegain, Carcagno y Gullo había un gran cartel que decía Montoneros. El jefe del Ejército levantó su copa y trató de moderar su voz de mando:

—Quiero que brindemos por la felicidad del pueblo de la Patria y por la salud del general Perón...

—¡Vamo' a brindar,/ vamo' a brindar/ por la salud del General!

En los días siguientes, la conducción montonera hizo planes para repetir la experiencia en otros lugares: se hablaba de la vuelta a las fuentes del peronismo, de la alianza del Ejército con los trabajadores, de sacar a los militares de su ostracismo. Rodolfo Ortega Peña, en la revista *Militancia*, escribía que el Operativo Dorrego «no aporta sino oscuridad al proceso político argentino, porque el ejército represor, el ejército guardia pretoriana del sistema, el ejército que se adueñó del país en 1966 y nos impuso la dictadura más agobiante que hemos vivido, no ha cambiado en su esencia por el tono de un discurso, ni por haber permitido graciosamente que en el país pudiera volver el peronismo al gobierno».

En su primer fin de semana de licencia, Facundo se encontró con Julio y le contó sus impresiones:

—La suboficialidad del regimiento lo tomó bien, incluso con mucho respeto por las pibas que laburaban, una identificación bárbara, pero por lo que me enteré, Harguindeguy puso el grito en el cielo. Le dijo al tío Ernesto algo así como que iban a parar la mano, que Carcagno y Cesio estaban locos, que no iban a tolerar que se repitiera...

Pocas semanas después, el general Carcagno volvió a reunirse con la conducción montonera: la salud de Perón empeoraba, y Carcagno quería saber si los Montoneros estarían de acuerdo en apoyar «una salida cívico-militar» en el caso de que, muerto Perón, López Rega tomara demasiado poder. La respuesta montonera fue, en principio, favorable. Juan Domingo Perón se enteró al día siguiente y decidió contraatacar: el 18 de diciembre, la comisión de Acuerdos del Senado, con mayoría peronista, rechazó el ascenso de Juan Jaime Cesio de coronel a general de brigada. Carcagno entendió el aviso: el ataque a su mano derecha le estaba dirigido, y pidió el pase a retiro. Perón designó como nuevo comandante del Ejército a Leandro Anaya, un general hijo de otro general antiperonista, Elbio Anaya. Se suponía que representaba al sector «profesionalista».

—Si querés hacer algo, lo mejor es que vayas a un barrio.

—¿A un barrio?

—Sí, a un barrio. Ahora lo más importante es insertarnos bien en el territorio. Para la etapa que se viene es fundamental.

Mario Eduardo Firmenich sonaba serio. Graciela Daleo lo miraba con emociones mezcladas: era raro que el gordito con el que no había querido salir siete años antes ahora fuera uno de los militantes más conocidos del país, alguien que ella admiraba por todo lo que había hecho desde entonces: el secuestrador de Aramburu, el jefe de los Montoneros.

—Bueno, podría hablar con la Gallega y tratar de integrarme en la segunda, con ella.

—Eso sería perfecto.

Se habían encontrado, esa noche, en la casa de los padres del Flaco Jorge, que estaban de viaje. Unos días antes, un amigo suyo le había dicho que Mario quería reunir a sus viejos compañeros, los de la época del Comando Camilo Torres, los primeros, para charlar un rato y ver en qué andaba cada uno.

Se encontraron, se abrazaron, se hicieron bromas para romper el hielo: todos estaban un poco intimidados por la presencia del jefe montonero. Y, tras la charla y las pizzas, varios de ellos dijeron que querían tener un rato de diálogo privado con Firmenich. Cuando se sentó frente a él, Graciela pensó que tenía que explicarle por qué no estaba militando: que tenía que justificarse.

—No, flaca, yo sé que estás haciendo cosas, aunque no sean orgánicas. Pero si querés integrarte más en serio, te digo, lo mejor es que vayas a un barrio. No puede ser que sigas desperdiciándote...

Cuando terminó la reunión, Graciela y el Flaco se quedaron charlando. Hacía más de un año que habían dejado de ser novios pero se seguían viendo mucho y, de vez en cuando, reincidían en los viejos amores. Además, ella seguía trabajando en la oficina de los padres de él. El Flaco estaba pensativo:

—¿Sabés qué me dijo? Me dijo que si yo hubiera seguido militando ahora sería conducción nacional de la organización...

En esos días, Graciela tenía la sensación de que no podía seguir en esa posición, entre cómoda e insatisfactoria, de interesarse por la política sin comprometerse realmente. Aunque todo lo que hacía estuviera ligado con la política: incluso cuando cursaba alguna materia de Sociología o cuando iba con el grupo de amigos de la facultad a ver *La Patagonia rebelde* o

Revolución, una película soviética sobre la segunda guerra mundial. Todo estaba teñido de política y todo se hacía de a muchos, en alegre montón.

Graciela iba a las movilizaciones, hacía grupos de estudio, participaba de actos y peñas en la facultad y en algún barrio donde militaban amigos suyos, pero no se decidía a integrarse a una organización. No siempre estaba de acuerdo con los planteos de los Montoneros, y a veces la satisfacía más lo que decían los del Peronismo de Base en la revista *Militancia*, pero por momentos le parecía que todo eso era una excusa, una manera de justificar su falta de integración o, incluso, sus miedos. La semana siguiente, Graciela se encontró con la Gallega Pilar y le dijo que quería entrar a militar con ella en la Juventud Peronista de la circunscripción segunda, Parque Patricios y Pompeya. La mandaron a la unidad básica Juan Domingo Perón, en Einstein y Santo Domingo, una de las cuatro que tenía la JP en el barrio. El grupo era grande y mezclaba «paracaidistas» llegados de afuera con una buena cantidad de gente del barrio.

Graciela iba a la UB casi todas las tardes, cuando salía de trabajar en la oficina del padre del Flaco Jorge, y los sábados. Extrañaba un poco la libertad con que antes podía disponer de su tiempo, pero estaba entusiasmada con su nueva militancia. Aunque al principio le costó mucho acostumbrarse al olor del Riachuelo, que estaba a cuatro cuadras.

—Bueno, si vamos a vender bebidas en la fiesta yo me puedo ocupar...

Una de sus primeras tareas en el barrio fue participar de la organización de una fiesta en el club Torino, justo enfrente del Riachuelo. Graciela era muy tímida y se apuró a pedir que la dejaran detrás de la barra, en un lugar protegido: pensaba que en otro puesto tendría que hablar mucho más con la gente, y le daba terror.

—No, bueno, les prometo que eso no va a volver a pasar.

—Sí, mejor, porque si no vamos a tener que intervenir en la cuestión.

—No, sin duda, sin duda. Fue un error pedagógico que no se puede repetir.

Decía la directora del jardín de infantes y Horacio González la miraba tratando de entender. Estaban en el salón del club Bonorino, y la mujer no paraba de disculparse. Al fondo, cuatro viejos jugaban al billar y tomaban vermús.

El club estaba en la zona de su unidad básica: Horacio y sus compañeros se habían asociado para extender su trabajo político, y Horacio era vocal de la comisión directiva. Solía participar en sus reuniones y proponer actividades

que después llevaba adelante con los muchachos de la UB. Pero esa noche la situación era extraña: la madre de un chiquito había ido a la UB a quejarse de que la maestra jardinera de su hijo le había pegado. Un militante de la UB, el Rolo, que la atendió, le dijo que él se iba a ocupar y fue a citar a la directora del jardín, en nombre de la unidad básica, en el club. Y la mujer se había presentado y ahora sufría los retos de un muchacho de veinte años: Horacio lo miraba con perplejidad. Por un lado, le interesaba la idea de intervenir en todos los aspectos de la vida del barrio, de tratar de llevar ciertas ideas a todos los espacios; pero, por otro, lo inquietaba ese muchacho poniendo en acto su poder: aprovechando su pertenencia a la JP para decirle a la directora del jardín lo que estaba bien o mal, lo que podía o no podía hacer. Horacio pensó que no era tan fácil, después de todo, cambiar eso que, a falta de un nombre mejor, llamaba por el momento la condición humana.

—Como decíamos, el hombre es la sociedad personalizada. Por eso, los mecanismos de dominación que funcionan en la sociedad se reproducen en cada uno de nosotros. Y por eso no sirve pensar una psicología que no tome en cuenta esa sociedad y que, al mismo tiempo que intenta cambiar al individuo, también trate de cambiar la sociedad...

El discurso seguía, con un ligero acento español. Antonio Caparrós explicaba sus ideas sobre la psicología a un grupo de vecinos en el medio de la plaza Irlanda; Horacio lo escuchaba, pero en realidad estaba allí, junto con media docena de militantes de su unidad básica para «dar apoyo» al grupo de docentes de la cátedra de Caparrós, Psicología General 2, que ese sábado, como todos los sábados, había sacado su psicoterapia a la calle:

—... no podemos seguir implementando una psicología funcional a este sistema de explotación, una psicología que vea la curación como la adaptación de cada individuo a este sistema...

Después de la charla, el grupo se disgregó por la plaza: en cada banco, en el pastito, un psicólogo de la cátedra escuchaba a un vecino, en raras sesiones de psicoterapia breve. Decididamente, pensó Horacio, esa intención de dar respuesta a todas las cuestiones, de forjar una sociedad que se ocupara de la persona en todos sus aspectos, era lo más atractivo de esos días agitados. A pesar de todos los problemas, estaban construyendo algo serio.

—¡Yo tengo fe/ que se podrán quedar./ Yo tengo fe/ que se podrán quedar:/ así lo quiere el pueblo/ y lo quiere el General!

Cantaban unos doscientos o trescientos militantes en la vereda del club Bonorino, en el acto que la JP de Flores había organizado para pedir que el

gobierno atendiera a los exiliados que venían huyendo del golpe de Pinochet. Horacio, desde una tarima, les hablaba:

—Sí, tenemos que tener esa fe. Es cierto que por el momento hay que superar algunas trabas administrativas, y que hay veces que chocamos con funcionarios que no entienden la importancia del problema, pero finalmente todo se va arreglar, y el General Perón va a disponer que todos nuestros compañeros se queden acá, en la Argentina, junto a nosotros...

Los refugiados no eran sólo chilenos: también había brasileños, bolivianos, paraguayos que se habían escapado a Chile durante el gobierno de Allende y que habían tenido que salir tras el golpe en medio de amenazas, muchos de ellos clandestinos. Y llegaron a Buenos Aires con la convicción de que el gobierno democrático de Perón iba a atenderlos, pero se encontraron con una recepción menos que tibia. Mientras esperaban que el gobierno se hiciera cargo, un comité de solidaridad multipartidario les consiguió alojamiento en un convento luterano de la calle Camacuá, en la zona donde militaba Horacio. Pero ya habían pasado varias semanas y los funcionarios no les hacían caso.

—... que no hay nada más importante que la unidad de la Patria Grande latinoamericana. ¡Porque, como dijo el General, el año 2000 nos encontrará unidos o dominados, compañeros!

Poco después, el gobierno les comunicó que, si querían quedarse, serían confinados en las provincias del nordeste. Allí fueron los que no tenían más remedio; la mayoría consiguió que las Naciones Unidas les diera el estatuto de refugiados políticos en países más amistosos. Horacio supuso que, una vez más, los que rodeaban al General no habían estado a la altura de los acontecimientos y lo habían aconsejado mal.

Octubre de 1973. Reportajes y documentales ya habían difundido la imagen de un señor austríaco seguido por una recua de gansos bamboleantes, pero su consagración definitiva llegó en esos días, cuando el Instituto Karolinska de Estocolmo le dio, junto con dos colegas, el premio Nobel de Medicina. Konrad Zacharias Lorenz había nacido 70 años antes en Viena y fue uno de los fundadores de la etología, una disciplina dedicada a estudiar las conductas animales que supone que la mayor parte de los comportamientos son innatos y forman parte de la programación genética del animal.

Lorenz había publicado en 1966 un libro que se difundió mucho: *Sobre la agresión* postulaba que todos los animales tenían un instinto de agresión contra cualquier otro que quisiera invadir su territorio. Eso, aparentemente,

sucedía con sus gansos. Y de ello deducía que la tendencia a la posesión, a la agresión y a la guerra era innata también en el hombre. La hipótesis tuvo mucho éxito y fue, al mismo tiempo, muy resistida: en un momento en que buena parte de los intelectuales trataba de pensar cómo y hacia dónde cambiar —o revolucionar— las estructuras sociales, este médico postulaba que esas estructuras, como producto de conductas inscriptas en los códigos genéticos de los hombres, eran inmutables. Sobre todo la propiedad privada.

—Bueno, pero eso seguro que a vos te debe resultar una boludez...

—No, de ninguna manera, compañera. Puede parecer un problema menos importante, pero también tenemos que ocuparnos de ese tipo de cuestiones. Si podemos solucionarlo, por lo menos tendremos la satisfacción de haber hecho algo concreto, ¿no?

Dijo Cacho El Kadri y sonrió con su cara más angelical. Esa tarde, en su oficina de la facultad de Derecho, unos veinte estudiantes y no docentes habían ido a verlo para proponerle que hicieran una guardería de la facultad: todos ellos, y muchos otros, tenían hijos chicos y no tenían con quién dejarlos.

Cacho se había tomado muy en serio su puesto de asesor y muchas veces se quedaba ahí hasta tarde, tratando de arreglar ese tipo de cuestiones. Habían duplicado el número de inscriptos sin aumentar el personal, había clases desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche y los problemas se sucedían sin parar. Pero cada vez que conseguían solucionar alguno de estos problemas, como cuando hicieron funcionar los ascensores que se habían pasado años descompuestos, se llenaba de orgullo.

—Aunque la cosa sería que no lo dejaran en mis manos, compañeros, sino que ustedes también intervengan. Habría que formar una comisión y ponerse a trabajar todos juntos, porque si no seguimos con el mismo tipo de funcionamiento que...

Cacho se puso en campaña por la guardería: fue a ver al decano de arquitectura, Alfredo Ibarlucía, para pedirle que su facultad le hiciera los planos, se entrevistó con Ernesto Villanueva en el rectorado de la Universidad para conseguir una partida de 70 millones de pesos y habló con un amigo en el Concejo Deliberante para que les adjudicaran un terreno municipal que había justo detrás de la facultad para construir el nuevo edificio. El amigo, Rosato, que había sido secretario de Andrés Framini, le dijo que no habría problemas, que él se iba a encargar. Cacho estaba contento pero al mismo

tiempo le molestaba andar corriendo detrás de funcionarios para pedirles ese tipo de cosas.

El problema era siempre el mismo: la relación con un gobierno que cada vez parecía más lejano. Aunque Cacho trataba de encontrarle puntos favorables: pensaba que la teoría del cerco de los Montoneros no tenía sentido porque equivalía a suponer que Perón era un boludo que se dejaba engañar por sus próximos y que, entre algunas medidas reprobables, el gobierno estaba tomando otras que le resultaban alentadoras: el restablecimiento de las relaciones con Cuba, Corea y China, las aperturas comerciales con Libia y Argelia, el aumento del poder adquisitivo y de la participación de los trabajadores en el producto bruto. Aunque hubiera preferido que Perón hiciera la revolución, que condujera la reforma agraria, la expropiación a la oligarquía, la nacionalización de los recursos naturales, el castigo a los represores pero se decía que hacía lo que podía, que las grandes fuerzas burguesas estaban intactas y que Perón iba a tener que ir de a poco, y lo justificaba.

—¿Ganamos nosotros o se retiró Lanusse? No jodamos, el ejército está intacto. No es que nosotros los derrotamos. Colaboramos como una fuerza que apretó al régimen y le obligó a dar elecciones. Pero no fuimos los únicos. Están las movilizaciones, y si la gente eligió este gobierno, y lo acepta, ¿por qué queremos acelerar esta historia?

Más de una vez, Cacho había escuchado a gente de los barrios y villas donde solía ir preguntándose por qué seguían pasando ciertas cosas:

—¿Pero qué quieren los Montoneros?

Decían, y para ellos la palabra Montoneros englobaba a todos los guerrilleros, incluidos los no peronistas.

—¿Ahora qué quieren hacer? Querían que lo trajéramos a Perón, ya lo trajimos...

Cacho seguía siendo peronista y alguna vez, cuando se preguntó si había valido la pena tanto sacrificio y tanta cárcel, se contestó, casi sin dudar, que sí. Después estaban los problemas más concretos, más inmediatos:

—Che, Cacho, tenemos que apretar a los tipos estos del CdeO para afanarles las chapas.

—¿Cómo apretarlos? ¿Por qué?

Las FAP y el PB-17 tenían un buen trabajo en una villa del Bajo Flores: en esos días hubo un incendio grande y los militantes querían ayudar en la reconstrucción de las casillas. A la salida de la villa había un depósito de materiales del ministerio de Bienestar Social, custodiado por una guardia del

Comando de Organización de Alberto Brito Lima, y los compañeros de Cacho querían sacarles las chapas a la fuerza. Cacho no estaba de acuerdo:

—No, hermano, están locos. Vamos y se las pedimos.

—No, no nos las van a dar. Además una acción ahí serviría para elevar el nivel de conciencia...

—Entonces afanamos las chapas, las llevamos a la villa, las ponemos y al otro día viene la pesada de Brito o de López Rega y nos cagan a tiros a todos. No, a nosotros no porque nos vamos a apoliar a nuestras casas: los revientan a los compañeros de acá, de la villa.

—Pero no nos vamos a bajar los pantalones con Brito Lima... Y además, si no vamos, el rédito político va a ser para ellos.

—Escuchame, yo quiero creer que la gente está con nosotros no porque les demos chapas sino por otras cosas, por acuerdos más profundos, ¿no?

Al final, los vecinos fueron a pedir las chapas al corralón y se las dieron sin problema. Cacho pensaba que había mucha confusión, y discutía mucho esas cuestiones con sus propios compañeros. Las FAP tenían que seguir manteniendo su infraestructura de casas operativas, coches, imprentas, y para eso necesitaban fondos que sólo podían conseguir operando. Cacho estaba en desacuerdo porque pensaba que en esa etapa no había que hacer ninguna acción armada, pero lo corrieron con que no se animaba y un día se encontró participando en el robo de una camioneta que necesitaban para asaltar un banco. Al final no asaltaron el banco pero igual Cacho pensaba que todo eso era una locura:

—Escuchame, yo soy asesor del decano de la facultad de Derecho, con un sueldo y una responsabilidad, no puedo salir a hacerme un coche por la calle. Imaginate si me agarran, es una catástrofe. ¿Qué tenemos que demostrar, que tenemos huevos? No, muchachos, esto es un error grave.

—Bueno, pero la guita para seguir funcionando hay que sacarla de algún lado...

Cacho estaba en contra de esas operaciones pero, al mismo tiempo, se impresionaba por la austeridad de sus compañeros: había más de uno que tenía algún par de millones debajo de la cama y comía fideos todos los días, o algún día no. Cacho les decía que no fueran boludos, que tenían que cuidarse la salud, que era el primer capital que tenían, pero la mayoría vivía muy justo, usando casas precarias y coches viejos robados antes de la asunción de Cámpora, con papeles muy sospechosos. O una imprenta, en la avenida Entre Ríos, donde imprimían un periódico que se llamaba *La Batuta* —por aquella

consigna en que «la clase obrera tiene la batuta/ para que bailen los hijos de puta»— y que solía salir todo manchado:

—Mejor, así la gente ve que somos trabajadores.

Decía uno de ellos, y Cacho creía que no:

—No, hermano, la gente lo que quiere es cuatro colores, no manchas para ver que el obrero lo hizo con el sudor de su frente.

En esos días, el sector que estaba a favor de seguir con las acciones armadas decidió pasar a los hechos, y secuestró en Olavarría a un gerente de Loma Negra. Lo justificaron diciendo que la empresa especulaba con facturas falsas y sobrepuestos ilegales, que desafiaban las leyes económicas del gobierno sin que nadie los castigara: era una práctica habitual, y muchos empresarios honestos, que facturaban todo en blanco, no pudieron soportar la competencia desigual y quebraron.

—No, hermano, le pedimos un millón de dólares a la Fortabat. Va a tener que pagar, y sabés la cantidad de cosas que podemos arreglar con esa guita...

Pero pasaron los días y Amalia Lacroze de Fortabat no se daba por enterada. Los secuestradores bajaron a Buenos Aires, convocados por la conducción de su organización, para una reunión en la que decidirían qué hacer con el gerente abandonado por su patrona.

—El problema es que si lo dejamos vivo se quema el método, ya nadie nos va a dar bola, perdemos todo poder de negociación.

—Hermano, pero no vas a bajar a un pobre tipo que personalmente no es culpable de nada más que de ser gerente de esa empresa que lo deja en banda.

—Bueno, es un lacayo de la patronal, un explotador de obreros.

Cacho estaba muy en desacuerdo:

—No, acá el problema, lo que está en cuestión, es el método. No puede ser que andemos haciendo estas cosas en pleno gobierno democrático peronista. Éste es un gobierno elegido por la gente, che, por más que no nos gusten algunas cosas que están haciendo, no podemos olvidarnos de eso. Y, sobre todo, es el gobierno del general Perón, carajo. No podemos funcionar como si estuviéramos en los tiempos de la dictadura...

La discusión podría haber seguido horas, pero alguien la interrumpió con las últimas noticias de radio Colonia:

—¡Che, acaban de decir que la policía encontró al tipo en Olavarría y lo sacó y encanaron a una compañera...!

Era Laura Franchi, la cuñada del Abuelo Stirneman, un viejo militante de las FAP que, en ese momento, era diputado provincial en Santa Cruz. A

Cacho le tocó ir de inmediato al despacho del diputado Héctor Sandler, a pedirle que intercediera por su libertad:

—Doctor Sandler, acá acaba de cometerse una arbitrariedad terrible. Han detenido en Olavarría a una pobre ama de casa con una hijita de meses...

—Pero por favor, El Kadri, no vamos a permitir esto. Deme todos los datos que ya mismo me comunico.

Minutos más tarde, su secretario le pasó la llamada con el juzgado federal de Azul:

—Buenas tardes, habla el doctor Sandler, diputado nacional. Doctor, lo llamo por esa pobre mujer que han detenido en un acto injusto y abusivo que...

De pronto, la cara de Sandler empezó a enrojecer.

—Sí, efectivamente.

Ya estaba casi violeta.

—¿Qué me dice? ¿Que estaba cuidando a un secuestrado?

Sandler echaba chispas y miraba a Cacho que miraba el suelo. Ahora su tono de voz se acercaba al ruego:

—De todas maneras, doctor, ella seguramente no tiene nada que ver. Imagínese, con una bebita... Sí, claro, el marido. Ése debe ser el culpable. Esa chica se dejó engañar. Bueno, gracias, doctor, gracias, buenas tardes.

El diputado colgó y evaluó la posibilidad de estrangular a Cacho:

—¡Pero tenía un secuestrado en la casa y me decís que era una pobre ama de casa!

—No, en fin, yo no sabía que...

Varios militantes de las FAP tuvieron que pasar a la clandestinidad. Su organización resolvió dejar las cosas como estaban: la policía creía que eran delincuentes comunes, y ellos no lo desmintieron. La polémica sobre la conveniencia o no de la acción armada quedaba, por el momento, zanjada.

Se acercaba el verano. El Concejo Deliberante de Buenos Aires terminó sus sesiones sin haber tratado el proyecto de adjudicación del terreno para la guardería de la facultad de Derecho. Cacho fue a ver a su amigo Rosato para preguntarle qué había pasado:

—Nada, Cacho, hay kilombo porque vos estás con los zurdos en la facultad. Ese Kestelboim es marxista.

—¡Pero andá a la mierda! ¡Qué van a ser marxistas...!

La discusión terminó casi a las puteadas. Algunos diarios, en esos días, habían hablado del proyecto. Lo presentaban como «un proyecto revolucionario» y una revista se preguntó «¿Qué hace en la facultad de

derecho Envar El Kadri, guerrillero, construyendo una guardería para adoctrinar a los niños en el marxismo-leninismo?».

—... puede ser un aporte importante para la cultura política argentina, Nicolás, yo creo que el ministerio tendría que patrocinarla. Nada menos que *Marat-Sade*, de Peter Weiss. ¿Vos no viste la versión cinematográfica de Peter Brook? Una de las mejores películas de los últimos doscientos años...

Insistía el tipo: Nicolás Casullo lo conocía de algún lado pero no terminaba de acordarse quién era. Por su oficina del ministerio, en esos días, pasaban tantos: todos con ofertas, proyectos, pedidos. Algunos eran muy interesantes, pero había muchos a los que Nicolás no sabía cómo decir que no. Incluso, a veces, porque en primera instancia habría querido decir que sí. Pero una obra como *Marat-Sade*, por ejemplo, no era lo indicado para el ministerio de Educación en un momento en que ya empezaba la caza de brujas. Habría sido casi una provocación, y había provocaciones que valían la pena y otras que no.

Nicolás se preocupaba. Sus ideas sobre el arte y la creación seguían siendo más o menos las mismas: le interesaban obras que tenían que ver con la revolución, y obras que no tenían que ver con la revolución —Bertolt Brecht y Borges, Peter Weiss y Proust, *Made in USA* de Godard y *Muerte en Venecia* de Visconti— pero en ese momento la política primaba, y los alineamientos. Tenía la sensación de que esa forma de leer todo a través de la política podía ser reductora, pero solía caer en ella. Le parecía que eso les armaba itinerarios muy marcados, donde cada uno agarraba el tenedor, leía libros, discutía política y fornicaba como un tipo de izquierda, según el modelo registrado. Itinerarios donde cualquier desviación era rápidamente marcada, condenada. Y que él, algunas veces, también formaba parte de los que condenaban.

—No, en este momento no se puede, sabés. A mí esa obra me parece fundamental, pero los sacrosantos intereses de la revolución nos piden otras cosas, en esta coyuntura, más urgentes. La revolución siempre es muy urgente, ¿no?

Era una tarde calurosa de fines de noviembre. No hacía diez minutos que se había ido el director de teatro vanguardista cuando llegó Andrés Zabala con dos hombres de unos 25 años, se los presentó a Nicolás y le dijo que «los compañeros se van a quedar un momento porque tienen órdenes de evaluar una tarea». El más bajo llevaba un paquete grande envuelto en papel madera.

—Ustedes sigan trabajando compañeros, no se molesten. Nosotros necesitamos acá la ventana esta, nomás.

Dijo el más alto, y desataron el paquete. Adentro había un avioncito a control remoto. Le pusieron su combustible, le prendieron el motor y lo lanzaron por la ventana: el más alto, un pelirrojo medio pelado, de elegante saco sport, lo manejaba diestro con el control remoto. El avioncito subió, bajó, hizo un círculo, voló una cuadra en dirección al puerto y volvió, obediente, a la ventana. El pelirrojo lo agarró, le arregló un alerón y lo volvió a largar: el avioncito se lanzó derecho. Se alejó dos cuadas, tres, hasta que se perdió de vista. El otro lo seguía con un par de prismáticos.

—No pasa nada, Colorado, seguí, lo estoy viendo, fenómeno ¡Ahora pierde altura! ¡Ya no, va bien, va bien, metele más, metele más!

Nicolás miró a Andrés, que se había quedado apoyado en la puerta. Parecía pensar en cualquier otra cosa.

—¿Y ahora lo ves? ¿Lo ves?

Preguntó el Colorado, nervioso.

—No, no lo veo. ¡No lo veo, carajo! Se debe haber hecho moco. ¡No, allá está, cerca del objetivo, muy cerca, hacelo volver, hacelo volver!

Al día siguiente, Andrés lo dijo que alguien había pasado el dato de que desde esa ventana del sexto piso se veía la ventana de un despacho de la casa Rosada donde, muchas tardes, trabajaba José López Rega. Y que a alguien se le había ocurrido la idea de cargar el avioncito con un explosivo y mandárselo al Brujo.

—Pero están totalmente chiflados, Andrés, es una locura. Imaginate el kilombo que se puede armar si lo mandan desde acá y explota y alguien lo descubre. Es la guerra total...

—Voy a tratar de hablar con alguien, che, que se hagan cargo de lo que está pasando.

Días después, el responsable de Andrés les explicó que era un proyecto que le había caído de arriba junto con los dos tipos que propusieron la idea, y estuvo de acuerdo en que era una locura: iba a mandar un informe urgente para que lo pararan. Trataron de averiguar quién podía haber pasado el dato de la ventana, pero era imposible: en el ministerio trabajaban docenas de tipos que militaban en la JUP, la JP, la JTP. Podía haber sido cualquiera. El lunes siguiente, Nicolás salía del ministerio cuando se encontró con el Colorado del avioncito: lo estaba esperando en el hall de entrada, nervioso ante ese encuentro inorgánico, y lo invitó a tomar un café:

—Supongo que vos fuiste uno de los que se opusieron al proyecto, ahí adentro. Nos jodieron toda la operación.

—Por supuesto que nos opusimos. Somos sesenta compañeros trabajando en el sexto piso del Ministerio, con un proyecto muy discutido, muy elaborado, y no nos parece conveniente rifarlo por una carambola que puede salir o no salir, y que no sé cuál sería mejor. Acá hay un ámbito, responsables, reuniones, programas de acción. Lo que se haga acá adentro hay que coordinarlo con ellos. No sé si lo entendés.

—Entiendo que ustedes no entienden nada. La lucha es a muerte y en cualquier lugar y situación. Hay capacidad de infiltración, hay capacidad técnica, hay recursos logísticos para golpear donde queramos. Sólo hay que jugarse. Si lo de Aramburu fue perfecto y lo hicieron diez, hoy somos cientos, miles. Yo sé qué hacer con mi vecino gorila y sus viejas relaciones con los hijos de puta de la comisaría. ¿Vos sabés? ¿Lo pensaste, lo calculaste?

A Nicolás le pareció que el tipo estaba a punto de pifiarse:

—¿Eso discuten en tu ámbito, qué hacer con el radicheta de la esquina que piensa que Evita fue una cabaretera?

—En el grupo no les presto atención a los que versean. Hace tres meses que estoy y sólo hay dos compañeros que la tienen clara. Lo demás es todo chirle, es colonia de vacaciones para niños. Nos van a barrer a tiros a uno por uno, a todos. La gente está empezando a tener miedo otra vez. Fijate acá alrededor. ¿Qué pensás de los que están en las otras mesas? Alguien nos debe estar junando. Y nosotros a ellos, ¿cuándo? Los compañeros entonces se cagan en las patas. ¿Sabés por qué yo hasta hace poco no hacía política, no me enganché en nada? Por miedo. Pero ahora somos muchos, organizados, y podemos meterle miedo a ellos. ¿Y sabés por qué? Porque ahora tenemos la masa técnica indispensable.

—Perdoná la indiscreción, pero ¿vos sos de un frente, o de más arriba? Si no querés no me la contestés.

—Te la contesto, no tengo problemas. No quisieron incorporarme a la orga, sigo en el frente barrial, me postergan pero porque el que maneja todo en la unidad básica me tiene miedo, chucho, tuve algunos encontronazos, tiene su negocio con algunos punteros y la municipalidad. Toda gente que sobra. Sobra mucha gente al pedo en Montoneros, en la propia conducción, la podríamos rifar, pichones de políticos burgueses. Y se desperdicia en huevadas a la mejor gente. Mucha lengua para hablar de lucha armada pero yo no la veo por ninguna parte. ¿Para que me enganché yo, para limpiar

zanjas? Hace falta un golpe interno, y que pasen a conducir los que están dispuestos a todo.

—¿Y cómo te llegó el dato de la ventana del Ministerio?

—Me llegó y listo. Presenté la idea, y esta vez se entusiasmó el marranito ese que nos lee documentos, le brillaron los ojos. Vos lo comprobaste, yo con los avioncitos puedo hacer cualquier cosa.

El diálogo se iba haciendo cada vez más confuso. El personaje podía estar loco, pero a Nicolás le preocupó la idea de que locos así pudieran estar ocupando espacios. A éste lo tenían controlado en su frente, pero alguien le había dado la autorización para preparar esa operación que le parecía delirante. Le preocupaba la importancia que estaban retomando las actividades militares dentro de la organización: últimamente, parecía como si custodiar una cárcel del pueblo durante 24 horas fuera mucho más digno e importante que consolidar un acuerdo universitario o armar una lista sindical renovadora. Sus compañeros le contaban historias sueltas que le iban armando un panorama. Alguien le dijo que en la radio que dirigía había cuatro autos y que pensaba transformarlos en móviles para transmitir programas de participación popular desde la calle hasta que le llegó de arriba la orden de que los pasara para operativos militares. Otro le informó sobre el dueño de un recreo en el Tigre que lo había ofrecido para llevar pibes los fines de semana, y desde arriba vino la instrucción de que lo usaran para prácticas de tiro. O del militante de la JP que consiguió un galpón para hacer actividades recreativas, payadas, circo criollo pero lo destinaron, por contraorden repentina, a entrenar cuadros con cerbatanas gigantes traídas de la India. Eran armas muy prometedoras: silenciosas, efectivas, muy letales con un buen veneno. Aunque nunca las usaron, porque medían como dos metros y no terminaban de resultar manejables. Una de esas tardes, Nicolás se pasó varias horas en la oficina de *El Descamisado* con Ricardo Roa, Pepe Eliashev y el Yaya Azcone, tratando de acertar con las flechitas.

—Pero esas cosas también tienen que ver con el engorde de la Orga, ¿no?

El «engorde» estaba en todas las bocas. La organización Montoneros había pasado en menos de un año de 100 o 200 cuadros a 5000, y se hablaba mucho de ese engorde cuando alguien quería explicar cualquier problema que se fuera produciendo. Entre los nuevos cuadros —y entre los viejos— estaban los obedientes, que confiaban sin más en las órdenes de la conducción, y los críticos, que no encontraban canales para expresarse. Los viejos cuadros militantes se mezclaban con los nuevos, que traían más entusiasmo que preparación política, y con los «cajetillas de la agrupación 11 de marzo», los

que se habían incorporado al calor de la victoria y soñaban con cargos inminentes en las reparticiones más diversas. Y los tres estilos compartían esa avalancha en que la política era una actividad de 24 horas diarias donde la violencia se iba mezclando más y más.

Noviembre de 1973. «No debe sorprender que la mayoría de los libros más vendidos en la Argentina durante 1973 sean textos políticos o ficciones que comentan la realidad política y social: es una consecuencia lógica de un año regido por las leyes de la militancia, la puja electoral y las movilizaciones populares», empezaba diciendo un informe de *La Opinión Cultural* sobre «El best seller: mercancía o literatura». El redactor, después, se quejaba de la dificultad de establecer cualquier lista: «Una serie de indicios revela que el procedimiento, pese a su prolijidad, sigue siendo imperfecto: títulos de venta incesante como *Cien años de soledad* (García Márquez) y *Veinte poemas de amor* (Pablo Neruda), que superan todavía los 30.000 ejemplares anuales, no figuran en ninguna lista: a tal punto se han convertido en una costumbre. Un best seller, para que sea considerado como tal en estas latitudes, debería rondar o superar los 10.000 ejemplares anuales; en nuestra tabla, sin embargo, no todos los títulos cubren ese requisito, y hay algunos que, cumpliéndolo, no fueron detectados: sin computadoras, ninguna lista será infalible en la Argentina».

Salvo *Las Tumbas* de Enrique Medina, los cinco títulos de ficción más vendidos habían sido editados antes de 1973: *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry, *El día del Chacal* y *Odessa* de Frederick Forsyth, y *Juan Salvador Gaviota* de Richard Bach. Recién después venían las novedades del año, con mayoría de argentinos: *Mal don* de Silvina Bullrich, *El libro de Manuel* de Julio Cortázar, *The Buenos Aires Affair* de Manuel Puig, *Triste, solitario y final* de Osvaldo Soriano, *Cuentos con niebla* de Poldy Bird, *El cónsul honorario* de Graham Greene, *Vagamundo* de Eduardo Galeano, *Preso común* de Eduardo Perrone.

En ensayos y documentos los tres títulos más vendidos tampoco eran novedades y tenían un mismo autor: Juan Domingo Perón. Eran *La Hora de los pueblos*, *Conducción política* y *Apuntes de historia militar*. Después venía *El varón domado* de Ester Vilar, la *Correspondencia Perón-Cooke*, *La Razón de mi vida* de Eva Perón, *De Perón a Lanusse* de Félix Luna, *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano, *La Patria fusilada* de Francisco Urondo, *La pasión según Trelew* de Tomás Eloy Martínez, *Su*

pensamiento político de Salvador Allende y *El caso Satanovsky* de Rodolfo Walsh.

En el mismo informe, *La Opinión* preguntaba a Daniel Divinsky, «el responsable del mayor éxito editorial de 1973 en el campo de la ficción, con *Las Tumbas*, cómo se fabrica un best seller». Y Divinsky contestaba que «de los 120 libros publicados por Ediciones de la Flor, más de la mitad son de autores nacionales y menos de un diez por ciento alcanzaron la categoría de best sellers. Esto prueba que la cuestión es publicar y que el éxito, si se produce, viene después. Todavía en la Argentina, felizmente, el libro no se ha convertido en un producto similar a otros objetos de consumo. En países como Francia, Estados Unidos, Italia o Alemania, es decir sociedades capitalistas desarrolladas, el mecanismo de fabricar best sellers se monta a partir del título. Naturalmente para poner en marcha este costoso mecanismo se produce un libro con un nivel de lenguaje simple que asegure una inversión tan fuerte. En un país como el nuestro el público que lee es muy reducido en relación con la población, y no justifica esos mecanismos».

Más adelante, Divinsky decía que le habían interesado *Las Tumbas* y otro libro de tema semejante, *Preso común* de Eduardo Perrone, «porque desmitificaban el tema del reformatorio y de las cárceles. No planteaban problemas individuales, sino como reflejo del sistema social. Lo que me interesó a mí también le interesó a la gente, que se emociona cada vez menos con los personajes de ficción. Esto podría llevar a internarse en el análisis de las posibilidades de éxito de la llamada literatura testimonial, en relación a la de ficción. La gente cada vez se interesa menos por las cosas que les pasan a personas que no existen, o sea por la literatura de pura invención. En cambio aquellos libros donde se puede sentir la presencia del autor (libros no necesariamente autobiográficos pero en los que se relata algo vivido y sentido) tienen hoy mayores posibilidades de éxito».

En *Panorama*, Jorge di Paola también intentaba un resumen del año: decía que con el *Libro de Manuel Cortázar* se precipitó en el rebuscamiento y el tedio, que *The Buenos Aires Affair*, la tercera novela de Manuel Puig, era «uno de los textos más fascinantes del año», que Adolfo Bioy Casares había conseguido, con *Dormir al sol*, «uno de esos raros casos de libros perfectos y amenos, difíciles de olvidar», y que «un autor joven, Osvaldo Soriano, publicó su primera novela, *Triste, solitario y final*. El texto es asombroso. Complejo, tiene la virtud de parecer sencillez; divertido, melancólico y tierno, es al mismo tiempo capaz de evocar la comicidad del cine mudo y la aspereza

de la novela policial negra. Con estos elementos diversos y con su visión singular, ha gestado esta novela memorable», decía di Paola, y terminaba:

«La vanguardia, por fin, ha deparado al lector argentino páginas estremecedoras y originales: *Sebregondi retrocede* de Osvaldo Lamborghini, un texto difícil y astuto, ha sumergido al lenguaje en un baño de agua regia, disolviéndolo para transmutarlo en otra sustancia, en la que el relato se quiebra y se recompone con óptica diferente. Si los hábitos del lector son transformados, este libro no será una curiosidad sino un precursor».

Daniel De Santis tenía la sensación de que estaba embarcado en un trabajo a largo plazo: que en Propulsora sólo iba a ganarse un espacio si avanzaba de a poco. Para octubre de 1973 tuvo un pequeño encontronazo con su responsable, que le había dicho que metiera un volante en la fábrica y lo dejara en los vestuarios. Daniel, con seis años de experiencia, sabía que eso levantaría la perdiz y que él recién estaba empezando a conocer el terreno. Para fin de año lo trasladaron a la sección Decapado. Pronto habría elecciones de cuerpo de delegados. Dentro de la fábrica estaba todo tranquilo hasta que los de la lista Azul, que respondían al gobernador Calabró, dijeron que querían una lista de unidad pero sin el Pampa Delaturi, un militante del Partido Comunista.

—Ése es bicho colorado, es bolche, y los trabajadores somos peronistas...

—¡Ustedes son unos traidores hijos de puta!

El Pato Rave era del Peronismo de Base y, si había que elegir, prefería los comunistas a los vandoristas. El Turco Cherry era de la JTP: un tipo de voz cascada, entrenada en la venta de verdura fresca, con mucho más peso propio que los de la lista Azul. Decidieron hacer un sondeo para presentar una lista propia.

—Mirá, Pato, nosotros tenemos más de 600 votos seguros, ellos andan por la mitad... Los pasamos por encima.

Formaron la Lista Blanca Unidad. Rave, Cherry y Delaturi fueron sus tres caras visibles. Consiguieron las firmas que les exigió el sindicato, hicieron todos los trámites y, a mediados de noviembre, las urnas estuvieron plantadas dos días al lado de los vestuarios. El primer día, los de la Blanca fueron confirmando su pronóstico: como los sobres eran translúcidos y la papeleta de la blanca era clarita y la de la Azul era oscura, vieron que iban ganando dos a uno. Ya lo daban por hecho: hasta que aparecieron los de la Azul y dijeron que, durante la noche, las urnas se guardaban en el sindicato. Metieron las dos cajas en el falcon y estaban por salir. El Turco Cherry salió desencajado:

—¡Dejen las urnas!

—Eh, viejo, están las firmas en los precintos. ¿Qué te pasa?

Los de la Azul subieron a un falcon, los de la Blanca los siguieron en un Citroën. Cuando los perdieron en la zona del bosque pensaron que era una maniobra para cambiar las urnas en el camino, pero llegaron al sindicato y las cajas y los precintos parecían los mismos. Se quedaron haciendo guardia hasta el otro día y las urnas volvieron a Propulsora. Todo parecía democrático. En las últimas horas de votación, el Turco Cherry estaba feliz; sus fiscales habían llevado el conteo voto por voto:

—Vamos 550 a 350, ya está ganado.

—¿Seguro?

—Sí, por varios cuerpos...

Cuando fueron a hacer el recuento al sindicato, los de la Blanca salieron pálidos: el resultado oficial era al revés: 650 a 400.

—¡Fraude! ¡Fraude!

Estaban seguros de que les habían robado la elección. Hablaban de unas cajas con doble fondo, pero era imposible de probar. Otros decían que las habían cambiado en el viaje al bosque.

—¡Nos jodieron!

El Turco, el Pampa y el Pato salieron a buscar firmas para anular la votación y llamar a una nueva. Tuvieron un éxito rotundo: consiguieron 730. Pero la UOM de La Plata no atendió el reclamo y los de la Blanca quedaron en el llano. Daniel De Santis había visto todo esto como uno más: no había hablado con nadie de su militancia en el PRT, apenas parecía un muchacho inquieto. Pero a la tercera o cuarta reunión de la Blanca empezó a hablar: que no había que ir al juego de la burocracia, que la democracia obrera, que la autodefensa. El Turco Cherry se dio cuenta enseguida que no era un improvisado:

—Muy bien, lo que dice el compañero está muy bien...

Daniel siguió y el Turco tuvo totalmente claro que era un tapado. Al final de la reunión fue a sondearlo:

—¿De qué agrupación sos, Daniel?

—Independiente... Soy socialista.

—Sí claro, peruca no sos, eso se nota, pero tenés que asumir un rol más activo.

Su nombre empezó a aparecer en los volantes de la Blanca, hablaba en la puerta de la fábrica y, cuando los obreros empezaron a ver que los precios estaban dejando muy atrás a los sueldos congelados por el Pacto Social, se

convirtió en un orador efervescente. Por fin estaba empezando a ocupar el lugar que quería, en la primera línea de la lucha obrera.

—Vean compañeros, la seguridad es por si nos ataca el vandorismo. Si es la cana les piden identificación y una orden de allanamiento firmada por un juez. Eso sí, que la pasen por la ventana, nada de abrirles la puerta... No se resistan, pero tampoco que nos madruguen.

—¿Y si se quieren colar?

—Llaman al ministerio del Interior, a los diputados nuestros, cierran todo y avisan, ¿está? Lo que sí les pido es que terminemos con el relajamiento que hay: ayer el Nato se quedó dormido en la guardia y al Flaco se le escapó un tiro de Itaka que por suerte no había nadie. ¡Esto así no va, compañeros!

Emiliano Costa señaló el agujero en la manipostería y la docena de asistentes a la reunión empezaron a reírse:

—¡Flaco, sos un burro! ¡No tenés idea de lo que es una escopeta! ¡Yo te dije que no la dejes con la bala en la recámara!

—Silencio, compañeros. No hagamos cuestiones personales. Busquemos soluciones.

A Emiliano le resultaba un poco ingrato tener que encargarse de la seguridad del caserón de la calle San Juan, la sede de la JTP Capital. El criterio de Montoneros era que el cuidado del local estuviera a cargo de militantes de las agrupaciones de base: la idea era que las responsabilidades fueran surgiendo de la práctica. Pero la teoría no siempre funcionaba y, muchas veces, Emiliano tenía que completar el equipo para una guardia saliendo a buscar a sus compañeros por los bares de los alrededores. Y algunos, cuando lo veían llegar, se hacían los osos. El local era un blanco fácil: la policía ya lo había allanado dos veces, le habían puesto bombas, y los militantes no siempre se sentían preparados para defenderlo.

—Para solucionar este déficit, la organización va a dar una instrucción adecuada para que todos estén en condiciones de sentirse seguros en caso de tener que defender nuestro local.

El domingo siguiente se encontraron en Plaza Italia; los de UTA consiguieron un colectivo. Eran alrededor de veinte entre delegados bancarios, judiciales, estatales, obreros de la alimentación. Se bajaron en un campito poco antes de Luján: los instructores eran dos ex suboficiales de la Infantería de Marina, de los que se habían sublevado en la ESMA. Cruzaron un alambrado, bordearon un arroyo y al rato, acamparon. Emiliano hizo las presentaciones:

—Bueno, compañeros, ahora vamos a quedar a las órdenes del compañero Peti.

Peti era morocho, atlético, cortito y no estaba acostumbrado a hacer discursos. Los hizo parar a cierta distancia y empezó con ejercicios de calentamiento. A los que aflojaban se les acercaba y les gritaba hop hop a veinte centímetros. Después de la calistenia, los dos ex infantes les mostraron cómo se peleaba con palos. Un gordo de la agrupación de Gas del Estado estaba impresionado:

—Mierda, che, esto es kabuki, ¿no?

—No sé, es pelea con palos, como en las manifestaciones.

Se formaron parejas que trataban de imitar los movimientos de ataque y defensa. Después tiraron con hondas, molotov, improvisaron unos blancos para tirarles con pistolas 22, hablaron del valor calórico del caucho para las barricadas y, al caer la tarde, todos estaban exhaustos. Antes de volver Emiliano dijo que tenían que hacer el balance. Peti les recomendó que hicieran los ejercicios por lo menos tres veces por semana.

—El próximo domingo tenemos que lograr un poco más y la idea es que ustedes lleguen a familiarizarse con armas de defensa. Pistolas, metras, lo básico como para sentirse seguro en un enfrentamiento.

Los militantes parecían satisfechos: tenían la sensación de haber avanzado mucho. Emiliano dio el cierre:

—Compañeros, tenemos que ser conscientes de que, en esta etapa, la lucha es eminentemente política, basada en la movilización popular. Pero esa movilización no excluye la necesidad de la lucha armada. Y, a la hora de la lucha, el hombre es el que maneja el fusil; pero para eso tenemos que conocer el fusil...

La frase era del general Giap, pero no creyó necesario revelar sus fuentes:

—Yo lo que les pido es que, a la hora de cumplir una guardia o de hacer la autodefensa de una movilización, debemos tener en mente que somos milicianos de un futuro ejército popular, y que cada vez que cumplimos con una tarea de seguridad nos estamos fogueando en la lucha...

Mientras hablaba, Emiliano miraba mucho a la Avispa. Y ella le sostenía la mirada. La Avispa era una militante de la columna Capital: Emiliano la había visto un par de veces, pero nunca se habían parado a charlar. Hasta esa tarde, en el micro, a la vuelta, cuando Emiliano se sentó a su lado:

—¿No querés que dejemos la autodefensa por un rato?

Las palabras y las miradas se fueron haciendo cada vez más íntimas. La Avispa tenía ojos grandes, dulces, muy lindas formas y un marido, pero eso

no parecía ser un tema. Al cabo de un rato, Emiliano intentó la estocada definitiva:

—¿Sabés qué? Me parece que me estoy enamorando de vos.

Ella se rió y no le creyó nada, pero aceptó su invitación a acompañarlo a su departamento: Vicki Walsh estaba de visita en Cuba, en una delegación montonera que incluía a Dardo Cabo y varios militantes más.

Los días siguientes, Emiliano se acordó muchas veces de esos ojos, aunque andaba como loco: en cuanto asumió, Perón reafirmó su voluntad de que el Congreso reformara la ley de Asociaciones Profesionales siguiendo el proyecto de las 62 Organizaciones y mandó un proyecto de modificación del Código Penal que creaba la figura penal del «terrorismo» y, entre otras cosas, aumentaba las penas por asociación ilícita o portación de armas. El jueves 1.º de noviembre la cámara de Diputados sancionó la ley de Prescindibilidad. El viernes 2, mientras Juan Perón e Isabel Martínez visitaban la CGT, la JTP hizo otro acto de rechazo al proyecto de ley laboral. En el Luna Park repleto, ante 20.000 militantes, hablaron delegados de todo el país. Había dirigentes no alineados con Montoneros, como Jorge Di Pasquale, farmacéutico del Peronismo de Base. Guillermo Grecco cerró el acto:

—Tenemos bronca por la mala fe del proyecto oficial. Nosotros queremos una ley de Asociaciones Profesionales que sea el instrumento legal para que nos organicemos, para que defendamos a nuestro general y para que alcancemos la liberación nacional...

—¡Perón,/ Evita,/ la patria socialista!

El jueves 29 de noviembre era el último día de sesiones ordinarias: la cámara de Diputados tenía que discutir la ley de Asociaciones, que ya tenía media sanción del Senado, entre muchas otras. Los diputados que respondían a la Juventud Peronista habían tenido muchas dudas y bastantes aprietes: en los pasillos del Congreso, más de uno se encontró con pesados de las 62 Organizaciones que les insistían, con un revólver en la mano, en que tenían que apoyar el proyecto oficial. Algunos proponían no votar, o votar en contra, pero ganaron los que preferían votar a favor: decían que, por un lado, no debían oponerse a Perón a cuarenta días de su asunción, y que, por otro, si votaban en contra se aislarían de sus compañeros de bloque peronista y perderían toda posibilidad de incorporar a algunos de ellos a su proyecto.

El proyecto oficial tuvo 139 votos a favor, justicialistas, contra 77 de la UCR y la APR. La ley llevó el número 20.615.

Nueve

—Hace poco, Mariano Grondona firmó un artículo en *La Opinión* donde dice que los jóvenes peronistas recién se estaban haciendo peronistas ahora, porque recién ahora estaban conociendo a Perón, cosa que es objetivamente cierta. Nosotros en general no conocimos el gobierno de Perón, salvo por su estudio histórico, y no conocimos en los 18 años a Perón porque no lo veíamos. Teníamos una serie de coincidencias, una coincidencia prácticamente total con Perón en la resistencia. El planteo de Perón era superior al nuestro y lo elevaba. Por ejemplo la estrategia frentista, que la entendimos tardíamente y nos inscribimos en ella. En este lapso hemos hecho nuestro propio Perón, más allá de lo que es realmente. Hoy que está Perón aquí, Perón es Perón y no lo que nosotros queremos. Entonces, para hacer una caracterización de Perón, hay que empezar por conocer y profundizar su pensamiento...

Mario Eduardo Firmenich parecía reflexivo, por momentos casi dubitativo. Tenía una camisa celeste y un pantalón azul, cinturón de cuero crudo, mocasines, y estaba hablando frente a un centenar de militantes en la sede de la Juventud Peronista de Mendoza: hacía diez días que estaba de gira por el país, haciendo en cada centro importante un plenario como ése. Y, en cada uno, empezaba por explicar que quería conocer la opinión de los militantes sobre la situación general y, sobre todo, cómo tendría que seguir la relación entre los Montoneros y Perón. Aunque, una semana antes, el editorial de *El Descamisado* la hubiese definido muy claramente: «Quien conduce es Perón, o se acepta esa conducción o se está afuera del Movimiento... Porque esto es un proceso revolucionario, es una guerra, y aunque uno piense distinto, cuando el general da una orden para el conjunto, hay que obedecer».

En la sala, los responsables de todos los frentes de JP, JUP; JTP, UES y Agrupación Evita de la regional Cuyo lo escuchaban con toda atención. Firmenich hablaba de las diferencias y coincidencias entre Perón y ellos; por momentos, sus palabras eran casi dramáticas:

—Por último, objetivamente, Perón nos ofrece como prenda de negociación. Sus negociaciones para lograr la unidad nacional y sus negociaciones con el imperialismo tienen como elemento de entrega, de

«buena voluntad», a nosotros. Obviamente todos los sectores demoliberales comparten que se nos aniquile, porque saben que el desarrollo de nuestro proyecto significa su desaparición. Toda la burocracia comparte que se nos aniquile, porque nuestra existencia, el desarrollo de nuestro proyecto también significa su desaparición. La propia burguesía nacional, antes de aceptar una transición inexorable al socialismo, trata de ceder alguna parte de sus beneficios con tal de que se obtenga un mayor margen de ganancias frente al imperialismo y también que se nos aniquile a nosotros que significamos el proyecto socialista. Para todos esos sectores somos el enemigo común. Entonces, al ofrecer ese elemento como enemigo común y negociarlo, es decir cederlo, es un aglutinante para los otros sectores. Todas las medidas últimas del Consejo Superior, las maniobras de los vicegobernadores contra determinados gobernadores, los discursos del propio Perón desde que dijo «Mongo Aurelio» en adelante, expresan ese intento de hacernos desaparecer como proyecto. Tal vez no como individuos, no lo necesitan. Si desaparecemos como proyecto es suficiente. Si nos disolviéramos, si entregáramos las armas abandonaríamos todo nuestro proyecto y por supuesto no habría ningún problema en que, por ejemplo, los compañeros de la JP estuvieran en el Consejo Superior.

Susana Sanz escuchaba, preocupada. En esos días había recibido varias amenazas en su casa de San Rafael, y la revista *El Caudillo* había publicado una nota diciendo que en el sur de Mendoza se escondían depósitos de armas montoneras. Y daba nombres: entre ellos, el suyo. La acusación era casi una sentencia. En la tarima, Firmenich seguía con su charla. Un militante levantó la mano y le preguntó que, a partir de todo eso, cuál era la caracterización que hacía de Perón:

—Nosotros tenemos una contradicción ideológica con Perón, pero tenemos una coincidencia en el proyecto estratégico. Perón es, objetivamente, un líder, un conductor revolucionario, antiimperialista, que ha venido expresando a la clase trabajadora, etcétera. Sería estúpido de parte nuestra pelearnos con Perón por la ideología. Nosotros en las medidas concretas, en las políticas concretas donde surgen diferencias, tenemos que pelear al máximo nuestra concepción. Pero si perdemos, no por eso nos vamos a ir del peronismo. Eso no tiene sentido, porque compartimos el proyecto estratégico que formula Perón, aunque ideológicamente nosotros vayamos más allá, y porque el peronismo es obligadamente el movimiento de masas nacionalista y revolucionario por el cual pasa inexorablemente la revolución. Es decir,

pretender desarrollar una revolución fuera del peronismo, por contradicciones ideológicas con Perón, es absurdo: terminaríamos, ahí sí, en el PCR.

La charla del jefe montonero siguió un rato largo. Después de casi dos horas, Firmenich preguntó a su auditorio qué pensaban: qué tendrían que hacer los Montoneros frente a Perón, qué posibilidades tenían si se le oponían en ciertas situaciones concretas. La pregunta central no estaba claramente formulada, pero sí aludida: si pensaban que los Montoneros podrían convertirse, llegado el caso, en una alternativa al General. La mayoría de las respuestas eran entusiastas:

—Miren, compañeros, yo por mi militancia en el territorio estoy muy cerca de las bases, de la gente, y les puedo asegurar que hoy día los Montoneros gozamos de un respeto unánime. Yo les puedo decir que hay gente que empieza a enojarse con el Viejo, porque ven que ya lleva unos meses de gobierno y hay cosas que no han cambiado como ellos esperaban. Y en cambio con nosotros nos siguen apoyando, cada vez más nos apoyan, compañeros. Yo quiero ser claro: creo que en muchos casos, si se plantea un enfrentamiento entre el General y nosotros, hay mucha gente que nos va a seguir.

Dijo un dirigente de la JTP de Mendoza. Varios asintieron, y cinco más se pararon para hablar en ese mismo sentido.

—Los compañeros de los barrios, de las fabricas, del campo, los compañeros del pueblo no se confunden, compañeros: ellos entienden muy claramente qué Perón está arriando las banderas que lo convirtieron en el líder de su pueblo, y esos mismos compañeros saben que nosotros, en cambio...

Susana no estaba de acuerdo, y al cabo de un rato levantó la mano:

—Es incorrecto, no es una disyuntiva que haya que plantear ahora. Además, compañeros, está la información de que el General, por suerte o por desgracia, no va a durar mucho más. En concreto, los informes son que no va a tener más de seis meses de vida. Entonces, ¿qué sentido tiene pelearse con él ahora? No podemos actuar como una amante despechada, compañeros. Aun si pensamos que el Viejo nos usó, tenemos que ser más políticos. En este momento no conviene ningún enfrentamiento, ninguna división. Nosotros tenemos una serie de espacios en el aparato del Estado que hay que conservar, porque son espacios de poder que nos van a resultar muy útiles. Y lo que tenemos que hacer es seguir trabajando con la gente y acumulando fuerzas para que su muerte nos agarre en la mejor situación posible. Y pelearse con él, ahora, lo único que va a conseguir es desgastarnos.

Cuando terminó de hablar, Susana se dio cuenta de que su postura no había recibido mucho apoyo. Varias manos se levantaron para contradecirla. Pero le pareció que Firmenich, en su tarima, mientras tomaba notas, la había mirado con aprobación. Un responsable de la JTP de San Juan pidió la palabra:

—Yo no estoy de acuerdo con la compañera, con perdón. Nosotros un poco lo hemos discutido, y hemos leído algunos documentos, y estamos creídos de que por lo menos hay que meterle al enfrentamiento con la burocracia y los traidores que rodean al General, aunque el General se pueda cabrear. Entonces eso va a servir para agudizar las contradicciones. Así vamos a obligar a Perón a decidir su postura: se va a tener que definir de una vez por todas, y se va a tener que quedar con nosotros, porque tenemos a la mayoría de la gente. En cambio, si no lo forzamos con el enfrentamiento, nos va a ir sacando de la cancha poco a poco, va a desplumar a toda la gallina sin que siquiera cacaree...

Al día siguiente, Susana pasó por la gobernación a ver a Martínez Baca, que le comentó que en su último viaje a Buenos Aires alguien le había dicho que Perón estaba tratando de armar una Juventud Peronista más afín con su gobierno para tratar de dividir a la JP. Se decía que Juan Manuel Abal Medina había recibido el encargo del presidente, y que estaba tanteando a los gobernadores con buena relación con la Tendencia. La semana siguiente, ya en San Rafael, Susana organizó una reunión con los militantes de los barrios para contarles lo que había pasado en el plenario: la mayoría estaba de acuerdo con su posición.

—No, pero sería una boludez romper ahora con el General. ¿Qué vamos a ganar, quedar como los más vivos? Vamos a perder todo lo que venimos armando, vamos a quedarnos solos como la ultra...

—Muchachos, la orga se está convirtiendo en un puro aparato, se están dejando tentar por la soberbia aparatista. Es como si yo, para hacer una casa, creyera que alcanza con las columnas y las vigas. Si hiciera eso, si no pusiera los ladrillos, me quedaría una casa muy desguarnecida, una casa donde no se podría vivir, ¿no es cierto? Bueno, eso mismo es lo que está haciendo la conducción en estos momentos: está armando un proyecto político-militar basado en el aparato y olvidándose de los ladrillos, que vendría a ser el pueblo, la participación popular, el trabajo en la base, ¿no es cierto?

El cura Galli solía usar metáforas de albañilería. Seguramente le salían más fácil y, además, le servían para que nadie se olvidara de que él era un

cura obrero, pero no uno de clase media o alta que se había hecho obrero sino un hijo de obreros que había trabajado siempre en la construcción. Ése era su mayor orgullo. Ése, y ser peronista:

—Y más que nada, muchachos, se están olvidando de que acá el único que conduce es Perón. Le están queriendo pelear la hegemonía del Movimiento, están tratando de imponerle condiciones. A Perón, muchachos, a Perón.

Los demás lo llamaban El Viejo, porque ya andaba por los cuarenta años. Tenía su parroquia en Mataderos, donde lo conocía y seguía mucha gente, y formaba parte de la estructura militar de los Montoneros: había sido, durante un par de años, un militante irreductible pero, en las últimas semanas, no paraba de criticar a su organización en todo tipo de reuniones. Incluso había empezado a decir que quizás estaba llegando la hora de abrirse y, en Flores, Floresta y Mataderos, muchos lo escuchaban.

Horacio González estaba entre ellos. Desde el atentado contra Rucci, la situación en su barrio se había ido deteriorando: la UB Capuano Martínez funcionaba a medias y los militantes habían seguido discutiendo las decisiones de la conducción. Y, cuando salió *La Biblia*, con sus cuestionamientos a la figura de Perón y su definición tan debatida de que no era un líder revolucionario, las críticas aumentaron:

—Nos estamos apartando cada vez más del pueblo, compañeros. No podemos seguir operando así bajo un gobierno que no sólo es democrático y fue elegido por el 62 por ciento de la gente, sino que además está encabezado por el general Perón. Por supuesto, este gobierno puede equivocarse, pero si hay que criticarlo tenemos que hacerlo por medio de la movilización popular, con acciones de masas. Y tiene que haber un respaldo armado pero que sea eso: un respaldo. Si seguimos por este camino militarista en que nos hemos metido nos vamos a ir aislando cada vez más y parece que la conducción no se da cuenta, compañeros. Una cosa es usar las armas para hacer política y otra cosa es hacer una política de las armas. No se puede creer que porque tengamos un aparato militar más o menos importante podemos imponerle decisiones al pueblo, compañeros: estamos cayendo en la soberbia armada.

La expresión hizo fortuna y muchos la repitieron, casi como un slogan. Horacio y dos de sus compañeros se encontraron con José Luis Nell, que también criticaba con fuerza los postulados de *La Biblia*: Nell estaba postrado en su silla de ruedas y su historia infundía respeto.

—Éstos son unos recién llegados al peronismo, que se creen que pueden imponerle sus ideas al General. Se creen que el Movimiento son ellos, que se

pueden reunir y decidir que Perón ya no corre y que nosotros vamos a reemplazarlo...

Había reuniones, y la postura de los «leales» empezó a difundirse: la columna Oeste del gran Buenos Aires, por ejemplo, estaba casi entera en disidencia. Y la conducción de la regional 2, de Santa Fe, encabezada por Jorge Obeid. La división todavía no estaba formalizada, pero ya era un hecho. Horacio también la discutió mucho en su facultad, Ciencias Económicas, con resultados favorables: allí, la mayoría de los docentes y estudiantes montoneros se unieron a la disidencia. En esos días, varios jefes disidentes se reunieron con el cura Galli, y decidieron que tenían que ir a ver a Perón:

—Yo voy a pedir la entrevista, compañeros. Y le vamos a decir que hay un grupo de Montoneros leales que no aceptan esta desnaturalización...

Dijo el cura. A fines de diciembre, Galli consiguió la cita y, para sorpresa de muchos, decidió que iría con Julito, un muchacho de Mataderos sin mayor experiencia política.

—Es importante mostrarle al General que ésta es una decisión surgida del seno del pueblo. Que no es una idea de un par de burocratas intelectuales sino que viene del saber popular, espontáneo, verdadero. El General nos lo va a agradecer.

Los demás se asombraron pero no se opusieron: al fin y al cabo, era una buena idea. Perón recibió al cura y al muchacho en la residencia de Olivos, con toda la pompa: lo acompañaban su señora esposa y un edecán militar. Primero habló el cura, exponiéndole la situación. Julito se mantenía callado, con su mirada picara un poco disminuida por la impresión. Perón estaba complacido y les mostró el famoso documento montonero, *La Biblia*, que tenía sobre su escritorio:

—Lo que pasa es que estos muchachos son marxistas, eso es lo que les pasó. Pero yo los conozco bien, yo sé que se reunían en París, en la rue de la Poupée...

La historia de la rue de la Poupée se hizo famosa entre los leales, que la repetían como una muestra del humor del Viejo. Días antes había dado otra, más pública: el 23 de noviembre, los rumores insistieron en que Perón había tenido un ataque cardíaco. Y era cierto, pero esa misma noche grabó un videotape para televisión, donde trataba de mostrarse lozano:

—Muchos creían que estaba para el gato. No, todavía no.

Dijo el General con su sonrisa socarrona. De todas formas, el tema de su enfermedad —y de su sucesión— empezaba a ser una de las variables más

significativas de la situación política. Aunque siempre se comentaba en voz baja, como quien no quiere tomarla realmente en cuenta.

En los últimos días de 1973, la Juventud Peronista Leal a Perón se presentó en sociedad: aunque nadie podía ser preciso, se calculaba que entre un 5 y un 10 por ciento de los militantes montoneros se había ido a «la disidencia». Horacio estaba entre ellos: tenían la impresión de que, tras un desvío por la locura montonera, ahora habían vuelto a la pureza peronista.

En esos días, Horacio y otros dos militantes de la Lealtad fueron a hablar con Andrés Framini. Framini era un viejo sindicalista y político con mucha chapa peronista, que había sido candidato a gobernador de Buenos Aires en las elecciones de 1962 que ganó el peronismo —y que precipitaron la caída de Frondizi. Framini los recibió en una unidad básica de Once, con sus anteojos negros de siempre, y los escuchó durante un rato. Framini estaba aliado con los Montoneros pero todos lo situaban más a la derecha, y por eso les había parecido que era un candidato cantado para unirse a los leales. Horacio esperaba su respuesta con respeto e interés:

—Ustedes está bien que serán peronistas y por eso hacen esto, pero tienen que tener mucho cuidado, porque con este pensamiento se van aceleradamente a la derecha. Ustedes creen que van a poder mantenerse en el medio, como una especie de intermediadores entre la derecha y la izquierda, pero no es cierto: acá no hay lugar para esos términos medios. Si no están con los Montoneros, van a caer en manos de la burocracia y las bandas de la derecha. Piensénlo, tengan cuidado.

Horacio pensó que el viejo exageraba, pero igual se quedó dándole vueltas a la idea.

La noche había sido terrible. La Harris Cotrel de Fabril Financiera, una vieja máquina revistera, se trababa cada dos por tres y los diarios nunca terminaban de salir. A las cinco de la mañana recién habían imprimido unos pocos miles, y puteado en todos los idiomas. Pero Miguel Bonasso, Juan Gelman, Horacio Verbitsky, Paco Urondo, Rodolfo Walsh, Goyo Levenson y los demás estaban, pese a todo, contentos.

El primer número del diario *Noticias* apareció el 20 de noviembre. Era un tabloide, y la tapa tenía una foto grande y un título en cuerpo 48. La diagramación era limpia y directa, realizada por Oscar Smoje, y los artículos eran cortos: muy pocos llevaban la firma de su autor. Sus responsables tenían una idea clara: no querían competir con *La Opinión* sino con *Crónica*.

Aunque la formación de muchos de sus periodistas los inclinara más a la primera opción.

—No, lo peor que nos puede pasar es hacer un diario elitista, intelectualoso. Acá lo que hay que hacer es un diario para el tipo que lo tiene que leer en el bondi de parado a las seis de la mañana, cuando va a laburar.

—Pero bien hecho.

—Por supuesto. Sin sensacionalismo, y con una posición ideológicamente clara.

—¿Y no vamos a terminar haciendo populismo?

Por eso, entre otras cosas, *Noticias* no tenía suplemento cultural y Rodolfo Walsh se hizo cargo de la sección Policiales e Información General, donde trabajaban su hija Patricia, y el muy novato Martín Caparrós. La sección de política estaba dirigida por Horacio Verbitsky; gremiales, por Eduardo Suárez; internacionales, por Pablo Piacentini; deportes, por Mario Stilman; espectáculos, por Carlos Tarsitano, y había incluso una página de turf, a cargo de un ex redactor de *Crónica*, Luis Soto, que acertaba bastante y era el único que cuando hablaba con Miguel Bonasso lo llamaba señor director, irónicamente.

Entre los redactores estaban Silvia Rudni, Silvina Walger, Zelmar Michelini, Alicia Barrios, Carlos Ulanovsky, Jorge Carnevale, Pedro Uzquiza, Eduardo Rafael, Leopoldo Moreau. El secretario de redacción era Pablo Giussani, y los jefes de redacción Juan Gelman, y Paco Urondo.

La mayoría de los periodistas militaban en agrupaciones montoneras o acordaban con su línea, pero había algunos que no. Y después empezaron a colaborar personajes como Menotti, que hacía columnas de fútbol, u Oscar Gálvez, de automovilismo. *Noticias* era dirigido por un ámbito de conducción donde estaban Bonasso, Gelman, Walsh, Urondo, Verbitsky, Levenson, Rudni. Miguel hacía, como solía decir, «tarea de canciller»: se ocupaba más que nada de las relaciones con las demás fuerzas políticas, con los talleres e imprentas, con el exterior en general. Y no terminaba de gustarle. Juan Gelman era el director periodístico y Paco Urondo el supervisor político: el militante de mayor nivel entre todos los que trabajaban allí, el que tenía más reuniones con el responsable político del diario, Julio Roqué —que, poco después, fue reemplazado por Carlos Hobert, Pingulis. Goyo Levenson era el administrador: el que solía recibir los paquetes de dinero fresco, que venían, en buena parte, de un par de secuestros de gerentes de empresas extranjeras que los Montoneros habían cobrado en esos días.

Cada mediodía se reunían para criticar el diario del día anterior, discutir las grandes líneas del siguiente y tratar cualquier tema relacionado con su funcionamiento. Después llamaban a la reunión de jefes de sección donde, muchas veces sin Miguel, planificaban el diario del día.

Entonces cada cual empezaba a trabajar en su área, hasta las seis o siete de la tarde, cuando Miguel, Paco, Horacio, Rodolfo y Juan volvían a reunirse en el cubículo de Paco, al fondo de la redacción, para decidir la tapa. A veces, las discusiones se hacían fuertes.

Noticias no llevaba un mes en la calle cuando se armó una de éstas. El debate desbordó el ámbito de conducción del diario y, una tarde, Mario Firmenich se presentó en la oficina de Piedras y Chile.

—El problema es que las agrupaciones funcionan como si el diario fuera un boletín interno. Nos llenan de comunicados, de declaraciones y después si no los publicamos nos hacen un escándalo...

Dijo Miguel, y Firmenich lo cortó, casi amable:

—Bueno, siempre estuvo claro que una de las funciones del diario sería la de servir como una forma de comunicación entre la conducción y el conjunto de la militancia, y también entre los distintos frentes. Eso siempre se dijo, no es ninguna sorpresa.

—No, claro, no. Pero en todo caso es algo que el diario tiene que hacer a través de sus funciones específicas. Por supuesto que nosotros vamos a ir a cubrir cualquier conflicto fabril, y si está la JTP mucho mejor. Pero dejémonos de joder, eso es una cosa, y otra muy distinta que lo cubramos a través de los comunicados de la JTP. Acá hay un periodista que se ocupa de la universidad: si la contamos como si fuéramos la JUP, el diario se va al muere. La difusión de la línea es algo mucho más sutil, más amplia.

Dijo Juan Gelman. Firmenich no parecía del todo convencido, pero los miembros de la dirección del diario estaban todos de acuerdo y, finalmente, ellos debían saber. *Noticias*, en esos días, estaba vendiendo casi 100.000 ejemplares.

Diciembre de 1973. «Toda la revolución de las comunicaciones fue creada por Estados Unidos. La tecnología, que es la esencia de la revolución comunicativa, nació en este país. Somos los líderes mundiales en cuanto al uso de esta tecnología para la diseminación de ideas, información y entretenimiento», decía, en Nueva York, Frank Shakespeare, ex presidente de la CBS y organizador de la campaña que, el año anterior, había permitido la reelección de Richard Nixon.

Hablaba, entonces, sobre todo, de la televisión. Que, en Buenos Aires, seguía bastante parecida a sí misma. Pasaba las mismas series americanas de siempre —*Los tres chiflados*, *El agente de Cipol*, *Daniel Boone*, *Los Vengadores*, *El túnel del tiempo*—, en canal 13 almorzaba Mirtha Legrand, en el 9 almorzaba —«con las estrellas»— Orlando Marconi y, a la noche, competían los shows de Pinky, Santiago Bal, Eddie Pequenino, Juan Alberto Mateiko, Horangel, Adolfo Stray o Cacho Fontana con la *Alta Comedia* dirigida por Alejandro Doria, *El Chupete* de Alberto Olmedo o *Telecómicos* de Aldo Cammarota. Sólo el 7, estatal, había cambiado un poco: su programación intentaba un sesgo nacionalista, con programas como *Cantargentina* —que presentaba a Tarragó Ros, los Hermanos Ábalos o los Huerque Mapu y competía con *Música en Libertad*, de Leonardo Simmons, donde chicos y chicas de pantalones oxford bailaban los hits del momento—, o *Falta envido y tango* conducido por Antonio Carrizo, o *Teatro argentino*, que presentaba obras locales.

Pero intelectuales y militantes criticaban mucho a la televisión, y no solían pasar mucho tiempo frente a la pantalla. En esos días, un artículo de *La Opinión Cultural* titulado «Proceso a la televisión argentina» y firmado por Enrique Raab reproducía sobre todo las opiniones de cinco alumnos de quinto año del Colegio Nacional de Buenos Aires, militantes y menores de 18, sobre esa televisión:

«Gustavo (Juventud Radical Revolucionaria): Lo que pasa es que todo el sistema tiene que cambiar. Mientras en la televisión haya publicidad, se contribuye a la automatización del individuo, primero introduciéndolo en la sociedad de consumo, de prepo, y esa introducción oprime al individuo cada vez más, convirtiéndolo prácticamente en víctima de un proceso en gran escala.

»Ernesto (Juventud Peronista): Eso se ve en las caras de los tipos que posan de modelos para la publicidad. Tipos así no existen. Como el de la propaganda de Martini, que muestra a un tipo que va en lancha, en auto, en avión. Todo porque toma Martini. Además resulta que es banana, que juega al rugby y que de noche camina por Santa Fe.

»Gustavo (JRR): Todo eso tiene que ver con la alienación y ayuda a frenar las posibilidades de expansión intelectual del individuo. Por ejemplo, acuérdense de la gran bolilla que se le pasó a la Apolo 11, con todo el mundo fijo en una imagen. Y sin embargo la Apolo 11 fue sólo el envío inicial de un proyecto de gran envergadura; además tenía un valor sentimental: mirá, mirá como el hombre llegó a la luna. Claro, después nadie se ocupó de

explicarle a la gente la línea científica de la NASA. Y ahora, con el Skylab 3, que es tres veces más importante como logro, los noticieros ni se molestan en darle bola».

Más adelante, Raab les preguntaba por los teleteatros:

«Gabriel (Federación Juvenil Comunista): Por supuesto que se trata de transmitir la moral de la clase dominante, pero no la que practican ellos mismos sino la que proponen para las clases explotadas como un medio más de dominación. Vos mencionaste a Rolando Rivas. Ahí se plantea el tema de la alianza de clases bajo la forma de casamiento entre ricos y pobres. Y es sintomático que nunca aparezca en la televisión argentina una familia obrera. Otro tema que aparece en Rolando Rivas es el del aborto. El personaje que aborta es insultado de arriba abajo y maltratado por todo el barrio. Migré no dice que esté bien insultar a los que abortan, pero el mensaje que queda es que mujer que aborta corre el riesgo de esos insultos.

»Sergio (independiente): Yo definiría la filosofía de la televisión argentina como una tentativa de presentar personajes aparentemente populares que practican, contradictoriamente, una moral burguesa.

»Ernesto (JP): Es como la Legrand, que confunde al pueblo, al darle una visión tan mistificada de la vida, tan colonizadora. Eso está en sus modales, en los temas que toca, en las pavadas que dice... Ella también estaba en el GAN, difundiendo todos los días. Ahora resulta que es peronista. Claro, ahora son todos peronistas... Pero, para mí, Mirtha Legrand es la personificación más viva de la cultura de la colonización».

Una cosa era que no estuvieran muy de acuerdo con la muerte de Rucci y otra muy distinta que se dejaran patotear por esos sindicales. Los tipos habían aparecido de improviso y habían subido las escaleras de la facultad antes de que nadie pudiera contenerlos. Y entraron, a los tiros, en el hall central. Elvio Vitali y sus compañeros de la JUP se atrincheraron en su local, y se prepararon para defenderlo.

Las armas siempre habían sido habituales entre los militantes de Derecho: la izquierda, la derecha nacionalista, los liberales de la Revolución Libertadora, los peronistas, todos solían llevar su revólver cuando iban a clase. Había, incluso, un esquema de tiroteo clásico, con muy pocas posibilidades de que nadie hiriera a nadie: uno de los grupos se ubicaba en la confitería de las Artes, de un lado de Figueroa Alcorta, y el otro en la entrada de la facultad, del otro. Eran tiros de revólver a cien metros: si había algún herido era un error.

Pero, esa tarde, el grupo de sindicalistas y CdeO quería hacer un acto para reivindicar la memoria de José Ignacio Rucci dentro de la facultad de Derecho, y parecían a punto de conseguirlo. Los peronistas revolucionarios y los izquierdistas se metieron en sus locales, en el pasillo que llevaba al bar. En los locales había bastantes armas:

—¡Si no se rajan los cagamos a tiros, fachos hijos de puta!

—¡A ver, zurditos, vengan a buscarnos si son machos!

Los ruccistas eran un centenar y pasaron desfilando por el pasillo del bar:

—¡Perón,/ Evita,/ la patria peronista!

—¡Rucci,/ traidor,/ saludos a Vandor!

Le contestaban, desde las puertas de los locales, los militantes de la facultad. Elvio y sus compañeros los apuntaban con sus armas. Los gritos seguían, y Elvio pensó que si alguien tiraba el primer tiro iba a ser una carnicería: los tipos pasaban ahí nomás, a dos o tres metros, y se cruzaban las puteadas, las miradas de odio. Al final, la cosa terminó en empate: los ruccistas no pudieron hacer su acto, los militantes de la facultad no pudieron impedir que se pasearan por su territorio.

—Che, ¿tienen listos los volantes con la lista?

En esos días, la JUP estaba dedicada a su campaña electoral. Faltaba una semana para las primeras elecciones de centro de estudiantes desde la vuelta de la democracia, y todos pronosticaban una victoria amplia de los peronistas. El Negro Carlos Fassano era su candidato a presidente del centro. Elvio era el candidato a secretario general y se pasaba todo el día haciendo campaña:

—... hay que tener cuidado con esas listas que se presentan diciendo que son independientes. ¿Independientes de quién? ¿Del rey de España y su metrópolis?

Los cuarenta o cincuenta estudiantes que se habían parado a escucharlo en la escalinata de la entrada se rieron. Muchos sabían que se estaba refiriendo al partido Comunista, que solía presentarse bajo la etiqueta «independiente».

—... pero lo importante es el proyecto de facultad que cada cual propone, compañeros. Porque no tenemos que olvidamos de que ésta siempre fue una facultad elitista y antipopular. Por eso ahora, que hemos abierto el acceso a la facultad a mucha gente trabajadora, a muchos que hasta ahora estaban excluidos, no hay infraestructura para garantizar la enseñanza para todos. La tarea más urgente, compañeros, es solucionar este problema. La JUP tiene una serie de proyectos, que incluye la división de las aulas para que haya más cursos, el aumento y la jerarquización del plantel docente, la extensión de los horarios para que sean accesibles para todos... En síntesis, compañeros:

¡implementar todo lo que sea necesario para transformar esta santa casa en una verdadera facultad nacional y popular, que acompañe el proceso de cambio que el país ha elegido, compañeros!

El 5 de diciembre votó la mitad de los estudiantes empadronados en Derecho —cuatro veces más que en 1972— y la lista Azul y Blanca, de la JUP, ganó las elecciones con 4500 votos. Los radicales alfonsinistas de Franja Morada fueron segundos, con 2000, y metieron como vocal a Facundo Suárez Lastra. El Movimiento de Orientación Reformista, del PC, sacó 800. Las nuevas autoridades empezaron por rebautizar el centro como Centro de Estudiantes para la Liberación Nacional Martins y Zenteno y anunciar que lo que «era un aparato burocrático tiene que transformarse en un organismo de masas representativo y movilizador». Entre sus primeras medidas anunciaron la creación de cursos de verano en la facultad y la instalación de consultorías jurídicas en barrios y sindicatos, a cargo de estudiantes avanzados.

En toda la Universidad de Buenos Aires la JUP ganó nueve de los trece centros con el 44 por ciento de los votos —23.176—, contra el 21 por ciento de Franja Morada y el 18 por ciento del MOR que, el año anterior, había ganado con el 55 por ciento en elecciones boicoteadas por el peronismo. En menos de un año, la JUP se había convertido en el grupo más poderoso de la política universitaria.

El fin de semana del 15 y 16 de diciembre, finalmente, la FUA-Córdoba pudo hacer su congreso en la facultad de Ciencias Económicas de Córdoba. Los radicales estaban entusiasmados: Franja Morada había crecido mucho; al menos, más que los socialistas del Movimiento Nacional Reformista, con quienes compartían la dirección de la FUA.

—¡Franja/ Morada,/ la patria liberada!

Gritó la barra cuando anunciaron la nueva conducción de la Federación, y Fredi Storani, el nuevo presidente, levantó los brazos hasta que Miguel Godoy, el vice, del MNR, lo abrazó. Habían trabajado duro esos meses en las elecciones de centros: de 7800 estudiantes que habían votado a Franja Morada en 1972, habían pasado a 22.000, y de ocho centros de estudiantes que dirigían el año anterior, ahora estaban al frente de 17. Luis Menucci se acordó de algo que le repetía un amigo suyo montonero: Pablo Fornasari le decía que la JUP crecía porque había asumido la identidad peronista, que era hora de simplificar tanta sigla universitaria y que si los de Franja Morada no dejaban de hacer ese juego de agrupación amplia, que cobijaba anarquistas,

independientes y apartidistas, no iban a crecer: que al pan pan y al vino vino. Por eso, Luis Menucci largó una consigna clara:

—¡Juventud/ Radical,/ en la lucha popular!

Y enseguida, como en el congreso estudiantil estaban René Salamanca y varios dirigentes sindicales, todos cantaron.

—¡Obreros y estudiantes,/ unidos adelante!

El congreso de la FUA-Córdoba reunía a la mayoría de los centros de estudiantes, pero el mapa del movimiento estudiantil era complejo: el Movimiento de Orientación Reformista —comunista— manejaba una porción de centros estudiantiles en la llamada FUA-La Plata. La división venía de 1969, cuando el MOR no podía tolerar que la mayoría de los centros los dirigieran los del FAUDI, la agrupación del partido Comunista Revolucionario, desprendido del partido Comunista. Y junto al FAUDI, con menor peso, habían quedado el MNR y Franja Morada que, con los años, habían logrado quedarse con la conducción de la FUA.

Pero a los radicales siempre les pasaba algo: 1973 había sido un año explosivo en las facultades y el mayor caudal de votos se había ido a la JUP. Y los dirigentes de la JUP no aceptaban la FUA tal como estaba. Por eso, hacia el cierre del congreso de Córdoba llegó la delegación peronista encabezada por Miguel Talento e Ismael Salame. Talento, que presidía la FULNBA —Federación Universitaria de Liberación Nacional de Buenos Aires—, hizo público el propósito de la JUP:

—Compañeros, para el año próximo tenemos que lograr la unidad del movimiento estudiantil organizado, porque con las divisiones el único que se favorece es el proyecto de universidad oligárquica al servicio de los monopolios que hoy estamos derrotando, mientras que con el movimiento estudiantil unificado y en la lucha vamos a contribuir al camino de liberación que ha emprendido el pueblo argentino protagonizado por las grandes mayorías...

Terminaba el año, y Luis Menucci sentía que la Juventud Radical ya tenía forma. Un paso importante era la salida de un periódico nacional, que dirigía el entrerriano Ricardo Laferriere: *Militancia Radical* aclaraba en tapa que era el «órgano de la Junta Coordinadora Nacional». De vuelta en La Plata, Luis le transmitía su optimismo a Sergio Karakachoff. Que hacía, una vez más, de abogado del diablo:

—Colorado, todo eso está muy bien, pero, ¿querés que te diga una cosa?: lo de la juventud es un invento de los mayores para que no les escupan el asado. No hablemos de Balbín o de Perón, el mismo Alfonsín nunca militó en

la juventud. Y si nosotros no logramos consolidar Renovación y Cambio vamos a seguir teniendo un partido de punteros, que siguen haciendo las listas por los favores que se deben. Mirá, Colorado, de los doce senadores radicales hay nada más que dos como la gente, y de los 51 diputados radicales, sacás sólo cinco buenos...

Sergio se refería a los senadores Hipólito Solari Yrigoyen y Antonio Nápoli, y a los diputados Mario Amaya, Teresa Meciarde de Morini, Plácido Nosiglia, Raúl Borrás y Adolfo Gass.

—Alba, te vas a tener que quedar unos días con los chicos, me tengo que ir a Buenos Aires.

—¿Qué?

—Me nombraron director de *El Mundo*.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana, querida.

Para Manuel Gaggero no era fácil dejar el estudio de abogado, su mujer y sus tres hijos. Paraná era su refugio, pero desde su incorporación al comité ejecutivo del FAS todo había sido muy rápido. A fines de septiembre, inmediatamente después de la muerte de Rucci, le pusieron una bomba en la casa, que destruyó la fachada. Adentro estaban su madre y sus hijos: desde el atentado vivían en pánico. El 7 de diciembre, Manuel llegó a la sede del diario con un saco claro, corbata y una valija de cuero. En la redacción especulaban sobre si el nuevo jefe de la Armada, Emilio Eduardo Massera, que asumía ese día, era o no el hombre de Perón en la Marina. Los periodistas lo saludaron como a un turista. Uno apareció corriendo con la noticia de que el ERP había secuestrado en Campana al gerente de la Esso, Víctor Samuelson, y que había dejado un comunicado repitiendo que «no había tregua para el ejército opresor ni las empresas imperialistas». Cuando Manuel llegó a la administración, le dijeron que había un papel para él: era una cita con Benito Urteaga en un bar de Entre Ríos y Belgrano.

—Bueno, Manuel, te vas a tener que hacer cargo. El viejo Cerruti presentó la renuncia y estamos seguros que la tarea no te va a quedar grande.

Cerruti Costa se había cansado. No podía manejar a los periodistas y mucho menos ponerle límites a los verdaderos dueños del diario. Urteaga le explicó que, además, a Cerruti lo habían invitado a Vietnam y a otros países socialistas y al PRT le venían muy bien esos contactos diplomáticos. Después le dijo que todos coincidían en que el hombre era él. Así que le asignaron un

suelo como director y le reservaron una habitación en un viejo hotel de la avenida de Mayo, a pocas cuadras del diario.

Manuel Justo Gaggero había nacido en 1940 en Paraná, y se crió entre mujeres: su padre murió cuando él era muy chico, así que Manuel creció con su abuela Emilia, su madre Susana Emilia y su hermana Susana. Su madre era maestra y antiperonista y su hermana había heredado esa vocación. Su abuela, en cambio, lo despertó llorando el día que murió Evita y Manuel, a los 12, sintió por primera vez que se moría alguien en serio. A los 14 se hizo de la UES, pero las peleas de Perón con la Iglesia no eran bien recibidas en su familia muy católica y Manuel andaba confundido. A las denuncias de que Perón abusaba de las chicas de la UES, se sumó una que lo impactó: el 17 de junio de 1955, tras el intento de golpe militar, la policía arrestó a militantes del PC en todo el país. En Rosario, el médico comunista Juan Ingalinella murió en la sala de torturas del Departamento Central de Policía. El gobierno, en su ocaso, salió a decir que fue un lamentable síncope cardíaco. La oposición denunció el crimen: Manuel dudaba, pero siguió siendo peronista.

El día de la caída de Perón, Manuel corrió a la CGT y vio cómo los dirigentes hablaban de armar al pueblo.

—Cambió de bando la base aeronáutica, el regimiento de Monte Caseros que era leal y marchaba para acá también se dio vuelta... Con los milicos no se puede; vamos a agarrar las armas nosotros y los vamos a hacer mierda...

Gritaba un viejo sindicalista de la madera con la voz cascada, mientras Manuel se imaginaba cavando una trinchera como en las películas. Pero los años siguientes fueron de una resistencia muy desordenada y los peronistas apenas podían tirar unas bombas de alquitrán los 17 de octubre. Manuel terminó el secundario en la nocturna y se anotó en Derecho en Santa Fe en el 58. Para ese entonces ya había pasado por la Alianza Libertadora Nacionalista, los primeros núcleos de la Juventud Peronista hasta la Gremial de Estudiantes de Derecho, ligada a la Confederación General Universitaria. Los enemigos más cercanos para los de la CGU eran los comunistas. Pero en enero de 1959, Manuel salió a festejar la Revolución Cubana junto a socialistas y comunistas que lo miraban como un advenedizo: eran los mismos que habían salido a la calle a festejar el golpe del 55. El primero de mayo de 1959 le tocó hablar, en nombre del movimiento universitario peronista, en la plaza de Paraná. El orador de fondo era otro entrerriano: Augusto Vandor. Para muchos, sus palabras fueron excesivamente zurdas y, al día siguiente, algunos de sus viejos amigos peronistas lo miraban esquivos.

Mientras, participaba en la publicación de un periódico local, *Clase Obrera*, donde había peronistas de verdad y algunos marxistas que practicaban el entrismo. Para las elecciones del 18 de marzo del 62, Manuel pensó que el triunfo de Framini empezaba el retorno al poder del peronismo y se ahogó de bronca cuando los militares, para no reconocerlo, echaron a Frondizi.

—Manuel, estamos pensando en la posibilidad de que visites Cuba.

Le dijo en esos días Alicia Eguren. John William Cooke, su marido, pensaba seriamente que se podía formar un frente de liberación basado en el peronismo y volcado hacia la izquierda. Un mes más tarde, Cooke lo recibía en La Habana. Eran los años de comienzos, cuando todo parecía posible. Manuel se entusiasmó y la estadía se hizo larga: en casi un año, conoció a socialistas que habían evolucionado hacia el maoísmo como Elías Semán, trotskistas que se volvían partidarios de la guerrilla como el Vasco Ángel Bengochea y a marxistas independientes como Abraham Guillén, que un tiempo después formó el Ejército de Liberación Nacional. En sus primeros días, Manuel visitó el ministerio de Industria y conoció al ministro.

—¿Cuántos años tenés?

—Veintiuno, comandante.

—¿Y creés que en la Argentina el peronismo puede ser una alternativa? ¿Realmente lo creés?

—Y si no ¿quién...?

—Tienen que unirse compañero, tienen que unirse...

El Che Guevara movía la cabeza de un lado al otro y para sorpresa de Manuel tenía una cierta papada y una guayabera muy civil.

Pero después, los 25 argentinos fueron a parar a un campamento, más precario que espartano, con comida fea y arañas pollito en el baño. A cada uno le dieron un garand y una mochila bastante pesada. Después de la primera salida larga de instrucción, volvió a ver al Che. Esta vez vestido de comandante, acompañado de unos cubanos que no hablaban y hubo asamblea. El discurso de Guevara era simple.

—Bueno, lo que hicieron acá, hay que hacerlo en Tucumán, en Salta. Formar bases, irradiar grupos a otras zonas...

Para sorpresa de todos, el Vasco Bengochea empezó a hacer algunas observaciones.

—Pero la Argentina es un país con alto desarrollo industrial, básicamente urbano y deberíamos considerar esas características.

A nadie se le escapaba que se le estaba plantando al Che. El Che sabía que el Vasco era trotskista y los pocos trotskistas cubanos el año pasado en Cuba habían hecho algo de lo peor que por suerte fue detectado por la inteligencia cubana: querían invadir la base americana de Guantánamo. Al rato de discutir, con una sonrisa y palmeándolo en el hombro al Vasco, el Che dijo algo así como que los mejores trotskistas eran los trotskistas muertos. Pero Guevara no ocultó sus molestias cuando vio que todos discutían mucho entre ellos y sobre el final estuvo cáustico:

—La revolución da mucho que hablar, pero lo fundamental es hacerla.

Cuando el Che se fue, el grupo se subdividió en grupitos. Manuel pasó cerca de los peronistas más ortodoxos y escuchó al Manco Carrizo, que se quejaba bastante alarmado.

—Éstos quieren tirarnos en paracaídas en las montañas; están locos...

Unos días después, llegó de visita el propio Fidel. Alertado de las diferencias, los tranquilizó a todos:

—Acá ustedes reciben instrucción y después ustedes hacen lo que quieren. Es más, si alguno sale a robar bancos con lo que aprendió acá, no es problema de la Revolución Cubana, será problema del que lo hace...

En esos días, Cooke le contó una historia: Perón estaba viviendo en Santo Domingo, invitado por el generalísimo Rafael Trujillo, y Cooke, como su delegado personal, lo fue a visitar. Perón le dijo a Cooke que fuera a ver al presidente dominicano y que le hiciera un buen informe de las acciones de la resistencia peronista. Cooke se esmeró en contarle detalles y el Generalísimo, curtido por treinta años de poder, le dijo con delicadeza que él quería contribuir a esa lucha y sacó un portafolios lleno de plata. Cooke le dijo que no, que de ningún modo, y no le dio mayor trascendencia al gesto. De vuelta en su chalet, Perón le preguntó qué había hablado con el Generalísimo. Cooke le dijo que le había contado la resistencia con pelos y señales.

—¿Y qué más?

—Y los planes futuros.

—¿Y qué más?

—En un momento me dijo que quería contribuir con la resistencia...

—¿Y?

—Y yo le dije que no era preciso...

—Usted es un pelotudo, mi amigo.

Cuando volvió a Paraná, Manuel retomó su carrera de abogado y su romance con Alba Sager, su novia, que se quedó embarazada en el invierno de 1964. Manuel y Alba juntaron valor y se casaron en noviembre. En mayo

de 1965 nació Manolo. Fue el impulso para que Manuel diera las últimas materias: se recibió en febrero de 1966, armó un estudio y tenía mucha actividad porque los sindicatos estaban en los últimos rounds de su pelea contra Illia. Pero no juntaba dos pesos, así que tuvieron que vivir en la casa de su madre.

—No te deprimas querido, la plata no nos importa.

Alba era docente de física y matemáticas, así que con eso sumaba algo. Para ese entonces la casa familiar se había despoblado: la abuela Emilia había muerto mientras Manuel estaba en Cuba, y su hermana Susana se había ido a Rosario a estudiar Psicología. Susana empezó a militar en Palabra Obrera, donde conoció a Luis Pujals. Luis era trotskista —hijo de un demócrata progresista gorila y acaudalado—, y ya hacía años que había dejado los estudios por el overol. Era la época en que Palabra Obrera había apostado a mimetizarse en el peronismo, pero los burócratas sindicales estaban muy entrenados en detectar izquierdistas por su manera de hablar, su ropa o sus gustos, y los raleaban enseguida. Después, ese grupo se alió con los del Frente Revolucionario Indoamericano Popular y Luis se convirtió en el principal aliado de Santucho en la lucha interna para construir un grupo guerrillero. Luis y Susana se casaron en 1967; Luis se hizo muy amigo de su cuñado Manuel.

Manuel seguía en el peronismo: había entrado en el Bloque de Agrupaciones Peronistas, orientado por Jorge Di Pasquale, con participación en la CGTA. El 29 de junio de 1969 nació Mauricio, su segundo hijo. Al día siguiente, un comando mató a Augusto Vandor.

Cuando a principios de 1970 empezó a actuar el comando Che Guevara en Rosario, era un secreto a voces entre la militancia que el jefe era Luis Pujals. Como no encontraban a Luis, la policía detuvo a su hermana Susana, en Pergamino, y a su cuñado Manuel, en Paraná. Lo de Manuel levantó polvareda, porque era un laboralista joven y prestigioso. Por amistades comunes, el brigadier Rubén Fabre, gobernador de Entre Ríos, fue a Buenos Aires a pedir su liberación en la Casa Rosada. Unos meses después, Manuel estaba de vuelta en Paraná. Mientras tanto había nacido Mariano, su tercer hijo.

En septiembre de 1971, un grupo de la Policía Federal secuestro a Luis Pujals. Luis era responsable de la regional Buenos Aires y, después de Santucho, el dirigente más importante del PRT. Los servicios tuvieron el dato y mientras su cuñado Manuel presentaba un hábeas corpus, a Pujals lo mandaron en secreto a Rosario a cargo del general Sánchez y el comandante

Feced. La familia no tenía noticias; Manuel recorrió las redacciones y dio una conferencia de prensa.

—Para mí es un compromiso: voy a publicar una nota por día hasta que la dictadura conteste, hasta que Pujals aparezca.

Le dijo Miguel Bonasso, redactor de *La Opinión*. Los días pasaban y no aparecían pistas. Después se sabría que un grupo de tortura a cargo de Feced lo había matado.

De ahí en más, Manuel se concentró en su estudio de Paraná, haciendo derecho laboral, y siguió con Di Pasquale y otros peronistas que se iban alejando de Perón a medida que se acercaba el retorno del líder. Eran peronistas bastante inorgánicos, la mayoría curtidos en la resistencia, que no se identificaban con la propuesta de Montoneros. A principios de 1973, Gaggero fue en un encuentro organizado por Armando Jaime, del Frente Revolucionario Peronista, Miguel Ramondetti, de los curas tercermundistas y otros que venían del tronco peronista y cristiano. La reunión fue en Paso de los Libres, en una iglesia de un cura amigo de Ramondetti. Gaggero estuvo de acuerdo en la invitación a una delegación del PRT, como observadores, porque le parecía correcta la propuesta de crear un frente antiimperialista. Después que terminó el encuentro, se enteró que el pelado de ojos claros que estaba entre los del PRT era Gorriarán Merlo y se lamentó de no haberlo escuchado hablar en ningún momento.

Su acercamiento al PRT le dio nuevos estímulos para la militancia. Pero la amistad no alcanzaba como para apoyar su postura ante las elecciones de 1973:

—Lo de Perón es una canallada, pero abstenerse o votar por los héroes de Trelew es como gritar por Estudiantes un día de Boca-River.

Manuel discutió con los compañeros de su hermana hasta cansarse y les explicaba que su agrupación peronista paranaense había decidido apoyar a Alende-Sueldo. Pocas semanas después, Susana y Manuel se volvieron a ver y retomaron los puntos en común:

—¿Un diario?

—Sí.

—¿Nacional?

—Claro.

—Eso sí me parece estupendo.

—¿Entonces, te interesaría participar?

Manuel se reunió, en Buenos Aires, con Cerruti Costa y Urteaga. Urteaga insistía en que los recursos los iba a aportar el PRT:

—Para el partido, una de las tareas estratégicas en esta etapa va a ser ampliar la brecha legal.

Un par de reuniones después el nombre de Manuel sonó para subdirector. Se sintió halagado, pero supuso que era por cartel: tenía un nombre con historia peronista y buenas relaciones con radicales y comunistas. Lo creyó hasta ese 8 de diciembre, cuando a la noche se desplomó en un colchón que se hundía en la habitación húmeda del viejo hotel de la Avenida de Mayo. Mientras daba vueltas y se acostumbraba a ese elástico blando, tomó conciencia que estaba a cargo de las 280 personas que trabajaban en *El Mundo*.

Manuel Gaggero tardó poco en darse cuenta de que el PRT controlaba el área de seguridad, administración y mantenimiento del diario *El Mundo*, pero tenía problemas con el staff periodístico. Alberto Baquelas, uno de los encargados de administración, estaba harto:

—¿Sabés qué dicen? Que lo nuestro es un acuerdo con el PC, que es una alianza, que nos queremos chupar a un sector combativo del PC, cualquier cosa...

Manuel había recibido la consigna de bajar los costos todo lo posible, y decidió llamar a una asamblea:

—Vamos a tener que hacer un ajuste voluntario, yo mismo voy a renunciar a parte de mi sueldo...

Las caras parecían de piedra.

—Compañeros, acá no vamos a discutir quién está a favor o en contra de la lucha armada, pero este diario es un proyecto revolucionario y todos tenemos que tomar conciencia de esto...

La conciencia significaba cumplir los horarios y entregar voluntariamente parte del sueldo. En contrapartida trabajarían un poco menos porque el diario dejaba de salir los domingos, cuando vendía muy poco. Varios aceptaron cobrar menos y Manuel sintió que estaba piloteando la cosa. A los pocos días vendieron la mitad de los autos que usaban para cubrir notas: los cronistas tuvieron que moverse en colectivos y taxis. Manuel llegaba a las siete de la mañana y la telefonista no tuvo más remedio que empezar a levantarse más temprano.

Para abrir un poco el espectro formaron un consejo editorial en el que estaban los sindicalistas Agustín Tosco y Armando Jaime, el abogado peronista Rodolfo Ortega Peña, el cura Miguel Ramondetti, el mayor Bernardo Alberte y Alicia Eguren de Cooke.

—Alicia, vos sos amiga de Abras y de Solano Lima, ¿no?

Emilio Abras era el secretario de Prensa y Difusión; Solano seguía siendo secretario de la Presidencia. La agencia oficial *Télam* debía, por ley, mandarles la parte proporcional de pauta publicitaria de entes oficiales.

—A ver si podés hablar con ellos. Que cumplan, que nos manden algo. Y a Solano lo que hay que plantearle es que nos den un cupo de papel barato; a los de *Noticias* se los consiguió...

El Mundo no era una historia barata: para arrancar, el PRT tuvo que poner un millón de dólares, y todos los meses el déficit rondaba los cien mil. Los ingresos genuinos no llegaban al 30 por ciento del presupuesto total.

Diciembre de 1973. La llamaron Operación Ogro y, en esos días, mucha gente la consideró un buen ejemplo de cómo un atentado podía cambiar la historia de un país. A las 9 y 28 del jueves 20, el dodge blindado del jefe de gobierno español, almirante Luis Carrero Blanco, avanzaba por la calle Claudio Coello de Madrid hacia una misa. Escondido a pocos metros, un integrante del comando Txiquia de la ETA activó el detonador de una bomba colocada bajo el pavimento: la explosión hizo saltar el coche por los aires y el delfín de Franco murió en el momento. «Con él moría la más clara amenaza de continuismo de la dictadura», escribiría, años después, el director de *El País* de Madrid, Juan Luis Cebrián.

Ese día, cerca de allí, empezaba el juicio a Marcelino Camacho, Nicolás Sartorius y otros líderes de Comisiones Obreras, la central sindical comunista, por «actividades subversivas». La policía dispersaba con gases y palos a la gente que se había agolpado para tratar de entrar al tribunal. En eso estaban cuando llegó a las redacciones la noticia de la explosión de un caño de gas en la calle Claudio Coello. Pero, unos minutos después, empezó a circular el rumor de que la explosión había matado al almirante Carrero. Que, desde junio de ese año, gobernaba España por decisión de Francisco Franco, y aparecía como su heredero, el único capaz de seguir gobernando cuando, muerto el Caudillo, el nuevo rey subiera al trono.

A mediodía las versiones eran confusas. Las oficinas del gobierno seguían hablando de un escape de gas, pero ya aceptaban la muerte del jefe de gobierno. Y a la tarde, cuando declararon que había sido una bomba, no sabían quién podía haberla puesto: el rumor más difundido se la adjudicaba al partido Comunista, que habría querido intervenir así en el proceso a sus líderes sindicales. Hasta que, a las once de la noche, radio París leyó un comunicado de la ETA adjudicándose la acción.

ETA —Euskadi ta Askatasuna, el País Vasco y la Libertad—, una organización independentista de izquierda, había empezado a preparar la acción en junio, cuando Carrero fue nombrado jefe de gobierno. Hasta entonces era vicejefe y la ETA había pensado en secuestrarlo, pero su nuevo cargo suponía una custodia mucho mayor, y sólo les quedaba la posibilidad de la bomba.

La ETA sabía que Carrero iba todas las mañanas a misa a la iglesia jesuita de Claudio Coello 101. Entonces alquilaron el sótano de un edificio de enfrente y empezaron a excavar. El 15 de diciembre tenían listo el túnel, y colocada la carga explosiva bajo la calle: habían previsto detonarla el martes 18, pero la visita de Henry Kissinger los hizo retrasarlo dos días. La mañana del 20 pusieron un coche en doble fila justo frente a la iglesia, para que el dodge de Carrero Blanco tuviera que pasar exactamente por encima de la bomba y, cuando lo vieron llegar, apretaron el detonador. El coche del jefe de gobierno voló seis pisos, pasó por encima de la torre de la iglesia y terminó en un patio interior del templo que quería visitar. Mientras, aprovechando la confusión los militantes vascos se escaparon a pie hasta un coche que los esperaba en la esquina.

«Y esa noche», escribiría después Cebrián, «con las calles de Madrid evaporando a un tiempo miedo y esperanzas, tantos demócratas, enemigos de la violencia y del terrorismo etarra, reconocían ya —con cuidado, no se les fuera a confundir— que a la postre los magnicidas habían cumplido con un destino histórico y su acción había liquidado cualquier posibilidad de continuismo franquista».

—Che, Jaime, mañana venite preparado que otra vez va a haber que ir a verlo a Braun.

—No hay caso, ese hijo de puta no entiende razones, eh.

Las negociaciones ya habían durado un par de semanas: había habido asambleas que decidieron pedir el aumento, delegados que fueron a ver al gerente de personal y después al presidente de Astarsa, Braun Cantilo, y no les hacían caso. No era la primera vez que pasaba algo así. Entonces el ámbito de aspirantes montoneros de la agrupación JTP de Astarsa decidía utilizar el método más directo.

—¿Hay que llevar el fierro, no?

Al día siguiente, Luis Venencio y otros tres, con el Chango Sosa a la cabeza, se presentaron en la oficina del presidente. No sacaron las armas:

apenas si se abrieron un poco las camperas que llevaban, pese a la estación, para que el patrón viera que la cosa iba en serio.

—Bueno, ¿qué se les ofrece?

—Mire, acá ya se agotaron las negociaciones y la cosa no avanza. Pero hay que dar ese aumento de sueldo, ¿vio?

—No, muchachos, ustedes saben que a mi ya me dicen el comunista por todo lo que les estoy dando.

—¿Y sabe lo que nos dicen a nosotros los compañeros afuera? Que estamos aflojando, que estamos arreglando con ustedes, eso nos dicen, y los compañeros se están cagando de hambre, este sueldo no va más.

—Bueno, déjenmelo pensar. Ustedes saben que nosotros siempre hicimos todo lo posible.

Y, al otro día, la empresa anunció que había decidido incrementar un plus por productividad: los aumentos directos estaban congelados por el Pacto Social. Ya lo habían hecho un par de veces: lo que les permitía presionar no era sólo los revólveres que llevaban en la cintura. Astarsa era una empresa que vivía de las comandas del Estado y un barco era un proceso largo: cada dos o tres semanas venía un inspector a controlar que los trabajos avanzaran, y autorizar nuevos pagos. Si los obreros paraban y el barco no se hacía, la empresa se quedaba sin ningún tipo de entrada. O, incluso, si la comisión de Higiene y Seguridad ponía demasiadas trabas, el trabajo se entorpecía y no se terminaba en plazos útiles.

Hacía dos meses que Luis se había integrado en ese ámbito de aspirantes: era el grado más bajo de los Montoneros, el primero que implicaba una pertenencia a la organización. La Agrupación tenía, en ese momento, unos cincuenta militantes y todos los delegados de la comisión interna: podía movilizar a 600 o 700 obreros, manejaba Astarsa, el astillero líder, y era una de los trabajos más fuertes de la JTP en el norte del gran Buenos Aires. Luis estaba contento de haber entrado como aspirante: era un reconocimiento que le hacían sus compañeros y pertenecer directamente a los Montoneros era una diferencia importante. Aunque, al principio, su práctica siguió siendo más o menos la misma: mucha actividad en la comisión de Higiene y Seguridad, los cursos de Medicina del Trabajo en la facultad, las reuniones del cuerpo de delegados, los reclamos que le hacían sus compañeros del astillero, las reuniones de la agrupación. Además tenía las reuniones de su nuevo ámbito, con el Chango como responsable y, algunas veces, unas largas excursiones hasta Quilmes, donde el Chango conocía a un compañero que tenía acceso a un polígono de tiro donde hicieron sus primeras prácticas. Casi no le quedaba

tiempo para su novia ni para descansar, pero no se quejaba: estaban en pleno avance. El que sí puteaba, de vez en cuando, era el Chango:

—Jaime, estos tipos no entienden cómo es esto. No pasa nada, van a terminar por aprender, pero me gustaría más que no se creyeran que ya saben todo.

Luis admiraba al Chango: era una de esas personas que parecen dotadas para el liderazgo, que siempre saben qué decir, qué hacer, cómo responder ante cada situación. Además tenía una historia larga de luchas sindicales: se había criado en Mar del Plata, había trabajado años en Córdoba y había militado y leído mucho. También tocaba la guitarra y cantaba: su compañera de entonces, Hebe Rosell, era la cantante de los Huerque Mapu, y a fines de noviembre todos los muchachos de la agrupación habían ido al Luna Park, al estreno de la Cantata Montonera de los Huerque. A Luis le gustaba irse a tomar un par de copas con el Chango y escucharlo hablar: aprendía. Pero últimamente, el Chango andaba medio amargo:

—Estos tipos, porque capaz que tienen un diploma, o porque tiraron un par de tiros, se creen que nos pueden enseñar cómo se hace política sindical. A nosotros, Jaimito, que nos hemos pasado toda la vida acá, carajo.

El Chango era el responsable de la agrupación pero tenía que seguir las directivas de su propio responsable, uno de los jefes de la JTP de la Regional 1. Y le rompía las pelotas.

—Estos tipos se creen que acá tenemos una agrupación importante, con mucha gente, para que ellos nos manden a hacer pintadas o repartir volantes en otras fábricas, hermanito. ¿Sabés qué les pasa? Me parece que no se dan cuenta que acá tenemos esa agrupación porque hicimos mucho laburo adentro, y que nuestro capital es ése. Si descuidamos el laburo de adentro nos quedamos en bolas, nos quedamos.

Se quejaba el Chango, y Luis lo acompañaba. Muchas veces tenía la sensación de que los responsables de la JTP no entendían cómo era el trabajo político en la fábrica, que la pifiaban. Pero, al mismo tiempo, estaba satisfecho con lo que estaban haciendo y, sobre todo, con los avances en higiene y seguridad: le parecía que, en los últimos meses, la vida de sus compañeros de trabajo había mejorado de verdad.

—Lo que nos dijo es que tenemos que patear los pasillos, que lo de *Télam* es ley pero que después cada ministerio tiene margen de decisión.

—Pero ¿no te dio nada? ¡Te primereó, Manuel!

—Bueno hermano, si yo creyera en el gobierno no sería de *El Mundo*. Después le dije que encima con el caño de la imprenta si seguimos así dentro de poco no vamos a tener dónde hacer el diario, le dije de todo. ¿Qué quieren?

Manuel Gaggero discutía con Alicia Eguren sobre su reunión con Emilio Abras, el secretario de Prensa del gobierno. La situación de *El Mundo* era complicada: el 7 de enero había explotado una bomba en Cogtal, donde lo imprimían y todos se la atribuían a los parapoliciales. Y, por otro lado, seguían sin conseguir avisos oficiales.

—Mañana tenemos la reunión con Gelbard, lo que dijo Abras es que él se opone a darnos la publicidad de Economía.

Al otro día, Gaggero y Eguren estaban sentados en la privada del ministro. Cuando entraron, Gelbard hablaba por teléfono y miraba por la ventana de Hipólito Yrigoyen; un asesor de anteojos los sentó como a diez metros, en unos sillones bajos de cuerina. Todo estaba preparado: una jarra con agua y hielo y una cafetera sobre la mesa ratona; a un costado, unos recortes de diarios.

—No, quédense sentados... Gelbard, mucho gusto.

La mano estaba tan floja que a Manuel le pareció que todo era puro protocolo.

—Vea, ministro, nosotros queremos charlar algunas cosas, a lo mejor usted está muy ocupado...

—Tengo todo el tiempo del mundo, Gaggero.

La sonrisa era irónica, y Manuel decidió ir al grano:

—Vea, nosotros tenemos un proyecto democrático; revolucionario pero democrático, y ustedes nos niegan la publicidad que nos corresponde, que legalmente nos corresponde...

Gelbard agarró unos recortes con notas de economía de *El Mundo*.

—Los que niegan son ustedes, doctor. Están negando una realidad: ustedes se dicen socialistas, ¿no? Durante mi gestión se abrió el comercio con Cuba, estamos haciendo negocios con la URSS, yo dije que tenemos que abrir una representación diplomática en Vietnam. ¿Qué clase de socialistas son ustedes que no apoyan eso?

Manuel le dijo que no había capitalistas buenos o malos, que ellos no apoyaban el proyecto económico y que entonces no tenían por qué hacer concesiones a medidas aisladas.

—Pero tienen que mirar los matices, Gaggero. Ustedes tienen que mirar la pelea que hay dentro del gobierno. Yo estoy en un proyecto, López Rega está en las antípodas. Yo soy la izquierda de este gobierno.

—El gobierno es uno solo y el proyecto del gobierno de Perón no es un proyecto antiimperialista. Si ustedes quieren que los identifiquen como izquierda, nacionalicen la banca, el comercio exterior, las empresas monopólicas...

—Pero para eso hay que ganar la pelea interna, Gaggero...

Manuel estaba sorprendido de que Alicia Eguren prácticamente no abriera la boca. El asesor apenas tomaba agua. Gelbard aprovechó un silencio para mirar el reloj. Gaggero supo que era tiempo y que no habían definido nada.

—Bueno, ministro: ¿nos van a mandar publicidad?

—Gaggero, yo le contesto también con una pregunta: ¿van a modificar la óptica política o van seguir dándonos con un palo?

—¿Usted lo que me sugiere es que si cambiamos la línea editorial nos van a dar algunos avisos?

—Yo no le sugiero nada, doctor...

Diez

El sábado 19 de enero hizo un calor de perros en Buenos Aires. Esa noche la luna estaba casi llena y setenta guerrilleros del ERP llegaron en coches y camiones hasta el Regimiento de Caballería Blindada —el C10— en Azul. Era la primera vez que la guerrilla urbana argentina operaba con tanta gente y a tanta distancia de una ciudad grande: 300 kilómetros de la capital, 250 de La Plata. Su objetivo era alzarse con medio millar de fusiles, tomar de rehenes a los jefes de la unidad y obligarlos a mandar un radiograma al resto de las unidades informando que se habían rendido. El ERP había planeado la acción para la navidad de 1973 pero tuvo que postergarla por cuestiones operativas.

Oswaldo Soriano, tandileño adoptivo y periodista de *La Opinión*, fue el encargado de contarlo en ese diario: «A las once treinta del sábado último, la ciudad de Azul estaba quieta. La mayoría de la gente había apagado la luz de las habitaciones y se disponía al sueño. Sólo las boites, los cines, las confiterías estaban colmados. Cuando empezó el tiroteo las parejas dejaron de bailar. Los pocos paseantes que caminaban por las veredas, se detuvieron. El estruendo de los disparos hacía presumir algo grave. Los más osados, cuando tenían un auto a mano, corrieron hacia el cuartel. No pudieron llegar: en el puente que salva el arroyo Azul, se había acantonado una docena de hombres que disparaban hacia el regimiento. Los curiosos emprendieron una rápida huida, mientras las balas agujereaban paredes en busca de mejores blancos. Los vecinos asomaban sus cabezas apenas por las ventanas en un intento de saber lo que estaba ocurriendo. El cielo, cubierto de nubes negras, se iluminaba por los relámpagos. El infierno de balas, gritos, órdenes y contraórdenes, se prolongaría hasta las siete de la mañana del domingo.

»Todo comenzó media hora antes de iniciarse el domingo. Tres camiones del modelo y el color de los usados por el Ejército arribaron por la calle Remedios de Escalada y se detuvieron frente al puesto de guardia número tres. El soldado Daniel Oswaldo González solicitó a los recién llegados que se identificaran. Los de los camiones dijeron pertenecer al Regimiento 8 de Tanques de Magdalena y su aspecto no hacía pensar otra cosa: iban vestidos con uniforme de fajina y sostenían armas iguales a las manejadas por el

Ejército. Sin embargo, González sospechó y no autorizó el pase; una cerrada descarga partió desde el primer camión y el soldado cayó muerto.

»Entre tanto, por otros sectores, se producía la invasión al regimiento. La unidad ocupa más de cincuenta hectáreas de terreno y los accesos principales dan a la avenida Humberto I. El parque está sembrado de pinos, eucaliptus, algarrobos en medio de un césped que los conscriptos cuidan con entusiasmo. En las inmediaciones pastan vacas y caballos.

»La casa que ocupa el jefe de la unidad se encuentra a pocos metros de la calle de acceso al parque de Azul, cerca del bosque y prácticamente aislada de los pabellones del regimiento. Hacia allí se dirigió un grupo de invasores, armas en mano. Según las versiones que algunos soldados brindaron a este enviado, el coronel Camilo Gay, jefe del Regimiento de Caballería Blindada 10 de Azul, escuchó los disparos y salió de su casa a ver qué pasaba. Allí se encontró con un grupo de atacantes que lo abatieron a balazos.

»En la noche del sábado, la mayoría de los soldados se encontraban de licencia, de modo que el cuartel contaba con pocos efectivos. Éstos tomaron posición en el interior del Regimiento y repelieron el ataque. No pudieron impedir, sin embargo, que el grupo subversivo tomara prisioneros a la esposa del coronel Gay, señora Hilda Irma Caseaux, y a sus dos hijos, un varón de 18 años y una mujer de 14.

»La zona, muy poblada, estaba casi en penumbras y comenzaban a caer unas gotas desde el cielo cargado. El tableteo de las ametralladoras y los disparos de fusiles hicieron que los parroquianos que jugaban al truco en el almacén El Solito —distante cien metros del lugar— voltearan las mesas y se refugiaran tras ellas. La confusión dentro del regimiento era total: los cabos Raúl Puyo y Manuel Caballero habían caído heridos de gravedad. Los soldados Omar Pipola y Francisco Pino, tenían heridas leves. (...)»

La operación seguía adelante pero en medio de una batahola. Al rato, Enrique Gorriarán Merlo, que la comandaba, dio la orden de replegarse. Muchos de los que estaban adentro no se enteraron de la decisión de su jefe: cuando se daban cuenta que no progresaban, se iban como podían. Dos de los guerrilleros se encerraron en la herrería del cuartel con la mujer e hijos del coronel Gay como rehenes. Al rato, mientras negociaban la rendición con un oficial, desde el techo les tiraron unas granadas enérgicas que mataron a la señora y a uno de los guerrilleros, mientras que el otro, Santiago Carrara, quedó tendido con un agujero en la espalda sin que ninguno de los militares viera que todavía vivía.

Otro grupo que había llegado hasta la casa del subjefe, el teniente coronel Jorge Ibarzábal, pudo escaparse llevándose. El resto de los guerrilleros se retiró en desorden. Los puestos policiales en las carreteras sólo pudieron capturar a siete: tres se habían internado en el campo después de tirotearse con un patrullero, pinchar una goma y abandonar un fap trabado. Tenían pocas chances de huir: uno estaba herido y otro muy chicato había perdido los anteojos. Eran Luis Lea Place, Emilio Arquiola y Eduardo Samojedny. Omar Valderrama y Roberto Mayer estuvieron toda la noche escondidos en un maizal pero los agarraron a la madrugada. Reynaldo Roldán y Héctor Antelo fueron detenidos por la policía a un costado de la ruta y nunca más aparecieron. Y, lejos de la zona, capturaron a otros seis militantes que hacían apoyo logístico. Sergio Berlín también andaba por ahí, y se llevó un buen susto: había ido manejando un coche de *Noticias* para llevar a un periodista y un fotógrafo del diario y, cuando los pararon en un control policial, recordó que en el embute que había al lado de la puerta delantera derecha del coche tenía, como de costumbre, un revólver 38. Solía llevarlo para contestar cualquier ataque y no se había acordado de sacarlo para ir a esa ratonera llena de policías y soldados. Fue un momento tenso. Pero el carnet de prensa alcanzó para sacarlos del apuro.

La derecha peronista de Buenos Aires, encabezada por el vicegobernador metalúrgico Victorio Calabró, actuó rápido: culpó a la policía provincial de inoperancia o complicidad y le pidió a Perón la cabeza del gobernador. Esa noche, el presidente apareció por televisión con su uniforme, su gorra de teniente general y su peor cara de malo.

El discurso de Perón fue transmitido en vivo por cadena nacional el domingo 20 a las 21.08. Fueron 900 palabras pero todos coincidieron en que eran las más duras desde su asunción:

«Me dirijo a todos los argentinos frente al bochornoso hecho que acaba de ocurrir en la provincia de Buenos Aires, en la localidad de Azul, en el Regimiento de Tiradores Blindados C10, donde una partida de asaltantes terroristas realizara un golpe de mano, mediante el cual asesinaron al jefe de la unidad, coronel don Camilo Gay, y a su señora esposa, y luego de matar alevosamente a soldados y herir a un oficial y un suboficial, huyeron llevando como rehén al teniente coronel Ibarzábal.

»Hechos de esta naturaleza evidencian elocuentemente el grado de peligrosidad y audacia de los grupos terroristas que vienen operando en la provincia de Buenos Aires ante la evidente desaprensión de sus autoridades.

El Gobierno del Pueblo, respetuoso de la Constitución y la ley, hasta hoy ha venido observando una conducta retenida frente a esos desbordes guerrilleros que nada puede justificar en la situación que vive la República.

»Tampoco desde nuestro Movimiento hemos querido producir un enfrentamiento, desde que anhelamos la paz y propendemos a la unión y solidaridad de todos los argentinos, hoy ocupados en la reconstrucción y liberación nacional. Pero todo tiene su límite. Tolerar por más tiempo hechos como el ocurrido en Azul, donde se ataca una institución nacional con los más alevos procedimientos, está demostrando palmariamente que estamos en presencia de verdaderos enemigos de la Patria, organizados para luchar en fuerza contra el Estado, al que a la vez infiltran con aviesos fines insurreccionales.

»Nuestro Ejército, como el resto de las Fuerzas Armadas, que han demostrado su acatamiento a la Constitución y a la ley en provecho de una institucionalización, no merecen sino el agradecimiento del pueblo argentino que, frente a lo ocurrido, debe sentirse herido en lo más profundo de sus sentimientos patrióticos.

»Ya no se trata sólo de grupos de delincuentes, sino de una organización que, actuando con objetivos y dirección foráneos, ataca al Estado y a sus instituciones como medio de quebrantar la unidad del pueblo argentino y provocar un caos que impida la reconstrucción y la liberación en que estamos empeñados. Es la delincuencia asociada a un grupo de mercenarios que actúan mediante la simulación de móviles políticos tan inconfesables como inexplicables.

»En consecuencia, ni el Gobierno, que ha recibido un mandato popular claro y plebiscitario, ni el pueblo argentino, que ha demostrado con creces su deseo de pacificación y liberación, pueden permanecer inermes ante estos ataques abiertos a su decisión soberana, ni tolerar el abierto desafío a la autoridad, que pone en peligro la seguridad de la ciudadanía, cada día expuesta a la acción criminal de esta banda de asaltantes.

»No es por casualidad que estas acciones se produzcan en determinadas jurisdicciones. Es indudable que ello obedece a una impunidad en la que la desaprensión e incapacidad lo hacen posible, o lo que sería peor, si mediara, como se sospecha, una tolerancia culposa.

»En consecuencia, el Gobierno Nacional, en cumplimiento de su deber indeclinable, tomará de hoy en más las medidas pertinentes para atacar el mal en sus raíces, echando mano a todo el poder de su autoridad y movilizándolo todos los medios necesarios.

»El Movimiento Nacional Justicialista movilizará, asimismo, sus efectivos para ponerlos decididamente al servicio del orden y colaborar estrechamente con las autoridades empeñadas en mantenerlo.

»Pido, asimismo, a todas las fuerzas políticas y al pueblo en general que tomen partido activo en la defensa de la República, que es la afectada en las actuales circunstancias. Ya no se trata de contiendas políticas parciales, sino de poner coto a la acción disolvente y criminal que atenta contra la existencia misma de la Patria y sus instituciones, que es preciso destruir antes de que nuestra debilidad produzca males que pueden llegar a ser irreparables en el futuro.

»Pido igualmente a los compañeros trabajadores una participación activa en la labor defensiva de sus organizaciones, que tanto ha costado llevarlas al clima magnífico de su actual funcionamiento. Esas organizaciones son también objeto de la mirada codiciosa de estos elementos, muchas veces disfrazados de dirigentes. Cada trabajador tiene un poco de responsabilidad en esa defensa, y espero confiado, porque los conozco, que las sabrán defender como lo han hecho en todas las ocasiones.

»El aniquilar cuanto antes este terrorismo criminal es una tarea que compete a todos los que anhelamos una patria justa, libre y soberana, lo que nos obliga perentoriamente a movilizarnos en su defensa y empeñarnos decididamente en la lucha a que dé lugar. Sin ello, ni la reconstrucción nacional ni la liberación serán posibles.

»Yo he aceptado el gobierno como un sacrificio patriótico porque he pensado que podría ser útil a la República. Si un día llegara a persuadirme de que el pueblo argentino no me acompaña en ese sacrificio, no permanecería un solo día en el gobierno. Entre las pruebas que he de imponer al pueblo está esta lucha. Será pues la actitud de todos la que impondrá mi futura conducta. Ha pasado la hora de gritar Perón, ha llegado la de defenderlo».

Perón habló seco, ceñudo, haciendo esfuerzos por parecer inflexible. Elvio Vitali y sus compañeros lo escucharon desde Corrientes, donde estaban haciendo un campamento de la JUP. Itacombú era un campo a orillas del río Paraná: durante una semana, 300 militantes de la JUP hicieron discusiones, fogones, prácticas de orden cerrado y sé divirtieron mucho. Sobre todo con las acciones del ERS —Ejército Revolucionario del Sexo— que lanzaba comunicados y operaba con cierto encarnizamiento. También hacían prácticas de «autodefensa de masas» con palos y cadenas. Eran ejercicios pensados más que nada para repeler ataques en manifestaciones. La conducción de la JUP había discutido si llevarían armas para hacer prácticas de tiro y habían

definido que no: que lo que les importaba era preparar a su gente para intervenir en la política de masas, no para transformarlos en milicianos o en combatientes. Aunque algunos se entrenaron en «pele, apriete y cacheo», un ejercicio para aprender a desarmar policías. Pero esa noche, en medio de la nada, las palabras que traía la radio inquietaron a todos. Y las discusiones duraron casi hasta la madrugada.

—No, el Pocho tiene razón. Los perros no pueden estar todo el tiempo extorsionándonos, corriéndonos por izquierda. Acá hay un espacio de legalidad que tenemos que defender, y ellos están siempre tratando de cerrarlo, de agudizar las contradicciones, como dicen ellos.

—Sí, bueno, pero esa legalidad es la legalidad burguesa, está hecha para la burguesía y a los que les sirve es a ellos.

—Mirá, puede ser, pero esa legalidad es la que nos da espacios para desarrollar esta política de masas, para ganar los centros de estudiantes, para ir cambiando algunas cosas, para difundir nuestra política y para seguir acumulando fuerzas. Y eso en nuestro caso, pero lo mismo pasa en los demás sectores. Ahora podemos tener un diario, los diputados, los gobernadores, entrada a todos lados, gente en todos lados. Podemos desarrollar proyectos para la educación, para la salud, para la ciencia y técnica, para ir solucionando ciertos problemas sociales, para cantidad de cosas. Eso no quiere decir que con eso tengamos el poder, ni mucho menos. Ahí vamos a llegar con mucho tiempo, mucho esfuerzo, con la guerra popular y prolongada. Pero no hay que despreciar esos espacios, no hay que reventarlos. Y menos entrar en el juego de extorsiones de los perros.

«Lo que no pudo lograr la derecha enquistada en el seno del Movimiento Peronista a través de Calabró y sus personeros, lo logra la ultraizquierda al favorecer el cuestionamiento del gobierno popular del doctor Bidegain en la provincia de Buenos Aires», dijo un comunicado de la JP. Dos días después, el gobernador entendió que no podía resistir a la ofensiva sindical combinada con las críticas de su jefe: «desaprensión, incapacidad, tolerancia culposa» eran acusaciones demasiado fuertes, y Bidegain tuvo que renunciar. De inmediato asumió Calabró, el hombre de la UOM de Vicente López: el modelo de reemplazo de los gobernadores cercanos a la Tendencia por sus vices vandoristas estaba empezando a funcionar.

La semana siguiente, el editorial de *El Descamisado* contestaba al discurso de Perón: «Queremos, General, saber con precisión en qué podemos ayudarlo. Pero saberlo por usted mismo, en la Plaza de Mayo. Usted dialogando con todos nosotros, como antes, donde nosotros también le

podamos decir nuestras cosas. La televisión, General, nos mantiene demasiado lejos de usted y desde que vino nunca lo hemos visto en la Plaza conversando con nosotros, en ese diálogo de Líder y Pueblo que fue el empuje de su primer gobierno. El 12 de octubre apenas si fue un saludo suyo desde atrás de un vidrio. (...)

»A nosotros no nos dan porque el ERP golpea. No hay relación. A nosotros nos dan por otra cosa. Nos dan porque para los matones de la derecha peronista amparada desde el gobierno, nosotros somos más enemigos que el imperialismo. La cosa es que nosotros queremos una revolución. Queremos llegar al socialismo nacional —que usted nos marcó como camino—. Queremos luchar contra los monopolios imperialistas y la oligarquía y ellos —por derecha o por izquierda— les hacen el juego. Queremos que se concrete el frente de liberación nacional —que usted anunció para esta etapa— y ellos quieren destruirlo. Queremos construir la organización pero eso significa que vendrán dirigentes representativos, que los dejarán sin trabajo porque no necesitan matones. Entonces, vea, General, cuando usted llama a defenderlo, el pueblo queda medio confundido por todos estos personajes que están al lado suyo (...)

»Y al ERP, al ERP, bueno, agarrémoslos a los que participaron en Azul y metámoslos en una cancha ante 100.000 compañeros, y que expliquen. Que expliquen cuál era el sentido de este hecho Cuando las masas a su vez les expliquen a su modo que eso no es lo que necesitamos en este momento, que ahora se trata de apuntalar este gobierno popular, puede ser que se clarifiquen un poco y si no, los que no entienden, ya son un problema policial. A los enemigos del gobierno hay que tirarles con las masas, no con solicitudes».

El lunes 21 bien temprano la redacción de *El Mundo* se preparaba para dar su versión de los hechos. Un editorial firmado por Manuel Gaggero se interrogaba «¿Estamos en guerra general?» y enumeraba a los que consideraba los verdaderos enemigos del pueblo argentino: el imperialismo, la gran burguesía, los grupos fascistas y parapoliciales y las Fuerzas Armadas. La crónica de la acción decía que la muerte de la esposa de Gay era responsabilidad del Ejército, denunciaba la desaparición de Roldán y Antelo y reproducía un parte de guerra del ERP.

—Dale, que desde la imprenta están reclamando los originales, metele con las correcciones...

Granovsky apuraba al jefe de cierre y a los pocos minutos salió una moto a todo gas hacia la imprenta. Dos horas después, Manuel recibió un llamado:

—De la imprenta, quieren hablar con vos.

—¿Cómo? ¿Que no sale? Dame con el tipo.

Del otro lado de la línea el oficial de la Federal le dijo que eran órdenes, que con esas dos páginas el diario no salía. Manuel pensó que debían tener algún informante en la redacción, pero sabía que eso era incontrolable:

—Vea, voy a hablar ya mismo con el secretario de Prensa.

Abras no lo atendió y Manuel se fue a Cogtal. Cuando se enfrentó al grupo de policías que lo miraban como perdonándole la vida, se acordó de que tenía en el bolsillo el revólver 32 que le habían dado por si acaso. En ese momento sintió que el revólver era poco menos que un amuleto. A los pocos minutos llamó al jefe de la Policía.

—¿Cómo está, Iñíguez? Me parece que hubo algún error... No tienen orden judicial.

—No doctor, esta gente cumple órdenes.

—Esta gente está usurpando ilícitamente propiedad privada y están censurando un medio de prensa, general...

—Doctor, si usted saca esas dos páginas, el diario sale ya mismo.

—Bueno, entonces vamos a sacar el diario con esas dos páginas en blanco con una franja que diga: censurado por la Policía Federal...

—Doctor, eso es una provocación.

—General, yo estuve en el levantamiento que usted encabezó en el 60 contra el gobierno de Frondizi y no diría que fue una provocación.

—Doctor, esto no lo decido yo.

—Yo tampoco...

Los cabildeos hicieron que se pasara la hora de la quinta edición. Los policías se retiraron de la imprenta pero dejaron a uno de guardia. Manuel, perdido por perdido, intentó salir como sexta y las rotativas se pusieron en marcha. Al rato llegó la policía, mucho menos diplomática:

—¡Paren esas máquinas!

Sacaron las pilas de diarios y a la calle y los quemaron. Al día siguiente, tras mucha negociación, *El Mundo* volvió a salir y su secuestro fue su propia noticia de tapa; en las páginas centrales aparecían las notas sobre Azul que no habían podido publicar el día anterior.

Cuando Julio Urien se enteró del ataque del ERP a la guarnición de Azul, lo primero que hizo fue pensar en su hermano Facundo, oficial del regimiento: por la radio sabía que no le había pasado nada, pero la idea de que

se hubiese tenido que tirotear con los del ERP lo preocupaba. Julio llamó a su casa, y otro hermano lo tranquilizó:

—No, ahora ya está de nuevo allá, pero de chiripa el fin de semana estuvo acá, de licencia.

Recién ahí pensó en que su tío Ernesto Trotz acababa de dejar, un mes antes, la misma función y la misma casa que el coronel Ibarzábal, secuestrado por los guerrilleros. No estaba de acuerdo con él en casi nada pero era su tío, el hermano de su madre. Días después Facundo y Julio se vieron en la casa familiar de San Isidro. El tema había salido en la mesa, pero esperaron a estar solos para charlar un poco más.

—¿Te jodieron, Chimpa?

—No. A mí me tienen marcado pero no se meten. Vinieron oficiales del Estado Mayor y nos interrogaron a todos, pero nada especial, rutina. Pero no sabés el desastre que nos causó la locura ésta que hicieron los del ERP. Los tipos lanzaron una campaña acusando a Montoneros: que todo esto empezó con el operativo Dorrego, que todo era para sacar información y después venían a matar soldados... Qué sé yo, un desastre. Después de eso, todo el laburo de tanto tiempo, de convencerlos de cambiar la doctrina del Ejército, de que hay que hacer una revolución con el pueblo, todo eso se nos va al carajo... ¿Y yo qué les voy a decir? Encima todas las mañanas en la formación les repiten que los del ERP asesinaron al jefe de la unidad y a su esposa y que encima secuestraron al segundo jefe. Lo que hicieron éstos nos tira todo el laburo al diablo.

—Sí, una locura, y encima sirvió para que lo apretaran al Viejo y lo obligaran a tirar a la mierda a Bidegain. Lo único que consiguieron fue darle más espacio a la derecha para que avance.

Enero de 1974. Eran, de alguna manera, dos clásicos opuestos, y los dos cayeron juntos. En dos días, dos instituciones desaparecían del panorama porteño. El cine Lorraine, de Corrientes entre Paraná y Montevideo, funcionaba desde 1941, cuando lo inauguraron con el nombre de cine Arte y el estreno de una película francesa, *Dr. Knock* con Louis Jouvet. La sala estaba decorada con frescos alusivos a la historia del cine, pintados por Castagnino, Orlando Pierri, Espinosa y López Claro.

Su primer dueño, Elias Lapsezon, lo vendió en 1951. En ese lapso, el cine Arte se había especializado en «estrenos malditos» y películas raras como *El acorazado Potemkin*, *Juana de Arco*, *Octubre*. En 1953 su nuevo programador, Alberto Kipnis, organizó su primer ciclo de Ingmar Bergman,

con gran respuesta de público. En los sesenta la sala de arte se convirtió en un buen negocio, con un público intelectual y juvenil que descubría a la *nouvelle vague* y a los nuevos cineastas argentinos.

«Pero el público actual no es como el de los años 60, entusiasta e informado, lo cual explicaría el fracaso reciente de films de Godard, por ejemplo», decía, en esos días de cierre, Kipnis.

El mismo día, *La Opinión* informaba que «el alejamiento de José María Muñoz de Canal 7 estaría vinculado a su identificación con gobiernos anteriores». El artículo estaba firmado por Aída Bortnik:

«El sábado 29 de diciembre, en un pequeño discurso improvisado, el relator José María Muñoz informó al equipo deportivo de Canal 7 que “por razones de salud” su médico le había aconsejado no asumir tanto trabajo y que, por lo tanto, se alejaría de sus funciones en la emisora. Poco menos que simultáneamente sus colaboradores Mauro Viale, Ricardo Podestá, Néstor Ibarra y Juan José Lujambio renunciaban, conjuntamente, al equipo que Muñoz comanda en Radio Rivadavia.

»Tanta desolación abatida sobre al autodenominado “relator de América” en los últimos días de 1973 parece ser el resultado de procesos paralelos y distintos.

»En cuanto a Canal 7, la historia comienza hace cuatro años, durante la administración que dependía de la Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia a cargo del coronel Luis Prémoli. Contratado entonces para liderar el equipo deportivo del 7, Muñoz condujo las emisiones con estilo y comentarios que, según las versiones recogidas en el medio, lo comprometían fervorosamente con los gobiernos de turno.

»De acuerdo a esas versiones, esa imagen habría impulsado al actual secretario de Prensa y Difusión, Emilio Abras, y al diputado Carlos Gallo, a preferir la separación de José María Muñoz. No son ciertas, en cambio, las especulaciones de quienes afirman que el robusto relator gozaba de un contrato sospechosamente suculento. En realidad, sus sueldos nunca habrían excedido el razonable margen de los 6500 pesos mensuales.

»Al frente del equipo deportivo desde el 1.º de enero, ha sido ascendido Oscar Gañete Blasco, un químico de 41 años que comenzó su relación con el deporte como un hobby y después de una variada y sólida carrera profesional forma parte del staff del canal oficial desde hace 7 años. Según lo declarara a *La Opinión*, Gañete Blasco se considera “un coordinador” y afirma que su designación inaugura un cargo técnico en la especialidad que, hasta ahora, había sido cubierto con nombramientos políticos.

»Dispuesto a viajar ayer mismo hacia Alemania donde discutirá en Francfort y Munich los derechos argentinos para la televisación directa, vía satélite, del Campeonato Mundial de Fútbol de 1974, Gañete Blasco confirmó que se le habían reiterado, en su conversación con José Rodríguez Pendás, subsecretario de Prensa y Difusión a cargo de la dirección del Canal 7, las directivas tendientes a incrementar la información y difusión del deporte aficionado. “El interés prioritario es lograr que más gente practique más deportes, en lugar de acentuar los triunfos de los fenómenos, casos excepcionales que poco importan frente a la necesidad real de impulsar la práctica deportiva en la niñez y la juventud”.

»En cuanto a José María Muñoz, su vinculación con Radio Rivadavia es, sin duda, mucho más sólida que la que lo ligaba a Canal 7. Empresario de sus propios programas, se dice que el relator también posee acciones de la radiodifusora. No obstante, la deserción de sus más famosos y capacitados colaboradores significa un innegable traspie para su trabajo.

»Se sabe que no han sido razones económicas las que impulsaron a los cinco especialistas a separarse de Muñoz y pasar a Radio Belgrano: los sueldos pagados a su equipo, sin duda el más numeroso y eficiente del medio, parecen haber sido siempre generosos. La explicación, en cambio, estaría en el temperamento de Muñoz. Suele reprender duramente a sus compañeros cuando la información que aportan al micrófono le parece insuficiente o excesiva. El hecho de que esos reiterados reproches fueran valientemente lanzados al aire, permite suponer que las relaciones laborales, fuera del testimonio público de un micrófono, no eran óptimas».

El martes 22, las Juventudes Políticas Argentinas habían convocado una marcha contra la legislación represiva que el jueves iba a tratar la Cámara de Diputados: la modificación al Código Penal ya tenía media sanción del Senado y, en Diputados, el FREJULI votaba con quórum propio. Todo el espectro opositor y el peronismo combativo repudiaban la iniciativa. Aumentar las condenas por asociación ilícita o por tirar panfletos, por llevar armas o por organizar una huelga les sonaba a persecución. Pero la acción del ERP parecía restarles argumentos: Montoneros sacó un comunicado condenando y convocó al Congreso «contra la legislación represiva y la provocación». Y el ministerio del Interior prohibió el acto por «la situación creada por la clara provocación de una secta de ultraizquierdistas que intentó copar un cuartel en la localidad de Azul».

Ese día Perón tenía una reunión con los ocho diputados que respondían a la Juventud Peronista: Rodolfo Vittar, Roberto Vidaña, Aníbal Iturreta, Armando Croatto, Carlos Kunkel, Santiago Díaz Ortiz, Diego Muñiz Barreto y Jorge Glellet no iban a votar la legislación represiva. Cuando llegaron a la Casa Rosada, los diputados se encontraron con la novedad de que dos cámaras de canal 7 iban a transmitir el encuentro en vivo. Perón no anduvo con vueltas:

—Estamos enfrentando una responsabilidad que nos ha dado plebiscitariamente el pueblo argentino. Nosotros no somos dictadores de golpes de Estado. No nos han pegado con saliva. Nosotros vamos a proceder de acuerdo con la necesidad, cualquiera sean los medios. Si no tenemos la ley, el camino será otro, y les aseguro que puestos a enfrentar violencia contra violencia, nosotros tenemos más medios para aplastarlos, y lo haremos a cualquier precio. Porque a la violencia no se le puede oponer otra cosa que la propia violencia.

Los diputados no habían ido a una batalla frontal.

—Nosotros lo que decimos es que hay que hacerle modificaciones al proyecto...

—Bueno, hombre, háblenlo con el presidente del bloque.

—Quisimos hablarlo, general...

—¿Y?

—Nos dijo que no había discusión posible.

—Ah. Yo no voy a hablar con el presidente del bloque.

El diputado Humberto Martiarena no necesitaba que Perón le dijera nada. Las palabras del General en vivo para todo el país cerraban cualquier diálogo:

—Nadie está obligado a permanecer en una fracción política. El que no está contento, se va. En este sentido, nosotros no vamos a poner el menor inconveniente. El que esté en otra tendencia, distinta de la peronista, lo que debe hacer es irse. En este aspecto hemos sido muy tolerantes con todo el mundo: el que no esté de acuerdo o al que no le conviene, se va.

El jueves 24, los ocho diputados de la tendencia renunciaron a sus bancas para no votar el proyecto y no romper el bloque. En su renuncia decían que, de esa manera eran «leales a las enseñanzas del Conductor de nuestro Movimiento y a 30 años de luchas peronistas contra la dependencia». Esa noche los parlamentarios sesionaron, y la oposición argumentó largamente. Al cabo de once horas, los diputados peronistas aprobaron las reformas. *El Descamisado* explicaba la oposición de la JP: «El proyecto económico actual se basa fundamentalmente en la inversión de capitales extranjeros. Pero como

ha dicho el propio General Perón, el capital es lo más cobarde que hay. Y esos capitales, los que provienen del área imperialista, ponen sus condiciones y exigen seguridades. Éste es entonces el fundamento último del proyecto de modificación de la legislación penal. Por eso este gobierno popular no se ha planteado una legislación específica para reprimir los monopolios, los vaciamientos, los acaparamientos, los latifundios, las malas condiciones de trabajo, las torturas, etc., y sí se plantea reprimir cosas tales como la incitación a la violencia o las ocupaciones de fábricas».

Dos de los nuevos diputados que reemplazaron a los renunciados respondían a la JP: Rodolfo Bettanín y Miguel Zavala Rodríguez quedaron en el bloque del FREJULI. En cambio Rodolfo Ortega Peña, que también accedió a la Cámara, decidió constituir un bloque unipersonal para no incorporarse al oficialismo. Ese mismo día, Manuel Gaggero lo llamó para felicitarlo:

—Gracias, Manuel. Los que no van a estar contentos son los del PRT cuando vean lo que publicamos hoy en la revista. Les damos con un caño por lo de Azul...

El editorial de *Militancia* era duro: «La visión del ERP deviene necesariamente en un estrategismo aislante, que se expresa en seguir “golpeando” desde arriba y desde afuera de la base, lejos de las expectativas e intereses inmediatos de la misma. Ello trae como consecuencia la sustitución —en base al voluntarismo— de la clase obrera, única actora permanente de los procesos revolucionarios, que hoy busca en un arduo proceso su propia organicidad y su propia conciencia que le permita avanzar colectivamente hacia sus objetivos».

El lunes 28 apareció un decreto firmado por Perón que ascendía a Alberto Villar a comisario general y lo nombraba jefe de la Policía Federal. Luis Margaride, por el mismo decreto, fue ascendido a comisario mayor y quedó a cargo de la Superintendencia de Seguridad Federal, ex Coordinación Federal. Villar era un especialista en lucha antiterrorista que se había destacado en la represión del Viborazo y del velatorio de los muertos de Trelew; Margaride se había destacado por sus razzias en hoteles alojamiento, en tiempos de Onganía.

Pocos días después, Santucho firmó el editorial de *El Combatiente*: «El comité ejecutivo de nuestro partido tomó la decisión de atacar la guarnición militar basado en el sereno análisis político de la situación nacional. La burguesía ha levantado un infernal barullo en torno a esta operación, atacando desde todos los ángulos a nuestra organización. Ello es lógico, porque el

enemigo ve con claridad el peligro. Efectivamente, la situación crítica por la que atraviesa la lucha de clases argentina debe definirse a corto o mediano plazo: o las masas se lanzan decididamente a la ofensiva o la burguesía ataca organizadamente al pueblo».

Terminaba enero y, esa mañana, en la redacción de *El Mundo* parecía que lo único inquietante era la escasez de ventiladores de techo.

—Llegó la nota de Contreras, Granovsky.

El secretario general de redacción sabía que era una de las pocas que no podía retocar: a lo sumo una coma, un artículo mal puesto. A nadie se le iba a ocurrir modificar un artículo de Santucho. Manuel lo leyó por encima y vio que trataba de lo mismo que le habían contado unos días antes: el PRT se había reunido con el MIR chileno, el MLN-Tupamaros uruguayo y el ELN boliviano para formar una Junta de Coordinación Revolucionaria. Manuel se lo pasó a Granovsky sin prestarle demasiada atención. El artículo ya había pasado por las manos de Alberto Baquelas, el responsable del PRT en el diario.

A la mañana siguiente Urteaga llamó para citar a Manuel y Alberto de inmediato en el bar de Tacuarí y Avenida de Mayo. Cuando Manuel le vio la cara supo que había problemas:

—¿Cómo publican esa nota de Contreras así nomás, sin chequearla?

Manuel apuró el trago de gaseosa sin bajar la mirada. Sabía que la pregunta iba para Alberto. Alberto no pudo evitar sonrojarse.

—La mandó la dirección. ¿Qué hay que chequear?

Urteaga les aclaró que la nota no la había escrito Santucho y que estaba en contra de la línea del PRT.

—Si hacemos mucho bombo con que armamos la Junta nos van a venir con que son las reminiscencias trotskistas, que volvemos a armar una cuarta internacional y todo eso. La línea del partido es buscar un apoyo internacional amplio. Ya tenemos contactos con la embajada soviética y de otros países socialistas...

Sonaba como un cambio importante: de la denuncia de la burocracia stalinista de unos años antes a una postura de acercamiento al bloque del Este. El PRT intentaba establecer una alianza con el partido Comunista de la Unión Soviética y transformarse en su interlocutor local en lugar del partido Comunista argentino. Pero Manuel y Alberto no estaban en ese momento en condiciones de evaluar líneas internacionales y se quedaron fríos con la decisión que les transmitió Urteaga:

—Lo que tienen que poner en el diario es que Contreras fue expulsado de la redacción...

Al otro día salió un recuadro en página impar que informaba a los lectores que Contreras se había retirado del grupo de colaboradores de *El Mundo*.

Pero Urteaga no estaba satisfecho y llamó por teléfono:

—Manuel, eso que salió pasa desapercibido. Tiene que salir grande...

La dirección del PRT decidió que a partir de ese momento todas las decisiones pasarían por manos de Manuel, aunque no fuera miembro del partido. Alberto Baquelas fue sancionado por no ejercer el necesario control político sobre el compañero Contreras. No estaba muy de acuerdo con eso de que la dirección no se hiciera cargo de sus errores, pero acató: tuvo que pasarse un par de noches haciendo guardia en el edificio del diario. Para evitar más problemas y como Urteaga había armado una tormenta con algo que a Manuel le parecía menor, la expulsión de Contreras no salió una sino dos veces más. Todo parecía terminado hasta que el último día de enero, a la mañana, llegaron tres muchachos que amenazaban con no irse del diario hasta que los recibiera el director.

—Escuchemé, ¿cómo este diario va a prohibir al compañero Contreras?

Manuel no supo qué contestarles. Los muchachos eran del frente universitario del PRT.

—No compañeros. Fue todo un mal entendido, ya está superado...

—¿Cómo superado? Contreras es el compañero Santucho y lo dejaron de lado... ¿Qué está superado?

Era difícil explicarles que Contreras era y no era Santucho, que la Junta de Coordinación Revolucionaria era y no era una buena política, que él mismo era y no era del PRT.

—Bueno, muchachos, vamos a tomar la inquietud de ustedes, yo la voy a conversar acá con el jefe de redacción que fue quien se ocupó del asunto...

—¡Che, lo mataron a Dardo Cabo!

—¡No!

—Sí, trató de resistirse cuando la cana entró en el *Desca* y lo bajaron.

—¡No, no puede ser!

Nicolás Casullo no terminaba de creerlo, pero tampoco era imposible: estaba dentro de la lógica cada vez más ilógica de las cosas. Nadie habría podido prever, tampoco, seis meses atrás, que la Policía Federal iba a allanar la redacción de *El Descamisado*, la revista de la JP, y sin embargo esa tarde dos docenas de agentes habían entrado por los techos, con gran despliegue de

armas y de gritos. Andrés Zabala entró en la oficina de Nicolás agitado, nervioso:

—No, parece que lo de Dardo no es cierto. Pero nadie sabe nada. Hace un rato llamó Quieto a ver si teníamos alguna información.

El mediodía de ese miércoles unos cincuenta hombres llegaron en doce coches a la redacción de *El Descamisado*, en Jujuy y Belgrano. Tenían escopetas de caño recortado y el apoyo de un par de patrulleros de la Federal: entraron en el local, amenazaron a los ocho trabajadores que estaban en ese momento, les pegaron, rompieron escritorios, máquinas de escribir, archivos, se llevaron cámaras de fotos y, al cabo de media hora, salieron llevándose a los ocho detenidos a la Superintendencia de Seguridad Federal.

—Mirá la calle, mirala, que va a ser la última vez que la veas, hijo de puta.

En las escaleras del ministerio de Educación una docena de militantes de Concentración Nacional Universitaria —CNU—, un grupo de la extrema derecha peronista, gritaba contra los Montoneros, *El Descamisado* y los judíos comunistas infiltrados en Educación. Al cabo de una hora se aburrieron y se fueron. Después llegó el ministro Taiana: acababa de entrevistarse con Perón, que le había dicho que no pasaba nada, que no se preocuparan. Andrés llamó a un teléfono y pasó la información. El clima se fue calmando con la caída de la tarde, pero a muchos les quedó la sensación de que todo se venía abajo.

—Yo me voy del Ministerio, Casullo, vine a informarle. No sirvo para estas cosas, me espantan, me paralizan. Y ayer sentí que todo se está volviendo terrible, yo soy pedagoga, eso solo, no tengo fuerzas frente a la violencia, a las armas. Cuando entré aquí y me hablaron de los proyectos no me imaginé la que se venía...

La mujer empezó a llorar: parecía un llanto de vergüenza. Tenía unos 40 años, tipo maestra austera: era simpatizante de la JP y había entrado al ministerio con la nueva administración, para organizar unos proyectos pedagógicos. Pero no daba más:

—No se cómo decirle, Casullo, soy muy cobarde, me aterra la violencia, y esto está cada vez peor. Quiero que usted me entienda, por eso quería hablar con usted. Yo creo que ustedes tienen razón, cuando los veo a ustedes todos los días rezo para que vivan muchos años, todos los años que hagan falta para ganar, pero todo me aterra, esto que está pasando ya es otra cosa, no lo que yo imaginaba que sería, yo vengo de una familia peronista y muy cristiana, yo siempre creí que éste iba a ser nuestro gobierno, pero así no, no puedo. Ayer

hablé con mi padre y me dijo por lo que me contás, andá a decírselo a ellos, y aquí estoy, ya lo ve, y sé lo que pensará usted.

—Nada, yo qué puedo pensar...

A la mujer se le había corrido el poco rimmel que tenía en los ojos: estaba muy nerviosa y siguió un rato dando explicaciones. Nicolás trataba de tranquilizarla. Dos días después vino otra, más joven, que también había entrado con ellos como secretaria:

—Me voy, como me fui ayer de la unidad básica. Tengo miedo, así de simple. No estoy preparada para los fierros. Recién me casé y no quiero saber una sola palabra más de montoneros ni de nada por el estilo. Ayer tiré a la basura todos los *Descamisados*. Quiero vivir, irme al interior, olvidarme de todo, tener tres o cuatro hijos, ser feliz. ¿Me entendés, Nicolás?

—Te entiendo.

—No sé si me entendés, pero me da lo mismo.

—¿Qué tengo que entenderte? Son decisiones personales.

La chica se mostraba dura, desafiante, triste:

—Cuando empecé a pensar esto sentí que tenía que matarme. Estaba convencida. No podía dejar de pensar en eso, en cómo hacerlo. Me sentí muy poca cosa frente a los compañeros, una basura, una traidora. Me decía, soy un puntito en el universo, así chiquito, pero igual lo único que merezco es desaparecer. Después hablé con una prima mía, una hermanita del cielo, y se me aclaró todo. Yo soy yo, valgo o no valgo nada, pero soy yo.

Nicolás se quedó consternado. Trató de pensar que era lógico que algunos fueran abandonando, los más débiles, los menos convencidos, los que se habían plegado por la fuerza de la corriente, pero igual esas partidas lo tocaban. En esos días también estallaban con dureza las peleas con los militantes que se estaban pasando a la Lealtad. Corrían rumores sobre peleas, agachadas, afanos de material, tironeos de locales y de militantes.

—¿Y qué vamos a hacer, los tenemos que rajar a todos como si fueran leprosos?

—No, como si fueran leprosos no. Como si fueran compañeros que dejaron de serlo, que ya no comparten un proyecto con nosotros...

—Bueno, pero de todas formas lo que está en juego son más cosas, está el puesto de trabajo, las relaciones personales.

Nicolás y Andrés le dieron vueltas un rato más pero no encontraron otras soluciones. Les había llegado la orden de echar del ministerio a todos los que se hubieran pasado a la Lealtad, y al principio la resistieron. Consiguieron diferirla, pero hubo un momento en que los responsables empezaron a

exigirles que la cumplieran. Además, la convivencia con ellos se hacía cada vez más tensa. Una tarde, Nicolás y Carlos Oves convocaron en el despacho a los tres leales de mayor nivel. La charla era fría y tirante:

—Las cosas son así. Es una decisión orgánica que pasa por encima de esto que hacemos en el ministerio.

—Nosotros no nos vamos, ni renunciamos ni firmamos nada. Es responsabilidad de ustedes esta decisión de mierda.

—Sí, es nuestra responsabilidad, y la estamos viviendo tan como el culo como ustedes. Por eso les decimos que tratemos de comprender las cosas con cierta tranquilidad. La situación entre los montos y los disidentes estalló en otros lugares, en otras partes, pero así se dio. Acá también repercute. Se es montonero o no, así se definen las cosas hoy día. Y vos lo sabés bien.

—Nosotros somos montoneros, viejo.

—Sí, Montoneros Lealtad, yo no quiero discutir quién es quién. La orden fue despedirlos. Pudimos cambiarla, arreglamos trasladarlos a otras secciones, conservarles el laburo y el sueldo hasta que se aclare la cuestión, o no se aclare.

—Gracias, son dos panes de Dios.

—No la hagás pesada, Negro. Donde ustedes quedan al mando también rajan a los nuestros. ¿O no?

La situación era dolorosa. Estaban discutiendo con tres tipos que, dos meses antes, eran sus compañeros y amigos.

—No sé, tal vez sí, tal vez no. La cosa es que ahora los que la están haciendo son ustedes.

—No jodas, vos sabés que sí. ¿O te rajamos porque no sabés filmar?

—Nosotros abrimos la discusión en cada caso.

—Mentira. ¿Me la querés vender a mí? Vivimos de las órdenes, y nosotros somos los ordenados.

Una de esas noches, Nicolás se juntó a tomar un café con Silvia Rudni, una de las referentes del Bloque de Prensa, para una de esas discusiones fuera de la estructura que eran, cada vez más, el espacio donde podía charlar sin trabas. Silvia era una excelente periodista de 27 años, hija y nieta de periodistas, dirigente del Bloque de Prensa, y pensaba que cada vez se acentuaban más las dos formas posibles de militar en la organización Montoneros: estaba la gente que se asentaba en la crítica y la que funcionaba a golpes de mística, decía. Y que, como cada vez se hacía más difícil discutir en el ámbito una orden, los críticos se volvían más impotentemente críticos, y los místicos más creyentes y dogmáticos. Y que la política del aislamiento y

de las armas se estaba afianzando más y más, decían. Pero que no era imposible modificar ese rumbo, y que querían intentarlo todavía.

Enero de 1974. El 29 de agosto de 1973, Alexander Solzhenitsin, 55 años, el ruso autor de *Un día en la vida de Iván Denisovich* y *Pabellón de cancerosos*, premio Nobel de Literatura 1970, el más famoso de los disidentes soviéticos, declaraba a *France Presse* en Moscú que «inmediatamente después de mi muerte, de mi desaparición o de la privación de mi libertad bajo cualquier forma que sea, mi testamento literario entrará automáticamente en vigor. Entonces empezará la parte esencial de mis publicaciones, de la que me abstuve en estos últimos años». Nadie sabía, todavía, que Solzhenitsin hablaba de *El archipiélago Gulag*.

Pero diez días después Elisabeth Voronskaia, una amiga de Solzhenitsin que le había pasado a máquina el manuscrito del *Archipiélago*, fue detenida en Leningrado por la KGB, que la interrogó durante cinco días y consiguió, al final, una copia del texto. Cuando la soltaron, Voronskaia volvió a su casa y se ahorcó. Entonces Solzhenitsin decidió que publicaría el libro de inmediato. «Con el corazón dolido, durante años me abstuve de hacerlo: mi deber hacia los sobrevivientes de los campos que me confiaron sus historias me lo impedía. Pero ese compromiso ahora cedió paso ante mi deber hacia los muertos. Ahora que la KGB tiene este libro en su poder, no me queda más remedio que publicarlo de inmediato», dijo Solzhenitsin.

El Archipiélago Gulag estaba dedicado a «todos los que no vivieron lo suficiente como para contar esto. Que me perdonen por no haber podido ver todo ni guardar el recuerdo de todo, ni adivinarlo todo». El libro era un meticuloso informe —sus 600 páginas eran la primera de tres partes— acerca del funcionamiento de las prisiones y campos de concentración que, como islas, aparecían en la geografía de la URSS: los arrestos, los interrogatorios, los procesos, la prisión, las ejecuciones.

En los primeros días de 1974, *El Archipiélago Gulag* aparecería, casi simultáneamente, en inglés, francés, italiano, español, alemán y en una edición clandestina rusa. El mecanismo utilizado para sacar los manuscritos de la Unión Soviética y distribuirlos en Europa siempre fue un misterio. El otro misterio, el del nombre del libro, fue rápidamente ventilado por los periódicos más importantes —*New York Times*, *Der Spiegel*, *L'Express*— que se ocuparon profusamente del asunto. *Gulag* era la sigla de *Generalnoie Upravlenie Lagerel* —en castellano, Dirección General de Campos de Concentración. La expresión hizo fortuna: en pocos días, los idiomas

Europeos tuvieron una palabra nueva. En febrero, Alexander Solzenitsin fue detenido, privado de su ciudadanía soviética y expulsado a Alemania Occidental.

El edificio de Luz y Fuerza estaba bien custodiado, pero cuando empezaron los tiros la mujer se quedó dura detrás de una palmera, en medio de la vereda, y gritaba desesperada. La señora tenía los papeles del plan de vivienda sindical en la mano y no los soltó cuando el Caña Murúa mandó a alguien a buscarla.

—¡Dale, yo te cubro!

En esos días, los militantes del PC y del ERP colaboraban en la defensa de la sede de Luz y Fuerza de Córdoba. Pero esa tarde las balas eran más que los tiroteos aislados de algunas noches. El Caña Murúa era un obrero de Villa Revol, de donde había salido Agustín Tosco. Era flaco, buen tirador y militante del ERP; como todos, se quedó apostado adentro. Se dio cuenta de que no estaban disparando con armas cortas: eran ráfagas de ametralladoras. El Caña sabía que aunque tiraran de las terrazas y la vereda no podrían entrar. El único acceso era la puerta del frente, y ahí estaban ellos, en el entrepiso, cuerpo a tierra. El Caña solía ser sereno.

—Al primer muñeco que entra, le tiran a matar.

Le habían dicho, y el Caña sabía que la orden era estricta: Agustín Tosco y medio consejo directivo de Luz y Fuerza estaban en el segundo piso. Y le dijeron a un empleado que llamara por teléfono a la gobernación, para que Obregón Cano hiciera algo.

Los atacantes eran como una docena, vestidos de civil. Pero pasaron los primeros diez minutos y no llegaba un solo patrullero. Eso confirmaba lo que todos suponían: eran policías. A los veinte minutos los atacantes dejaron de tirar. El Caña se asomó por la ventana y vio a los tipos que se alejaban muy tranquilos. Norberto Burni vio que uno se daba vuelta y apuntaba con una pistola. Tiró tres tiros, como por costumbre. Burni asomó el cuerpo y gritó con la poca voz que le quedaba:

—¡Hijo de puta! ¡Facho culeado!

El tipo se fue tranquilo. Al rato llegó Atilio López con dos autos de la gobernación y un patrullero que se quedó más atrás. El Caña Murúa se paseaba con una metralleta y daba órdenes, por si volvían. López entró y se quedó charlando con Tosco en el bar de la planta baja. Burni le vio la cara al vicegobernador: parecía abatido. Entonces entró un vecino y fue hacia donde estaban, pero se dirigió claramente a Tosco, no a López:

—Vea, yo vi a unos que se bajaron de una camioneta, en la puerta de mi casa. Les tomé la patente.

El papelito pasó de las manos de Tosco a las del vicegobernador en el mismo acto.

—Bueno, Atilio, acá tenés una pista.

Burni se decía que, a lo sumo, López se lo pasaría a la policía del teniente coronel Domingo Navarro: no serviría para nada. Pero esperó a que se fuera para hablar con Tosco:

—¡Ese Navarro es el que arma todo esto! ¿Te das cuenta, Gringo? Acá el poder lo siguen teniendo los mismos de la dictadura, pero ahora encima tienen a la derecha peronista.

Tres días después, Atilio López pidió al jefe policial un informe sobre el ataque a Luz y Fuerza. Navarro le mandó decir que estaban trabajando sobre algunas sospechas. Tosco siguió con sus planes: ya había logrado conformar el Movimiento Sindical Combativo a nivel nacional, una alianza de la que participaban gremios de todo el país. El MSC estaba lanzando un plan de lucha contra el Pacto Social y por el llamado a paritarias. Muchos analistas se acordaban de aquel congreso de la CGT, en marzo de 1968, que derivó en la CGT de los Argentinos. Las 62 Organizaciones se pusieron alertas y vigilantes contra el crecimiento de Tosco fuera de Córdoba.

—Gringo, volvió a llamar Manuel Gaggero.

El Flaco Murúa le hizo acordar a Tosco que tenía que mandar su artículo para *El Mundo*. El Gringo solía escribir sus artículos a mano en un cuaderno de hojas con renglones. A veces, le pedía colaboración al Tío Ponsati, un periodista del vespertino *Córdoba* que también se ocupaba del *Electrum*, el periódico de Luz y Fuerza. Esta vez prendió el ventilador del cuarto que había acondicionado en el último piso del edificio gremial. Apenas tenía una cama, ropero, un escritorio y varios ceniceros. Estaba fumando 40 cigarrillos por día, dormía cuatro o cinco horas y no había pareja que lo aguantara. Hacía tiempo que andaba más bien solo. Esa noche escribió una nota larga, que le ocupó como seis carillas del cuaderno y salió publicada el 31 de enero: «Promesas y realidades». El texto discutía el pacto social, las leyes de Prescindibilidad, de Asociaciones Profesionales, de reforma del Código Penal, de Educación Universitaria. Empezaba con una apreciación global:

«Enero concluye con un país verdaderamente conmocionado. El gobierno ungido con más de siete millones de votos se debate también en medio de una crisis que engendra el sistema económico social del capitalismo dependiente. La utópica era de estabilidad y paz social que la sola presencia de Perón en el

gobierno provocaría, va quedando diluida en el horizonte de ilusiones que la propaganda premeditada y demagógica se ocupó de fabricar.

»La historia la hacen los hombres, pero nunca en su medida y armoniosamente y menos atravesando la crisis de un sistema. La hacen sujetos en gran medida a las leyes fundamentales del propio desarrollo histórico, con todas sus profundas contradicciones, con sus antagonismos de clases, surgidos por la imposibilidad de un sistema de resolver satisfactoriamente los problemas que crean las serias dificultades a la vida en general de la mayoría de la población. Son muchos los acontecimientos que marcan con su intensidad, su dramatismo y su repercusión, este agravamiento de la crisis de las contradicciones y que hacen cada vez más turbulenta la vida histórica de nuestro país».

Once

El verano tucumano estaba caliente y la estructura del ERP tenía, además, problemas en su frente interno. Osvaldo Debenedetti, el Tordo, estaba en la casa de Antonia Nieves, una tucumana de ojazos negros y carácter fuerte que integraba una célula militar urbana. Antonia tenía 21 años, una hija de uno, un embarazo de ocho meses y una idea definida sobre la disciplina. Osvaldo trataba de poner paños tibios a la andanada de críticas que Antonia lanzaba contra su responsable, Carlos Correa.

—Bueno, no hay que ser tan brígida, compañera.

—¿Qué es eso?

—Que no seas tan estricta, tan unilateral.

Correa era un tucumano alto, delgado, con unos bigotes y un pelo ondulado que lo hacían atractivo para las mujeres; su primera caída en la cárcel había sido por un robo común. Pero resultó confiable para algunos dirigentes del PRT con quienes compartía pabellón en la época de Lanusse, que lo incorporaron a su estructura y terminó saliendo con la amnistía del 25 de mayo.

Correa quedó como responsable de un equipo militar urbano en Tucumán y, poco después, sedujo a la compañera de otro militante que acababa de caer preso. Una tarde se fueron a encamar a una casa que el ERP había abandonado por cuestiones de seguridad; al rato apareció en el lugar la compañera de Carlos, que cuando vio el espectáculo tuvo un aborto natural.

—Mirá, Tordo, para mí es una falta de moral grave. Si para ser miembro del partido hay que ser un hombre nuevo, ese compañero no está en condiciones de ser del partido.

Osvaldo Debenedetti era un cuadro militar histórico que estaba cumpliendo una sanción disciplinaria: dos años antes era como un modelo de guerrillero, y ahora era un sancionado por haber hablado de más en su caída de abril de 1972.

—No, compañera. Nosotros queremos construir el hombre nuevo, no somos el hombre nuevo. En todo caso habrá que sancionarlo al compañero y también a la compañera. Una sanción con carácter educativo, para que el compañero vea su error.

Antonia vivía en un barrio humilde, más bien céntrico, en la calle Piedras, cerca de la avenida Mate de Luna. La casa tenía tres habitaciones pero la loza estaba a medio terminar y las paredes interiores eran de madera muy rústica. Además de Antonia y su compañero Luis, en la casa solía haber más militantes, reunidos o alojados. E iba a ser uno de los lugares donde se llevaría adelante la tarea central del PRT en Tucumán: lanzar la guerrilla rural.

La idea no era nueva. Santucho y Carrizo la proyectaban desde que empezaron a trabajar como contadores en el sindicato del ingenio San José, ocho años antes. Junto con Leandro Fote y Antonio del Carmen Fernández, dirigentes gremiales, solían ir a los bautismos o los locros en las colonias azucareras: así fueron conociendo gente que les darían las bases políticas para la guerrilla rural. Después del 25 de mayo de 1973, la idea tomó cuerpo: un grupo de rastreadores fogueados al mando de Lionel Mac Donald —Pasto Seco, por tan rubio— se internó en el Aconquija con algunos elementos de supervivencia y pocas armas. Después formaron las primeras patrullas. La idea era no apresurarse y contar con buen armamento: ya habían trasladado una buena cantidad de los fal que el ERP había sacado del Batallón 141 de Córdoba en febrero de 1973. Pero necesitaban más armas y, además, tenían que armar una logística: pensaban sentar sus bases de apoyo en las colonias azucareras —que debían ser la cantera de incorporación a la guerrilla—; mientras que en la ciudad de Tucumán las células urbanas acompañarían con distintas tareas. Fuera del frente rural, el trabajo del PRT tenía una marcada contradicción: buena imagen y apoyo entre la población, pero escasa cantidad de militantes. En esos días tendría unos cuarenta, muchos de ellos forasteros, y un responsable político que era un buen cuadro militar, Jorge Molina.

Antonia sí era tucumana, pero en ese momento estaba por parir y sólo podía hacer tareas menores: chequear a un industrial del ingenio San Pablo al que pensaban secuestrar para obtener un rescate o pasar a ver puestos policiales con la idea de coparlos para distraer la atención de la zona montañosa. Por el momento, su contacto con el monte era que algunos de los que habían subido solían pasar por su casa. El ERP había fijado un criterio: cada dos o tres semanas, los combatientes tenían una especie de franco para pasar unos días de descanso, bañarse bien, visitar a la familia. Arnoldo fue uno de los que bajaron a fin de enero, y Osvaldo alertó a Antonia:

—Es un compañero que prácticamente no conoce la ciudad. Además, cuidado si hay mujeres en la casa, porque nunca tuvo experiencias sexuales.

Arnoldo era de Lules, una colonia azucarera del sur tucumano. Ahí había nacido y también había caído preso a los 19. Salió con la amnistía a los 20 y ahora tenía 21. Era flaco, muy fibroso y Antonia le vio pinta de aguantador. Lo llevó a conocer el parque Independencia, a un cine, a la estación de tren, y le explicó cómo manejarse en la ciudad, cuánto salía un boleto: cosas mínimas por si alguna vez tenía que moverse por ahí. Arnoldo le contó que allá en el monte marchaban mucho, de madrugada o a la luz de la luna, y que como él conocía la zona siempre iba en la vanguardia, que las mulas eran mejores que los caballos, que tenían un médico, que los que llegaban de la ciudad se ampollaban los pies y que las zapatillas eran mejores que los botines. Antonia le dijo que a ella le gustaría ir.

—No, los compañeros dicen que más adelante, que las mujeres van a venir cuando tengamos campamentos fijos.

De momento dormían en vivacs y sólo tenían escondites con tambores sellados y enterrados con chocolates, leche condensada, explosivos y municiones, que iban preparando para cuando llegara el cerco militar. En algún momento llegaría el Ejército y los guerrilleros pasarían del reconocimiento y el patrullaje a eludir los cordones militares y preparar emboscadas. Por eso Santucho había pensado en contar con gente del lugar, baqueanos y militantes fogueados. Hugo Irurzún, el capitán Santiago, llegó como nuevo jefe militar del grupo. Otros cuadros más conocidos por los pobladores, como el Negrito Fernández, subían y bajaban para afianzar la relación de la guerrilla con las colonias. Y, si todo les iba bien, en poco tiempo Santucho iría a encabezar la Compañía de Monte. Estaba por cumplir cuarenta años y se mantenía bien; de todas formas, solía decir que la resistencia a los mosquitos, el miedo a los ruidos nocturnos, al hambre y al propio combate eran sobre todo cuestiones ideológicas, de firmeza, de confianza en la revolución.

La última noche, Antonia le preparó a Arnoldo un guisote succulento pero él no quiso comer mucho. Lo pasaban a buscar muy temprano y al rato seguramente estaría al lado de la ruta 38, frente al Aconquiya, cambiándose los jeans por unos pantalones verdes. Cuando terminó de lavar los platos pensó que cuando las mujeres subieran a incorporarse a la guerrilla, ese chico de 21 iba a perder la virginidad. Tal vez antes, cuando bajara a hacer una acción a alguna colonia. Al fin y al cabo a Luis, su compañero, lo había conocido así, en un reparto, cuando vivía en Colonia Chazal.

Cuando el sol empezó a caer, Zoilo Nievas subió a Mirta al sulqui y se fueron despacio por el camino zigzagueante, bordeando el Aconquija, desde Colonia Chazal hasta San Pablo. Era noviembre de 1952 y en Tucumán florecía la industria del azúcar. Al lado del ingenio estaba la maternidad y las monjas recibieron a la parturienta. Zoilo llevó al caballo hasta un bebedero y Mirta parió por séptima vez.

—Es una chinita.

Le dijeron al padre que esperaba afuera. Zoilo se puso contento porque ya tenía cinco varones, suficiente para el trabajo en la cosecha. Al mes la bautizaron en la iglesia de San Pablo y la madre quiso que se llamara Antonia. Antes de cumplir cuatro años, Antonia tuvo dos hermanas más. Y al fin sus padres pararon: nueve era bastante. En Colonia Chazal algunos tenían diez, once, trece hijos. Eran unas cincuenta familias, todos zafreiros permanentes. En esos años no faltaba el trabajo y los ingenios tucumanos, que venían de la época de la colonia, tenían maquinaria moderna. Tucumán estaba organizada a la medida de los ingenios y cada cual pertenecía a una familia. Los Nougés, por ejemplo, los dueños del San Pablo, tenían su mansión en la Villa Nougés, en la ladera escarpada de la precordillera. Desde su villa los Nougés podían ver su ingenio. La planta ocupaba varias hectáreas; lo que más sobresalía a la distancia era la chimenea, inmensa, de ladrillo rojo, con una llamarada que indicaba cuánto bagazo se quemaba cada día. El centro del pueblo era como todos: iglesia, estafeta postal, comisaría, el colegio San Pablo Apóstol y el club San Pablo, con un equipo que jugaba en la liga provincial de fútbol. El sindicato tenía un gran edificio, donde se hacían las fiestas importantes. Más allá, el barrio del personal superior y, apenas retirados, los barrios de los obreros de la planta, más calificados y mejor pagados que los del surco.

Colonia Chazal estaba cerca de San Pablo. A la entrada estaba la casa del administrador, casi como un mayordomo de estancia, y las ocho o diez manzanas estaban ocupadas por las casas de material y ladrillos de los obreros del surco. En las afueras había unos galpones para los temporarios, que aparecían en los picos de la cosecha. Los golondrinas no se mezclaban con los obreros de la villa. Algunos llegaban desde Salta o Santiago; a los del norte de Tucumán les decían los collitas.

La casa de Antonia tenía aljibe, plancha de carbón, horno de leña, faroles de kerosén. Como todos los chicos de la colonia, iba a la escuela rural de Mundo Nuevo, otra colonia de zafreiros. A los siete años, Antonia empezó a caminar una hora diaria para ir hasta la escuela, siempre con el guardapolvo y

las zapatillas blancas. Ahí se juntaban chicos de muchas colonias y había maestras para todos los grados: Antonia aprendió a leer, a escribir, a plantar jazmines y pensamientos, a coser. Cada 9 de julio iba a San Pablo a desfilar, con las demás escuelas, detrás del escuadrón policial. Los chicos iban con palas, azadas y rastrillos, las nenas con trenzas.

A los doce, cuando terminaba quinto grado, Antonia quiso cambiar su vida. Pero no se animaba a decirle a su padre que estaba aburrida de la escuela. Al padre no se le hablaba, menos en la mesa. A la madre, también la trataba de usted, pero tenía más confianza.

—Vea, madre, preferiría ayudarla en la casa.

—Bueno m'hijita, entonces aprenderá corte y confección y hará el guiso para el papá y los changos.

Eso estaba mejor. Tenían que preparar la vianda succulenta para los mediodías, cuando los cañeros enfundaban el machete y se quedaban al lado del último surco cortado, aprovechando la sombra que dejaban los cuatro o cinco metros de caña acumulada. A Antonia le gustaba cocinar y también ir a hacer las compras al almacén de Yerbabuena: le anotaban todo en la libreta y al final de la quincena alguno de los hermanos mayores iba a pagar.

A fines de 1966 el padre Pedro armó la capilla de Colonia Chazal. Fue toda una revolución que uno de sus hermanos la inaugurara con su casamiento. Después hubo fiesta. Como no tenían electricidad, Antonia vio cómo armaban todo con unas baterías de camión, una bocina amplificadora y una victrola. Hubo discos de pasta, musiqueros y hasta un payador. El padre Pedro era joven pero no bailaba.

—Estoy muy feliz de compartir este día con todos ustedes.

Ella no sabía que ese cura y el otro que también empezó a ir a dar misa los domingos, el padre Ramírez, eran tercermundistas. Tampoco sabía que había un tercer mundo. Hasta entonces conocía sólo uno. Sus hermanos empezaron a decir que si se cumplía el plan de Onganía los ingenios iban a moler menos caña. En febrero de 1967 su padre y sus cuatro hermanos mayores fueron a San Pablo, con todos. La FOTIA había lanzado un plan de lucha en defensa de la fuente de trabajo. Las mujeres mayores también iban, aunque sabían que la policía iba a dar duro.

—Éstos no tienen perdón de Dios, han matado una mujer.

Le dijo su madre, y Antonia se enteró de la muerte de Hilda Guerrero de Molina. Al otro día, todos los de la villa fueron al entierro. También los reprimieron. El plan de Onganía se aplicó y el ingenio San Pablo echó a los obreros más jóvenes: cuatro de ellos eran sus hermanos. El único que quedó

fue Zoilo, su padre, porque llevaba toda la vida en el San Pablo. Entre el invierno y el verano de 1967, Antonia despidió a sus cuatro hermanos: tres se iban a Buenos Aires a buscar trabajo en la construcción. El cuarto también fue a Buenos Aires, pero a cumplir un sueño: tocaba bien la guitarra, tenía buena voz y la historia de Palito Ortega era un modelo posible. Por sus cartas se fueron enterando de que sólo pudo entrar a la banda de música del Ejército y que en los ensayos le prestaban un clarín, pero que a la hora de los desfiles seguía tocando el tambor.

Antonia se aburría, estaba por cumplir los quince y se sentía una mujer. La recomendaron para un trabajo en Marcos Paz, cerca de San Miguel de Tucumán. Al principio cuidaba a los chicos, pero pronto consiguió que la pasaran a cocinera y le pagaron mejor. La trataban bien y siempre iban los sobrinos de la patrona, Jorge y Aída, que recién empezaban la facultad y hablaban con ella. Aída le dijo cosas que nunca había oído:

—Nosotros podemos estudiar gracias a que existen ustedes, los trabajadores.

—¿Por qué?

—Porque son los que producen las riquezas.

Lo de la plusvalía le resultaba incomprensible, pero el tono era de igual a igual, amistoso. El 9 de octubre de 1967 Antonia se enteró de la muerte de Guevara y, por primera vez, se compró una revista de actualidad. Hasta ese entonces sólo compraba, de tanto en tanto, alguna de recetas o de fotonovelas. Así traía la foto del Che muerto en la escuela de La Higuera, un pueblo campesino que le pareció mucho más humilde que Colonia Chazal.

Fueron tiempos de trabajo, de peinarse lacio casi hasta la cintura, de sacarse la pintura al volver del baile porque el padre la hubiera castigado duro, de alimentar un sueño. A fines de 1971 se quedó embarazada de un novio que no duró mucho. Pasó el verano sin que nadie lo supiera, pero a los cuatro meses tuvo que empezar a disimular la panza con ropa holgada. En abril de 1972, una mañana, apareció en Colonia Chazal un camión repleto de comestibles:

—Somos del ERP y hemos recuperado esta leche para devolverla al pueblo, que es el que la produce y que a veces no tiene ni para darle de tomar a los changos.

Aunque Antonia ya había escuchado algunas cosas en ese tono le pareció que este tipo flaco y alto lo había dicho bien. Un militante de ojos claros colgó una bandera. La gente empezó a hacer cola y todos se llevaban varias latas de leche Nestlé. El de ojos claros le dio un volante.

—Tenga, compañera.

—Gracias.

—Si le interesa, podemos conversar y le traigo más material.

A Antonia realmente le interesaba. Cuando leía *La Gaceta* siempre se fijaba en los comunicados o las acciones de los grupos guerrilleros. Antonia había leído la noticia pero no sabía que ese flaco que hablaba era el mismo José Manuel Carrizo que meses antes se había escapado con Urteaga y algunos más de la cárcel de Villa Urquiza. El de ojos claros se hacía llamar Luis, y volvió el domingo siguiente. Luis era salteño pero vivía en una pensión en Tucumán y estudiaba Agronomía. Luis la invitó a dar una vuelta y ella aceptó incorporarse a un grupo, como colaboradora. Después de un rato, él le dijo que ella le gustaba, que quería ser su compañero.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—Porque estoy esperando una criatura.

Luis no se había dado cuenta. Antonia le explicó que primero tenía que hablar con el padre del bebé y él le dijo que eso no era problema, que para él, si ella era su compañera, iba a ser un hijo de la revolución.

—¿En serio?

Antonia hablaba pausado, por eso pudo contener la emoción. Ella quería un cambio, pero no sabía que todo iba a ser tan distinto. No tenía mucho tiempo; igual, cuando salía de la casa donde trabajaba, antes de volver a Colonia Chazal, iba a reuniones, hacía alguna pintada. Luis le había recomendado que no dijera nada a nadie, ni siquiera a los sobrinos de su patrona pero a Antonia le pareció una falta de lealtad, sobre todo hacia Aída. Quería decirle, por lo menos, que ahora entendía lo de la plusvalía y, por qué no, que se había integrado al ERP. Así que se lo contó, pidiéndole mucho secreto.

Era invierno. Un día, Luis le dijo que iban a hacer un reparto de frazadas en la colonia Mundo Nuevo. Antonia aceptó participar, así que esa noche terminó temprano de lavar los platos y dijo que se iba a su cuarto, total no la controlaban. Al rato se fue por la ventana, se encontró con Luis y pedalearon un rato largo hasta un cañaveral donde habían escondido las frazadas. Los esperaba el Flaco Carrizo. Ella se caló una boina y un brazalete del ERP y cargó unas cuantas frazadas al hombro. Eran cinco: caminaron un par de kilómetros y, cuando llegaron, Antonia tuvo la impresión de que el grupo de muchachos que estaba a la entrada de Mundo Nuevo los estaba esperando.

—Hola, changos.

El comando del ERP se repartió por el pueblo. Golpeaban las puertas, y en todos lados los invitaban con mate o tortas fritas. Dejaban saludos de Santucho y del Negrito Fernández, que estaban presos. Antonia conocía a casi todos. Todos conocían a casi todos. En la colonia vivían unas veinte familias. Al cabo de un par de horas volvieron hasta el cañaveral, agarraron las bicicletas y ella llegó como a las cuatro de la mañana de vuelta a la casa de Marcos Paz.

Una tarde de agosto, Aída volvió llorando del velorio de Clarisa Lea Place, muerta en Trelew y enterrada en Tucumán. Antonia y Aída se abrazaron muy fuerte. Antonia tenía una panza de siete meses y decidió que ya era tiempo de ir a hablar con sus padres. Luis andaba medio clandestino.

—Vea, mamá, me voy a vivir con el Luis.

—¿Y va a dejar el trabajo, m'hijita?

—Voy a trabajar para la revolución.

—Si usted hace eso, más vale que no vuelva a esta casa. Además necesita el permiso de su padre.

Zoilo escuchó a su hija, habló con Luis y trató de contemporizar, les pidió que se cuidaran mucho.

—Antonia, usted es distinta, no es como las chinitas de campo. Yo voy a estar orgulloso de usted.

Se fueron a vivir a una cabaña que estaba muy alto en el cerro, una casa que usaba el ERP para reuniones y actividades. Ahí vivían con su responsable, Alfredito, un morocho curtido conocedor del monte. A los pocos días, Luis llegó furioso:

—Vamos a tener que irnos de acá. Seguro que han cantado esta casa.

Un simpatizante del ERP, que iba borracho en el colectivo se puso a gritar viva el Che Guevara. Un policía lo agarró y descubrió que tenía una pistola 45 en la cintura. Lo llevaron a una comisaría y, al rato de torturarlo, el borracho habló.

—Vamos a tener que perdernos en el monte.

Luis, Antonia, Alfredito y otro que ella no conocía se internaron en el Aconquija. Sólo podían prender fuego durante el día, cuando se metían en alguna cueva, para espantar alimañas. Antonia cargaba con la panza; ellos llevaban algún arma y las mochilas, comida y abrigo para la noche. Contra los mosquitos no había nada. Antonia conocía el monte y notó que sus compañeros se cuidaban mucho, no rompían ramas, escondían los puchos. Pero andaban cerca de las colonias y casi todos los días tenían algún enlace. Una tarde, Alfredito volvió con un mensaje para Antonia: la patrona de la

casa donde había trabajado de mucama, en Marcos Paz, estaba preocupada, le mandaba decir que saliera del monte para parir, que ella la acompañaría. Alfredito fue a una cita con la señora, cerca de la Colonia Chazal, y le dijo que no se preocupara, que se quedara tranquila, que ellos la iban a llevar a una maternidad en esos días. Por las dudas, Alfredito se había puesto una capucha: él no estaba clandestino y temía que, quizás, la cita fuera una trampa.

Pero todo salió bien: Antonia bajó, tuvo a su hija, le puso Elena y, de a poco, bajaron los otros. En diciembre, cuando Alfredito se metió con otros en una juguetería con la idea de robar juguetes para repartirlos en Navidad, cayó la policía y lo agarró. Ahí Antonia se enteró por *La Gaceta* que Alfredito se llamaba Miguel Ángel López, que tenía 21 años, que era albañil y que era hermano de un boxeador peso pluma que era una promesa provincial. El Flaco Carrizo estaba apenado por la caída de Alfredito, pero les dijo que iba a salir pronto y que seguro que los otros compañeros en la cárcel le iban a enseñar a leer y escribir.

—Como el Negrito Fernández.

Los meses siguientes Antonia no tuvo grandes sobresaltos. En la pensión donde vivía con Luis y la nena todos sabían que ellos eran del ERP. En la ciudad andaban con cuidado, pero cuando salían para las colonias y los pueblos aledaños a los ingenios, la cosa cambiaba. Ahí la policía no entraba y los militantes se movían con comodidad. Para hacer el trabajo en las poblaciones iban caminando, a caballo o en bicicleta. La gente conocía a varios del ERP, especialmente al alto y flaco y al petiso fibroso: José Carrizo y Ramón Rosa Giménez, que andaban por los ingenios desde hacía como diez años, con Santucho, el Negrito Fernández, Leandro Fote.

Para principios de 1973, además de Carrizo, el Gringo Mena llegó a Tucumán. Antonia sabía que se estaban preparando las bases para largar una unidad guerrillera en el monte. En realidad, hacía tiempo que el ERP quería lanzarse a la montaña pero tuvieron que postergarlo por las caídas. Cuando se acercaba el 25 de mayo y estaban por salir los presos, el Gringo Mena ya estaba preparando las bases para que se lanzaran las primeras patrullas. Cada tanto iban grupos a hacer prácticas de tiro y se quedaban unos días, dejaban alimentos o armas en escondites y bajaban sin disimulo a las colonias. Mena estaba conforme:

—La recepción de la gente es muy buena y el período de legalidad va a ser ideal para incrementar nuestra presencia.

Antonia fue a Córdoba la segunda quincena de mayo de 1973 a participar de la escuela de cuadros del PRT. La asunción del gobierno de Cámpora y la liberación de los presos la agarraron estudiando a Lenin, al Che Guevara y conociendo militantes de todo el país. Había llevado a su hija: por su tez oscura y sus ojitos rasgados, sus compañeros la bautizaron «la Vietnamita».

A principios de junio, de vuelta en Tucumán, Antonia volvió a embarazarse. Se agarró una congestión pulmonar, y el frío y la humedad le hacían muy mal. No podía trabajar y lo que conseguía Luis con algunas changas en la construcción no les daba para mucho. Luis creyó que lo mejor era irse para Chilecito, en La Rioja, donde vivía su tía, el familiar más directo que le quedaba, Antonia se lo dijo a Mena.

—Pero che, justo ahora, que venís de la escuela.

—Mirá, estoy muy débil, enferma, no tenemos un peso. Además vos viste cómo es Luis, él se va a ir lo mismo.

En septiembre Antonia se apenó mucho cuando leyó que Alfredivito había caído preso en el copamiento del comando de Sanidad, en Buenos Aires. Dos meses después, Antonia y Luis volvieron a Tucumán. Luis tenía pancita, estaba más tranquilo; Antonia se sentía curada y su embarazo seguía bien. Retomaron el contacto con el PRT y les plantearon que entraran a una célula de la Juventud Guevarista, para atender el frente estudiantil y barrios de la ciudad. Eso no estaba en los planes de Luis.

—No hermanito, yo vine a integrarme al ejército, déjenme de macanas.

Así que Luis y Antonia entraron en una célula urbana del ERP.

Enero de 1974. Desde octubre de 1973, el precio del petróleo en el mercado mundial se había multiplicado por cuatro. Los pronósticos decían que, durante 1974, los jeques árabes y algunos pocos petroleros venezolanos o mexicanos, dispondrían de 80.000 millones de dólares. Los «petrodólares» libaneses, kuwaitíes, egipcios o saudíes eran captados por flamantes sucursales del Citibank o el Chase Manhattan que se instalaban en sus desiertos para ofrecerles proyectos inmobiliarios, agrícolas o industriales en las grandes metrópolis americanas. Los árabes se convertían en los grandes nuevos ricos del mundo, y la imagen del príncipe con pañuelo en la cabeza y barbita afilada bajándose de un rolls royce empezaba a convertirse en un icono de la época. Mientras tanto, el fantasma de la recesión se asomaba a las casas y a las costumbres de los norteamericanos. El periodista francés Jean-François Merle lo pintaba en un artículo publicado a principios de febrero en *Le Nouvel Observateur*:

«En Times Square, los paneles publicitarios gigantes siguen desplegando sus millares de lámparas de todos los colores en un gigantesco ballet luminoso, mientras en las vitrinas de los grandes negocios de la Quinta Avenida los autómatas repiten hasta el infinito su brusca ronda. Durante las fiestas de Año Nuevo, en Nueva York no tenía sentido —al parecer— hablar de crisis energética. A pesar de los diarios, las revistas, la radio o la televisión, que consagran ahora una sección regular sobre la crisis, no parece que la opinión pública norteamericana haya tomado conciencia plena de sus consecuencias.

»Una noche en que mirábamos el noticiero se proyectó la inevitable secuencia sobre el desarrollo de la situación petrolera, y uno de mis amigos formuló esta reflexión: “Los norteamericanos no se dan cuenta de que se ha dado vuelta una página. Se ha logrado hacerles admitir que el invierno será difícil pero todos imaginan, conscientemente o no, que cuando llegue el verano podrán retomar sus grandes autos y caravanas y recorrer miles de kilómetros de rutas”. No pueden admitir —o más bien no quieren— que todo esto haya concluido y que no habrá retorno. Hace un año, en la televisión, nadie empleaba la palabra “crisis”; Richard Nixon hablaba del “problema de la energía” y los periodistas le hacían coro. Ahora se han puesto de acuerdo: existe una “crisis” pero no se dice hasta dónde llegará. (...)

»La opinión pública en su conjunto asocia estrechamente la disminución de su ración semanal de petróleo con el conflicto de Medio Oriente. En la geografía política norteamericana no existen más que dos categorías: el eje Nueva York-Washington (centros de decisión) y “el país”. Y bien, en “el país”, más precisamente en el Medio Oeste, empezaron a circular los rumores antisemitas.

»Nadie los ha visto o tenido en la mano, pero todos conocen alguien que dice haber visto sobre los parabrisas de los automóviles, calcomanías con estas inscripciones: “Se necesita petróleo, no judíos”, o bien: “Se puede prescindir de los judíos, no del combustible”, o sino: “Al fuego los judíos, no la nafta”. En el Este, y especialmente en el Estado de Nueva York, donde la comunidad judía es muy influyente, se está dispuesto a aceptar las restricciones para sostener la política pro israelí de Estados Unidos; más allá de los Appalaches, la frase se convierte en “congelarse en invierno por Tel Aviv”, versión 1973 de “morir por Dantzig”.

»Es verdad que el consumidor norteamericano —y solamente él— hace los gastos de las primeras medidas nacidas de la penuria; limitación de la velocidad a 80 kilómetros por hora sobre todas las rutas nacionales y

secundarias de los cincuenta estados de la Unión, cierre de las estaciones de servicio el domingo (y es posible, según se dice, un segundo día por semana), licenciamientos masivos en las compañías aéreas —desde el mecánico al piloto— paros prolongados en las industrias del automóvil, del turismo y del ocio. (...)

»Las consecuencias todavía son incalculables, y el senador William Proxmire, respondiendo en nombre del partido Demócrata al último discurso televisado de Richard Nixon, reconocía modestamente: “No tenemos ninguna solución para proponer”. He aquí que uno de los elementos que se juega —y que aún se pretende ocultar— es la crisis del automóvil, mito y realidad del modo de vida y del pensamiento norteamericano. En Europa se ha descrito hasta el cansancio la función simbólica del automóvil en la ideología dominante de la civilización norteamericana testimonio del éxito social, cargado de significación afectiva y sexual, afirmación por excelencia del ego viril y dominador.

»Un film reciente, *American Graffiti*, evoca a los *teenagers* de los años 60 corriendo por las calles de San Francisco o en los *snack-bars*, *drive in*, rivalizando en carreras suicidas con un personaje central: el automóvil. Una evocación que corre el riesgo de ser cada vez más nostálgica de aquí a diez años. Se ha difamado también a esos pobres negros que compran un Cadillac con su primera paga y duermen en él, ¡por no tener dónde vivir! Es necesario confrontar las dimensiones del continente norteamericano para entrever la importancia nada simbólica del papel del automóvil. Una sola cifra: 77,7 por ciento de los trabajadores norteamericanos van a su trabajo en auto. Sobre las 50 metrópolis más importantes sólo Nueva York (por el subterráneo) cae por debajo de la barrera del 65 por ciento. ¿Pero cuántas ciudades pequeñas o de mediana importancia tienen una red de transportes públicos?

»La primera consecuencia previsible e inmediata de la crisis es una disminución del tamaño de los autos. La General Motors ha cerrado varias fábricas para transformar las cadenas de montaje y orientarse hacia una mayor producción de modelos pequeños. En el futuro se acrecentará el papel de los transportes colectivos, urbanos o suburbanos, desde hace tiempo abandonados a los negros y a los pobres, a los estudiantes y los ancianos. (...)

»Pero los poderes públicos no son los únicos que piensan en el futuro de los transportes. La General Motors ha competido recientemente con las compañías de ómnibus y otras firmas de automóviles en los proyectos de tránsito interurbano para el circuito de los grandes lagos. Finalmente, el último servicio que proponen los bancos, en conjunto con los diarios locales y

la estación de televisión regional es la utilización de sus computadoras para formar los *car pools* (colectivos de autos) conducidos en forma relativa por los vecinos que trabajan en una misma dirección y a horas similares.

»El actual presidente está demasiado desacreditado por ese conjunto de escándalos que se designa con el nombre de Watergate como para ser capaz de imponer los cambios que son necesarios. El viejo slogan: “¿Le compraría un auto usado a Dick Nixon?” corre el riesgo de transformarse en algo más que una broma si son justamente autos los que van a faltar. El viejo conservador Barry Goldwater, senador por Arizona, expresaba a viva voz lo que piensan los industriales y los banqueros en privado, diciendo con su franqueza habitual: “He aquí una nación de 210 millones de habitantes que sufre de una crisis de liderazgo”. ¿Qué dirigente será capaz de hacer aceptar las restricciones que acompañarán la conversión energética de la economía norteamericana en los próximos diez años? La respuesta depara sorpresas: la caída vertiginosa del índice industrial Dow Jones durante el mes de noviembre (verdadera condenación de Nixon) ha cesado y comienza su ascenso, con la llegada de Gerald Ford a la vicepresidencia.

»A pesar de su mediocridad podría suceder que el ex campeón universitario de fútbol sea el hombre del momento, después de todo, Truman pasó la guerra de Corea. Por eso sigue en pie la posibilidad de que Richard Nixon renuncie en 1974 por razones de salud y lo reemplace, en un clima de unidad y de limpieza, el bravo Gerald Ford».

El 30 de enero, la Triple A envió a los medios de prensa su primera lista de condenados a muerte: los coroneles retirados César Perlinger y Juan Jaime Cesio, el obispo de La Rioja Luis Angelelli, el senador (FREJULI, Córdoba) Luis Carnevali, el diputado (peronista de la Tendencia, Capital) Luis Bajczman, los dirigentes trotskistas Homero Cristaldo (Jorge Posadas, PORT) y Hugo Bressano (Nahuel Moreno, PST), los abogados Silvio Frondizi, Mario Hernández y Gustavo Rocca, los jefes guerrilleros Mario Santucho (PRT) y Roberto Quieto (Montoneros), los gremialistas Agustín Tosco, Raimundo Ongaro, René Salamanca y Armando Jaime, el dirigente del PC Ernesto Giúdice, los directores de los diarios *Noticias*, Miguel Bonasso, y de *El Mundo*, Manuel Gaggero, el ex rector de la UBA Rodolfo Puiggrós y el ex jefe de la policía bonaerense Julio Troxler.

El comunicado era más bien parco: «Los mencionados serán ajusticiados en el lugar donde se encuentren». Se levantó una ola de denuncias: parecía cada vez más claro que los impulsores de la Alianza Anticomunista Argentina

eran el coronel Jorge Osinde y el mismo López Rega. La Triple A había aparecido un mes antes, cuando le volaron el auto al senador radical Hipólito Solari Yrigoyen en la cochera del Congreso: Solari se salvó de milagro, pero quedó con heridas muy graves. Reaparecieron a mediados de enero, con cartas a los legisladores sugiriendo que votaran la reforma al código penal; caso contrario, decían, les podría pasar lo que a Solari Yrigoyen.

El 8 de febrero Perón llamó a una conferencia de prensa en la casa de gobierno. A poco de empezar una rubia muy flaca, de pelo corto y anteojos de marco ancho, levantó la mano. El asistente de Perón le dio la palabra.

—Soy Ana Guzetti, de *El Mundo*. Señor Presidente: cuando usted tuvo la primera conferencia de prensa con nosotros, yo le pregunté qué medidas iba a tomar para parar la escalada de atentados fascistas que sufrían los militantes populares. A partir de los hechos por todos conocidos, de Azul, y después de su mensaje llamando a defender al gobierno, esa escalada fascista se amplió mucho más. En el término de dos semanas hubo exactamente 25 unidades básicas voladas, que no pertenecen precisamente a la ultraizquierda, hubo 12 militantes muertos y ayer se descubrió el asesinato de un fotógrafo. Evidentemente, todo esto está hecho por grupos parapoliciales de ultraderecha...

Perón la miró durante unos segundos que parecieron eternos.

—¿Usted se hace responsable de lo que dice? Eso de parapoliciales lo tiene que probar.

Dijo Perón, cortante, y miró a un costado:

—Tomen los datos necesarios para que el ministerio de Justicia inicie una causa contra esta señorita...

Y, de nuevo a los periodistas:

—Las medidas que se están tomando son asuntos policiales que están provocados por la ultraizquierda y la ultraderecha...

Los ojos de Perón recayeron sobre Guzetti:

—La ultraizquierda, que son ustedes, y la ultraderecha, que son los otros. De manera que arréglense entre ustedes. La policía procederá y la justicia también...

—Discúlpeme, General, yo soy peronista...

Dijo Ana Guzetti. En la dirección de *El Mundo* la radio tenía el volumen al máximo y Manuel Gaggero no lo podía creer.

—¡Este viejo está arterioesclerótico!

Alberto Rodó, el director administrativo, pensó que se venía la noche:

—¡Hijo de puta! Les dio piedra libre...

Mientras en la redacción todos comentaban que era un ataque a la libertad de prensa, los del equipo de seguridad se fueron a las ventanas a ver si llegaban patrulleros, para esconder las armas, o patotas de civil, para sacarlas. Manuel les pidió a los abogados del diario que presentaran un recurso de amparo y pidió una reunión urgente con el secretario de Prensa de la Presidencia. Abras todavía no le había contestado cuando Benito Urteaga, de la dirección del PRT, le transmitió a Manuel su desazón:

—Se están cerrando los caminos legales y no podemos exponer a los compañeros a que sean blanco móvil de la represión...

Urteaga le dijo que los miembros del ERP no podían empeñarse en dar custodias a sindicatos o locales del FAS y el MSB y que la autodefensa de los mismos trabajadores frente a las bandas armadas con fusiles y metralletas era bastante inútil.

—El nivel del enfrentamiento entró en una espiral ascendente...

A esa altura, el esfuerzo por equilibrar las cuentas del diario parecía una aventura de Walt Disney: en meses, la única publicidad privada importante que llegó fue una de Bonafide pero después del primer aviso los llamaron de la agencia para suspenderla. YPF había sacado una página para el Día del Petróleo: eso fue todo desde el Estado. Tenían muchos problemas de seguridad: una patota de civil había intentado asaltar las oficinas del diario y los que la cuidaban cerraron todo y se resistieron a tiros; la imprenta había tenido dos atentados. Además los distribuidores de diarios los tiraban al bombo, y ellos mismos tenían que ir a recorrer los kioskos para que lo exhibieran. Manuel tenía la sensación de que el futuro de *El Mundo* era cada vez más estrecho. Además estaban persiguiendo a su familia. En esos días habían detenido en Paraná a su esposa Alba Sager: la acusaron de haber repartido volantes del ERP y le dieron vuelta la casa. La soltaron al cabo de un par de días. Alba y los tres chicos se fueron a Buenos Aires, a un departamento bastante chico en Uriarte y Charcas: cada vez que Manuel iba a su casa daba grandes rodeos, para evitar cualquier seguimiento.

—Miguel, tenés que volverte urgente a Buenos Aires. Ya mismo.

—Pero vos estás loco...

—Ah, sí. ¿Te creés que me vine hasta acá a buscarte porque quería traerte un caramelito de dulce de leche?

Los pájaros trinaban y el sol iba cayendo sobre sierras suaves. Hacía cinco días que Miguel Bonasso había llegado con su familia a La Cumbrecita para

tomarse un par de semanas de vacaciones en el lugar más perdido, sin diarios ni teléfonos.

—Es un lugar increíble, parece un rincón de la Selva Negra. Además vas a comer un strudel de la puta que lo parió...

Le había dicho un amigo cordobés y recién cuando llegó descubrió que el pueblo era el mayor refugio de nazis al sur del río Bravo. Pero se dijo que bueno, que por unos días lo único que necesitaba era desenchufarse de todo. Poco antes, una tarde, en las oficinas de *Noticias*, se había caído redondo. Desmayado. Estaba trabajando 18, 19 horas por día, y no soportaba más: las vacaciones eran una necesidad, y las sierras de Córdoba parecían el lugar perfecto. Hasta que apareció Bernardo Levenson, el hijo de Goyo, que había viajado doce horas para darle la noticia de que tenía que volverse de inmediato.

—Están planeando un ataque militar contra el diario.

—¿Cómo están planeando? ¿Quién?

—Es una mano rara. Parece que se reunieron tipos del CdeO, del COR y algún grupo más. Y lo que dicen es que estuvo Iñíguez. Como él es del COR...

—Sí, pero da la casualidad de que también es el jefe de policía.

—Ése es el problema.

La sospecha no era inverosímil: *Noticias* había publicado un artículo sobre la reunión y el jefe de la Federal reaccionó con una querrela judicial. La situación se había vuelto tan tensa que mandaron a buscar a Miguel a su retiro serrano, para ver si podía descomprimirla.

Al otro día, Miguel, Goyo Levenson y el abogado del diario, Isidoro Ventura Mayoral, un viejo peronista, se presentaron en el despacho de Iñíguez en el Departamento de Policía. El general los esperaba acompañado por sus colaboradores más cercanos: los comisarios Alberto Villar y Luis Margaride.

—Disculpeme, general, pero yo no creo que esta charla entre peronistas la podamos tener delante de unos señores que atacaron la sede del partido y a tantos compañeros.

Dijo Miguel. Iñíguez les ordenó que se retiraran, y Villar y Margaride salieron del despacho echando chispas.

—General, en ningún momento hemos querido ofenderlo. Lejos de nosotros esa idea, así que estaríamos dispuestos a sacar un comunicado común con usted, planteando que no lo consideramos culpable de nada...

Hubo acuerdo. Iñíguez llamó a su auditor legal para que redactara, junto con Ventura Mayoral, el texto del comunicado. Lo escribieron, lo leyeron, lo

firmaron. El incidente se había solucionado y hubo abrazos y felicitaciones. Esa noche, Miguel salió con su mujer, Silvia, y sus dos hijos, a terminar sus vacaciones en el departamento de sus padres en Pinamar. Esa misma noche, hacia las 2 de la mañana, el policía que estaba de custodia en la puerta de *Noticias*, en Piedras 735, recibió la orden de retirarse.

Minutos después, dos tipos se bajaron de un taxi ditella con un tacho humeante, lo pusieron en la puerta y salieron disparados. Desde el rellano de la escalera en el primer piso, los militantes que estaban haciendo guardia los vieron a último momento y sólo atinaron a correr hacia el segundo piso, tirarse al suelo, taparse los oídos y esperar que la explosión no alcanzara a volar todo el edificio.

Febrero de 1974. El miércoles 6, una nota escrita desde París para *La Opinión* empezaba con un extraño título: «La moda del desnudo masculino que arrasa en Europa no discrimina en robustos campesinos ni en sutiles efebos». Después, el artículo estaba escrito en castellano:

«Se buscan apuestos varones que puedan emular a las muchachas que cultivan el strip-tease. “Una cosa es estar dispuestos a mostrarse desnudos, y otra cosa es saber realizar con elegancia y buen gusto un strip-tease masculino”, dijo Vic Upshaw, el primer organizador de espectáculos de hombres desnudos. La moda del hombre desnudo se generaliza en el París nocturno, y el nuevo oficio artístico produce buenas ganancias. “Hasta hace pocos años, nadie hubiera pagado un centavo para ver a un hombre quitarse el calzoncillo; antes más bien, se hubiera clamado contra semejante escándalo. Ahora, en cambio, todos vienen”» declaró Upshaw.

«“Desde hace varias décadas, bellísimas mujeres se desnudan en los escenarios para procurar placer a los espectadores varones; no veo por qué razón no puede ocurrir lo contrario”, afirmó Upshaw. “Generalmente, un hombre es, por instinto, más hábil que una mujer en el arte de quitarse la ropa, el único inconveniente está en que la desnudez masculina no es tan impecable —estéticamente— como la de la mujer. Pero el público quiere verlo y por eso mis artistas lo muestran todo, tratando sin embargo de no caer en la grosería”, dijo el empresario, quien ha sido bailarín en el famoso night club Crazy Horse, local que discrimina los desnudos: allí sólo las mujeres se quitan la ropa.

»Desde que aparecieron en la escena los doce hombres desnudos de Upshaw, todo local nocturno de París ya piensa en ofrecer a sus clientes algo de anatomía masculina. “Los que no se atrevieron a mostrar directamente el

desnudo integral, empezaron por contratar a hombres dispuestos a mostrar sus glúteos”, dice una rubia que se desnuda en una boite del barrio Latino. “Nosotras no nos ponemos celosas si también ellos se muestran desnudos; el hombre es el hombre y la mujer es la mujer. Los hombres que se desnuden nunca serán una competencia para nosotras”, arguye con determinación.

»Según el titular de una agencia especializada, los locales nocturnos buscan a hombres de todos los tipos: “Desde el efebo hasta el tipo rudo —detalla—, todo está bien, siempre que tengan cuerpos pasables. No es necesario que sepan cantar y bailar, basta que estén dispuestos a desnudarse y lo hagan con gracia masculina”.

»Un psicólogo explica el nuevo fenómeno: “Es natural que ambos sexos tengan el derecho a ver en el escenario lo que más placer les causa. Pero a diferencia de la mujer, que practica el strip tease y cuya profesión ya forma parte de la costumbre, el hombre que se desnuda en público no puede sino constituir una moda pasajera. Será el hombre mismo quien se rebele cuando se dé cuenta de que se ha convertido en un objeto para divertir al que se empeña en seguir llamando sexo débil”».

—Dicen que ustedes quieren matar a Perón. Ustedes, imaginate.

A fines de diciembre Manuel Urriza, secretario de Gobierno de Bidegain en la provincia de Buenos Aires, le había contado a Cacho El Kadri que había un radiograma de la SIDE que lo acusaba de estar preparando un atentado contra Perón.

—A vos, a Julio Troxler y a Carlitos Caride. Imaginate. Es una turrada: no dicen nada en firme, todo en condicional: «se habría detectado un complot...». Así los tipos se dejan una puerta abierta por si tienen que retroceder, pero mientras tanto les tiran mierda con pala. Me parece que ustedes tendrían que salir a desmentirlo.

—No, no lo vamos a desmentir. Es alimentar más el kilombo.

El Kadri, Troxler y Caride decidieron ir a ver a Perón en la casa Rosada: todavía suponían que el General no iba a tolerar que mintieran acerca de tres viejos militantes. En la Rosada los atendió uno de los edecanes, con cara de mala leche. Cacho lo reconoció en el acto:

—¿Cómo le va, capitán Varela?

—Coronel.

—Para mí usted siempre va a ser el capitán Varela.

Dijo Cacho, y le explicó a sus compañeros:

—Este hombre fue el único que en el 55 se mantuvo fiel al General. Usted no se acuerda de mí, yo era cadete en el Liceo, pero su ejemplo me sirvió para entrar en la resistencia.

El coronel se emocionó, se escurrió una lágrima y abrazó a su ex cadete.

—Vengan, pasen. Pero ahora el General no los puede recibir, está ocupado.

—Capitán, esto es muy grave. Nos están acusando de un complot contra Perón.

—¿Y eso quién lo puede creer?

—No sé quien lo va a creer, pero acá está el radiograma, y le pedimos al General, que nos conoce, que sabe quiénes somos, que diga que esto es una patraña.

Los tres habían preparado una carta, por si no los recibían, y se la dieron al coronel.

—Yo le aseguro que en una hora esta carta está en las manos del General.

—Confiamos en usted.

Cacho, en esos días, se había comprado un departamento de tres ambientes en Republicuetas y Cuba: uno de sus compañeros, Eduardo Caferatta, había conseguido un crédito y, como ya tenía donde vivir, se lo pasó a Cacho. Estaba a nombre del otro, pero él lo pagaba. Era la primera vez que tenía una casa propia, pero no le duró casi nada. Carlos Caride también necesitaba bulín:

—Cacho, estoy más que metejoneado con Susana, ella se quedó embarazada y no tenemos dónde ir a vivir. Ella es de Mar del Plata, sabés. Necesitamos un lugar. ¿Vos sabés de algo?

Cacho les prestó su casa. Hacía poco que había empezado a salir con Liliana Andreone, una alumna de la facultad que lo había seducido, entre otras cosas, porque no sabía quién era él: desde su salida de la cárcel había tenido escarceos con varias de sus compañeras, pero siempre le quedaba la duda si no estaban conquistando al bronce, al jetón con historia. Liliana no tenía ni idea.

Era una militante de base de la JUP, de 25 años, que se estaba separando de un marido prematuro. Cacho la había conocido en clase: además de su puesto de asesor, estaba tratando de cursar las materias que le faltaban para recibirse de abogado. Cuando empezó a darse cuenta de que Liliana le importaba más que nadie hasta entonces, Cacho se asustó. Pensaba que en la vida de un revolucionario no había lugar para ese tipo de relaciones, y temía lo que podía pasar con ella si a él lo mataban. Ella descartó el argumento:

—Mientras podamos estoy dispuesta a seguirte. No pensemos qué va a pasar. ¿Si no nos pasa nada nos vamos a perder de vivir este amor? Vivámoslo, y después ya veremos.

Poco después, Liliana se cruzó con un compañero de Cacho, que quiso alertarla:

—¿Vos estás en serio enamorada de Cacho?

—Sí.

—Bueno, preparate para que te lo traigan en cucharita. Si querés estar con él, tenés que estar preparada para todo.

En esos días de enero Liliana terminó de separarse de su marido. Cacho le prestó su departamento a Carlos Caride y se fue al de ella: tenía 32 años y era la primera vez que se instalaba a vivir con una mujer.

El martes 12 de febrero a las dos de la tarde Carlos bajó a hacer compras. Su compañera, Susana Burgos, embarazada, lo esperaba arriba. Cuando volvía, con sus bolsas llenas de frutas y verduras, dos policías de civil se le tiraron encima en la esquina de Republichetas y Cabildo. Carlos se revolvió, consiguió soltarse y gritar su nombre:

—¡Soy Carlos Caride, me quieren secuestrar, me quieren secuestrar!

En un minuto la vereda estaba llena de gente y llegaron dos policías de uniforme. Los de civil tuvieron que blanquearse y se lo llevaron detenido en un falcon sin chapa: se había salvado del secuestro. Una hora después, Susana Burgos llamó por teléfono a Cacho:

—Che, no sé qué le puede haber pasado a Carlitos. Hace como dos horas que salió y todavía no volvió.

—Salí de ahí ya mismo.

Se encontraron en un bar cerca de Tribunales y fueron a ver a un abogado defensor de presos políticos, Pedro Galín. Juntos se subieron a un coche y pasaron un par de veces por la puerta de la casa: todo parecía muy normal.

—Acá puede haber una ratonera. Vamos a la comisaría y preguntemos.

Dijo Cacho, y Galín le dijo que él no fuera:

—Vos quedate, porque si Carlitos está en cana te están buscando a vos también.

Cacho lo esperó en un bar de Cabildo. Galín volvió un rato después:

—No te podés imaginar el kilombo que hay. Llegué ahí, está todo convulsionado. Cuando dije vengo a ver a Carlos Caride, me gritan quién carajo te dijo que está acá. No me lo dejaron ver, pero sé que está ahí.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Vamos a la Casa Rosada, esto viene mal. Vamos a hablar con Solano Lima.

Solano Lima era el secretario de la presidencia. Después de una hora de antesala, Cacho se impacientó y encaró al secretario:

—¿Qué pasa que el doctor Solano Lima...?

—Está en una audiencia, disculpe...

—Nos tiene que recibir, esto es gravísimo.

Ya se les había sumado Julio Troxler, y siguieron esperando. Al final, el secretario definió las cosas:

—No, mire, el doctor lo lamenta mucho pero no los va a poder recibir.

—Dígale a Solano Lima que siempre me voy a acordar que cuando un argentino lo necesitó él le cerró la puerta en la cara.

Gritó Cacho, y desde adentro se escuchó una voz que le decía que entrara. Solano Lima les preguntó a qué se debía tanto escándalo:

—Lo que pasa es que Carlos Caride está detenido.

—¡No me diga! Ahora mismo vamos a ver qué podemos hacer.

Solano hizo una llamada, y confirmó que Caride estaba en la comisaría 35, en Núñez: era un alivio. Después, allí mismo, Troxler y El Kadri redactaron un comunicado para desmentir su participación en cualquier complot contra Perón: Solano les dio su acuerdo para que lo difundieran. Cuando fueron a la sala de periodistas de la Rosada ya eran las seis de la tarde. Por la televisión se veía una conferencia de prensa del general Iñíguez y los comisarios Villar y Margaride, que declaraban que en la casa del terrorista Carlos Caride habían secuestrado gran cantidad de explosivos con los que pensaba atacar contra Perón y Bordaberry cuando los dos presidentes pasaran por la avenida Libertador.

—Cuando la comisión policial fue a apresarlos, se resistió y gritó desesperadamente que se intentaba secuestrarlos. Siempre dicen así, que quieren secuestrarlos. Nosotros los conocemos. Ahora va a permanecer un largo tiempo secuestrado.

Dijo el comisario Villar. Cacho, El Kadri y Julio Troxler puteaban en todos los idiomas. Los periodistas los miraban con sorpresa:

—Yo los escuché cuando decían ahora nos falta agarrar a El Kadri. Tomátelas mientras puedas.

—Y yo vi cuando los bomberos pusieron los explosivos.

Dijo otro. Cacho sabía que en esa casa no había explosivos: tenía algunas armas de mano, un par de granadas, pero no podía salir a desmentir nada

porque no podía decir que esa casa era suya. Cacho conocía al jefe de policía de los tiempos de la resistencia, y lo llamó por teléfono.

—Quiero hablar con el general Iñíguez.

—¿Quién habla?

—Envar El Kadri.

Lo atendió Vancini, el secretario, a quien también conocía de entonces:

—¿Cacho, cómo estás?

—Para la mierda. Lo metieron en cana a Carlitos. Esto es una vergüenza.

—No hables así. Hay razones, vos a lo mejor no sabés...

—¿Cómo no voy a saber? Carlitos es mi hermano. ¿De qué estás hablando? ¿Se volvieron todos locos?

—Esperá un momentito.

Vancini hablaba con alguien del otro lado del teléfono:

—Dice el general que vengas.

—Decile al general que se vaya a la puta que lo parió.

Dijo Cacho, cortó con un golpe y se fue al local de la calle Alberti, a tratar de organizar todo lo que se pudiera en apoyo a Carlos. Ahí convocaron a otra conferencia de prensa y pidieron a los sectores políticos afines que fueran a solidarizarse: se presentaron entre otros Raimundo Ongaro y Jorge Di Pasquale, pero ningún representante de la Juventud Peronista. Al otro día, Cacho fue a la sede de Chile 1481; ahí se encontró con Juan Carlos Dante Gullo, el delegado de la Regional 1:

—¿Che, qué pasó que no vino nadie?

—No, no te lo tomes así, tenemos que reunirnos.

—Pero son unos hijos de puta. ¿Qué pasa? ¿Porque somos de las FAP no lo defienden a Caride?

—Pero cómo decís eso, Cacho, cómo se te ocurre.

En el número siguiente de *El Descamisado* había cuatro páginas sobre Caride y el editorial se titulaba «¿A quién le sirven los complots?»:

»Los aspirantes a herederos han incluido esta semana un nuevo método en su campaña para quedarse con el sillón de Perón. El asunto del complot, que da pie para todo. Un complot que nadie cree y que fue el hazmerreír de todo el mundo. ¿Quién iba a tragarse eso de que un muchacho que andaba de compras, veintisiete minutos antes de que pasara el presidente a siete cuerdas del negocio donde fue a comprar papas, iba a matar a Perón? A otro perro con ese hueso. Pero aunque nadie lo haya creído, sirvió de pie para desatar una ola de ataques a los sectores leales del movimiento. De Caride a Cámpora, todo vale.

»Si Caride, que salió a comprar papas y se ve envuelto en un intento de asesinato se siente sorprendido, cómo estará el Tío Cámpora, que desde México es acusado de estar comprometido con esta supuesta subversión. (...) El objetivo es barrer del Movimiento y del gobierno a los leales, para que quede el campo libre. Sin que nadie cuestione nada. Se apela tanto al verticalismo como a los complots, como a los bombazos y asesinatos. Todo en su conjunto sirve a una sola fuerza: la burocracia que quiere frenar la natural transformación del Movimiento Peronista para continuar el camino de la real revolución».

—Che, ahora ya no estamos en el foco. No tenemos por qué seguir así, como si fuéramos clandestinos, ¿no?

Dijo Mercedes Depino, y Sergio Berlín la miró con moderada alarma:

—¿Qué me vas a vender, amor?

—Nada, amor, nada. No, digo que realmente ya sería hora de que te presentara a mis viejos, me parece.

Hacia varios meses que Mercedes y Sergio vivían juntos pero, so pretexto de clandestinidad, ella nunca les había dicho a sus padres quién era él. Y eso, además, de los problemas concretos, producía raras incomodidades. Mercedes terminó de darse cuenta esa noche, en la cena casi formal que organizó, en casa de sus padres, para comunicarles la noticia.

—Bueno, tengo algo que decirles.

—Por fin te decidiste.

—Che, no era para tanto.

—Eso te creés vos, nena. Pero pará, antes que digas nada, yo te voy a decir lo que me parece a mí.

Le dijo su padre, el capitán Depino, y siguió adelante:

—Yo estoy seguro que es un señor mayor, que tiene mucha más edad que vos, que además debe ser un tipo muy pesado: por eso no nos lo quisiste decir.

Dijo, y Mercedes sonreía.

—Así que te enganchaste un viejito, Merce.

La jodía su hermana.

—Sí, un veterano con plata.

Agregaba su cuñado, pero su madre pensaba que realmente era así:

—Merce, yo estuve viendo alguna ropa nueva que tenés y es toda ropa fina, seguro que plata tiene...

Hilda, la madre de Sergio, le regalaba algo de vez en cuando.

—Mirá, yo te voy a decir quién pienso que es: para mí que debe ser Santucho.

Dijo el capitán, y ahí sí que Mercedes estalló en carcajadas.

—Pero, viejo, primero que Santucho no es peronista. Y después que... ¿Pero cómo se te ocurre, viejo?

Mercedes se reía de las fantasías de su padre y, al mismo tiempo, estaba halagada: el capitán pensaba que si la nena andaba con un guerrillero, lo menos que le podía tocar era un gran jefe.

—No, che, la pifiaron de lejos. Ni es Santucho ni es un viejo ni nada de eso. No, es Sergio Berlín, el amigo de Carlitos, el hijo de los Berlín...

Después de tantas elucubraciones, los Depino se alegraron de que su hija saliera con un muchacho de su edad y, además, hijo de una familia amiga. Unos minutos después, con coordinación perfecta, llegaron Carlos y Sergio y empezaron los brindis.

—Ustedes saben que yo no soy peronista, ni mucho menos. Eso es así, no lo vamos a tratar de cambiar. Así que va a ser difícil que nos pongamos de acuerdo. Pero igual, la verdad, yo prefiero tener hijos como ustedes, que se comprometen con sus ideales, que se los toman en serio, y no como los hijos de mis amigos, esas chicas que se ocupan de animar fiestas infantiles y que son unas idiotas.

Declaró, casi solemne, el capitán Depino, y sus dos hijas se emocionaron.

Mercedes seguía trabajando en el hospital Italiano. En esos días le llegó la orden de armar una agrupación de la Juventud Trabajadora Peronista: se contactó con una serie de residentes y enfermeros y empezaron reuniones y actividades, pero pronto Mercedes vio que, si quería cumplir con todas sus tareas en la zona Norte, no podría ocuparse también de ese ámbito. La reemplazó otro militante, un médico del hospital que se llamaba Gustavo Grigera.

Mercedes iba al barrio de José C. Paz casi todos los días, después de su trabajo. Ahí, ella y sus compañeros organizaban reuniones, actividades comunitarias, movilizaciones o festejos: para la Navidad, por ejemplo, habían conseguido cantidad de juguetes que el Gordo Alfredo, vestido de Papa Noel, repartió a los chicos. Para Mercedes era muy reconfortante ver cómo, a medida que se insertaban más en el lugar, los vecinos los reconocían, les hacían caso, les consultaban sus problemas o los invitaban a una cerveza. Aunque a veces les hicieran reproches cariñosos:

—Che, decile a Semáforo Descompuesto que es un falluto, que hace mucho que no viene. Decile que si hace falta que le haga un locro para que se

venga que no se preocupe, yo se lo hago.

Semáforo Descompuesto era su primo Carlos Goldenberg, tan lleno de tics, y cada vez que iba al barrio lo recibían con alharaca. Los vecinos sabían que era un militante destacado, un montonero, y lo aceptaban con entusiasmo.

Mercedes iba aprendiendo una realidad muy distinta a la que ya conocía. A veces se planteaban problemas que no lo eran en los lugares donde ella había vivido hasta entonces: cuando un vecino se enfermaba y era imposible conseguir una ambulancia para llevarlo al hospital, o cuando había que hacer una colecta para pagar un entierro, o cuando los chicos no podían ir a la escuela porque una lluvia había inundado las calles. Sin embargo, Mercedes había decidido que no tenía por qué tratar de ocultar, como hacían otros militantes, su identidad social: estaba claro que ella venía de la pequeña burguesía ilustrada porteña y no tenía ningún interés en disimularlo comiéndose las eses. Pensaba que no se trataba de que la aceptaran porque se fuera a disfrazar de proletaria sino porque se dieran cuenta de que estaban embarcados en la búsqueda de un objetivo común, que los beneficiaba a todos: porque eran, antes que nada, se decía, buena gente.

Todos los lunes, Mercedes tenía que ir a la reunión de coordinación de la zona: eran unas cien personas que se juntaban en Bella Vista, en una UB espaciosa, para discutir las actividades de la semana. Mercedes también tenía otras tareas: como esa madrugada en que tenía que ir, con Sergio, a volantear a la puerta de la fábrica de Paty, en la Panamericana: desde Viamonte y San Martín tenían casi una hora de tren. Esa noche, Mercedes se despertó sobresaltada, pensando que se les había hecho tarde: se vistieron a toda velocidad, salieron rápido y recién cuando llegaron a Retiro se dieron cuenta de que eran las tres de la mañana. Y lo peor era que, después de repartir los volantes, Mercedes tendría que volverse, medio dormida, al centro para entrar al hospital a las ocho. Y Sergio también se iba a su trabajo. Trabajaba en *Noticias* como chofer: tenía que manejar a cien por hora unos renault 12 que llevaban los originales hasta la imprenta, siempre con el riesgo de un ataque de la derecha peronista. El problema era que cuando tenía que llevar periodistas a una nota también manejaba así: aunque reconocían que era un excelente chofer, redactores y fotógrafos temblaban de miedo y clamaban perdón.

El ritmo era feroz, y solían dormir muy pocas horas, pero no les importaba: se sentían llenos de energía y entusiasmo, capaz de hacer eso y mucho más. Tenían la sensación de que si seguían así podrían cambiar este país, y eso facilitaba y justificaba cualquier esfuerzo.

Pero también les importaba disfrutar todo lo posible: en esos días, la organización Montoneros había decidido que todos sus militantes se tomaran dos semanas de vacaciones. Mercedes y Sergio se fueron hasta San Martín de los Andes y acamparon frente al lago Espejo. Allí pasaron una semana perfectamente desenchufados del mundo, felices. Hasta que, una madrugada, oyeron ruidos cerca de la carpa.

—Amor, hay alguien ahí afuera.

—Carajo, no puede ser que nos vengán a buscar acá.

Sergio asomó la nariz por el cierre de la carpa, para tratar de ver de dónde venía la amenaza. No era grave: una vaca se estaba comiendo un arroz con leche que, la noche anterior, habían dejado afuera para que se enfriara. Esa mañana compraron *Noticias* en el pueblo: el titular decía «Quieto preso en Rosario». Mercedes y Sergio se volvieron a su rincón idílico e intentaron olvidarse de todo. Pero no pudieron: esa misma tarde estaban en la ruta, de vuelta a Buenos Aires.

Roberto Quieto cayó preso el martes 19 de febrero, en Rosario. Lo detuvieron en la calle bajo la acusación de llevar documentos falsos: estaba claro que lo habían ido a buscar. Entonces la JP se movilizó en serio y empezó a pintar por toda la ciudad: «Libertad a Quieto y Caride, presos por peronistas». También instalaron un grupo de bombos frente a Tribunales, y dijeron que no dejarían de tocar hasta que los soltaran. Quieto salió en veinte días. Caride tardó seis semanas más.

El lunes 1.º de abril, cuando Carlos salió del edificio de Coordinación Federal en la calle Moreno, su hermana Susana, su cuñado Luis Sansoulet, el diputado Leonardo Bettanín, el abogado Pedro Galín y Cacho El Kadri lo esperaban en la puerta. Después de los abrazos se fueron al local de la JP en la calle Chile, a dar una conferencia de prensa. Para prepararla, Caride, Galín y El Kadri se reunieron a solas en un cuarto. Carlos puteaba:

—Estoy cabrero porque el PB no hizo nada por mí.

—¿Cómo que no hizo nada?

—No, vos sí, pero aparte de vos.

—Estás totalmente equivocado. Está todo Buenos Aires pintado libertad a Caride, y además esta gente no hubiera movido un pelo si no hubiera sido porque cayó Quieto.

—Eso no te lo puedo creer, Cacho. Perdoname pero no...

En ese momento se abrió la puerta y entró otro responsable de la JP, el Beto Ahumada:

—¡Carlitos! ¡A vos sí que te salvó Quieto!

Cacho la agarró al vuelo:

—¿Escuchaste eso?

Ahumada se quedó cortado. Galín lo remató:

—Beto, acabás de meter la pata hasta el caracú.

Después de la conferencia, Carlos y Cacho se fueron para una casa operativa en Caseros, donde Carlos debía quedarse unos días, hasta que pasara la tormenta. Cacho lo dejó ahí y volvió a verlo al cabo de unos días. Carlos era chiquito, muy anguloso, y estaba todavía más flaco que de costumbre.

—Cacho, ¿sabés a quién vi? A Firmenich.

—¿Dónde lo viste?

—Ahí, en Villa Bosch.

—¿Cómo?

—Pedí una cita y fui a verlo, porque creo que esto está perdido, nosotros andamos a la deriva, tenemos que incorporarnos. Vos sabés cómo es esto, hay una sola orga que está haciendo las cosas en serio, y más vale que nos sumemos en vez de seguir dividiendo.

—¿Cómo? ¿Con todas las críticas que tenemos?

—Pero de adentro podemos cambiar algo. Si nos incorporamos podemos cambiar el rumbo, pero de afuera no.

Cacho estaba incómodo. No le importaba tanto que su amigo de siempre quisiera cambiar de organización, sino que se lo presentara como un hecho consumado. El mate se le tapó y estuvo a punto de revolearlo a la mierda.

—¡Pero cómo, Carlitos, ya lo viste, ya fuiste a verlo! Así, sin hablarlo antes, sin consultar nada...

—Lo que pasa es que él me mando una carta cuando estaba en cana, y la carta es muy buena. Aparte cuando yo necesitaba plata los únicos que se pusieron fueron ellos...

—Pero cómo, yo te pregunté si querías plata cuando te fui a ver.

—Claro. En ese momento no, pero después la necesité.

—Lo menos que podemos hacer es armar una reunión y discutirlo en conjunto. Tenés que hablar con el resto de la gente. No se puede hacer esto, parece que te están meloneando. De a uno se van a llevar a todos los compañeros...

—Está bien, hagamos esa reunión, lo voy a plantear a los compañeros. Yo creo que es la única opción.

Esa noche, una semana después, eran como treinta en una sociedad de fomento de Flores: el núcleo duro de las FAP-17 y el PB-17, los que iban quedando. Algunos no quisieron ir, porque los Montoneros ya habían hecho circular la información de que Carlos Caride se había ido con ellos. Todavía hacía calor y el ambiente estaba cargado de humo de particulares. Carlos explicaba su postura:

—Acá hay un proyecto hegemónico, que los que lo llevan adelante son los Montoneros. Nosotros perdimos el tranvía, no fuimos capaces de construir la alternativa, nos quedamos al costado de la historia y nos están matando de a uno, de a dos, nos meten en cana, la gente se nos va. ¿Qué opción nos queda, fuera de incorporarnos a esa organización hegemónica?

Uno tras otro fueron hablando los demás. Sus argumentos eran los mismos de siempre: que los Montoneros eran verticalistas, que su conducción había enfrentado a Perón, que eran aparatistas, que no tenían una política, que habían pretendido que una parte del movimiento fuera el todo, que se pasaban por las bolas los 18 años de luchas del pueblo peronista, que por haber tirado unos tiros y militado unos años se creían con derecho a todo, que no por casualidad no se les había sumado ningún dirigente sindical importante, que querían suplantar a Perón. Carlos les decía que la situación se estaba radicalizando y que los Montoneros se preparaban para lo que se venía:

—Yo estoy de acuerdo con muchas de esas críticas, pero ellos son los únicos que están llevando adelante las cosas, con errores, pero tienen la plata, los medios, la gente, la organización. Ya se les unieron las FAR, nosotros quedamos al margen. Fuimos los impulsores de la unidad y quedamos descolocados... Acá hay que contar con que el General no tiene mucho tiempo más de vida, y cuando él se muera se va a desencadenar la pelea por el Movimiento. Ahí, o se queda al frente López Rega o se quedan los Montoneros...

Sus compañeros le contestaban que no, que había que organizar a la clase obrera. Que no importaba que eso no diera resultados inmediatos, que no se vieran los logros, que era como la hormiguita que se puede comer al elefante. La reunión ya había durado horas, y las posiciones estaban muy zanjadas. Cacho intervino una vez más:

—Bueno, compañeros, todos somos grandes, tenemos libertad y capacidad para discernir lo que a cada uno le corresponde y quiere hacer. Si el compañero quiere irse con los Montoneros, que se vaya. No es un problema de melonear, ni de ver cuántos se van con él y cuántos no. No es una votación a ver quién se va.

—No, yo quiero que nos incorporemos todos, porque así podemos tener más fuerza. Si voy solo no voy a tener ningún peso. En cambio si entramos como organización y lo anunciamos públicamente...

Nadie quiso irse con Caride, pero Cacho igual estaba triste. Era una parte de su historia que se le escapaba. Una vez que Carlos se fue de la reunión, el cuidador del lugar, un viejo obrero peronista, les dijo que el asado ya estaba listo. Nadie tenía muchas ganas de comer. El viejo había escuchado todo desde la puerta, e hizo su diagnóstico:

—Este muchacho está equivocado, porque éstos van a terminar por enfrentarlo a Perón. En el fondo son unos gorilas.

Dijo, y empezó a servir los choripanes.

Doce

—¿Y, pudiste hablar con doña Elsa?

—No, no estaba.

—¿Estás segura?

—Sí, Gallega. Le estuve tocando el timbre como diez minutos y no apareció nadie.

Graciela Daleo acababa de pasarse esos diez minutos dudando frente a la puerta de una casa de barrio, en Río Cuarto y Guaymallén. Doña Elsa era una señora de sesenta y tantos, más o menos simpatizante de los muchachos de la unidad básica, y le habían encargado a Graciela que la atendiera: se suponía que tendría que ir a verla una vez por semana, tocarle el timbre, preguntarle cómo estaba, esperar que la invitara a pasar y sentarse a tomar un mate y charlar un rato con ella. Hablarían de bueyes perdidos y, en algún momento, Graciela intentaría que la charla derivase hacia la política o, por lo menos, hacia las actividades de la UB en el barrio. No parecía complicado ni riesgoso, pero Graciela no podía imaginar nada que le resultara más difícil: le daba mucha vergüenza.

Y tampoco sabía bien de qué hablar. Tenía 25 años, vivía en la casa de sus padres, no tenía hijos ni iba a hacer las compras: no imaginaba temas comunes. En esos momentos le pesaba ser «una pequeñoburguesa sin inserción de clase». Si por lo menos hubiera tenido algo concreto que contarle, una peña en el club, una clase de corte y confección. O si hubiera ido con otro: cuando iban de a dos no era tan grave: Graciela podía callarse, sonreír, decir alguna frase suelta de vez en cuando. Pero sola era una desgracia. Y ni siquiera le gustaba el mate.

Aunque no fuera tan complicado: los vecinos solían recibir bien a «los muchachos» porque en ese momento y en Pompeya casi todos eran peronistas y «los muchachos» eran los que habían traído al General, pero a Graciela le costaba demasiado. Al final, tras diez minutos parada delante de esa puerta, pensando que debería tocar el timbre, se volvió a la UB y dijo que doña Elsa debía haber salido. En el ámbito de Graciela, cuando hacían reuniones de evaluación de los militantes, ella solía tener un buen nivel de «comprensión

del proyecto», «asunción del compromiso» y otros puntos, pero a veces le reprochaban que fallara su «capacidad de transmisión del proyecto».

Con los chicos, en cambio, se sentía más cómoda. Ese verano, Graciela y cinco militantes más se cargaron a ochenta pibes del barrio en dos colectivos alquilados y se los llevaron de paseo a la Ciudad de los Niños. Buena parte de la militancia en el barrio consistía en esas cosas: organizar una fiesta, un campeonato de fútbol, un curso de sanidad, el pedido por un semáforo. A veces, los militantes discutían si hacían esas cosas como forma de ganarse un reconocimiento que después invertirían en política o si eran hechos que valían por sí mismos. Graciela estaba de acuerdo en la acumulación de poder que eso podía suponer, pero también pensaba que era una manera de devolverle al pueblo lo que le habían quitado durante tantos años. Y, en el caso particular de los chicos, el peronismo era claro: «los únicos privilegiados son los niños», decía la doctrina, y ella se sentía muy peronista. Además, le resultaba tanto más fácil.

Pero también empezaba a estar cómoda en otros espacios del barrio. En el club Torino, por ejemplo, donde ese carnaval organizaron un gran festejo con disfraces, baile, agua y espuma. Había muchos vecinos: Graciela y los demás estaban satisfechos. Y algunos de esos vecinos los acompañaron, unos días después, a la manifestación de las Juventudes Políticas en Entre Ríos y Belgrano. Eran muchos miles, convocados para «apoyar al gobierno popular y pedir la libertad de Quieto y Caride»; pero la movilización había sido prohibida y los ánimos, caldeados:

—¡Si no los largan/ a Quieto y a Caride/ van a cagar/ Villar y Margaride!

La zona estaba repleta de policías, que no tardaron en estrenar sus nuevas escopetas que lanzaban cartuchos de perdigones y granadas de gas. En minutos, el aire se hizo irrespirable. Graciela empezó a correr junto con otros militantes de la segunda: Chacho, Beto, la Gallega. Chacho y Beto eran dos pibes de dieciocho que acababan de salir del nacional Buenos Aires y se esforzaban por adaptarse al lenguaje y las costumbres del barrio. Todos iban llorando a lágrima tendida. A la altura de Entre Ríos e Independencia, Graciela se cayó y pensó que no podría levantarse; la carga policial estaba a punto de alcanzarla. La Gallega se retrasó para ayudarla, y pudieron seguir. Un poco más allá, la Gallega rompió a carterazos la vidriera de una florería: se le ocurrió que si se metían ahí adentro podrían respirar. No consiguieron entrar, y siguieron corriendo. La policía estaba cada vez más cerca.

Al final pudieron meterse en un edificio. Subieron las escaleras corriendo y tocaron el timbre en un departamento del tercer piso. Una pareja de viejitos

les abrió la puerta: estaban muy pálidos. La Gallega les pidió por favor que los dejaran entrar:

—Somos peronistas, no se preocupen, nos persiguen por peronistas.

Era raro, en tiempos de gobierno peronista. Adentro se lavaron las caras para tratar de despejar los efectos del gas; recién entonces, Beto señaló a Graciela:

—¡Mirá cómo estás!

Graciela se miró: tenía el pantalón verde muy manchado de sangre, pero no veía de dónde salía.

—¡Es ahí, mirá, en el brazo!

La herida no parecía profunda pero sangraba mucho. Graciela pensó que se la había hecho con los vidrios de la florería, y empezó a curársela con algodón y agua oxigenada que le trajeron los viejitos. Entonces oyeron gritos y taconazos fuertes en la escalera.

—Por favor, apaguen la luz, que no nos vea la policía, callensé.

Se quedaron unos minutos en silencio, inmóviles. Graciela recordaba situaciones semejantes en 1966 o 1971: pocas semanas antes habría jurado que ya formaban parte del pasado. Al cabo de un rato los viejitos les pidieron que se fueran. Graciela se tapó con un pulóver que le prestaron el pantalón manchado de sangre, y salieron a la calle de a dos, para no llamar la atención.

Al otro día, Graciela se enteró de que la manifestación había terminado con 459 detenidos. Estaba tratando de preparar un examen para la facultad pero el brazo le dolía más que lo previsto. Mundi, su compañero de estudios, que también cursaba Medicina, se lo revisó:

—Acá hay algo.

—Un brazo. ¿Qué querés que haya?

Después de hurgar unos minutos Mundi le sacó un perdigón lleno de sangre.

—Bueno, ahora los compañeros metalúrgicos les van a explicar en qué consiste la trampa que prepara el vandorismo para estas elecciones.

Quique Juárez les dio la palabra a Tito Villar y Oscar Ortiz, los dirigentes de la lista Azul y Blanca que quería competir contra Lorenzo Miguel en las elecciones de la UOM Capital. Los acompañaban Emiliano Costa y Mario Marzocca; el local de la JTP estaba lleno de periodistas. Villar explicó que, a menos de un mes de los comicios, ya estaba casi todo perdido.

—Vean, hemos denunciado reiteradamente ante el ministerio de Trabajo que en muchas empresas echaron a una cantidad de delegados y militantes de

nuestra lista. Lo que pasa es que el señor ministro Otero acompaña a Lorenzo Miguel en la lista Azul, así que se nos han burlado, nos patotearon en la entrada misma del ministerio...

—Además, como vieron que nosotros no arrugamos ni con matonaje ni con despidos, y estábamos logrando la cantidad de afiliados exigidos para presentar la lista, sorpresivamente, el secretariado nacional saca una resolución que amplía la cantidad de afiliados y delegados necesarios para avalar una lista...

Ortiz hablaba con indignación; se había quedado casi sin voz de tanto recorrer las fábricas de la Capital, y en la mayoría los habían sacado a empujones o a punta de pistola. Poco después, el miércoles 20, Perón recibió a la plana mayor de la CGT y las 62 Organizaciones, encabezada por Lorenzo Miguel, en la Quinta de Olivos y se despachó contra cualquiera que no entendiera el pacto Social. Ese mismo día, alentada por López Rega —celoso competidor de Miguel—, Isabel recibía a las mujeres sindicalistas de la Juventud Sindical Peronista.

El jueves, Emiliano fue al local de la JTP al mediodía. Estaba por aparecer el primer número de *La Justa* —un periódico de la JTP que querían sacar mensualmente— y Emiliano se había retrasado con un artículo. Mientras tecleaba rápido en la remington algunas ideas sobre el trasvasamiento sindical, escuchaba a los del Bloque de Prensa que iban llegando para una reunión. Vicki Walsh y Lilia Ferreyra lo distrajeron un poco. Vicki tenía *La Opinión* en la mano y leía una frase contundente de Perón a los sindicalistas:

—«Córdoba es un foco infeccioso...». ¡Este Viejo es un hijo de puta! Le está firmando la defunción a Obregón, sin el más mínimo reparo...

Lilia trabajaba en *El Descamisado*. Mientras Vicki se despachaba contra Perón, llegó Mempo Giardinelli —que estaba en *Gente*— y Mario Lerner —de *El Mundo*—. En otras habitaciones había más gente. Eran muchos y hacía calor: todas las ventanas estaban abiertas. Desde la calle llegaban bocinazos que, de repente, se convirtieron en las sirenas de una docena de patrulleros. Los policías se estacionaron frente al local y se bajaron a los gritos. Traían una tanqueta, que subió a la vereda y se incrustó contra la puerta. La voz del policía apabulló al militante bancario que hacía guardia:

—¡Abrí, carajo!

Abatatado, el bancario cedió. El grito de su compañero fue innecesario:

—¡La cana, compañeros! ¡Están adentro!

No tuvieron ni tiempo de atrincherarse detrás de las sillas. Emiliano reaccionó de inmediato: sacó el revólver 38 niquelado y lo metió atrás del

armario que tenía al lado.

—¡Todos contra la pared! ¡Los pies separados! ¡Las manos apoyadas!

Emiliano pensó que por lo menos venían de uniforme: era un allanamiento por derecha. Otra voz, más reposada, se hizo cargo de la situación:

—¿Quién es el jefe?

Emiliano no tuvo más remedio:

—Yo.

El oficial era grandote y tenía las insignias de comisario. Emiliano reconoció al famoso Villar; el de al lado era su segundo, Margaride. Se habían venido con todo.

—¿Me puede mostrar la orden de allanamiento?

—Ya te la voy a mostrar. ¿Dónde están las armas?

—Esto es una barbaridad, yo no tengo nada que hablar con usted. Y, además, ¿qué es eso de tenernos contra la pared?

Villar no le hizo caso, y se fue a otra habitación. Al rato, otro oficial les permitió distenderse y, en minutos, los 28 detenidos fueron subidos a empujones a dos camiones celulares y de ahí a la comisaría de Constitución. Al mismo tiempo, otras comisiones policiales allanaban los locales de la JTP de Morón y San Justo y se llevaban 25 detenidos más. Los locales quedaron clausurados; la policía se apuró a declarar que no se trataba de persecución política.

Un viernes a la noche en la comisaría de Constitución era un mundo que Emiliano y sus compañeros no conocían. Olía a rayos. Mientras ellos se distraían cantando consignas, los policías maltrataban putas. Una, muy platinada y llena de carnes por todos lados, los alentaba:

—Vamos muchachos, ustedes, que tienen huevos, pónganles una bomba a estos hijos de puta... ¡Mátelos a todos!

Y los militantes contestaban:

—¡Villar, botón,/ a vos te va a pasar/ lo que le pasó a Vandor!

Después intentaban respuestas más coyunturales:

—¡Pan y vino, pan y vino,/ pan y vino, pan y vino:/ somos todos peronistas,/ pero olemos a zorrino!

Mientras unos se quejaban de la suciedad de las celdas, otros salieron a denunciar los arrestos. El sábado 23 Mario Marzocca y Guillermo Grecco convocaron a la prensa. Marzocca estaba cansado, ojeroso:

—De esta manera, el gobierno pierde legitimidad. Está siendo copado por la burocracia y así pierde su base de sustentación...

Pero trató de no involucrar a Perón:

—Ésta es una maniobra en la que están Villar, Margaride, Iñíguez, Miguel y Otero. De esta manera quieren intimidar a los compañeros de la Celeste y Blanca, impedir definitivamente su participación en las elecciones de la UOM. Realmente nos sentimos defraudados.

Los fueron liberando durante el fin de semana. Dos semanas después se llevaron a cabo las elecciones en la UOM de Capital: la lista Celeste y Blanca fue impugnada, igual que otras dos listas opositoras, la Rosa y la Verde. De los 52.000 afiliados, un 63 votó a favor de la única lista, el uno por ciento votó en blanco y el resto se abstuvo. En muchas fábricas denunciaron que los matones de Lorenzo Miguel se paraban a la salida y obligaban a los obreros a hacer cola para votar. En la fábrica Piazza los 130 obreros, encabezados por los dirigentes de la JTP Villar y Ortiz, hicieron una asamblea y decidieron, pese a las presiones, no votar y mandar las urnas de vuelta. El sábado 9, al mediodía, en el local de la UOM de Cangallo al 1400, Lorenzo Miguel fue consagrado secretario general de la seccional Capital para los cuatro años siguientes; su adjunto era el ministro Otero. Esa noche, mientras los ganadores festejaban en una cantina, gente desde una camioneta tiroteó el frente de la UOM: Al día siguiente, todos atribuyeron el atentado a los Montoneros.

En otras 49 seccionales de la UOM tampoco pudieron conformarse listas opositoras. En Rosario la JTP sí pudo presentar una y consiguió el diez por ciento de los votos. En Vicente López la lista única fue encabezada por el gobernador Calabro, que mantenía viejas rencillas con Miguel. A mediados de marzo se renovó el secretariado nacional de la UOM que eligió, sin oposición, a Lorenzo Miguel. Sólo faltaba llamar a elecciones en la seccional Villa Constitución.

Febrero de 1974. Henry Kissinger había nacido en Alemania: en agosto de 1973 se convirtió en el primer americano no nativo que llegaba a Secretario de Estado, pero ya llevaba varios años definiendo la política exterior de los republicanos en el gobierno de los Estados Unidos. Con respecto a Latinoamérica, sus intenciones eran muy claras, y una nota de Enrique Alonso en *La Opinión* las resumía:

«Henry Kissinger propuso ayer a América latina, en la primera sesión plena de la Conferencia de Tlatelolco, que se aparte del Tercer Mundo y una su destino al de Washington. Washington trata de forjar una comunidad universal. Esa comunidad universal debería tener a la comunidad del hemisferio occidental como uno de sus firmes apoyos.

»Para que así sea, Estados Unidos promete solucionar las diferencias existentes e impedir que surjan nuevas disputas, no intervendrá en los asuntos internos de los países, no impondrá sus preferencias políticas, y procurará una libre asociación de pueblos.

»Como hay un doble enfoque en el caso de los inversionistas externos que los países de América latina quieren sujetar a sus propias leyes y Estados Unidos pretende protegerlos por su poder nacional, se buscarán compromisos en forma pragmática y se procurará atenuar legislaciones del tipo de la enmienda Hickenlooper. Habrá cooperación en los problemas del comercio internacional, la reestructuración del sistema monetario y las cuestiones de alimentación. Se instituirá un sistema de consulta permanente (Tlatelolco a la enésima potencia). Estados Unidos no pondrá nuevas vallas a la entrada de los productos latinoamericanos en su territorio. La ayuda para el desarrollo no será reducida, lo que quiere decir que queda congelada. Habrá coordinación en los temas de transferencia de tecnología y déficit energético. El tratado de Río y la OEA deben ser rescatados en todos sus aspectos positivos, “que han evitado al hemisferio conflictos internos y lo han ayudado a mantener la paz regional”, aunque se efectúen las reformas necesarias para modernizar sus instituciones.

»Todo este alegato parte de la base de que tenemos un destino común y de que es posible trazar un programa para América, un curso de acción que de sustancia a nuestros consensos, e inspiración a nuestros pueblos, pues la “comunidad del hemisferio occidental debería promover un nivel de vida decoroso para todos sus ciudadanos”.

»En síntesis, lo que Kissinger ofrece es una vía programática para eliminar los conflictos entre su país y América Latina a cambio de un alineamiento regional orientado por Washington y separado de las luchas del Tercer Mundo por su liberación.

»Lo hace desde una perspectiva globalista: el mundo actual es cada vez más interdependiente y “los problemas de la paz, de la justicia, la dignidad humana, el hombre y la inflación, la contaminación, la escasez de recursos materiales y el exceso de desesperación espiritual, no pueden ser resueltos sobre una base nacional”. Entonces, “todas las naciones consumidoras y productoras, ricas y pobres, libres y oprimidas, débiles y poderosas, se hallan en la marea de los acontecimientos mundiales”. Es cierto. Pero en este discurso Kissinger expresa a la perfección los intereses de las superpotencias de un mundo que no sólo se achica geográficamente, sino que se concentra económicamente en beneficio de unos cuantos poderosos. Bajo el

ordenamiento de estos últimos las barreras nacionales ceden, soliviantadas por el empuje de las compañías multinacionales, o por la “interdependencia” de los problemas de la paz y la guerra, de las crisis monetarias y de las variaciones de los precios. Pero para el Tercer Mundo la liberación no es sólo desarrollo, es también participación popular amplia y preservación de su propia identidad.

»Hay una frase de Kissinger que merecería explicación psicoanalítica. Dijo: “Hace cuatro siglos se encontraron aquí, por vez primera, culturas totalmente extrañas. Ahora avanzamos hacia un mundo cuyas exigencias son casi tan ajenas como lo eran los aztecas y españoles entre sí”.

»También en esta conferencia se enfrentan dos culturas, dos realidades, dos destinos. Hace cuatro siglos una de esas culturas desapareció. El desafío de hoy es que todas las culturas pervivan, que todos los pueblos se realicen. Pero para que América latina sobreviva y no se anegue en la marea de la historia ajena, es preciso que avance la mayor claridad en la concepción de sus problemas y la mayor resolución para enfrentarlos en una lucha de hechos y no de palabras, apelando a los pueblos en una actitud franca, y no encerrándose en el misterio de los despachos, en la diplomacia secreta que, por su propia reserva, es propensa a la dilación y a la conciliación».

—¡Está clarito, Gringo, Perón se sacó la máscara...!

—No lo subestimes, Felipe, se la pone y se la saca cada vez que le conviene.

El viernes 21 de febrero el clima de carnaval en Córdoba no alcanzaba a tapar la crisis inminente. Agustín Tosco estaba sentado en la cabecera de la mesa de reuniones de Luz y Fuerza; Felipe Alberti agitaba el diario *Córdoba* como si la reunión de la quinta de Olivos entre Perón y los jefes de las 62 Organizaciones fuera la prueba de una infamia. Tomás Di Toffino, sentado entre los dos, agarró el diario y empezó a impostar la voz cascada del General. El eco retumbaba en el salón del consejo directivo:

—Se los leo textual, eh: «En Córdoba hay un foco de infección, el problema es que se pelean el gobierno de Obregón Cano con las 62, entonces el que toma ventajas es el otro, es el enemigo... Bueno, dicen que hay infiltrados en el gobierno, pero para sacar a los infiltrados no hay que provocar estas situaciones...». ¿La quieren más clarita, changos? Acá van a intervenir el gobierno, como en Buenos Aires, pero el problema es que no tienen ningún Calabró para hacerse cargo.

El desgaste se había acentuado a fin de enero, cuando el transporte público empezó a escasear por el lock out de la Federación de Empresarios del Transporte Automotor Provincial. Era un esquema conocido: cuando la patronal y la derecha querían provocar inquietud solían empezar complicando el transporte. Ya lo habían hecho en Chile, meses antes. La gente hacía colas, los micros no pasaban, y la falta de autoridad de gobierno se hacía sentir. En la campaña electoral, el vicegobernador López —dirigente colectivero— había prometido estatizar el servicio de transporte público, pero no lo había hecho.

A la falta de transporte se sumaba una escalada de atentados de la derecha: bombas a los sindicatos combativos, amenazas a los legisladores y funcionarios, asesinatos de militantes y la guerra declarada por la ortodoxia peronista contra «el marxismo y el sionismo internacional». A mediados de febrero, Obregón Cano fue a Buenos Aires a buscar el respaldo de Perón, pero el presidente le dio largas y el gobernador se tuvo que volver sin haberlo visto. En esos días, muchos iban a ver al General para tratar de quedarse con Córdoba, que caía como una breva madura.

Un joven abogado cordobés vinculado a las 62 Organizaciones, Julio César Aráoz, y Miguel Egea tenían un plan y consiguieron que el General los escuchara. El trabajo sucio correría por cuenta del jefe de Policía: el teniente coronel retirado Domingo Navarro era amigo de los peronistas ortodoxos y de los mandos del Tercer Cuerpo de Ejército. Una vez desalojados Obregón Cano y Atilio López, la Legislatura provincial nombraría a un sucesor adepto. Aráoz le explicó a Perón que era una solución dentro de la ley, parecido a lo que habían hecho con Cámpora y Solano Lima. Perón los escuchó sin demostrar entusiasmo. Egea y Aráoz fueron al grano:

—General, ¿qué garantías podríamos tener?

—Bueno, m'hijo, si ganan tienen todas las garantías...

Aunque no sabían con qué parte de la respuesta debían quedarse, pusieron en práctica la última fase de su plan. El miércoles 27 de febrero los diarios de Córdoba publicaron una solicitada firmada por el desconocido grupo «José Ignacio Rucci de la República Argentina» y, más abajo, «62 Organizaciones-Comando 26 de septiembre» (la fecha era curiosa: Rucci había muerto el 25 de septiembre). La solicitada era explícita: «Una nueva farsa pretenden los pseudorepresentantes del peronismo Obregón Cano y López y su camarilla de bolches que han usurpado los cargos a los legítimos peronistas. Pero la paciencia ha llegado al fin». Esa misma tarde, cuando ya se estaban acuartelando las tropas en la jefatura de policía, Obregón Cano firmó la

destitución de su jefe. Además de las acusaciones de corrupción contra él, había pruebas de que Navarro era uno de los responsables del intento de asesinar a Atilio López, pocos días antes.

El gobernador se instaló en su despacho, rodeado de amigos. A las diez de la noche el teniente coronel Navarro rodeó la gobernación al frente de grupos de civiles y policías con fal y ametralladoras. Los leales intentaron una resistencia breve: no tenían cómo. Al cabo de unos minutos los policías entraron a la gobernación, detuvieron a Obregón Cano, Atilio López y sus sesenta acompañantes y se los llevaron presos a la sede del comando radioeléctrico. Antes de salir, Navarro tuvo la precaución de apagar todas las luces de la Casa de Gobierno y cerrar con llave la puerta principal.

El resto del plan tampoco encontró resistencia: los empresarios del transporte manejaron los colectivos hasta la plaza San Martín y los pusieron de parapeto, porque Navarro esperaba disturbios y réplicas de parte de Montoneros. Policías con gorra y muchachos de los sindicatos se apostaron en esquinas estratégicas. Esta vez, las barricadas las hicieron ellos.

Esa misma noche, los combativos empezaron a organizar un paro. Roberto Tapia, que había sucedido a López al frente de la CGT regional, llamó enseguida a Tosco.

—Gringo, vamos al paro, pero escondete que nos quieren hacer cagar.

—Dale, andá sacando la declaración, ponele en defensa de las instituciones y en repudio al atropello fascista.

—Pero no nos dejemos agarrar, ¿eh, Gringo?

—Sí, hermano, no te preocupes.

Tosco se fue a una casita en la sierra, desde donde mandaba emisarios. Las 62 Organizaciones peronistas también convocaron al paro para el día siguiente pero, según su comunicado, lo hacían «en adhesión a la valiente actitud de la Policía». Antes de la medianoche el teniente coronel Navarro dio por terminada la faena y convocó a conferencia de prensa en la sede policial:

—Señores, la policía se ha puesto los pantalones largos.

A la madrugada, algunos pantalones largos salieron a poner bombas: entre otras, la fachada de la casa del ministro de Gobierno, Erio Bonetto, quedó deshecha.

A las ocho de la mañana Norberto Burni salió a recorrer la ciudad de Córdoba en un fiat 600. Las calles estaban casi vacías. Burni paró en una esquina y se puso a mirar a un grupo que tapaba la bocacalle: uno tenía boina, otros borceguíes y pantalón de uniforme policial, algunos pantalones oxford,

todos tenían esa cinta amarilla en el brazo. Enseguida se le acercó un flaco alto: un ingeniero que trabajaba en la empresa de energía, afiliado a Luz y Fuerza. Un tipo callado, de esos que se la tenían jurada.

—¿Qué hacés acá, Burni?

—¡¿Cómo qué hago?! ¡¿Vos qué hacés acá?!

Burni estaba tan indignado que el ingeniero corrió el caño del fal y se agachó para hablarle en confianza. A Burni le pareció una amenaza suave.

—Loco, rajate... A ustedes se les acabó la joda.

El último día de febrero se anunciaba muy caluroso. A las ocho, el procurador del Tesoro provincial, Hugo Vaca Narvaja, sé puso traje y corbata y fue a los tribunales. El secretario del juzgado de turno lo invitó a sentarse y se sentó gentil frente a la remington. Vaca Narvaja tenía un aspecto muy respetable:

—En nombre del gobierno constitucional, quiero que se instruya una causa contra el jefe de Policía por el delito de sedición.

Navarro volvió a convocar a la prensa a las nueve de la mañana. Sobre una gran mesada, sus hombres habían distribuido algunas armas incautadas en el asalto a la Casa de Gobierno. Los periodistas tomaron nota de cuántos revólveres y pistolas había y después fueron a escuchar la palabra de los otros gestores del golpe. Los gremios ortodoxos se habían recluido en Alta Gracia con el ministro Ricardo Otero y con Raúl Ravitti, adjunto de la CGT nacional y dirigente de las 62 Organizaciones. Cuando se enteraron que la asonada había salido bien, desembarcaron en la sede de la CGT Córdoba. El ministro de Trabajo de Perón recibió a los cronistas en mangas de camisa, sonriente:

—Venimos a contribuir con el orden en la provincia.

Al rato, el ministro y su séquito fueron a la CGT provincial, que tanto les había costado controlar, y la dejaron formalmente intervenida. En ese sencillo acto, Tapia y Tosco quedaban destituidos de sus cargos como directivos de la CGT Córdoba. Al frente quedó uno de los fogoneros del Navarrazo, Bernabé Bárcena, molinero. Otero estaba acompañado por él nuevo delegado del Ministerio de Trabajo en la provincia: Alejo Simó, metalúrgico, vandorista, que en tiempos del Cordobazo había integrado el Consejo Económico Social del gobernador Carlos Caballero.

Al otro día, 1.º de marzo, Mario Agodino asumió la gobernación porque era el presidente de la Cámara de Diputados. Navarro liberó a Obregón Cano y a López, que tuvieron que irse a sus casas pese a que, legalmente, eran gobernador y vice. Perón mandó al Congreso nacional un proyecto de ley de intervención federal a Córdoba. El trámite duró menos de una semana: el

jueves 8 de marzo el proyecto del PEN fue ley. Los legisladores radicales, intransigentes, democristianos y los pocos peronistas rebeldes no juntaban los votos suficientes para frenarlo. Además, ese mismo día, Ricardo Obregón Cano y Atilio López hicieron pública su renuncia a los cargos para los que habían sido elegidos. Según ellos era «para evitar males mayores». Atilio López volvió al ruedo y junto a Tosco, como en los viejos tiempos, formaron una CGT paralela. El 12 de marzo Perón nombró interventor a Duilio Brunello. El hombre tenía anteojos de marco muy ancho, las solapas también anchas y, hasta ese día, trabajaba en el Ministerio de Bienestar Social, a las órdenes de López Rega. El teniente coronel Navarro consideró que había cumplido con su tarea y renunció a la jefatura policial. Se fue pero dejó su nombre a su tarea: en Córdoba, durante muchos años, todos hablarían del «Navarrazo».

En esos días *Política Obrera*, el periódico del grupo homónimo, resumió en unos párrafos el alzamiento de Navarro. «La sedición policial gangsteril de Córdoba ha sido calificada como el Anticordobazo. El 29 de mayo de 1969, en el marco de una formidable huelga política de masas, el proletariado cordobés arrinconó a la policía y la sitió dentro de la jefatura central. La ciudad fue de los trabajadores. Lo del 27 de febrero fue el Anticordobazo. La policía y los gangsters han puesto en estado de sitio a la ciudad, han desalojado a los obreros de las fábricas, han copado la radio y la información, han destituido al gobernador votado y trasladaron la jefatura de policía a la Casa de Gobierno». Ricardo Balbín dijo: «Si yo hubiera sido presidente primero hubiera restaurado a las autoridades depuestas por un jefe de Policía —que es un acto subversivo— y después resolvía el problema político de la provincia». Felipe Romeo, el director de *El Caudillo*, escribió que «el país todo vivió jornadas de intensa alegría. Uno a uno se iban cumpliendo los objetivos revolucionarios de saneamiento administrativo. De a uno irán saltando los últimos amanuenses de la sinarquía. Por eso, no nos importa mucho si los hacen saltar las hordas populares o la policía popular. Porque estamos con la reconstrucción es que sabemos que esta cruzada en la que estamos empeñados tendremos que hacerla contra los inspiradores vernáculos de la destrucción y el odio. Lamentamos tener al enemigo dentro de nuestras propias fronteras. La lucha y el resultado nos comprometen a redoblar nuestras fuerzas. Todo lo demás está en nosotros, porque es así y porque Perón manda». Y Agustín Tosco lanzó una advertencia que pocos escucharon: «Lo que está ocurriendo en la provincia de Córdoba es el ensayo para un proyecto que se aplicará en todo el país».

Marzo de 1974. La «fabricación de ídolos» musicales era un fenómeno relativamente nuevo, y provocaba curiosidad y enconos: la idea de que cualquier productor hábil podía vender cualquier batata escandalizaba a muchos. En esos días, la revista *Panorama* intentó describir cómo se hacía:

«PRIMERO Y PRINCIPAL: IR A LA GRABADORA. Las principales grabadoras son Phonogram, CBS, RCA Víctor y Music Hall; actualmente intenta sumarse Parnaso Records. Si se tiene suerte el cantante será descubierto por ellas. De lo contrario, como Mahoma, deberá ir hacia la montaña. En todos los sellos hay un departamento llamado Dirección Artística, encargado de la selección.

Una vez aceptado, el artista es tradicionalmente conducido a los departamentos de prensa y difusión. Paralelamente, el flamante intérprete pasará por la oficina de ventas, que distribuye la placa a los comercios.

RICARDO KLEIMAN: EL ZAR. A Ricardo Kleiman (33, soltero, más conocido como R.K.) le da autoridad el hecho de haber producido figuras que «revolucionaron el mercado del disco» (como afirma). Al respecto basta recordar los nombres de La Joven Guardia, Bárbara y Dick, Conexión Número 5, Almendra, Arco Iris, Juan y Juan, Pintura Fresca, Banana, Rolando Percy, Trocha Angosta, Séptima Brigada, Abracadabra, Leonardo Favio y, actualmente, Sabú, Johnny Tedesco, Cacho Castaña, Dany y Rubén Mattos... Ésta es la conversación con Kleiman:

«—¿Cuál es su actividad concreta?

»—Soy productor de discos, editor de música, manager man; contrato números en Argentina y en el exterior; trabajo en radio (*Modart en la Noche* es creación mía) y antes hice *Sábados Exclusivos*, donde nacieron los Beatles para el público argentino.

»—¿A qué atribuye el hecho de que muchos cantantes, cuando dejan de ser artistas de Kleiman, desaparecen como figuras?

»—Eso no es cierto y puede ser mal interpretado, pues Favio sigue siendo Favio, aunque ya no sea artista mío. Pero reconozco que, después que crecieron, muchos quisieron irse, y como no tengo contratos con nadie, fueron libres de hacerlo. Es que hay un momento en que se sienten seguros, ridículamente seguros, y quieren largarse solos. Al no tener una buena producción, se derrumban; hasta Sinatra se derrumbaría sin ella. Por buena producción entiendo lo que yo hago: elección de repertorio, de arregladores, y de una línea musical.

»—¿Entonces a los cantantes los “hace” usted?

»—En un comienzo tomo de 150 a 200 para sacar uno solo. Tiene que tener “oído”, buena dicción, voz agradable, en lo posible ser buen mozo, y si posee talento, se hace el éxito con su ayuda. Pero yo nunca salí a buscar artistas, siempre vinieron ellos a mi oficina. Los primeros en llegar, si mal no recuerdo, fueron Bárbara y Dick.

»—¿Cómo se inició en el rubro?

»—Era estudiante de psicología, pero terminé poniendo una gerencia de publicidad. Al comienzo de la década del 60 viajé a Europa. Como me gustaba la música moderna, traje discos. Aquí había un programa radial —*Sudamérica en la noche*— y se los llevé al disc-jockey. Los rechazó, me dijo que eran horribles. Se trataba, entre otros, de los Beatles, Rolling Stones, Rita Pavone. Entonces hice el programa *Sábados Exclusivos*, que luego fue *Modart en la Noche*, los artistas empezaron a venir a consultarme y aquí estoy.

»—¿Sabú es su máxima creación?

»—Sí, pero cuidado que no es sólo una creación mía. Él tiene muchas cosas.

»CÓMO SER ESCUCHADO. Es indudable que la columna vertebral de un hit es ser escuchado en radio y televisión. Para tal fin, las grabadoras cuentan con una oficina de difusión. En la materia, José “Gordo” Lombardo (44, dos hijos) es un personaje ampliamente conocido en el “ambiente”, ya que estuvo a cargo de los planteles difusores de RCA Víctor, Music Hall y actualmente en Parnaso Records.

»La semana pasada Lombardo confesó a *Panorama* que “en base a promoción y a fuerza de machacar en la radio, un disco que aparece como regular puede ser bueno”. Admitió, también, que las grabadoras tratan de que la promoción sea igual para todos sus artistas, sin preferencias. Pero dejó asentado que, cuando uno “pica” (es el lenguaje del medio), o sea, que vende más de veinte mil placas hay que “darle manija” pues con apoyo “llegará seguramente a las doscientas mil”.

»—Se dice mucho que a los disc-jockeys, o quien sea, se los estimula económicamente para que pasen un tema más que otro. Eso demostraría que cualquier tema puede ser escuchado si tiene respaldo. Dígame: ¿qué hay de cierto? Y si no es así, explique a título de qué son pasadas las placas.

»—Yo niego rotundamente esa versión. Los discos se pasan principalmente por la calidad que tienen. Y un buen gerente de difusión es aquel que no miente sobre la calidad de lo que entrega.

»PARA SER VISTO Y LEÍDO. Desde hace siete años, ininterrumpidamente, el departamento de prensa de discos Phonogram hace llegar al periodismo un boletín mensual con información de artistas nacionales y extranjeros. Esa tarea, llevada a cabo en todas las grabadoras, encuentra otra fiel expresión en el sello Music Hall, cuya prensa cubre el ya mítico Jorge Montes.

»Alfredo Zuccotti, jefe de prensa en Phonogram, expresa que lo fundamental para un artista es de todas maneras la difusión, y argumenta que sólo cuando el éxito ya comenzó la gente se interesa por la cara del responsable y lo que piensa.

»“Nosotros —dice Zuccotti— no inventamos romances, ni viajes falsos, nada de lo que en el ambiente se denomina sanata. Ésos son caminos remanidos que sólo perjudican al artista”. Y aunque Zuccotti se resista a reconocerlo, muchos periodistas especializados señalan que su labor constante y sincera ha colaborado esencialmente para que la prensa se hiciese eco de muchas figuras, por ejemplo, Víctor Manuel y Nino Bravo.

»CANTANTES Y PETRÓLEO. “Un cantante es como un pozo de petróleo. Alguien llega y, por olfato, inteligencia y mucha suerte, señala el lugar donde hay. Después, según el tipo de artista, hay que elegir la pala o la excavadora mecánica; luego hay que refinarlo y hacerlo útil a la comunidad. Al respecto, alguna vez escuché decir: Se toma un joven con cara linda (o no); se lo viste con un sastre de turno; se busca un maestro para algunos acordes de guitarra; un viejo actor, para ademanes y movimientos; el mejor maestro de vocalización; y finalmente, se agita la coctelera y, con suerte, ángel y buena voz (y si además ‘la pega’), es el momento de comprar un chaleco, poner los pulgares en los bordes, y decir: esto es fabricación mía”, dijo el legendario Ben Molar».

Después, el artículo daba una lista de cuántos discos habían vendido los cantantes más famosos del momento: Palito Ortega encabezaba la lista con 1.650.000 longplays y 8.000.000 de simples. Sandro lo seguía con 1.100.000 longplays y 1.800.000 simples; Leonardo Favio tenía sólo 40.000 longplays y 1.300.000 simples; Sabú 40.000 longplays y 1.400.000 simples, y así sucesivamente. Y, para terminar, la revista hacía un perfil del Rey indiscutido:

«Ramón Bautista Palito Ortega (31) encuentra su coronación inapelable en dos terrenos insospechados, pero que marcan los picos de la idolatría popular: la política y el deporte. Concentraciones partidarias y “torcidas” futbolísticas adaptan sus estribillos a melodías pergeñadas por el Rey. Pero lo más importante de su permanencia en el estrellato es su capacidad para

desdoblarse entre cantante y publicitario. Alternar los gorjeos como “qué lindo que hubiera sido, que te casaras conmigo”, con una de las más hábiles conducciones empresarias. Para eso está al frente de su editora Clanor, donde dirige a más de 15 empleados, dos abogados y algún redactor periodístico.

»Como fue muy difundido el hecho de que entre el periodista Leo Vanés y el productor Ricardo Mejía (maquinadores del Club del Clan) se “creó” una imagen —la del “changuito triste, cañero”— para Ortega, preguntárselo es obligado. Y su respuesta es amplia: “En esta sociedad de consumo, el cantante no escapa a la maquinaria ni a los esquemas organizadores. Mejía me brindó la posibilidad de ser, tomó un grupo de veinte personas y trató de que fuesen diferentes; pero a mí no me hizo él ni nadie, salvo yo. De todas formas, no me parece alarmante que a un cantante alguien le indique cómo vestir o peinarse. Lo que pasa es que un intérprete de canciones no es un producto, sino un elemento al que todos los medios tratan de sacarle provecho. Y si él no se organiza y estudia, si se cree Frank Sinatra, si es débil, lo destruyen, lo pisan. Pero insisto en que yo no triunfé por changuito cañero, triste o alegre”.

»En ropa interior (en los estudios TNT) dando órdenes y sugerencias que todo el equipo de trabajo acepta inmediatamente, mientras se rueda su film autobiográfico *Yo tengo fe*, Palito extiende su proverbial tono pausado: “Me molestan los que vociferan contra la ‘maquinaria’ porque tuvieron oportunidad de usarla y no lo hicieron. Claro que esto es un negocio. Pero todo es un negocio. Lo que pasa es que hay que usar métodos lícitos y limpios; un cantante produce cosas y eso se tiene que difundir. Y entonces hay que invertir en sonido, iluminación, vestuario, prensa, difusión radial. A eso le llaman ‘la maquinaria’. Pero yo, te lo juro, jamás le pagué a un periodista para que escriba sobre mí. Lo que sí hago es después de grabar, llamar a un cóctel para la prensa, ofrecer un avance filmado de algunos temas, porque si aquí no te movés no pasa nada...”.

»El empresario Ortega, dueño de un deportivo Mercedes-Benz y, para otros traslados, de un avión Cessna con piloto permanente (además de varios caballos de carrera, como Gardel), habla de política y cree que el mundo se va “hacia la socialización de todo”. “Pero —espeta en un razonamiento que seguramente no agrada a los partidarios de ese sistema económico— la ‘maquinaria’ también va a estar en el socialismo, pues aunque el Estado pusiese su propia grabadora, se tratará de levantar el nivel y el montaje seguirá funcionando. Yo voy a estar encantado de que con las ganancias de

mis discos se les pague a los cañeros tucumanos. Pero todavía no es así. Yo sigo pagando impuestos: bastantes”».

Graciela Daleo todavía tenía el brazo vendado diez días después, el 11 de marzo, cuando fue, con un centenar de militantes y vecinos de Parque Patricios, a la cancha de Atlanta. Graciela y sus compañeros habían hecho pintadas y pegatinas en el barrio invitando al acto. La JP festejaba el primer aniversario de las elecciones ganadas por Héctor Cámpora: el momento de su máximo poder.

La cancha estaba repleta: después, las crónicas hablarían de 30.000 o 35.000 personas. Y el ánimo estaba caldeado: la ley de Asociaciones Profesionales, las reformas al Código Penal, los golpes provinciales contra Bidegain y Obregón Cano, la cárcel de Carlos Caride, la resolución del Consejo Superior del Movimiento Peronista expulsando a los diputados de la JP, las muertes, las amenazas, las bombas. Además, la ruptura de la Lealtad era reciente, y la JP quería probar que sus fuerzas seguían siendo importantes.

En el estrado saludaban los jefes montoneros Roberto Quieto, Mario Firmenich, Norma Arrostito, Fernando Vaca Narvaja y Ricardo Haidar, y muchos miles gritaban Montoneros, carajo. La novedad era que, a su lado, había una serie de militantes de la resistencia y el sindicalismo peronistas clásicos: Sebastián Borro, Armando Cabo, Avelino Fernández, Andrés Framini, Arnaldo Lizaso y Dante Viel, que habló:

—Es evidente el pensamiento revolucionario y patriótico de Perón, y por eso no podemos tener dudas sobre el futuro. Es necesario comprender que cuando Perón dice que la revolución se hará en su medida y armoniosamente está remarcando su posición revolucionaria y liberadora. No quiere decir que no se hará o que se ha detenido. Significa que marcha de acuerdo a las posibilidades y se irá acrecentando en la medida en que se logren los resortes del poder real...

La respuesta de la tribuna no fue tan confiada:

—¿Qué pasa, qué pasa,/ qué pasa, General/ que está lleno de gorilas/ el gobierno popular?

Después habló Enrique Juárez, dirigente de la Juventud Trabajadora Peronista, y Rodolfo Galimberti, que reaparecía después de casi un año de ostracismo. Dijo que «antes éramos la juventud maravillosa y ahora somos infiltrados», y lo aplaudieron mucho: era como recuperar a una figura de los buenos viejos tiempos. Al final habló Firmenich. Hasta entonces nunca había hecho un discurso tan largo, razonado y enfrentado con el gobierno de Perón:

—Hoy estamos totalmente en contra de este pacto social, que no es el que se nos había prometido. Por eso a este pacto hay que romperlo, y hacer otro. Estamos en contra porque vemos que esto significa que la columna vertebral del proceso no son los trabajadores como se decía, y como ha sido siempre en el Movimiento: la columna vertebral de este Movimiento son los grandes empresarios y un sector de burócratas que firman acuerdos con ellos...

—¡Rucci, traidor,/ saludos a Vandor!

Cantaba la tribuna. Y, cuando Firmenich dijo que «las fuerzas policiales son el brazo armado de esa burocracia que representa a la antipatria»:

—¡Montoneros,/ el pueblo te lo pide:/ queremos la cabeza/ de Villar y Margaride!

Después, Firmenich empezó a hablar del papel que tenía que cumplir cada agrupación. Graciela lo escuchaba impresionada:

—Si hacemos un balance de todo el trabajo de los compañeros de la Juventud Peronista en los barrios, veremos que se trabajó mucho en movilización, también se trabajó mucho en esclarecimiento, pero debemos preguntarnos si realmente se trabajó mucho en organización. Los peronistas en los barrios son la retaguardia para enfrentar cualquier tipo de agresión. Si allí no estamos bien organizados, si allí no hay retaguardia... Bueno, no se conoce ningún ejército en el mundo que haya triunfado sin retaguardia.

—¡A la lata, al latero/ las casas peronistas/ son fortines montoneros!

Para terminar, Firmenich habló del siguiente encuentro:

—Una última cuestión y con esto nos vamos cada uno a nuestras casas, porque mañana hay que trabajar: la próxima cita que tenemos es el 1.º de mayo en la convocatoria que el general Perón ha hecho el 12 de octubre. Allí debemos estar todos, allí debemos llenar la plaza, para decirle directamente al General todo lo que discutimos continuamente en nuestros lugares de trabajo. Así seguiremos con nuestro esfuerzo de reencauzamiento de este proceso, y seguiremos siendo fieles a nuestra consigna de que viviremos libres o muertos pero jamás esclavos, y que con todo lo que eso significa gritaremos hasta el final ¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria!

—¡Montoneros, carajo! ¡Montoneros, carajo!

«Por eso gritamos con bronca, porque sabemos que nos quieren destruir porque somos los únicos que estamos denunciando todo este proyecto de adormecer al Peronismo, de domesticarlo, un plan diabólico, lograr lo que no pudo obtener ninguna dictadura militar gorila. Achatarnos, transformarnos en un rebaño manso, apagado. Por eso gritamos con bronca nuestra rebeldía. Porque somos un pueblo vigoroso y fuerte, un pueblo peronista que recoge las

lanzas montoneras, que recupera los caños hechos en las cocinas, las huelgas planificadas en mateadas nocturnas, las pintadas hechas a pulmón, la acumulación de fierros preparando los golpes militares.

»Aramburu. La Calera. Garín. Las masas ganando la calle y corriendo a la policía.

»Eso es el peronismo. Y eso nada ni nadie podrá torcerlo. Eso es lo que expresamos en Atlanta. Los chantas se jugaron al fracaso nuestro. El estadio repleto fue una respuesta. El pueblo no tiene ni ganas ni posibilidades de perder el tiempo. Nosotros en Atlanta decidimos lo mismo. No tenemos ni tiempo ni ganas».

Decía, tres días después, *El Descamisado* en una edición especial adornada con un lapsus que casi nadie notó: en la tapa, en el lugar de la fecha, donde debía decir 14 de marzo de 1974, se leía 14 de marzo de 1973. Cualquier psicólogo lo habría interpretado como la expresión obvia de un deseo imposible.

Ese artículo central empezaba diciendo: «Fuimos con los dientes apretados. Con bronca y dispuestos a todo. Sabíamos que no era un acto más. Éste era diferente. Teníamos que demostrar muchas cosas. Afirmarnos. Reencontrarnos en nuestra arma mejor, la movilización. Fuimos con los nervios tensos, recelosos, no podíamos perder.

»Y por eso ganamos.

»Porque fuimos al frente, con cojones. Porque los cojones en política no se miden en términos de falso machismo, sino que hay un coraje y una audacia que explican y justifican cualquier actitud. Esos cojones fueron los que pusimos en Atlanta.

»Y así no se pierde nunca».

Marzo de 1974. Sobre la ruta 9, a orillas del Paraná, 100 kilómetros al sur de Rosario y 30 al norte de San Nicolás, estaba Villa Constitución. Un pueblo de 30 mil habitantes, de los cuales 4 mil eran afiliados del gremio metalúrgico. Muchos eran hijos de inmigrantes italianos que dejaron el arado y la chacra por el torno y la fresadora a comienzos de los años 40, cuando la familia Acevedo fundó Acindar, la planta de fundición privada más grande del país. Los demás obreros eran chaqueños o correntinos que buscaban algo mejor que los azares de la cosecha del algodón. Con el tiempo, los Acevedo crearon Marathon —una planta de laminados finos— y también se radicó Metcon, dedicada a la fabricación de piezas de fundición para la industria automotriz. La zona era el corazón de la producción de acero: en San Nicolás

estaba Somisa, la mayor industria siderúrgica argentina, donde trabajaban más de 10 mil obreros; entre ellos, alguna vez, José Ignacio Rucci.

A principios de 1970 la UOM nacional tuvo el primer encontronazo con un sector gremial disidente de Villa Constitución. El Grupo de Obreros de Acindar (GODA) se había armado para participar en las elecciones de cuerpo de delegados y comisión interna de fábrica de marzo de ese año, pero sus principales promotores fueron expulsados de la fábrica antes de los comicios. Todos atribuyeron los despidos a una alianza entre la UOM de Lorenzo Miguel y la patronal de Acindar. Además, la UOM nacional intervino la seccional Villa Constitución.

En 1973 la reunión de accionistas de Acindar, controlada por la familia Acevedo y la US Steel Company, formó el nuevo directorio de la empresa, presidido por José Alfredo Martínez de Hoz, con Arturo y Jorge Acevedo en el directorio y Eduardo Acevedo de gerente general. El negocio era floreciente: la estatal Somisa les vendía materia prima a precios menores que el costo y exportaban buena parte de la producción con dólares subvaluados. Para ese entonces, Alberto Piccinini y otros sobrevivientes del GODA lograron la mayoría en el cuerpo de delegados de Acindar y conformaron una comisión interna combativa. El principal referente de los clasistas de Villa Constitución era Agustín Tosco. Durante ese año 73, Piccinini amplió su influencia al resto de las fábricas de la zona y logró conformar la Lista Marrón, para dar un nuevo salto: presentarse a las elecciones para normalizar las seccionales de la UOM intervenidas, que debían realizarse a principios de 1974. Muchos pensaban que Piccinini podría convertirse en algo semejante a lo que eran Tosco y Salamanca para las conducciones nacionales de Luz y Fuerza y SMATA. Con la diferencia que Lorenzo Miguel era la cabeza de la Patria Metalúrgica y de las 62 Organizaciones, el dirigente sindical con más poder y el más temido de la Argentina. Si ganaba la seccional Villa Constitución, Piccinini sería el primer adversario de Miguel en el consejo directivo de la UOM.

Ante esa situación, en febrero de 1974, Miguel ensayó la misma maniobra de 1970 y mandó a dos hombres de su total confianza como nuevos interventores de la seccional Villa Constitución. Fernández y Oddone llegaron a Acindar el jueves 7 de marzo, una semana después del Navarrazo, entraron a la planta y fueron abucheados por los trabajadores. Al día siguiente los interventores redactaron el telegrama de expulsión de la UOM de once adversarios: los cinco de la comisión interna y seis delegados de la Lista Marrón. Pero, a diferencia de 1970, ése fue sólo el punto de partida.

El viernes los obreros paralizaron las máquinas, llamaron a asamblea y tomaron la planta; al otro día se conformó un comité de lucha del que participaron el resto de los sindicatos de la zona, asociaciones de comerciantes, partidos políticos. El sábado 16, ante la envergadura del movimiento, el Ministerio de Trabajo mandó emisarios y llegó a un acuerdo con los huelguistas: normalización de los cuerpos de delegados y comisiones internas de Acindar y Marathon en 45 días, entrega en 120 días, retiro de los dos interventores, ninguna represalia. El acuerdo se selló a las dos de la tarde a través de un acta firmada por los delegados del Ministerio de Trabajo, las empresas Acindar y Marathon y los dirigentes de la Lista Marrón. A las cuatro de la tarde, para festejar el triunfo metalúrgico se reunieron en la plaza de Villa Constitución alrededor de 10.000 personas, un tercio de la población. El lunes volvieron a funcionar las fábricas, los comercios, los bancos y las escuelas.

Toda la prensa militante de esos días se hizo eco del conflicto. *El Descamisado* del 19 de marzo titulaba «Así se le gana a la burocracia»:

«Acindar es una empresa explotadora. Eso no es ninguna novedad, por supuesto. Sus ganancias son fabulosas. Su odio al pueblo y al peronismo es demasiado conocido para abundar en detalles. Pero nunca habíamos conocido su “neutralidad”. Desde el momento en que se conoció el conflicto la empresa declaró su neutralidad. Pidió a los obreros que se comportaran con corrección, y dijo que por favor se tuviera cuidado con las máquinas. Eso fue todo. Aparentemente, Acindar había decidido permanecer ajena al “diferendo gremial”. Pero la realidad es la única verdad. El viernes 15, Acindar publica una costosa solicitada en todos los diarios, en donde acusa de la manera más infame a los trabajadores. “Esta situación trajo aparejado un estado de desorden de lamentables consecuencias, incluso la sustracción de importantes elementos de los almacenes y depósitos de la fábrica” dice la solicitada. Una vil mentira que indignó a los obreros. Una patraña que sólo puede caber en las mentes de los capos de este pulpo monopolístico.

»—La cosa viene de arriba —dijo Piccinini—. Otero habrá hablado con los capos de Acindar, y ahí se cocinó todo.

»Sin embargo, ni esa solicitada ni las que firma la burocracia (un derroche de guita sólo accesible a las grandes empresas), logró engañar al pueblo de Villa Constitución. Es que el pueblo ve y escucha, tiene memoria, tiene instinto. Las solicitadas, entonces, no sirven de mucho.

»(...) En Villa Constitución, los obreros carecen del más elemental de los servicios sociales. Toda la plata que ingresa en la seccional se esfuma. No hay

ni para pagar un sanatorio. Ni para comprar un paquete de algodón. Pero a falta de plata, grande es la solidaridad del pueblo y de sus organizaciones políticas. La JP proveyó de víveres a los trabajadores (“alimentar a 2700 trabajadores no es fácil”, nos decía un delegado).

»—Acá todos somos peronistas —confiaba un trabajador de Metcon—. Ahora estamos luchando para sacar a una burocracia traidora, que no tiene nada de peronista. Nuestra huelga no está hecha en contra del gobierno popular. Nosotros queremos que estos traidores se vayan del movimiento y del gobierno.

»—Es que si la burocracia pierde en Villa Constitución, va a seguir perdiendo en todos lados. Las bases ya se cansaron de aguantarla. Aquí se terminó el reinado de Miguel.

»Las palabras del delegado Piccinini traducen el pensamiento de 5500 obreros de Villa Constitución. Sin duda, estamos asistiendo a la primera gran derrota de la burocracia. Que empieza a sentirse acorralada. No es casual que el viernes 15, la CGT publique una solicitada “a modo de advertencia” en donde afirma que la “UOM no está sola”. Más adelante apunta que “el ataque a que está siendo sometida la UOM es un ataque al movimiento obrero y el blanco es ya no sus edificios sino también sus hombres y lo más sagrado que tienen, la memoria de sus muertos. No se puede hacer burla impunemente de nombres como los de Rucci y Vandor con estribillos irresponsables como aconteció en actos recientes, reductos de resentidos y desplazados”.

»El sábado 16 el pueblo de Villa Constitución asistía emocionado al triunfo de los trabajadores: es que durante la madrugada, en una reunión que habían mantenido los trabajadores de Villa Constitución con los representantes del Ministerio de Trabajo y una enviada de Isabel Martínez de Perón quedaba concretada la fórmula del acuerdo. Que, sin duda, constituye un rotundo triunfo de la clase trabajadora. Y una derrota de la burocracia. Que jamás esperó un resultado como éste».

Cuando Emilio Abras, el secretario de Prensa del gobierno, lo llamó para darle una cita en Presidencia, Manuel Gaggero decidió ir acompañado por Ana Guzetti para dejar claro cuál era el motivo de la entrevista.

—Es algo tremendo, Abras. ¿O acaso Perón no sabe quiénes son los que manejan los grupos parapoliciales?

—Vea, eso fue un episodio. ¿Usted sabe cuántos entredichos tiene un presidente por día? Eso ya pasó, no removamos historias, Gaggero...

—¿Historias? Los que voltearon a un gobernador constitucional en Córdoba son una banda policial, Abras; no son historias. Los grupos fascistas están avanzando como nunca, y si el propio Perón se nos tira encima, ¿quién nos da garantías?

—Le aclaro que Perón no tiene ningún problema en que haya diarios de izquierda, diarios que no sean oficialistas. ¿Sabe lo que quiere el General? Que Timerman y usted hagan dos programas en *Canal 7* con entrevistas a fondo...

—¿A él?

—Por supuesto, como la que ya le hizo Timerman con Villarruel y con...

—Sí, sí, ya sé con quién, pero no lo nombre que es yeta, con Mitchum, ya sé.

Aunque Manuel descreía de la teoría de las fluctuaciones de Perón y hacía tiempo que estaba desencantado del General, lo impresionaba la idea de entrevistarle por televisión. Pensó que el director de *La Opinión* iba a tener un diálogo más conciliador, pero que él iba a hacer preguntas incisivas, que iba a romper algún que otro mito, sobre todo el que suponía que Perón estaba por encima de la lucha de clases.

—Estaría bien, Abras, buena idea.

—Bueno, Gaggero, ya lo voy a llamar para combinar el día de grabación y por ahí tendríamos que charlar un poco sobre el enfoque, usted ya sabe, ¿no? Ver un poco qué preguntas le vamos a hacer.

Manuel bajó la explanada de Balcarce 50 con una sensación rara: todo indicaba que el lopezrreguismo había ganado la pulseada dentro del gobierno, pero también se decía que la política era así, que a veces se podía neutralizar alguna movida o avanzar un paso aunque la corriente fuera en contra.

Unos días después, el miércoles 14 de marzo, todo quedó esclarecido. Manuel había llegado temprano, como siempre, y escuchaba radio Colonia. Ariel Delgado era un amigo, levantaba los editoriales de *El Mundo*, y esos días estaba leyendo las notas sobre el conflicto de los metalúrgicos de Villa Constitución. Como siempre, Delgado dijo que había más informaciones para ese boletín:

—A primeras horas de la mañana de hoy se conoció el decreto por el cual el gobierno dispuso la clausura del diario *El Mundo*...

Manuel se agarró la cabeza. Pero sabía que había otro tema que ese día causaría conmoción: la petrolera Esso le había pagado al ERP 14,2 millones de dólares por el rescate del empresario Víctor Samuelson, el más alto de la historia argentina. De todas formas Manuel levantó el teléfono:

—Abrás, nos pasaron por encima, nos prohibieron...

—Vea, a mí me agarró de sorpresa, me puentearon. Lo que sé es que va en serio. Villar dio la orden de barrer con cualquier resistencia. Además, Gaggero, acá todos dicen que si los dejan, con la plata que el ERP le sacó a la Esso van a sacar más y más diarios.

Abrás le leyó textual un párrafo del decreto 811: «... por su clara concomitancia con las organizaciones ilícitas...».

A medida que iban llegando los periodistas y el resto de los trabajadores, se escuchaban las más diversas ideas: declararse en asamblea permanente, atrincherarse. Manuel llamó a los de seguridad:

—Saquen todas las armas del diario, que no quede un solo fierro acá...

Al rato llegaron varios carros de asalto y después de un gran despliegue entró un oficial con una orden en la mano, y ocupó los dos pisos. Al mediodía la dirección de *El Mundo* funcionaba en las oficinas de Aldo Comotto, su asesor legal. Comotto tenía el pelo canoso bastante revuelto y miró varias veces el texto del decreto.

—Nos queda un resquicio: acá dice que se clausura *El Mundo*. Pero no dice que se prohíba la libertad de prensa. Podemos probar con otro título y ver si...

El jueves 15 Gaggero y Comotto fueron a Cogtal con la plata en la mano para pagar la impresión por anticipado.

—Vean, mañana vamos a sacar otro diario, con la misma tirada, el mismo formato, nada más que va a tener solamente cuatro pliegos. El nuevo director es el doctor Comotto.

—No, miren, eso es una provocación, nos van a volar la imprenta, ustedes están locos...

El nuevo diario salió pocos días después: con la misma tipografía había un slogan que decía «El mundo en sus manos en las páginas de *Respuesta Popular*». Esta vez, el editorial no lo firmaba Gaggero sino un tal A. Vompla. Para los amantes de las siglas y juegos de palabras era una clave sencilla: A vencer o morir por la Argentina, el lema del ERP. A las dos de la tarde del martes 26 de marzo, muchos canillitas gritaban ¡*El Mundooo*, salió de nuevo *El Mundo*! Esa misma tarde, Perón firmó un nuevo decreto, mucho más completo que el anterior, que prohibía *El Mundo*, *Respuesta Popular* o cualquier otro periódico que intentara reemplazarlo.

El 16 de abril un juez de primera instancia dejó sin efecto el cierre de *El Mundo*; mientras el gobierno instruía al fiscal para que apelara a la Cámara, explotaron bombas en Cogtal y en la redacción, para impedir que saliera la

edición. El 2 de mayo la Cámara Federal desestimó la apelación del gobierno y Manuel anunció la reapertura. Los empleados y periodistas se pusieron a trabajar contra reloj: el domingo 5 de mayo se iba a relanzar *El Mundo*. Pero cuando fueron a mandarles las películas, los de Cogtal desistieron:

—No, Gaggero, discúlpenos pero nos dijeron que las bombas fueron un aviso y que la próxima somos boleta. Lo lamentamos, pero no va más.

El lunes 6 de mayo, Manuel se levantó dispuesto a buscar otra imprenta. Antes de que la consiguiera salió la decisión de la Corte Suprema de Justicia que revocaba los fallos de primera y segunda instancia y mantenía la clausura del diario. *El Mundo* estaba definitivamente cerrado.

—La cuestión de los aliados gremiales es una cuestión táctica, hermanito, puede cambiar a cada momento. Ahora estamos en un momento de descontento social por cuestiones salariales, pero tampoco podemos dejar de lado una política hacia otros sectores del movimiento. No perdamos de vista los matices de la política...

Decía Quique Juárez, y Emiliano Costa pensaba que la realidad solía disociar lo que la retórica juntaba. El 23 de marzo, los Montoneros habían matado, cuando salía del dentista, a Rogelio Coria, que había sido durante diez años secretario general de la UOCRA y acababa de dejar su puesto para retirarse al Paraguay, preocupado por las amenazas.

—Sí, Quique, pero es un momento en que, además de mirar los matices, tenemos que ser cuidadosos con lo que piensa nuestra gente: muchos compañeros de las agrupaciones nos va a putear si saben que nos sentamos a conversar con tipos como Romero o Calabro.

—Está bien, pero hay que hacerles entender a los militantes que para sumar a nuestra lucha también tenemos que restarle fuerzas al enemigo, y que entonces hay que sacar rédito de sus contradicciones internas.

Eran los cimbronazos del Pacto Social: a mediados de marzo, ante los cortes energéticos para no aumentar las tarifas, y el crecimiento del mercado negro, la CGT, la CGE y el ministerio de Economía empezaron a discutir ajustes de precios y salarios. Pasaron un par de semanas y las negociaciones no prosperaban: el miércoles 27 de marzo Perón intervino personalmente y decretó aumentos de luz, gas, teléfono, agua corriente, nafta, querosén, gasoil y un reajuste salarial del 13 por ciento. Además anunció la creación de comisiones para «flexibilizar» los precios que entrarían en vigencia a fines de abril. Ante esa situación, la JTP sacó un comunicado recordándole a Perón que, al asumir su mandato, se había comprometido a que los trabajadores «se

llevarían el 50 por ciento de la torta» (que rondaba el 43 por ciento) y, además, hizo su propuesta: incorporar la ley 14.250 (de negociaciones paritarias) al Pacto Social, para poder discutir las condiciones de trabajo y redefinir el salario mínimo vital y móvil. Pero el gobierno, pese a la reciente flexibilización, decidió mantener congeladas las paritarias hasta junio de 1975, tal como había anunciado en junio de 1973, cuando lanzó el Pacto Social. El descontento por la suba de precios se hizo notar en muchos gremios. Con ese telón de fondo, los dirigentes de la JTP discutían sus tácticas y estrategias. Quique Juárez enumeraba con los dedos todos los asuntos que debían congeniar:

—Primero no podemos despegarnos de las bases, segundo tenemos que evitar un enfrentamiento con el Viejo, y tercero tenemos que disputar espacio con el vandorismo. Los tipos nos quieren ahogar: el Gordo Rodríguez está haciendo en mecánicos lo mismo que nos hizo el Turco Miguel en metalúrgicos...

En SMATA, la JTP intentó presentar la lista Celeste pero el secretario general, José Rodríguez, también multiplicó la cantidad de afiliados necesaria para avalar una lista y muchos obreros temían poner su nombre y apellido, porque les decían que era buscarse el despido.

Los dirigentes de la JTP sabían que su presencia en los gremios industriales era escasa. Emiliano Costa, Quique Juárez, Andrés Castillo, Mario Marzocca, Iñaqui Areta y Guillermo Grecco hacían su balance: una cosa era bancarios, periodistas, judiciales, municipales, estatales, docentes, no docentes, telefónicos, Gas del Estado, e incluso ciertos sectores industriales como vestido, alimentación, ceramistas, donde la presencia de las 62 Organizaciones no era tan pesada. Pero metalúrgicos y mecánicos, los dos gremios más fuertes, eran cotos cerrados. Para ampliar su base de sustentación, la conducción nacional de Montoneros buscaba algún entendimiento con dirigentes ajenos a la influencia de Lorenzo Miguel. El principal era Adelino Romero, del gremio textil, que desde la muerte de Rucci estaba al frente de la CGT.

—Con Romero las cosas no anduvieron mal. Las primeras aproximaciones las hizo el viejo Framini: le planteó sobre todo que paren la mano con las patoteadas a los compañeros de las agrupaciones. Después hubo algunos contactos para tratar de crear un espacio común fuera del vandorismo.

Adelino Romero había empezado veinte años antes como obrero metalúrgico, en la misma fábrica que José Ignacio Rucci. Pero después

cambió de trabajo, entró en una hilandería y se afilió a la Asociación Obrera Textil cuando Andrés Framini era su dirigente más reconocido. Framini, como Armando Cabo y otros dirigentes históricos, estaban tratando de armar esos vínculos entre la JTP y los dirigentes con conflictos con Miguel. Y Emiliano pensaba que de esa manera la JTP podría crear una nueva identidad dentro del peronismo, dejar de ser una expresión de superficie del proyecto de Montoneros. Pero le parecía un gesto de suma audacia buscar puntos en común con Victorio Calabro.

—No, compañeros, Calabro es otra cosa: Calabro es vandonista, recontravandonista...

Quique Juárez trataba de interpretar la línea de la conducción:

—No. No confundamos: no es que busquemos acuerdos, simplemente que si el tipo está enfrentado con Miguel, nosotros tenemos que sacar partido. Es lo mismo que pasa en otros espacios: es como cuando se establecen contactos con Anaya o Broner...

El general Anaya era el titular del Ejército, Julio Broner de la CGE. Emiliano seguía en desacuerdo:

—Pero hay que evaluar otra cosa: si en una agrupación nuestra de Vicente López vas y les decís que estás hablando con Calabro se pudre todo, ahí no hay diferencia táctica que valga, la gente se nos va a ir a la mierda. Algunos van a decir claro, si se llevan bien entre ellos es que son la misma cosa...

Emiliano miró el reloj y se dio cuenta que el Pelado José lo debía estar puteando, que llegaba tarde de nuevo. Así que se disculpó:

—Bueno, compañeros, yo me rajo. Sigán sin mí, mañana me cuentan.

Agarró el Citroën y en pocos minutos estaba en Independencia y La Rioja. Ahí habían alquilado una piecita, como muchos estudiantes de la facultad de Filosofía y Letras, que las usaban como bulín, para preparar exámenes o para ambas cosas. Pero ellos la usaban para las reuniones de conducción de la unidad básica de combate del frente sindical de Capital de Montoneros.

—¿Qué hacés, Fernando?

—Disculpen la demora, me quedé en el local de San Juan...

El otro subjefe de la unidad, Caracha, había asumido reemplazando a Pedro, que se había plegado a la disidencia. José traía instrucciones duras de la conducción de la columna Capital:

—Bueno, recién le decía a Caracha que los compañeros ya están cansados de las actitudes en contra de la organización que tiene Pedro y nos plantean que le pongamos límites precisos...

Cuando decidió irse a la Lealtad, Pedro había empezado a tomar contacto con todos los militantes que pudo para invitarlos a irse con los suyos.

—El loco no respeta ni lo más mínimo, se caga en la seguridad, aparece por casas operativas, por unidades básicas y no cumplió para nada con el compromiso que tomó con nosotros.

Le habían exigido que, tras su partida, no tomara ningún contacto con las estructuras que abandonaba. Pedro se había comprometido a mantenerse alejado.

—Lo que me pidieron es que el asunto lo manejemos sólo nosotros tres: si el tipo no cumple y sigue haciendo política en contra de la organización, se lo va a declarar traidor y se le va a dar tratamiento de traidor.

Caracha puso cara:

—Che, pero, ¿traidor? ¿Eso hasta dónde llega?

—Vamos a tener que pegarle un apriete serio, que sepa que si no la corta pone en riesgo su vida...

—¿Así viene la cosa?

—Sí, hermano. Por suerte, los últimos días no apareció por las agrupaciones ni anduvo tratando de meterse con compañeros de la columna. Pero, si vuelve a joder, nos vamos a ocupar nosotros... ¿Está? ¿De acuerdo, Fernando?

—Sí, qué le vamos a hacer.

Emiliano tenía otro frente que le preocupaba: su turbulenta relación con la Avispa iba a verse severamente afectada por la coyuntura. Dos días antes, en la cama, mientras fumaban el cigarrillo de después, la Avispa le había empezado a hablar de los errores que, según ella, estaba cometiendo Montoneros:

—No pueden seguir así, enfrentándose todo el tiempo con el Viejo. Es una política suicida, los va a llevar a la catástrofe. A ustedes y a todos, si no lo remediamos.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces qué hay que hacer, tragarse todos los sapos de Lopicito, Miguel, Chabela y toda la banda? ¿En nombre de la unidad del peronismo? Pero dejame de joder.

La cosa se había puesto tensa. Y esa tarde, en la reunión, tras discutir el tema de Caracha, Emiliano pensó que no podía callárselo:

—Gallego, ella se va con la disidencia. Ya era un quilombo, no es sólo que está casada, ahora las cosas entre nosotros no tienen ni un punto de contacto. Imaginate, a mí me encanta, va más allá de la política, pero es transgredir demasiado. No sé, estoy confundido. ¿A vos qué te parece?

—Fernando, dejate de joder, por más que estés enganchado la vas a tener que cortar, no tenés margen para salir con una mina que es un cuadro de la disidencia.

—No es fácil, yo sé que la voy a tener que cortar, pero no me va a resultar fácil...

Marzo de 1974. Juan Domingo Perón llegó al pueblo de Atucha a mediodía, en helicóptero: estaba a 116 kilómetros de la Capital, sobre el Paraná, y era su viaje más largo desde que volviera al país, menos de un año antes. Lo acompañaban López Rega, Gelbard, Otero, Robledo, Romero, Broner y el canciller libio Abuseid Durda, entre otros notables, y todos decían que estaban muy emocionados: ese miércoles, la Argentina estaba a punto de empezar a ser atómica.

Sólo faltaba que Perón apretara el botón: el presidente iba a inaugurar la primera central nuclear de Latinoamérica. Empezada por el gobierno militar de Onganía y construida con tecnología mayormente alemana, la planta aseguraría la provisión de unos 300.000 kilovatios/hora y, sobre todo, permitiría seguir adelante con el slogan preferido de la administración peronista: la construcción de la Argentina Potencia.

Al otro día, en *La Opinión*, Enrique Alonso escribiría que «el miércoles 20 de marzo de 1974 será recordado como una fecha histórica. A las 22.20 horas de ayer la Argentina ingresó en la era energética del átomo, País de alto desarrollo energético dentro del contexto latinoamericano, la Argentina transita una etapa desconocida para el subcontinente: la producción eléctrica a partir de la energía nuclear.

»Pocas veces un hecho auspicioso para el desarrollo económico tuvo lugar en oportunidad mejor. En efecto, el suministro de energía eléctrica comercial en la central nuclear de Atucha se produce en una coyuntura caracterizada por la escasez y el encarecimiento de las fuerzas tradicionales. La crisis del petróleo —una mezcla de agotamiento de reservas y encarecimiento de origen inflacionario— llevó a los países más avanzados a considerar el reemplazo estratégico de ese hidrocarburo por la energía atómica. Estados Unidos, por ejemplo, proyecta para el año 2000 una expansión formidable de las centrales nucleares: la mitad de su abastecimiento energético deberá provenir del átomo.

»La Argentina se eleva nuevamente sobre el nivel medio del continente latinoamericano. Su ingreso en la energía atómica es un índice elocuente de

las posibilidades existentes para sortear los efectos, inevitables en el país, de la crisis energética mundial.

»América Latina no utilizó, hasta ahora, las reservas de uranio que contiene en importantes magnitudes. El paso dado por la Argentina, con la inauguración de Atucha, acaso constituya una señal modernizante para el resto de los países latinoamericanos.

»Por último, la decisión de poner en funcionamiento la planta con uranio natural propio se transforma en un significativo complemento político del acontecimiento, en cuanto ello equivale a promover la participación de las industrias locales y lograr, en el futuro, la construcción de nuevas plantas atómicas íntegramente en el país.

»Los expertos señalaron hace ya mucho tiempo, que la energía atómica era “verdaderamente prodigiosa”. El esfuerzo financiero que la Argentina invirtió en la central atómica no sólo tendrá compensación económica e industrial. Es además y sobre todo, un gesto de autoridad política e independencia práctica».

Ese domingo, Antonia Nieves fue a Colonia Chazal con Julito, que tenía un mes y no paraba de tomar la teta. Todas las vecinas fueron a ver al bebé, y varias sabían que el padre era ese muchacho que había ido dos años antes a hacer un reparto de leche. También sabían que después ella se había incorporado al ERP. Algunos vecinos los ayudaban: si veían a alguno de los muchachos que andaban por los cerros no decían nada a nadie. Y si llegaba un policía disfrazado de arriero o de campesino, les avisaban. Hasta el hermanito de Antonia, que había cumplido doce, se subía al caballo y les llevaba algún sobre o una bolsita cuando se lo pedían. El día anterior Zoilo, el padre de Antonia, se había topado con tres que andaban de uniforme verde oliva cuando volvía de cortar leña para el invierno.

—Uno era el morocho ese que salió en el diario. Saludaron y siguieron camino.

Antonia pensó que Zoilo debía referirse a Coppo, cuya foto había salido en *La Gaceta* recordando su fuga de la cárcel de Villa Urquiza en septiembre de 1971 y anunciando que ahora formaba parte de una patrulla del ERP que se desplazaba por el Aconquija.

—Dígame, papá, ¿cómo están las cosas por acá? ¿Ha venido la policía?

—No, como siempre, m'hija. Acá se sabe todo y no se sabe nada, vio...

Parecía que la policía tucumana no movía un dedo. Eso, al menos, le había dicho Osvaldo Debenedetti a Antonia. Por lo que le decía ahora Zoilo,

la gente del sindicato tampoco hablaba de eso. Mario Lazarte, secretario general del gremio en el Ingenio San Pablo, donde trabajaba Zoilo, respondía a Atilio Santillán, el secretario general de la FOTIA. El padre de Antonia fumaba chala, tenía pocos dientes y la frente muy arrugada:

—Pero vio, m'hija, las mejoras son para el obrero de fábrica. Para nosotros siempre lo mismo, nos suben de a centavo y ahora cada vez peor: dicen que si jodemos mucho van a meter las cosechadoras por todos lados.

Una cosechadora hacía el trabajo de veinte obreros del surco: las llamaban «máquinas integrales» porque cosechaban la caña, la pelaban, la embalaban y la montaban sobre los carros. Los patrones no metían más cosechadoras por la presión sindical y porque de vez en cuando el ERP amenazaba con quemarlas todas. Eso provocaba revuelo interno, porque la dirección del PRT sostenía que no se la podían agarrar contra las máquinas: los de Tucumán les contestaban que no era contra las máquinas sino contra los patrones. Lo cierto es que los obreros de los ingenios tenían el recurso de la huelga o el quite de colaboración, mientras que los cañeros se sentían el último eslabón.

Cuando llegó la hora de irse, Zoilo llevó a Antonia en sulky hasta la ruta 38, para que no cargara tanto a la criatura. Zoilo toleraba su militancia porque era su hija y la respetaba. En cambio Mirta, su madre, nunca la aceptó. Después del nacimiento de Julito llegó a decirle a su hija que no la quería ver nunca más en su casa, que no entendía cómo podía haberse hecho guerrillera, que jamás habría esperado semejante cosa de una hija suya.

Antonia se tomó el colectivo, y no vio ni un policía en todo el recorrido. Como Osvaldo iba al otro día a su casa, quería decírselo. Él le había dicho que en ese momento la guerrilla urbana debía evitar que las tropas enemigas quedaran fijas en el terreno donde empezaba a operar la columna rural. Si la policía se desplegaba por la ruta 38 hacia el sur, los comandos urbanos operarían en la zona norte. Por eso habían copado la comisaría de San Javier pocos días antes.

Pero a Antonia le interesaba hablar con él sobre la situación de su casa. Le parecía que ya había pasado demasiada gente por ahí.

—Sí, tenés razón. Esta casa la vamos a tener que levantar.

Antonia le dijo que el que estaba perdiendo la paciencia era Luis, su compañero, que unos días antes le había dicho al Flaco Carrizo, de paso por Tucumán, que dejaba todo y se iba a Salta.

—Y viste que Luis es rechiflado. Pero el Flaco lo corrió por izquierda, le preguntó si quería quedarse en la retaguardia cuando nos vayamos al monte. Además, yo le dije que esta vez no lo acompañaba, que yo ya no lo seguía;

que yo estoy en el partido por mí misma, que no se crea que lo ando siguiendo a él. Yo ya estoy grande, hermanito, no te parece que...

Oswaldo sonrió. En ningún momento soltaba el maletín. De repente, le cambió de tema.

—Seguro que nunca viste tanta plata junta.

Apenas entreabrió la valijita: a Antonia le pareció una inmensidad de dinero pero no quiso preguntarle cuánto era. Oswaldo le dijo que con eso iban a poder mejorar el trabajo logístico para los compañeros que estaban en el monte, que era plata recuperada para el pueblo. Antonia lo asoció con lo que había leído días antes sobre la liberación de Samuelson, el ejecutivo de la Esso.

Oswaldo le dio un fajo chico y una larga lista de alimentos: leche condensada, chocolate, paté, frutos secos: muchas calorías. También algo de calditos y polenta pero, en el monte, cuanto menos cocinaran mejor. Aunque tenían una forma de evitar el humo: hacían un pozo lo suficientemente profundo para meter el fuego y la olla, lo tapaban con una chapa y dejaban entrar el aire por una especie de conducto. Así no hacía humareda pero igual no querían hacerlo a menudo, porque de todas formas dejaba huellas.

Antonia empezó a hacer las compras. Primero como hormiga, en distintos almacenes, cargando bolsas, después se compró un changuito y, finalmente, Oswaldo le mandó a un compañero con un rastrojero. Después llevaban los paquetes por desde San Miguel hasta Monteros o Lules, o en autos por la ruta 38. A Antonia le habían contado cómo eran las rutas de los vietnamitas: la famosa carretera Ho Chi Minh —por la que circulaban los abastecimientos de la guerrilla desde las bases del norte a los frentes del sur— no era un camino único sino los cientos de senderos entre las aldeas, y el transporte lo hacían a pie, en bicicleta o en carro de búfalo. La carretera Ho Chi Minh, en realidad, era la gente. Así tenían que hacer las cosas en Tucumán. Además, esta vez, no tenían vuelta atrás: aunque muy pocos militantes lo sabían, el mismo Santucho había llegado a la provincia para ponerse al frente de la columna. En esos días, muchos militantes empezaban a decirle el Comandante. A otros les parecía más importante que fuera el secretario general de un partido obrero, pero Santucho siempre insistía que el PRT era un partido de combate.

Las universidades estatales tenían el doble de estudiantes que en 1970: 400.000 contra 200.000. Sólo en la de Buenos Aires había, en 1974, 80.000 nuevos alumnos, cuatro veces más que en 1972. Y las facultades estaban revueltas con la discusión de la nueva ley universitaria que proponía

el gobierno: tanto las dos FUA como la JUP estaban en contra, y organizaban actividades para tratar de frenarla. El proyecto aceptaba la autonomía universitaria pero adjudicaba la designación de los rectores al Poder Ejecutivo: la oposición parlamentaria y los estudiantes consideraban que ésa debía ser una función de cada asamblea universitaria (la reunión de representantes de los tres claustros). Otro tema de disidencia era que el Ejecutivo quería que el claustro de docentes tuviera una representación mucho más alta que el de estudiantes y no docentes, y la oposición, en general, buscaba una representación más importante de los estudiantes. Y había otros, menores. La JUP estaba incómoda: tenía que encontrar maneras de expresar su descontento sin atacar de frente al gobierno peronista y a Jorge Taiana, el último ministro más o menos aliado que le quedaba a la Tendencia. Y tampoco pasaba por su mejor momento: un porcentaje confuso de sus militantes se habían ido a la JUP Lealtad, y los enfrentamientos con ellos eran constantes.

El ministro Taiana negoció con estudiantes y legisladores y llegaron a un acuerdo: la asamblea universitaria designaría a los rectores pero sólo pasados 180 días de sancionada la ley: ése sería el período de «normalización universitaria» en el cual el Ejecutivo mantendría rectores normalizadores. El 14 de marzo, el parlamento aprobó la ley con la oposición de la APR, los manriquistas y los radicales. Al día siguiente todos los rectores de las universidades nacionales debieron presentar sus renuncias ante el ministerio de Educación. Entre ellos, el de la UBA, Ernesto Villanueva, que fue reemplazado por el ex vicepresidente Vicente Solano Lima.

—... pero hay que establecer la diferencia entre legalidad y legitimidad. Sin duda, las montoneras de Felipe Varela estaban, en ese momento, fuera de las leyes, de la legalidad imperante en la república burguesa que querían construir los señores del puerto de Buenos Aires, pero la legitimidad de sus actos era incuestionable: representaban...

Decía, a los gritos, Rodolfo Ortega Peña en el parque que rodeaba la confitería de las Artes, en Figueroa Alcorta y Pueyrredón, y varios cientos de jóvenes lo escuchaban sentados en el pasto. Esa mañana, cuando llegaron a la facultad, se encontraron con que un grupo de no docentes vinculados con el lopezrreguismo había ocupado el edificio para pedir la renuncia del decano Mario Kestelboim. Alumnos y profesores deambularon por las escalinatas y sus alrededores, charlando, discutiendo, hasta que a alguien se le ocurrió organizar clases en la calle.

Hacia las cinco de la tarde, los estudiantes reunidos ya eran miles, y cada vez más impacientes. En una mesa de las Artes, dirigentes estudiantiles de Franja Morada, el PC, la JUP y la Agrupación Martins-Delleroni —que respondía al PRT— hablaban sobre la posibilidad de retomar el edificio ocupado. Eran grupos rivales, que solían putearse o incluso trompearse en las asambleas, pero ese día les convenía actuar juntos, y lo hacían.

—Bueno, la gente de adentro está armada. Si nos mandamos así nomás va a ser un desastre.

—No, es evidente que tenemos que entrar con fierros. Si no, vamos al matadero.

—Nosotros no estamos de acuerdo con usar armas en una situación como ésta.

Dijo el radical.

—A ver, compañero, pará un momento: hay que discriminar. No se trata de que diez loquitos se junten a tirar unos tiros. Acá la cuestión es que el conjunto de los compañeros, para no ir al muere, sean acompañados por algunos compañeros armados que garanticen su seguridad y el éxito de la retoma. Es totalmente diferente: son fierros al servicio de la política, al servicio de tres mil compañeros que van a recuperar su lugar de estudio, de pertenencia.

Le contestó el de la JUP, y todos estuvieron de acuerdo. Entonces empezaron a discutir un plan, muy simple, que consistía en entrar al mismo tiempo por varios lugares y, sobre todo, no cerrar las salidas traseras del edificio.

—Yo creo que estos tipos, cuando nos vean venir y vean cuántos somos lo único que van a querer va a ser rajar. Pero hay que dejarles la posibilidad, porque si no van a tener que ir al enfrentamiento, y eso no nos conviene para nada.

Dos horas más tarde, tres mil estudiantes subían corriendo la escalinata de la facultad e irrumpían en el hall central. Los ocupantes estaban escapando por los fondos y nadie había tirado un tiro.

Marzo de 1974. El presidente Perón acababa de firmar el decreto 659, destinado a limitar drásticamente el consumo de anticonceptivos. El texto de la resolución era enfático:

«Visto lo propuesto por el Ministerio de Bienestar Social, y considerando que la persistencia de los bajos índices de crecimiento de la población constituye una amenaza que compromete seriamente aspectos fundamentales

del futuro de la República. Considerando que factores determinados por intereses no argentinos que auspician y estimulan modos de vida antagónicos con los que corresponden al destino de un gran país, desalentando la consolidación y expansión de la unidad familiar, promoviendo el control de la natalidad, desnaturalizando la fundamental función de la mujer y distrayendo también a nuestros jóvenes de su natural deber como protagonistas del futuro de la Patria.

»Por ello, el presidente de la Nación Argentina, decreta:

»El ministerio de Bienestar Social, a través de la secretaría de Estado de Salud Pública, dispondrá de inmediato lo conveniente para establecer el control de la comercialización y venta de productos medicinales anticonceptivos, mediante el sistema de receta por triplicado, como así también prohibir el desarrollo de actividades destinadas directa o indirectamente al control de la natalidad, procurando, simultáneamente, llevar a cabo una campaña intensiva de educación sanitaria que destaque a nivel popular, los riesgos que amenazan a las personas que se someten a métodos y prácticas anticonceptivas. Asimismo proyectará el régimen de sanciones disciplinarias que estime pertinentes».

Alguien le dijo que la habían invitado por su actitud en el plenario de diciembre, cuando había defendido ante Firmenich la necesidad de no enfrentarse con Perón. No era seguro, pero lo cierto fue que la invitación le llegó de sorpresa, y con muy poco tiempo para prepararse:

—Sí, la semana que viene salen. Tenés que estar en Buenos Aires el martes, lo más probable es que vuelen el miércoles o jueves.

Susana Sanz nunca había salido de la Argentina, y la perspectiva de un viaje a Panamá la entusiasmó. El general Omar Torrijos había visitado la Argentina unos meses antes, y había tenido buenos encuentros con los Montoneros: de allí salió la invitación y, una semana después, el avión presidencial panameño despegaba de Ezeiza con una delegación de veinte personas. Eran dirigentes de la JP, JTP, JUP, UES y Agrupación Evita: entre ellos estaban Juan Carlos Dante Gullo, Guillermo Amarilla, Juan Pablo Ventura, Claudio Slemenson, María Antonia Berger, Ricardo Haidar, Miguel Marzoca, Roberto Vidaña y, por la Agrupación, Diana Alac y Lili Mazzaferro.

En el aeropuerto de Panamá los esperaba un calor de mil demonios, un comandante de la Guardia Nacional, discursos, salutations y dos grupos que cantaban y bailaban envueltos en telas de colores. Susana no esperaba

semejante recepción: recién entonces se dio cuenta de que ella y sus compañeros eran una delegación semioficial, como embajadores del peronismo revolucionario.

Al día siguiente empezaron las actividades: visitas, encuentros, paseos, fiestas, entrevistas. Susana y sus compañeras de la Agrupación se reunieron con distintos grupos de mujeres y se contaron mutuamente sus experiencias. Los universitarios se veían con universitarios, los sindicalistas con sindicalistas y, a veces, todos compartían una visita especialmente interesante. Una mañana, un teniente de la Guardia Nacional llevó a Susana y varios más a visitar la facultad de Humanidades. Susana iba preocupada: ¿cómo se iba a presentar ahí con un milico? Seguramente los iban a mirar mal, pensó, y se sorprendió cuando vio que los estudiantes saludaban al teniente, le tomaban el pelo, se paraban a charlar con él.

—¿Y no tienen miedo de que vengas a espiarlos, a reprimirlos?

—Eso era antes, compañeros. No, ahora todo el pueblo panameño sabe que la Guardia Nacional está con ellos en la vanguardia de nuestra revolución.

Decía el teniente, que les explicó que la formación de los militares incluía cursos sobre política, historia, antiimperialismo y charlas con los distintos sectores de la sociedad panameña. Entonces llegó Rubén Berbey, un ex líder estudiantil convertido en funcionario del ministerio de Educación, y saludó al teniente con un abrazo:

—Pensar que hace unos años yo me hubiera tirado a prenderlo por comunista, a este pendejo.

Dijo el teniente, con la mayor sonrisa, y Berbey empezó a explicarles que la nueva constitución panameña aceptaba la existencia de la Guardia Nacional como fuerza política:

—Esto resulta una barbaridad para cualquier constitucionalista liberal. Dicen que es antidemocrático. Y sí, pues es antidemocrático, si así les gusta. Es un atropello a las normas liberales. Y más, y eso lo dice hasta el General, este gobierno revolucionario asumió el poder tras un golpe de Estado. Y este gobierno conduce un proceso en el que la Guardia es fundamental. ¿A qué nos vamos a mentir, compañeros? Nuestra nueva constitución es real. Y si esto quiere decir que no hay democracia, bueno, pues aquí no hay democracia. Pero el pueblo panameño quiere a su gobierno no democrático y no a los constitucionalistas liberales que entregaron nuestra patria a los gringos.

Los impresionaba, sobre todo, esa relación entre pueblo y fuerzas armadas. Les explicaron que no había sido siempre así, que hasta cinco años

antes el ejército panameño era tan represor como todos sus pares latinoamericanos, y eso motivó muchas especulaciones y les dio esperanzas. Sabían que seguramente eran vanas, que el Ejército argentino tenía una conformación de clase que hacía muy difícil el cambio, pero las imágenes de esos oficiales y tropa mezclándose con la gente, ayudando a curar a un campesino enfermo, construyendo desagües a la entrada de un pueblo, viviendo a su jefe revolucionario, los hacían dudar.

Al otro día, temprano, salieron en un micro para visitar la zona del Canal, en manos de los americanos desde 1903. Por la ventana veían campos y campos de bananos: eran las fincas de la United Fruit, la dueña de buena parte de América Central. Su comercio de frutas constituía la mitad de las exportaciones panameñas.

—Acá sí que el imperialismo se ve en vivo y en directo, sin representantes, sin máscaras, con toda su rapiña. Puta que lo parió, qué descaro.

Junto a las grandes fincas y los chalets de los gerentes americanos había chozas donde chicos panameños corrían casi desnudos, con las caras mocosas.

—Pero lo importante es que esta gente se plantó, dijo basta. Es increíble, un país tan chico, tan pobre, oponiéndose al gran Imperio. La verdad que son admirables.

Comentaban en el micro los visitantes, muertos de calor, y Claudio Slemenson, el Barbeta, responsable de la UES, decía mirá si será poderoso el imperialismo acá que hasta la moneda les cambiaron: un balboa vale lo mismo que un dólar, y los dólares te los aceptan en cualquier parte, es como si estuviéramos en Texas. Claudio tenía 18 años: era el benjamín de la delegación, pero sus comentarios solían ser interesantes. Susana los escuchaba con respeto: le caía bien ese pibe rubio tan reflexivo, un poco demasiado serio.

—Éste es el centro de nuestra pelea con el imperio, compañeros. Para los gringos, este canal es muy importante, va a ser muy difícil que lo entreguen. Pero ésa es nuestra pelea. Imagínense, el 70 por ciento de los barcos que pasan por el canal llevan mercadería de Estados Unidos: ellos lo necesitan. Pero más necesitan todas las bases militares que han puesto alrededor. Ustedes saben, compañeros: acá es donde adoctrinan y entrenan a todos los militares cipayos de nuestros países, donde les enseñan a torturar y a matar a sus hermanos, acá, en la famosa Escuela del Canal...

Dijo el teniente que los acompañaba: se iba cabreando cada vez más, y los visitantes le siguieron el tren:

—¡Torrijos,/ seguro,/ al yanqui dale duro!

Empezaron a gritar por las ventanillas del micro mientras bordeaban alambradas interminables custodiadas por marines americanos muy armados.

—¡No, compañeros, cállense, por favor! No, les agradecemos su solidaridad, pero ésta es zona americana, y los muy mamones pueden ponernos presos a todos.

Se pasaron tres días recorriendo el interior de ese país de 76.000 kilómetros cuadrados, cuatro veces menos que la provincia de Buenos Aires: en cada pueblo donde llegaban había reuniones, recepciones y el inevitable baile. Que los militantes argentinos no sabían cómo capear: sus movimientos eran claramente torpes, tan lejos de la gracia de esas mulatas que querían sacarlos a bailar y se encontraban con la resistencia de unos jóvenes que preferían refugiarse en charlas y debates. Aunque alguno, al caer la noche, intentara aproximaciones que no siempre fallaban.

—Compañeros, lo que nosotros no entendemos es por qué ustedes no levantan la bandera del Che, nunca lo nombran...

En los encuentros, la pregunta aparecía frecuente.

—Bueno, no, nosotros lo admiramos tanto como ustedes, creemos en los mismos principios, es un ejemplo para todos nosotros. Pero bueno, la situación argentina es compleja, está toda la historia y las internas del movimiento peronista, y además hay que tener en cuenta que la figura del Che ha sido muy levantada por los grupos de la izquierda marxista, y entonces...

Y, también, la preocupación:

—¿Y cómo ustedes hacen, compañeros, para vivir todos los días con esas matanzas que están habiendo en su país, con sus militantes?

Susana a veces se lo preguntaba, y tenía una respuesta:

—Bueno, no es fácil, pero estando allá lo vivís naturalmente, al final casi ni pensás en eso. Ésa es la realidad, es así, y si queremos seguir adelante con nuestro proyecto no tenemos más remedio que afrontarlo. La verdad que parece más terrible visto desde afuera: cuando estás adentro te olvidás.

También se reunieron con delegaciones de otros movimientos revolucionarios de los países centroamericanos, que les preguntaban sobre sus experiencias y querían conocer sus opiniones: les interesaba mucho el caso, uno de los únicos en América Latina, de una guerrilla que tenía un frente de masas tan amplio y espacios de poder en el aparato del Estado. Las charlas eran largas, enredadas, fructíferas.

—Compañeros, mañana temprano los vamos a pasar a buscar para llevarlos a ver al General.

Era la guinda de la visita: Omar Torrijos los recibiría en la base militar de Río Hato, una de sus residencias habituales. Primero, en el comedor, bajo los ventiladores, les convidaron una serie de platos tropicales, que a Susana le parecieron un poco raros, demasiado picantes. Y después los invitaron a pasar a una galería, una especie de quincho con techo de paja: allí, el general Torrijos se instaló en una hamaca. Iba vestido de fajina, con botas de monte, fumaba uno de esos puros que le mandaba su amigo Fidel Castro y empezó a hablarles sobre la situación latinoamericana. Los argentinos lo escuchaban fascinados: visiblemente, el general era un tipo inteligente, muy informado, con ideas muy definidas:

—Quizás en la Argentina no se toman en cuenta lo bastante algunos problemas que Perón está teniendo y que no dependen de él, mis amigos, yo puedo decírselo porque los conozco bien. En estos últimos meses, la situación de nuestros países ha cambiado mucho, y no precisamente para bien.

El general puntuaba sus frases con traguitos de un vaso lleno de un líquido blanco. Susana tardó un rato en entender que no era agua sino ron.

—La crisis del petróleo nos ha partido por el medio, compañeros. Miren, para nosotros ha sido un palo: nosotros estábamos esperando que parte del dinero de los árabes viniera para aquí: una parte pequeña, claro, pero para nosotros habría sido importante, porque habría diversificado las inversiones y nos habría permitido hacer frente al imperialismo yanqui con mucho más respaldo. Pero imagínense que, con la crisis, los árabes han tenido presiones muy fuertes de los gringos y los europeos y han tenido que llevar adelante una política mucho más conservadora, así que finalmente casi todo ese dinero terminó en la gran banca americana.

Torrijos les había pedido que le hicieran todas las preguntas que quisieran. Entre los vahos de la siesta tropical, Susana consiguió conectar dos neuronas:

—General, siempre se dice que aquí, en Panamá, hay muchos millones de dólares de depósitos internacionales. Por lo tanto, hay una gran disponibilidad de dinero. ¿Ustedes no podrían utilizarlos de alguna manera, para...?

—No, de ninguna manera. Es imposible. Tocar el menor dólar significaría que estos capitales se irían.

Dijo, cortante. Al día siguiente, el ministro de Economía le explicó que ése era uno de los límites que ponía el General:

—Todas las reuniones de gabinete, compañera, terminan con esta pelea: ¿qué se puede hacer respecto a los depósitos que tenemos en el país? Y él se

cierra en este tema, dice que nada, que no hay que tocarlos.

Esa tarde, en su hamaca, Torrijos retomó el hilo:

—Y yo les digo, mis amigos, aquí, en confidencia, que el general Perón me contó en Buenos Aires que él también estaba esperando ese dinero de los petrodólares, que lo tenía conversado, prometido. Y que la falta de esas inversiones ha sido una de las trabas más duras que han sufrido sus planes de gobierno, pues. Por eso ha tenido que cambiar algunos de sus proyectos, de los que más le importaban, y entonces le han surgido algunos problemas. Pero yo no necesito repetirles a ustedes la importancia que tiene el general Perón como líder continental, como figura de la lucha antiimperialista...

Sin decirlo claramente, Torrijos les estaba pidiendo paciencia: al explicarles las razones de ciertos «retrasos» de Perón los instaba a que no enfrentaran directamente, que lo esperaran, que confiaran, que trataran de no romper con él. Los conflictos entre Perón y la JP habían sido uno de los temas más tratados en toda la visita: varias veces, funcionarios importantes del gobierno les dijeron claramente lo que Torrijos les sugirió. Y los miembros de la delegación lo discutieron mucho entre ellos.

Cuando tuvieron que tomar el avión de vuelta, todos estaban cansados, ansiosos y felices. Ocho horas después aterrizaron en Ezeiza: rápidamente, soldados de la Aeronáutica en uniforme de combate rodearon el avión. Adentro, los dirigentes deliberaron unos minutos, y decidieron bajar. El cónsul panameño los esperaba al pie de la escalerita y les dijo que si tenían cualquier problema él se haría cargo y los llevaría de vuelta al avión, que era territorio de su país. No era una gran defensa. Pero los soldados los miraron pasar sin hacer nada. En la terminal los esperaba Juan Carlos Añón, de la JP, que les dijo que la situación estaba cada vez más complicada. Susana se volvió a Mendoza esa misma noche: debía preparar las movilizaciones del 1.º de mayo y, además, tenía muchas ganas de volver a ver a sus hijas.

—Sin tener aún la conducción del radicalismo, hemos visto cómo las universidades del país, donde hace algunos años que no se conjugaba el verbo radical, nuestra gente aumenta incesantemente. Hoy, a través de las elecciones de centro, no sólo tenemos el nivel de votos más alto obtenido en todo el país, sino que tenemos la mayor cantidad de centros, y además tenemos el orgullo de decir que preside la FUA un hombre nuestro, el señor Federico Storani...

Raúl Alfonsín pasó su mano sobre el hombro de Storani y el plenario de Renovación y Cambio estalló en aplausos. Sergio Karakachoff y Luis Menucci se sentían a sus anchas: Fredi crecía y con él crecía el grupo de La

Plata dentro de la Coordinadora. Un mes después, los radicales tenían elecciones internas.

—... porque la actual conducción partidaria está equivocada...

—¡Raúl,/ seguro,/ al Chino dale duro!

—... y a los radicales nos queda un solo camino, y no ha de ser el de acercarse al gobierno, que ya aparece ante todos como dique de contención frente a las aspiraciones populares de cambios, que ya aparece regiminoso por el entrismo que la derecha está haciendo en el movimiento popular que es el peronismo, desplazando a los sectores progresistas. Todo lo contrario: nosotros debemos trabajar por la unión nacional en el marco de la civilidad, hablando todos los días con nuestro pueblo, para decirle sencillamente que en 1973 estábamos todos de acuerdo...

Alfonsín se tomó un respiro, miró de un lado a otro a la concurrencia y se preparó para rematar su concepto:

—¡Queríamos desarrollar en la democracia la posibilidad de realizar un proceso de liberación en la Argentina y ahora no podemos permitir que esa posibilidad se nos esté escapando de las manos!

Mientras tanto, Ricardo Balbín se proclamaba en contra de la discordia y a favor de la unidad nacional: el viejo líder radical, que unos meses antes había acariciado la idea de acompañar a Perón en la fórmula presidencial, se mantenía cerca del gobierno: Los rumores sobre la salud del presidente le daban la posibilidad de ser, quizá a corto plazo, «el hacedor del reencuentro de los argentinos». Para eso, Renovación y Cambio lo molestaba. En esos días, Balbín se fue de boca en un discurso de campaña en La Pampa:

—Son unos estúpidos los que no entienden nuestra política de diálogo.

Siguiendo la tónica de época, aparecieron balbinistas que denunciaban infiltrados en el radicalismo: el comité provincial de Mendoza pidió a la conducción nacional que expulsara a Hugo Lanci y otros militantes de la Coordinadora «porque responden a concepciones marxistas y comunistas». Las internas se celebraron un par de semanas más tarde, en ese clima confuso. En la provincia de Buenos Aires, Línea Nacional sacó 70.974 votos, y Renovación y Cambio 39.319. Con la misma cantidad de electores, los seguidores de Balbín habían ganado las internas de noviembre de 1972 por una diferencia de 2700 votos; esta vez la diferencia era de 30.000. Una vez más, en el resto del país también se había impuesto Línea Nacional.

Abril de 1974. El jueves 25, la música de una canción que llevaba muchos años prohibida despertó a los portugueses: los primeros compases de

Grandola, vila morena fueron el santo y seña de la sublevación liderada por los jóvenes oficiales del ejército de Portugal, que no querían seguir peleando contra los movimientos independentistas de Mozambique, Angola y Guinea Bissau, sus colonias africanas.

El régimen fascista portugués era el más antiguo de Europa: llevaba 40 años en el poder, pero no sobrevivió más de cuatro a la muerte de su líder histórico, Oliveira Salazar. Hacía meses que la situación política era inestable, pero el gobierno sólo cayó ante el golpe militar encabezado por el Movimiento de las Fuerzas Armadas. Ese día, en las calles, los soldados y oficiales confraternizaron con los civiles, y a alguien se le ocurrió poner, en el cañón de un fusil, un clavel rojo: la «revolución de los claveles» estaba lanzada.

Los militares rodearon el palacio presidencial, donde se refugiaba el presidente Marcelo Caetano y el comandante en jefe del Ejército, Americo Thomas: los dos se rindieron antes del anochecer y fueron desterrados a Funchal, una isla portuguesa en el Atlántico. La nueva Junta de Salvación Nacional estaba encabezada por un militar liberal, el general Antonio Spínola, y decretó de inmediato la libertad de expresión y la legalización de los partidos políticos.

Esa noche las redacciones de los periódicos se enteraban que, después de cuatro décadas, habían cerrado las oficinas de censura, y que podrían escribir lo que les diera la gana: centenares de periodistas fueron expulsados por sus colegas, que los acusaban de ser empleados del régimen. Al mismo tiempo, las cárceles abrían sus puertas y muchos anarquistas y comunistas recuperaban la libertad: algunos estaban presos desde los años 40.

La Junta de Salvación estaba integrada por una docena de militares de tendencias variadas: los enfrentamientos no tardarían en llegar. A la vanguardia de «la revolución de los claveles» había un grupo de oficiales de inspiración marxista, entre los cuales se destacaba el coronel Oteló Saraiva de Carvalho, quien se declaró de inmediato admirador de Fidel Castro y el Che Guevara. Muchos generales de la OTAN se asombraron: el coronel era, hasta entonces, una pieza clave en el COPCON, el cuerpo de comandos de la alianza atlántica, encargada de frenar a las tropas del Pacto de Varsovia en caso de enfrentamiento. Saraiva de Carvalho exigía la inmediata independencia de las colonias, con cuyos líderes estaba en conversaciones desde tiempo atrás.

Pocos días después llegaban del exilio Álvaro Cunhal y Mario Soãres, jefes de los partidos Comunista y Socialista, y daban su apoyo a la revolución.

La Junta anunció que llamaría a elecciones generales sin proscripciones: primero legislativas y luego presidenciales. La alianza entre militares revolucionarios, comunistas y socialistas se consolidó y exigió la descolonización inmediata; el general Spínola, apoyado por los sectores conservadores, la retaceaba. «La autodeterminación es un derecho que tienen los pueblos para escoger su destino. Pero para poder llegar a eso, un pueblo debe estar preparado, debe poseer un nivel cultural mínimo», decía el presidente provisional para justificar su demora. A mediados de septiembre, y ante una gran movilización popular, Spínola tuvo que presentar su renuncia. En pocos días, las últimas tropas portuguesas se retiraban de las colonias y se acordaba la independencia de Mozambique, Angola y Guinea Bissau.

Emiliano Costa estaba en un puesto muy público, se cruzaba con muchas militantes y le costaba demasiado dejarlas pasar. Por eso, unos meses antes, le había propuesto a Vicki Walsh que dejaran de ser pareja, al menos por un tiempo. Pero muchas veces la extrañaba:

—Vicki, dame un tiempo más, no quiero que nuestra separación sea definitiva...

Esa noche estaban en el departamento de la calle Chacabuco donde ella había vuelto a vivir con su hermana Patricia, Rodolfo y Lilia Ferreira. Estaban solos, y Vicki había preparado un par de bifés con puré. Esa tarde, Emiliano había tenido una reunión importante, y tenía ganas de contársela. No era del todo correcto, pero le tenía confianza. Esa tarde, Emiliano se había encontrado con su responsable, el Gallego José, que tenía novedades sobre la organización del acto del 1.º de mayo:

—Mirá, creo que la estamos manejando bastante bien, pero la jugada del Viejo nos va meter en líos. Es piola el Viejo, nos mandó decir que quiere que el acto sea una fiesta de la gran familia peronista, que él ya tiene 74 años, que no podemos desangrarnos, qué se yo, un gran paquete... Así que preparate para ir a una reunión con Otero.

—¿Con el ministro Otero?

—Sí, Fernando, van a ir al ministerio de Trabajo. Lo que quieren es que aceptemos públicamente a los tipos que designó Perón para coordinar el acto, así que vamos a ir, a escuchar y a coordinar todo. Si se puede, vamos a tratar de evitar cualquier enfrentamiento en la plaza. Eso sí, sin resignar nuestro objetivo.

Perón había designado al coronel Vicente Damasco como su representante ante los sectores de la juventud para la organización del acto. Los otros

encargados de montarlo eran el comisario Villar y el ministro Otero. Otero recibió a la CGT y las 62 Organizaciones y, dos días después, a la conducción de la JTP. Allí debían convenir dónde estarían las columnas, dónde se colocarían las banderas y, sobre todo, mostrar cierta voluntad de que el acto no se transformara en una repetición de Ezeiza.

—¿Así que con Otero? ¿Y por qué decís que no vamos a resignar nuestros objetivos?

—Y, hermanito, porque nosotros tenemos que reventar la plaza con la gente nuestra, con nuestras columnas, con nuestros carteles, y con nuestras consignas, para que el Viejo vea quién tiene la representatividad. Pero bueno, ahora hay que dar estos pasos.

Guillermo Grecco, Quique Juárez, Mario Marzocca, Iñaqui Areta y Emiliano Costa llegaron al ministerio de Trabajo rodeados de militantes y dirigentes de agrupaciones. Para evitar suspicacias, también habían convocado al periodismo. La antesala fue muy breve: cuando el secretario morocho de campera negra les dijo que pasaran, Emiliano sintió un ligero escozor y se acercó a Quique Juárez.

—Mierda, este Otero era un incondicional de Rucci, es un olfa del Loro. ¿Con qué carajo nos va a salir?

—Éstos no tienen problema en darte besos de lengua si les conviene... Mirá, mirale la cara de hiena que pone.

El despacho era imponente, y el ministro sonreía plácidamente. Se levantó y les dio la mano uno por uno: una mano blanda, casi sumisa. Emiliano pensó que la sonrisa parecía sincera. Detrás del sillón mullido donde se sentaron había un retrato al óleo de tonos opacos: desde la inmortalidad, José Ignacio Rucci los miraba como si preguntara.

—Bueno, muchachos, ustedes saben cuál es el encargo del General, así que esto lo vamos a resolver de manera simple: la juventud entra por las dos diagonales y por Avenida de Mayo, y las columnas de los trabajadores entran por el lado del río, y por las calles de los costados, Balcarce, Defensa, Reconquista. ¿Estamos de acuerdo?

Juárez se dio cuenta que los dejaban de la mitad para atrás:

—Sí, ministro, en todo caso vamos a hacer lo de siempre, la mitad de la plaza que da para el lado de los ministerios para la CGT; la que da para la Catedral, para la juventud.

Cuando terminaban, como parecían todos de acuerdo, Otero se puso intimista.

—Ustedes van a decir que soy un sentimental, pero para mí va a ser una alegría inmensa que los trabajadores, después de casi veinte años, podamos estar de nuevo en la plaza con el General. Ustedes no saben, muchachos lo que eran aquellos actos, qué unidad, qué organización. Por eso me alegro que nos pongamos de acuerdo y que podamos llevarle una satisfacción a nuestro líder. Yo lo que lamento, disculpenme, es que esta fiesta no la pueda ver José, que seguramente nos estará mirando desde el cielo.

La voz de Otero se entrecortaba, y su cara mostró una mueca de dolor. Emiliano supuso que era sincera, que no formaba parte del libreto. Se sentía raro, y al mismo tiempo todo le parecía una farsa: negociaban las ubicaciones sabiendo que los dos sectores iban a tratar de copar la plaza, y Otero hablaba en tono emotivo de un muerto que sus interlocutores habían matado.

A la salida respondieron con el libreto habitual a las preguntas de los periodistas: la unidad nacional, el liderazgo del General, la capacidad natural del peronismo de contener las contradicciones. Después, Emiliano se fue a lo de Vicki. Necesitaba contarle lo que sentía. Estaba excitado:

—Yo no sé si esto sirve para algo, por momentos me parecía una farsa: todos peleándonos por el reconocimiento del gran padre, al que todos le reclamamos, todos despotricamos contra él, cada sector quiere cagar al otro y todos decimos que estamos dispuestos a hacer lo que nos pide... Y sabés una cosa más, Vicki, yo sé que nos cagamos en lo que piensa el Viejo, pero yo no dejo de sentir que, de alguna manera, con todo esto lo estamos traicionando...

Trece

Horacio González se sorprendió cuando María Antonia Berger, que había sido una buena amiga suya, no quiso saludarlo: ahí terminó de darse cuenta de la profundidad de la brecha que la disidencia de la Lealtad había abierto entre él y sus antiguos compañeros montoneros. Esa tarde, jueves 25 de abril, en la entrada de la quinta presidencial de Olivos había miradas esquivas, gestos tensos. Juan Domingo Perón había convocado a una veintena de dirigentes de distintos sectores de la Juventud para comprometerlos a un entendimiento cordial para el acto del 1.º de mayo en la plaza. Horacio había llegado con cierto orgullo de que sus compañeros de la JP Lealtad lo hubiesen elegido para representarlos en ese encuentro, pero el cruce con Berger le sacó casi todo el placer de estar ahí.

—Bueno, mientras esperamos al General podemos aprovechar para que ustedes conozcan una Marcha de la Juventud cuya letra me pertenece. La compuse para que la estrenemos en el acto del miércoles, y por supuesto pienso donar todos sus derechos de autor para la juventud argentina.

Dijo el secretario de la Casa Militar, coronel Vicente Damasco, mientras dos secretarías les repartían papelitos. Entonces llegó una pianista y empezó a tocarla.

—Vamos, muchachos, cantenlá, que para eso la hicimos.

Nadie le contestó. Damasco llamó a dos delegadas de las Juventudes Políticas, las paró al frente y le pidió a la pianista que empezara de nuevo:

—Vamos, esto es para cantarlo, a beneficio de la juventud argentina.

Las chicas balbucearon un poco, y nadie los siguió. Hasta que alguien arrancó con la marcha peronista, y los intentos autorales de Damasco quedaron sepultados bajo la única canción común. A la izquierda de la sala, arreglada con sillas de plástico, los montoneros María Antonia Berger, Ricardo Haidar, Alberto Molinas, Carlos Caride, Guillermo Greco, Enrique Juárez, Adriana Lesgart, Claudio Slemenson, Rodolfo Galimberti, entre otros, cantaban la marcha. A la derecha, la cantaban Alberto Brito Lima, Pancho Gaitán, Julio Yessi, Humberto Romero, José Pirraglia y una docena más. Sin querer, el coronel Damasco había unido por un momento a los sectores en pugna. Unos minutos después apareció Perón.

—... por eso les digo que hay que estar muy atentos, muchachos, porque el lobo, cuando se viste de cordero, puede hacer mucho daño en el rebaño.

Hacía como diez minutos que el presidente hablaba en enigmas que aceptaban diversas lecturas, pero la mayoría de los presentes supuso que los lobos disfrazados debían ser los Montoneros. Entonces se levantó Horacio Mendizábal, miembro de la conducción nacional montonera, y le dijo que ellos consideraban el acto como una asamblea popular en la que los trabajadores y el pueblo podrían dialogar con el General y que eso era imprescindible para el desarrollo del proceso hacia la liberación nacional. El editorial del primer número de *El Peronista*, la revista que había reemplazado a *El Descamisado* tras su clausura, la semana anterior, lo decía muy claro: «Sabemos bien que existen proyectos contrapuestos entre nosotros y la burocracia. Pero mucho más que eso nos interesa que el pueblo demuestre lo que piensa de todo este proceso y que allí, en la plaza, frente a Perón y Perón frente al pueblo, se pongan las cosas en claro».

—Pero el problema, General, son los infiltrados que hay en el gobierno popular, que dificultan ese reencuentro.

Perón lo miró en silencio, ceñudo. Mendizábal seguía. Ahora se refería a las instrucciones que Damasco les había dado sobre el acto: que todos los grupos irían sin banderas propias, que todos se confundirían en la celeste y blanca:

—Por supuesto estamos de acuerdo en que la bandera nacional es una sola y todos los argentinos nos identificamos en ella, pero no creemos que la unidad nacional exija que cada sector tenga que dejar de expresarse.

—¡No vamos a permitir que se dirijan así a nuestro General!

Dijo, levemente exaltado, Gaitán, y todo su sector lo aplaudió con denuevo. Perón seguía callado. Horacio pensó que era curioso que tuvieran que defenderlo así en su propia presencia. Mendizábal no se dio por enterado y dijo que estaban preocupados por la detención de Alberto Camps. Una semana antes, diez tipos de civil con dos coches y una camioneta habían secuestrado en la calle a dos militantes montoneros —Eusebio Maestre, hermano de Juan Pablo, y Luisa Galli—; dos días después, secuestraron a otros dos —Alberto Camps, sobreviviente de Trelew, y Rosa Pargas de Camps—. En los dos casos empezaron a torturarlos de inmediato: la camioneta donde se los llevaron estaba equipada con camilla, picana y generador eléctrico. La policía tardó en reconocer que los tenía. A principios de abril, el comisario Alberto Villar había reemplazado al general Iñíguez como jefe de la Policía Federal: «El general Iñíguez sabe, como todos

nosotros, que la represión policial debe ser la última etapa del proceso en la lucha contra el desorden y la subversión. Además, que esta lucha debe encararse desde la cúspide del gobierno y apelando a muy distintos medios y recursos. No es con la represión violenta como se recuperará el principio de autoridad; ésta se basa en principios morales...», decía un comunicado del COR, el grupo de Iñíguez, publicado para justificar su partida. «Los acontecimientos se precipitan cuando el general Iñíguez decide arrestar al superintendente de Seguridad Federal Luis Margaride, quien con sus intrigas entorpecía la labor a cumplir. A este cuadro absolutamente negativo se unió la constante injerencia del actual ministro de Bienestar Social (...), todo lo cual hacía imposible que un hombre de la jerarquía moral y revolucionaria de nuestro Jefe siguiera al frente de la institución policial. Siempre Perón contará con nosotros, e intentaremos rescatarlo de la camarilla de tráfugas y lacayos que lo rodean».

—Momentito. Ese muchacho Maestre que usted está diciendo tiene una causa por portación de armas, le encontraron materiales para hacer explosivos...

Perón había agarrado una carpeta del escritorio y estaba recitando el prontuario. Todo lo abstracto que había sido minutos antes ahora resultaba brutalmente concreto:

—Y nosotros no nos vamos a olvidar de que una de nuestras obligaciones fundamentales como gobierno consiste en mantener el orden. Lo mismo le digo en lo que respecta al acto. En Ezeiza ocurrió lo que todos sabemos porque no hubo policía. Ese error no se va a repetir. Ahora la policía es nuestra, y va a controlar hasta el último manifestante.

Horacio estaba incómodo: no era lo mismo el Perón que él se había armado, una especie de viejo sabio y pícaro hecho de sus escritos y sus cintas clandestinas, que ese general que se tomaba tan en serio sus poderes: «nosotros somos el Estado, la policía es nuestra». La reunión siguió un rato más, sin resolver nada: el clima entre Perón y los Montoneros era tenso pero no llegaba al enfrentamiento frontal. Cuando salieron, Horacio tuvo la sensación de que todavía cabía una reconciliación. A la salida había periodistas, y Horacio hizo las primeras declaraciones de prensa de su vida:

—El encuentro fue auspicioso. Aunque hay diferencias, se han establecido bases para resolverlas, para llegar a una reconciliación.

El coronel Damasco debía pensar algo semejante, porque intentaba por todos los medios que Rodolfo Galimberti y Alberto Brito Lima se dieran la mano. No lo consiguió.

—Por fin la facultad sirve para algo bueno.

Los claustros venerables de Derecho estaban llenos de frazadas, cantos, familias morochitas.

—Che, acá está llegando mucha más gente que lo que habíamos previsto. ¿Sabés qué, Tano? Habría que ocuparse de conseguir más comida, porque con lo que tenemos no...

En las primeras horas del martes de 30 de abril la facultad de Derecho rebosaba: allí, la JUP estaba recibiendo a cantidad de peronistas vinculados a la JP que habían viajado desde el interior para ir al acto del 1 de mayo. La mayoría había llegado en tren a Retiro desde las provincias del norte. Otros habían llegado en micros: como la gente de San Rafael, encabezada por Susana Sanz y Guillermo Romano, entre otros. Habían tardado casi el doble de lo normal: en el camino, controles policiales los pararon diez veces.

—¿Cuánta gente calculás que tenemos que alimentar?

—Y, por lo menos diez mil. Pero si sigue así vamos a llegar a quince.

Elvio Vitali y una docena de compañeros suyos se fueron al mercado de Abasto y consiguieron dos camiones llenos de cajones de manzanas: algunos puesteros se los regalaron de buen grado, otros bajo presión. Esa tarde, en Derecho, muchos miles se hartaron de comer manzanas.

—No, yo iría, imaginate. Yo tampoco voté por esto que está pasando. Pero hay que tener cuidado, después de lo que pasó el 20 de junio en Ezeiza...

Mercedes Depino recorría las casas de su barrio de José C. Paz repartiendo volantes y charlando con los vecinos para convencerlos de que fueran a la plaza al día siguiente: muchos aceptaban, pero muchos otros estaban asustados, tenían miedo de lo que pudiera pasar.

—No, y encima con Villar como jefe de policía, andá a saber lo que van a tratar de hacer los botones. Vamos a tener que ir con mucho cuidado.

Le dijo, esa tarde, su primo y responsable Carlos Goldenberg. El clima general era muy tenso. Los Montoneros y sus agrupaciones tenían una consigna que definía su participación en el acto: ¿Qué pasa, General, que está lleno de gorilas el gobierno popular?, decían sus volantes y pintadas. Y habían decidido burlar las instrucciones de no llevar más que banderas argentinas.

Esa noche, Graciela Daleo estaba preocupada: por momentos pensaba que era un error no aceptar las instrucciones, no ir como Perón les ordenaba. No por razones políticas o ideológicas: más que nada, porque tenía miedo. Y no podía decírselo a sus compañeros: habría sido una vergüenza así que, ya

tarde, llamó al Flaco Jorge, su ex novio, que estaba en su obraje de Santa Fe, para contárselo. Él era el único que podría entenderlo. Pero él tampoco le hizo mucho caso: eran como las tres de la mañana y, entre sueños, le dijo que no se preocupara, que no iba a pasar nada. Cuatro horas después, Graciela estaba en la puerta de su unidad básica, en Pompeya, donde se reunían los militantes y vecinos del barrio.

—Che, tenemos que elegir a uno para hacer el control.

—Bueno, sorteemos.

Hicieron papelitos con los nombres de todos y los metieron en una bolsa. Graciela pensó que si le tocaba a ella se salvaba. Pero enseguida se dijo que no, que quería ir, estar, ver qué pasaba.

—Cartucho, le tocó a Cartucho.

—Putá que lo parió.

Cartucho no quería, pero tuvo que quedarse: los demás militantes escribieron sus nombres y direcciones en papeles, los doblaron y se los dieron. Él los esperaba en una plaza del barrio, e iría tirando los papelitos a medida que volvieran sus dueños. Ya eran varios cientos y, en una docena de colectivos, salieron para el Obelisco. La mañana se anunciaba nublada.

—Che, Jaimito, aunque no te guste hoy vas a tener que ir a verlo a Perón.

—No jodas, Chango, que seré medio gorila pero no para tanto...

Los obreros de la agrupación de Astarsa se encontraron en el canal de San Fernando. Luis Venencio, el Tano Mastinú, el Chango Sosa se dedicaron a parar colectivos y desviarlos hacia el centro. Eran como cien y llevaban banderas, palos, empanadas, sándwiches de milanesa.

—¡A Plaza de Mayo/ nos vamos, compañeros,/ a decirle a Perón/ que su pueblo es montonero!

Eran las 10 de la mañana y docenas de micros de la columna Norte estaban detenidos en la general Paz, ante una barrera policial impresionante. En las radios decían que lo mismo estaba pasando en Avellaneda, donde la policía paraba a casi trescientos colectivos de La Plata y la zona Sur, y en los accesos del Oeste. Las negociaciones fueron largas, y las puteadas:

—¡Montoneros,/ el pueblo te lo pide,/ queremos la cabeza/ de Villar y Margaride!

Al final, después de más de una hora, los micros de la columna Norte recibieron la autorización de pasar. Un periodista que pasaba por ahí escuchó a un oficial que decía que menos mal que les había llegado la orden:

—Si no los dejamos pasar, éstos nos amasijan a todos...

En el Congreso, el presidente Perón inauguraba el 99.º período ordinario de sesiones con un largo discurso:

—Aislaremos a los violentos y a los inadaptados: los combatiremos con nuestras fuerzas y los derrotaremos dentro de la Constitución y la ley. Las fuerzas del orden —pero del orden nuevo, del orden revolucionario, del orden del cambio en profundidad— han de imponerse sobre las fuerzas del desorden entre las que se incluyen, por cierto, las del viejo orden de la explotación de las naciones por el imperialismo y la explotación de los hombres por quienes son sus hermanos y debieran comportarse como tales.

Dijo Perón, y casi todos los diputados lo aplaudieron. Después habló, entre otras cosas, de la integración económica mundial y de los diferentes planos de la liberación: política, sociocultural, económica, científico-tecnológica e incluso ecológica. Y, más tarde, de la juventud:

—... llamada a tener un papel activo en la conducción concreta del futuro, ha sido invitada a organizarse. Estamos ayudándola a hacerlo sobre la base de la discusión de ideas y comenzando por pedir a cada grupo juvenil que se defina y que identifique cuáles son los objetivos que concibe para el país en su conjunto.

—¡Somos la JUP y preste atención./ Si preguntan, preguntan quién soy,/ soy montonero de Evita y de Perón./ Si preguntan dónde vamos a llegar,/ les diremos al socialismo nacional./ Si preguntan cómo vamos a llegar,/ gritaremos con la guerra popular./ Si preguntan cuál es nuestro fin,/ hacer la patria grande que soñó San Martín!

Las columnas de la JUP, junto con sus huéspedes del interior, se habían reunido frente al hospital de Clínicas y también marchaban hacia la diagonal Norte. Una docena de patrulleros los seguían de muy cerca.

—¡Evita,/ Evita,/ Perón te necesita!

Al mediodía, las columnas caminaban hacia la plaza por los dos accesos autorizados: las diagonales Sur y Norte. La diagonal Sur estaba mayormente ocupada por las columnas sindicales; la Norte, por las montoneras. En las dos avenidas, barreras policiales detenían a los manifestantes, controlaban que no tuvieran banderas partidarias y los cacheaban de armas.

—¡Atención, que éstos son los montoneros!

Gritó un oficial, y el control se hizo más riguroso.

—No, vos, no podés pasar con ese brazalete.

El brazalete decía JP Perón o muerte. Los policías se habían sacado sus placas.

—Pero es el que sirve para que los compañeros me identifiquen como conducción y sepan que tienen que seguir mis consignas...

—No, pero tenés que sacártelo.

—Es una cuestión de orden: si no llevamos los brazaletes, nadie va a saber a quién hacerle caso, se va a armar kilombo. Además, los de la CGT los vi pasar con sus brazaletes y nadie les dijo nada.

—Bueno, pasen, pasen.

La plaza estaba también estaba dividida en dos: a la derecha los sindicalistas, la JPRA, el CdeO:

—¡Pocho corazón,/ qué pinta e' presidente,/ cachá bien el bastón/ que los gorilas están caliente!

A la izquierda, las agrupaciones que respondían a los Montoneros. Entre ambos había un pequeño espacio vacío, y provocaciones constantes:

—¡Se va a acabar,/ se va a acabar,/ la burocracia sindical!

—¡Se va a acabar,/ se va a acabar,/ los Montoneros y la FAR!

Gritaban unos y otros y volaban palos y piedras y los cordones de las columnas rivales se tiraban golpes al pasar. Algunas trataban de cortar el paso de sus enemigos.

—Che, muchachos, para pasar vamos a tener que meternos.

—¡Vamos!

Gritaron algunos cientos de militantes de la JTP, y Luis Venencio y sus compañeros arremetieron entre dos columnas de los sindicalistas y, al precio de algunos sacudones y piedrazos, consiguieron pasar hacia la plaza.

—Miren lo que están haciendo.

Horacio González estaba parado en el palco oficial, bajo el balcón famoso de la Casa Rosada, con tres docenas de políticos de diversos partidos y la mayoría de los asistentes al encuentro de Olivos: salvo los montoneros.

—Miren, están pintando las banderas.

En cuanto entraban en la plaza, los militantes de las agrupaciones montoneras sacaban de sus bolsos o sus ropas aerosoles y letras auto adhesivas: en minutos, las grandes banderas celestes y blancas se llenaban de palabras: Montoneros, JP, JTP, JUP; UES, Si Evita viviera sería montonera, La sangre derramada no será negociada. Las banderas se fueron izando de a poco.

—¡Duro, duro, duro,/ vivan los Montoneros/ que mataron a Aramburu!

Gritaron muchos miles, desafiantes. Susana Sanz se impresionó: ella venía pensando que la reconciliación con Perón era posible, que seguramente el General se daría cuenta de que tenía que recomponer el Movimiento y

ofrecería una tregua a los Montoneros, pero si las consignas y las actitudes de sus columnas eran éstas, no había ninguna posibilidad.

—¡Carlitos, che, Carlos!

Gritó Cacho El Kadri, parado en la escalinata de la Catedral, pero Carlos Caride, que pasaba al frente de una columna de JP, no llegó a oírlo. Cacho estaba con Julio Troxler, Raimundo Ongaro y otros compañeros suyos del Peronismo de Base: iban a la cabeza de una columna de trescientas personas, desorganizadas, sin carteles.

—Che, qué pena verlo a Carlitos ahí enfrente, con ellos.

—Pero viste que iba encabezando una columna, ¿no? Parece que los montos no fueron tan boludos como para no ponerlo a conducir.

Mercedes Depino entraba a la plaza cuando vio, antes que nada, la enorme mampara de vidrio que habían colocado delante del balcón desde donde iba a hablar, en la Rosada. Era, pensó, una manera más de separar al líder de su pueblo.

—Pero estos boludos qué se creen, que lo vamos a matar al general. Eso les convendría a ellos, más bien.

—No, hay que cuidarse en serio de no caer en provocaciones. Sobre todo, no pelearse con el Viejo. Tenemos que mantenernos muy tranquilos. Una cosa es marcarle los errores y otra muy distinta venir a patotearlo.

Le dijo Carlos Goldenberg.

—¡Compañeros, ahora vamos a saludar todos a la reina del Trabajo, que ha sido elegida entre 24 jóvenes maravillosas, una por cada provincia argentina, y será coronada por la compañera vicepresidenta de la Nación, la señora Isabel Martínez de Perón!

—¡No rompan más las bolas,/ Evita hay una sola! ¡No rompan más las bolas,/ Evita hay una sola!

Contestaron miles, y los chiflidos se hicieron estruendosos. Desde el escenario levantado junto a la Rosada, el locutor trataba de seguir con su rutina, pero los gritos se hacían cada vez más urgentes:

—¡No queremos carnaval,/ asamblea popular! ¡No queremos carnaval,/ asamblea popular!

Desde el costado derecho, los sindicales gritaban ni yanquis ni marxistas, y conformes, General. Eran unos 30.000. Los de las columnas montoneras, que parecían alrededor de 50.000, les contestaban:

—¡Conformes, conformes,/ conformes, General./ Conformes los gorilas,/ el pueblo va a luchar!

En la plaza había muy pocos neutrales: seguramente, habían tenido miedo de ir a caer en el medio de un acto que se anunciaba como una confrontación. Cerca del Cabildo una gran columna de la JTP pugnaba por entrar. Nicolás Casullo iba adelante, junto con un responsable de la JTP que trataba de abrir el paso. Un poco más allá, Emiliano Costa hablaba por un walkie-talkie con la conducción, reunida en el local de la calle Chile: después del precio que habían pagado por la desorganización de Ezeiza, los Montoneros intentaban limitar todo lo posible la improvisación:

—¿Base, me escuchan? Aquí Fernando, del grupo siete, cambio...

—Aquí base, cambio...

—Estamos llegando a la ubicación prevista, todo normal, cambio y fuera.

Delante, una columna de la Juventud Sindical Peronista los cerraba. Un grandote que la encabezaba les gritó que por ahí no podían pasar, que no había más lugar. El responsable JTP le contestó destemplado:

—¡Entendés lo que te digo, pendejo de mierda, son veinte cuadras las que traemos, ustedes van a quedar pegados como estampillas a los barcos del puerto!

En los techos del ministerio de Economía se veían siluetas con armas largas. Los de la JSP se pusieron duros. El JTP pegó un grito:

—¡Pablo, pasá al frente con los chicos!

El tal Pablo llamó con un gesto a otros quince militantes tamaño familiar, que se pusieron en línea con grandes palos en la mano; detrás, otros tenían armas cortas. Los sindicales empezaron a tirar palos y piedras, y se armó la trifulca. Volaban golpes, gente rodaba por el suelo, cada vez más candidatos se sumaban a la lucha. Nicolás trataba de pegarle a uno que le estaba pegando cuando sintió, de pronto, un golpe seco en la cabeza, y los colores cambiaron de repente. La plaza se volvió roja, verde, azul claro, enseguida un poco más oscura, después un negativo blanco y negro y daba vueltas. La columna de la JSP empezó a abrirse y la de la JTP avanzó. Pero Nicolás estaba grogui. El responsable JTP lo abarajó:

—Tenés sangre.

Nicolás caminaba sin saber cómo ni adónde.

—¿Me estás viendo?

—Sí, pero no sé.

Una mujer con un brazalete JP le pasó un pañuelo o una gasa por la cabeza. Los gritos, las miradas amenazantes, las pedradas iban en aumento cuando Perón salió al balcón y levantó los brazos. Eran las cinco de la tarde y, por un momento, todos los gritos se unieron en uno:

—¡Perón, Perón!

Fue un instante. Enseguida, la plaza se partió en dos:

—¡Perón,/ Evita,/ la patria socialista!

—¡Perón,/ Evita,/ la patria peronista!

Julio César Urien y Carlos Lebrón estaban con sus compañeros de la unidad básica de La Paternal: un centenar de personas, entre militantes, vecinas mayores y el almacenero del barrio. En medio de los cantos opuestos, Julio vio, entre los que pedían la patria peronista, a dos conocidos.

—Che, esos dos que están ahí eran zumbos en la sublevación de la ESMA...

—¿Cuáles?

—Ésos, ahí, ¿no los ves? Mejor corrámonos un poco, no vaya a ser cosa que nos terminemos agarrando entre nosotros.

En ese momento los de la izquierda retomaron su consigna central:

—¡¿Qué pasa, qué pasa,/ qué pasa General,/ 'tá lleno de gorilas/ el gobierno popular?!

El canto resonaba macizo y duró varios minutos. Cacho El Kadri, en su costado, también lo cantó. Pensaba que en una de éstas se hacía el milagro: que el General los escuchara, se diera cuenta, dijera bueno, hay aspectos que deberíamos corregir, que anunciara que se iba a sacar de encima a López Rega y a la burocracia... Cacho deseó con todas sus fuerzas que lo hiciera.

Perón, primero, esperó en calma. Pero pronto empezó a impacientarse. Hacía gestos con los brazos pidiendo silencio. No lo consiguió, y se largó a hablar para acallar los gritos.

—¡Compañeros! Hace hoy veinte años que en este mismo balcón y con un día luminoso como éste, hablé por última vez a los trabajadores argentinos. Fue entonces cuando les recomendé que ajustasen sus organizaciones, porque venían tiempos difíciles.

Desde abajo, las columnas montoneras empezaron a contestarle.

—¡Se va a acabar,/ se va a acabar,/ la burocracia sindical!

—No me equivoqué ni en la apreciación de los días que venían ni en la calidad de la organización sindical, que se mantuvo a través de veinte años, ¡pese a estos estúpidos que gritan!

—¡Montoneros, carajo! ¡Montoneros, carajo!

—Decía que a través de estos veinte años, las organizaciones sindicales se han mantenido incommovibles, ¡y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más méritos que los que lucharon durante veinte años!

—¿Qué pasa, qué pasa,/ qué pasa General,/ 'tá lleno de gorilas/ el gobierno popular?!

—Por eso, compañeros, quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados sin que todavía haya sonado el escarmiento.

—¡Rucci, traidor,/ saludos a Vandor! ¡Rucci, traidor,/ saludos a Vandor!

Nicolás seguía chorreando sangre, y las palabras de Perón le sonaban como escupitajos. Se indignó; más atrás, tres o cuatro tipos empezaron a gritar:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

—¡Qué se cree ese hijo de mil putas!

—¡Callate, viejo de mierda!

Nicolás se unió a sus gritos. En el balcón, Perón siguió con su discurso:

—¡Compañeros! Nos hemos reunido nueve años en esta misma plaza, y en esta misma plaza hemos estado todos de acuerdo en la lucha que hemos realizado por las reivindicaciones del pueblo argentino. Ahora resulta que, después de veinte años, hay algunos que todavía no están conformes con todo lo que hemos hecho.

—¡Conformes, conformes,/ conformes, General./ Conformes los gorilas,/ el pueblo va a luchar!

Elvio Vitali estaba hacia el medio de la plaza, cerca de la Catedral, con el grupo de conducción de las columnas montoneras. Lo habían llevado, junto con dos o tres más, para que inventaran consignas en el acto: se habían hecho cierta reputación como improvisadores de cantitos y la conducción suponía que, ese día, los iban a necesitar. Pero la situación estaba complicada, confusa. Sin haber recibido ninguna orden, miles de personas empezaron a darse vuelta. De algún lado salió la consigna del momento:

—¡Aserrín, aserrán,/ es el pueblo que se va!

Perón seguía:

—¡Compañeros! Anhelamos que nuestro movimiento sepa ponerse a tono con el momento que vivimos. La clase trabajadora argentina, como columna vertebral de nuestro movimiento, es la que ha de llevar adelante los estandartes de nuestra lucha. Por eso compañeros, esta reunión, en esta plaza, como en los buenos tiempos, debe afirmar una decisión absoluta para que en el futuro cada cual ocupe el lugar que le corresponde en la lucha que, si los malvados no cejan, hemos de hacer.

Los dirigentes no sabían qué hacer. Emiliano Costa pedía instrucciones por el walkie-talkie:

—Aquí Fernando, grupo siete, ¿me escuchan? La gente se empieza a ir. ¿Qué hacemos? Cambio...

—Mantenerse en el lugar, eviten que los compañeros se retiren desordenadamente. No abandonen la plaza. Repito, mantenerse en el lugar. Cambio y fuera.

De pronto, la comunicación perdió su tono de combate:

—¡Pero se van, se están yendo! ¡Se está yendo la gente! ¡¿Qué hacemos?!

—¡No, parenlos, parenlos!

Más atrás, Nicolás seguía gritando:

—¡Nos vamos, compañeros, nos vamos!

A su lado pasó Paco Urondo con otro walkie-talkie en la mano:

—¡Paren, paren! ¿Qué está pasando? ¡Paren, paren!

—¡Que se vaya al carajo el viejo hijo de mil putas!

Le contestó alguien.

—¡Paren un cacho! ¡Paren!

—¡Si éste no es el pueblo,/ el pueblo dónde está!

Gritaban las columnas, ya decididamente encaradas hacia la diagonal Norte.

—Compañeros, deseo que antes de terminar, estas palabras lleven a toda la clase trabajadora argentina el agradecimiento del gobierno por haber sostenido un pacto social que será salvador para la República.

Dijo Perón mientras veía cómo, por primera vez en su vida, miles y miles de personas le daban la espalda y lo dejaban desairado en medio de un discurso. Nicolás miró a su alrededor y vio caras llenas de bronca, caras grises, amargas, violentadas. Ojos hundidos, lágrimas congeladas, manos que se levantaban como amenazas. Graciela Daleo, caminando hacia la diagonal, tenía la sensación de que estaban cruzando una zanja interminable. A su lado, otra militante murmuraba por lo bajo:

—Nos vamos a arrepentir. Vas a ver, nos vamos a arrepentir.

—¡Compañeros! Tras ese agradecimiento y esa gratitud puedo asegurarles que los días venideros serán para la reconstrucción nacional y la liberación de la Nación y el pueblo argentinos. Repito, compañeros, que será para la reconstrucción del país, y en esa tarea está empeñado a fondo el gobierno. Será también para la liberación, no solamente del colonialismo que viene azotando a la República a través de tantos años, sino también de estos infiltrados que trabajan de adentro, y que traidoramente son más peligrosos

que los que trabajan desde afuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios al servicio del dinero extranjero.

Perón sonaba fuera de sí, iracundo. Abajo, más de la mitad de la plaza se estaba quedando vacía.

—¡Aserrín, aserrán,/ es el pueblo que se va! ¡Aserrín, aserrán,/ es el pueblo que se va!

Julio Urien se retiraba con una bandera de la JP cuando le cayeron encima varios sindicales con palos. Se puso espalda con espalda con Carlos Lebrón y trataron de aguantar el ataque para que el resto de su columna pudiera irse sin demasiados golpes. Los palos volaban por todas partes. Julio extrañaba el casco de la infantería de Marina: un palazo estuvo a punto de partírle la cabeza. Se la tocó, sintió sangre y se puso más furioso todavía.

Desde el palco, Horacio González veía el cielo cubierto de palos y piedras, las columnas montoneras caminando bajo una lluvia de palos y piedras, y no terminaba de entender lo que estaba pasando. Pero, en primera instancia, sentía cierto alivio de no estar allí, entre los que se iban, entre los que le daban la espalda al General. Desde las escalinatas de la Catedral, Cacho El Kadri vio pasar a su amigo Carlos Caride a la cabeza de una columna que se iba. Caride trataba de poner cierto orden:

—¡Al paso, al paso! ¡Esto es una provocación! ¡Despacio! ¡No corran! ¡Cuidado, compañeros, que nos atacan!

En los costados de la columna había escaramuzas fuertes: militantes sindicales atacaban y se trenzaban con los montoneros en retirada. Los militantes del PB debatieron brevemente:

—Vamonós, que acá va a haber más kilombo.

—No, pero cómo nos vamos a ir. Está hablando el General.

—Hay que irse. Vámonos despacio, de a pocos.

—No, todos juntos. ¡Sin romper el grupo, compañeros!

En medio del caos, Perón seguía hablando desde su balcón:

—Finalmente, compañeros, deseo que continúen con nuestros artistas que también son hombres de trabajo; que los escuchen y los sigan con alegría, con esa alegría de la que nos hablaba Eva Perón, a través del apotegma de que en este país los niños han de aprender a reír desde su infancia.

—¡Aserrín, aserrán,/ es el pueblo que se va! ¡Aserrín, aserrán,/ es el pueblo que se va!

—Che, cuidado que están pegando en serio.

Gritó Sergio Berlín, y enseguida vieron cómo Lorenzo Viñas, el hermano menor de Mini, caía con un bruto palazo en la frente: dos militantes lo agarraron de las axilas y los pies y siguieron yéndose, buscando una ambulancia. Lorenzo sangraba fuerte. El caos era cada vez mayor: gritos, puteadas, golpes, chicos llorando, la desazón de un gesto fundamental que nadie entendía del todo todavía.

—¡Por fin le dijimos un par de verdades en la cara a ese viejo hijo de puta!

—No, che, esto es mucho más serio. Acá pasó algo grave algo que va a haber que analizar mucho.

—Sí, sí, seguro, pero por fin le cantamos la justa al viejo. ¡Basta de soportar todas sus cagadas, loco!

Los comentarios variaban de boca a boca y, mientras, seguían las peleas y los palos.

—No, pero cómo pudo habernos hecho esto, hermano...

—Carajo, yo que me jugué tantas veces la vida por él.

—Nosotros tenemos razón en lo que decimos, pero capaz que no era el momento para provocarlo así.

—¿Y qué íbamos a esperar, que nos metiera más palos en el culo? Nos dijo imberbes y estúpidos, nos dijo estúpidos, nos dijo que nos iba a hacer tronar el escarmiento, macho, qué más querés.

Cerca del Obelisco, ya pasada la agitación mayor, Cacho y sus compañeros comentaban lo que había pasado:

—Hermano, esto sólo nos puede llevar a la catástrofe. ¿Cómo puede ser que Perón haya dicho todo eso?

—No, pero también tiene razón. Escuchame, había miles de monos que le gritaron, que le silbaron a la mujer. El Vieja se tiene que haber calentado a muerte. Seguro que se dijo carajo, no me dejan elegir ni a mi mujer, no les gusta Isabelita...

—Claro, qué boludos, cómo chiflaron a la mujer de Perón. Eso es como chiflarlo a Perón, qué se creen...

Un poco más allá, Horacio González se encontraba con un compañero suyo de la Lealtad, Alberto Iribarne.

—Che, menos mal que nosotros no estábamos ahí. Menos mal que seguimos perteneciendo al movimiento nacional...

Dijo Horacio, e Iribarne también se felicitó:

—Sí, cada vez me convenzo más de lo bien que hicimos en romper con ellos. Si eso era el circo de Moscú...

La frase le sonó muy desgraciada: Horacio se espantó y pensó que, quizás, se había equivocado al elegir su bando. De a poco, las calles iban quedando desiertas. Julio Urien ya estaba a la altura del Obelisco y la cabeza le sangraba más y más. Lebrón paró un taxi, se subieron y fueron al hospital Ramos Mejía. En la guardia se les acercó un médico joven con tono conspirativo:

—¿Che, ustedes vienen de la plaza?

—Sí.

—Disculpame que te pregunte: ¿de dónde sos?

—De JP.

—Entonces andate ya por la puerta del costado. Hace un ratito vinieron unos de la patota sindical y se llevaron a un compañero que se estaba curando y lo cagaron a patadas. Rájense ya mismo.

A esa altura, el pañuelo que tenía Julio en la cabeza era un pegote. Carlos lo subió a un taxi y fueron de vuelta a la unidad básica: ahí consiguieron un médico que lo limpió, lo desinfectó y le dio cinco puntos.

Esa noche, en distintos lugares, muchos tuvieron la sensación de que habían participado de un momento definitorio: uno de esos cortes que la historia recuerda muchos años. En su siguiente edición, *El Peronista* resumía la lectura montonera: «A cada párrafo la fractura se agudizó, algo que nunca conoció el peronismo en sus 30 años de historia. Increíble desencuentro entre el pueblo y su líder, esta vez cara a cara, sin chivos emisarios de por medio, sin cercos ni bujerías. Y tampoco fue la automarginación de grupos esclarecidos: más del 60 por ciento de los concurrentes le dio la espalda al General. La plaza casi vacía ya no fue insinuar un descontento sino la afirmación de un desacuerdo, de un rechazo; con dolor, con bronca y tristeza, pero con decisión. Y ese hecho, guste o no, es lamentablemente el suceso trascendente de la jornada. Más allá de que el General se haya jugado por la burocracia sindical, como lo venía haciendo cada vez con más energía en los últimos meses. Perón perdió la calma, llamó a la represión, a la guerra interna. (...) Pero no nos engañemos: una cosa es que los trabajadores en su gran mayoría se hayan ido al no ser escuchados y muy otra es que le regalemos el peronismo a los burócratas que quieren desnaturalizarlo. Porque la esencia revolucionaria del peronismo es el pueblo movilizado y participando en las decisiones de su gobierno y de su Movimiento. Y nosotros seguimos reafirmando que por eso somos peronistas».

Mayo de 1974. En esos días la dictadura uruguaya liberaba a Juan Carlos Onetti, preso desde el 28 de febrero en una clínica para enfermos mentales. La

cuestión había empezado el año anterior, cuando la revista *Marcha* organizó un concurso de cuentos. El jurado —Onetti, Mercedes Rein y Jorge Ruffinelli— premió a *El guardaespaldas*, de Winston Nelson Marra, y la revista lo publicó en la primera semana de febrero. Su protagonista era un comisario que, en su agonía, recordaba su vida; el gobierno secuestró la edición de los quioscos, clausuró el semanario y metió preso a Marra. De paso, detuvo al director de *Marcha*, Carlos Quijano, y a los miembros del jurado, salvo Ruffinelli, que cinco días antes se había ido a vivir a México. La censura decía que *El guardaespaldas* era pura pornografía y por lo bajo, todos los uruguayos comentaban que la ficción se inspiraba en el inspector de policía Héctor Morán Charquero, muerto por los Tupamaros cuatro años antes y conocido no sólo por represor sino también por su intensa relación sexual con un ministro. El diario *El País* salió enseguida a defender la medida diciendo que se trataba de «una versión torpe y deliberadamente deformada». Y *Marcha* se convertía en el quinto medio gráfico que cerraba la dictadura en seis meses.

Detenido, Juan Carlos Onetti —de 65 años, el escritor uruguayo más reconocido de su tiempo— se encontró frente a un tribunal que lo acusaba de «pornografía e incitación a la violencia». Por consideración a su edad y condición, las autoridades no lo mandaron a un cuartel militar, como hacían con los demás presos políticos, sino a un sanatorio para enfermos mentales. Onetti podía andar en pijama y pantuflas, e incluso recibir visitas. Los médicos y enfermeros lo llamaban maestro.

Ante la inminencia de la liberación de Onetti, *La Opinión* mandó al periodista Eric Nepomuceno para que hablara con el escritor en su manicomio. El periodista le preguntó qué iba a hacer y el escritor dudaba:

«—Aún no sé. Me querría quedar en Montevideo, pero no sé. Toda esta historia fue terrible, muy terrible. Tengo invitaciones para ir a Alemania, la Argentina, Venezuela, México. Pero no quiero pensar en eso por el momento. Pienso, eso sí, en ir a casa, salir de aquí. Por fin, mañana iré a casa. Trataré de olvidar todo esto, volver a escribir, comenzar todo otra vez. Ya no creía que iba a salir de aquí. Tantos días, noventa, noventa y cinco... No estoy seguro...».

Después, Nepomuceno le preguntó por *El guardaespaldas*:

«—El cuento no era bueno. Todos eran malos».

Dijo Onetti.

Entre el miércoles 8 y el viernes 10 de mayo, los afiliados de 26 de las 28 seccionales del SMATA de todo el país fueron a elecciones para votar a una sola lista: la Verde, oficialista. José Rodríguez fue reelegido al frente del SMATA nacional. Las dos únicas seccionales que tuvieron listas opositoras fueron Rosario —donde la Celeste, dirigida por la JTP, obtuvo un tercio de los votos— y Córdoba —en la que René Salamanca volvió a ganar con la lista Marrón pese a que, dos días antes, la policía lo detuvo por 24 horas, acusado de portar armas. La JTP apoyó la lista de Salamanca.

El martes 7 varios hombres habían secuestrado a Inocencio Fernández — el Indio— de su casa de Beccar y lo mataron en un baldío en Campana. El Indio, de 26 años, militante del PST y obrero de la empresa metalúrgica Comarsa, había participado en la formación de una lista opositora a la UOM en las elecciones de marzo. Matones del sindicato lo habían amenazado varias veces. Comarsa estaba en Vicente López, la seccional del gobernador Victorio Calabró. La muerte del Indio fue seguida por la voladura del local del PST de Beccar. Silvia Díaz, dirigente de ese partido, denunció que ya eran 15 los locales partidarios atacados con bombas y dijo que «los asesinos del Indio son los mismos que días atrás mataron a los compañeros de la JP Hugo Hansen y Liliana Ivanoff». La dirigente socialista fue por esos días al local de la JTP de la avenida San Juan y fue recibida por algunos de sus dirigentes.

—Compañeros, más allá de nuestras diferencias ideológicas, tenemos que unirnos en la lucha concreta.

Con los dirigentes al frente y un gran cartel de fondo que decía «trasvasamiento sindical para el socialismo nacional», el sábado 12 y el domingo 13 de mayo las agrupaciones de la JTP hicieron un congreso en el que participaron 70 delegados representando a 35 agrupaciones. Cuando terminaron las sesiones hubo un acto, y el local de San Juan se llenó. Los gritos y los aplausos recrudecieron cuando un militante leyó el comunicado de los obreros de Matarazzo, que habían ocupado la fábrica en demanda de aumentos:

—¡¿Qué pasa, qué pasa,/ qué pasa General/ que no alcanza para nada/ el aumento salarial?!

Grecco fue el encargado del cierre:

—Compañeros, tenemos que abandonar la conceptualización personalista que hacemos de la burocracia sindical, ya que se trata de un estrato social surgido de la clase obrera, pero que ha reemplazado los intereses de ésta por los de ese estrato. Creo que no se trata de Lorenzo Miguel o de Adelino Romero sino del proyecto de la cúpula. El vandorismo es una de las corrientes

tras la que se nuclean las demás. El vandorismo surge cuando los monopolios internacionales se convierten en predominantes en la economía argentina y entonces se dan una política de poder. Luego de lograr el derrocamiento de Perón, logran corromper a las direcciones sindicales que actúan en la órbita de los sectores productivos que ellos dominan...

Una de las resoluciones del encuentro fue que la JTP «no va a concretar ninguna alianza con grupos vandoristas y sí con fuerzas antiburocráticas y antipatronales». El documento aclaraba que «esas alianzas no serán con carácter permanente, sino de acuerdo a la realidad de cada gremio».

—¿Viste lo del Brujo?

—No, qué.

—¿Cómo, no leíste el diario esta mañana? Ayer el tipo se hizo ascender, hijo de puta, pasó de cabo retirado a comisario general. *Noticias* decía que se saltó como quince grados, el muy turro.

—Así que lo que quería era ser comisario...

Graciela Daleo conocía al Colorado de los tiempos de militancia en el CRU, en 1967, y ahora habían vuelto a coincidir en la JP de Patricios y Pompeya. Esa tarde estaban por ir a visitar a un vecino, pero tenían hambre y entraron a comer una pizza a un boliche de Rioja y Caseros. La televisión estaba prendida, con el volumen alto, y de repente anunciaron un flash:

—¡Informaciones de último momento! Según noticias que acaban de llegar a nuestra redacción, el padre Carlos Mugica, uno de los líderes del movimiento de sacerdotes tercermundistas, fue baleado a la salida de una iglesia de Villa Luro. El atentado se produjo hace escasos minutos. Aún no se conocen sus ejecutores. En cuanto sea posible, completaremos esta información. Repetimos: el padre Carlos Mugica...

Graciela y el Colorado se miraron con zozobra y, por un momento, los dos tuvieron el mismo miedo: que hubieran sido los Montoneros. Hacía muchos años que Carlos Mugica se había apartado de sus discípulos: cuando Abal Medina, Arrostito, Ramus, Firmenich y los demás decidieron emprender la lucha armada. Pero habían mantenido relaciones relativamente cordiales hasta junio de 1973, cuando el cura aceptó un cargo de asesor en el ministerio de Bienestar Social que dirigía José López Rega. Mugica dejó claro que su puesto no era rentado y que lo que le interesaba era participar de un plan de construcción de 500.000 viviendas populares que impulsaba el ministerio, pero igual el idilio no duró mucho: Mugica renunció tres meses después. En diciembre del 73, un centenar de policías hicieron una razzia en su villa de

Retiro: dijeron que «buscaban guerrilleros», pero el cura apareció diciendo que él creía que trataban de disuadir a los villeros de construir casas permanentes en el lugar. Y el 26 de marzo del 74 una manifestación de villeros a Plaza de Mayo fue reprimida con bala: allí cayó muerto Alberto Chejolán, del Movimiento Villero Peronista, que respondía a Montoneros. Carlos Mugica lanzó protestas enérgicas y encabezó su funeral.

Pero seguía condenando la lucha armada: «Estoy dispuesto a que me maten, pero no a matar» era una de sus frases más habituales en esos días. «Señor, sueño con morir por ellos; ayúdame a vivir para ellos. Señor, quiero estar con ellos a la hora de la luz. Ayúdame», decía una oración que había compuesto.

Los Montoneros empezaron a criticarlo fuerte cuando se unió a López Rega, y nunca se reconciliaron con él. Mugica seguía deplorando «su creciente aislamiento y sus diferencias cada vez mayores con el General Perón». En los últimos meses se había acercado a la JP Lealtad.

—No puede ser, ¿no?

—No, no. Seguro que no.

Ese día, Mugica terminaba de decir misa en la capilla San Francisco Solano, del padre Jorge Vernazza, en Villa Luro: cuando salía, un tipo que se bajó de un auto con una ametralladora en la mano lo cosió a tiros. El cura cayó al suelo con quince balas en el cuerpo. Antes de que expirara, Vernazza le dio la extremaunción; Mugica dijo que «ahora más que nunca tenemos que permanecer unidos junto al pueblo», o algo así, y se murió.

La noticia cayó como una bomba. Durante unas horas tensas, muchos esperaron que alguien se hiciera cargo del atentado, pero no. Hacia el fin de la tarde la agencia Télam, dirigida por Jorge Napp, sacó un cable diciendo que «la mayoría de las declaraciones difundidas por diversas organizaciones peronistas coinciden en responsabilizar a Montoneros de la inspiración, cuando no de la autoría material del hecho».

A la mañana siguiente, cuando llegó a la Recoleta, Graciela ya no dudaba. Había pensado, charlado con un par de compañeros suyos, y estaba convencida de que debía haber sido la derecha. Pero igual la situación era incómoda. El cortejo marchaba desde Retiro hacia el cementerio: miles de villeros ocupaban los barrios más elegantes de la ciudad, detrás de un cajón sencillo que cargaban a hombros.

Graciela caminaba despacio, dolida, ensimismada. A su alrededor sonaban pocos gritos: algunos, contra los Montoneros, que Graciela oía con bronca. Carlos Mugica había sido su maestro, el primero que le fundamentó la

necesidad de apelar a la lucha violenta para acabar con la explotación cuando todas las otras vías estaban cerradas y agotadas. Sentía que, como alumna, lo había superado: que él se había quedado atrás, que les había dado los elementos y la manija para ir a doscientos por hora y había seguido caminando a paso de tortuga. Se decía que, en realidad, eran los límites que solían tener los curas: que podían comprometerse mucho pero tenían un tope, el techo que les ponía la Iglesia, y que su única posibilidad de saltar ese tope era romper con ella. Pero era terrible que ahora estuviera muerto.

—¡Firmenich asesino! ¡Montos hijos de puta!

Cuando el cajón llegó a la entrada del cementerio los gritos arreciaron. Graciela se puso tensa: pensó en irse, pero decidió que tenía que quedarse hasta el final. Horacio González estaba entre los que cargaban el cajón, junto con varios de sus compañeros de la Lealtad: Horacio pensaba que era muy probable que lo hubieran matado los Montoneros. Una semana antes, Horacio se había encontrado con el padre Mugica en un acto en Baradero: ese día, Mugica estaba muy indignado ante algunas acciones armadas y puteó mucho contra los Montoneros. Horacio ya estaba incómodo con su situación política: cada vez más le parecía que pretendían instalarse en un espacio neutro que no existía y que, fatalmente, iban a terminar en brazos de los peores. Por eso le interesó escuchar al cura:

—Contra la soberbia de estos muchachos, lo que tenemos que hacer es trabajar con los sectores posibles de este gobierno, que es un gobierno peronista, elegido por el pueblo, nuestro gobierno, para satisfacer las necesidades populares e instalar la justicia social...

Habían quedado en volver a verse para seguir discutiendo pero ahora el cura estaba en ese cajón que se bamboleaba sobre sus hombros, entre miles de personas que se apretaban. Militantes de la Lealtad y el FEN gritaban sin parar.

—¡Mugica, leal,/ te vamos a vengar!

—Dejensé de provocar, compañeros. Mejor hagan algo para que la muerte del padre Carlos tenga sentido.

Les dijo una chica de la villa que trastabillaba con su hijito en brazos. En un costado, un cronista de *La Opinión* hablaba con Julio, un albañil boliviano de la villa de Retiro:

—Aquí hemos tenido muchos crímenes inútiles, en estos tiempos. Pero éste es el que se entiende menos. Matar así a un hombre que no hacía más que el bien... A mí me da miedo todo esto, creamé. Me da miedo por mí, por todo esto.

—¿Qué quiere decir, todo esto?

—La Argentina, nosotros, señor. Tengo miedo porque aquí hay demasiados locos o demasiados tontos o demasiados suicidas, quién sabe.

Junto al panteón de la familia de Mugica se apretujaban Arturo Jauretche, el edecán de Perón, el rector de la Universidad Vicente Solano Lima, Juan Carlos Gené, el cardenal Antonio Caggiano, Antonio Cafiero, Marta Lynch, Marcelo Sánchez Sorondo y tantos más.

Cuando ya se estaba yendo, Graciela se cruzó con dos compañeros suyos de la facultad: hacía tiempo que no los veía, pero sabía que se habían ido con la Lealtad. Cuando se le acercaron le pareció que la iban a putear y preparó un par de frases defensivas, pero no fueron necesarias:

—Yo sé que ustedes no fueron, no hay que darle bola a los que quieren dividir al pueblo.

Dijo el tipo. *La Opinión* había dicho que «los que aceptan sin reticencias el liderazgo de Perón concentraron sus sospechas en la organización Montoneros, no sólo porque Mugica había recibido en los últimos tiempos amenazas de ese sector sino también porque no imaginaban que el sacerdote (entregado en los últimos tiempos a una prédica a favor de la política oficial y la necesidad de apoyarla sin reticencias) pudiera tener otros adversarios».

Al otro día, Firmenich publicó un comunicado diciendo que el «asesinato fue producido por bandas armadas de la derecha», y que los Montoneros tenían diferencias políticas con Mugica, pero «que las diferencias políticas en el seno del pueblo deben ir sintetizándose y superándose en la práctica cotidiana del pueblo. El objetivo de este asesinato es ahondar y hacer insuperables esas diferencias. Por lo tanto, el único beneficiario de esta muerte es el enemigo principal del pueblo, el imperialismo, la oligarquía y las bandas armadas que actúan cada vez con mayor impunidad en nuestra Patria. Este asesinato es una provocación contra el Pueblo y su Organización Popular».

Al día siguiente Jacobo Timerman escribía, en la contratapa de su diario, que Mugica lo había visitado la semana anterior para volver a escribir en *La Opinión* —como lo había hecho entre 1971 y 1972— porque «consideraba que el enfrentamiento entre el presidente Perón y la Juventud Peronista debía alcanzar un nivel adecuado de debate ideológico, debía evitar la violencia. (...) Habló mucho del dolor que lo embargaba por verse separado de compañeros con los que había trabajado, soñado, y de cuyo sacrificio había sido testigo. Habló de los que habían muerto, pero más aún de los que vivían. Me dijo que le era difícil sobrellevar el enfrentamiento con Mario Firmenich,

que le producía ansiedad, dolor, angustia. Me dijo también que recibía constantes amenazas de muerte, que estaba convencido de que esas amenazas procedían de los Montoneros y que no eran desconocidas para Roberto Quieto y Mario Firmenich. Me preguntó qué más se podía hacer para evitar el enfrentamiento entre los dos líderes montoneros y Perón. El tema Firmenich volvía una y otra vez en el diálogo. Ahora, reconstruyendo sus palabras, parecía más preocupado por la seguridad de Firmenich que por la suya», decía Timerman, y cerraba su artículo con una declaración de principios:

«Quizás alguien supone que después de publicadas estas líneas mi vida no vale mucho en la Argentina de hoy. Pero le debía a Carlos el homenaje de la verdad. Aunque creo que él hubiera tratado de convencerme de que me callara, que no me arriesgara, que lo dejara hacer a él. No. Creo que Carlos Mugica merece que, por él, entremos todos en la tierra de nadie».

Recién en marzo de 1984 Juan Carlos Juncos, un ex custodio de López Rega, declaró ante un juez que había matado a Mugica por orden de su jefe y un pago de 10 millones de pesos.

—La mina era como una UBR toda entera en pleno combate, dinamita. Atacaba por todos los wanes, sin aviso, nunca sabías desde dónde te iban a venir los tiros, imaginate. Que si una mano por acá, que si la boquita por allá, que si hacemos tal cosa, que si haceme tal otra...

El Carucha sabía relatar sus conquistas y, además, tenía mucho que contar. El Carucha había sido actor con el grupo de Norman Briski y ahora estaba trabajando en el ministerio de Educación con Nicolás Casullo: era un buen militante y un don Juan impenitente, simpático, buen amigo de todos. Le iba bien, hasta que tuvo aquel problema:

—Pero Carucha, yo te había dicho que averiguaras antes de manotear...

—¿Cómo averiguar, averiguar qué? ¿Justo en el momento culminante del cariño querés que les pregunte por las jinetas del legítimo?

El Carucha había tenido un encontronazo con la mujer de un cuadro montonero: el tipo se enteró y pidió que se le aplicara una sanción al compañero seductor por su liberalismo y su falta de moral revolucionaria. En esos días, las penas no estaban reglamentadas y quedaban libradas a la imaginación y discreción de cada responsable: el Carucha fue condenado a internarse en la casa de un compañero que vigilara sus horarios y sus conductas y trabajara para recuperar su moral y sus costumbres.

—Se va a quedar en tu casa, Nicolás. A las ocho de la noche tiene que estar guardado, reflexionando sobre la cuestión. Y al final, dentro de una

semana, vos tenés que pasar un informe.

—¿Y por qué a las ocho? ¿Lo estudiaron? ¿Las ocho es la hora en que entra en erección súbita y fornicación?

—No rompas las bolas, Nicolás.

Cada dos días llegaba al departamento de Nicolás en Córdoba y Reconquista un cuadro montonero que tenía que darle charlas edificantes al Carucha. El tipo era un grandote tranquilo, buena gente, sin demasiada labia:

—Bueno compañero, usted tiene que saber que el comportamiento personal, digo, en situaciones íntimas, tiene también que ver con nuestra formación moral revolucionaria. Por eso nuestro desempeño revolucionario tiene que ver con el comportamiento personal. Entonces, ese comportamiento personal...

Carucha escuchaba siempre serio y con cara de circunstancias, pero los argumentos del grandote se acababan rápido. Entonces le pedía auxilio a Nicolás, que lo socorría con relatos sobre la sobriedad de los cuadros leninistas en los momentos cruciales, el desapego sensual de Robespierre a diferencia del energúmeno de Danton que no paraba de perseguir a mademoiselle Yvonne, una carta de Mao sobre el comportamiento sexual del campesino en la jungla china, el desarreglo que comportaba la ausencia de una pareja estable. Y después, en cuanto el grandote se iba, Carucha salía corriendo a alguna cita amorosa.

—Tené cuidado, che, que no te vea nadie, que si no vamos los dos en cana.

—No, no te preocupes. Yo vuelvo. Pero qué raro es esto, ¿no? Digo, esto de compartir todo tu proyecto con un tipo como éste, que si te lo encontraras en cualquier otro lado no le darías ni cinco de pelota...

A la semana, el grandote dio por cumplida la sanción:

—Bueno, parece que el compañero Carucha ha entrado en razones porque reconoce que lo mejor es una pareja y no andar que esto, que lo otro, en actitudes contrarrevolucionarias o incontroladas.

Nicolás elevó su informe, que incluía algunas apreciaciones sobre la conducta del Carucha en el ministerio. Decía que la mayoría de las críticas eran infundios malintencionados de la gente de la Lealtad.

A esa altura los funcionarios ministeriales montoneros ya habían aprendido cómo se preparaba un presupuesto, se solicitaba una partida, se presentaba una rendición y los cientos de trucos necesarios para sobrevivir en los vericuetos de un ministerio, y podían hacer algunas cosas. Ninguno de

ellos estaba acostumbrado a trabajar en el Estado, y el proceso de aprendizaje no era fácil.

Uno de sus proyectos más ambiciosos era el lanzamiento de un canal de televisión educativa, el 4, que empezó a funcionar con la emisión de una entrevista al ministro Taiana, a modo de prueba. Nicolás fue su primer director interino. La idea era que al principio emitiera un par de horas diarias con un ciclo de educación a distancia y programas propios y provistos por la Unesco. Al mismo tiempo, el canal serviría para las prácticas de los estudiantes de una carrera de Comunicación que estaban preparando junto con la Universidad. Y seguían con las producciones de cine y televisión, los festivales, los programas de radio, los discos, las campañas educativas, el *Diario de los Chicos* pero, al mismo tiempo, la oposición dentro del ministerio se hacía cada vez más pesada, y la degradación de la posición de los Montoneros en el Estado hacía que muchos de sus proyectos parecieran menores, o superfluos.

Nicolás empezó a retomar sus vínculos con el Bloque de Prensa, con la idea de que ahí había una pelea gremial más interesante, un frente más conectado con la realidad de los enfrentamientos de esos días. Una tarde, una de sus colaboradoras, una socióloga con un cargo importante y un nivel alto en Montoneros, se presentó en su despacho:

—Yo quiero abrirme del Ministerio. Ya lo hablé con mi responsable, con mi ámbito, y están de acuerdo. Quiero que esto sea como un trabajo cualquiera, como si laburase de empleada en un banco.

—Está bien, me da lo mismo, Olga. ¿En qué cambia la cosa?

—Cambia en que a mí lo único que me interesa es lo otro. Creo que la política que nos corresponde pasa por el compromiso más fuerte y en otra parte, donde las cosas se juegan de verdad. Mi lugar de militancia está en el barrio, con la gente. Esto de acá es puro pasatiempo, pura paja.

—Perfecto, vení, cumplí, y cobrá el sueldo.

—Voy a venir cuando tenga tiempo, cuando pueda.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Una o dos veces por semana.

—No creo que le caiga muy bien a los que vienen todos los días, pero si las cosas son así, que sean así. Vení cuando quieras.

Era una decisión de su organización y no se podía discutir. El ministerio, a veces, tenía otras compensaciones.

—Ana, llegaron invitaciones para una privada de *La Patagonia Rebelde*. ¿No querés colarte?

Ana Amado, la santiagueña que había aparecido el año anterior, en plena veda, estaba trabajando en un programa del ministerio en radio Argentina con Norman Briski. El programa se llamaba *Ruidos en la cabeza* y era muy lanzado:

—Hoy, frente al peronismo de los traidores que anida en el Movimiento y en el Ministerio de Trabajo, vamos a estar en las puertas de la fábrica Bagley tomada por los obreros, y dedicar el programa al Che Guevara, el heroico guerrillero.

Empezaba Briski, y Ana retomaba:

—Efectivamente, además de un móvil en la puerta de la fábrica tomada, hoy tenemos un poeta villero, un exiliado boliviano amigo del Inti Peredo, que nos va a recitar un poema sobre Ernesto Guevara...

Entonces Taiana llamaba a Zabala para pedirle que pararan un poco, que los iban a levantar en peso a todos. Y Andrés llamaba a Nicolás, y Nicolás a Ana:

—Servime de control. Yo no puedo llamar a Norman, primero porque Norman es la figura; segundo, me peleo con él violentamente. Entonces te voy a pedir que nosotros tengamos un enganche...

—Pero yo no puedo controlar a Norman. Él hace lo que quiere, yo...

Nicolás insistía, porque Taiana lo seguía corriendo:

—Mire, Casullo, levántelo y listo. No hay más. Mañana lo sacan y chau, se acabó el problema.

—No, doctor, deme una chance más. Vamos a hablar con él.

Y Nicolás volvía a llamar a Ana. Y, a fuerza de llamarla, empezó a querer llamarla más.

—Che, me llegaron unas invitaciones para ir a ver una privada de *La Patagonia Rebelde*, esta noche. ¿No querés venir?

—*La Patagonia* la vi la semana pasada. A solas con Perón.

Le contestó ella, distraída, distante, y Nicolás casi se cae de espaldas. No se sentía preparado para disputarle una mina al gran caudillo.

—¿Cómo, a solas con Perón?

—Ni te cuento la escena que tuve que vivir. Estoy de guardia en Olivos como muchas noches, por el noticiero del 7. Hace un frío increíble. De pronto sale Perón a caminar solo, con todos sus perritos, y me invita a la sala de proyección de la quinta, que le van a pasar *La Patagonia rebelde*. Fuimos caminando despacio, me habla de tango, la música que más lo emociona. Me dijo que Marini, por ejemplo, lo deshacía. Nos sentamos en las butacas y empieza la proyección. Pero a los diez minutos se corta, se encienden las

luces, ni él ni yo entendemos nada. Al rato largan el rollo de otra película, una policial francesa con Ives Montand. La vemos completa. Al terminar Perón me comenta: «no me dejaron ver *La Patagonia*», y se sonríe. Y empieza a hablarme del policial negro francés, el que más le gusta. Me dice: «porque los franceses tratan psicológicamente el delito, al criminal, y eso cambia todo, m'hijita». Después parece pensar un poco y agrega «es distinto lo que hacen los yanquis, que van más a la acción, a la refriega, o los británicos, donde todos los personajes son iguales y hay que adivinar como en una ruleta». A la salida lo está esperando López Rega con un poncho. Y le pregunta: «¿Le gustó la película, General?».

En síntesis: Ana no había visto *La Patagonia rebelde*, y aceptó ir a verla con Nicolás, esa noche. Después de la película se fueron a comer, y terminaron durmiendo juntos en el departamento de él, y se volvieron a llamar al otro día, y al otro. Se encontraban siempre tarde, después de trabajos y militancias, y muchas veces hablaban de lo bueno que sería interrumpir de pronto todo, sólo por una semana, y salir a la calle y vivir como si no pasara nada. Pero no podían: con sólo leer el diario cada mañana la realidad los agarraba del cogote. Y, además, quizá no lo hubieran soportado.

Mayo de 1974. *La Patagonia rebelde* ya llevaba un mes enterrada en el Ente de Calificación Cinematográfica y muchos se inquietaban: decían que el representante del ministerio de Defensa ante el Ente se oponía a que la autorizaran porque la película de Héctor Olivera mostraba al Ejército fusilando obreros anarquistas que luchaban por mejorar sus condiciones de vida en las estancias del sur a principios de los años veinte. *La Patagonia rebelde* se basaba en la investigación minuciosa de Osvaldo Bayer, publicada en los dos tomos de su libro *Los vengadores de la Patagonia trágica*: en 1921, las tropas a cargo del teniente coronel Héctor Benigno Varela, con orden firmada por el presidente Hipólito Yrigoyen y ayuda de los estancieros, masacraron a los obreros rebeldes. En sus ediciones del 28 y 29 de mayo, *La Opinión* abrió la polémica; el primer consultado fue Bayer:

«En primer lugar, Olivera extrajo de los dos volúmenes publicados las partes que consideró fundamentales y me encomendó elaborar el guión sobre esa base», explicaba Bayer, y decía que «las acciones de guerra se concentraron en tres lugares, cuando en realidad los fusilamientos reales acaecieron en siete; sin embargo, la esencia de los hechos fue absolutamente respetada». Sobre la cantidad de muertos, dijo que «en los partes de guerra figuran 75, entre “fusilados y muertos al huir”. Los 1500 que citan algunas

fuentes pueden ser una exageración, aunque ningún comunicado militar desmintió esa información. Pero de acuerdo a los documentos existentes, debo decir que podrían calcularse entre un mínimo de 250 y un máximo de 500». Y que «la represión no terminó con la acción militar. Fue seguida por las acciones de la “gendarmería volante”. Hubo muchos fusilamientos aislados, registrados por denuncias de familiares ante jueces, que acusan a la policía y a ese cuerpo especial. Yo mismo descubrí en cementerios cráneos con huellas del tiro de gracia, que según el parte del entonces capitán (Elbio) Anaya fueron muertos al huir». Bayer terminaba diciendo que «aún a riesgo de ser reiterativo, señalo que es la primera vez que en una película histórica se trató de basar cada escena en testimonios reales, resueltos tras una larga investigación».

En *La Opinión* del día siguiente, el general Elbio Carlos Anaya no estaba de acuerdo. El general Anaya tenía 85 años, había sido capitán en el estado mayor del coronel Varela, ministro de Frondizi y su hijo era, en esos días, comandante en jefe del Ejército:

«—General Anaya, ¿cuál es su opinión sobre el libro de Bayer?

»—Afirmo categóricamente que ese libro falsea los hechos...

»—¿En qué se basa para estas afirmaciones?

»—El señor Bayer estuvo aquí, en mi casa, y yo le facilité sin restricciones toda la amplísima información de que dispongo, además de los testimonios directos que podía brindar como protagonista sobreviviente de muchos hechos que en el libro aparecen después desvirtuados. Basta leer los comentarios que hace el señor Bayer a la reproducción textual de los partes oficiales del Ejército para comprender cuál es su intencionalidad y su ideología. Si hubiese sabido que era el mismo autor de un libro igualmente intencionado sobre el líder anarquista Severino Di Giovanni no era yo quien lo recibía en mi casa».

Después, Anaya dijo que el coronel Varela había sido efectivamente radical en el levantamiento de 1905 pero que en 1921 «lo único que le preocupaba era su carrera militar» y que no actuó de acuerdo a órdenes de Yrigoyen sino a la «planificación del Ejército». Entonces, el periodista le preguntó si era cierto que, como afirmaba Bayer, él llamaba «maleantes» a los huelguistas.

«—Sí señor, maleantes. Una cosa eran los huelguistas reclutados por los cabecillas y llevados como ganado y otra cosa eran las bandas armadas que concretaron —repítalo textualmente— el primer ensayo de guerra revolucionaria que hubo en la Argentina. Pero basta leer al señor Bayer para

tomar nota de cómo se contradice, porque por un lado acusa al Ejército de masacrar huelguistas siempre que describe las acciones de las patrullas militares, pero en otras partes admite que se trata de “huelgas revolucionarias” o que algunos líderes tenían muy poco de dirigentes gremiales. (...)

»—¿Cuál fue la verdad sobre los fusilamientos?

»—Se fusiló estrictamente de acuerdo con el Código Militar, previa constitución de consejos sumarísimos y sólo a criminales y responsables probados. En el caso de Bella Vista, por ejemplo, supe que se ejecutó entre 15 y 20 sujetos, poniéndose a disposición de la justicia letrada del territorio a 87 acusados y dejándose en libertad a algún responsable al que se adjudicó el beneficio de la duda. (...)

»—¿Ha visto usted el film *La Patagonia rebelde*?

»—No lo he visto y desconozco qué relata y cómo lo relata. Me gustaría verlo. Dicen que tiene problemas para que se autorice su exhibición. Me extraña mucho, porque si el gobierno le ha prestado más o menos 50 millones a sus productores, se le han brindado facilidades oficiales y también oficialmente se la ha declarado “de interés especial”, algo raro ha ocurrido, y sería entonces cuestión de averiguar por qué se tira la plata en esa forma y quiénes son los responsables.

»—¿Desea agregar alguna cosa más?

»—Sí señor. Por este camino no se va hacia la tan ansiada reconciliación nacional, ni se marcha al reencuentro sincero del pueblo con sus Fuerzas Armadas, tan necesario en los días que corren. Por el contrario, invocando el servicio a la verdad histórica se agravia la memoria de gobernantes y se envilecen servicios de soldados dignos que no pueden levantar la losa que los cubre para refutar los cargos, soldados sin cuyo esfuerzo la Patagonia no habría dejado de ser tierra de nadie».

Pocos días después, el Ente de Calificación permitió la exhibición de *La Patagonia rebelde*.

—Compañeros, acá, además del desabastecimiento, los trabajadores estamos sufriendo el congelamiento de los salarios. Entonces, tenemos que pagar en el mercado negro precios altísimos mientras nuestros ingresos siguen igual... ¡Esto no lo podemos permitir, compañeros! ¿Qué significa el congelamiento de las paritarias? ¡Significa que los trabajadores somos el pato de la boda de este pacto social, compañeros!

Decenas de obreros de Propulsora Siderúrgica aplaudían, y Daniel De Santis se agrandaba subido al tambor de 200 litros. Empezó a mover la mano amenazante:

—Así que vamos a mostrarle a la patronal y a la burocracia que los trabajadores estamos de pie. ¡Por eso, mañana tenemos que estar todos en la asamblea, compañeros...!

Eran las dos de la tarde. Ese miércoles 22 de mayo, los militantes de la lista Blanca sentían que recuperaban la iniciativa. Esa noche, mientras volvía a su casa en la zanella 175, Daniel pensaba que con sólo un año en la fábrica ya se había ganado un lugar en el centro de la pelea. Estaba satisfecho. Cuando llegó, su compañera lo esperaba con las milanesas listas. Silvia Kreilis estudiaba veterinaria y trabajaba como asistente de un dentista, preparando las pastinas, atendiendo el teléfono y cobrando. Hacía dos meses que se habían ido a vivir a una casa operativa con Susana Gaggero y Carlota.

—Hola, amor, ¿y las compañeras?

—No sé, no me dijeron nada, desde la mañana que no las veo.

Los cuatro compartían una célula: la responsable era Susana. En las reuniones hablaban sobre Propulsora pero ahora, que entraban en un conflicto fuerte, Daniel a veces pensaba que no tenía suficiente apoyo del PRT, que estaba haciendo todo bastante solo. Aunque esa tarde, por lo menos, había podido arreglar que un equipo de simpatizantes fuera a hacer pintadas.

Todos hicieron lo mismo: JTP, PB, PC, PST, PO. Los paredones de la fábrica ardían de consignas contra la burocracia y la patronal. La mejor era «Al Murmullo lo vamos a echar a gritos», firmado «Los obreros».

El Murmullo era el jefe de la UOM en Propulsora. El jueves 23 a las dos de la tarde sonó la sirena. Todos estaban al tanto de que en el cambio de turnos había una asamblea convocada al margen de la comisión interna. Se habían juntado como 600 obreros: el escenario eran tres tambores de latón en la puerta. El Turco le dijo a Daniel que largara él, que tenía la voz más fuerte y más clara. Daniel no dudó:

—¿Dónde están los de la interna? Yo me pregunto, compañeros: ¿por qué no dan la cara en esta asamblea democrática de los trabajadores? ¿Será que saben hacer fraude con las elecciones de los trabajadores pero se les frunce el culo cuando tienen que ir a pelear por nuestros derechos? Les pido a los de la interna que se presenten aquí, que den la cara. ¡¿Dónde carajo están?!

—¡Se escaparon por el fondo!

Avisó uno. Los trabajadores se iban calentando. Sin oponentes, todo era más sencillo. Daniel dijo que el 13 por ciento de aumento que había dado el

gobierno a fines de abril era una burla a los bolsillos obreros y fue al grano:

—¿Cuánto vamos a pedir de aumento? ¿Setenta mil pesos...?!

—¡¡Nooo!!

—¿Ochenta mil pesos?

—¡¡Nooo!!

—¿Noventa mil pesos?

—¡¡Nooo!!

—¿Cien mil pesos, compañeros?

—¡¡Sííí!!

Hablaban en pesos viejos: eso suponía un aumento de mil pesos, casi un sueldo mínimo —o la jubilación mínima, que entonces era más o menos lo mismo. Enseguida, el Turco planteó que la asamblea eligiera una comisión de quince para que elevara el pedido. Los quince elegidos recorrieron los quinientos metros hasta las oficinas, algunos con ropas de trabajo, otros de campera. Cuando entraron, la secretaria no entendía nada.

—¿Perdón...?

—Con el gerente de personal, por favor.

—¿Tienen audiencia?

—Tenemos mandato de la asamblea.

—¿Me puede adelantar el tema, así se lo transmito?

—Sí, cómo no. Dígale que le vamos a dar el petitorio de la asamblea.

La morocha de traje sastre entró en pánico. Tecleó un intercomunicador grande y ruidoso y buscó alguna manera de mantenerse neutral.

—Señor Fidanza, discúlpeme que lo moleste. Acá hay unos señores que le quieren elevar una solicitud...

El gerente dio instrucciones precisas: que dejaran sus nombres y el motivo del pedido. Ya les contestaría. Al rato, los delegados informaron a los obreros que la patronal iba a contestar y resolvieron seguir en estado de asamblea hasta que llegara la respuesta. La asamblea se trasladó al interior de la planta. Los capataces y empleados de guardapolvo blanco se retiraron, los obreros vestidos de verde discutían en grupos chicos. Por un intercomunicador, un supervisor les dijo que con la planta tomada la empresa no dialogaba.

—Pero si no tomamos la planta...

—Entonces tendrían que empezar a producir.

—Pará, no nos metamos en quilombos mayores, que nos contesten al pedido.

Pasadas tres horas, Daniel De Santis se impacientó:

—¿Y ahora qué carajo hacemos, Rave?

—Organicemos el control de las entradas y salidas, hagamos una colecta para comprar comida y una comisión de propaganda para que se informe la situación; qué se yo, hagamos todo lo que podamos. Si no la inacción nos va a matar, tenemos que estar todos ocupados en algo.

A las nueve de la noche apareció un funcionario del ministerio de Trabajo de la provincia, seguramente avisado por la empresa, igual que los patrulleros que se habían instalado en la puerta. La charla con el funcionario parecía cordial, hasta que el tipo se puso grave:

—Bueno, muchachos, ¿y cómo están los rehenes?

—¿Qué rehenes?

—¿Cómo qué rehenes?

Cherry, Rave, De Santis y Delaturi le juraron al del ministerio que no había rehenes y el tipo se fue volando a hablar con los ejecutivos. Diez minutos después se subieron a los autos y salieron precipitadamente. A las diez de la noche la planta estaba tomada: no había ni un empresario ni un guardia. La comisión de 15 se amplió a 33, tal como establecían los estatutos para el cuerpo de delegados.

En el vestuario, las oficinas de la planta y el taller mecánico improvisaron camas con papeles de envolver bobinas y algunas mantas que consiguieron. Al principio sólo había unos pocos calentadores, pavas y mates; a medida que avanzaba la noche empezaron a llegar sándwiches, gaseosas, bastante ginebra y muchas radios portátiles. A la mañana siguiente, ante la evidencia de que la comisión interna no iba a participar de la toma, algunos decidieron dar el golpe de mano.

—Muy simple: se convoca al cuerpo de delegados, se le proponen cinco nombres para formar una comisión interna nueva y, si los aprueba, se lo lleva como moción del cuerpo de delegados a la asamblea y ahí se vota.

La propuesta fue del Turco Cherry, de la JTP, que hablaba sin respiro y tenía buena muñeca sindical. Entre los cinco que proponía Cherry estaba él. Cumplidos los requisitos, los cinco salieron en dos autos hacia la gobernación de La Plata y la UOM de Ensenada, que eran más o menos la misma cosa. En la casa de Gobierno los recibió un funcionario en nombre de Calabro y en la UOM, otro en nombre de otro que respondía a Calabro. Los periodistas los seguían a todos lados. Héctor Dateo, jefe de la seccional de La Plata, no los recibió. Lo reemplazó Rubén Diéguez, diputado provincial y secretario adjunto. Los sindicalistas relativizaron la situación: decían que la mayoría de los trabajadores no participaba de la ocupación, que los que estaban adentro habían sido engañados como chorlitos y que si no levantaban la medida no

había diálogo posible. «La asamblea que ellos solicitan la convocará directamente el gremio», dijo Diéguez a la prensa.

La unidad básica de Einstein y Santo Domingo, donde militaba Graciela Daleo, cerró en esos días. Cada vez había más ataques contra centros de la JP, y la conducción de la zona pensó que era más fácil concentrar fuerzas y mantener y defender un solo local. Graciela y sus compañeros se mudaron a la UB de Urquiza y Rondeau: la Mártires de Trelew.

Pese a la mudanza, las tareas seguían parecidas: la reunión semanal del ámbito, los timbreos y charlas con los vecinos del barrio, las actividades en el club, las discusiones sobre los editoriales de *El Peronista* o algún documento que llegara, las pintadas, que ahora había que preparar mejor y realizar con más medidas de seguridad. Habían discutido si tenían que salir armados y habían decidido que no, pero iban en equipos de uno que pintaba, otro que se quedaba al lado y dos «campanas», que se paraban en las esquinas para avisar si venía alguien: en esos días, la mayoría de las pintadas se dedicaba a putear a López Rega, a Villar y a Margaride.

Una de las mujeres secuestradas junto con Alberto Camps, su compañera Rosa Pargas, estaba embarazada: el 24 de mayo, ya a punto de parir, la internaron en la maternidad Sardá. La maternidad estaba en jurisdicción de la segunda: los militantes de la UB Mártires de Trelew decidieron ir en manifestación a pedir la libertad de la detenida.

Eran cincuenta o sesenta y tenían un par de cartelitos de cartón. Graciela llevaba uno que decía «libertad a Rosa, militante peronista». Pero la maternidad estaba rodeada de camiones celulares, motos, policías que empezaron a tirar granadas de gas. La desbandada fue más o menos rápida. Graciela y Betty corrían por Caseros; Betty llevaba el cartel pero, para no ser demasiado identificables, decidieron dejarlo en la entrada de un negocio cerrado. Cuando llegaron a la unidad básica, Nita, la responsable de la zona, les preguntó qué había pasado con el cartel.

—Nada, lo tuvimos que dejar por ahí.

—¿Cómo dejar por ahí? ¿Dónde por ahí? Los carteles no se abandonan, compañeras. De últimas son como las armas: el militante tiene que defenderlas cueste lo que cueste.

Graciela la miraba con sorpresa: se decía que no era el estandarte de la JP, ni la bandera montonera manchada con la sangre de San Martín; que era un cartón pintado. Pero Nita estaba embalada:

—No, no se puede abandonar así, es una falta grave. Vayan a buscarlo y traiganlo de vuelta.

Graciela no estaba en absoluto de acuerdo, pero no se atrevió a decirle nada. Betty sí:

—Pero flaca, si nos ven con eso nos meten en cana, es como andar con un semáforo en la cabeza diciendo yo fui a la movilización. No vamos a ir en cana por un cartón, flaca...

—No sé, arreglenselas para que no las agarren, pero traiganlo. Si no, les va a caer una crítica muy seria.

Graciela y Betty se resignaron a cumplir las órdenes y fueron a buscar el cartel. Graciela iba asustada y rumiando bronca contra su responsable que la mandaba a hacer algo que le parecía tan inútil, y contra ella misma por no atreverse a hablar, a oponerse a una orden que le parecía equivocada. Mientras caminaba tenía la esperanza de que el cartel ya no estuviera allí, pero estaba. Por un momento se le cruzó por la cabeza la idea de que ojalá la metieran en cana, así Nita se daba cuenta del error que había cometido. Pero enseguida pensó que no, que era una boludez.

Tres días después la JP convocó a una marcha a la cárcel de Devoto para «conmemorar el primer aniversario de la asunción del gobierno popular y la liberación de los combatientes populares producida por ese mismo gobierno, y exigir la libertad de los presos peronistas». *El Peronista*, en su editorial, con la firma de Miguel Lizaso, decía que «la ley que se promulgó para poner coto a la ultraizquierda, a partir de los hechos de Azul, termina aplicándose contra los trabajadores peronistas. Ésta es la verdadera pata de la sota. Esto es lo que los diputados de la JP no estuvieron dispuestos a avalar. Por eso renunciaron a sus bancas. A la ultra se la derrota con el pueblo movilizado, dando respuesta a sus legítimas aspiraciones. Ésta es la más formidable defensa que puede tener un gobierno elegido por 7 millones de votos. Atrincherarse en la represión, conducida y ejecutada por los comisarios López Rega, Villar y Margaride, es distanciarse del mandato del 11 de marzo, es atentar contra la unidad de las fuerzas populares».

El día de la marcha Graciela tenía que estar en su unidad básica al mediodía. Pero tuvo miedo, y decidió no ir. Después, cuando llegó la hora, se arrepintió, y fue sola hacia el lugar de la movilización, Lastra y Beiró. Cuando estaba llegando vio a sus compañeros que corrían, huyendo de los gases. Esa tarde hubo unos doscientos militantes detenidos.

Mayo de 1974. La Iglesia romana había puesto en juego todas sus influencias para acabar con la ley que permitía el divorcio, pero los italianos se opusieron: el domingo 12, el 59 por ciento votó a favor de la vigencia de la ley Fortuna, que posibilitaba la disolución del vínculo matrimonial. En Italia se separaban, cada año, unas 20.000 parejas: la mitad que en Francia. «A pesar de las exhortaciones de los obispos y del propio Papa Paulo VI, un gran porcentaje de católicos se pronunció en contra de la abrogación de la ley —decía un cable de *France Presse*—. En las provincias campesinas el porcentaje de votos fue escasamente superior para los antidivorcistas, mientras que en las grandes ciudades industriales hubo un abrumador consenso de los partidarios del divorcio. Tal vez ese desequilibrio fue determinante en el resultado final de la votación. Italia, considerado el país más católico del mundo, no sólo pareció darle la espalda a la alta jerarquía de la Iglesia, sino al propio partido gobernante, la Democracia Cristiana, que postulaba la derogación de la ley».

«La Democracia Cristiana —seguía el cable—, la gran perdedora de la jornada, se ve envuelta ahora en una vorágine política que puede determinar que se allane al “compromiso histórico” propuesto por los comunistas para la formación de una nueva coalición política que gobierne al país. Enrico Berlinguer, secretario general del PC italiano, hizo declaraciones que dejaban entrever esa posibilidad, aunque fue cauto en la interpretación de los efectos políticos de la votación. Dijo que el resultado era un “gran triunfo del país” que buscaba cambios profundos y definitivos».

En Francia, el domingo 19, el candidato de la derecha Valéry Giscard d’Estaing se impuso a François Mitterrand por un escaso margen —50,8 por ciento contra 49,2— y se convirtió en el tercer presidente de la Quinta República. Giscard, de 48 años, era descendiente de aristócratas y burgueses, terratenientes y ministros. De diputado liberal pasó a ministro de Finanzas de Charles de Gaulle y de ahí al Elíseo.

«Los especialistas en marketing le habían aconsejado situar, junto a su figura calva y esbelta, que transmite una cordial sensación de aplomo, un poco de inocencia y ternura. En los afiches aparece también su hija, bella como un hada. Por lo demás, los peritos en medios audiovisuales reemplazaron su mirada cortante por otra cálida, interesada en el prójimo. Todo sea por obtener siete décimas más que el 50 por ciento», escribía Osiris Troiani. «Lo malo es que ahora, durante siete años, Giscard deberá ser cada vez más simpático y humano, porque buena parte del *petit peuple* ha tomado en serio las reformas que él bloqueó durante nueve años y que ahora ofreció a

sus votantes. Pero también ofreció detener la inflación, y para eso necesitará no de su sonrisa, sino de su calva prematura».

La izquierda había conseguido su mayor cantidad de votos desde la instalación de la V República, en 1958, pero no le alcanzó. Y los analistas aseguraron que el voto femenino había sido un factor decisivo en la derrota de Mitterrand: decían que, ante la recesión, muchas mujeres prefirieron un conservador a un socialista. El otro elemento importante fue el fantasma del comunismo: los propagandistas de Giscard se ocuparon de insistir en que votar a Mitterrand era lo mismo que votar a Georges Marchais, el líder del partido Comunista francés, que apoyaba al candidato socialista. Los socialistas oscilaban entre la pena por la derrota, y la esperanza: se habían llevado buena parte del voto juvenil, y decían que eso era un buen augurio para las siguientes elecciones presidenciales, las de 1981.

Ese sábado, el clima en Propulsora seguía siendo entusiasta. El domingo muchos se fueron a comer con la familia; en la fábrica ocupada algunos escuchaban el partido en la radio, otros mataban el tiempo jugando al truco. Daniel De Santis tuvo un momento de preocupación. Se acercó al Pampa Delaturi y se lo llevó a caminar por el depósito:

—Che, hermano, me parece que nos estamos quedando sin línea. Algunos se agitan demasiado y quieren hacer asambleas cada dos horas y otros te dicen que hay que esperar el laudo de la secretaría de Trabajo. Y la verdad, ninguna de las dos: la gente se cansa de escuchar y escuchar, y los de Trabajo, si no hay movilización nos van a romper el culo... ¿Y nosotros qué proponemos?

—Paciencia, De Santis. Yo te voy a decir mi fórmula. Hay que meterse en la cabeza que siempre, pero siempre que hay un reclamo legítimo, el problema lo tienen los otros: los de la patronal, que tienen acopio de mercadería y no la largan, y eso lo vamos a denunciar; y los traidores, que tienen terror que el conflicto se les extienda... Nuestros quilombos son un poroto al lado de los de ellos, un poroto, creeme. No bien empiece a venir la solidaridad, los ponemos contra la pared, creeme.

El Pampa contagiaba entusiasmo y seguridad. Daniel se decía que el tipo era un cuadro, que no era el primer conflicto que encabezaba y que, en cambio, él era apenas un militante voluntarioso y que al movimiento obrero lo conocía de afuera. Esa mañana el cura Félix Bianchini, Chicho, del barrio de Cambaceres, había llenado la iglesia con un sermón a favor de los muchachos de Propulsora, y empezaron a centralizar el apoyo en la parroquia. El lunes los obreros de todos los turnos estaban en la planta, preguntándose qué

pasaría. Los de la interna intentaron presentar un petitorio a los directivos pidiendo que aumentaran el sueldo, que reconocieran a la nueva comisión interna, que no hubiese despidos, que no les descontaran los días no trabajados y que los policías que rodeaban la planta no reprimieran. Pero no los recibieron.

Quique Juárez, dirigente de la JTP, y el diputado Leonardo Bettanín se presentaron en la fábrica hacia el mediodía. Rave, el del PB, había llevado a Ortega Peña. Hablaron con los obreros, los alentaban, les decían que expresaban la conciencia más alta de la clase trabajadora, que eran un orgullo para el peronismo y también para el no peronismo y que se parecían a los patriotas de mayo de 1810. Radicales, judiciales, estudiantes, vecinos de Ensenada, toda clase de agrupaciones mandaban delegaciones, cartas, cajas con comida, estufas eléctricas, pulóveres y dados. A la tarde llegó el juez penal y varios carros de asalto más. Bettanín hizo de intermediario con la justicia y los directivos de Propulsora. Se reunió con los cinco de la interna.

—Muchachos, denme un margen de negociación... No podemos ir al todo por el todo, vamos a perder.

—Si contestan al petitorio, nosotros abandonamos la planta enseguida, pero si nos ponen entre la espada y la pared, se arma la gorda. Que les quede claro: no vamos a aflojar.

Delaturi sabía que Bettanín iba a tirar para el lado del Turco Cherry y que la Tendencia tenía mucho peso, pero él seguía llevando la voz cantante. Pasaron las horas. Afuera sonaban las sirenas de la policía, adentro desplazaban máquinas rodantes y bobinas de varias toneladas para tapar los accesos. Se preparaban para la batalla campal. El diputado y el juez hicieron de intermediarios. Los directivos de Propulsora cedieron un paso: recibieron a los huelguistas. A las ocho y cuarto uno de los ejecutivos se reunió en un pasillo entre dos oficinas con el Pampa y tres delegados más, en presencia de Bettanín. Todo tenía un tono informal. El ejecutivo les dijo que la empresa no les descontaría los días de paro y que, si todo quedaba ahí, no habría despidos. El Pampa se volvió corriendo a la planta.

—Y, Pampa, ¿qué te dijeron? ¿Van a dar el aumento estos guachos?

—Asamblea, vamos a asamblea. Nosotros informamos todo a todos los compañeros, no andamos con murmullos...

A los pocos minutos, el Pampa Delaturi gritaba que era un triunfo obrero, que de hecho habían logrado el reconocimiento de la asamblea obrera que había barrido con la burocracia, que a través de la lucha organizada se había

logrado un avance, pero que mientras no abandonaran la fábrica, la patronal no hablaba más.

—Ellos dicen que nosotros recurrimos a la fuerza, pero yo les pregunto, compañeros: ¿acaso ellos no viven de nuestra fuerza? Me refiero a nuestra fuerza de trabajo, compañeros. Nosotros no vamos a caer en el infantilismo ni en el aventurerismo, pero tampoco vamos a negociar desde la debilidad...

—¡Grande, Pampa!

—¡No aflojés!

El Pampa Delaturi había llevado un poco de tranquilidad. La asamblea empezó a discutir qué hacer. Muchos preferían aceptar esa salida; otros se entusiasmaron y convocaban a resistir hasta la última gota de sangre. Ya eran las diez de la noche y hubo moción única: primero, resistir cualquier intento de desalojo violento de la planta; segundo, mantener vigente el petitorio; tercero, continuar el diálogo.

Lo raro era que, al final de la asamblea, no volvían a trabajar, ni a sus casas. Algunos se fueron a dormir, otros a jugar al truco, la mayoría seguía maratónicas discusiones en grupitos. Los de la comisión interna estaban desvelados. En plena madrugada, cuando todo era silencio, Daniel escuchaba al Pampa. Miraba las máquinas, el acero y tenía un sentimiento contradictorio: por un lado, lo asaltaba la idea de que el poder obrero era así: hacerse cargo de las fábricas, terminar con la plusvalía y chau; por otro, sabía que afuera estaban la policía, las leyes, los sindicalistas que arreglaban bajo cuerda, los empresarios, todos dispuestos a saltarles al cuello. En medio de la turbulencia, de la confusión, le escuchó al Pampa algo que le pareció magnífico:

—Ésta es la lucha de clases, compañeros. Pero ojo, cuando uno salta de la lucha económica a la lucha de clases tiene que medir muy bien la fuerza, porque si te largás antes de tiempo te tiran con toda la fuerza del capitalismo encima...

Al rato quedaron en que tenían que negociar una salida decorosa de la ocupación de la planta y que tenían que seguir buscando solidaridad afuera. No les había ido tan mal: hasta Balbín y Tróccoli se habían mostrado comprensivos con la actitud de los obreros. Daniel tenía frío y sueño pero estaba feliz: hacía menos de un año que estaba en la fábrica y sentía que en esas horas se le revelaba cómo era una revolución obrera: muy difícil y a la vez muy posible. Se acurrucó envuelto en una manta y mientras se dormía imaginaba cómo se lo iba a contar a Silvia, su compañera, que le había mandado una marmita con comida y cigarrillos y que estaba con las esposas

de otros obreros yendo a ver políticos y armando revuelo en el vecindario. Daniel tuvo ganas de acariciarla: la pasión de la lucha le despertaba otras pasiones y empezó a dormirse entre el sueño de las caderas de Silvia y la excitación de arrebatarse el poder a la burguesía.

El martes 28, después de lavarse la cara en los vestuarios y tomar unos mates, los obreros de Propulsora volvieron a reunirse en asamblea y acordaron desalojar la planta. A las once de la mañana firmaron un acta. Los directivos de la empresa prefirieron no aparecer y el encargado de recibir las instalaciones fue un comisario de Ensenada. El Pampa dio por terminada la ocupación:

—Compañeros, vamos a salir en perfecto orden, vestidos con los uniformes de trabajo y organizados por secciones. ¡Vamos a mostrarles lo que es la disciplina obrera! ¡Vamos a mostrar la dignidad de los trabajadores, que tenemos una sola palabra y que cumplimos con el acuerdo! ¡Adelante, compañeros...!

Afuera estaban militantes de todas las tendencias, vecinos, curiosos y una docena de carros de asalto. Primero salieron los de Producción con cascos amarillos, después los de Taller y Mantenimiento con cascos azules, finalmente los de Control de Calidad con cascos grises. Los de la guardia de infantería también tenían cascos y los miraban con ganas, como a la salida de la cancha de Gimnasia. Había gritos, aplausos, puteadas a la cana. Uno de la columna empezó:

—Oid mortales, el griiiiito sagraaaado...

Y enseguida el resto lo siguió:

—¡Libertad, libertad, libertaaaad!

Los policías hicieron la venia. La marcha siguió hasta la delegación del Ministerio de Trabajo en 7 y 49, pleno centro de La Plata. Ahí tenían cita con los delegados del ministro Otero. Los que encabezaban la marcha pasaron el vallado custodiado por perros y policías. Un oficial se adelantó:

—Sólo pasan seis personas. Los demás tienen que permanecer detrás de la cerca.

Pero corrieron una valla y se colaron todos los del cuerpo de delegados sin que el oficial atinara a nada. Atrás había unos cinco mil manifestantes. El grueso de la delegación se quedó en el hall: entraron el Pampa Delaturi, el Turco Cherry y Daniel De Santis. Adentro estaba el delegado del ministerio, Centeno Quiroga, y su secretario, Darío Alessandro. Durante tres horas dieron vueltas sobre lo mismo. Daniel sentía que la sangre calabresa le hacía latir la frente.

—Vea, Quiroga, esto así no tiene solución. Nosotros queremos una reunión tripartita, el Ministerio de Trabajo, la empresa y nosotros, la comisión interna. Si no, el conflicto se va a agravar.

—Pero no, querido, primero que ustedes estatutariamente no son comisión interna, ustedes asumieron una representación que no les corresponde.

El Turco Cherry saltó:

—¡No le voy a permitir que se ponga del lado de los fraudulentos de la lista Azul, que fueron repudiados por todos los compañeros! ¡No se lo voy a permitir!

El Pampa se metió en el medio:

—No te calentés Turco. Terminemos la reunión. No hay problema, ellos no reconocen la representatividad, no hay problema. ¿Por qué no van a decirle a los trabajadores de Propulsora que ustedes no nos reconocen? Vayan, nosotros los acompañamos. ¿Qué pasa? ¿No se anima, Quiroga?

Ya eran las nueve de la noche, y hacía frío. A la salida, con su voz ronca, el Turco informó sobre el estancamiento de las negociaciones:

—Así que, compañeros, nosotros proponemos mantenernos en estado de asamblea permanente y que antes de disolver esta movilización, compañeros, vayamos hasta la sede de la gobernación, para que ese señor que está ahí sepa lo que piensan los trabajadores de Propulsora.

—¡Calabró,/ Calabró,/ la puta que te parió!

Al cabo de una hora Daniel estaba solo en plaza Italia. Antes de ir a la parada del colectivo se paró en un quiosco.

—Deme *La Razón*.

El diario destacaba una reunión entre Perón, dueños de medios y gente del espectáculo para discutir si los canales debían ser privados o estatales. Perón anunciaba la creación de una comisión para debatir el asunto: «Muchos son partidarios de que las empresas de televisión sean nacionales, muchos otros quieren que sean privadas, y hay quienes pretenden un proceso mixto, es decir que parte sea del Estado y parte sea privada. Yo creo que en esto los que deben decidir son ustedes, porque son los realmente interesados y los que conocen a fondo el problema... El Estado no tiene otro interés que el de disponer de una excelente televisión y que los hombres que trabajan en esa actividad estén contentos, porque siempre se hace mejor lo que se realiza contento», había dicho el presidente. Daniel tuvo la sensación de que había dos países distintos: todo eso le sonaba a farándula, a hipocresía y, sobre todo, tan ajeno. Quedó un poco reconciliado cuando, un poco más abajo, leyó las palabras de Luis Brandoni, que había hablado en nombre de la Asociación de

Actores: «Nos ponemos a disposición de usted y de la Secretaría de Prensa para empezar a trabajar en este asunto de la nacionalización de la televisión, con todo lo que nosotros podamos aportar como fuerza de trabajo. Como usted bien lo subrayó, nadie mejor que los que sufrimos la explotación conocemos este metier...».

Daniel llegó a la casa, puso el calefón al máximo y se dio una ducha de media hora. Cenó con Silvia, se tomó media botella de tinto y lo último que se le ocurrió fue ver televisión. Silvia estaba con esa polera negra de cuello volcado que le marcaba tanto el cuerpo. Hacía seis días que en su vida todo era conflicto, así que el olor de Silvia le impidió comer el budín de pan con caramelo que le había preparado de postre. Se fueron enseguida a la pieza y cerraron la puerta con llave, por si llegaban las otras compañeras que vivían en la casa operativa. Nueve meses después, cuando nació Ernesto, su primer hijo, Daniel y Silvia supusieron que lo habían concebido esa noche del martes 28 de mayo de 1974.

Tucumán no tenía el mismo aspecto de siempre. A fines de abril el gobernador de Tucumán, Amado Juri, declaró ilegal el conflicto de los choferes de colectivos y les mandó la policía a repartir palos a una concentración en la Quinta Agronómica. En esos días, la policía empezó a soliviantarse y Juri creyó que le iban a hacer algo parecido a lo de Navarro en Córdoba, y que él podía terminar sus días como Bidegain. La FOTIA había lanzado un plan de lucha por la reapertura del ingenio La Esperanza, que daba trabajo a 500 familias. Atilio Santillán, antes de largar el paro, jugó una última carta: viajar a Buenos Aires y pedir una entrevista con Perón. Osvaldo Debenedetti había ido a la casa de Antonia Nieves y evaluaba la situación:

—Este Santillán se está burocratizando. Por suerte ahí tenemos buen trabajo del partido y eso va a presionar para que no negocie el conflicto.

Dos militantes del PRT —Leandro Fote y Miguel Soria— estaban en el comité ejecutivo de once miembros de la FOTIA, donde también participaba Benito Romano, que apoyaba a Montoneros. En una economía regional que enfrentaba un cambio estructural, las luchas de los azucareros eran sobre todo defensivas: defensa de la fuente de trabajo ante el cierre de ingenios, defensa del obrero del surco ante la irrupción de las cosechadoras y, además, pedido de aumentos salariales.

Pero más allá de sus causas, la presión social podía resultarles favorable: Osvaldo le decía a Antonia que era buen momento para operar, que la legalidad se iba estrechando.

—Pero cuando avanza el enfrentamiento hay que luchar contra el liberalismo.

En este caso, luchar contra el liberalismo significaba cumplir mejor con las normas del funcionamiento clandestino. Antonia y Luis se estaban por mudar de la casa de la calle Piedras a otra más grande. Por las dudas, Osvaldo insistía en que no tuvieran papeles comprometedores y que guardaran las armas en buenos embutes: los que mejor pasaban los allanamientos eran los pozos subterráneos con tapas de cuatro baldosas. Eso sí, las baldosas de la tapa debían ser iguales al resto del piso y se les adhería por abajo una capa de cemento de unos diez centímetros de altura. Si la tapa estaba bien calzada y coincidía con las hileras de las juntas, resultaban difíciles de diferenciar del resto del piso. La gruesa capa de cemento era para que, cuando la policía golpeaba para detectar huecos, las falsas baldosas sonaran igual que el resto. En la casa tenían todo en orden: Antonia cuidaba a los chicos, era un ama de casa normal, y Luis trabajaba de obrero ceramista. Claro que sabían muy bien que el gobierno iba a cuidar su retaguardia, la ciudad de Tucumán, y que ellos como miembros de una célula urbana tenían precisamente la misión de golpearle las espaldas y burlar los controles para llevarles provisiones a los cuarenta guerrilleros que estaban en el Aconquija. Osvaldo Debenedetti se resistía al mate dulce que cebaba Antonia.

—Esto es almíbar, hermana.

—Ah, si vas a un rancho y les pedís mate amargo se te van a ofender, Tordo. Acá nadie te va a tomar amargo. Amargo es cuando no tenés ni pa'l azúcar.

Antes de subirse a la motito, Osvaldo le dijo que escuchara la radio a la mañana siguiente. A eso de las nueve salió un flash informando que, a las seis de la mañana, un comando del ERP que llegó en un valiant rojo había asaltado un puesto policial en Tafí Viejo. Antonia confirmó la táctica: la guerrilla urbana actuaba por sorpresa al norte de la provincia. Al rato, radio Universidad dijo que un cabo se resistió y quedó malherido. Eso ya no le gustaba mucho: se preguntaba por qué no planeaban mejor las acciones. A la tarde, las cosas se habían puesto feas: uno de los del ERP que cayó herido en la acción estaba internado en un hospital, detenido. Antonia no podía entender cómo no tenían una posta sanitaria preparada para cuando un militante caía herido.

Pocos días después los policías tucumanos pasaron a la acción. Pidieron aumento salarial y, como no les contestaron, se autoacuartelaron. Juri viajó de urgencia a Buenos Aires: en el ministerio del Interior le dijeron que aplicara

mano dura y que Villar lo iba a ayudar a solucionar el conflicto. Entonces, Juri puso plazo para la rendición de los sublevados: el miércoles a la medianoche, sabiendo que el martes llegaban los 300 efectivos de Buenos Aires. Los rebeldes se concentraron en la jefatura provincial con las tanquetas de Villar alrededor. Antes de la hora señalada, los provinciales se rindieron y Juri relevó a toda la plana mayor. La situación se había normalizado pero el contingente federal seguía en Tucumán. Osvaldo le comentó a Antonia que la Compañía de Monte ya estaba lista para empezar a operar:

—¿Sabés cómo la bautizaron?

—No, contame.

—Ramón Rosa Giménez.

Antonia se acordaba de Giménez: lo había conocido en el 72, antes de que lo mataran. Era campesino, de la camada del Negrito Fernández y Leandro Fote, un morocho retacón que se había fugado de la cárcel de Villa Urquiza en septiembre de 1971 junto con Urteaga, Coppo, Pedregoza. Unos meses después fue a Famaillá y un policía lo reconoció. Lo torturaron y después lo arrastraron atado a un auto con una soga, hasta que lo mataron. Contaban que, hasta último momento, Giménez los insultaba de arriba a abajo. Giménez hacía trabajo político en las colonias: por eso el ERP lo consideró como su primera baja rural.

El domingo 19 de mayo de 1974, en Famaillá, unos 50 kilómetros al suroeste de la ciudad de Tucumán, se concentraron 600 efectivos de la Federal con tanquetas, motocicletas y unos helicópteros que debían volar rasante para sacar fotos. Gendarmería, Fuerza Aérea y Ejército actuaban como apoyo logístico. Una vez que el rastillaje y las fotos identificaran los campamentos, la Federal debía subir el Aconquija. Ese mismo día empezaron los patrullajes; esa noche las radios anunciaron que al otro día se iba a producir el asalto a los campamentos. Pero pasaron el lunes y el martes y seguían las promesas. Los días siguientes las tropas de Villar empezaron a operar en las colonias y pueblos de la ruta 38. Cargaron docenas de detenidos en camiones y los entregaron a la policía provincial. El domingo 26 los 600 policías fueron trasladados al aeropuerto Sauce Viejo y las hélices de varios hércules rugieron de vuelta a Buenos Aires.

El lunes temprano, Antonia le servía un mate amargo a Osvaldo, que desbordaba optimismo:

—No calcularon que era época de lluvias, y encima cuando no llueve se levanta la bruma, imaginate, ¿qué fotos van a sacar del monte en esas condiciones?

Después le contó que una patrulla policial se topó con un grupo de la Compañía de Monte y que los policías evitaron el combate:

—Los cumpas detectaron la patrulla y se quedaron quietos, en el monte. Los tipos avanzaban por una picada haciendo mucho ruido y de repente se los toparon, a menos de diez metros. Los policías se parapetaron, avisaron por radio y les dieron la orden de retirarse. Ahí los compañeros montaron una emboscada por si volvían, pero nada che, nunca volvieron.

El martes 28 de mayo a eso de las 10 de la noche la lluvia había dado un respiro. En una decena de autos y camionetas recién robados en la ruta 38, unos 30 miembros de la Compañía de Monte del ERP entraron a Acheral, un pueblo de unas diez manzanas a 50 kilómetros de la ciudad de Tucumán y a menos de 10 de Famaillá, sobre la ladera este del Aconquija. Dos días antes, Acheral había sido una de las bases de la policía. Cuando el primer grupo llegó a la comisaría sólo se encontró con tres policías de pueblo, que no se resistieron. El segundo grupo fue hasta el correo, pero ya estaba cerrado. En el bar, en cambio, había veinte paisanos tomando ginebra y jugando al truco y al billar. Casi no era necesario decirlo, pero uno con uniforme verde y brazales del ERP, lo dijo:

—Somos de la Compañía de Monte Ramón Rosa Giménez, compañeros.

Pagaron una vuelta, repartieron unos volantes y los invitaron a salir. Afuera, unos izaron una bandera, otros pintaron paredes con aerosol: todos llevaban camisa y pantalón verde, adidas negras y buenas armas. Uno se había quedado de campana a la entrada del pueblo, apostado con un fusil FAP apoyado sobre el techo de una F100. No sonó un solo tiro. A la hora el grupo se fue de Acheral y se internó de nuevo en el Aconquija. Para no arriesgar demasiado, Santucho y el Negrito Fernández habían bajado a la ciudad un par de días antes. La noche de la toma de Acheral, uno de los guerrilleros fue a verlo para darle un informe detallado. Al rato, Santucho escribió el editorial de *El Combatiente* que salió el 5 de junio: «La apertura de frentes guerrilleros rurales es producto de más de tres años de combate en las ciudades, de varios años de luchas populares y de una considerable evolución en la conciencia del pueblo. (...) La estratégica importancia de las unidades rurales radica en que el auxilio de la geografía hace posible construir velozmente poderosas unidades bien armadas y entrenadas, capacitadas para golpear duramente al enemigo, disputarles zonas, primero durante la noche y luego también durante el día, liberar zonas más adelante y hacer posible la construcción de bases de apoyo como sostén de un poderoso Ejército Revolucionario de carácter regular, en condiciones de sostener victoriosamente con sus armas la

insurrección general del pueblo argentino que llevará al triunfo de la revolución nacional y social en nuestra patria, abriendo un luminoso porvenir socialista, fin de la explotación y de los sufrimientos y comienzo de una era de justicia y felicidad colectiva para 26 millones de argentinos».

Por esos días, la Compañía de Monte tuvo su primer revés: el Colorado Marcos, Manuel Llorens, Pecho Bardach y el Puma Vázquez, cuatro de sus miembros, tomaban una gaseosa en un bar de Monteros, esperando el ómnibus para ir a pasar unos días de franco a Tucumán. No hacían nada especial e iban vestidos de bluyín y camisa, pero ninguno daba el tipo del tucumano de campo: Marcos era pelirrojo y dos de los tres cordobeses tenían ojos claros. Cuando se dieron cuenta, ya estaban rodeados por una docena de policías. No se resistieron, y los llevaron presos. Fueron las cuatro primeras bajas de la guerrilla rural del ERP.

El lunes 3 de junio, la tapa de *Noticias* titulaba «Angola: matan 100 militares» y debajo, más chico: «Hay una nueva guerrilla rural» sobre un gran mapa de la zona de operaciones elegida por el ERP. «En 1959 los Uturuncos golpearon en Frías. En 1968 las FAP acamparon en Taco Ralo. Ahora el golpe fue en Acherál», decía el epígrafe del mapa. La nota, adentro, era sobria: informaba de la aparición de la Compañía de Monte y los operativos policiales, y decía que «toda el área montañosa que recorre la frontera oeste de Tucumán presenta características geográficas apropiadas para operaciones de guerrilla. Se trata de una zona de monte tupido, con intensas lluvias que dificultan la acción aérea, agua abundante y terreno sumamente ondulado. La parte sur de las montañas tucumanas, además, limita con una zona potencialmente explosiva desde el punto de vista social y político. Donde termina el monte empiezan los cañaverales, y a lo largo de la ruta nacional 38 se ubica la mayor parte de las fábricas azucareras de la provincia».

Al día siguiente, Mario Firmenich se presentó en la reunión de la dirección del diario. Su presencia no era frecuente: la cosa iba en serio:

—No, acá hay un error grave de interpretación de la línea. No puede ser que no marquemos muy claramente las diferencias entre nosotros y los perros. Hay que tener mucho cuidado, estos tipos nos están reventando. Con esta idea de agudizar las contradicciones lo que quieren es eliminar todos los matices, convertir todo esto en blanco o negro. Y si siguen así lo van a conseguir, y ahí perdemos todos.

A su lado, Carlos Hobert, Pingulis, se escarbaba los dientes con la punta de un fósforo. Parecía un reo de barrio y era un cuadro brillante que había

reemplazado a Julio Roqué como responsable del ámbito de conducción del diario. Miguel Bonasso estaba de acuerdo:

—Sí, acá hay que marcar claramente que lo que están haciendo los perros es un disparate, y que si siguen calentando la marmita nos van a dejar sin ninguna salida.

Paco Urondo, el responsable más directo de la línea de *Noticias*, recibía la crítica sin intentar respuestas. La reunión fue tensa y casi demasiado corta. Poco después, Urondo fue reemplazado por Norberto Habegger, que figuraba como subdirector. Urondo siguió en el diario, pero ya sin esa responsabilidad.

Desde el piso de arriba llegaba el traqueteo de las máquinas de escribir: en la redacción, cuarenta o cincuenta periodistas tecleaban sin saber que, a pocos metros, el jefe montonero estaba corrigiendo la línea del diario que escribían.

Las relaciones entre la dirección y los periodistas no siempre eran fáciles. Más de la mitad eran militantes o simpatizantes montoneros, pero había muchos que no. Y en la redacción se discutía mucho la idea de la «empresa atípica»: una estructura donde no había patrones y empleados sino una cierta identificación con un proyecto y la decisión de avanzar juntos. Pero la cosa tenía sus problemas: cualquier discusión gremial o salarial solía llegar hasta el punto en que la dirección decía que bueno, compañeros, estamos totalmente de acuerdo con que habría que dar ese aumento pero ustedes saben que en este momento no estamos en condiciones, porque las prioridades de la etapa... Y los empleados tenían que hacerse cargo de las necesidades de los empleadores —que no eran patrones pero sí jefes, claramente.

Había un par de delegados de otras tendencias políticas que no entraban en ese juego. Más de una vez el Pelado Julio, el intendente del diario, estuvo a punto de partirle un fierro en la cabeza a uno de ellos, que tenía la costumbre de convocar asambleas justo a la hora del cierre.

—Otra vez nos vamos a enterrar hasta las bolas... Este trabaja para el enemigo, la puta que lo parió. Dejameló a mí, Cogote, ya vas a ver cómo se tranquiliza.

—Tranquilo, Julito, no te calentés.

Lo paraba Miguel. Que también tenía problemas con proveedores, distribuidores y talleres. En la imprenta de Fabril, una tarde, el gerente, un capitán de navío retirado, lo tuvo esperando un rato largo. Miguel había ido con Goyo Levenson a tratar de solucionar una serie de inconvenientes que habían retrasado varias veces la salida del diario, y ni siquiera los atendían. Miguel se cabreó y fue hacia la puerta del despacho. La secretaria trató de pararlo pero no pudo. Miguel abrió la puerta:

—Escuchemé, señor: hace media hora que lo estoy esperando, y treinta millones de pesos por mes significan que usted me tiene que atender. No me puede dejar treinta minutos ahí.

—Pero no se ponga así.

—¡Yo me pongo como se me da la gana, y usted me va a atender ahora mismo, porque yo soy el mejor cliente de Fabril, y no me rompa los huevos! Este diario ha costado mucha sangre, y yo no voy a permitir que se funda por un cretino burócrata.

El capitán le pidió disculpas, los hizo pasar, les convidó café. Miguel pensaba que el tipo tenía claro que no estaban hablando solamente de plata: de verdad el diario les había costado muchos sacrificios, y si Fabril se interponía, Fabril podía tener un accidente, un incendio, una explosión que les produjera los mayores perjuicios. Miguel lo sabía, el capitán lo sabía. Los retrasos se solucionaron, hasta que un par de delegados de la comisión interna de Fabril, que respondía a los sectores vanderistas del sindicato gráfico, los fueron a apretar para que no siguieran sacando comunicados de Raimundo Ongaro porque entonces el diario no iba a salir. Miguel perdió la calma:

—¿Ustedes saben quién es el dueño de este diario? Esto no pertenece a editorial Sopena. Y si ustedes vienen a apretarnos y a amenazarnos vamos a tener que discutir. Malamente. No fraternalmente entre trabajadores, sino en otro plano.

Los gráficos no volvieron a intentarlo, pero igual esa máquina seguía siendo muy lenta para los 100.000 o 120.000 ejemplares que tenía que tirar cada madrugada. *Noticias* seguía siendo un éxito de ventas y, además, un contacto que tenían en Olivos les había contado que era el primer diario que leía Perón a la mañana; a veces con bronca, pero otras no. Miguel estaba satisfecho con lo que estaba saliendo y, para sostenerlo, empezó a negociar con Héctor Ricardo García la posibilidad de usar las máquinas modernísimas de *Crónica*. Bonasso y García, *Noticias* y *Crónica*, se habían aliado contra un enemigo común, el secretario de Prensa de la presidencia, Emilio Abras, y esa alianza los había acercado. Cuando se encontraba con Miguel, García solía elogiarle el diario y alguna vez le había prestado papel, pero esa noche, después de unas mollejas en La Raya, le agarró el brazo y le pidió que lo perdonara:

—Mirá, Miguel, no hay nada que hacer. Me apretaron los muchachos del Brujo, no hay caso. Disculpame, pero me cagué.

A Miguel le pareció muy decente que se lo dijera así, de frente, que no le inventara una de cowboys para justificarse, y se lo agradeció. Pero el círculo

se seguía cerrando. Dos días después, el miércoles 5 de junio, Perón creó por decreto un Comité de Seguridad a cargo del ex jefe de la Policía Federal durante el gobierno de Lanusse, general Alberto Cáceres. El Comité, bajo la supervisión de Perón, podría dirigir, en caso de necesidad, a todas las fuerzas de seguridad. Y quedaban bajo su órbita el Servicio de Informaciones del Estado —que reemplazaba a la anterior Secretaría de Informaciones— y el recién creado Servicio de Acción Psicológica.

Junio de 1974. *Nueva Era*, la revista teórica del Partido Comunista, hacía, en su edición de junio, un balance del Plan Gelbard: «Es indudable que una serie de medidas económicas del gobierno contribuyen a facilitar el proceso de liberación nacional necesario para nuestro desarrollo. (...) La ruptura del bloqueo a Cuba; los convenios con la Unión Soviética y demás países socialistas europeos que no sólo liberan el comercio externo sino que aseguran a la vez la realización de obras fundamentales (centrales hidroeléctricas de Paraná Medio, Salto Grande y Piedra del Águila, expansión del yacimiento carbonífero de Río Turbio, centro pesquero patagónico, fabricación de turbinas, etc.); el impuesto a la renta potencial de la tierra, que no elimina el latifundio improductivo pero lo castiga con gravámenes; la mayor intervención estatal en el acopio y la comercialización de productos agropecuarios; la nacionalización de los depósitos bancarios; el control general de precios, que en su momento inicial rebajó productos esenciales como los medicamentos y por primera vez fijó precio al ganado en pie; la suspensión de desalojos rurales y urbanos; la reglamentación más restringida de las inversiones extranjeras; la rebaja de las tasas de interés y el mayor apoyo a las cooperativas de crédito.

Entre junio y octubre de 1973 el salario real «se incrementó en un 17 por ciento». Si bien el gobierno había logrado el control de precios, la crisis del petróleo, acompañada por la suba de precios de insumos básicos en el mercado internacional «se convirtió en el punto de partida que aprovecharon los monopolios para ir creando un clima creciente de especulación y desabastecimiento. Comenzaron negando productos a sus clientes habituales para venderlos a precios abusivos a través de subsidiarias o exigiendo sobrepagos en efectivo fuera de factura. (...) Crearon así, intencionalmente, un clima exagerado y artificial de escasez, especulación y mercado negro. (...) Otro hecho que agrava la suba de precios es el déficit de presupuesto, que se cubre con emisión pura. Las insuficiencias del sistema impositivo y la

gran evasión subsistente constituyen factores que agravan el emisionismo que conduce al alza de precios».

El aumento de los precios —difícil de medir estadísticamente por las distorsiones del mercado negro— había llevado al gobierno a los aumentos de precios y salarios de marzo y abril. Hubo un alza generalizada y, a principios de junio, cuando se cumplía un año del Pacto Social, el gobierno fijó nuevos precios máximos para los artículos de primera necesidad. Todos ellos superaban ampliamente el incremento salarial: un kilo de pan pasaba de 2,80 a 3,35 (20 por ciento); un sifón, de 0,55 a 0,70 (30 por ciento); un litro de leche, de 1,40 a 1,60 (15 por ciento); una lata de tomates de 1,90 a 2,40 (26 por ciento); un pan de manteca, de 4,48 a 5,51 (23 por ciento). El dólar oficial seguía a 10 pesos, pero el paralelo había subido a 14,90.

—Che, De Santis, que hagan el recuento sección por sección, porque esto va a seguir fiero...

—Ya está el recuento, Turco, dejaron doscientos compañeros en la calle. Estaba cantado que la empresa está entongada con la burocracia, hacen las listas juntos.

Eran las seis de la mañana del sábado 1.º de junio y Propulsora Siderúrgica había abierto las puertas. De acuerdo a lo pactado con el ministerio de Trabajo cuatro días antes, a cada obrero le tenían que mandar un telegrama para que se presentara a trabajar. La mayoría de los que no habían recibido el telegrama eran activistas, los tipos más jugados, incluido todo el cuerpo de delegados, pero también había varios que jamás habían levantado la voz, que simplemente acompañaban las medidas. El Turco Cherry y Daniel De Santis sabían que tenían que tomar una decisión, así que empezaron a pedir silencio a grito pelado y en cinco minutos se decidió seguir con el paro. Estaba oscuro y el Turco se había quedado completamente afónico:

—¡... hasta que reingrese el último compañero! Ésta es la vieja maniobra vandorista de descabezar conflictos, quieren que nos peleemos entre nosotros, quieren meter miedo, que caigamos en la trampa de discutir cuál despido es aceptable y cuál inaceptable. Pero, compañeros, ¡hasta que la empresa no llame a todos los cesanteados, acá no trabaja nadie!

Al rato llegaron el Pampa Delaturi y el Pato Rave, que junto a Cherry y De Santis formaban la comisión interna elegida por el cuerpo de delegados pero no reconocida por la UOM. Los cuatro coincidieron en que el paro debía seguir y fijaron fecha de asamblea: el lunes 3 a las diez de la mañana. Como

no podían hacerla en la UOM, sería en la sede de ATULP, los no docentes de la universidad de La Plata, un gremio amigo.

Ese lunes 3 de junio, antes de que salieran para ATULP, apareció un militante de la lista Azul, la oficial, y los invitó a que hicieran la asamblea en la sede metalúrgica. Los delegados combativos se dieron cuenta de que tenía que haber alguna trampa pero no podían rechazar el convite. Salieron marchando encolumnados, con los dirigentes adelante. Mientras caminaban, Cherry le dijo a Daniel que, por las dudas, esperaran en la plaza de 19 y 60, a una cuadra de la UOM, antes de meterse en la boca del lobo.

—Esto lo aprendieron de Vandor, Daniel, si vos fueras peronista sabrías todas las picardías que aprendieron estos hijos de puta amparados por el Viejo. Siempre juegan a dos puntas: primero se apartaron del conflicto y ahora se van a querer montar para desinflarlo.

—Pero Turco, ¿cuándo se van a dejar de mirar en el ombligo de Perón? ¿Cuándo van a dejar de pensar que la historia es la pelea de los peronistas buenos contra los peronistas malos?

—¿Sabés cuándo? Cuando los laburantes lo entiendan a Lenin, sabés. Cuando los laburantes viajen a Moscú a iluminarse. ¡Pero déjense de joder! ¿O acaso el 17 de octubre lo hicieron con el librito de Mao, Daniel? ¡Dejame de joder!

Se chicaneaban por costumbre, se tiraban las manos como los boxeadores en el gimnasio, sin pegar en serio. Habían llegado a la plaza y mientras se ponían de acuerdo para ver cómo hacían la aproximación a la sede de la UOM se les acercó uno de los locales, muy amable.

—¡Dale, che, pasen a la casa de los metalúrgicos! ¿Cómo van a andar en la plaza como perros?

El Turco codeó a Daniel: a los del PRT les decían perros.

—Ésa fue para vos, loco, hacete cargo...

Adentro todo estaba cocinado: les dijeron que si no tenían inconvenientes iba a hablar primero Rubén Diéguez, que estaba temporariamente a cargo de la secretaría general de la seccional. Diéguez estaba muy distendido: ahí tenía micrófono, unos grandotes cerca y un as en la manga que estaba por tirar:

—Acá la solución va a llegar por el diálogo, compañeros, por eso les pedimos que dejen las negociaciones en manos de la comisión directiva, respetando los cuerpos orgánicos de nuestro gremio. Y para eso no tenemos que embarrar la cancha, compañeros.

—¡Vendidos!

Los del fondo empezaron a levantar presión. El Pampa Delaturi pidió silencio, dijo que había que ser respetuosos, que no había que crear más divisiones, y Diéguez siguió hablando. Después hubo muchas intervenciones. Todas giraban sobre lo mismo y las dos posturas parecían irreconciliables: los que no eran vendidos estaban loquitos. Hasta que el Pampa Delaturi los sorprendió con un tono que no le conocían:

—Compañeros, a veces tenemos que medir nuestras fuerzas para no desgastarnos, para no poner las contradicciones secundarias en el lugar principal. Si es necesario tomar un respiro, hagámoslo, no tengamos miedo de encontrar una salida, compañeros, que no es lo mismo que bajar los brazos.

De Santis y Cherry se miraron y balbucearon que el Pampa se había ido al carajo. Pero el Pampa era el Pampa y las caras de tensión de la asamblea se fueron aflojando. Cherry vio que Daniel quería saltar, pero lo paró:

—Tranquilo, si volvemos a proponer seguir con el paro perdemos como en la guerra.

Diéguez miraba complacido y movía la cabeza aprobando las palabras de Delaturi: el PC había cumplido su palabra de no llevar el conflicto a fondo. La asamblea resolvió un cuarto intermedio hasta el viernes, sólo cuatro días después. Todo lo que lograron el Turco Cherry y Daniel De Santis fue que si hasta entonces la empresa no se comprometía a pagar los días no trabajados y a no despedir a nadie, retomaban el conflicto. A la salida los más combativos estaban furiosos:

—¡Nos la pusieron, Turco! ¡Nos pasaron por encima!

En las horas siguientes Daniel y el Turco buscaron explicaciones. Hasta donde pudieron saber, la dirección del PC de La Plata había tenido una reunión con Diéguez y habían negociado poner paños fríos.

—Turco, no lo puedo creer. ¿El Pampa habrá arrugado?

—Con diez años en el PC, ¿sabés las que éste se habrá morfado por disciplina partidaria...?

Los días siguientes el conflicto siguió muy chirle, huelga de brazos caídos adentro de la planta, algunos reincorporados. Era una meseta y Daniel aprovechó para cumplir con algunas de sus tareas partidarias. Además, tenía otro problema: Daniel pensaba que su inserción sindical se reflejaría en un mayor reconocimiento, mayores responsabilidades internas, pero no era así. Más bien le había pasado lo contrario: hasta pocos días antes estaba en el secretariado de la zona de La Plata del PRT y, por una reestructuración interna, de repente, volvió a militante casi raso. Le parecía injusto: con el empeño que ponía en asentar el partido en las fábricas, lo correcto debía ser

que lo promovieran, no que lo mandaran para abajo. Pero lo aceptó por disciplina partidaria.

Pocos días después, los obreros de Propulsora levantaron la huelga: no habían conseguido nada, ni aumento de salarios ni reincorporación de los despedidos. La única medida de lucha que mantuvieron fue el trabajo a desgano, una argucia para bajar el ritmo de producción y presionar por la reincorporación a los despedidos. Que seguían despedidos.

Catorce

Como no tenía domicilio fijo, Emiliano Costa solía dormir en casas de militantes o, incluso, en el caserón de la avenida San Juan. Pero esa noche Emiliano se había quedado en el local de la JTP porque desde el día anterior arreciaban versiones extrañas. Ya era de mañana, y las versiones seguían dando vueltas:

—La más rara es la que tiró el Brujo anoche, después del discurso de la Chabela: «Si se va Perón, también se va la señora vicepresidenta y este humilde servidor». ¡Es un terrible caradura!

—Un canalla, un cínico, un hijo de puta...

Precisó Andrés Castillo. Tomaban mate, especulaban y, a falta de televisión, tenían la radio a todo volumen, con Horacio Guarany de fondo, esperando que el locutor de turno anunciara la cadena nacional. El martes 11 de junio Isabel había salido por la radio anunciando que el gobierno iba a castigar a los acaparadores de mercaderías y que iba a tomar medidas contra el agio y la especulación:

—Vemos volver al escenario del país a una clase inmoral, carente de sensibilidad nacional, que denominamos los especuladores...

Había dicho, con su voz de falsete, la señora de Perón. Todos se preguntaban por qué era Isabel la que había hablado, en vez de Perón o Gelbard, y encima acompañada por López Rega. Andrés decía que se confirmaba la vieja versión montonera.

—Es que lo tienen cercado al Viejo...

—Sí, pero vamos a ver qué dice el Viejo, ahora, cuando hable.

A las 11 de la mañana del miércoles 12, en pocos minutos más, Perón hablaría al país. Cada tanto, Emiliano se esperaba con que el General recapacitara:

—Yo creo que después del 1.º de mayo se dio cuenta que se estuvo equivocando y que va a tratar de retomar la iniciativa él mismo, más allá de los tironeos del vandomismo con el Brujo...

Guarany se calló de pronto. La habitación donde estaban Emiliano y Andrés se llenó con los militantes y dirigentes de agrupaciones que se habían

autoconvocado esa mañana. Al principio parecía que Perón les hablaba a ellos:

—... pequeñas sectas perfectamente identificadas, con las que hasta el momento fuimos tolerantes, que se empeñan en obstruir nuestro proceso...

—Y lo bien que hicimos en irnos de la plaza...

—Shhh... Paren, che.

Pero después Perón repartió para el otro lado:

—... frente a los irresponsables sindicalistas y empresarios que violan el Acta de Compromiso Nacional, es mi deber pedirle al pueblo que no sólo los identifique claramente, sino también que los castigue como merecen todos los enemigos de la liberación nacional...

—¡Vamos Pochito todavía!

—... y algunos diarios oligarcas que están insistiendo en la escasez y el mercado negro. Siempre que la economía está creciendo y se mejoran los ingresos del pueblo hay escasez y aparece el mercado negro. En un año de gobierno, nuestros enemigos advierten que el pueblo sabe, sin acudir a las recetas de miseria y dependencia, que mejoramos el salario real de los trabajadores, bajamos drásticamente la desocupación y aumentamos las reservas del país...

Los palos a la «prensa oligarca» eran para *Clarín*, enfrentado con el plan Gelbard, que se hacía eco de las propuestas de Frondizi de liberar precios y salarios.

—Cuando acepté gobernar, lo hice pensando en que podría ser útil al país, aunque ello implicaba un alto grado de sacrificio personal. Pero si llego a percibir el menor indicio que haga inútil este sacrificio, no titubearé un instante en dejar este lugar a quienes lo puedan llenar con mejores posibilidades. Con esto hago un llamado a todos los que anhelan la paz y la tranquilidad...

El discurso de Perón, como siempre, les dejó elementos para seguir conversando sin llegar a ninguna conclusión. Pero, al rato, los sacudió la noticia. El Flaco Fideo se había quedado cerca de la radio:

—Che, la CGT llama a paro general...

—¿Qué?

—Escuchen...

El locutor leía un comunicado breve: abandono de tareas y concentración en Plaza de Mayo a las seis de la tarde. Faltaban unas pocas horas y la JTP, como todas las fuerzas políticas, fueron tomadas por sorpresa. Emiliano miró las caras que lo rodeaban y trató de actuar con reflejos:

—Voy hasta el local de la JP, a ver qué dicen. ¿Vos qué pensás, Andrés?

—Mirá, no vamos a sacar un comunicado adhiriendo al paro, pero me parece que a la Plaza no podemos dejar de ir.

Hubo ronda de opiniones: la mayoría sostenía que ir sin organización propia no tenía valor político. Emiliano hizo unas cuadras hasta el local de la calle Chile y, enseguida, se dio cuenta que ahí tampoco había mucha capacidad de respuesta. Se cruzó con Juan Carlos Dante Gullo.

—¿Y, Canca?

—Qué sé yo, hay que ir. Es indefendible no ir a la plaza. Lo que pasa es que no podemos armar nada en este tiempo. Acá algunos compañeros llegan, otros salieron a las unidades básicas para fijar puntos de encuentro, pero no tenemos todavía nada organizado...

Emiliano miró el reloj: casi las cuatro de la tarde. Volvió a salir. Las oficinas estaban cerradas, hacía frío, el cielo estaba plomizo. De vuelta en el local decidieron sacar los bombos, los carteles de JTP y armar una columna con los que llegaban. Esperaron bastante, y al cabo de un rato, ocupaban un par de cuadras en la 9 de Julio y San Juan. Eran más de las cinco cuando empezaron a marchar:

—¡Montoneros, montoneros,/ son soldados de Perón,/ los gorilas tienen miedo,/ tienen miedo al paredón!

La marcha fue lenta y no tuvieron problemas en avanzar por la Diagonal Sur hasta la Plaza de Mayo. Ya empezaba a oscurecer y, mientras llegaban, reconocieron a varios militantes que marchaban en dirección contraria. Queco, un morocho de Gas del Estado, sin mucho entusiasmo, le contó a Andrés Castillo:

—El Viejo ya habló, salió al balcón antes de las seis y se le notaba la voz sin fuerza.

—¿Qué dijo?

—No se entendía mucho, pero en un momento se tiró fuerte contra la dependencia. Me parece que no estuvo mal, pero no lo escuché todo... Lo que sí dijo es que cuando el pueblo se decide a la lucha, suele ser invencible. Estuvo bien, el General.

Arropado con un sobretodo oscuro, en su balcón de la Rosada, Perón había dicho que había «muchos que quieren desviarnos en una u otra dirección»:

—... pero nosotros conocemos perfectamente nuestros objetivos y marcharemos hacia ellos sin influenciarnos por los que tiran de la derecha ni los que tiran de la izquierda... Mientras nosotros no descansamos para

cumplir la misión que tenemos y responder a la responsabilidad que el Pueblo ha puesto sobre nuestros hombros, hay muchos que pretenden manejarnos con el engaño y con la violencia. Nosotros, frente al engaño y frente a la violencia, impondremos la verdad, que vale mucho más que eso.

Desde abajo, mucha gente desorganizada gritaba Perón, Perón.

—... ni los que pretenden desviarnos ni los especuladores ni los aprovechados de todo orden podrán medrar con las desgracias del Pueblo. Sabemos que, en la marcha que hemos emprendido, tropezaremos con bandidos que nos querrán detener, pero, con el concurso organizado del Pueblo, nadie puede detener a nadie. Por eso deseo aprovechar esta oportunidad para pedirles a cada uno de ustedes que se transformen en un vigilante observador de todos estos hechos que quieran provocarse, y actúen de acuerdo a las circunstancias...

Desde abajo gritaban la vida por Perón. Y, hacia el final, con la voz quebrada, el General pidió que «Dios derrame sobre ustedes todas las venturas y la felicidad que merecen»:

—Les agradezco profundamente el que se hayan llegado hasta esta histórica Plaza de Mayo. Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que, para mí, es la palabra del Pueblo Argentino.

—¿Y había mucha gente...?

—Bastante, me crucé con muchos compañeros, pero me parece que la mayoría vino por la libre.

Andrés miró a Emiliano:

—¿Y, qué hacemos?

—Bueno, si ya terminó, mejor desconcentremos. Lo que sí, tenemos que pensar una manera de convocar más ágil, no puede ser que no podamos dar una respuesta a un hecho como éste.

Al día siguiente, muchos montoneros comentaban que por fin el General se había dado cuenta de que se le había ido la mano el 1.º de mayo y quería recomponer, que no le convenía quedar tan entregado al Brujo y a los sindicalistas, que le había pedido al coronel Damasco que le hiciera una cita con Fernando Vaca Narvaja y Norma Arrostito —pero que a Firmenich y a Quieto no los quería ni ver. Todos estaban de acuerdo en sintetizar su discurso con una frase: «Mi único heredero es el pueblo». Pero Perón no la había dicho.

Junio de 1974. El fantasma de la tercera guerra mundial seguía en pie, y condicionaba muchas conductas. «Para un público norteamericano

ánimicamente abatido por una década de guerra estéril en Vietnam, la idea de una próxima contienda, en un futuro no demasiado distante, resulta impensable. Sin embargo, el Departamento de Defensa tiene la intención de invertir la exorbitante suma de un billón de dólares en los próximos diez años para alistarse, si fuese necesario, con vistas a un eventual conflicto armado. Una cuarta parte de esa cifra será invertida en el desarrollo y compra de nuevos y más mortíferos armamentos. «Una sorprendente serie de sofisticados avances tecnológicos —señala el doctor Malcolm R. Currie, director de investigaciones del Pentágono—, nos ubica en el umbral de lo que, a mi juicio, se convertirá en una verdadera revolución en la táctica militar”», decía, en esos días, un artículo de la revista *Newsweek* que se preguntaba sobre la posibilidad de esa tercera guerra.

Para tratar de evitarla, Washington y Moscú pensaban en cambiar sus hipótesis de conflicto, y tratar de pensar en una hipótesis de guerra nuclear limitada, que reemplazara a la idea vigente de «destrucción recíproca segura».

Pero el problema, en esos días, era un descubrimiento americano: al analizar los equipos bélicos de fabricación rusa que los israelíes habían secuestrado durante la guerra de Yom Kippur, los militares estadounidenses constataron que la Unión Soviética los había alcanzado no sólo en armamentos nucleares sino también en armamentos convencionales. Antes de esa guerra, los generales americanos suponían que los rusos estaban armando sus divisiones con grandes cantidades de equipos baratos e inferiores. Pero el SAM-6 ruso resultó ser un misil tierra-aire mucho más avanzado que cualquiera de los del arsenal norteamericano. Y los tanques soviéticos ganados a los árabes eran capaces de atravesar un río por debajo del agua, y tenían elaboradas protecciones contra ataques químicos, biológicos y radiológicos.

«Washington está actualmente en una encrucijada respecto a los planes de defensa. Tendrá que determinar el monto de la inversión en ese rubro y, más importante aún, cuál habrá de ser su comportamiento como potencia en los últimos años del siglo XX», decía *Newsweek*, y de sus entrevistas se desprendía que la mayor parte de los especialistas no creían que los americanos se vieran envueltos en cualquier tipo de conflicto por lo menos hasta mediados de la década de los 80.

Pero no por eso dejaban de prepararse: mejoramiento de los misiles nucleares, conducción de la guerra por televisión desde un búnker gracias a un sistema de satélites en órbita terrestre, computarización de todo tipo de armas y equipos, conducción teleguiada de los cohetes. «Esencialmente —

dijo un experto en armamentos— quisiéramos que cada misil, bomba o granada, dé en el blanco. Una munición de precisión resulta tan eficaz como cientos de bombas, y eximiría de reiterar ataques sobre un mismo blanco, reduciendo las pérdidas de vidas y equipos».

Y las armas químicas: «Uno de los armamentos acerca de los cuales el Pentágono se niega a discutir es el componente gaseoso que se incorporará a ciertas granadas. El Departamento de Defensa piensa invertir inicialmente 400 millones de dólares para producir un compuesto gaseoso binario, letal. Tiene la ventaja de que consiste en dos elementos relativamente inofensivos en sí mismos, pero mortales cuando se los mezcla. Ambos elementos serían mantenidos en compartimentos estancos dentro de la granada. Al dispararse el proyectil se rompería una pared interna, con lo cual se produce una combinación letal mientras la granada viaja hacia su blanco».

Pero los expertos suponían que las grandes potencias pretendían eludir el enfrentamiento directo, y lo lograrían. «Con muy pocas excepciones los teóricos militares descartan la posibilidad de que Estados Unidos o la Unión Soviética provoquen, voluntariamente, un ataque nuclear por sorpresa. Sin embargo, están preocupados. El motivo de la preocupación reside en que algún día las superpotencias puedan ser llevadas a un enfrentamiento por sus respectivos aliados. Charles McClelland considera que existe una gran posibilidad de conflicto entre Irak e Irán, que podría estallar dentro de los próximos cuatro años. Otros analistas sospechan que puede haber conflicto entre las grandes potencias en caso de reanudarse la guerra árabe-israelí.

»El general James Gavin pronostica un conflicto bélico entre la URSS y China, afirmando que “envolvería tangencialmente a Estados Unidos”. Otras zonas de peligro frecuentemente mencionadas por los especialistas son Sudáfrica y el océano Índico. “Pero el único lugar del mundo donde las posibilidades son realmente grandes en lo que respecta a Estados Unidos — conjeturó el futurólogo Herman Kahn— sigue siendo Europa central”.

»Dos de las regiones que podrían convertirse en el escenario de una guerra global, están, efectivamente, en el continente europeo. “Alemania Oriental —insiste Kahn— es un buen caldo de cultivo; hay alemanes orientales disidentes que escapan al otro Estado germano para pedir armas, y a Bonn le resulta muy difícil permanecer neutral”. El otro lugar potencialmente “caliente” es Yugoslavia. “Estoy seguro que surgirán dificultades cuando muera Tito —sostuvo recientemente el general Joannes Steinhoff, de la fuerza aérea de Alemania Federal, retirado el mes pasado de su cargo de presidente del comité militar de la OTAN—: ningún grupo va a

tener la habilidad de Tito para mantener unido al país”. Alain Enthoven, ex asesor del Departamento de Defensa, cree que “si la Unión Soviética interviniera en Yugoslavia, Estados Unidos se enfrentaría a una situación harto peligrosa”».

—Compañeros, el estado fascista en Córdoba se debe a que acá le estamos pegando duro al Pacto Social. ¿O alguien se cree que el golpe policial de Navarro y la complicidad de la burocracia traidora es una maldición caída del cielo? No, compañeros, es un intento de acallar la lucha obrera, porque no nos permiten discutir libremente nuestros salarios, y quieren evitar que la democracia obrera se extienda por todo el país. Por eso hoy tenemos que sufrir un gobierno fascista. ¡Y no demos más vueltas, compañeros!

Tosco hablaba siempre con convicción. Se le notaban un poco las ojeras, estaba más flaco y tenía los dedos de la mano derecha más amarillos, por la nicotina, pero todos decían que estaba en su mejor momento.

—Una nueva dirigencia obrera está surgiendo en todo el país, y muchos miran a Córdoba por este ejemplo y los burócratas de la CGT de Buenos Aires se están desesperando. Ellos nos quieren asustar y también dividir, por eso nosotros tenemos que persistir en la unidad y la combatividad...

La reunión del Movimiento Sindical Combativo, en el edificio de los gráficos cordobeses, era un ámbito donde confluían algunas conducciones gremiales —sanidad, gráficos, lucifuercistas— con comisiones internas o agrupaciones de otros gremios. La corriente de Tosco era uno de los tres pilares de la CGT Córdoba «en la Resistencia»; los otros dos eran los «legalistas» de Atilio López y los «clasistas» de René Salamanca. Pero, además, el grupo orientado por Tosco tenía relaciones con sindicatos y agrupaciones de Rosario, Villa Constitución, Salta, Tucumán, Buenos Aires.

—... y por eso, compañeros, a las bombas le vamos a contestar con nuestra lucha inquebrantable.

Tosco estaba furioso. Esa mañana había estado en la sede de Luz y Fuerza, viendo cómo arreglaban la manipostería del frente y ponían vidrios nuevos en todos los pisos. En la madrugada del día anterior, miércoles 12 de junio, le habían puesto una bomba muy poderosa. No era un hecho aislado: otros grupos habían incendiado o tirado bombas en las sedes de los sindicatos de empleados públicos, de colectiveros, de mecánicos, y en la redacción de *La Voz del Interior*.

—No es casual que el interventor Brunello esté junto a Perón en el palco, es para mostrar que estos ataques fascistas están amparados desde el mismo gobierno nacional, como tampoco es casual que al golpista Navarro, mientras la justicia le pide la captura por ladrón y corrupto, el gobierno de Perón lo haya sacado de la provincia «en agradecimiento a los servicios prestados». El poco tiempo que estuvo Navarro en el poder demostró que, además de asesino, es un ladrón. Y el gobierno nacional lo ampara... ¡Éstos no respetan la legalidad más que cuando les sirve a ellos, compañeros!

El día anterior, en la plaza de Mayo, el interventor en Córdoba, Duilio Brunello, había estado en el balcón junto a Isabel, López Rega y el almirante Massera.

—Por eso les decimos que en Córdoba podemos enfrentarlos: porque además de ponernos al frente de la lucha, no vamos a dejar de pelearla en todos los terrenos, para recuperar la legalidad que nos arrebatan...

En esas reuniones, además de los dirigentes, siempre estaban los abogados, que no daban abasto. El Flaco Murúa, el Tuerto Garzón Maceda, Gustavo Roca, el Cuqui Curuchet eran laboristas si se trataba de reincorporar un despedido o ir a conciliar al Ministerio de Trabajo, penalistas para sacar un preso y, si les tocaba hacer guardia en un sindicato, no chistaban. Pero esa noche, después de la reunión, les dieron franco. La propuesta fue del Flaco Murúa:

—Che, vamos a comer.

—Yo estoy repalmado.

Curuchet intentó irse a dormir pero lo convencieron. Se fueron por General Paz hasta un bolichón tranquilo en Alta Córdoba. Curuchet estaba muy ocupado con el SMATA. En mayo, los clasistas de Salamanca —una alianza de partidos de la izquierda revolucionaria encabezada por el PCR— habían ganado ampliamente las elecciones del gremio. Elpidio Torres, que había liderado el Cordobazo junto a Tosco, se había presentado con el apoyo de las 62 Organizaciones ortodoxas, pero perdió. Una tercera lista —del PC y radicales— obtuvo el 10 por ciento de los votos. A las pocas semanas, los mecánicos cordobeses salieron a enfrentar el Pacto Social: el 5 de junio, en todas las plantas automotrices, los obreros empezaron con el trabajo a reglamento —no hacer horas extras, bajar el nivel de productividad— en demanda del 60 por ciento de aumento.

—Fideos con estofado y vino y soda para todos.

Murúa había armado el menú, pero Curuchet tenía dolor de hígado.

—No, mozo, para mí con manteca y queso y una bidú.

Curuchet contó que José Rodríguez, del SMATA central, se la había jurado a Salamanca y que los contactos entre las empresas automotrices y Rodríguez eran cada vez más escandalosos:

—Acá se viene un gran quilombo, muchachos.

Garzón Maceda estuvo callado hasta que empezó a contarles que había estado en Buenos Aires con el ministro de Educación, Jorge Taiana.

—El loco dijo que Perón ya no tiene para más, que en cualquier momento crepa. Y ahí, esto va a ser un requilombazo, hermano.

—Sergio, con la experiencia periodística que tenés no te podés quedar afuera de este proyecto...

—Sí, Rafael, ya me habló Conrado del asunto, pero me decía que todavía estaban dudando del momento para lanzarlo.

Rafael Marino, un diputado intransigente muy amigo de Sergio Karakachoff, quería convencerlo de que trabajara en un nuevo diario. Lo lanzaría un grupo liderado por el partido Comunista e integrado también por sus socios de la Alianza Popular Revolucionaria. Se llamaría *La Calle*, y Felipe Bezrodnik sería el dirigente del PC encargado de los aspectos políticos y empresarios, mientras que Isidoro Gilbert y Norberto Vilar manejarían la cuestión periodística. Bezrodnik conservaba una amistad de años con dirigentes de primera línea de Renovación y Cambio: había sumado a Conrado Storani y Aldo Tessio al Encuentro Nacional de los Argentinos en 1970. Gilbert era corresponsal de la agencia soviética *Tass* y Vilar era director de la agencia *DAN* —Distribuidora Argentina de Noticias— que traía a la Argentina informaciones de Europa Oriental y la URSS. Marino también estaba en el proyecto: esa noche, en el Tropezón, ante un puchero de gallina, se entusiasmaba con los detalles del asunto:

—Algunos quieren sacarlo a la tarde, como salía *El Mundo*, pero los del PC dicen que un vespertino va a durar poco tiempo, que los que forman opinión son los matutinos y te traen todo fundamentado, con documentos escritos que traen horario de salida, todo. Mirá, acá tengo el informe que hicieron de la tirada de cada diario...

Sergio dejó de pelearse con el muslo de gallina y agarró el papel que le daba Marino: «En miles redondeados, la venta neta pagada, es: *Clarín*, 359; *Crónica* matutino, 365; *La Nación*, 258; *La Opinión*, 36; *La Prensa*, 155; *Noticias*, 80; *Mayoría*, 10; *Crónica* vespertino, 254; y *La Razón*, 443».

—Lo que decía Gilbert es que hay un mercado potencial que no está expresado ni en *Noticias* ni en *La Opinión*, de unos 400.000 lectores.

—Estos rusos siempre tan exagerados.

Dijo Sergio, y Marino le contó otros aspectos del proyecto.

—Ellos ponen todo el aparato, dicen que traen el papel de Finlandia muy barato y que tienen plata para aguantar lo que sea necesario. Nosotros hablamos con Alende y dijo que va a conseguir algunos aportes empresarios, pero el grueso corre por parte de ellos. Lo que quieren es un comité editorial que tenga la pata radical y la pata intransigente. Vilar, que cuando entra en confianza es bastante charleta, cuenta que Orestes Ghioldi siempre les dice que «no dejen que la puerta se cierre, tenemos que poner un pie antes, tenemos que lograr que la puerta quede abierta...».

—Mirá vos, estos tipos se creen que nosotros les podemos abrir la puerta al capitalismo...

Días después, la cena fue en un restorán caro de Lavalle y Esmeralda: Sergio Karakachoff era el crédito periodístico de Aldo Tessio ante los comunistas que manejarían el diario. Sergio se había puesto un saco oscuro y una corbata: en esas ocasiones le parecía mejor que lo vieran como a un radical clásico. Los del PC ya estaban sentados en una mesa del fondo, y habían pedido el vino. Felipe Bezrodnik había llevado a Norberto Vilar, un periodista fiel al partido pero con una educación burguesa que servía para las relaciones sociales. Hablaban en voz baja y comentaban la muerte de Rubén Poggioni, un militante de la Federación Juvenil Comunista, baleado el 3 de junio mientras pegaba carteles en la calle.

—Un chico de veinte años asesinado por la espalda. Una provocación típica de la ultraderecha, justo cuando estamos haciendo el Décimo Congreso de la fede... Pero nosotros tenemos que responder con serenidad y no seguirles el juego.

—Para eso sirve una prensa libre y valiente.

Completó Vilar. Pidieron la comida y enseguida pasaron revista de los acuerdos que ya tenían: el diputado intransigente Rafael Marino sería el presidente del consejo de administración, secundado por dos hombres del PC, el propio Bezrodnik como vice y el cineasta Raúl de la Torre como secretario. Los radicales Conrado Storani, Tessio y Karakachoff integrarían la sociedad anónima junto a intransigentes y algunas personalidades vinculadas al PC como el músico Osvaldo Pugliese y su apoderado, el escribano Natalio Etchegaray. Para los radicales quedaba, además, la dirección del diario: Martha Mercader era una escritora sin experiencia en los cotorreos de las redacciones periodísticas. Por eso los del PC pensaban que era una buena elección: le tenían destinado un rol consular, lo más alejada posible del

ajetreo de la noticia. Pero Bezrodnik quería ser cuidadoso a la hora de hablar del plantel de periodistas:

—Todos sabemos que ellos son los que hacen un buen diario o un mal diario, ¿no? Bueno, Norberto les va a dar los nombres de los que hemos convocado; ustedes dirán qué les parece.

Vilar, que iba a ser uno de los secretarios de redacción, se cuidó de nombrar primero a los que no tenían vinculación, al menos conocida, con el PC:

—Salvador Samaritano en espectáculos, Carlos Somigliana en policiales, Eduardo Suárez en gremiales, Gustavo Capdevilla en internacionales. Y después están Mabel y Susana Itzcovich y Juan José Panno, que son periodistas que pueden estar en cualquier sección, son gente con mucho oficio...

Cuando Vilar dijo que Luis Sicilia iba a ser jefe de redacción o secretario de política, Sergio se dijo que el PC apostaba a manejar la redacción con Gilbert, Sicilia y el propio Vilar.

—Con el que está conversando Gilbert es con Pablo Giussani, que se peleó con Bonasso, así que probablemente lo vamos a sumar...

Dijo Vilar como para contar alguna infidencia y desviarse de los temas de fondo. Sergio pensó que debía mostrar conformidad.

—Claro, claro, Giussani sería un aporte interesante.

El alquiler de las oficinas de la calle Humberto I y los demás gastos que ya estaban haciendo no eran temas de conversación: se daba por sentado que la plata la ponía el PC. Sergio sabía que no podría meter mucha cuchara en la noticia. A lo sumo haría entrar a algunos periodistas amigos. Aprovechó para decirle a Vilar que Leopoldo Moreau podría estar en la redacción. Antes de irse, y sin sacarse el palillo de la boca, Bezrodnik quiso confirmar la jugada:

—Bueno, entonces hacemos la gran cena de presentación, ¿no?

La noche del martes 18 de junio, en un salón para más de 300 personas, *La Calle* se presentaba ante los amigos: si todo andaba bien saldría a la calle en agosto. El PC había organizado todo, y fijado las condiciones en un memorándum interno. Los comensales debían estar distribuidos en seis grupos diferenciados: 1) eventuales inversores —88 invitados—, 2) contactos para inversores —55—, 3) políticos, gremialistas y universitarios —44—, 4) medios de comunicación —35—, 5) cooperativistas —43—, 6) interior —25—. Para la mesa de cabecera, habían previsto una docena de pesos pesados: Raúl Alfonsín, Oscar Alende, Rafael Marino, Sergio Karakachoff, Felipe

Bezrodnik, Martha Mercader, Raúl de la Torre, Natalio Etchegaray, Rubens Íscaro, Orestes Ghioldi, Aldo Tessio y Conrado Storani.

Todo salió como estaba previsto. Tessio, Karakachoff y Storani llegaron un poco tarde y, no bien entraron, Íscaro y Ghioldi fueron a la puerta a recibirlos. Storani les dio la mano y les pidió disculpas por una ausencia:

—El doctor Alfonsín me pidió que les transmita sus saludos pero tuvo compromisos de último momento que le impidieron venir.

—Lo que plantearon los compañeros de la conducción es que en el último año la orga tuvo un engorde impresionante y entonces el problema es que muchos compañeros se están formando como cuadros políticos pero no tienen la más mínima capacidad militar, entonces quieren hacer un plan que pueda aplicarse en todo el país. El tema es que tenemos que sumar la instrucción regular a todo lo que se está haciendo en autodefensa y seguridad...

Carlos Lebrón le explicó a Julio Urien que la primera etapa sería darle instrucción a un grupo que incluía a la mayoría de la conducción nacional. Julio y Carlos se reunían en un departamento chico de Almagro. Llegaban con muchos rodeos: estaban seguros de que la inteligencia naval los seguía de cerca. Mantenían el contacto con oficiales y suboficiales del Ejército y la Armada pero sabían que los mandos militares hacían esfuerzos por recuperar el control de todos sus subordinados, sobre todo después del ataque de Azul y del lanzamiento de la Compañía de Monte del ERP en Tucumán. Julio no había conseguido que lo reincorporaran a la Marina; de los diez oficiales que lo pidieron sólo Grand, Metz y De Benedetti volvieron, pero en destinos considerados de castigo, y con un trato especial. Los otros siete —Mendoza, Hirsh, Actis, Acosta, Galli, Urien y Lebrón— seguían en disponibilidad: eran oficiales de la Armada con sueldo y sin destino.

Julio venía de ver a su padre, que estaba apenado por la muerte de Arturo Jauretche y le dijo que era muy significativo que un nacionalista revolucionario como don Arturo se muriera un 25 de mayo y que seguramente, a partir de ese año, el recuerdo de la fecha patria se ligaría a su memoria. Carlos estaba acelerado, metido en mil tareas: no tenía tiempo ni para comer. Cuando se sentaron sacó papeles con anotaciones, pan lactal, picadillo de carne, salchichón y cerveza.

—Che, hay que meterle con lo de la instrucción.

Carlos le dijo que en cuatro días saldría hacia un campo con veinte militantes montoneros de nivel muy alto, para instruirlos en manejo de armas,

orden cerrado, tácticas varias, planificación y desplazamiento de unidades para guerrilla y rural.

—Después, a la vuelta, en función de la experiencia, habrá que sistematizar un plan para extenderlo a todo el país, y entonces vamos a tener que formar una camada de instructores de todas las columnas.

Carlos le explicó que para eso tenían que elaborar un manual militar que incluyera desde el arme y desarme de una pistola hasta la conducción de unidades regulares de combate.

Tres días después, Julio se despidió de Mariana sin darle explicaciones. No sabía exactamente dónde iría, ni por cuánto tiempo, pero estaba entusiasmado porque extrañaba el entrenamiento físico y la rutina de instrucción. Viajó con otros dos militantes en un peugeot 404; cuando llegaron a un paraje perdido en San Luis, Julio se encontró con un campamento muy organizado: las carpas estaban bien distribuidas y las armas eran numerosas y variadas. Las caras de los militantes le caían familiares: salvo Firmenich y alguno más estaba la plana mayor. Carlos se los fue presentando:

—Él es Boina, ella es la compañera Lucy...

Eso sí que le rompía los esquemas: una cosa era darle gritos a un suboficial de la Armada y otra muy distinta sería darle órdenes a esa morocha de mirada firme y formas atractivas. Al amanecer del día siguiente, después del mate cocido con leche y la galleta con mermelada, se desplegaron en un terreno bastante irregular.

—Bueno, vamos a empezar con la gimnasia de combate. Yo les muestro primero el movimiento y ustedes lo repiten conmigo, ¿sí?

Nadie dijo una palabra; todos estaban prevenidos de que el Boina merecía su sobrenombre.

—¡Salto rana! ¡Trote en el lugar! ¡Carrera, march...!

Hacía frío, pero el ejercicio los hizo sudar en serio. Cuando algunos se quejaban, Julio se intimidaba un poco. Al fin y al cabo eran sus jefes. Pero cada tanto Marcos Osatinsky se le acercaba y lo instigaba por lo bajo:

—No le aflojes, danos duro...

Ese primer día, Julio pensó que era más fácil instruir a hombres acostumbrados al trabajo manual o a la vida rural, como en los batallones de la Infantería de Marina. Pero con el correr de los días se fue entusiasmando: le parecía que la voluntad de los militantes los hacía muy buenos soldados. Después, Carlos le comentó que muchos habían pasado por las escuelas

guerrilleras cubanas. A Julio le había llamado la atención un muchacho de pelo largo al que llamaban el Hippie. Carlos le hizo una infidencia:

—¿Sabés quién es el Hippie? No se lo digas a nadie, pero es el hijo del general Alsogaray.

Juan Carlos Alsogaray era hijo del general retirado Julio Alsogaray, comandante en jefe del Ejército durante los primeros años de la dictadura de Onganía. Julio pensó que Carlos no tendría que habérselo dicho, pero lo tranquilizó descubrir que había otros militantes que venían de familias patricias. La estadía en el campamento le sirvió para recuperar su estado atlético y la vida austera de la milicia. Algunos cuadros montoneros le resultaban algo soberbios, pero la mayoría le cayó bien. Sentía un respeto especial por Marcos Osatinsky: lo impresionaba como un tipo audaz, convencido, y a la vez reflexivo, cauto. Esa tarde, sentados en troncos y tomando mate, charlaban sobre el Che Guevara.

—... cuando vino a la Argentina hizo un viaje a Córdoba, me parece que ahí tenía una novia o ex novia, pero la cosa es que se reunió con un grupo de compañeros. Estábamos en el PC y esas cosas las manejábamos en secreto. Estaba muy embalado con la idea de promover la formación de núcleos revolucionarios en todos los países para que confluyeran en una estrategia continental, y no me quedó la menor duda de que quería venir él mismo a luchar a la Argentina. Pero el Che era un gran jugador de ajedrez, era un estratega, y también pensaba en el rol de Perón, en la complejidad de las Fuerzas Armadas, en Frondizi...

A Julio le vino a la memoria la historia del capitán de navío Iribarne.

—Eso fue en el 61, cuando el Che se reunió con Frondizi ¿no?

—Sí.

—Vos sabés que el que era mi comandante en la Infantería de Marina me contó que él lo vio unos minutos, en la quinta de Olivos, y que el Che le produjo una gran admiración. Cuando hablaba de él lo llamaba «el comandante Guevara».

—¿Y quién era Iribarne?

—Mirá lo que son las vueltas de la vida, era el jefe del batallón que sublevamos en la ESMA, en noviembre de 1972, y el tipo me detuvo a mí, yo siempre le tuve un gran respeto. Lo que pasa es que más allá de lo personal, la Armada tiene una doctrina sólida, los mandos no tienen fisuras, ningún tipo que piense distinto pasa más que de jefe de unidad...

—Sí, en el Ejército las cosas quizás sean distintas, pero desde el desplazamiento de Carcagno, pese a que tienen serias contradicciones

internas, el sector mayoritario de los mandos también se alineó detrás del Pentágono y se prepara con la doctrina del Ejército de ocupación.

Osatinsky cortó la frase para llenar el mate, y miró a Julio con gesto reconcentrado.

—Decime, Boina, ¿a vos te parece que se les puede ganar?

Julio pensó que, viniendo de un jefe montonero, era una pregunta importante y no una muestra de debilidad.

—Yo creo que sí, ¿pero a qué te referís?

—Y, que el día que se muera Perón, se va a abrir un vacío muy grande de poder: nosotros nos preparamos para un nivel de la lucha superior, y ellos saben que este equilibrio de fuerzas político y militar se puede romper en cualquier momento. Y hay un problema que nosotros tenemos que prever en el enfrentamiento entre el campo de la Nación y el imperialismo: qué pasa si crece el nivel de enfrentamiento y no se divide el Ejército. ¿Me entendés?

Julio recordó su experiencia como oficial de la Marina hacia fines de 1972:

—Yo entiendo lo que me decís, pero me parece que por más que los mandos intensificaron los cursos de contrainsurgencia para la oficialidad joven y que unifican con el cuco del comunismo, llegado el momento de salir a la calle, el Ejército no sirve para una represión franca contra el pueblo. Si hay un crecimiento de la lucha popular, a los tipos les van a aparecer esas contradicciones. Ahí es donde nosotros tenemos que estar atentos y preparados, me parece, porque va a ser el momento decisivo.

Junio de 1974. «Cada vez que entramos a la concentración argentina en el Holiday Inn de Stuttgart, nos parece ingresar en un pasaje oscuro. Rostros adustos, sin sonrisas, preocupados. Jugadores y dirigentes. Todos temen. Nadie quiere hablar. Todo parece venirse abajo. Sin embargo los jugadores dan ejemplo de comportamiento y sensatez. El problema mayor radica en la dirección del grupo. La mala administración, la pésima postura de los dirigentes argentinos, es índice de la debacle. Nadie escapa a ese color gris, oscuro», escribía, en *Noticias*, su jefe de deportes y enviado especial al Mundial de Alemania, Mario Stilman.

El campeonato todavía no había empezado, y la selección venía de una gira previa que no había empezado mal: 2 a 1 con Rumania, 1 a 0 con Francia y 2 a 2 con Inglaterra. El problema fue el último partido: el 4 a 1 con Holanda en Amsterdam había pegado duro.

Argentina debutó el sábado 15 perdiendo 3 a 2 contra Polonia: en el segundo, contra Italia, había que salir a jugarse. El técnico, Vladislao Cap, muy cuestionado, explicó que había elegido un esquema ofensivo, que los marcadores de punta —Wolff y Carrascosa— se proyectarían en ataque y que los tres delanteros —Kempes, Yazalde y Houseman— salían a golear. Atrás estaban también Carnevali, Perfumo y Bargas y, en el medio, Telch, Heredia y Babington. Hacía 18 años que la Argentina no le ganaba a Italia. Empataron 1-1, con goles de Houseman —que se llevó los elogios de la prensa mundial— y Perfumo en contra. No era mucho, pero parecía que la selección levantaba cabeza. En la última jornada de la clasificación, Argentina goleó a Haití 4-0, Polonia le ganó a Italia 2-1 y se clasificaron Polonia y Argentina, que fue a una zona con Holanda, Brasil y Alemania Democrática. En la otra quedaron Alemania Federal, Polonia, Suecia y Yugoslavia. Era un Mundial decididamente europeo.

El primer partido de la segunda ronda fue el miércoles 26, contra Holanda que, de entrada, apabulló a los argentinos: los jugadores de la «Naranja mecánica», conducidos por Johan Cruyff, volaban y los argentinos jugaban lento pero mal. Cuando los holandeses ya habían metido tres goles, su técnico, Rinus Michels, frotándose las manos, le dijo a un periodista de *La Nación* que estaba al lado: «a mí no me interesan los rivales. Jugamos como sabemos, que los demás se preocupen por Holanda. Siempre atacaremos, porque otra cosa no sabemos hacer. Si no sucede nada anormal, Holanda debe ser el campeón, aunque los alemanes occidentales nos harán fuerza, y también los brasileños. De éstos y de los argentinos aprendimos mucho, por eso me da lástima ver cómo un fútbol de prestigio como el de ustedes está así». Al rato los holandeses metieron el cuarto gol. Y el equipo argentino, ninguno. Cuatro días después, Brasil les ganó 2 a 1. El último partido de Argentina fue el miércoles 3 de julio —ya sin esperanzas— contra Alemania Democrática y el equipo de Cap sacó un módico 1-1. El sábado 6 Polonia le ganó a Brasil 1-0 por el tercer puesto y el domingo, en la final, Alemania Federal se ocupó del gran candidato, Holanda: 2-1. El técnico holandés Michels dijo entonces que tendrían revancha cuatro años después, en el próximo mundial, en la Argentina. Y el técnico argentino Cap sabía que era hora de hacer las valijas, que en la AFA ya se hablaba de un reemplazante, César Luis Menotti, el hombre que había hecho maravillas en Huracán.

—El problema es que Perón ya no está en condiciones de seguir ejerciendo la presidencia, en concreto: su salud está cada vez peor, ahora está

trabajando sólo unas horas por día...

—Sí, compañero, eso lo sabemos, tenemos información, pero de todas formas seguimos insistiendo en que hay que apoyar la línea democrática de su gobierno, no romper con el movimiento nacional. Sabemos que hay sectores deplorables, ni siquiera reaccionarios, directamente cerriles, como López Rega e Isabel, pero el proyecto democrático es importante y hay sectores muy útiles, como el ministro Gelbard, por ejemplo, chico, que ha abierto mucho la economía argentina...

La habitación era calurosa y húmeda: a lo lejos, más allá del Malecón de La Habana, se preparaba la tormenta. Nicolás Casullo y Carlos Oves discutían con dos funcionarios del ministerio de Relaciones Exteriores cubano sobre la situación argentina, y los dos parecían tener muchos datos e ideas definidas:

—La posición nuestra es que no se pierda de vista lo estratégico del proceso argentino, ahora que reconquistaron la democracia burguesa. Ya tú sabes que la caída de Allende en Chile fue desastrosa desde todo punto de vista. El imperialismo no repara en nada. Allá se mata y se mata. En Bolivia lo mismo, en Uruguay las fuerzas populares y socialistas también retroceden en todos los terrenos. No es época de avanzar, es más de resguardar posiciones. De apoyar el proceso democrático popular. No hay que caer en errores como los compañeros del ERP que empezaron a operar en plena democracia, ya desde el principio.

Era una forma de decirlo: los cubanos sabían que los Montoneros también estaban operando. Nicolás trató de contestarles:

—Bueno, nosotros hemos hecho todo lo posible por mantener una actitud de apoyo, más allá de que los grupos parapoliciales nos asesinan compañeros diariamente. Los sucesos de la Plaza, el retiro de nuestros compañeros, no significa que no apoyemos a Perón, su liderazgo y su mandato de presidente. El pueblo está con Perón, nosotros también. La contienda hoy se da adentro del Movimiento, donde han escalado posiciones desde fascistas confesos hasta gente que trabaja directamente conectada con la CIA y con mandos de las Fuerzas Armadas para la desestabilización de los marcos democráticos y para frenar el proceso de liberación que votó el pueblo...

Hacía dos semanas que estaba en Cuba: había llegado con un grupo de funcionarios del ministerio, invitados por el gobierno revolucionario para conocer su sistema educativo. Pero Nicolás también traía el encargo de su organización de charlar algunas cuestiones políticas con ciertos cuadros locales; y, además, haría un breve curso de combate en la Sierra Maestra. Fueron cinco días en la selva, con armas cada vez más pesadas. La primera

vez que Nicolás disparó una metralleta tenía la sensación de que todo su cuerpo vibraba con el arma, y que las distancias y proporciones habituales se desvanecían y sólo le quedaba un brazo demasiado armado y, alrededor, unos blancos que podía borrar casi sin esfuerzo.

—Nosotros consideramos que la manifestación en la plaza no era el momento más apropiado para expresar las diferencias, mi socio. Estamos de acuerdo con las críticas de Montoneros, por cierto, pero mientras no conspiren contra el régimen democrático. Empezar a los balazos en las actuales circunstancias es sumamente negativo para ustedes, y negativo en el panorama latinoamericano de estos días. También es importante que el ejército argentino se quede en los cuarteles, de lo contrario todo se va a precipitar de muy mala manera. Ellos están esperando la oportunidad. Y ustedes son la presa de ellos, ustedes son los antiimperialistas, chico, los nacionalistas, los que quieren una patria independiente.

Dijo uno de los cubanos, que llevaba con orgullo una barba: debía ser un veterano de la Sierra. El otro cambió de registro:

—Mirá, Nicolás, quiero serte muy franco: te puedo asegurar que nosotros no conocemos mejores cuadros políticos que los argentinos, qué te digo, son excepcionales intelectual, moralmente, como combatientes, por donde los mires. Uno habla con Rodolfo Walsh, con el Paco Urondo, con Santucho, con cualquiera de los compañeros argentinos, y son cuadros de veinte años o más de formación en la política, en la revolución. ¿Tú entiendes, Nicolás? Esos cientos de cuadros no se reemplazan de un día para el otro, no tienen reemplazante. ¿Me entiendes, chico? Cuando a nosotros en aquel tiempo se nos moría un compañero así, sentíamos que era lo peor que nos sucedía, más que perder un combate. Entonces hay que cuidarlos a todos, ninguno debe morir inútilmente. La batalla es larga, va a durar mucho, no se expongan, eso es lo único que pretende Fidel, eso es lo único que nos termina diciendo siempre que habla de ustedes.

Al otro día, Nicolás y Carlos visitaban el edificio de Casa de las Américas cuando apareció su fundadora, Haydee Santamaría, una de las dos o tres mujeres que quedaban del grupo que había empezado la revolución con Fidel Castro, veinte años antes. Cuando los vio les preguntó si eran montoneros: le dijeron que sí y se sentó a charlar un rato con ellos:

—Ustedes son nuestra Sierra Maestra, yo siempre les digo a los compañeros, a Fidel: los montoneros son los únicos que son como nosotros. Nacionalistas, un poco socialistas, bastante anarquistas, algunos le rezaban a la virgen todas las noches, otros masones maldecían a Dios a cada rato. ¿O es

que había algún comunista en ese entonces? Y el Che decía el pueblo está con nosotros, está del todo, está un poquito, está casi nada, está en contra, pero está. Nunca no está. Y después discutíamos lo que habíamos hecho. Esto anduvo mal chico, decía Camilo. ¿Mal del todo? No, del todo no. ¿Bien en algo? Bueno, en algo sí. Cuando vienen compañeros montoneros, al rato me siento como en aquel entonces, qué tanto Partido y documentos y organización. Después aparecen los libros sobre nuestra revolución, y yo siempre pienso: ¿y esto que escriben acá, en qué país sucedió?

La charla siguió un rato largo. De vuelta en el hotel Habana Libre los esperaba un mensaje apremiante: «Llamar sin falta a Buenos Aires, al ministerio, es urgente».

—Andrés, ¿qué carajo pasa?

—El Viejo se está muriendo, Nicolás, esto se va a la mierda.

Era 29 de junio y no había avión hasta el día siguiente. Nicolás paseó por la Ciudad Vieja: la impaciencia por volver y saber se le mezclaba con ciertas ganas de quedarse así, paseando, tranquilo, para siempre. Sobre todo, si Ana hubiera estado con él. La extrañaba.

—Che, Fernando, lo del Viejo es grave sin joda. Hace un rato, Taiana nos pasó el dato cierto: la cosa no tiene vuelta atrás. El Brujo la hizo volver de raje a Isabel de Europa porque se están sacando los ojos con el vandorismo. Típico de estos hijos de puta: siempre hablaron de la lealtad y ahora que el Viejo está grave se cagan olímpicamente en él, ya están peleándose por la herencia...

—Y sí, Gallego, él es el único que contiene las contradicciones dentro del movimiento... Qué desastre que sea justo ahora, cuando había posibilidades de recomponer las relaciones con él. Me contó el otro día el Canca que se habían reunido con Brunello, que vino de emisario del Viejo a decir que quería normalizar el Movimiento, que el acuerdo era empezar con elecciones en la rama de la juventud...

—Sí, pero olvidate de todo; ahora es otra historia. Esto es irreversible y lo que evalúa la conducción es que tanto el Brujo como el vandorismo van a tratar de darnos el zarpazo no bien se muera... La conducción empezó una serie de reuniones con todos los políticos. Por suerte, hasta Balbín está de acuerdo en llamar a un gabinete de coalición para parar a estos hijos de puta.

El Gallego José no parecía muy convencido de lo que decía. Emiliano Costa, que había llegado al peronismo sin la más mínima simpatía por Perón, sentía que, en sus últimas horas, confiaba en él. La Argentina estaba rara y ese

viernes 28 de junio había empezado la cuenta regresiva. Propios y ajenos se preparaban para empezar la vida después de Perón: algo inédito en la historia argentina de los últimos 30 años. Isabel Martínez estaba de gira por Europa encabezando la delegación argentina a la OIT y volvió de apuro: era la primera en la línea de sucesión. López Rega había copado la quinta de Olivos para evitar que se filtrara cualquier dato sobre la salud del presidente. Pero ahora Jorge Taiana y Pedro Cossio decían que sólo un milagro salvaría a Perón de la muerte. La conducción montonera mandó emisarios a peronistas y no peronistas con un mensaje claro: el lopezrreguismo y el miguelismo quieren dar un golpe de palacio, para evitarlo se necesita un gobierno de unidad. Al mismo tiempo, mandaron una directiva a la militancia: atrincherarse en las unidades básicas y locales de las agrupaciones territoriales, universitarias, sindicales.

El Gallego José le dijo a Emiliano que no se moviera de la sede central de la JTP. En esos días varios locales de la JP habían sido atacados.

—¿Tenés suficientes fierros?

—No, lo de siempre, las dos escopetas, las 22, yo tengo mi 38...

—Bueno, te voy a mandar un par de FAL y algo más, por si se pone fiero. Cuando se muera el Viejo éstos son capaces de largarse a fondo, y la línea es que vamos a defender nuestros espacios como sea. No se los entregamos a nadie, ni aunque vengan de uniforme. A nadie.

Ese fin de semana fue gris, muy frío. Emiliano controló que las bolsas de arena estuvieran bien firmes debajo de las ventanas, e hizo poner alambre tejido. Se lo explicó a los compañeros que habían ido a hacer la instalación:

—Es por si tiran granadas. Arriba, la vez pasada, tiraron una granada antitanque que atravesó la mampostería del frente y pegó contra la pared de atrás. Por suerte no explotó, porque estaba una compañera de guardia. Lo mismo, del sacudón, se desmayó y se le aflojaron todos los dientes, pero se salvó de milagro. En cambio, con el tejido metálico parece que rebotan...

Quince

—No te puedo explicar la que se viene.

Cuando Nicolás Casullo llegó a Ezeiza, hacia la medianoche del domingo 30, Andrés Zabala y Ana Amado lo estaban esperando. Ese día, los diarios hablaban de la «sensible mejoría de la salud del teniente general Juan Domingo Perón» y López Rega insistía en que era sólo una gripe, que él también se había contagiado: «El señor Presidente y yo nos levantamos para atender a los ministros y luego de resolver las distintas tareas, cada uno se reintegra a su respectivo dormitorio. El General está bastante recuperado, gracias a Dios».

Pero el sábado a la tarde, «para poder cumplir con el reposo absoluto que los médicos le recomendaron con el fin de lograr su total restablecimiento en el menor tiempo posible», el presidente delegó el mando en su mujer y vice. En cuanto asumió, la presidenta provisional se entrevistó con políticos de todos los partidos, que le dieron su apoyo; las Fuerzas Armadas también se manifestaron a favor de la continuidad de las instituciones: «Ante la enfermedad del excelentísimo señor Presidente de la Nación he reiterado a las autoridades del Gobierno Nacional que para la Armada no hay otra solución política argentina que aquella que se deriva del total y absoluto respeto a la Constitución y a las leyes», declaró el comandante en jefe de la Marina, Emilio Eduardo Massera. Y el ministro de Relaciones Exteriores, Alberto Vignes, informó que Perón había aceptado la renuncia de Héctor Cámpora como embajador en México. Mientras, en la Catedral, el cardenal primado Antonio Caggiano oficiaba una misa por su mejoría.

—Mirá, si no está muerto se está muriendo.

Le decía, esa noche confusa de domingo, Andrés, y Nicolás miraba sobre todo a Ana: estaba hermosa, recién salida de una bronquitis, pálida cual dama antigua. Se fueron a cenar los tres a un parrillón: cuando se sentaron se armó un silencio demasiado fuerte. Nicolás preguntó cómo estaba la situación.

—Mejor hablanos de Cuba.

Dijo Andrés.

—Dale, Andrés, decí algo, cualquier cosa, me da lo mismo. ¿Cómo salió Racing el domingo?

—¿Cómo la veo? Un kilombazazasón.

—¿Zazasón? ¿O zazazazasón?

—Esta tarde estuve hablando con Taiana. Dice que el Brujo más o menos lo amenazó de muerte si no renunciaba. A la salida de una reunión de gabinete, en el pasillo. Lo mandó al carajo. No lo dejaban ver al Viejo estos últimos días, pero un par de veces se metió de prepo. ¿Qué más querés saber?

—Saber, saber, ya te digo: de Racing.

Nicolás tuvo, de pronto, mucho sueño, un cansancio terrible.

—Lopécito es dueño de todo, metió micrófonos en la habitación con la excusa de escuchar desde cualquier parte cómo respiraba el viejo. Y además hace ceremonias, cruces mágicos, lecturas extrañas a los pies de la cama...

—Digamos, la línea Cooke del 64.

—El propio Perón, hace unas semanas, cuando todavía se movía, le dijo una tarde a Taiana en Olivos: venga, vamos a caminar por el jardín si quiere charlar un poco, así no graban nada.

—¿Y ahora?

—Y yo qué sé, ahora. Esta tarde, Taiana, su propio médico, ni siquiera sabía si el Viejo ya se murió o no.

—¿Y cuando se muera?

Andrés alzó los hombros y Ana intentó una sonrisa triste. Nicolás tomó un trago de vino. En ese momento, en facultades, sedes políticas, diarios, unidades básicas, miles de personas se hacían la misma pregunta: nadie sabía lo que podría pasar cuando se muriera el hombre que había marcado la historia argentina de las últimas décadas. Seguramente, nada tranquilizador. Andrés se tomó su tiempo para contestar:

—Bueno, todos tienen que morir alguna vez, ¿no?

—Para mí, aunque él se muera, el partido tiene que ser consecuente y seguir con sus tareas como siempre; la gente que se identifica con nosotros va a pensar que lo único que falta es que aceptemos el peronismo justo ahora que Perón se muere.

Dijo Mauro. Mientras el PRT apostaba al espacio democrático, Benito Urteaga fue el responsable del frente legal del PRT y el Negro Mauro quedó a cargo del frente sindical. Cuando evaluó que el espacio democrático desaparecía, Urteaga ocupó la secretaría de organización y Mauro quedó provisoriamente a cargo de todo, porque Santucho estaba encabezando la guerrilla rural.

Ese lunes 1.º de julio, a la una de la tarde, Manuel Gaggero, Alicia Eguren y Mauro comían pizza en la esquina de Dorrego y Corrientes. El día era horrible y la muzzarella estaba gomosa. Poco antes, a las 11 y 50, un parte médico había dicho que «la reagravación del teniente general Juan D. Perón se debió a un paro cardíaco que ya ha sido controlado. Se continúa con el tratamiento para lograr su estabilización».

—Mauro, yo hace tiempo que no estoy en el peronismo, pero la gente va a estar de duelo, todo el mundo. Una tregua no es bajar los principios, es una cuestión de tacto, de oportunidad.

Manuel quería hacerle entender que el ERP tenía que dar una tregua: le parecía una postura política importante pero ni se imaginaba lo que estaba en juego. No sabía que, en esos días, tres compañías del ERP iban a actuar simultáneamente. Mauro alentaba el plan: la compañía de Monte Ramón Rosa Giménez se iba a desplazar hasta un regimiento en Catamarca y las compañías urbanas Decididos de Córdoba y Combate de San Lorenzo harían lo mismo en Córdoba y Rosario. En rigor, la estructura militar no alcanzaba para encarar esas acciones, pero una vez más los puestos se iban a completar con militantes de otros frentes. El PRT suponía que tenía que atacar: evaluaba que el gobierno de Perón no era otra cosa que la defensa del capitalismo en la Argentina y que, en los últimos meses, estaba débil. Mauro insistía en esa postura:

—Ya se acabó la historia del socialismo nacional y ya nadie se cree eso de que Perón vino a ponerse al frente de la lucha popular. El buró político ya planteó hace poco que el equilibrio se rompió y que se viene una bordaberrización o un golpe pinochetista... Para frenar eso hay que convertir la situación prerrevolucionaria en situación revolucionaria.

Para llegar a la situación revolucionaria, de acuerdo a los preceptos leninistas, tenían que crear las herramientas de lucha que todavía parecían incipientes. Los argumentos iban y venían. Mauro le contó que desde fines de mayo estaban haciendo contactos con el gobierno, y que se había hablado de una tregua:

—Nosotros les pedimos la libertad de los presos y que se desarmen las bandas paramilitares. A cambio de eso nos pedían que entreguemos las armas y les planteamos que no, que acá no se iba a hacer como en Venezuela, que acá no hay arrepentimiento ni rendición, que el compromiso nuestro es no hacer operaciones pero sí autodefensa de masas...

Manuel algo sabía: se había enterado de que la propuesta había pasado a través de Gelbard, preocupado porque veía peligrar el Pacto Social. Gelbard

tenía vínculos fuertes con el gobierno soviético y, desde la caída de Allende, los soviéticos estaban más interesados en la Argentina.

La discusión siguió, pero en la pizzería todos estaban atentos a la televisión: unos minutos antes había salido un parte médico hablando del estado gravísimo de Perón, y por lo bajo muchos decían que seguro ya se había muerto. A las 14.05 Isabel apareció en la pantalla con el pelo recogido y los ojos rojos:

—Al pueblo argentino: estamos viviendo horas aciagas, circunstancia que debe retemplar el espíritu del pueblo argentino en un sentido de verdadera unidad nacional. El Presidente de los argentinos ha dado a su patria y al continente latinoamericano la más grande expresión de grandeza y humanismo cristiano. Entregó su vida en holocausto a la libertad pacífica de los pueblos. Hasta sus últimos instantes trabajó por la unidad nacional, continental y universal.

Una señora que tenía un rosario y balbuceaba oraciones se persignó varias veces y empezó a gritar Dios mío, Dios mío.

—Con gran dolor debo transmitir al pueblo el fallecimiento de un verdadero apóstol de la paz y la no violencia...

Dijo la viuda y primera presidenta en 121 años de régimen constitucional, mientras José López Rega apoyaba sus manos en el respaldo del sillón presidencial. Isabel levantó la vista y el tono; era, también, la primera presidenta de una república en la historia moderna:

—... asumo constitucionalmente la primera magistratura del país, pidiendo a cada uno de los habitantes la entereza necesaria dentro del lógico dolor patrio para que me ayuden a conducir los destinos del país hacia la meta feliz que Perón soñó para todos los argentinos...

La señora del rosario seguía diciendo Dios mío y muchos lloraban. Desde la ventana, Manuel pudo ver las florerías de la plaza Los Andes, alrededor del cementerio de la Chacarita, que rebozaban de calas y pensó que todos tenían montado su negocio en torno a la muerte del General.

—El Brujo la va a manejar como quiera. Fijate, a Gelbard ni se lo ve, está allá perdido. Poco más y no sale en la foto...

En la pantalla, el locutor anunciaba que la CGT había decretado un paro general hasta las 24 horas del día del entierro. El país se detenía para velar a su caudillo.

—Perón recibió la extremaunción en estado consciente y lúcido...

Decía, por la televisión, su confesor, el capellán del regimiento de Granaderos, Antonio Ponzó.

—... después perdió el conocimiento, a las 12.30, y yo le coloqué sobre el cuerpo el rosario que le había enviado el santo padre Paulo VI...

—¡Al fin se murió este viejo de mierda!

Gritó, desde la bañadera de su casa de Viamonte y San Martín, Mercedes Depino. Esa mañana, quizás por la tensión de la muerte anunciada, había tenido un cólico renal y, en esos casos, un buen baño de inmersión era el mejor remedio. Sergio Berlín se había quedado cuidándola:

—Sí, ahora ya no va a poder seguir cagándonos, pero vamos a ver lo que se viene.

—Lo que lamento es que no se haya muerto un poco antes. ¿Te imaginás que bueno hubiera sido que se muriera... por ejemplo entre el 11 de marzo y el 25 de mayo, el año pasado? Ahí sí que la historia habría sido distinta.

—Bueno, quizás ahora podamos recuperar. En una de éstas, sin el Viejo, podemos hacer valer de nuevo nuestra historia de lucha dentro del Movimiento, y balanceamos un poco la cosa frente al Brujo y los burócratas. Siempre va a ser más fácil pelear por la hegemonía sin Perón que con Perón conduciendo a los contrarios, ¿no?

Entonces sonó el timbre: era Carlos Goldenberg, que pasaba a buscarlos para ir a General Sarmiento a empezar a organizar a los militantes y simpatizantes de la JP para el velatorio. Se vistieron, fueron. Cuando llegó, Mercedes tuvo un atisbo de culpa, o confusión: veía la tristeza de esa gente, los llantos, el desconsuelo general y, por momentos, casi se arrepintió de no poder sentir algo por el estilo.

—Acá se acabó todo, ya no queda más nada. El peronismo fue Perón, todos los que quedan son unos bastardos. Si los conoceré yo, Nicolás. Y ustedes en el medio la van a pasar muy mal, tiene razón la revista de ustedes, *El Descamisado*, o como se llame ahora, *El Peronista*.

—¿Vos leés el *Desca*, mamá? ¿Pero estás loca?

—Todas las semanas. ¿Por qué no?

Su madre se sentó en un sillón de su living y cerró los ojos. Nicolás Casullo la miró con tristeza: para ella, peronista de siempre, la muerte del líder era un golpe muy duro. Por eso fue a verla en cuanto se enteró:

—Vamos mamá, un poco de ánimo, a ver, vamos. También se murió Evita, vos que la tenés en un altar, y la cosa sobrevivió.

—No, Evita fue maravillosa pero era otra cosa. Yo te estoy hablando del peronismo, de lo que realmente importa: el peronismo fue Perón. Perón y sólo

Perón. Siempre lo supe, se lo decía en la fábrica a las compañeras allá por el 56, suerte que escapó, suerte que se salvó, si un día lo llegan a matar afuera se acabó todo. Y bueno, murió, murió, Nicolás, yo...

La señora empezó a llorar en silencio mientras se cubría la cara con las manos. Llovía sobre la ciudad, una lluvia finita e insidiosa. Su marido daba vueltas por ahí y su hijo la miraba sin saber qué decir. Al rato, Mercedes Casullo murmuró que necesitaba salir, que se iba a dejar una flor en cualquier parte.

—Vos quedate en casa, Nicolás, leé algo, no sé lo que puede pasar en la calle.

Nicolás no iba a hacerle caso pero igual sabía que tenía razón: nadie sabía lo que podía pasar en la calle, ni en el país, ni en el futuro. Ya empezaba a anochecer: en la plaza de Mayo, en Congreso, en los alrededores de la quinta de Olivos, gente se reunía buscando un lugar para manifestarse. Hasta que las radios dijeron que el velatorio empezaría a la madrugada siguiente en el Congreso.

—El diario, en estos días, lo tiene que dirigir Populevich.

Dijo, en la reunión de la conducción del diario *Noticias*, Rodolfo Walsh, y Paco Urondo, Juan Gelman, Horacio Verbitsky y los demás estuvieron de acuerdo. Populevich era Miguel Bonasso: debía ser, de todos ellos, el más peronista, el que tendría una sensibilidad más apropiada para contar la muerte del General y las reacciones que provocara. Bonasso, en general, se ocupaba más de las relaciones institucionales del diario que de su conducción periodística efectiva, pero esos días tendría que hacerlo.

—Me parece que si hay que poner un título que sintetice, sería algo como «dolor».

El título fue aprobado por aclamación, y Walsh quedó encargado de escribir las ocho líneas que vendrían después de esa palabra. La tapa fue exclusivamente tipográfica: **DOLOR** en cuerpo 96, enorme, y debajo el editorial encubierto: «El general Perón, figura central de la política argentina en los últimos 30 años, murió ayer a las 13.15. En la conciencia de millones de hombres y mujeres la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un líder excepcional». El diario aparecía con una franja negra de luto; la página central estaba hecha de fotos que mostraban ese dolor, y la doble siguiente tenía un título que ocupaba todo el ancho: «Declaraciones de las tres armas y los Montoneros». Un suplemento especial de ocho páginas contaba la historia del líder: en la tapa, una foto casi marmórea de Perón con uniforme de gala;

en la contratapa, una manifestación con grandes carteles de Montoneros y la leyenda, sobreimpresa: «Mi único heredero es el pueblo». Las ocho páginas, que contaban exhaustivamente los 79 años de su vida, no mencionaban en ningún lugar la manifestación del 1.º de mayo, cuando los Montoneros abandonaron la plaza de Mayo mientras Perón los insultaba.

—Hoy sí que es todo lo contrario de un día peronista.

Amanecía con llovizna y mucho frío. La Universidad y la JUP habían montado, en el hospital de Clínicas, un «Servicio universitario de solidaridad con el duelo popular» que daba comida y reparo a los manifestantes que empezaban a poblar las calles de la ciudad. Elvio Vitali no había dormido nada pero seguía activo, organizando. Le impresionaba ver la tristeza, el desamparo de tanta gente por la muerte de su líder. Elvio no estaba ni triste ni contento: más bien preocupado por lo que se venía.

—Tenemos que marcar mucha presencia en el velorio, Tano. Por más que últimamente hayamos tenido diferencias, no podemos regalarle el cadáver a la derecha. Eso sería un error terrible.

—Sí, de pronto ahora es cuando podemos reivindicarlo.

—¿Les parece?

—¿Y para qué vas a reivindicar a ese líder fascista?

Dijo alguno, medio en broma medio no, y Elvio retrucó:

—Así que vos también sos un peronista-chicle.

—¿Un qué?

—Un peronista-chicle, de esos que al Viejo lo masticaban pero no lo tragaban. Ustedes saben que yo nunca le tuve un amor especial, pero lo único que espero es que ahora, con la que se viene, no nos dé la nostalgia de cuando nos trataba mal. Macho, un gobierno de Isabel y López Rega puede ser un récord mundial de la desgracia.

A las 9 de la mañana, la JUP tenía una columna de varios miles de estudiantes listos para salir hacia la avenida 9 de Julio: ahí se instalarían en la cola para pasar a ver el cuerpo, exhibido en el salón Azul del Congreso. Era una movilización rara: callada, sin banderas, demasiado reflexiva y terriblemente húmeda.

—Se nos murió el General, Cacho, se nos murió. ¿Quién nos va a defender, ahora?

Decía Ida, llorando abrazada a Cacho El Kadri. Ida Adad, Irene, era una vieja compañera suya, trabajadora textil en Sarandí que en su juventud, en Neuquén, había trabajado con Evita. Ida había participado en la fundación de

las FAP, y Cacho se la encontró mientras hacía la cola para llegar al Congreso. Cacho también lloraba. Después recordó la última vez que se habían visto, poco antes del 1.º de mayo. Esa tarde, Ida estaba furiosa con Perón:

—Lo que yo no puedo aceptar, Cacho, es que el Viejo prefirió quedarse con los burócratas...

—Pero, Irene, él es el presidente de todos los argentinos, no puede conducir para un sector, por más que seamos nosotros. Lo que hace es tratar de contemporizar todo lo que puede, de reunir a todos en el Movimiento...

—No, nosotros lo trajimos, acordate todo lo que hicimos, cuántos quedaron en el camino. Y todo eso para que termine dándole la razón a los burócratas que siempre lo estaban traicionando. Acordate, Cacho.

Cacho se acordaba pero los dos lloraban abrazados. Estaban en avenida de Mayo y Salta, bajo la lluvia: Cacho tenía un bruto dolor de ciática y estar parado le costaba un triunfo. Pasaban las horas y la cola casi no avanzaba. Si seguían así no iban a llegar a la capilla ardiente hasta la mañana siguiente, por lo menos. Cacho puteaba, y Luis Sansoulet, su viejo amigo, le dijo que por qué no iba directamente.

—Escuchame, hace un rato los vi a Quieto y a Firmenich que entraron con un diputado, sin hacer la cola. ¿Cómo vas a hacer la cola, vos?

—En eso nos diferenciamos, hermano, nosotros somos del peronismo de base, nosotros hacemos la cola con todo el mundo.

No muy lejos, Carlos Caride, al frente de una columna montonera, le decía al periodista más joven de *Noticias* que, para él, Perón era como una síntesis de su vida:

—Yo la primera vez que pude jugar al fútbol con una de cuero fue en los campeonatos Evita, imaginate. En todos mis recuerdos, desde que era chico, está Perón. Y me pasé toda la vida peleando para que volviera. Ahora, la verdad, no sé cómo voy a hacer para vivir sin él. Pero bueno, la lucha continúa.

El centro de la ciudad estaba lleno de gente que esperaba para pasar a ver el cuerpo. Los cálculos eran muy difíciles, pero la mayoría hablaba de un millón de personas en la calle.

—Quizás él tenía razón en decidir que había que parar un poco la mano. En una de éstas lo que nosotros no entendimos es que ahora, con todo el Cono Sur en manos de dictaduras militares, no es el momento para acelerar.

—Sí, pero de ahí a tratarnos como nos trató últimamente...

—Bueno, si él pensaba eso está claro que para una etapa así no necesitaba jóvenes apresurados ni formaciones especiales; capaz que los políticos burgueses y los burócratas sindicales le venían mejor.

Nicolás Casullo discutía con un compañero suyo del Bloque de Prensa: en muchos rincones, cobijados de la lluvia bajo aleros impotentes o mojándose sin más resistencia, miles trataban de entender lo que estaba pasando, lo que pasaría. Muchos de ellos estaban preocupados, asustados. Y muchos más, seguramente, estaban sólo acongojados, tristes por la muerte del hombre que había representado, hasta entonces, durante tantos años, la posibilidad de concretar sus esperanzas. Nicolás se sentía, como otras veces, un poco afuera de esa fiesta.

—Ya estábamos mal, pero ahora con esto no va a haber cómo pararlos. Yo no quiero ser optimista, pero ahora sí que vamos a ver el avance definitivo del lopezrreguismo, de todo lo peor. Ahora van a aprovechar para tratar de destruirnos. Ahora mismo, antes de que podamos reaccionar y reacomodarnos.

Le dijo, en una esquina mojada, Rodolfo Ortega Peña. Parecía apesadumbrado y Nicolás se extrañó: no era su carácter. Nicolás le habló de sus dudas.

—Eso es lo peor que te puede pasar. Acá nadie se va a poder quedar en el medio, porque lo van a cagar a tiros desde los dos lados.

A la noche, Nicolás se fue a hacer una guardia al local de la JTP de la avenida San Juan. Emiliano Costa se había encerrado en el caserón el sábado 29, y no saldría hasta que terminaran las pompas fúnebres. Los demás rotaban: nunca eran más de diez, y cada cual ocupaba un puesto cerca de las puertas y ventanas. La mayoría tenía armas cortas, los fusiles fal quedaban para los oficiales montoneros. Esa noche, Emiliano pasó varias horas en la oscuridad del balcón del primer piso con una manta de poncho y algún arma larga a mano. Cada tanto pasaba algún auto despacio y con las ventanillas bajas. Algunas veces salían caños por esas ventanillas, y Emiliano los ponía en la mira. No sabía si lo veían. Daba igual. Eso le quitaba la modorra. Esa noche también estaban ahí el ex obispo de Avellaneda, Jerónimo Podestá, y su esposa Clelia. Habían pedido refugio, por si acaso; la versión de una noche de San Bartolomé de la Triple A se había difundido mucho.

Tarde esa noche, Vicki Walsh fue para decirle que, pese a todo, estaba dispuesta a darle una última oportunidad.

—Ya sé cuál es la pelotuda de turno...

Emiliano sacó una risita nerviosa que aparentaba inocencia:

—¿De qué estás hablando?

—¿Cómo de qué hablo? De la que trabaja en el Congreso. Pero no seas boludo, que no te voy a esperar toda la vida.

Esa noche la cola se mantuvo: la gente dormía como podía, tirada en las veredas, tapada con cartones, refugiada en algún zaguán; otros trataban de calentarse alrededor de un fuego y una botella de ginebra. Otros se iban un rato a sus casas, al hospital de Clínicas, a una unidad básica. Otros no tenían adónde ir: habían llegado esa misma mañana desde sus provincias. Luis Venencio aguantó hasta muy tarde y después no pudo más: estaba muerto de frío y se volvió a su casa. Había ido con sus compañeros del astillero: más que nada, por respeto a su dolor. Él estaba impresionado y asustado por lo que podía venir, pero no terminaba de sentir una tristeza particular.

—En la casa de mis viejos no hay nadie, ellos están de viaje. Podemos ir a un rato ahí, llevar a algunos compañeros...

Dijo Mercedes Depino y allá fueron: siete u ocho militantes de la JP de General Sarmiento en dos coches que entraron directamente al garaje para no enterarse de dónde estaban. Varios de ellos nunca habían visto un departamento de clase media alta porteña, y estaban entre encantados y burlones:

—Ya te teníamos junada que eras una burguesita, pero yo nunca me imaginé que tanto. Qué casa, che, qué casa.

Abajo, en la puerta, un policía custodiaba el edificio donde vivían varios almirantes. Se ducharon, comieron caliente, y a las seis de la mañana volvieron a salir para la cola. Diez horas después llegaron al Congreso: alrededor, las coronas cubrían cinco cuadras. En las escalinatas, militantes con brazaletes de la Juventud Sindical Peronista y las 62 Organizaciones ordenaban las filas que iban entrando a la capilla ardiente.

—¡Qué suerte, al fin te veo muerto, hijo de mil putas, y bien hinchado!

Murmuró, muy bajito, uno de los compañeros de Mercedes cuando llegó frente al cadáver, y los demás miraron para todos lados, con miedo de que alguien lo hubiera oído. Muchos de los que pasaban se agarraban la cabeza, lloraban, gritaban. El catafalco tenía dos metros de alto y estaba cubierto de terciopelo rojo; por encima, el féretro de madera reluciente y, adentro, el cuerpo que ya empezaba a hincharse y sudaba líquidos extraños. Sobre el cajón, una bandera argentina, la gorra de teniente general, el sable corvo; alrededor del catafalco, cuarenta cadetes de la escuela de policía Ramón L. Falcón. Por encima de todo, una araña de bronce y baccarat con 250 lucecitas.

Poco antes habían estado los dos presidentes extranjeros que viajaron para el duelo: el general paraguayo Alfredo Stroessner y el general boliviano Hugo Banzer. Afuera, a varias cuadras, Cacho El Kadri había vuelto a la cola, con sus compañeros. Uno de ellos andaba con un pañuelito manchado y se lo mostraba a todos:

—Ésta es la sangre del General, la sangre del General.

Y contaba que, cuando pasó frente al cuerpo, le había salido un poco de sangre de la nariz y él se la había limpiado con ese pañuelo, y que pensaba guardarlo para siempre: una reliquia. Desde una ventana, una mujer mayor tiraba sándwiches de mortadela, y los que esperaban los atajaban como podían.

—Eh, acá dicen que mataron a alguien, que los de las Tres A se llevaron a un muchacho de la JP.

No pudieron confirmarlo, pero hubo un rato de pánico: miles de personas comentaban, en susurros, la noticia. Y seguía lloviendo. Poco después, Julio Urien pudo pasar a ver el cuerpo muerto. Había llegado dos días antes de San Luis, justo para encontrarse con la noticia. Y, cuando vio el cadáver yacente, no pudo evitar un movimiento que no había imaginado: conmocionado, a punto de las lágrimas, juntó sus manos y rezó.

Ya hacía tres días que Perón había muerto y, en todo ese tiempo, la ciudad se había paralizado. No había cines, restoranes, trabajos, colegios. Solamente la Escuela de Mecánica de la Armada desafió el duelo nacional y se mantuvo en funcionamiento. Los diarios sólo hablaban de la muerte del líder, y cualquier personaje un poco público hacía declaraciones: «Con la muerte de Perón, no sólo la Argentina, sino el mundo, ha perdido al hombre más grande de todos los tiempos», dijo, por ejemplo, Amadeo Carrizo.

La capilla ardiente cerró a las tres de la mañana del jueves 4. Cinco horas después, en la Cámara de Diputados, la nueva presidenta y todas las autoridades de la Nación despidieron al finado con discursos:

—... se explica que este pueblo argentino, al que Perón dio las tres banderas de su redención, la Patria socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana, banderas que han dejado ya de ser de un partido para ser las del pueblo entero de la Nación, sienta que, al apagarse la vida del prócer, pareciera haberse plegado momentáneamente la enseña que él enarbolará y que hoy los gobernadores argentinos junto a sus pueblos se comprometen a mantener izadas en todos los mástiles de la República.

Leyó, en nombre de los gobernadores, el más joven de todos ellos, Carlos Saúl Menem. Después le tocó el turno al viejo enemigo, Ricardo Balbín, que improvisaba:

—Frente a los grandes muertos... frente a los grandes muertos tenemos que olvidar todo lo que fue el error, todo cuanto en otras épocas puede ponernos en las divergencias y en las distancias, pero cuando los argentinos están frente a un muerto ilustre, tiene que estar alejada la hipocresía y la especulación para decir en profundidad lo que sentimos.

Decía, y parecía muy emocionado. Estaba preparando su remate:

—Este viejo adversario despide a un amigo. Y ahora, frente a los compromisos que tienen que contraerse para el futuro, porque él quería el futuro, porque vino a morir para el futuro, yo le digo, señora Presidente de la República, que los partidos políticos argentinos estarán a su lado en nombre de su esposo muerto para servir a la permanencia de las instituciones argentinas, que usted simboliza en esta hora.

Después Lorenzo Miguel, muy atildado, leyó marcando cada sílaba:

—Cómo no expresarte, mi General, el agradecimiento al reconocimiento manifestado el 1.º de mayo último en tus palabras, cuando dijiste: «Por eso, compañeros, quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica...».

Después hablaron nueve más, entre diputados, embajadores, obispos, generales, dirigentes sindicales y políticos. Y, hacia el mediodía, el cajón empezó su largo viaje, montado sobre una cureña, hasta su tumba en la quinta de Olivos. A lo largo de 15 kilómetros, 8000 soldados y cientos de miles de personas lo despedían agitando pañuelos y gritando Perón, Perón bajo la lluvia. Eran las tres de la tarde cuando recomenzaron las actividades cotidianas. La ciudad, extrañada, intentaba sacudirse su largo duelo, y demasiada gente se preguntaba cómo sería la vida sin Perón. Algunos lo resolvieron pronto. A las seis, tres hombres armados entraron en una oficina de Lavalle y Uruguay, para robarla. La policía los paró cuando salían con 350.000 pesos y hubo un tiroteo. Uno de los ladrones quedó muerto en el asfalto mojado, y los otros dos pudieron escapar.

Esa noche, Julio Urien volvió a encontrarse con Mariana. La noche fue intensa: las dos semanas de instrucción le habían dejado un exceso de ganas. Después de varias horas, Mariana se quedó dormida; Julio daba vueltas, se asomaba a la ventana. La noche estaba oscura y el futuro se le aparecía erizado de asechanzas:

—Dios, hoy estamos, mañana no. ¿Qué más puedo pedirte? Tengo al lado a una compañera militante y estoy luchando por una sociedad justa, que es lo más sagrado que hay. Dios, dame fuerzas para que nunca afloje.

Esa misma noche Mario Roberto Santucho llegó a Buenos Aires. Estaba muy flaco. Había dejado la jefatura de la guerrilla rural en manos de Hugo Irurzún, el capitán Santiago, para retomar la dirección política. Cuando se encontró con el Negro Mauro, la idea de copar los cuarteles justo en ese momento le pareció descabellada. Pocos días después, el editorial de *El Combatiente*, firmado por Mauro Gómez, decía que «en homenaje al pueblo peronista» el ERP suspendería sus operaciones por dos semanas. Antes de que expirara el plazo, Santucho y otros dos miembros de la dirección del PRT se reunieron con el embajador cubano en una quinta en San Miguel. Lo que les dijo el representante de Fidel Castro no les provocó mucho entusiasmo:

—Todo lo que me cuentas es muy importante, pero a nosotros no nos parece muy conveniente desarrollar una lucha en la sierra con las condiciones políticas que se presentan en tu país. Éste es un momento delicado, habría que ver cómo evolucionan las instituciones democráticas...

Santucho no le contestó.

Poco después La Causa Peronista que, dirigida por Rodolfo Galimberti, había reemplazado a *El Peronista*, clausurado, publicó un comunicado de los Montoneros ante la muerte de Perón, que terminaba diciendo que «... lo cierto es que, en estos momentos, la muerte de nuestro líder deja sin centro de gravedad política a las fuerzas populares; desaparece con Perón el único factor de unidad nacional del presente. Y esta acefalía se siente, más allá de la continuidad institucional del proceso, como un gran desamparo para las masas. Y, ante esta situación se harán sentir todas las heterogeneidades del peronismo, no sólo a nivel de dirigentes sino, lo que es mucho más importante y peligroso, entre el pueblo mismo. Porque el peronismo está compuesto, objetivamente, por distintos sectores sociales. Y sobre esta situación trabajará el enemigo, la oligarquía, el imperialismo y sus aliados internos del Movimiento, la burocracia vandorista y el lopezrreguismo. Por eso nuestra tarea deberá ser la de defender la unidad del Movimiento Peronista, la unidad del pueblo, la unidad de los sectores representativos.

»Y aquí es donde aparecen las tentaciones y los riesgos de confundir el camino. Por un lado, para la izquierda no peronista y para sectores del peronismo automarginados del conjunto del Movimiento, la desaparición de

Perón será como la muerte del peronismo, muerte que habrá que apurar para que “surja nítidamente” la lucha de clases sin las “complicaciones” siempre “inexplicables” que incorporó la identidad política de nuestro pueblo. Con la mayor soltura, dejando por supuesto de lado un detalle —lo que sienten los trabajadores—, se planteará la organización exclusiva de los mismos y se tirará por la borda al conjunto del Movimiento. Se pretenderá hacer entrar la realidad dentro de un esquema; justo cuando el pueblo peronista se aferra con uñas y dientes a su líder muerto porque es el único al que siente capaz de garantizarle la unidad —y por lo tanto la vigencia— de toda su experiencia revolucionaria. Lo que no entienden es que esa unidad, con todas las deficiencias que demostró tener —y que hay que superar— sigue siendo el principal motor revolucionario de las masas populares en nuestro país. Y, de perderse, el proceso de liberación nacional y social habrá retrocedido incalculablemente. La angustia que hoy siente nuestro pueblo ante la muerte de su líder debe ser un mandato para nosotros, así como antes lo fue la lucha por su regreso. Y el mandato es la unidad del Movimiento Peronista y el desarrollo de la organización, que venciendo al tiempo sea capaz de conducirlo. (...) En esto no sólo está en juego la suerte de nuestras organizaciones sino el destino del peronismo y la marcha del proceso de liberación nacional. Se trata, en suma, de que seamos capaces de defender la unidad de las bases del Movimiento ante el enorme vacío que nos deja la muerte de Perón. Capaces de generar la organización que la conduzca a través de su representatividad popular. Libres o muertos, jamás esclavos. Perón o muerte, viva la Patria. Montoneros».

Continuará

Índice Onomástico

A

Abal Medina, Fernando

Abal Medina, Juan Manuel

Ábalos, Hermanos

Abertondo, Antonio

Abracadabra

Abras, Emilio

Abrevaya, Carlos

Acevedo, Arturo

Acevedo, Eduardo

Acevedo, Jorge

Acosta, Aníbal

Actis, oficial

Adad, Ida

Adur, Jorge

Agodino, Mario

Agosti, Héctor

Agosto, Osvaldo

Ahumada, Ciro

Ahumada, Alberto (Beto)

Alac, Diana

Alberte, Bernardo

Alberti, Felipe

Alemán, Francisco

Alende, Oscar

Alessandri, Arturo

Alessandro, Darío

Alessio, José María

Alfonsín, Raúl

Allende, Salvador (Chicho)

Almendra
Alonso, Enrique
Alonso, José
Alsogaray, Álvaro
Alsogaray, Juan Carlos (Hippie)
Alsogaray, Julio
Álvarez, (Gallego)
Álvarez, Alejandro
Álvarez, Arnedo
Amadeo, Eduardo
Amado, Ana
Amarilla, Guillermo
Amaya, Mario
Anaya, Elbio Carlos
Anaya, Leandro
Anchorena
Andreone, Liliana
Angelelli, Enrique
Anguita, Eduardo
Antelo, Héctor
Anzorreguy, Hugo
Añón, Juan Carlos
Aramburu, Pedro Eugenio
Aráoz, Julio César
Arco Iris
Areta, Iñaqui
Arias Noriega, Marimé
Aricó, José
Arquiola, Emilio
Arrostito, Norma (Gaby)
Aurelio, Julio
Azcone, (Yaya)
Aznárez, Carlos
Azurduy, Victoria
Azzarri, Juan Carlos

B

Babington, Carlos
Bacaicoa, Norma
Bach, Juan Sebastián
Bach, Richard
Bajczman, Luis
Bal, Santiago
Balbín, Ricardo
Baltar, Amelita
Banana
Banzer Suárez, Hugo
Baquelas, Alberto
Bárbara y Dick
Bárcena, Bernabé
Bardach, Pedro (Pecho)
Barreiro, Norma
Barrionuevo, Hugo
Barrios Arrechea, Ricardo (Cachito)
Barrios, Alicia
Bartolomé, Carlos
Baudelaire, Charles
Bayer, Osvaldo
Becerra, Carlos
Beethoven, Ludwig van
Bengochea, Ángel (Vasco)
Berbey, Rubén
Berger, María Antonia
Bergman, Ingmar
Berisso, almirante
Berlín, Hilda
Berlín, León
Berlín, Sergio (Dante)
Berlingieri, Federico
Berlinguer, Enrico
Bernetti, Jorge Luis
Bertolucci, Bernardo
Bettanín, Leonardo
Bettanín, Rodolfo
Betti, Luis

Bezrodnik, Felipe
Bianchini, Carlos
Bianchini, Félix (Chicho)
Bidegain, Cristina
Bidegain, Oscar
Bilbao, capitán
Bioy Casares, Adolfo
Bird, Poldy
Blotta, Oskar
Bo, Armando
Boal, Augusto
Bonaparte, Napoleón
Bonasso, Miguel
Bonetto, Erio
Bordaberry, José María
Borges, Jorge Luis
Borjas, Lisandro
Borro, Sebastián
Bortnik, Aída
Bortnik, Julio
Bosch, Jorge
Brandazza, Ángel
Brando, Marlon
Brandoni, Luis
Brassens, George
Braun Cantilo
Bravo, Nino
Brecht, Bertolt
Bressano, Hugo (Nahuel Moreno)
Bretón, André
Brezhnev, Leonid
Brid, Juan Carlos
Briski, Norman
Brito Lima, Alberto
Britos, Oraldo
Broner, Julio
Brook, Peter
Brown, Izquierdo

Brunello, Duilio
Brusa, Amílcar
Bruto, César
Bullrich, Silvina
Burgos, Quito
Burgos, Susana
Burni, Norberto
Bustos, Roberto

C

Caballero, Carlos
Caballero, Manuel
Cabo, Armando
Cabo, Dardo
Cabrera, Delfo
Cáceres, (Changui)
Cáceres, Alberto
Caetano, Marcelo
Caferatta, Eduardo
Cafiero, Antonio
Caggiano, Antonio
Calabro, Victorio
Callejas, Daniel
Caloi
Camacho, Marcelino
Cambareni, Bruno
Camilión, Alicia
Cammарota, Aldo
Cámpora, Héctor
Cámpora, Mario
Camps, Alberto
Camps, Rosa Pargas de
Cap, Vladislao
Caparrós, Antonio
Caparrós, Martín
Capdevilla, Gustavo
Carbone, Alberto

Carcagno, Jorge
Caride, Carlos
Carnevale, Jorge
Carnevali, Luis
Carola
Carrara, Santiago
Carrero Blanco, Luis
Carrizo, Amadeo
Carrizo, Antonio
Carrizo, José Manuel (Flaco, Manco)
Carucha
Cascioli, Andrés
Casella, Juan Manuel
Castagnino, Juan Carlos
Castaña, Cacho
Castelvetti
Castillo, Andrés
Castiñeira de Dios, José
Castro, Fidel
Castro, Juan Carlos
Casullo, Mercedes
Casullo, Nicolás
Cazes Camarero, Pedro
Cebrián, Juan Luis
Centeno Quiroga
Cepernic, Jorge
Cerruti Costa, Luis
Cesio, Juan Jaime
Chavarri, Roberto
Chejolán, Alberto
Cherry, (Turco)
Ciarlotti, Oscar
Codovilla, Vittorio
Cogorno, coronel
Colorado Marcos
Comínguez, Carlos
Comitini, Carlos
Comotto, Aldo

Conexión Número 5, Carlos Bisso y su grupo
Conrad, astronauta
Constantini, Cristina
Constenla, Julia
Conti, Jorge
Contreras, cabo
Contursi, Margarita
Cooke, John William
Copertari, (Gringo)
Coppo, Roberto
Coral, Juan Carlos
Corea, (Negro)
Coria, Rogelio
Correa, Carlos
Cortázar, Julio
Corvalán, Luis
Cossa, Roberto
Cossio, Pedro
Costa, Emiliano (Fernando)
Costa, Miguel
Costa-Gavras, Constantin
Crist
Cristaldo, Homero (Jorge Posadas)
Croatto, Armando
Cruyff, Johan
Cruz, sargento
Cullen, Lucía (Marcela)
Cunhal, Álvaro
Currie, Malcolm R.
Curuchet, Alfredo (Cuqui)

D

Daleo, Graciela (Victoria)
Dalla Tea, Carlos
Dalton, Roque
Damasco, Vicente
Danton, Georges J.

Dateo, Héctor
Dávalos, Jaime
Dávalos, Julia Elena
Dayan, Moshe
De Benedetti, oficial
De Gaulle, Charles
De la Rúa, Fernando
De la Sema, Celia
De la Torre, Raúl
De Santis, Daniel
De Santis, Luciano (Pildorita)
Debenedetti, Osvaldo (Tordo)
Degdeg, Osvaldo
Delaturi, Salvador (Pampa)
Delgado, Ariel
Depino, Mercedes (Lila)
Di Cio, Rubén
Di Giovanni, Severino
Di Paola, Jorge
Di Pasquale, Jorge
Di Toffino, Tomás
Díaz Bialet, Alejandro
Díaz Loza, Florentino
Díaz Ortiz, Santiago
Díaz, José Antonio
Díaz, Romualdo
Díaz, Silvia
Diéguez, Rubén
Diez, Perla
Discépolo, Enrique Santos
Divinsky, Daniel
Dolina, Alejandro
Doria, Alejandro
Dorticós, Osvaldo
Drackman, Enrique
Dreyzik, Héctor
Duarte Ardoy, Raúl
Duarte de Perón, María Eva (Evita)

Dujovne, Martha

E

Echeverry Boneo, cura

Egea, Miguel

Eguren, Alicia

Eichelbaum, Horacio

El Assad, Hafez

El Kadri, Envar (Cacho)

El Sadat, Anwar

Eliashev, José (Pepe)

Elizalde, Alberto

Emiliozzi, Dante

Engels, Federico

Enthoven, Alain

Epstein, Ernesto

Ernst, Fred

Esquer, Juan

Etchegaray, Natalio

Etchegaray, Patricio

F

Fabre, Rubén

Faiad, Zulma

Fassano, Carlos

Fava, Athos

Favio, Leonardo

Feced, comandante

Fermín

Fernández Palmeiro, Víctor

Fernández Retamar, Roberto

Fernández Valoni, José Luis

Fernández, Antonio del Carmen (Negrito)

Fernández, Avelino

Fernández, Inocencio (Indio)

Fernández, interventor

Ferrari, Gerardo
Ferrazzano, Heraclio
Ferreyra, Alejandro (Lucas)
Ferreyra, Lilia
Firmenich, Mario Eduardo (Pepe)
Flaco Fideo
Flaco Jorge
Fò, Darío
Fontana, Cacho
Fontanarrosa
Ford, Gerald
Fornasari, Pablo
Forsyth, Frederick
Fortabat, Amalia Lacroze de
Fote, Leandro
Framini, Andrés
Franchi, Laura
Franco, Francisco
Franco, Pablo
Frei, Eduardo
Frenkel, Leopoldo
Fronzizi, Arturo
Fronzizi, Silvio

G

Gaetán, Pedro
Gaggero, Alba Sager de
Gaggero, Manuel Justo
Gaggero, Susana
Galeano, Eduardo
Galimberti, Rodolfo (Loco)
Galimi, Félix
Galín, Pedro
Gallega Pilar
Gallego José
Galli, Luisa
Galli, Mario (José)

Galli, padre
Gallo, Carlos
Gallotti, Alicia
Galtieri, Leopoldo
Gálvez, Oscar
Gañete Blasco, Oscar
Garaicochea
García Lupo, Rogelio
García Márquez, Gabriel
García Rey, Oscar
García, Héctor Ricardo
García, María Elena
García, Rosendo
Gardel, Carlos
Garrastazú Médici, Emilio
Garzón Maceda, Lucio (Tuerto)
Gasalla, Antonio
Gass, Adolfo
Gay, Camilo
Gay, Hilda Irma Caseaux de
Gazzera, Miguel
Gelbard, José Ber
Gelín, Liliana
Gelman, Juan
Gené, Juan Carlos
Getino, Octavio
Ghioldi, Orestes
Ghioldi, Rodolfo
Giap, Vo Nguyen
Giardinelli, Mempo
Giberti, Horacio
Gieco, León
Gilbert, Isidoro
Giménez, Eduardo
Ginzio, Julio
Giscard d'Estaing, Valéry
Giúdice, Ernesto
Giussani, Pablo

Glauber Rocha
Gllell, Jorge
Gleyzer, Raymundo
Gnavi, Pedro
Godard, Jean Luc
Godoy, Miguel
Goldenberg, Carlos
Goldenberg, Mauricio
Goldwater, Barry
Gómez, (Murmullo)
Gómez, Mauro (Negro)
Gómez, Ramón (Chaqueño)
González, coronel
González, Daniel Osvaldo
González, Horacio
Goñi, Cesáreo
Gorriarán Merlo, Enrique
Goyeneche, Roberto
Grand, oficial
Granovsky, Martín
Grecco, Guillermo
Grecò, Juliette
Greene, Graham
Griffith, Emile
Grigera, Gustavo
Grinberg, Enrique
Grondona White
Grondona, Mariano
Guarany, Horacio
Guerrero de Molina, Hilda
Guevara, Ernesto (Che)
Guillén, Abraham
Guinzburg, Jorge
Gullo, Juan Carlos Dante (Canca)
Guzetti, Ana

H

Habegger, Norberto
Haidar, Ricardo
Hansen, Hugo
Harguindeguy, Albano
Harilaos, Eduardo
Heath, Edward
Heker, Liliana
Hernández Arregui, Juan J.
Hernández, Mario
Hirsh, oficial
Ho Chi Minh
Hobert, Carlos (Pingulis)
Hollander, Verónica
Hopen Daniel
Horangel
Houseman, René (Huesito)
Huerque Mapu

I

Ibarlucía, Alfredo
Ibarra, Néstor
Ibarzábal, Jorge
Illia, Arturo
Ingalinella, Juan
Ingenieros, José
Inti Illimani
Invernizzi, Hernán
Iñíguez, Miguel Ángel
Iribarne, Alberto
Iribarne, capitán de navío
Irurzún, Hugo (Capitán Santiago)
Íscar, Rubens
Iturraspe, Graciela
Iturreta, Aníbal
Itzcovich, Mabel
Itzcovich, Susana
Ivanoff, Liliana

J

Jacovella, Bruno
Jaime, Armando
Jara, Víctor
Jauretche, Arturo
Jellicoe, lord
Jouvet, Louis
Juan y Juan
Juárez, Enrique (Quique)
Julián
Juncos, Juan Carlos
Juri, Amado
Justo, Agustín P.

K

Kahn, Herman
Kapeluznik, José
Karakachoff, Sergio (Ruso)
Kartún, Mauricio
Kempes, Mario
Kennedy, Norma
Kervin, astronauta
Kestelboim, Mario
Kipnis, Alberto
Kissinger, Henry
Kleiman, Ricardo
Kordon, Bernardo
Korn, Julio
Kreilis, Silvia
Kunkel, Carlos

L

La Joven Guardia
Labat, Mauricio

Labrín, Naldo
Laferriere, Ricardo
Lafont, Nora
Lamborghini, Leónidas
Landa, general
Landrú
Lanusse, Alejandro Agustín
Laplace, Víctor
Lareu, Claudia
Lastiri, Raúl
Lazarte, Mario
Le Duan
Le Duc To
Leal, Jorge
Lebrón, Carlos
Legrand, Mirtha
Leigh, Gustavo
Lenin
Lerner, Mario
Les Luthiers
Lesgart, Adriana
Levenson, Bernardo
Levenson, Gregorio (Goyo)
Levit, Lía
Lince, sargento
Lisak, Oscar
Littin, Miguel
Lizaso, Arnaldo
Lizaso, Miguel
Llorens, Manuel
Lombardo, José (Gordo)
Lon Nol
Lonardi, Eduardo
López Rega, José (Brujo)
López, Atilio
López, Miguel Ángel (Alfredito)
Lorenz, Konrad Zacharias
Lorenzo, Juan Carlos

Lotito, Jorge
Lujambio, Juan José
Luna, Félix
Lynch, Marta

M

Mac Donald, Lionel
Mac Loughlin, Eduardo
Machalski, (Chancha)
Mactas, Mario
Maestre, Eusebio
Maestre, Juan Pablo
Maglio, Tito
Maisonave, Esteban
Manrique, Francisco
Mansilla, Marcelino
Manzanero, Armando
Manzi, Homero
Mao Tse Tung
Marambio, Carlota
Marchais, Georges
Marconi, Orlando
Marechal, Leopoldo
Margaride, Luis
María Mejía, Ricardo
Mariana
Mariátegui, Ricardo
Marino, Rafael
Marra, Winston Nelson
Marshall, Niní
Martarena, Humberto
Martínez Baca, Alberto
Martínez de Hoz, José A.
Martínez de Perón, María Estela (Isabel)
Martínez Estrada, Ezequiel
Martínez Raymonda, Raúl
Martínez, Tomás Eloy

Marx, Carlos
Marx, Paul
Marzocca, Mario
Masllorens, Enrique
Massera, Emilio Eduardo
Massuh, Víctor
Mastinú, Martín (Tano)
Mateiko, Juan A.
Matthews, Harold
Matthews, Oscar
Mattos, Rubén y Dany
Mayer, Roberto
Mayorga, Horacio
Mazzaferro, Lili
McCarthy, César
McClelland, Charles
Medina, Enrique
Meir, Golda
Mena, (Gringo)
Mendizábal, Horacio
Mendoza, oficial
Menem, Carlos Saúl
Menéndez, Luciano Benjamín
Menéndez, Luciano
Menotti, César Luis
Mentesana, Juan
Menucci, Luis (Colorado)
Mera Figueroa, Julio
Merbilhaá, Eduardo
Mercader, Martha
Mercado Jarrín, Edgardo
Merle, Jean-François
Metz, oficial
Micharvegas, Poni
Michelini, Zelmar
Michels, Rinus
Migré, Luis
Miguel y Eugenio

Miguel, Lorenzo
Mira, Jesús
Mitre, Bartolomé
Mitrione, Dan
Mitterrand, François
Molar, Ben
Molina, Jorge (Capitán Pablo)
Molinas, Alberto
Montand, Ives
Monti, Marikena
Monzón, Carlos
Morán Charquero, Héctor
Moreau, Leopoldo
Moreno, Marcelo
Morini, Teresa Meciar di de
Mouras, Jorge
Mugica, Carlos
Mugica, Laura (Soledad)
Muñiz Barreto, Diego
Muñoz, Abraham
Muñoz, José María
Murguía, Edgardo
Murias, (Coco)
Murúa, (Caña)
Murúa, Arnaldo (Flaco)
Murúa, Lautaro

N

Najdorf, Miguel
Napoleón (humorista)
Nápoli, Antonio
Napp, Jorge
Narvaja, Roque
Nassif, Jacobo
Navarro, Domingo
Navarro, José Sabino
Negrete, Ramón Mercedes

Nell, José Luis
Nepomuceno, Eric
Neruda, Pablo
Neustadt, Bernardo
Nievas, Antonia y Luis
Nievas, Zoilo
Nixon, Richard
Norodom, Sihanuk
Nosiglia, Plácido

O

Obeid, Jorge
Obregón Cano, Ricardo
Oddone, interventor
Oddone, María Elena
O'Farrell, Justino
Olivares, Augusto
Oliveira Salazar
Olivera, Águila
Olivera, Edgardo
Olivera, Héctor
Olmedo, Alberto
Olmedo, Carlos
Onetti, Juan Carlos
Onganía, Juan Carlos
Ongaro, Raimundo
Orellana, Miguel (Cabito)
Orrego, Claudio
Ortega Peña, Rodolfo
Ortega, Ramón (Palito)
Ortiz, Oscar
Osatinsky, Marcos (Pelado)
Osinde, Jorge
Oski
Otero, Ricardo
Oves, Carlos (Cabezón)

P

Páez, Hernán (Gordo Alfredo)
Palacios, Alfredo
Palacios, capitán
Panizza, (Flaco)
Panno, Juan José
Panzeri, Dante
Parra, Isabel
Parrotta, Ricardo
Pasquini Durán, José María
Pastrana Borrero, Misael
Patrón Laplacette
Paulo VI
Pavone, Rita
Pedregoza, Humberto (Comandante)
Pelado Julio
Peña, Milcíades
Peñaloza, Ángel (Chacho)
Pequenino, Eddie
Peralta, Gustavo
Peralta, Sergio
Perciavalle, Carlos
Percy, Rolando
Perdía, Roberto (Pelado Carlos)
Peredo, Inti
Perette, Carlos
Pereyra, Jorge
Perfumo, Roberto
Perlenger, César
Perlongher, Néstor
Perón, Juan Domingo
Perrone, Eduardo
Perrota, Rafael (Cacho)
Pescador, Pipo
Piacentini, Pablo
Piaf, Edith
Pianta, Alfredo

Picchio, Ana María
Piccinini, Alberto
Pierri, Orlando
Pinchevsky, Jorge
Pinky
Pino, Francisco
Pinochet, Augusto
Pinti, Enrique
Pintura Fresca
Pipola, Omar
Pirraglia, José
Plá, Roger
Place, Clarisa Lea
Place, Luis Lea
Podestá, Clelia de
Podestá, Jerónimo
Podestá, Ricardo
Poggioni, Rubén
Polti, Pepe
Ponce de León, Carlos
Ponsati, Ernesto (Tío)
Porcel, Jorge (Gordo)
Portantiero, Juan Carlos
Prats, Carlos
Prémoli, Luis
Proust, Marcel
Provenzano, Francisco (Pancho)
Provenzano, Julio
Proxmire, William
Puenzo, Luis
Pugliese, Osvaldo
Puig, Juan Carlos
Puig, Manuel
Puiggrós, Rodolfo
Pujadas, Mariano
Pujals, Luis
Puyo, Raúl

Q

Quieto, Roberto (Negro)

Quijada, Hermes

Quijano, Carlos

R

Raab, Enrique

Rafael, Eduardo

Ragone, gobernador

Ramallo, Custodio

Ramírez, Norberto (Gordo)

Ramondetti, Miguel

Ramos, David

Ramus, Gustavo

Rave, Luis (Pato)

Ravitti, Raúl

Rearte, Pocho

Reich, Wilhelm

Rein, Mercedes

Resines, Mabel

Reutsch, Eduardo

Righi, Esteban

Rinaldi, Susana

Rivas, Hugo

Rivero, Edmundo

Roa, Ricardo

Robledo, Ángel

Roca, Gustavo

Roca, Julio Argentino

Rocca, Gustavo

Rockefeller, David

Rodó, Alberto

Rodríguez Pendás, José

Rodríguez, José (Gordo)

Roldán, Reynaldo

Romano, Aldo
Romano, Benito
Romano, Guillermo
Romeo, Felipe
Romero Brest, Jorge
Romero, Adelino
Romero, Humberto
Roqué, Julio (Lino)
Rosa Giménez, Ramón
Rosas, Juan Manuel de
Rosell, Hebe
Rucci, José Ignacio
Rudni, Silvia
Ruffinelli, Jorge
Ruiz Guiñazú, Magdalena

S

Saadi, Vicente
Sábat, Hermenegildo
Sabato, Ernesto
Sabelli, Manfredo
Sabelli, María Angélica
Sabú
Saieg, Ricardo
Saint-Exupéry, Antoine
Salamanca, René
Salame, Ismael
Salcedo, Jorge
Saluzzi, Dino
Samaritano, Salvador
Samojedny, Eduardo
Samuelson, Víctor
Sánchez Sorondo, Marcelo
Sánchez, general
Sandler, Héctor
Sandro
Sanmartino, Edmundo

Sansoulet, Luis
Santamaría, Haydee
Santillán, Atilio
Santucho, Mario Roberto (Robi, Manuel Contreras)
Sanz, Susana
Sanz, Tomás
Saraiva de Carvalho, Otelo
Sarli, Isabel (Coca)
Sartorius, Nicolás
Sasiaiñ, Juan Bautista
Sbarra Mitre, Oscar
Scalabrini Ortiz, Raúl
Schmucler, Héctor (Toto)
Schneider, María
Scotta, Héctor
Semán, Elías
Séptima Brigada
Sexteto Tango
Sfeir, Carlos
Shakespeare, Frank
Shakespeare, William
Sicilia, Luis
Sigal, Eduardo
Silva, Helio
Simmons, Leonardo
Simó, Alejo
Simona, Horacio (Beto)
Sinatra, Frank
Skármeta, Antonio
Slemenson, Claudio (Barba)
Slutzky, Samuel
Smoje, Oscar (Oso)
Soaje Pinto, Mario
Soãres, Mario
Soffici, Mario
Sofovich, Bernardo
Solanas, Fernando (Pino)
Solano Lima, Vicente

Solari Irigoyen, Hipólito
Solina, Franco
Solyenitsin, Alexander
Somigliana, Carlos
Soria, Miguel
Soriano, Osvaldo
Sosa, Chango
Sosa, Mercedes
Soto, Luis
Spina, Héctor
Spinola, Antonio
Stalin, José
Stampone, Atilio
Stamponi, Héctor
Steimberg, Oscar
Steinhoff, Joannes
Stilman, Mario
Stirneman, (Abuelo)
Storani, Conrado
Storani, Federico (Fredí)
Stray, Adolfo
Stubrin, Marcelo
Suárez Lastra, Facundo
Suárez, Edgardo
Suárez, Eduardo
Suárez, Rubén (Aníbal)
Sueldo, Horacio

T

Taiana, Jorge
Talento, Miguel
Tamagnini, Hugo
Tancoff, Florencio
Tapia, Roberto
Tarragó Ros, Antonio
Tarsitano, Carlos
Tedesco, Johnny

Tejerina, Juan Domingo
Tessio, Aldo
The Beatles
The Rolling Stones
Thomas, Americo
Timerman, Jacobo
Timossi, Jorge
Tino
Tito, Mariscal
Torre Nilsson, Leopoldo
Torres, Camilo
Torres, Elpidio
Torres, Jaime
Torrijos, Omar
Tosco, Agustín (Gringo)
Traversa, Oscar
Trenti, Nelly
Trillo, Carlos
Tróccoli, Antonio
Trocha Angosta
Troiani, Osiris
Troilo, Aníbal
Trotsky, León
Trotz, Ernesto
Troxler, Julio
Trujillo, Rafael

U

Ulanovsky, Carlos
Upshaw, Vic
Urien, Facundo (Chimpa)
Urien, Julio César (Boina)
Urondo, Francisco (Paco)
Urquiza, Justo José de
Urriza, Manuel
Urteaga, Benito
Uzquiza, Pedro

V

Vaca Narvaja, Fernando
Vaca Narvaja, Hugo
Valderrama, Omar
Valle, Juan José
Vallese, Felipe
Vandor, Augusto
Vanés, Leo
Vara, Matilde
Varela, coronel
Varela, Felipe
Varela, Héctor Benigno
Vargas, Getulio
Vázquez, (Puma)
Vázquez, Jorge
Vélez, Ignacio
Venencio, Luis (Jaime o Jaimito)
Ventura Mayoral, Isidoro
Ventura, Juan Pablo (Tala)
Verbitsky, Horacio
Verdi, Giuseppe
Verdinelli, Néstor
Vernazza, Jorge
Verrier, María Cristina
Viale, Mauro
Víctor Manuel
Vidaña, Roberto Oraldo
Videla, Jorge Rafael
Viel, Dante
Viglietti, Daniel
Vilar, Ester
Vilar, Norberto
Villanueva, Ernesto
Villar, Alberto
Villar, Tito
Villarruel, Sergio

Viñas, Adelaida (Gorda Mini)
Viñas, David
Viñas, Ismael
Viñas, Lorenzo
Viola, Roberto E.
Visconti, Lucchino
Vitali, Elvio (Tano)
Vittar, Rodolfo
Viuti
Vogelius, Federico

W

Walger, Silvina
Walker, Enrique (Jarito)
Walsh, Rodolfo
Walsh, Victoria (Vicki)
Weiss, Peter
Weitz, astronauta
Wolff, Enrique (Quique)